SERIE CRAVE

ansia



Rompe las cadenas. Vuelve a disfrutar.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota de la autora
0. La vida después de la muerte
1. Jaque a tu compañero
2. No rompas más (mi pobre vínculo)
3. «Keep calm» y juega al bringo
4. Miércoles sangriento
5. Tablas por compañero ahogado
6. Historia de dos Vega
7. Creo que me perdí el remate
8. Los fantasmas no necesitan mover vehículos, ni remover mi pasado
9. Yo y mis innombrables
10. Un vínculo diferente
11. Los chicos poderosos son los mejores
12. Eterno conflicto de una mente sin recuerdos
13. «Influencer» antisocial
14. Háblale a la piedra
15. Un poco de competición hilo a hilo
16. Puedes correr, pero no esconderte

17. Mensajes confusos
18. Únicos en su clase
19. «Misery Hates Company»
20. Tú eres el chiste
21. Detesto los cambios que has hecho aquí
22. Pasión por viajar
23. Vive y deja volar
24. La bella y todas las bestias
25. Sigue el camino empapado de sangre
26. ¿Por qué no puedes ser (B) positivo?
27. Mentiras que unen
28. En la predicción meteorológica de hoy: congelación instantánea
29. Menos abuela y más gran maestra
30. ¿Quién necesita lo plausible teniendo la negación?
31. Necesito visitar al señor Bestia
32. Hola, ¿me buscas a «brie»?
33. Netflix y nada de «chill»
34. Y pensabas que tú tenías «daddy issues»
35. Fi-Fa-Fo-Fobia
36. Como un monstruo a una llama
37. Un sol encantador
38. Promesas hechas, promesas rotas
39. A todos los cerdos no les llega su San Martín
40. El club de la lucha o del miedo
41. «C'est La Vamp»
42. La torre no hace al príncipe
43. Mi Grace
44. Aunque esté roto, no lo arregles
45. Cuando el brazalete suena…

46. Los gatos no son los únicos que tienen siete vidas
47. Con enemigos como estos, ¿quién necesita amigos?
48. La honestidad es la política más incómoda
49. Morder el polvo
50. Con los pies en la tierra
51. Cortada por otro patrón
52. Árbol ancestral
53. Luces brillantes, ciudad gigante
54. Toc, toc, ¿quién es?
55. Forjado a fuego
56. Un «crush» gigante
57. Yo no pedí un anillo, solo quería que me llamaras
58. Solo los locos y los vampiros tienen tanta prisa…
59. Hojeadme sola
60. Un destino peor que la muerte
61. Con este anillo…
62. «I'll be watching you»
63. Tienes mi apoyo
64. Ponerle la cola al dragón
65. Menos cháchara y más acción
66. A lo mejor los diamantes sí que son los mejores amigos de una chica después de todo
67. ¿Quién necesita enchiladas cuando puedes comerte una chimichanga entera?
68. Cortejo
69. Cayendo en des-Grace
70. Ventaja de puerto base
71. Si el infierno se desata, ¿por qué nosotros no?
72. No me esposes
73. Jaula de oro

74. El pasado es un prólogo
75. Ídem
76. La llave de la libertad
77. Quien tiene una bruja tiene un tesoro
78. Dragones y mazmorras: edición «Grace se vuelve loca»
79. Blues del vestido de fiesta
80. Armani a juego
81. Resulta que Cupido está lanzando mucho más que flechas
82. No he elegido tu vestido para tenerte amarrado
83. Atesorar o no atesorar…, esa es la cuestión que nadie se ha planteado jamás
84. Las manos lentas están bien, pero a veces las manos rápidas son aún mejor
85. De bocados y hueso
86. Besos y charlas TED
87. Cuando todas las sensaciones son demasiadas
88. La misma clase de polvo de estrellas
89. «The Big Apple Bites Back»
90. El cielo es el límite
91. Las alturas de Broadway son el nuevo Off-Broadway
92. Todo está en el aire
93. Las crisis existenciales no son para tanto
94. No todo lo que es de azúcar es dulce
95. Amor, odio y todas las gárgolas
96. Las barras de equilibrio no son solo para los gimnastas… aunque deberían
97. El enemigo de mi enemigo sigue siendo poco de fiar
98. La flor de la esperanza

99. La sangre no tira
100. Humpty Dumpty no tiene nada que ver con nosotros
101. «Un-Break My Heart»
102. El rosa eléctrico es hereditario después de todo
103. Con «mucha» ayuda de mis amigos
104. «Carpe Seize-Em»
105. El que se acuesta con gili…, se levanta totalmente jodido
106. Nunca hay un par de chapines de rubíes cerca cuando los necesitas
107. Aislamiento no solitario
108. Mágicamente encarcelados
109. Un encanto, un chico malo y un alma perdida entran en una celda…
110. Tómatelo con calma (si puedes)
111. Nunca pedí ser tu salvadora…, pero alguien tiene que serlo
112. Los brujos lo llaman por su nombre
113. Espósame, «baby, one more time»
114. De cómo la celda de una prisión se convirtió en la habitación en la que sucede
115. ¿Cómo puedes predecir el futuro, si no hay futuro que predecir?
116. El precio susto
117. No hay peor furia que la de una prisión despechada
118. Hace tiempo que caí en desgracia
119. Modo «un buen palo» ON
120. Nada de poner la otra mejilla
121. Solo es una pelea de comida si la comida contraataca

122. ¿Cuestión de suerte?
123. De una pieza
124. ¿Sigue siendo la ruleta rusa si la pistola está totalmente cargada?
125. Al final de mi hilo
126. Te quiero a morir (quiera o no)
127. Si no soportas el calor, mantente alejada del infierno
128. Ahora me matas, ahora no
129. Algunos días la vida es una fuente de cerezas; otros, toca fosa
130. La suerte es para los troleados
131. Seis paranormales y un destino
132. Las cadenas no son lo único que se rompe
133. Todo el mundo se deja la piel
134. Algo más que las emociones a flor de piel
135. Sonado
136. Pataleta gigante
137. ¿El río de la libertad?
138. «Déjà» condenados
139. Nunca hay una honda a mano cuando la necesitas
140. Cuanto más altos son, más dura es la caída
141. Una Grace no tan «amazing»
142. Aún me queda algo de garra
143. «Hit them with my best shot»
144. Entra por una oreja y sale por la otra
145. Nunca apuestes contra las ratas
146. Jugando al escondite con el poder
147. Hasta que brille
148. «Every Little Thing He Does Is Magic»
149. Los frágiles y los dulces

150. Tengo amigos en lugares espeluznantes
151. No todas las islas son una fantasía
152. Armagedonéame de aquí
153. Un gran poder acarrea grandes responsabilidades
154. Hasta que la muerte nos separe
155. Nunca te prometí la eternidad
156. Hablando de pelea
157. «All the Broken Pieces»
158. «Cross My Heart» de piedra
159. A duras penas
160. Cadenas ilícitas
161. Corona tus penas
0. No puedes volver a casa (Hudson)
Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
La sangre realmente es más espesa que el agua (Hudson)
Hermanos de sangre (Hudson)
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

«Siento que estoy a punto de llegar al límite. Si intentar graduarme en una escuela para seres sobrenaturales ya era suficientemente estresante, ahora resulta que el estado de mi relación ha pasado de ser complicado a ser un imposible... Y por si no fuera suficiente Bloodletter ha decidido lanzarnos una bomba de proporciones épicas a todos...

Pero bueno, si lo piensas, ¿cuándo algo en Katmere Academy ha sido normal?

No dejan de suceder cosas: Jaxon se ha vuelto más frío que un invierno de Alaska. El Círculo no está preparado para mi próxima coronación y, como si las cosas no pudieran empeorar, ahora hay una orden de arresto por los supuestos delitos que cometimos Hudson y yo, lo que implica una sentencia de prisión de por vida con una maldición mortal e inquebrantable.

Habrá que tomar decisiones... y me temo que no todos sobrevivirán.»

Continúa la #SERIECRAVE, la nueva obsesión juvenil.

ANSIA

(Serie Crave 3)

Traducción de Vicky Charques

Tracy Wolff



A mi padre, por alimentar mi imaginación y convencerme de que era capaz de hacer cualquier cosa.

Y a mi madre, por su apoyo y su amor incondicional

Nota de la autora: En este libro se describen ataques de pánico, muertes, violencia, tortura psicológica y encarcelamientos, e incluye cierto contenido sexual. Estos temas se han tratado con sensibilidad, pero he querido advertirte con antelación por si pudieran afectarte de alguna manera.

0

La vida después de la muerte

Las cosas no tendrían que haber salido así.

Nada de esto tendría que haber salido así. Aunque, bien pensado, ¿qué parte de mi vida ha salido tal como la había planeado este año? Desde el día en que llegué al instituto Katmere, muchas cosas han escapado a mi control. ¿Por qué iba a ser hoy diferente? ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

Termino de subirme los leotardos y me aliso la falda. Después deslizo los pies en mis botas negras favoritas y saco del armario el *blazer* negro del uniforme.

Me tiemblan un poco las manos (bueno, para ser sincera, me tiembla un poco todo el cuerpo) mientras cuelo los brazos por las mangas. Pero supongo que es normal. Este es el tercer funeral al que asisto en doce meses y no por ello se me hace más fácil. Nada lo es.

Han pasado cinco días desde que gané el desafío.

Cinco días desde que Cole quebró el vínculo de compañeros que nos unía a Jaxon y a mí y casi nos destruye.

Cinco días desde que estuve a punto de morir... y cinco días desde que Xavier lo hizo.

Se me revuelve el estómago por un momento y creo que voy a vomitar.

Respiro hondo unas cuantas veces; inspiro por la nariz y espiro por la boca para mantener a raya las náuseas y el pánico que van aumentando dentro de mí. Tardo un minuto, o tres, pero al final las dos cosas disminuyen lo suficiente como para no tener la sensación de que hay un camión articulado cargado de mercancía aparcado en mi pecho.

Es una pequeña victoria, pero la acepto de buena gana.

Respiro hondo una vez más mientras me abrocho los botones de latón del *blazer*; después me miro en el espejo para asegurarme de que estoy presentable. Y lo estoy..., bueno, depende de cuál sea tu concepto de «presentable».

Tengo los ojos de un marrón más apagado de lo habitual; la piel, cetrina, y mis absurdos rizos luchan contra el moño en el que los he aprisionado. El dolor por una pérdida nunca me ha favorecido.

Al menos las magulladuras del Ludares han empezado a desaparecer; han pasado del violento tono negro y dorado original al moteado amarillo y lavanda que suelen adquirir antes de desaparecer del todo. Y ayuda un poco saber que Cole por fin agotó la paciencia de mi tío y las oportunidades que le dio. Lo han expulsado. Una parte de mí desea que se tope con un abusón todavía peor en ese centro de Texas

para delincuentes paranormales e inadaptados al que lo han enviado... solo para que vea lo que se siente.

La puerta del cuarto de baño se abre y mi prima, Macy, sale tapada con un albornoz y el pelo envuelto en una toalla. Quiero decirle que se dé prisa (tenemos que estar en el salón de actos para el funeral dentro de solo veinte minutos), pero no puedo. No cuando parece que le duele hasta respirar.

Y sé perfectamente lo que se siente.

En lugar de apremiarla, espero a que diga algo, lo que sea. Pero se dirige a su cama y hacia el uniforme de gala que he preparado para ella en absoluto silencio. Me duele verla así. Sus magulladuras no son menos dolorosas que las mías solo porque no sean visibles.

Desde mi primer día en el Katmere, Macy ha sido un torbellino de energía. La luz frente a la oscuridad de Jaxon, el entusiasmo frente al sarcasmo de Hudson, la alegría frente a mi pena. Pero ahora... ahora es como si todo rastro de purpurina hubiese desaparecido de su vida. Y de la mía.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto por fin mientras ella observa su uniforme como si fuera la primera vez que lo ve.

Sus ojos azules me miran, tristes y vacíos.

—No sé por qué estoy tan... —Deja la frase a medias y se aclara la garganta en un intento de eliminar la aspereza que la falta de uso confiere a su voz, y la angustia que la asola—. Si apenas lo conocía...

Esta vez se detiene, porque su voz se quiebra por completo. Aprieta el puño y las lágrimas nadan en sus ojos.

—No hagas eso —digo, y me acerco para abrazarla porque sé lo que se siente al mortificarte con algo que no

puedes cambiar. Al sobrevivir cuando alguien a quien quieres ha muerto—. No subestimes tus sentimientos por él solo porque no lo conocieras de toda la vida. Se trata de «cómo» conoces a una persona, no de «hace cuánto tiempo».

Agita un poco los hombros con un sollozo atrapado en el pecho, de modo que la abrazo más fuerte para tratar de aliviar su dolor y su pena, intentando hacer por ella lo que ella hizo por mí cuando llegué aquí.

Me devuelve el abrazo con la misma intensidad mientras las lágrimas le resbalan por el rostro durante largos segundos de tormento.

—Lo echo de menos —admite por fin—. Lo echo muchísimo de menos.

—Lo sé. —La consuelo y froto su espalda trazando lentos círculos—. Lo sé.

Ahora está llorando de verdad: sus hombros se agitan, su cuerpo tiembla, su respiración se entrecorta… y así durante unos minutos que parecen eternos. Se me parte el corazón. Por ella. Por Xavier. Por todo lo que nos ha llevado hasta este momento. Y me cuesta un mundo no echarme a llorar también. Pero ahora es el turno de Macy… y yo debo cuidar de ella.

Al final se aparta. Se pasa las manos por las mejillas húmedas y me dirige una frágil sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Tenemos que irnos —susurra pasándose de nuevo las manos por la cara—. No quiero llegar tarde al funeral.

—Claro. —Le devuelvo la sonrisa y me alejo un poco para darle algo de privacidad mientras se viste.

Cuando me vuelvo de nuevo unos minutos más tarde, sofoco un grito. No porque Macy haya lanzado un hechizo para secarse el pelo y peinarse (ya me he acostumbrado a eso), sino porque su cabello rosa eléctrico ahora es completamente negro.

—No me parecía apropiado —murmura al tiempo que se peina unos mechones con los dedos—. El rosa no es lo que llamaríamos un color de luto.

Sé que tiene razón, pero no puedo evitar lamentar la pérdida de los últimos vestigios de mi alegre y vivaracha prima. Todos hemos perdido mucho últimamente, y no sé cuántos golpes más podremos soportar.

—Estás guapa —le digo, porque es verdad, aunque eso no es nada nuevo: Macy estaría guapa hasta calva o con el pelo en llamas. Sin embargo, el cabello negro la hace parecer aún más delicada. Aún más frágil.

—Me veo rara —responde, pero desliza los pies en un par de bailarinas y engalana con pendientes la miríada de agujeros que tiene en las orejas. Después lanza otro hechizo, esta vez para eliminar la rojez y la hinchazón de sus ojos.

Cuadra los hombros y la mandíbula. Su mirada sigue siendo triste, pero está más despejada cuando dirige la vista hacia mí.

—Vamos. —Incluso su voz es más decidida, más fría; y es esa determinación la que me mueve hacia la puerta.

Cojo el móvil para avisar a los demás por mensaje de que ya vamos para allá, pero en cuanto abro la puerta veo que no es necesario. Están todos en el pasillo esperándonos: Flint, Eden, Mekhi, Luca, Jaxon… y Hudson. Algunos tienen

mejor aspecto que otros, pero todos están hechos polvo, como Macy y yo, y me emociono al verlos.

Todo es un lío en estos momentos, un lío de verdad. Pero hay algo que no ha cambiado: estas siete personas están ahí para mí, y yo para ellas... y siempre lo estaré.

Sin embargo, cuando mi mirada se encuentra con los fríos y oscuros ojos de Jaxon, no puedo evitar reconocer que, aunque eso no haya cambiado, todo lo demás sí.

Y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

1

Jaque a tu compañero

Tres semanas después...

—Te lo imploro. —Macy me mira con ojos suplicantes desde su cama cubierta con una manta con los colores del arcoíris. Da gusto volver a verla casi sonreír desde el funeral de Xavier, y no puedo evitar devolverle el gesto. Aún no es una sonrisa completa, pero me vale—. Te lo ruego, por favor, por favooor: saca a esos chicos de la miseria en la que viven.

—Eso va a ser difícil —respondo mientras tiro la mochila junto a mi escritorio antes de dejarme caer sobre mi cama —. Sobre todo teniendo en cuenta que no he sido yo quien los ha metido en ella.

—Esa es la mentira más gorda que has dicho hasta la fecha. —Mi prima resopla y levanta la cabeza lo suficiente para asegurarse de que veo como pone los ojos en blanco —. Eres un ciento cincuenta por ciento responsable de que

tanto Jaxon como Hudson hayan estado tan mustios las últimas tres semanas.

—Me temo que hay muchas razones por las que Jaxon y Hudson han estado mustios, y yo solo soy como mucho responsable de la mitad —le espeto... e inmediatamente me arrepiento de mis palabras.

No porque no sean ciertas, sino porque, tras pronunciarlas, veo que el poco color que Macy lucía en las mejillas desaparece poco a poco. Tiene un aspecto tan diferente del de la chica que me recibió en noviembre, que cuesta creer que sea la misma persona. Su pelo, siempre de colores locos, sigue sin reaparecer y, aunque el tono negro azabache con el que se lo tiñó para el funeral de Xavier le queda bien, no pega para nada con su personalidad. Solo con su tristeza.

Me dispongo a disculparme, pero Macy me mira y me dice:

—Sé perfectamente qué aspecto tiene un vampiro hecho polvo, y tienes a dos de ellos en tus manos. Y, para que lo sepas, letal y patético forman una combinación muy peligrosa, por si no te habías dado cuenta.

—Sí me había dado cuenta.

Es una combinación con la que llevo lidiando semanas; una combinación que hace que sienta que una bomba va a estallar cada vez que respiro; cada movimiento que hago es como si estuviese jugando a la ruleta rusa con la felicidad de los demás.

Y, puesto que el universo no parece haberse cansado de joderme todavía..., por lo visto Macy se equivocaba cuando me dijo que Hudson ya se había graduado cuando Jaxon lo

mató. Resulta que no. Casi, pero no. Tiene algo que ver con que le faltaban algunos créditos porque había tenido tutores privados en lugar de haber asistido al Katmere los cuatro años que le tocaban. Mi prima estaba varios cursos por debajo, así que se encogió de hombros: ¿qué sabía ella? Nadie lo volvió a mencionar tras su muerte. Sea como fuere, eso significa que mire a donde mire, allí está. Como Jaxon. Los dos en nuestro círculo de amigos, sin estarlo. Los dos observándome a través de unos ojos que parecen inexpresivos por fuera, pero que albergan una multitud de emociones. Esperando a que haga o diga... algo.

—Aún no sé cómo acabé convirtiéndome en la compañera de Hudson —digo sin mucho entusiasmo—. Pensaba que debías tener cierto interés en establecer ese vínculo o, al menos, estar «abierta» a ello para que pasase.

Macy me sonríe.

—Está claro que sientes algo por él.

Pongo los ojos en blanco.

—Gratitud. Siento gratitud hacia él. Y diría que esa es una razón horrible para liarse con alguien.

—O sea que... —Ahora los ojos de Macy centellean cargados de humor—, has pensado en «liarte» con Hudson, ¿eh?

Le tiro uno de los pequeños cojines de decoración a mi prima, que lo esquiva sin dificultad y se ríe.

—En fin, lo que yo sé es que la mayoría de los alumnos de este instituto matarían por encontrar algún día un compañero. Que tú hayas tenido dos desde que llegaste no debería estar permitido.

Macy está bromeando, intenta quitarle peso al asunto, pero no ayuda.

Hudson suele sentarse con nosotras a comer o en las clases que compartimos. Pese a que la mayoría de los miembros de la Orden y Flint lo observan con cierto recelo, de alguna manera ha conseguido encandilar a mi prima con apenas una media sonrisa seductora y un *latte* de vainilla francesa.

De hecho, ella es una de las pocas personas que culpan a Jaxon de que nuestro vínculo se rompiera, y ha dejado bien patente que está en el bando de Hudson. No puedo evitar preguntarme si está de su parte porque de verdad cree que él es mejor para mí, o si simplemente no apoya a Jaxon porque fue él quien insistió en desafiar a la Bestia Imbatible, un movimiento que acabó con la muerte de Xavier.

Lo que está claro es que lleva razón en una cosa: tarde o temprano voy a tener que enfrentarme a este lío.

He estado esforzándome al máximo por ignorar la situación... al menos hasta que tenga un plan. Desde el funeral de Xavier me he pasado prácticamente todo el tiempo intentando decidir qué hacer o cómo arreglar las cosas (entre Jaxon y yo, entre Jaxon y Hudson, entre Hudson y yo...), pero no puedo. El suelo se ha convertido en arenas movedizas bajo mis pies, y mis alas no ayudan tanto como cabría esperar... Necesito aterrizar de vez en cuando, y cada vez que lo hago empiezo a hundirme.

Macy parece intuir mi angustia interior; se sienta al borde de su cama y su gesto divertido desaparece tan rápido como el mío.

—Sé que las cosas son difíciles en estos momentos —continúa—. Solo bromeaba. Haces lo que puedes.

—¿Y si no sé qué hacer? —Las palabras salen disparadas de mi boca como si fuese una botella sellada a presión—. Aún no había asimilado del todo que soy una gárgola, y ahora tengo que enfrentarme a ocupar un asiento en ese Círculo de la Fatalidad y la Desesperación y coronarme justo después de la graduación.

—¿«El Círculo de la Fatalidad y la Desesperación»? —Macy repite mis palabras divertida.

—Tras lo cual estoy segura de que me encerrarán en una torre o me decapitarán o alguna otra cosa espantosa por el estilo. —Lo digo como si estuviera bromeando, pero no es así. No hay ni una pizca de optimismo en mí respecto al hecho de convertirme en un miembro del Consejo de paranormales que dirige el padre de Jaxon y Hudson... ni sobre todo lo que ello implica. Incluida la política, la supervivencia y el estar emparejada con Hudson en lugar de con mi novio de verdad en este mundo feliz en el que he acabado sin comerlo ni beberlo—. Sigo enamorada de Jaxon. No puedo cambiar lo que siento —gruño—. Pero tampoco soporto hacerle daño a Hudson, ni mirarlo a los ojos cuando nos sentamos a la mesa y me ve con su hermano.

Todo esto es una pesadilla incomprensible, y el hecho de que no haya podido dormir prácticamente nada desde que casi pierdo la vida no hace sino empeorarlo todo. Pero ¿cómo voy a relajarme si cada vez que cierro los ojos siento los dientes de Cyrus hundiéndose en mi cuello y el dolor de su mordedura eterna se extiende por todo mi cuerpo?

También me asalta el recuerdo de que Hudson me colocó en esa tumba poco profunda para enterrarme viva (todavía no he sido capaz de preguntarle cómo sabía lo que tenía que hacer). O, peor aún (y, sí, esto es definitivamente peor), veo el gesto de Jaxon cuando Hudson le dijo que ahora soy su compañera.

Son recuerdos tan devastadores que lo único que quiero hacer es salir corriendo y esconderme.

—Oye, todo irá bien —dice Macy, con voz tímida y mirada preocupada.

—«Bien» quizá sea exagerar un poco. —Me doy la vuelta en la cama y me quedo mirando al techo, pero apenas lo veo. Solo veo sus ojos.

Un par oscuro, otro par claro.

Ambos atormentados.

Ambos esperando algo que no sé cómo darles y una respuesta que no sé ni cómo empezar a buscar.

Sé lo que siento. Quiero a Jaxon.

En cuanto a Hudson..., en fin, es algo más complicado. No es amor, y me preocupa que no sea eso lo que quiere oír. Sí, se me acelera el pulso cuando anda cerca, pero, siendo objetiva, el tío está buenísimo. Cualquier persona en su sano juicio se sentiría atraída por él. Además, ahora está ese vínculo entre nosotros que hace que sienta cosas que en realidad no están ahí. O al menos yo no quiero que estén.

Después de todo lo que ha hecho por mí, después de la relación que sé que construimos durante esas semanas en las que estuvimos atrapados juntos, no quiero

decepcionarlo diciéndole que lo único que siento por él es amistad.

Gruño de nuevo. Y ahí estoy yo, dando por hecho que Hudson quiere ser mi compañero. A lo mejor está tan enfadado con el universo como yo por habernos puesto en esta tesitura tan incómoda.

Macy exhala un largo suspiro, se levanta de la cama y se sienta en el extremo de la mía.

—Lo siento. No pretendía presionarte.

—No estoy así por ti. Es solo... —Dejo la frase a medias, pues no sé cómo expresar el torbellino de confusión que me asola.

—¿Todo? —apunta, rellenando el hueco en blanco que yo he dejado. Y asiento porque, sí, todo es demasiado.

Se hace el silencio entre nosotras; un silencio largo e incómodo. Espero a que Macy lo rompa, a que vuelva a su cama y se olvide de esta horrible conversación, pero no se mueve. En lugar de eso, se apoya contra la pared y me observa con tranquila paciencia, algo ajeno a su *modus operandi* normal.

No tengo muy claro si es por el silencio o por cómo me observa o por la imperiosa necesidad de desahogarme que lleva todo el día acumulándose dentro de mí, pero la tensión aumenta y aumenta hasta que al final desembucho la verdad que he estado intentando ocultarle a todo el mundo, incluida a mí misma:

—Creo de verdad que no tengo la fortaleza necesaria para hacer esto.

No sé muy bien qué reacción esperar de Macy ante mi confesión. En una milésima de segundo me imagino de

todo: desde generosa compasión a un comentario frío diciéndome que «ajo y agua», que no tiene tanto que ver conmigo como con todas las cosas por las que ella misma está pasando.

Sin embargo, al final hace lo único que no me esperaba, lo único que ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Empieza a partirse de risa.

—No me jodas. Me preocuparía más que pensaras que puedes con todo esto tú sola.

—¿En serio? —Estoy desconcertada. Y puede que incluso me sienta algo insultada. ¿De verdad me cree tan incompetente? Que yo sea consciente de que soy un desastre no significa que quiera que todo el mundo lo sepa —. ¿Por qué?

—Porque no estás sola, y porque no tienes por qué hacerlo sola. Para eso estoy yo aquí. Para eso estamos todos aquí, sobre todo tus novios.

La miro con recelo por usar el plural en esa palabra y el énfasis que ha puesto en ella.

—Novio —la corrijo separando el diptongo entre la «i» y la «o» final para remarcar esta última—. Uno, no dos. —Levanto el dedo índice para asegurarme de que lo capta—. Un novio.

—Ah, sí. Uno. Claro. —Me lanza una mirada maliciosa—. Entoncesss, para que me quede claro. ¿Cuál de los dos vampiros es, exactamente, ese «novio»?

2

No rompas más (mi pobre vínculo)

—Eres lo peor —bromeo—. Pero ¿te importa si nos centramos en lo que realmente importa, es decir, en graduarnos?

Entre la pérdida de mis padres, el cambio de instituto y el haber perdido cuatro meses transformada en desagüe, voy bastante atrasada para estar en último curso. Lo que significa que, si no termino los proyectos que me han asignado y apruebo los exámenes finales, tendré que repetir curso. Y eso no puede pasar, por más que a Macy le encantaría que siguiese aquí un año más. A ver, si Hudson puede llevar al día las clases después de haber estado muerto, joder, yo también puedo.

—Sabes que ese es el verdadero motivo por el que entierro la cabeza, ¿verdad? —admito por fin—. Porque no soy capaz de enfrentarme a la inmensa cantidad de trabajo que tengo que hacer para compensar mi ausencia al tiempo

que intento decidir qué hacer con lo de Cyrus, o lo del Círculo o lo de...

—¿Tu compañero? —Macy sonríe ligeramente arrepentida y levanta una mano antes de que me dé tiempo a protestar—. Perdona, no he podido evitarlo. Pero tienes razón. Aunque a mí me encantaría que repitieras, pareces muy empeñada en graduarte. —Se levanta y se acerca a su escritorio para coger el portátil—. Así que, como tu autoproclamada mejor amiga, es mi deber asegurarme de que eso suceda. Tienes que preparar una presentación para la clase de la doctora Veracruz sobre historia mágica, ¿verdad? Se lo he oído comentar a algunos de último curso.

—Sí —asiento—. Todo el mundo tiene que escoger un tema tratado en clase este año y preparar una presentación de diez páginas sobre alguno de los aspectos de ese tema que no nos dio tiempo a ver en clase. Dice que nos lo manda para que adquiramos conocimientos más completos de las distintas partes de la historia, pero yo creo que solo quiere torturarnos.

Macy vuelve a su cama y teclea algo en el ordenador.

—¡Ya sé sobre qué puedes hacerla!

—¿En serio? —pregunto, y me incorporo en la cama.

—Sí. En clase visteis el tema de los vínculos entre compañeros, ¿verdad? Estoy deseando dar esa clase justo por ese motivo. Pues bien, eres un ejemplo viviente de algo de lo que no se ha hablado en clase.

Niego con la cabeza.

—Lamentablemente, falté a esa lección, pero Flint me dijo que es posible vincularse con más de una persona a lo

largo de la vida. No soy la única que ha tenido más de un compañero.

Macy para de teclear y me mira con una ceja levantada.

—Ya, pero eres la única cuyo vínculo se ha roto por causas ajenas a la muerte.

—¿Nunca había pasado? —pregunto, y el corazón se me acelera—. ¿En serio? —Es algo difícil de creer, pero también demasiado horrible como para creerlo. Si nadie ha vivido nunca nada parecido, ¿cómo vamos a solucionarlo? ¿Qué vamos a hacer? Y ¿por qué? ¿Por qué nos ha tenido que pasar a Jaxon y a mí?

—Nunca —asegura Macy rotundamente—. Los vínculos nunca se rompen, Grace. Eso es así. Es imposible. Es una ley de la naturaleza o algo por el estilo. —Hace una pausa y se mira las manos apoyadas sobre el teclado—. Pero, de alguna manera, el tuyo sí se rompió.

Como si necesitase que me lo recordasen.

Como si yo no hubiese estado allí.

Como si no hubiese sentido cómo se dividía con una fuerza que casi me parte en dos, una fuerza que casi acaba conmigo... y con Jaxon.

—¿Nunca? —Debo de haber entendido mal esa parte. No puede ser que solo me haya pasado a mí.

—Nun-ca —insiste Macy, separando las sílabas deliberadamente para remarcar la palabra al tiempo que me mira como si de repente me hubiesen salido tres cabezas—. No casi nunca, Grace. Ni muy rara vez. Nunca, nunca. Nunca en plan «nunca en la historia de nuestras especies». Los vínculos no se pueden romper mientras los

compañeros sigan vivos. Jamás. —Niega con la cabeza para darle más énfasis—. Nunca. Jamás. Nun...

—Vale, vale. Ya lo pillo. —Niego con la cabeza, derrotada —. Los vínculos nunca se rompen. Pero el que había entre Jaxon y yo sí lo hizo y ninguno de los dos está muerto, así que...

—Sí. —Asiente con el ceño fruncido—. Estamos en territorio inexplorado. No me extraña que te sientas como una mierda. Estás jodida.

—Vaya. Gracias. —Me cojo el pecho como si me hubiese clavado un puñal en el corazón.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Ya, pero hay algo en todo esto que no acabo de entender. Llevo días pensando en ello, y es por qué me cuesta tanto creer lo de que estas cosas nunca pasan. Yo...

—Nunca —me interrumpe, haciendo un gesto con las manos para enfatizar la palabra—. Literalmente nunca.

Levanto la mano de nuevo para que pare, porque estoy intentando llegar a un punto en concreto.

—Pero, si eso es verdad y los vínculos nunca se rompen, ¿por qué había un hechizo para romper el mío? Y ¿por qué lo conocía la Sangradora?

3

Keep calm y juega al bringo

—Oye, ¿sabes qué hay hoy para cenar? —le pregunto a Macy mientras recorremos los pasillos iluminados con los apliques de dragones en dirección a la cafetería. A ambas se nos ha abierto el apetito cuando investigábamos sobre los vínculos entre compañeros durante las últimas tres horas, aunque no hemos descubierto nada sobre nadie cuyo vínculo se haya roto con anterioridad ni hemos encontrado mención alguna a un hechizo que sirviera a tal efecto—. Se me ha olvidado mirarlo.

—Sea lo que sea, será horrible. —Pone cara de asco y suspira—. Es uno de los «miércoles malos».

—¿«Miércoles malos»? —Probablemente debería saber a qué se refiere, teniendo en cuenta que he comido en el comedor todos los días durante las últimas tres semanas, aunque he estado bastante empanada. Suficiente hago ya con recordar que he de ponerme el uniforme casi todos los

días como para acordarme también de lo que se sirve en la cafetería... Bueno, menos los jueves de gofres. Esos los tengo grabados a fuego en el cerebro.

Macy me lanza una mirada de desaprobación mientras bajamos las escaleras.

—No te sugiero que cojas nada más que yogur helado y, tal vez, un panecillo, si te sientes valiente.

—¿Yogur helado? ¿En serio? No puede ser tan malo. Las brujas de la cocina son fantásticas. —¿Qué pueden servir para generar esta clase de disgusto en mi prima? ¿Ojo de tritón? ¿Dedos de rana?

—Sí, las brujas son fantásticas —coincide—, pero un miércoles al mes terminan antes para ir a su noche de bringo. Y esta es una de esas noches.

—¿Su noche de bringo? —repito, y empiezo a dar rienda suelta a mi imaginación para tratar de averiguar de qué se trata. ¿Cómo es posible que no me haya enterado de esto hasta ahora?

A Macy parece sorprenderle que no haya oído hablar antes de este ritual, o lo que sea que es.

—Es una versión bruja del bingo. Estoy deseando alcanzar la edad para poder jugar.

—¿Alcanzar la edad? —Los engranajes de mi mente se ponen en marcha de nuevo intentando dilucidar a qué clase de bingo juegan las brujas de la cocina para que solo puedan participar los adultos.

—¡Sí! —A Macy se le ilumina la cara—. Es como el bingo, pero cada vez que sale un número de tu tarjeta, tienes que tomarte un chupito de la poción que se sirva esa noche. Algunas te hacen bailar como un pollo, otras te ponen la

ropa del revés... El mes pasado hubo una que las hizo recorrer toda la sala rugiendo como un tiranosaurio rex. —Se echa a reír—. Digamos que, cuando por fin cantas bingo y ganas, te lo has ganado de verdad. Las brujas de la cocina son adictas, aunque siempre gana Marjorie, como es tan dramática... Y luego Serafina y Felicity la acusan de haber encantado las bolas...

—¿Las bolas de quién estáis encantando? —quiere saber Flint cuando su metro ochenta y pico de estatura aparece detrás de nosotras. Como de costumbre, una sonrisa ilumina su atractivo rostro y hay un aire travieso en sus ojos ambarinos—. Solo lo pregunto porque estoy bastante seguro de que va contra las normas.

—No empieces tú también... —dice Macy sonriendo y negando con la cabeza—. Estaba hablando del bringo y de cómo las brujas se vuelven locas con el juego.

—¿Bringo? —Se para en seco al final de las escaleras y su sonrisa se transforma en un gesto de espanto—. Dime que no es ya la noche de bringo.

Macy suspira.

—Ojalá pudiera.

—¿Sabéis qué? En realidad no tengo tanta hambre. —Flint empieza a retroceder—. Creo que voy a...

—Ah, no. No te vas a librar tan fácilmente. —Macy entrelaza un brazo con el de él y empieza a empujarlo hacia delante—. Si los demás sufrimos, tú también.

Flint se queja, pero mi prima, aunque coincide con él, sigue impulsándolo hacia delante. No paran de renegar hasta que al final intervengo:

—No puede ser tan malo. Yo he sobrevivido a cafeterías de centros escolares públicos, donde el yogur helado no es una opción ni siquiera en un día bueno.

—Uy, sí que lo es —responde Macy.

—De hecho, este es peor —me advierte Flint.

—Venga ya. ¿Cómo puede ser? ¿Quién cocina?

Ambos me miran con la misma expresión de horror.

—Los vampiros —responden al unísono.

4

Miércoles sangriento

—¿Los vampiros? —No voy a mentir, me encojo un poco al pensar en lo que come Jaxon (y Hudson).

—Exacto —confirma Flint con cara de asco—. ¿Por qué decidió Foster poner a los vampiros a cargo de la cocina el día libre de las brujas? Nunca lo sabré.

—¿A quién debería haber puesto? —pregunta Mekhi, que aparece por detrás de Macy—. ¿A los dragones? Las nubes tostadas tampoco es que tengan un gran valor nutritivo para el cuerpo estudiantil.

—Al menos es comida —le responde Flint mientras, con un ademán ostentoso, abre una de las puertas del comedor.

—El pastel de sangre es comida —le espeta Mekhi—. O eso tengo entendido.

—¿Pastel de sangre? —Se me revuelve el estómago. No tengo ni idea de qué es, pero suena horrible.

Flint mira a Mekhi con suficiencia.

—¿Qué tal suenan ahora esas nubes tostadas, Grace?

—Pues a cena... si puedo añadir también un paquete de Pop-Tarts de cereza. —Echo un vistazo por el comedor para ver si la mesa de *snacks* del desayuno y la comida sigue ahí. Pero, como era de esperar, no es así.

—No será tan malo, te lo prometo —intenta tranquilizarme Mekhi mientras nos guía hacia la cola.

—¿Cómo es posible que lleve todo este tiempo en el Katmere y que todavía no supiera nada de la noche de bringo? —me pregunto al tiempo que una parte de mi cerebro cataloga todos los platos que he oído hasta la fecha que contengan la palabra *sangre*, que, sinceramente, no son muchos. La otra parte está ocupada registrando la cafetería en busca de Jaxon... o de Hudson.

No sé si me preocupa o me alivia el no encontrarlos a ninguno de los dos.

—Porque nunca habías estado aquí tantas semanas seguidas —responde Macy—. Y creo que la última vez fue la noche que Jaxon te sirvió los tacos en la biblioteca.

Me parece increíble que haya pasado solo un mes desde aquella noche. Las cosas han cambiado tanto desde entonces que tengo la impresión de que fue hace meses. O tal vez años.

—Ojalá estuviera yo comiendo tacos en la biblioteca ahora mismo —refunfuña Flint mientras coge un par de bandejas y nos las pasa a mi prima y a mí.

Macy acepta el ofrecimiento y suspira.

—Sí, yo también.

—No les hagas ni caso —me dice Mekhi—. No es para tanto.

—Tú no comes, así que no puedes opinar —sentencia Flint.

Mekhi se echa a reír.

—Eso es verdad. Voy a por algo de beber y a buscar una mesa. —Le guiña el ojo a Macy y se dirige hacia los enfriadores de bebidas dispuestos al otro extremo del comedor.

La fila es más corta de lo habitual (me pregunto por qué será...) y avanza bastante rápido, de modo que solo tardamos un par de minutos en estar delante de las elegantes mesas de bufé del Katmere. Generalmente están repletas de comida, pero esta noche la oferta es bastante escasa. Y nada me resulta demasiado tentador.

Ni siquiera veo la habitual bandeja de ensalada. En su lugar hay un caldero gigante con verduras y unos cuantos dados grandes oscuros, que no reconozco, flotando.

—¿Qué es eso? —le susurro a Macy mientras pasamos junto a varios vampiros adultos, incluida Marise, que me sonríe y me saluda con la mano.

Le devuelvo el saludo, pero sigo avanzando por la fila y Macy me responde en voz baja:

—Sangre cuajada.

Pasamos por delante de unas salchichas negras por las que no necesito ni preguntar: he visto bastantes programas de cocina como para saber qué le confiere a tal manjar su distintivo color. Y, la verdad, a mucha gente le encantan. Pero, no sé..., el rollo vampírico hace que sea todo muy raro. ¿Cómo sabemos que es sangre de animales y no humana? Algunos de los profesores vampiros son muy de la vieja escuela.

Me entran náuseas solo de pensarlo. Pero más adelante hay una enorme pila de tortitas, y jamás me había alegrado tanto de desayunar a la hora de cenar. Al menos hasta que me acerco y veo que no son tortitas normales. Son de un color rojizo oscuro.

—Dime que no han puesto sangre en las tortitas.

—Sí, han puesto sangre en las tortitas —responde Macy.

—Es una receta sueca —me informa Flint—. *Blodplättar*. Y la verdad es que están bastante buenas. —Extiende la mano y se sirve varias en el plato.

Los vampiros están muy pendientes de la fila, así que me atrevo con una de las tortitas. Está claro que se han esforzado en preparar la cena, y no quiero herir los sentimientos de nadie. Además, el yogur helado está de camino a la mesa…

Después de cargar mi tortita de sirope y de llenar un cuenco con una mezcla de yogur de vainilla y chocolate, y todo el *topping* que le cabía, sigo a Flint y a Macy por el atestado comedor hasta la mesa que Mekhi ha escogido. Eden y Gwen ya han llegado, y no puedo evitar sonreír al leer la parte delantera de la nueva sudadera morada de Eden: «Por la horda».

Me ve sonreír y me guiña el ojo justo antes de extender la mano y robarle a Macy la guinda que corona su yogur helado.

Mi prima se ríe.

—Sabía que lo ibas a hacer. —Acerca la mano y coge otra guinda—. Por eso he cogido dos.

Eden le roba esa también a toda velocidad.

—Ya deberías saber que los dragones no son de fiar en lo que respecta a los tesoros.

—¡Eh! —Macy protesta mientras el resto nos echamos a reír.

Una vez sentados, le regalo un par de la media docena de guindas que me había puesto yo. Si algo me ha enseñado mi estancia en el Katmere es el valor de estar preparada para cualquier cosa.

—Eres la mejor prima del mundo —me dice con una sonrisa de oreja a oreja, y me doy cuenta de que es la primera sonrisa real que le he visto desde la muerte de Xavier. Y esto me ayuda a respirar un poco mejor; me hace pensar que tal vez esté encontrando el camino para volver a estar, ya no digo feliz, pero sí bien, al menos.

La conversación fluye a mi alrededor: proyectos de último curso, exámenes finales y cotilleos sobre compañeros de clase a los que no conozco, así que me centro en mi yogur helado. Intento prestar atención, pero es difícil cuando no paro de buscar a Jaxon y a Hudson. Lo cual es absurdo, lo sé. Hace media hora, en mi habitación, no paraba de decir que no tengo tiempo para preocuparme por ellos y ahora no paro de inspeccionar el comedor para ver si descubro a alguno o a los dos.

Es que no puedo evitarlo. Por más que toda esta situación escape a mi control, no puedo desconectar y conectar mis sentimientos así, sin más. Quiero a Jaxon. Y a Hudson como amigo. Me preocupan los dos y necesito saber que están bien, sobre todo teniendo en cuenta que no he podido hablar con ninguno de ellos sobre lo que está pasando.

Cuando llevo la mitad del yogur, de repente se hace el silencio en el comedor al tiempo que se me eriza el vello de la nuca. Levanto la vista y veo que todo el mundo está mirando algo detrás de mí. No necesito darme la vuelta para saber a quién me voy a encontrar.

5

Tablas por compañero ahogado

Macy, que ya se ha vuelto para ver a qué viene todo esto, me da un codazo en el costado y me susurra el nombre de Jaxon.

Asiento para que sepa que la he oído, pero no me muevo. Sin embargo, contengo la respiración al notar el escalofrío que me recorre la espalda y que me avisa de que se está acercando... y que su atención se centra exclusivamente en mí.

Macy suelta un gritito que me indica en qué estado de ánimo se encuentra. Mi prima se ha relajado mucho en su presencia las últimas semanas (es lo que tiene la amistad), pero eso no significa que haya olvidado lo peligroso que es. Al parecer, nadie lo ha hecho. Se refleja en el rostro de todos los que me rodean; parece que se han quedado helados, como si estuviesen esperando a que Jaxon

atacase... y quisiesen asegurarse de que no es a por ellos a por quienes va.

Incluso Flint tiene la espalda pegada al respaldo de la silla y parece haberse olvidado de las tortitas y de la conversación con Eden sobre el examen de Física. Su mirada refleja una mezcla de cautela y temeridad, y es el temor por Flint, por lo que pueda estar sintiendo y lo que pueda hacer, lo que me obliga a volverme antes de que las cosas se desmadren.

No me sorprende lo más mínimo encontrarme a Jaxon detrás de mí. Lo que sí me sorprende es lo tremendamente cerca que está. Hace apenas unas semanas habría sido imposible que se acercase tanto sin que todo mi cuerpo se electrizase por completo. Ahora, todo lo que tengo es ese escalofrío en la espalda, y no es una sensación demasiado agradable.

Anoche, después de cenar, me invitó a su torre a estudiar, pero no pude ir porque Hudson ya me había preguntado si quería estudiar con él. Me frustra pensar en el lío que provocó esta situación, ya que ninguno de los hermanos Vega fue capaz de comportarse como un adulto y acceder que estudiáramos todos juntos.

Al final acabé estudiando sola en mi habitación. Y no aprendí nada, porque estaba demasiado ocupada enfadándome con los dos.

Pero hoy le he mandado a Jaxon dos mensajes y ni siquiera ha reconocido mi existencia. Entiendo que no aprueba mi amistad con Hudson, pero tiene que saber que eso es lo que es: amistad. Al parecer no puedo elegir quién

es mi compañero, pero le he demostrado a Jaxon de mil maneras distintas que es a él a quien he elegido amar.

Por eso me cabrea tanto que haya pasado de mí todo el día.

Y él debe de sentirse igual de furioso, porque sus ojos oscuros son tan fríos como la noche.

Tan fríos como la cumbre del Denali en enero.

Tan fríos como lo eran la primera vez que nos vimos. No. Más aún.

Durante lo que me parece una eternidad, ninguno de los dos se digna a decir nada. El silencio se extiende, gélido, entre nosotros y a nuestro alrededor, hasta que por fin Luca se asoma por detrás de él y pregunta:

—¿Os importa si nos sentamos con vosotros, chicos?

Por primera vez, me doy cuenta de que toda la Orden está presente. Me he acostumbrado a comer con Jaxon y Mekhi unas cuantas veces a la semana, claro, pero es raro que todos los amigos de Jaxon se reúnan con nosotros. Y, sin embargo, aquí están: Luca, Byron, Rafael y Liam, todos en formación detrás de Jaxon, como si estuviesen esperando un ataque.

—Por supuesto. —Hago un gesto hacia los asientos vacíos que quedan, pero Luca no me está preguntando a mí. Tiene la mirada fija en Flint, quien se la devuelve con la misma intensidad y con un ligero rubor en sus mejillas marrones.

Y, en fin, esto sí que no me lo esperaba. Pero me parece estupendo.

Miro a Eden, y por su gesto veo que está observando la escena con el mismo interés que yo, y la sonrisa en su

rostro hace que me plantee si no me habré equivocado sobre la identidad de la persona de la que estaba enamorado Flint. Pensé que se refería a Jaxon aquel día en el campo del Ludares, pero tal vez se había referido a Luca todo el tiempo. ¿O es Luca el chico nuevo del que hablaba? Desde nuestra charla, Flint no ha vuelto a mencionar su vida sentimental, y tampoco me parecía justo interrogarlo al respecto.

Pero independientemente de a quién se estuviera refiriendo aquel día, está claro que, al menos hoy por hoy, está muy interesado en Luca y, al parecer, el sentimiento es mutuo.

Flint asiente y Luca cruza hacia el otro lado de la mesa para sentarse junto a él. Antes de que pueda pensar dónde va a sentarse Jaxon, Macy acerca su silla a la de Eden y deja un hueco para que alguien se siente a mi lado. Jaxon asiente a modo de agradecimiento y, segundos después, coge una silla de otra mesa y la coloca junto a mí.

El corazón se me acelera cuando su muslo roza el mío, y sonríe un poco. Me lanza una mirada con el rabillo del ojo que reconocería en cualquier parte. Y, después, muy lentamente, lo hace de nuevo.

Esta vez me quedo sin aliento, porque este es Jaxon. Mi Jaxon. Pese a que nuestra relación no ha sido la misma desde el desafío y aunque estoy tan confundida que apenas puedo pensar, sigo queriéndolo. Sigo amándolo.

—¿Qué tal el día? —pregunta con voz suave.

Niego con la cabeza al pensar en mis notas y en que mi graduación corre peligro.

—Tan mal que no quiero hablar de ello. —No le digo que el que no haya respondido a mis mensajes no ha hecho sino empeorarlo también. Sé por su mirada que es consciente de ello. Y que esta situación de mierda le gusta tan poco como a mí—. Y... —Mi voz se quiebra, de modo que me aclaro la garganta y pruebo de nuevo—. ¿Y tú? ¿Qué tal el día?

Hace un mohín y se pasa la mano por su sedoso pelo negro con la suficiente fuerza como para revelar la irregular cicatriz de su mejilla izquierda. La cicatriz que la reina vampiro Delilah, su madre, le hizo por haber asesinado a su primogénito. Que ahora ha regresado. Y que ahora es mi compañero, aunque sigo enamorada de mi antiguo compañero, cuyo vínculo conmigo jamás debería haberse podido romper.

Me duele la cabeza solo de pensarlo.

Menudo culebrón. Ni en un millón de años habría podido inventarme una historia como esta.

—Pues más o menos igual —responde por fin.

—Ya, me lo imaginaba.

No dice nada más, ni yo tampoco. A nuestro alrededor la conversación fluye alegremente, pero no se me ocurre nada que decir para romper nuestro frío silencio. Se me hace raro sentirme tan incómoda en presencia de Jaxon, cuando antes podíamos pasarnos horas hablando de todo y de nada.

Lo detesto, sobre todo al ver lo a gusto que están todos los demás. Eden y Mekhi se ríen juntos, como Macy y Rafael. Byron y Liam conversan con intensidad sobre algo, y Flint y Luca... En fin, salta a la vista que Flint y Luca

están tonteando, mientras que Jaxon y yo no podemos ni mirarnos a la cara.

Me dispongo a seguir comiéndome el yogur helado, pero en cuanto me llevo la cuchara a la boca me doy cuenta de que he perdido el apetito. Vuelvo a depositarla en el cuenco y me digo: «¡A la mierda!». Si las cosas están tan raras que no puedo ni comer, mejor me voy a la biblioteca.

Sin embargo Jaxon debe de notar mi desazón, porque justo cuando estoy a punto de levantarme desliza su mano sobre la mía. Es un gesto tan familiar, tan agradable, que automáticamente giro la palma y entrelazo nuestros dedos, aunque sigo cabreada con él.

Me besa los dedos antes de colocar nuestras manos unidas sobre su pierna por debajo de la mesa, y me estremezco por completo. En momentos como estos, en los que nos tocamos, pienso que tal vez aún tengamos alguna oportunidad. Tal vez no todo esté tan jodido como parece. A lo mejor hay esperanza.

Estoy segura de que él piensa lo mismo, a juzgar por cómo me agarra la mano. Y por el hecho de que no dice nada para romper el que ahora es un cómodo silencio entre nosotros, casi como si temiera tanto como yo fastidiar este momento. Así que nos quedamos ahí sentados, empapándonos de las conversaciones ajenas. Y funciona, al menos durante un rato.

Y entonces sucede: todos los nervios de mi cuerpo se ponen en alerta roja.

No necesito volverme para saber que Hudson acaba de entrar en la cafetería, pero el modo en que Jaxon me estrecha con más fuerza la mano confirma mi intuición.

6

Historia de dos Vega

Un segundo después parece que todo el mundo se percata de su presencia a la vez. Todos los que nos acompañan a la mesa se quedan parados, como si estuviesen conteniendo el aliento, aunque sus ojos miran a todas partes excepto a Jaxon y a mí. Bueno, todos menos Macy, que lo saluda efusivamente, como si estuviese intentando detener una avioneta en plena tormenta de nieve. Después aparta su silla de nuevo para dejarle sitio, tanto que casi acaba en el regazo de Eden.

Hudson murmura un escueto «gracias» mientras coge una silla y deja caer su bandeja al lado de mi prima. En ella hay cuatro trozos de tarta de queso junto con su vaso de sangre de costumbre.

Macy sonríe más todavía y coge uno de los platos.

—¡Anda! No tendrías que haberte molestado.

—He oído que era la noche de bringo. He pensado que agradeceríais algunas sobras —le dice sin apartar la mirada de mí, excepto en el breve instante en que registra que tanto Jaxon como yo tenemos la mano debajo de la mesa. Y, aunque sé que no puede ver que nos estamos tocando, me siento como si me hubiesen pillado haciendo algo malo. Jaxon debe de intuir mi súbita incomodidad, porque me suelta y cruza las manos sobre la mesa.

Hudson no nos dice nada a ninguno de los dos. Se vuelve hacia mi prima como si no se hubiese dado cuenta de nuestro gesto y pregunta:

—¿A alguien le apetece jugar al ajedrez después?

Los dos han estado jugando al ajedrez un par de veces a la semana. Creo que Hudson le pidió que jugase con él la primera vez para distraerla un poco de la muerte de Xavier, y ella aceptó porque le sabía mal que todo el mundo lo evitara. Pero últimamente la he sorprendido buscando movimientos de ajedrez en Google cuando cree que no miro, y sé que ha empezado a disfrutar de su amistad.

—Por supuesto —responde con la boca llena de tarta—. Uno de estos días te daré una paliza.

—Me temo que para eso tendrás que acordarte de cómo se mueve el caballo —le suelta.

—Oye, no es fácil —le dice ella.

—Es muuucho más difícil que las damas —bromea Eden mientras le roba a mi prima un trozo de tarta de queso.

—¡Pues sí! —protesta Macy—. Cada figura tiene un movimiento distinto.

—¡Yo jugaré contigo, Macy! —grita Mekhi desde el extremo de la mesa—. Hudson no es el único gran

estratega de la mesa.

—No, pero soy el único que tiene su propio tablero de ajedrez —contesta Hudson.

Eden resopla.

—No creo que eso sea algo de lo que presumir, Destructo Boy.

—Solo estás celosa, Lightning Girl.

—Ay, sí. —Sonríe—. Me encantaría destruir cosas con solo mover la mano.

Enarca una ceja.

—¿Es que no puedes?

Ella se echa a reír y pone los ojos en blanco.

—¡Eh, Hudson, cuenta conmigo, tío! —grita Flint desde el otro lado de la mesa.

Hudson mira a Macy, que se encoge de hombros antes de pasarle un trozo de tarta a Flint.

El dragón asiente en agradecimiento antes de dar un buen bocado. Luca le sonríe con cariño. Después señala con un gesto el libro que Hudson ha dejado junto a su bandeja.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta.

Hudson levanta el libro.

—*A Lesson Before Dying*.

—Un poco tarde para eso, ¿no? —señala Flint, y, tras una breve conmoción, todos se parten de risa. Sobre todo Hudson.

Quiero decirle algo: leí ese libro cuando estaba en primero y me encantó. Pero se me hace raro participar en una conversación en la que claramente no estoy incluida. Hudson ha hablado con todos los de la mesa menos con Jaxon y conmigo. Y no es nada incómodo, qué va…

Y menos cuando la charla continúa a nuestro alrededor. Cada vez que Flint dice algo gracioso, Hudson me mira como si quisiera compartir la broma..., pero aparta la vista enseguida como si ya no pudiéramos hacer eso. Y lo detesto, como detesto la sensación de extrañeza que crece entre nosotros. Él no ha hecho nada para hacerme sentir culpable por estar enamorada de su hermano. Todo lo contrario. Pero el hecho de que nosotros seamos compañeros (y que Jaxon y yo lo fuésemos antes) flota en el aire entre nosotros como una bomba a punto de estallar.

Si a eso le añadimos el modo en que Rafael y Liam siguen intimidándolo con la mirada porque no pueden superar el pasado, y la forma en que Flint se acerca o se aleja a él dependiendo de su estado de ánimo, no puedo evitar pensar que Hudson preferiría estar en cualquier otro lugar antes que aquí. Pero regresa a diario. Sigue intentándolo cada día, porque no quiere que las cosas sean incómodas entre nosotros.

A diferencia de mí, que ni siquiera le hablo cuando Jaxon anda cerca.

De repente me agobio muchísimo y digo, sin dirigirme a nadie en particular, que tengo que irme a estudiar.

La verdad es que tengo un montón de trabajos que hacer estos días.

Pero cuando me aparto de la mesa, Jaxon lo hace también.

—¿Puedo hablar contigo? —dice.

Quiero echarme a reír. Quiero preguntarle qué puede querer decirme después de haberse pasado los últimos diez minutos haciendo cualquier cosa menos hablar conmigo.

Pero no lo hago.

Asiento y evito establecer contacto visual con Hudson mientras me despido del grupo con una sonrisa que sé que saben que es falsa. Jaxon ni siquiera se molesta en hacer eso antes de volverse y dirigirse a la puerta.

Lo sigo, por supuesto. Porque seguiría a Jaxon a cualquier parte. Y no puedo evitar que una minúscula parte de mí espere que por fin esté preparado para hablar sobre cómo podemos hacer que esto funcione.

7

Creo que me perdí el remate

Espero que Jaxon se detenga justo al salir de la cafetería y me diga lo que sea que me quiere decir. Pero debería haberme imaginado que no iba a ser así. No le va mucho lo de hacer cosas en público. De modo que, cuando empieza a avanzar por el pasillo después de sujetarme la puerta para que salga, imagino que nos dirigimos a su torre.

Pero en el último segundo se desvía y, en lugar de subir por las escaleras que llevan a su habitación, toma las que llevan a la mía.

El nudo que tengo en la garganta se empieza a parecer a una película de serie B mala, solo que en lugar de ser *El tomate que se comió Cleveland*, es *La tristeza que se tragó a una chica, una gárgola y una puta montaña entera*. Siempre vamos a su cuarto para las conversaciones serias, para pasar el rato, para enrollarnos... El hecho de que no

me esté llevando allí es en sí una pista de por dónde va a ir esta conversación.

Cuando llegamos a mi dormitorio, abro la puerta y entro, esperando que Jaxon me siga. En vez de eso se queda al otro lado de la cortina de cuentas de Macy, con cierto aire indeciso en su demacrado pero hermoso rostro por primera vez en a saber cuánto tiempo.

—Sabes que siempre eres bienvenido en mi habitación —fuerzo a decir a mi garganta demasiado constreñida, y finjo que no me ahogo con las palabras. Con todo—. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado —responde.

—Ya —admito, aunque todo dentro de mí quiere negarlo —. Supongo que sí.

Mi respiración se vuelve irregular mientras una piedra gigante empieza a presionarme el pecho; una piedra que no tiene nada que ver con el hecho de que sea una gárgola, sino con el pánico que me invade por dentro. Le doy la espalda e intento tomar aire sin que se me note demasiado.

Pero Jaxon me conoce mejor que yo misma y de repente está delante de mí, con sus manos grandes y firmes en las mías, y me dice:

—Respira conmigo, Grace.

No puedo. No puedo inspirar. No puedo hablar. No puedo hacer nada más que estar aquí y sentir cómo me asfixio; cómo el suelo se mueve bajo mis pies y las paredes que me rodean se abalanzan sobre mí; cómo mi propio cuerpo se ha vuelto en mi contra, decidido a destruirme como las fuerzas externas contra las que tan cansada estoy de luchar.

—Inspira... —Respira hondo y contiene el aire durante un segundo—. Y espira. —Exhala, de forma lenta y constante. Al ver que no hago nada más que mirarlo con los ojos desorbitados, me agarra las manos con más fuerza—. Venga, Grace. Inspira... —Vuelve a tomar aire.

Mi inhalación no es en absoluto ni tan profunda ni tan firme (de hecho, estoy segura de que sueno como si me estuviese ahogando con una de esas tortitas de sangre), pero al menos respiro, y el oxígeno penetra en mis pulmones.

—Eso es —dice, y ahora sus manos me frotan los brazos, los hombros. Sé que pretende reconfortarme, y lo consigue. Pero también me resulta devastador, porque no siento lo que se supone que tendría que sentir. No siento como que Jaxon, mi Jaxon, me está tocando, al menos no como antes.

Me lleva mi tiempo, y no resulta nada fácil, pero al final consigo controlar el ataque de pánico. Cuando termina, cuando por fin puedo volver a respirar, apoyo la cabeza en el pecho de Jaxon. Sus brazos me rodean automáticamente, y mis brazos se deslizan por su cintura casi al instante.

No sé cuánto tiempo pasamos así, abrazándonos el uno al otro, pero también dejándonos ir. Duele más de lo que jamás habría imaginado.

—Lo siento —dice cuando por fin se aparta de mí—. Lo siento muchísimo, Grace.

Resisto la necesidad de aferrarme a él, de mantener el cuerpo pegado al suyo todo el tiempo que pueda.

—No es culpa tuya —le digo suavemente.

—No me refiero al ataque de pánico, aunque eso también. —Se lleva la mano al pelo y, por primera vez esta

noche, puedo ver bien su rostro, que tiene un aspecto espantoso: perdido, atormentado... y refleja tanto sufrimiento como estoy sintiendo yo. Puede que más—. Siento todo esto. Si pudiera volver atrás y borrar ese acto tan desconsiderado, ese momento de egoísmo e ingenuidad, lo haría sin dudar. Pero no puedo, y ahora... —Esta vez parece que su respiración flaquea—. Ahora esto es lo que hay y, joder, no hay nada que yo pueda hacer.

—Lo superaremos. Nos llevará un tiempo...

—No es tan fácil. —Niega con la cabeza y aprieta la mandíbula con rabia—. Puede que lo superemos; o puede que no. Pero, mírate, Grace. Estás sufriendo, tienes ataques de pánico... —Hace una pausa, traga de forma convulsiva—. Te estoy haciendo daño, y eso es lo último que quiero.

—Pues no lo hagas. —Ahora me toca a mí extender las manos y coger las suyas—. No hagas esto, por favor.

—Ya está hecho. Eso es lo que intento decirte. Esto, lo que sentimos ahora... es solo el dolor fantasma que se siente cuando has perdido una extremidad. Sigue doliendo, pero ya no hay nada ahí. Y nunca lo volverá a haber... al menos no si seguimos así.

—¿Eso es todo lo que soy para ti? —replico, y siento un dolor tan profundo como si me hubiese golpeado con una almádena—. ¿Algo que antes te importaba?

—Tú lo eres todo para mí, Grace. Lo has sido desde el primer momento en que te vi. Pero esto no está funcionando. Duele demasiado. Nos duele demasiado a todos.

—Duele ahora, pero no tiene por qué ser así. Nuestro vínculo se ha roto. Pero eso solo significa que mi vínculo

con Hudson también puede romperse.

—¿Crees que eso es lo que quiero? —pregunta—. He vivido doscientos años y este es el peor dolor que he sentido en toda mi vida. ¿Crees que te deseo eso a ti? ¿O a Hudson?

Se le quiebra la voz, pero sacude la cabeza, se aclara la garganta, respira hondo y exhala antes de continuar:

—Sé que sufre cada vez que nos ve juntos.

Niego con la cabeza.

—Te equivocas, Jaxon. Ya te lo he dicho. Solo somos amigos, y Hudson está conforme con eso.

—Tú no ves la cara que pone cuando te vas —insiste Jaxon—. Maté a mi hermano una vez porque pequé de arrogante y de infantil, y pensé que era lo correcto y lo único que podía hacer. No volveré a hacerlo. No así. No quiero hacerle daño, y a ti tampoco.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto llena de dolor—. ¿Dónde quedas tú en todo esto?

—Eso no importa.

—¡Sí que importa! —le espeto—. A mí sí me importa.

—Todo esto es culpa mía, Grace. Yo soy el capullo que cargó el arma, y el capullo que tiró el arma cargada a la papelera. Si me han disparado es solo culpa mía.

—Entonces ¿ya está? —le digo con voz temblorosa—. Vamos a romper y yo no tengo ni voz ni voto.

—Claro que tienes, Grace, y tú elegiste... —Su voz se quiebra, dejando el fantasma de lo que iba a decir en el aire que nos separa.

—Pero ¡eso no es así! —Intento explicarme, aunque las palabras salen en sollozos rotos—. No le quiero, Jaxon. No

como te quiero a ti.

—Le querrás —dice, y sé que le cuesta un mundo hacerlo —. Los vínculos se crean cuando dos personas se conocen, incluso antes de que sepan el nombre del otro. Mira lo que nos pasó a nosotros. Pero luego sucede la magia. Solo te falta tener fe. Algo que yo debería haber hecho.

Aparto la vista y miro al suelo. Miro a todas partes menos a Jaxon mientras se me parte el alma, pero no cede. En lugar de recular, que es lo que necesito desesperadamente que haga, me pone un dedo debajo de la barbilla y me levanta la cabeza hasta que no me queda más remedio que mirarlo a esos ojos oscuros y rotos de dolor.

—Lamento no haberme aferrado a nosotros con todas mis fuerzas —me dice con una voz tan ronca que apenas la reconozco como la suya—. Haría cualquier cosa por ahorrarte esto. Haría cualquier cosa por recuperar a mi compañera.

Quiero decirle que sigo aquí, que siempre estaré aquí, pero ambos sabemos que no es verdad. El abismo que nos separa se hace cada vez más grande y me aterra pensar en que llegue el día en que ninguno de los dos encuentre el modo de saltar al otro lado.

Los ojos se me inundan de lágrimas al pensarlo, y parpadeo con furia, decidida a no dejar que me vea llorar. Decidida a no empeorar esto para ninguno de los dos. De modo que en lugar de ponerme a sollozar, que es lo que en realidad me apetece, hago lo único que se me ocurre para quitarle peso a esto… para hacerlo más digerible.

Susurro:

—No llegaste a decirme el remate del chiste.

Me mira estupefacto. O tal vez como si no pudiera creer que esté sacando este tema tan absurdo en un momento como este. Pero nuestra relación ha pasado por tantas emociones, buenas y malas, que no quiero que acabe así.

De modo que me obligo a sonreír un poco más y continúo:

—¿Qué dice el pirata en *La ruleta de la suerte*?

—Ah, ya. —Jaxon se ríe débilmente, pero se ríe al fin y al cabo, así que lo cuento como una victoria. Sobre todo cuando responde—. Dice: «Ah del barco».

Me quedo mirándolo durante un segundo, boquiabierta, y luego niego con la cabeza.

—Vaya.

—No valía la pena la espera, ¿verdad?

Hay tanto que desentrañar en esa frase, pero ahora mismo no tengo energías, de modo que me concentro en el chiste.

—Madre mía, qué malo.

—Lo sé.

Sonríe; levemente, pero sonríe. Y me sorprendo queriendo aferrarme a ese gesto un poco más. Tal vez por eso niego con la cabeza y digo:

—Es malo, malo.

Enarca una ceja y, no voy a mentir, las rodillas me tiemblan un poco, aunque ya no tengan derecho a hacerlo.

—¿Acaso tienes tú uno mejor? —pregunta.

—Pues claro. ¿Qué le dice un semáforo a otro?

Niega con la cabeza.

—No lo sé. ¿Qué?

Empiezo a contestar:

—No me... —pero Jaxon me interrumpe antes de que pueda decir el remate. Su boca impacta contra la mía con todo el ímpetu de la pena y la frustración acumuladas y la necesidad que todavía bulle entre nosotros.

Sofoco un grito e intento tocarlo, mis dedos se mueren por hundirse en su pelo por última vez, pero ya se ha ido, y el golpe de la puerta al cerrarse es lo único que indica que en algún momento ha estado aquí.

Al menos hasta que las lágrimas me empiezan a resbalar, silenciosas y persistentes, por las mejillas.

8

Los fantasmas no necesitan mover vehículos, ni remover mi pasado

Me paso la semana después de que Jaxon rompa conmigo poniendo cualquier excusa que se me ocurre para no salir de mi cuarto más que para ir a clase y a comer. No quiero arriesgarme a encontrarme con él; no soporto el inmenso dolor que siento cada vez que me lo cruzo por los pasillos.

La Orden ha pasado de ir a la cafetería últimamente. Imagino que es la forma que tiene Jaxon de darme algo de espacio. Y se lo agradezco aunque me duela.

También he estado evitando a Hudson, aunque sé que es una cobardía por mi parte, ya que él no ha hecho nada más que intentar ser amigo mío. Pero no puedo quitarme de la cabeza el comentario que Jaxon me hizo sobre la cara de Hudson al verme marchar.

No sé si será verdad o no, pero sé que no estoy preparada para enfrentarme a ello. Prefiero esconderme

hasta que pueda pensar en alguno de los hermanos Vega sin que me entren ganas de hacerme un ovillo y echarme a llorar.

Además, hoy es la primera mañana en una semana que no he llorado en la ducha. Dudo que sea señal de que ya estoy bien, pero me da fuerzas para hacer algo que debería haber hecho hace días: abandonar la seguridad de mi cuarto y aventurarme a ir a la biblioteca. Tengo que entregar el trabajo de Física del Vuelo en unos días, y todavía no lo he terminado.

Espero hasta después de las diez de la noche para ir a la biblioteca con la esperanza de tener todas las estanterías para mí sola. A estas alturas todos en el instituto están al tanto del drama que nos rodea a los Vega y a mí, pero no creo que sepan nada de mi ruptura con Jaxon.

Está claro que él no ha dicho ni una palabra, y yo tampoco.

Durante un segundo me planteo transformarme en gárgola, incluso llego a agarrar el brillante hilo platino en mi interior. Pero sobrevolar Alaska no hará que esto duela menos; que mi cuerpo se transforme en piedra no significa que mi corazón lo haga también.

Me pongo un pantalón de chándal y mi camiseta más cómoda y más gastada de One Direction, recojo la mochila del suelo y me dirijo a la puerta.

Pero está claro que el universo ha decidido dejar de joderme de forma pasiva y ahora me está encañonando de forma activa porque, en cuanto entro en la biblioteca, veo a Hudson sentado junto a la ventana, con una copia de *Pena de muerte*, de Helen Prejean.

Quizá demasiado directo para mi gusto, pero Hudson siempre ha sido un poco dramático en lo que respecta a sus lecturas. Por un segundo me planteo acercarme a hablar con él. Pero no estoy de humor para intercambios mordaces. Además, parece llevar un cartel invisible de NO PASAR, así que no lo quiero interrumpir. Y menos cuando ni siquiera se molesta en mirarme.

Si fuese cualquier otra persona, creería que no me ha visto. Pero Hudson es un vampiro. El vampiro con los sentidos más aguzados del planeta. Es imposible que no sepa que estoy aquí. Y más si tenemos en cuenta que somos compañeros. Si yo siento el hilo invisible que se extiende entre nosotros y conecta nuestras almas, él también.

Una vez más, pienso en acercarme a saludar. Después de todo, me salvó la vida, aunque para ello tuviera que enfrentarse al malvado de su padre..., por no hablar de que ahora tiene que estar «esposado» hasta la graduación, que he aprendido que significa que lo obligan a llevar una especie de brazalete encantado que le impide usar sus poderes.

Pero al final me rajo antes de avanzar más de un par de pasos en su dirección. A ver, sí, nos hemos visto por el instituto y hemos comido en la misma mesa en la cafetería desde que somos compañeros, pero siempre hay una especie de amortiguador entre nosotros. No hemos estado solos desde aquellos minutos antes del desafío, cuando llevé a cabo el hechizo para liberarlo de mi cabeza. Y, a juzgar por el modo en que siempre me ignora incluso en presencia de nuestros amigos, estoy segura de que él tampoco quiere pasar tiempo a solas conmigo.

Acabo dirigiéndome a una mesa que está justo al otro extremo de la biblioteca. «Evasión» es mi segundo nombre...

Decidida a pasar por alto su presencia y el dolor de mi maltrecho corazón, me siento en una silla y saco el portátil. Después me conecto a la red wifi de la biblioteca para poder entrar en una de las bases de datos a las que solo se puede acceder desde esta sala. En menos de cinco minutos ya estoy trabajando en mi proyecto de aerodinámica y mecánica del vuelo, destacando las diferencias que existen entre las alas y los métodos de suspensión de las gárgolas y los dragones.

Apenas hay información sobre las gárgolas. Y no es de extrañar, teniendo en cuenta que la Bestia Imbatible lleva siglos encadenada y que yo soy el único otro ejemplar que ha existido en mil años, al menos que la gente sepa. Pero, bueno, me tengo a mí misma como sujeto de prueba, así que no pasa nada.

No tardo en concentrarme y me paso casi dos horas inmersa en mi investigación y en mi lista de reproducción aleatoria de Spotify. Pero cuando *Bad* de James Bay empieza a sonar, me saca por completo del artículo que estoy leyendo y me devuelve a mi infierno personal.

Me tiemblan las manos cuando las letras empiezan a estallar en mi interior como granadas. Mientras él canta sobre una relación rota que ya no puede repararse, no puedo evitar sentir cómo cada una de las palabras me abrasa el alma.

Me saco los auriculares de los oídos como si estuvieran en llamas y me aparto de la mesa con tanta brusquedad

que casi me caigo hacia atrás en la silla. Tardo un segundo en recuperarme, pero cuando lo hago no puedo evitar darme cuenta de que Hudson me está observando desde su mesa.

Nuestras miradas se encuentran y, aunque los malditos auriculares están en medio de la mesa, sigo oyendo la canción. Se me corta la respiración. Las manos me tiemblan, y las dichosas lágrimas vuelven a inundarme los ojos.

Toco la pantalla de forma errática, desesperada por hacer que la música se detenga, pero debo de haberle dado al botón de reproducir por el altavoz sin querer, porque ahora la canción suena por el altavoz del móvil y las letras retumban en las paredes de este lugar por lo demás silencioso.

Me quedo helada. «Mierda. Mierda. Mierda.»

De repente los dedos largos y elegantes de Hudson se acercan a los míos, y todo se detiene… excepto la estúpida canción. Y mi aún más estúpido corazón.

9

Yo y mis innombrables

Hudson no dice nada mientras coge mi móvil, arrancándomelo de las manos. No dice nada mientras apaga la canción y el bendito silencio por fin inunda la biblioteca de nuevo.

Y sigue sin decir nada cuando vuelve a depositar el teléfono en mis manos temblorosas. Pero sus dedos fríos rozan los míos, y mi corazón, que ya está bastante alterado, empieza a latir con fuerza y a gran velocidad.

Sus ojos azules, claros, brillantes e intensos, tan intensos, me miran fijamente durante varios dolorosos latidos. Sus labios se mueven un poco, y tengo la seguridad de que va a decir algo, de que por fin va a romper el silencio que lleva días resonando entre nosotros.

Pero no lo hace. Simplemente se da la vuelta y regresa a su mesa sin decirme ni una palabra. Y ya no puedo soportar ni un segundo más ese silencio que late entre nosotros

como un corazón batiente que de repente se olvida de palpitar.

—¡Hudson! —Al igual que la canción, mi voz, demasiado alta, resuena en la sala, que por suerte está casi vacía.

Se vuelve con una ceja enarcada con aire regio, las manos en los bolsillos de sus pantalones negros de Armani, y no puedo evitar sonreír. Solo Hudson Vega, con su perfecto tupé de chico británico y su sonrisa aún más perfecta, podría llevar esos pantalones y camisa de vestir para una sesión nocturna de lectura en la biblioteca.

Su única concesión a las altas horas de la noche son las mangas de su probablemente cara camisa de diseño, que están enrolladas hasta la mitad de sus perfectos antebrazos, y muy a mi pesar debo admitir que así está aún más guapo si cabe. Porque estamos hablando de Hudson, y esa es una de sus cualidades, que todo le sienta de maravilla.

Caigo en la cuenta de que lo estoy observando más o menos al mismo tiempo que veo que él me está observando a mí, y su mirada infinita se me clava en los huesos. Trago saliva en un intento de controlar los repentinos nervios que me invaden. Ni siquiera sé a cuento de qué.

Es Hudson, el chico que ha estado semanas viviendo en mi cabeza.

Hudson, el que me salvó la vida y casi destruyó el mundo entero para hacerlo.

Hudson, quien se ha convertido, de alguna manera y pese a todo, en mi amigo…, y ahora en mi compañero.

Es esa palabra, *compañero*, la que pende entre nosotros. Y es esa palabra la que aviva los nervios en mi interior aun

cuando muestro una débil sonrisa y digo:

—Gracias.

Su mirada se vuelve ligeramente burlona, pero no dice ninguna de las cosas que veo que se están cociendo tras su mirada. Se limita a inclinar la cabeza como diciendo «de nada» antes de dar media vuelta y alejarse.

Y así, sin más, me hierve la sangre. Porque ¿en serio? ¿En serio? ¿Jaxon no quiere estar conmigo porque cree que su hermano está sufriendo, cuando Hudson ni siquiera es capaz de hablarme cuando estoy claramente alterada por una puta canción? Sé que tienen una relación complicada, sé que todo esto es complicado, pero estoy harta de ser un daño colateral. A ver, ¿quién deja que su mejor amiga lo evite durante una semana sin intentar siquiera averiguar el porqué?

Y así, sin más, decido que ya he tenido suficiente. Tiro el móvil sobre la mesa y corro tras él.

—¿En serio? —digo a sus anchos hombros mientras lo sigo por la biblioteca. Sus largas zancadas recorren más distancia que las de mis cortas piernas, pero mi cabreo me confiere velocidad, y lo alcanzo antes de que pueda volver a sentarse.

—En serio ¿qué? —responde, y esta vez me mira con atención.

—¿No vas a decirme nada?

Tengo los brazos en jarras, desafiante, y me cuesta un mundo no dar una patada en el suelo. Sé lo que estoy haciendo; en el fondo lo sé. Estoy enfadada con el mundo, con el universo, por habernos hecho esto. Por haberme arrebatado a Jaxon y también mi amistad con Hudson. He

estado gestionando la pérdida desde que todo sucedió, pero la semana pasada Jaxon me obligó a salir del estado de negación al que me aferraba desde que nuestro vínculo se rompió. Supongo que ahora estoy en la fase dos: la de la ira. Y no me da ni un poquito de pena estar dirigiéndola erróneamente hacia Hudson.

—¿Qué te gustaría que te dijera? —Su marcado acento británico, así como la mirada que acompaña sus palabras, hacen que suenen aún más frías.

Levanto las manos exasperada.

—Pues no sé. Algo. Lo que sea.

Me sostiene la mirada durante tanto rato que creo que va a negarse a hablar. Pero entonces su boca se curva con esa sonrisa de suficiencia que me lleva volviendo loca desde la primera vez que apareció en mi cabeza y dice:

—Tienes un agujero en los pantalones.

—¿Qué? No sé... —Dejo la frase a medias y miro hacia abajo. Entonces me doy cuenta de que no solo tengo un agujero de un tamaño considerable, sino también de que está en una zona bastante embarazosa y que a través de él se me ve la parte superior del muslo. Y la ropa interior—. ¿Lo has hecho tú?

Ahora levanta ambas cejas.

—¿Que si he hecho yo el qué?

Señalo hacia mis pantalones.

—Este agujero. Obviamente.

—Sí, he sido yo —responde muy serio—. He cogido y he usado mis superpoderes para rasgar telas para hacerte un agujero en la ingle. ¿Cómo lo has adivinado? —Levanta la

muñeca, me muestra el brazalete mágico que la rodea y empieza a moverlo en círculos delante de mi cara.

—Perdona. —El calor inunda mis mejillas—. No pretendía...

—Claro que sí. —Ahora me mira fijamente a los ojos—. Pero viéndolo por el lado positivo, al menos ahora sé que llevas puestas mis favoritas.

Me pongo como un auténtico tomate cuando caigo en la cuenta de a qué se está refiriendo. Llevo las bragas negras de encaje que pendían de su zapato en la lavandería hace lo que ahora se me antoja un año.

—¿En serio me estás mirando las bragas?

—Te estoy mirando a ti —responde—. Y que al hacerlo pueda verte las bragas es más cosa tuya que mía.

—No me lo puedo creer. —El cabreo logra superar mi vergüenza—. Llevas días pasando de mí y, ahora que por fin he captado tu atención, ¿me sales con estas?

—En primer lugar, creo que eres tú la que ha estado pasando de mí, ¿no te parece? Y, en segundo lugar, disculpa, ¿acaso tenías pensado otro tema de conversación? ¡Uy, espera! Deja que lo adivine. —Finge examinarse las uñas—. ¿Qué tal está tu querido Jaxon hoy?

Si se tratase de cualquier otra persona, me disculparía por haber estado evitándolo. Bromearía sobre el percance de las bragas y le explicaría que no estoy enfadada con él. Estoy enfadada y punto. Pero Hudson a veces complica mucho las cosas, sobre todo cuando parece que intenta sacarme de mis casillas a propósito.

—A lo mejor deberías preguntárselo. Bueno, si eres capaz de dejar de autocompadecerte, claro.

Se queda parado.

—¿Eso crees que estoy haciendo? ¿Autocompadecerme?

Por su tono sé que se siente insultado y dolido. Pero que se fastidie. Yo también me siento bastante insultada.

—Uy, no sé. ¿Quieres que comentemos las lecturas que eliges? —Miro hacia el libro que se ha dejado abierto en la mesa cuando ha venido a ayudarme.

Durante un segundo, solo un segundo, sus ojos azules parecen de lava. Después, con la misma rapidez, la furia desaparece y queda reemplazada por su típica expresión de «estoy demasiado cansado como para hablar» y «me complicas la existencia», y creo que voy a ponerme a gritar.

Sí, ya sé que es su mecanismo de defensa; sé que lo usa para evitar que nadie se acerque demasiado. Pero, después de todo lo que pasó el día del desafío, pensaba que habíamos superado todo esto.

—Solo estaba disfrutando de una lectura ligera.

—¿Con un libro sobre un tío que está en la cárcel y al que han sentenciado a muerte por los crímenes que ha cometido? ¿Qué pasa? ¿Es que Dostoyevski era demasiado animado para ti?

—Demasiado jubiloso, la verdad.

Suelto una risotada. ¿Cómo no hacerlo? Es una respuesta tan digna de él en relación con un libro que probablemente sea el más deprimente jamás escrito... Y entonces mi ira desaparece y dejo caer los hombros.

Él no se ríe conmigo. De hecho, ni siquiera sonríe. Pero detecto un brillo en sus ojos que antes no estaba cuando mira por encima de mi hombro hacia la mesa en la que he estado trabajando las últimas dos horas.

—¿Qué hacías que estabas tan concentrada?

—Estaba con mi proyecto de Física del Vuelo. —Pongo cara de fastidio—. Tengo que sacar al menos un notable en el trabajo y un notable en el examen si quiero aprobar la asignatura.

—Pues te dejo que sigas, entonces —dice Hudson y me hace un gesto como despidiéndome que me duele más de lo que me gusta admitir.

—¿En serio no puedes hablar conmigo ni diez minutos? —pregunto, y detesto el tono lastimero de mi voz, pero no puedo evitarlo. No hoy. No aquí. Y, definitivamente, no con él.

Durante largos segundos Hudson no dice nada. Ni siquiera respira. Pero al final suspira y me suelta:

—De verdad, Grace, ¿de qué quieres que hablemos? Está claro que has estado evitándome por un motivo. —Su voz es grave y, por primera vez, veo el agotamiento en su rostro... y el dolor.

Pero él no es el único que está cansado, y desde luego no es el único que está sufriendo. Tal vez por eso hago gala de todo mi sarcasmo cuando respondo:

—Uy, pues no sé. Sobre el hecho de que somos...

—¿Qué? —me interrumpe mientras camina hacia mí con un súbito aire depredador que me pone todos los pelos de punta—. ¿Qué es lo que somos exactamente, Grace?

—Amigos —susurro.

—¿Así es como se llama ahora? —dice burlón—. ¿Amigos?

—Y... —Intento darle la respuesta que desea, pero mi boca está seca y helada como la tundra de Alaska.

—Ni siquiera puedes decirlo, ¿verdad?

Me lamo los labios y trago saliva. Después me obligo a pronunciar la palabra que tan claramente está esperando; la palabra que ha estado suspendida en el aire entre nosotros desde el momento en que he entrado en la biblioteca, aunque no se haya dignado a reconocer mi presencia:

—Compañeros —susurro—. Somos compañeros.

—Sí, lo somos —responde—. Y ¿no te parece un lío de proporciones épicas?

10

Un vínculo diferente

Hago una mueca de dolor.

—No sé lo que me parece —le respondo lo más sinceramente posible.

Me mira con recelo y, por segunda vez esta noche, me recuerda que no solo es el chico que estuvo viviendo en mi cabeza durante unas semanas y que me salvó la vida, sino que también es un depredador peligroso. No es que le tenga miedo, pero... el peligro está ahí.

Sobre todo cuando ruge:

—No juegues conmigo, Grace. Ambos sabemos que estás enamorada de mi hermano.

Es verdad. Amo a Jaxon. Pero no lo digo. No sé por qué; probablemente por el mismo motivo por el que no le cuento que Jaxon rompió conmigo la semana pasada. Porque se enterará antes o después, y no quiero parecer patética cuando lo haga.

Generalmente me da igual lo que la gente piense de mí. Pero él no es «la gente». Es Hudson, y todo en mi interior se rebela ante la idea de que se compadezca de mí. Nuestra relación, sea de la naturaleza que sea, se basa en la fortaleza y el respeto mutuo. No soporto la idea de que piense que necesito su compasión.

No sé por qué me importa tanto con él y, la verdad, ahora no estoy como para ponerme a escarbar en mi psique para descubrirlo. Esta semana ya ha sido lo bastante dura sin revelaciones psicológicas profundas sobre mí misma, gracias.

De modo que, en lugar de centrarme en el comentario sobre Jaxon, y en todo lo que conlleva, señalo con la barbilla hacia la pila de libros que tiene en su área de trabajo.

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo los últimos días? Aparte de leer todos los libros «alegres» que has encontrado. —Es un cambio de tema descarado, pero espero que me siga el rollo.

Al menos hasta que me sonríe con suficiencia y responde.

—Creando vínculos.

Vale, puede que el tema de Jaxon no fuera tan malo al fin y al cabo. Típico de Hudson hacer estallar la bomba que acabamos de sortear sin ni siquiera inmutarse.

Sé que lo ha hecho adrede, para disuadirme. Conozco a Hudson, y sé que espera que tras este comentario recoja mis cosas y me largue. Lo veo en sus ojos. Es más, sé cómo piensa. Pero el hecho de que intente espantarme no consigue sino aumentar mi determinación por llevar la

conversación hasta el final, por incómodo que sea el tema. Y, por supuesto, no pienso hacer lo que él espera que haga.

De modo que en lugar de volver corriendo a refugiarme en la seguridad de mi proyecto de Física del Vuelo al otro lado de la biblioteca, me siento en una silla de su mesa y pregunto:

—¿Y qué tal?

Y ahí está, en las profundidades de sus ojos. Veo sorpresa, sí. Pero también el respeto que siempre me ha tenido; el respeto con el que siempre me ha tratado, incluso cuando no estábamos de acuerdo en algo.

—Pues he estado intentando averiguar cómo funcionan —dice mientras se sienta en la silla más alejada de la mía, al otro lado de la mesa.

Es una elección interesante, teniendo en cuenta que él es un vampiro poderoso y yo soy «solo» una gárgola. Pero está claro que recela de mí. Lo veo en el modo en que curva los labios, en el modo en que se contiene y mira hacia cualquier lado menos a mí.

Pero al menos no rehúye el tema, y no puedo evitar preguntarme si lo hace por las mismas razones que yo.

—Pensaba que todo el mundo sabía cómo funcionaban los vínculos —le digo.

—Ya, pues está claro que no es así. —Golpetea la mesa con los dedos en el primer gesto de nerviosismo que jamás le he visto hacer—. Sabemos lo básico: que se activan la primera vez que las personas se tocan físicamente, pero está claro que hay mucho más. De lo contrario no estaríamos en esta situación.

—Puede que eso no sea siempre así, ¿no? Nuestro vínculo no se activó la primera vez que nos tocamos.

—Sí lo hizo —me dice con voz tranquila—. Pero tú no lo notaste.

—¿Tú sí? —pregunto estupefacta—. ¿En serio?

—Sí. —No hay ni un ápice de sarcasmo en su voz ni en la mirada que me lanza mientras espera mi reacción.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Algo espantoso me viene a la cabeza—. ¿Es que...? ¿Es que fuimos compañeros durante los meses que pasamos juntos? —Los meses que cada vez estoy más desesperada por recordar.

—No. Aunque el tema de los vínculos es algo espiritual, sucede en el plano físico y, en ese momento, no teníamos una forma corpórea.

Vale. Estar atrapados juntos en espíritu no activa el vínculo. Vale. Entonces ¿cuándo pasó?

Ahora me está observando detenidamente, y hay algo en su mirada que me pone nerviosa y hace que se me seque la boca de nuevo.

—En el campo del Ludares. Tú estabas algo ocupada muriéndote, pero yo lo sentí de inmediato.

Abro mucho los ojos cuando todo empieza a encajar, incluido el modo en que Hudson pulverizó los huesos de su padre antes de destruir todo el estadio del Ludares con solo pensarlo. Oí que Macy le preguntaba hace unas semanas en el comedor por qué había destruido el estadio, y él le respondió que para que a nadie le pasara lo que me pasó a mí allí, y creo que en parte fue por eso. Pero ahora que sé que sabía que yo era su compañera y que pensaba que

estaba muriendo en sus brazos... Me sorprende que el instituto aún esté en pie.

—Lamento que tuvieras que enterarte así —le digo, porque nada de esto es culpa suya, como tampoco lo es mía. Ni de Jaxon, piense él lo que piense. Simplemente es así. Y cuanto antes lo aceptemos, antes averiguaremos qué es lo que queremos. Y qué vamos a hacer para conseguirlo —. Tuvo que ser horrible.

—No fue una situación ideal —admite torciendo la boca.

—¿Estás enfadado? —pregunto, y mi voz es ahora apenas un susurro.

Al principio creo que no va a responder. Se niega a mirarme, y el repentino silencio que se ha formado entre nosotros se vuelve más y más incómodo a cada segundo que pasa.

En otra situación cambiaría de tema. Evitaría esta sensación diciendo algo para relajar el ambiente. Pero esta vez me obligo a pasar por alto la incomodidad del momento y fuerzo a Hudson a responder a la pregunta que lleva semanas rondándome la cabeza. La pregunta que tanto temía preguntarle.

—¿Qué pasó exactamente entre nosotros durante los cuatro meses que estuvimos atrapados juntos?

11

Los chicos poderosos son los mejores

Sus ojos se tornan oscuros y algo indescriptible se mueve en esas profundidades color índigo. Una turbación. Un sufrimiento. Una... impotencia. Me cuesta pensar en Hudson de ese modo. Y me cuesta más todavía pensar que yo pueda ser la responsable de eso de alguna manera.

Pero antes de que pueda catalogar el dolor que estoy viendo, o pensar en algo que decir al respecto, se acerca un estudiante novato. No sé si está en primero o en segundo, pero desde luego tiene menos de dieciséis años. Y está claro que es un lobo.

Eso no lo convierte en alguien malo automáticamente. Que Cole y sus acólitos fueran unos gilipollas no significa que todos los lobos lo sean: un buen ejemplo es Xavier. Pero no sé si quiero saber quién es este chico ni qué intenciones

tiene. El corazón me late frenético y ya me estoy sintiendo demasiado vulnerable.

Hudson debe de tener la misma impresión, o al menos debe de intuir lo que yo siento, porque se levanta de la silla en un abrir y cerrar de ojos. Es más, fija la mirada en el chico con un aire totalmente depredador, tanto es así que el lobo abre los ojos por completo y se detiene al instante. Y eso es antes de que Hudson le ruja:

—¡Lárgate ahora mismo de aquí!

—Me largo ahora mismo de aquí —repite el lobo, y casi tropieza con las prisas de alejarse de nosotros. Espero que dé media vuelta y huya, pero había olvidado lo desarrollados que están los instintos de supervivencia en este lugar. El lobo pasa por nuestro lado, pero no aparta la mirada de Hudson hasta que está en la puerta principal de la biblioteca. E incluso entonces solo lo hace el tiempo justo para encontrar el picaporte.

Abre la puerta de un empujón y sale corriendo como si una manada de cerberos le pisara los talones. Mientras observo cómo se marcha, me pregunto qué habrá visto en los ojos de Hudson que lo ha llevado a darse tanta prisa, sin ni siquiera intentar resistirse.

Pero cuando Hudson se vuelve hacia mí no veo nada. Ningún gesto amenazador, ni furia ni promesas de castigo. Además, lo que fuera que había visto en sus ojos hace un momento también ha desaparecido; la ira y el dolor se han esfumado tan rápido como habían aparecido.

En su lugar hay una página en blanco, transparente como el cristal.

—Pensaba que no podías usar tus poderes... —digo cuando vuelve a sentarse.

Me mira con una mezcla de diversión y de ofensa.

—Recuerdas que soy un vampiro, ¿verdad?

—¿Y...? ¿Significa eso que nada puede controlar tus poderes? O... —Se me ocurre otra cosa—. ¿Acaso hiciste creer al tío Finn que había puesto tus poderes bajo control?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Por qué no ibas a hacerlo? —le respondo—. No conozco a mucha gente que esté dispuesta a renunciar a sus capacidades cuando puede conservarlas.

—Ya, bueno, yo no soy como la mayoría de la gente. Y, por si no lo habías notado, tampoco es que sea fácil vivir con mis poderes. Si pudiera deshacerme de ellos por completo, lo haría sin pensar.

—No te creo. —La ofensa se transforma en indignación mientras sigue mirándome, pero no reculo. Me encojo de hombros y continúo—: Lo siento, pero no te creo. Tienes demasiado poder como para renunciar a él. Recuerda que pude sentir en primera persona lo inmenso que es.

Enarca una ceja.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que precisamente porque tengo tanto poder estoy dispuesto a renunciar a él?

—Pues no, la verdad. No pareces esa clase de persona.

Se queda parado.

—¿Y qué clase de persona es esa?

—Ya sabes..., de las que se sacrifican. De esas que hacen el bien y salvan al mundo. —Abro los ojos como queriendo decir: «¿Lo ves?»—. Además, si has renunciado a tu

capacidad para persuadir a la gente, ¿cómo has conseguido que ese lobo se fuera tan rápido?

—Ya te lo he dicho —señala con una voz y una expresión cargadas de suficiencia—. Soy un vampiro.

—No tengo ni idea de qué significa eso —aunque mis palmas húmedas dicen lo contrario.

—Significa que ese lobito tiene bastante claro que este vampiro puede separarle los brazos del cuerpo en un abrir y cerrar de ojos si quisiera, con o sin mis poderes.

Parece tan pagado de sí mismo que no puedo evitar tomarle el pelo.

—¿En serio? ¿De verdad piensas que das tanto miedo y que eres tan fuerte?

Se me queda mirando como única respuesta, como si no pudiera creerse que me estuviera burlando de él. O, peor aún, flirteando con él. Aunque no sé quién está más sorprendido de los dos cuando me doy cuenta de que es justo eso lo que estoy haciendo.

Ojalá supiera a qué ha venido eso. Mentiría si dijera que el modo en que Hudson le ha rugido al lobo no me ha puesto los pelos de punta. Y no necesariamente en un sentido negativo. Está claro que me va un tipo concreto de chico.

Aun así, eso no significa nada más que tanto mi forma humana como mi forma de gárgola saben apreciar la fuerza cuando la ven, ¿no? Hudson es mi amigo. Estoy enamorada de Jaxon, hayamos roto o no. Cualquier química que se dé entre Hudson y yo se deberá al vínculo que se ha activado entre nosotros, y nada más.

Sé lo potente que fue esa química con Jaxon desde el principio, antes incluso de conocerlo, por no hablar de cuando me enamoré de él. ¿Hay acaso algún motivo para pensar que pueda ser diferente con Hudson?

La sola idea me angustia un poco.

Además, todavía no ha respondido a la pregunta que le he hecho antes de que apareciera el lobo, lo que significa que sigo en la oscuridad. No tengo ni la más remota idea de qué pasó entre nosotros ni de qué siente por mí, y mucho menos de qué es lo que siente sobre el hecho de que seamos compañeros. Y toda esta incertidumbre me da un poco de miedo...

—Bastante miedo —dice Hudson tan de repente que creo que me ha leído la mente. Al menos hasta que muestra la punta de un colmillo y caigo en la cuenta de que está respondiendo a mi comentario anterior.

Puesto que solo de ver ese atisbo de colmillo se me eriza todo el vello del cuerpo, soy consciente de que tengo un grave problema entre manos, incluso antes de que me pregunte:

—¿Qué quieres saber sobre esos cuatro meses?

—Todo. —Inspiro hondo con la esperanza de apaciguar mi corazón desbocado—. Lo que sea que recuerdes.

—Lo recuerdo todo, Grace.

12

Eterno conflicto de una mente sin recuerdos

—¿Todo? —repito un poco pasmada ante esta confesión.

Se inclina hacia delante y esta vez, cuando dice «Todo», parece más un rugido que una palabra.

Y casi me trago la lengua y las amígdalas de golpe.

En lo más profundo de mi interior, mi gárgola se agita; levanta la cabeza alerta, a pesar de que por fuera estoy completamente inmóvil. La obligo a relajarse asegurándole que estoy bien, aunque en realidad no lo tengo muy claro.

—Recuerdo lo que era despertarse con tu incesante alegría y tu inquebrantable optimismo —me dice con voz ronca—. Yo estaba convencido de que íbamos a morir encerrados en aquel lugar, pero tú estabas segura de que sobreviviríamos. Te negabas a pensar lo contrario.

—¿En serio? —Esa clase de optimismo desmedido me resulta algo ajeno hoy en día.

—Y tanto. No parabas de hablarme de lugares a los que querías llevarme cuando lográsemos salir de ahí. Supongo que creías que, si veía todas las cosas que hay dignas de amar en el mundo, dejaría de ser malo.

—¿Como cuál? —Parece que lo estoy cuestionando en lugar de haciéndole una simple pregunta, y tal vez sea así. Porque en lo único en lo que puedo pensar es en lo difícil que tiene que haber sido todo para él desde que por fin regresamos. Primero, lo de que yo ni siquiera supiese que él estaba ahí y, después, cuando lo descubrí, que desconfiara por completo de él.

—Como esa estrecha franja de Coronado que te gusta frecuentar cuando estás en San Diego. Coges el ferri hasta allí y te pasas toda la tarde recorriendo las galerías de arte antes de hacer una parada en la pequeña cafetería de la esquina para pedir un té y un par de galletas del tamaño de la palma de tu mano.

Qué fuerte. Hacía meses que no pensaba en ese lugar y, con un puñado de palabras, Hudson me lo ha traído a la memoria de una forma tan clara que casi puedo sentir el sabor de las pepitas de chocolate.

—¿Qué clase de galletas pedía? —le pregunto, aunque es más que evidente que está diciendo la verdad.

—Una de chocolate con pepitas de chocolate —responde con una sonrisa de oreja a oreja, y es la primera sonrisa real que le veo esbozar desde hace siglos; una de las únicas sonrisas reales que le he visto jamás. Le ilumina la cara; ilumina toda la habitación, para ser sincera. Incluso a mí... o, quizá, especialmente a mí.

Como esto me hace sentir algo incómoda, añado:

—¿Y la otra? —Nunca le cuento esto a nadie, así que dudo mucho que lo sepa.

Pero la sonrisa de Hudson se intensifica más todavía.

—De avena con pasas. Ni siquiera te gusta, pero son las favoritas de la señora Velma y nadie se las compra nunca. Siempre decía que iba a dejar de hornearlas, pero tú veías que eso la ponía triste, de modo que empezaste a comprar una cada vez que ibas solo para darle una excusa para seguir haciéndolas.

Sofoco un grito.

—Nunca le había contado a nadie lo de las galletas de avena de la señora Velma.

Me mira a los ojos.

—A mí sí.

Hacía meses que no me acordaba de la señora Velma. La visitaba al menos una vez a la semana cuando vivía en San Diego, pero entonces murieron mis padres, me quedé destrozada y ya nunca volví. Ni siquiera pasé a despedirme antes de venir a Alaska.

Éramos amigas, lo cual suena algo tonto teniendo en cuenta que no era más que una anciana que me vendía galletas, pero lo éramos. Algunos días me pasaba por su cafetería y nos tirábamos horas hablando. Era la abuela que nunca tuve, y yo era una buena sustituta de sus nietos, que vivían a medio país de distancia. Y, de repente, un día desaparecí. Se me cae el alma a los pies solo de pensarlo, de pensar en la pobre mujer preguntándose qué habrá sido de mí.

Como ya he tenido bastante tristeza últimamente, me obligo a tragarme mi sentimiento de culpa y pregunto:

—¿Qué más recuerdas?

Durante un segundo creo que va a negarse a contestar o, peor aún, que va a empezar a relatar alguna historia que le conté sobre mis padres que no creo que sea capaz de soportar esta noche. Pero, típico de Hudson, ve más de lo que debería. O, desde luego, más de lo que quiero que vea.

De modo que, en lugar de salirme con algo sentimental o dulce o triste, pone los ojos en blanco y dice:

—Recuerdo que te plantabas delante de mí todos los días a las siete de la mañana y me ordenabas que me despertara y que moviera el culo. Insistías en que hiciéramos algo, pese a que no había nada que hacer.

Sonrío un poco al detectar una ligera exasperación en sus palabras.

—Y ¿qué hacíamos? Aparte de intercambiar historias, digo.

Hace una breve pausa y contesta:

—Saltos de tijera.

No me esperaba esa respuesta para nada.

—¿Saltos de tijera? ¿En serio?

—Miles y miles y miles de saltos de tijera. —Pone cara de puro aburrimiento.

—Pero ¿cómo es posible? Si no teníamos cuerpo, ¿no?

—Todo temblaba cuando saltabas. Era algo totalmente bochornoso, pero...

—Dios mío. No me digas que era una gárgola todo el tiempo —le interrumpo.

—Pues claro que sí. Intenté convencerte de que escogieras un hobby más tranquilo, tiro al plato, por ejemplo, o danza con zuecos, pero tú insistías. Estabas

obsesionada con saltar. —Me mira encogiéndose de hombros como diciendo «¿Qué querías que hiciera?» y por fin se le escapa la risa que tanto rato lleva conteniendo—. No, tenías tu forma humana normal, pero lo del maratón de saltos... —Me guiña el ojo.

—Pero si odio los saltos de tijera.

—Ya, yo también. Ahora. Pero ya sabes lo que se dice sobre el odio, ¿no, Grace? —Se apoya en el respaldo de la silla y me lanza una mirada tan sexy que se me rizan los dedos de los pies y se me alisa el pelo al mismo tiempo—. Que está a un solo paso del...

—Yo no creo en eso. —Lo interrumpo antes de que pueda terminar su curiosa forma de expresar el viejo dicho de que del amor al odio hay un solo paso. No porque en realidad no crea en ello, como le he dicho, sino porque una parte de mí sí lo cree. Y no puedo hacer frente a eso en estos momentos.

Hudson no cuestiona mi farol, cosa que le agradezco enormemente. Pero tampoco lo deja estar sin más. Sigue con la misma postura, con un brazo apoyado sobre el respaldo de la silla que tiene al lado y sus largas piernas extendidas delante de él por debajo de la mesa, y me observa mientras deja pasar los segundos.

Debería irme. Quiero irme. Pero hay algo en su mirada que me mantiene en el sitio, clavada en la silla, con el estómago dando volteretas dentro de mí.

Sin embargo, cada vez estoy más y más incómoda, hasta que ya no puedo soportarlo más. No estoy preparada para enfrentarme a esto. A nada de esto. Aparto la silla de la mesa y digo:

—Tengo que irme…

—¿Quieres saber qué más recuerdo? —me interrumpe.

Sí. Quiero saber todo lo que recuerda, quiero saber todo lo que le conté para asegurarme de que no fuera demasiado, para asegurarme de que no le di el poder de destruirme. Y, es más, quiero saber todo lo que él me explicó.

Quiero saber más sobre el niño al que le arrebataron a su hermano. Quiero saber sobre el padre que lo trataba como si fuese una foca adiestrada y lo usaba como un arma. Quiero saber sobre la madre que hacía la vista gorda ante todas las cosas horribles que le hacían a su hijo, pero que después no dudó ni un segundo en dejarle a Jaxon una cicatriz en la cara para destruirlo.

—«Oh, qué intrincada red tejemos…»

—¡Sal de mi cabeza! —le ordeno fulminándolo con la mirada—. ¿Cómo puedes…?

—No necesito leerte la mente para saber qué estás pensando, Grace. Lo tienes escrito en la cara.

—Ya, bueno, tengo que irme.

—Vaya, y yo que solo estaba calentando… —Se levanta cuando yo lo hago y su tono burlón regresa a su voz cuando dice—. Uy, vamos, Grace. ¿No quieres saber qué pensé de tu vestido rojo del baile de graduación? ¿O de ese traje de baño que llevabas en Mission Beach aquella vez?

—¿Traje de baño? —grazno, y me pongo como un tomate al darme cuenta de a qué se está refiriendo: a un minúsculo bikini. Heather lo había comprado rebajado en una tienda de artículos de surf local, y me retó a llevarlo. Generalmente no aceptaba ningún tipo de reto, pero me

acusó de ser una aburrida, de no salir de mi zona de confort y de ser una gallina.

—Sí —dice Hudson—. Ese morado de las tiras. Era muy... —dibuja un par de triángulos en el aire— geométrico.

Me está provocando de broma, lo sé, pero algo más que unas cuantas risas enciende sus ojos. Algo oscuro y peligroso y tal vez un poco, pero solo un poco, sexy.

Me lamo los labios, de repente secos, y me esfuerzo por decir a través del nudo de mi garganta:

—Te lo conté todo sobre mí, ¿verdad?

Enarca una ceja.

—¿Cómo quieres que sepa la respuesta a esa pregunta?

Tiene razón, pero ahora lo sé.

—Si viste lo del traje de baño, entonces viste...

No dice nada más, y desde luego no llena los espacios en blanco por mí. No tengo claro si lo hace en un gesto de amabilidad o si no es más que otra manera de torturarme. Porque ahora el fuego en sus ojos es inconfundible y, de repente, tengo la sensación de que la sangre se me hiela y me hierve al mismo tiempo. No sé qué hacer ni qué decir. Puede que hasta me haya olvidado de respirar durante un par de momentos. Pero entonces Hudson parpadea, y el fuego desaparece tan rápido como había aparecido.

De hecho, incluso llego a preguntarme si no me lo habré imaginado. Sobre todo cuando me sonríe con suficiencia y dice:

—Tranquila, Grace. Seguro que todavía guardas muchos secretos.

—Ya, pues yo no estoy tan segura. —Me obligo a contestar a su sonrisita con una propia—. Y es un asco,

teniendo en cuenta que no recuerdo si alguna vez te he visto llevando algo que no sean tus mantas de apego de Armani. —Hago un gesto con la mano hacia su camisa y sus pantalones.

Se echa un vistazo a sí mismo y dice:

—¿Qué tiene de malo mi manera de vestir?

—No tiene nada de malo —le respondo, y es la verdad, porque nadie y, cuando digo «nadie», quiero decir «nadie», luce los pantalones de Armani como el vampiro que tengo delante. Aunque no pienso decírselo. Bastante subidito está ya. Además, admitirlo sería como avanzar en una dirección por la que no estoy segura de que quiera ir, con vínculo de por medio o no.

Me mira y entrecierra los ojos amenazador.

—Ya, dices eso, pero tu cara dice algo del todo distinto.

—¿Ah, sí? —Ahora soy yo la que levanta la ceja y se inclina hacia delante—.Y ¿qué dice mi cara exactamente?

Al principio creo que no va a responder. Pero entonces veo que algo cambia en su interior. Veo que algo se disuelve hasta que la precaución con la que se ha estado protegiendo como si fuera un escudo durante las últimas semanas se transforma en una temeridad que no me esperaba de Hudson.

—Dice que no importa qué pasara entre nosotros durante esos cuatro meses. Dice que siempre vas a querer a Jaxon. Dice… —Hace una pausa y se inclina hacia delante hasta que nuestros rostros está a tan solo unos centímetros de distancia y el corazón me late como un pájaro enloquecido en el pecho— que no pararás hasta encontrar la forma de romper nuestro vínculo.

13

Influencer antisocial

—¿Es eso lo que quieres? —susurro por encima del sonido de la sangre fluyendo a toda velocidad en mis oídos—. ¿Romper el vínculo?

Se inclina hacia atrás de nuevo y pregunta:

—¿Eso te haría feliz?

Su pregunta remueve algo en mi interior, algo que no estoy lista para afrontar, de modo que recurro a la ira, que siempre resulta mucho más fácil entre nosotros.

—¿Cómo iba a estar feliz cuando hay tantas cosas en mi vida que siguen siendo un misterio? ¿Cómo iba a estar feliz cuando ni siquiera finges decirme la verdad?

—Yo siempre te he dicho la verdad —salta—. Lo que pasa es que generalmente eres demasiado obstinada como para creerla.

—¿Yo soy la obstinada? —pregunto sin dar crédito—. ¿Yo? Eres tú el que no me da ni una respuesta directa.

—Te he dado muchas respuestas, pero no te gustan.

—Es verdad. No me gustan porque no me gustan tus evasivas. Te he hecho una pregunta muy simple, y ni siquiera puedes...

—La pregunta que acabas de hacerme no tiene nada de simple y, si no estuvieras tan ocupada escondiendo la cabeza en la maldita arena, lo sabrías perfectamente. —La furia crepita en la profundidad de sus ojos y, esta vez, cuando muestra los colmillos, me entran escalofríos. No porque tema que Hudson pueda hacerme daño, sino porque me doy cuenta de lo mucho que le está afectando en realidad la incertidumbre de nuestro vínculo.

Si a esto le añadimos que sus palabras me tocan la fibra sensible, la ira me abandona al instante. No porque no tenga razón sobre el hecho de que Hudson no me responda, que la tengo. Sino porque él también tiene su parte de razón. Lo que significa que la verdad está probablemente en algún punto intermedio entre los dos.

Y es esa certeza la que me lleva a respirar hondo y a exhalar despacio; la que me lleva a tocarle la mano y a apretársela; la que me lleva a susurrar:

—Tienes razón.

Sus hombros se relajan y veo que su propia furia desaparece tan rápido como la mía. Me devuelve el apretón. Sus dedos largos se deslizan entre los míos y me sostiene la mano con fuerza, aunque su rostro sigue mostrando cierto recelo.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás intentando infundirme una falsa sensación de seguridad?

Lo miro con tristeza.

—Supongo que por el mismo motivo por el que yo sigo pensando que tú quieres tomarme el pelo.

—Y ¿qué motivo es ese?

A una parte de mí no le apetece responder a la pregunta, pero esa misma parte se arrepiente de haber iniciado esta conversación. Pero lo he hecho, y he acusado a Hudson de no ser franco conmigo, lo que significa que yo debo serlo, aunque decirle la verdad me dé bastante vergüenza.

—Tengo miedo —admito por fin mirando a todas partes menos a su rostro absurdamente atractivo.

—¿Miedo? —repite estupefacto—. ¿De mí?

—¡Sí, de ti! —digo, y lo miro a los ojos—. Claro que de ti. Y de Jaxon. Y de toda esta situación. ¿Cómo no iba a tenerlo? Es todo un lío y, acaben como acaben las cosas, alguien va a sufrir.

—¿No ves que eso es justo lo que estoy tratando de evitar, Grace? —Niega con la cabeza—. No quiero hacerte daño.

—Pues no lo hagas —le pido—. Tan solo sé sincero conmigo, Hudson, y yo lo seré contigo.

—La sinceridad no garantiza que no vayas a sufrir —dice con voz suave.

Y es entonces cuando me doy cuenta: Hudson está tan confundido como lo estoy yo. Tan confundido como Jaxon.

No sé por qué no había caído antes. Probablemente porque siempre parece muy seguro de todo, como si en todo momento supiera lo que está sucediendo en cualquier situación.

Pero, bueno, esta situación no se parece a ninguna otra. Lo que nos pasa es algo inaudito. Y, la verdad, estoy

empezando a hartarme de ser el conejillo de Indias de todas estas situaciones.

La primera humana en el Katmere.

La primera gárgola que nace en mil años.

La primera persona en la historia que solicita un puesto en el Círculo.

La primera persona que sufre la ruptura de su vínculo... y que encuentra a otro compañero casi al instante.

En las novelas fantásticas siempre se relata el momento de encontrar a tu compañero como algo maravilloso, algo glorioso e increíble. Pero supongo que los autores de esos libros nunca han experimentado realmente esa clase de vínculo. Si lo hubieran hecho, sabrían lo complicada, lo aterradora y lo abrumadora que es toda la situación en realidad.

Sabrían que no existe una varita mágica que se limite a hacer que una relación funcione. O que sea fácil. O lo que sea.

Una parte de mí quiere salir corriendo, quiere hacer exactamente eso de lo que me ha acusado Hudson y enterrar la cabeza hasta que todo esto haya pasado o ya no importe.

Pero Hudson me está observando, esperando una respuesta. Además, tanto él como Jaxon son inmortales, y yo algo bastante parecido. Lo que significa que la situación no tiene visos de cambiar, a no ser que me enfrente a ella.

De modo que, en lugar de huir, en lugar de esconderme en un intento desesperado de protegerme, miro a Hudson y le digo la única verdad que sé:

—Tienes razón. La sinceridad no garantiza que ninguno de nosotros vaya a sufrir. —Mientras lo digo recuerdo mi conversación con Jaxon a principios de semana. Nuestra charla fue la más franca, honesta y devastadora que he mantenido en mi vida, y ambos nos quedamos hechos polvo —. Pero sí garantiza que estemos en la misma sintonía. Y creo que ahora mismo a eso es a lo máximo que podemos aspirar.

Veo que mis palabras causan cierto impacto en él. Veo cómo las absorbe como si fuesen puñetazos. Y es entonces cuando sé que tengo que contarle toda la verdad, por muy vulnerable, expuesta y rota que eso me haga sentir.

Por eso, inspiro hondo, cuento despacio hasta cinco y después simplemente lo suelto:

—Jaxon y yo hemos roto.

14

Háblale a la piedra

Hudson abre mucho los ojos y se queda lívido.

—¿Habéis roto? —repite como si no pudiera creerse lo que acaba de oír.

Analizo su rostro e intento descifrar qué está pensando o sintiendo, pero la única emoción que alcanzo a detectar es el asombro y, acto seguido, nada.

Cosa que tampoco es que me extrañe. Siempre he pensado que a Jaxon se le daba muy bien ocultar sus emociones, si dejamos de lado el tema de los terremotos, claro, pero Hudson debería apuntarse a algún torneo de póquer.

Pese a ser consciente de esto, no puedo evitar ponerme algo nerviosa mientras me mira con esos ojos deliberadamente vacíos. Y es probable que por eso empiece a tropezarme con las palabras en un intento de explicarme.

—Decidimos darnos un tiempo para poder..., bueno, rompió él, así que supongo que se podría decir que lo decidió él..., pero hablamos y aunque romper podría...

Cuanto más balbuceo, más impertérrito se vuelve el gesto de Hudson, hasta que me obligo a dejar de vomitar palabras y tomo aire. Al hacerlo, cuento hasta diez hacia atrás y, cuando por fin puedo pensar de forma coherente, empiezo de nuevo:

—Dijo que no estaba bien... Que todos estábamos sufriendo... y que las cosas, en fin, que las cosas no eran... —Dejo la frase sin acabar porque no estoy segura de qué más decir.

—¿Como eran antes? —indica rellenando los huecos—. Ya, es lo que les pasa a las parejas con un vínculo defectuoso.

—No es solo el vínculo. Hemos...

—Es el vínculo —dice Hudson interrumpiéndome—. Intentar fingir otra cosa nos hace quedar a todos como unos críos. Habéis roto por mí, que es justo lo que estaba intentando evitar.

—¿Por eso te has encargado de no estar nunca a solas conmigo en el comedor ni en ninguna parte?

Se encoge de hombros.

—Y, sin embargo, aquí estamos ahora.

—Jaxon y yo hemos roto porque las cosas no están bien entre nosotros últimamente —le contradigo—. Sin el vínculo, es todo muy raro. Y eso no tiene nada que ver contigo. Es culpa de Cole y del maldito conjuro de la Sangradora. —Le aprieto la mano—. En serio.

Hudson se me queda mirando un rato, pero no dice nada. Simplemente se suelta de mi mano y niega con la cabeza antes de empezar a recoger sus bolis y su libreta de la mesa.

—¿Qué haces? —pregunto—. ¿En serio te vas a largar sin decir nada? ¿Otra vez?

—La biblioteca va a cerrar —me dice, y señala a alguien que está detrás de mí con la barbilla—. Recoge tus cosas, te acompaño a tu cuarto.

—No hace falta. —Me aparto de él confundida y bastante dolida. Pensaba que ser sincera era la clave de todo esto, acabamos de decidir que era lo mejor, y ahora me está tratando como si le pudiese entrar gargolitis por mantener una conversación.

—Ya sé que no hace falta, aunque voy a hacerlo. —Sale de detrás de la mesa por primera vez desde que hemos empezado a hablar y empieza a guiarme hacia el otro lado de la sala para que recoja mis pertenencias.

—Soy del todo capaz de volver sola a mi habitación —insisto.

—Grace. —Pronuncia mi nombre con aire cansado, como si todo en mí, todo en esta situación, le supusiera demasiado esfuerzo. Y esto me ofende, incluso antes de que continúe—: ¿Es posible que nos saltemos esta discusión si reconozco que soy perfectamente consciente de que eres muy capaz de hacer lo que sea que se te ocurra, y que pese a ello voy a acompañarte a tu habitación?

—¿Por qué debería dejar que lo hicieras cuando está claro que no quieres tener nada que ver conmigo?

Suspira de forma exagerada e impaciente.

—Lo que quiero en este preciso momento es acabar nuestra conversación en privado mientras te acompaño a tu habitación. —Su acento transforma las palabras en pequeñas flechas que alcanzan su objetivo con precisión—. ¿Te parece bastante obvio o tengo que ser más específico?

Dejo de guardar las cosas en la mochila y lo fulmino con la mirada. Él hace lo propio y masculla algo por lo bajini que no llego a oír, pero que sé que hacía referencia a lo agotador que es lidiar conmigo. Y lo entiendo. Sé que mis emociones se han apoderado de mí esta noche, pero estoy intentando mantener eso bajo control. Y, aunque sé que estoy siendo algo difícil, eso no significa que pueda hablarme como si fuera una niña. A menos que pretenda que de verdad me comporte como una niña.

Es una idea tentadora. Mala, probablemente, pero tan tentadora que no puedo resistirme.

Doy media vuelta, me cruzo de brazos y me transformo en piedra.

Lo que más mola de haber aprendido a controlar a mi gárgola es que ahora puedo transformarme en estatua y seguir estando consciente, lo que significa que puedo ver a Hudson abrir mucho los ojos y quedarse boquiabierto. Y he decir que dejarlo sin palabras ha merecido totalmente la pena, aunque no pueda contestarle encerrada en piedra.

Sobre todo cuando reacciona y cierra la boca de golpe, pero se asegura de dejar los colmillos al aire. Aunque no estoy segura de qué piensa hacer con ellos, teniendo en cuenta que necesitará un buen dentista como intente morderme ahora.

Amka, la bibliotecaria, se acerca con cautela, como si no estuviera segura de querer involucrarse en lo que sea que es esto. Y no se lo reprocho. Este no es el primer altercado que veo entre alumnos con poderes, y solo llevo aquí unos meses. No me quiero ni imaginar las cosas que habrá visto ella en todo el tiempo que hace que está aquí.

Hudson le dice algo, pero no sé qué, ya que lo oigo como si fuese a través de al menos cuatrocientos litros de agua, puede que más. Ella le responde y lo que le dice no parece ser lo que él quiere oír, porque la ira en su rostro se transforma poco a poco en algo que se parece mucho al miedo.

No es una emoción muy frecuente en él. La última vez que se la vi fue el día que su padre me mordió, así que no estoy del todo segura, pero, cuando se acerca hacia delante y empieza a hablarme con urgencia, supongo que es el momento de volver a mi ser. Quería enseñarle una lección sobre ser condescendiente, no preocuparlo.

Cierro los ojos, y busco en mi interior el hilo platino que me permite alternar entre mi forma de gárgola y mi forma humana tan rápido que mis dedos rozan otro de los hilos. Es el verde esmeralda que vi la primera vez en la lavandería, el que algo dentro de mí me dijo que no lo tocara. Pero no tengo tiempo de centrarme en ese accidente porque otro hilo capta toda mi atención. Es azul brillante y refulge intensamente. Es más, despide chispas en todas las direcciones.

No hace falta ser un genio para saber que se trata de nuestro vínculo. Lo he sabido casi desde el momento en que Hudson anunció que yo era ahora su compañera. Lo

primero que hice cuando me recuperé de la sorpresa fue buscar el hilo. No tardé mucho en encontrarlo, ya que era el único que brillaba con fuerza en ese momento.

Esa fue la última vez que brilló. Lo he estado comprobando a diario, así que estoy segura. Pero ahora refulge con tanta intensidad que es prácticamente iridiscente, y en lo único que puedo pensar es…

Ahogo un grito. Mi cuerpo entero se pone en alerta roja porque, en un abrir y cerrar de ojos, puedo sentir a Hudson en lo más profundo de mi ser.

No es como antes, cuando podíamos hablarnos de una forma tan clara el uno al otro. No lo entiendo ahora mejor que hace un segundo, cuando casi me gritaba a través de la piedra. Pero lo siento, cálido, fuerte y frenético. Toda la indiferencia que proyectaba hace un momento ha desaparecido.

Es eso lo que me lleva a agarrar el hilo platino para transformarme de nuevo lo más rápido que puedo. Una cosa es darle una lección por ser un capullo y otra muy distinta es asustarlo.

En cuanto recupero mi forma humana, Hudson me abraza en un gesto de gran alivio e increíblemente íntimo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mientras se aparta y me pasa las manos por los brazos como si no pudiera creerse que soy de carne y hueso de nuevo, o como si estuviese buscando algún tipo de lesión—. ¿Por qué te has transformado?

—Porque estabas siendo un capullo y estaba harta de escucharte, así que me he transformado para no tener que hacerlo.

Se queda boquiabierto por segunda vez en el mismo número de minutos y, por detrás de nosotros, Amka simplemente niega con la cabeza y suelta una risita. Hudson está demasiado ocupado mirándome mal como para volverse hacia ella, de modo que la bibliotecaria me guiña el ojo y me muestra el pulgar hacia arriba. Al parecer, no soy la única que piensa que hay que poner en su sitio a los chicos cuando se comportan como unos capullos controladores.

Tengo un momento para pensar para mis adentros que a Jaxon jamás le haría algo así, hasta que Hudson me ruge:

—Que hayas usado tus poderes para transformarte en piedra me parece una de las cosas más inmaduras que he visto en mi vida.

Una vez más, tiene los colmillos fuera, y no tengo claro si pretende asustarme o si solo lo hace porque está enfadado y no es capaz de controlarlos. Al final decido que da igual, que donde las dan las toman. De modo que termino de recoger mis cosas y, después, me inclino hacia delante hasta que nuestros rostros están a unos dos centímetros de distancia y le digo:

—No. Habría sido mucho más inmaduro que te hubiese convertido a ti en piedra.

Entonces le doy unos golpecitos en el hombro, mitad amenaza, mitad consuelo, y paso por delante de él. Saludo a Amka de camino a la puerta y dejo que Hudson decida si prefiere regodearse en su propia ira o tragarse el orgullo y salir corriendo tras de mí.

Mentiría si dijera que no preferiría que escogiese la segunda opción.

15

Un poco de competición hilo a hilo

Estoy a medio camino de las escaleras, casi convencida de que ha vencido la ira, cuando Hudson me alcanza, en el sentido más literal de la palabra.

Estaba esperándolo, atenta por si lo oía llegar, pero se desplaza de una forma tan rápida y silenciosa que me coge desprevenida cuando me agarra de la muñeca por detrás y me da la vuelta. Lo hace con absoluta delicadeza pese a que el movimiento es tan súbito que apenas registro lo que está pasando hasta que me veo cara a cara con un vampiro medio enfadado medio divertido.

Hudson, en cambio, sabe perfectamente lo que está pasando mientras invade mi espacio personal y me hace retroceder hasta que ya no puedo hacerlo más, hasta que tengo la espalda literalmente pegada a la vieja pared repleta de tapices.

Me planteo soltarme la mano, pero debe de intuirlo porque me la agarra un poco más fuerte (no tanto como para hacerme daño, pero lo suficiente como para que sienta la fría presión de sus dedos contra la piel sensible de la parte interior de la muñeca).

—No creerás que eres la única que puede usar sus poderes de forma irresponsable, ¿verdad? —dice, y en su pregunta hay la suficiente cantidad de arrogancia como para sacarme de quicio... y, al mismo tiempo, me deja sin aliento.

Lo cual me hace sentir como el típico cliché. Venga ya.

El chico se comporta como un capullo. La chica le saca ventaja al chico. ¿El chico se golpea el pecho y la chica cae hechizada por él?

Eh... no, gracias. Harán falta más que unos golpes en el pecho para que eso suceda, por muy atractivo y creativo que sea el chico en cuestión.

Por eso contesto:

—Creía que me habías dicho que no necesitabas usar tus poderes —con el tono de voz más aburrido que soy capaz de poner—. Al fin y al cabo, eres un vampiro.

—Eso solo era una observación, no una declaración de intenciones —responde, y ahora está tan cerca que puedo sentir su aliento caliente en mi oreja.

Unos escalofríos que no tienen nada que ver con el miedo me recorren la espalda y me estremezco un poco al tiempo que intento poner más espacio entre su boca y mi piel, no porque no me guste la sensación, sino por temor a que me guste demasiado.

—¡Vaya! —le digo cuando por fin consigo quedarme a una distancia satisfactoria de su cara—. Esperaba que te pusieras a hacer estallar cosas otra vez.

Se pone serio, y el brillito travieso desaparece de sus ojos.

—Y yo que me he estado esforzando mucho para asegurarme de que eso no suceda.

Su tonillo es tan sardónico como siempre, pero a estas alturas conozco a Hudson lo bastante bien como para reconocer la sinceridad que se oculta bajo el sarcasmo.

Y esta sobrepasa todas las defensas que había establecido durante toda la noche.

—Yo también —respondo antes de darme cuenta siquiera de lo que iba a decir.

Deja caer los hombros y, por un segundo, parece más derrotado que nunca.

—Esto es un lío tremendo, Grace.

—Y tanto —coincido, justo antes de que baje la frente hasta la mía.

Parece una postura íntima, un momento íntimo, y me planteo apartarme. Pero íntimo no significa necesariamente sexual. Hemos compartido un montón de momentos íntimos: vivió en mi cabeza durante semanas. De modo que me digo a mí misma que este es solo uno más.

Además, creo que necesito su consuelo al menos tanto como él el mío.

Así que hago lo único que puedo hacer en esta situación, lo único que me hace sentir bien. Libero mi muñeca ahora que ha aflojado el agarre y lo rodeo con los brazos. Puede que el universo nos hiciera una buena jugarreta

convirtiéndonos en compañeros, pero ahora mismo solo somos dos buenos amigos compartiendo un momento tranquilo en una situación jodida.

O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

El abrazo dura apenas un minuto, pero es suficiente como para memorizar la sensación de su cuerpo largo y ágil contra el mío.

Suficiente como para sentir lo tremendamente rápido que le late el corazón bajo mis manos.

Y más que suficiente como para que me...

—Te he sentido —le digo cuando por fin da un paso atrás —. Cuando me he transformado en piedra, te he sentido a través del vínculo. Estabas intentando llegar hasta mí.

Y así, sin más, la irritación y otra cosa, algo que no acabo de reconocer, reaparece en sus ojos.

—Creía que te había pasado algo, que de alguna manera te las habías apañado para quedarte atrapada en tu forma de estatua otra vez. O que alguien te había lanzado alguna especie de hechizo. Me he asustado. —La mirada que me lanza me advierte que no vuelva a hacer algo así.

—Ya, bueno, es que no me gustaba cómo me estabas hablando. No soy una niña, y no me gusta que me trates como si lo fuera.

Juraría que oigo rechinar los dientes de Hudson, pero al final lo único que hace es inclinar la cabeza y afirmar:

—Tienes razón. Lo siento.

Esto me deja estupefacta. Tanto es así que añado:

—Disculpa, creía que estaba hablando con Hudson Vega.

—Olvídalo —masculla, y se aparta y empieza a caminar de nuevo.

Lo sigo, agradeciendo el modo en que siempre camina despacio para que no tenga que apresurarme para seguirle el ritmo.

—Entonces ¿has usado el vínculo para intentar llegar hasta mí? —digo cuando doblamos una esquina.

Parece incomodarle el tema, y tal vez debería dejarlo estar, pero ¿cómo se supone que voy a saber cómo funciona el vínculo si no hago estas preguntas? Este es el tipo de detalles que no se explican en mi clase de Magia, el tipo de cosas que no se te ocurre preguntar hasta que las vives.

—Lo he usado para enviarte energía, como tú hiciste conmigo después del desafío del Círculo. —Me lanza una mirada—. Ya sabes. Cuando casi mueres.

—Eso fue por la mordedura de tu padre —le contesto—. Y ¿qué querías que hiciera? ¿Morir con tus poderes todavía dentro de mí?

—Uy, pues no sé. ¿Confiar en que no fuese a dejar que murieses? —Parece tan exasperado que casi me echo a reír, y no lo hago porque sé que solo se cabreará aún más.

—Confiaba en ti —le aseguro cuando por fin llegamos a las escaleras—. Bueno, confío en ti.

La mirada que me lanza es abrasadora, incluso antes de cogerme la mano. Me la aprieta suavemente y luego la suelta de nuevo.

—Entonces ¿viste nuestro vínculo? —dice cuando llegamos a lo alto de las escaleras.

—Lo veo todos los días —contesto—. Pero hoy parecía diferente. Estaba encendido y crepitaba con energía. —Miro los hilos de nuevo, y las chispas han desaparecido, pero aún conserva ese resplandor.

—Diría que las chispas las he provocado yo intentando llegar hasta ti.

—Sí, eso he pensado yo también.

—¿Has notado algo más? —señala mientras me dirige por el largo pasillo que lleva a mi dormitorio.

—¿Como qué?

Se aclara la garganta un par de veces y mantiene la vista al frente cuando indica:

—¿Como lo distinto que es del vínculo que tenías con Jaxon?

—¿En serio, Hudson? ¿Ahora estás comparando los vínculos? —digo como si estuviese comparando otra cosa.

—¡No me refiero a eso! —Me pone los ojos en blanco—. Pero he estado informándome acerca de los vínculos, y todo lo que he encontrado lleva a la misma conclusión.

—¿A cuál? —pregunto con recelo.

—Que no pueden romperse. Ni con magia ni con fuerza de voluntad. Lo único que los rompe es la muerte, y...

—A veces ni siquiera eso —termino por él—. Ya lo sé. Macy me ha contado lo mismo.

—Ya, pero Cole rompió tu vínculo con Jaxon.

—Soy bastante consciente de ello. Estaba ahí, por si no lo recuerdas.

—Ya lo sé, Grace. —Suspira—. Y no pretendo hacerte daño hablándote de ello. Pero todos los libros que se han escrito sobre el tema no pueden estar equivocados. Lo que me lleva a pensar...

—¿Que cómo es posible que la Sangradora tuviera un conjuro para romperlo? —quiero saber.

Parece sorprendido, no sé si por el hecho de que me haya planteado la misma cuestión o porque no paro de interrumpirlo.

Lo que sí sé es que me preocupa oír a Hudson hablar sobre vínculos, y más todavía sobre romperlos. No sé por qué, pero es así, de modo que continúo, decidida a terminar el pensamiento por él:

—Si no se pueden romper, ¿cómo es posible que una vieja vampira que habita en una cueva tuviera el conjuro para hacer lo único que nadie en toda la historia ha logrado hacer?

—Exacto. Además... —Hace una breve pausa, como si se estuviera preparando para lo que va a decir a continuación... o para mi reacción a ello. Es ese pensamiento el que me lleva a cuadrar los hombros y a prepararme para el golpe que está por llegar, aunque sé que no será físico—. ¿Recuerdas qué aspecto tenía tu vínculo con Jaxon? —quiere saber—. Yo solo lo vi una vez, en la lavandería, y no me llamó la atención en su día. Entonces no lo pensé...

—¿El qué? —pregunto mientras se me empiezan a formar varios nudos en el estómago.

Suspira.

—Pues en el aspecto que debería tener un vínculo entre compañeros.

—¿Qué me estás queriendo decir? —añado con una voz tan aguda que me cuesta creer que sea mía.

—No estoy diciendo que vuestro vínculo no fuera auténtico. —Hudson coloca una mano sobre mi hombro para tranquilizarme—. Lo que digo es que le pasaba algo

raro. No sé si es porque el conjuro ya estaba funcionando o si...

—¿O si siempre tuvo algún defecto? —termino.

—Sí —responde de mala gana—. Tenía dos colores, Grace. Verde... y negro.

Pues al final he hecho bien en prepararme para ese golpe porque, así, sin más, se me viene el mundo encima y empiezo a marearme con un único pensamiento repitiéndose en mi mente una y otra vez.

Si mi vínculo con Jaxon siempre tuvo algún defecto... tal vez nunca se pueda reparar.

16

Puedes correr, pero no esconderte

—Tengo que irme —murmuro, y salgo disparada por el pasillo con la esperanza de que Hudson simplemente me deje marchar. Lo que menos me apetece en estos momentos es ponerme a investigar mi alma.

Hasta este momento creo que aún pensaba que la situación se podía arreglar. Que Jaxon y yo volveríamos a estar juntos. Llevo toda la semana llorando la pérdida del vínculo, pero, con ruptura o sin ella, seguía pensando que encontraríamos la manera de arreglar las cosas. Qué tonta he sido.

Debería haber imaginado que el universo mágico se guardaba una putada más en la manga.

Ahora solo espero que Hudson deje que me vaya a mi cuarto a lamentar en la intimidad la pérdida de todo lo que Jaxon y yo tuvimos.

Pero parece que no lo pilla, porque empieza a caminar conmigo. Cómo no; ¿por qué iba a hacer lo que quiero que haga, aunque sea por esta vez?

Me tiemblan las manos y me esfuerzo por contener las lágrimas que amenazan con delatarme, de modo que espero a que me pregunte qué me pasa o, peor, si estoy bien. Pero no lo hace. Solo camina en silencio a mi lado hasta que por fin dice:

—Entiendo que la noticia haya sido un mazazo, Grace. Pero ¿en serio te sorprende que el blandengue de mi hermano no fuera capaz ni de establecer un vínculo como Dios manda?

Dejo de caminar y me vuelvo lentamente hacia él. La furia sustituye la desesperación que se me estaba tragando entera.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Es que no tienes ni la más mínima compasión?

Parece aburrido de nuevo.

—Soy un vampiro. La compasión no va con nosotros.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Como sigas así voy a convertirte en un puñado de rocas.

—Uy, qué miedo. —Agita las manos fingiendo tener pánico—. Ay, espera, ya he estado ahí, pero no me compré ninguna camiseta.

No sé si es por los ridículos gestos que hace con la mano o por la idea de ver a Hudson vestido con una camiseta de Vampires Rock, pero mi ira desaparece tan rápido como se había formado. Esta discusión es absurda.

Sin embargo, él no debe de pensar lo mismo, ya que parece estar totalmente ofendido, al menos hasta que miro en el fondo de sus ojos y lo que veo es satisfacción. Y entonces me doy cuenta de otra realidad más.

Hudson ha empezado esta pelea adrede. Sabía que estaba hecha polvo, que me estaba esforzando por no echarme a llorar en medio del pasillo. Y todas sus insolencias y sus sarcasmos no se deben a que sea un capullo, sino a que estaba siendo amable, aunque seguro que preferiría morir antes que admitirlo.

No es la primera vez que lo hace, y probablemente tampoco sea la última. Pero tal vez uno de estos días dejaré de caer en su trampa. Solo tal vez.

Aunque, bueno, puede que no.

Porque hay algo en ello, algo en los sarcásticos comentarios (por ambas partes) y en las riñas que a veces se parece mucho a... unos preliminares.

La sola idea hace que se me revuelva el estómago de nuevo y que se me formen nudos al mismo tiempo. Porque los preliminares son un montón de cosas: divertidos, excitantes, sexis, pero suelen llevar a otra cosa, a algo importante, y no sé muy bien cómo me siento respecto a eso. No cuando hace apenas una semana que Jaxon me rompió el corazón de nuevo... y tan solo unos minutos que me he enterado de que nuestra relación jamás podrá repararse.

Por fin llegamos a mi habitación, pero antes de correr dentro y lanzarle un «gracias por una noche tan rara» por encima del hombro, Hudson extiende la mano para detenerme.

—¿Estás bien? —pregunta con las cejas enarcadas y el antebrazo apoyado contra el marco de la puerta.

—Sí —le digo, aunque no sé si es verdad, con todas esas cosas extrañas sucediendo en mi interior, cosas que jamás habría pensado que sentiría como reacción a Hudson precisamente. Puede que sea mi compañero, pero también es mi amigo y, en este momento, esta postura no se parece en nada a la de un amigo—. Debería entrar —añado, y detesto que se me note que me falta el aliento. Y lo detesto más todavía cuando veo que sus pupilas se dilatan en respuesta…, solo que, al mismo tiempo, no lo detesto tanto.

—Vale. —Da un paso atrás—. Pero avísame cuando de verdad quieras obtener algunas respuestas.

—¿Respuestas a qué?

—A esas preguntas que no paramos de esquivar. No puedes esconderte siempre, Grace.

Se parece tanto a lo que he estado pensando antes, a lo que le había dicho a Macy, que me cabreo.

—No soy débil —le aseguro—. Soy capaz de soportar muchas cosas, ¿sabes?

—Eres capaz de soportar lo que sea. Nadie duda de ello y, si lo hacen, son idiotas, porque lo has demostrado muchísimas veces. Eres la persona más increíble que he conocido en mi vida. —Hudson no dice cosas que no piensa, y probablemente por eso me emocionan tanto sus palabras. Pero antes de que pueda ocurrírseme cómo responder, continúa—: Pero tienes tendencia a evitar los conflictos siempre que puedes.

—No tiene nada de malo no querer discutir —le digo.

—No. Pero sí lo tiene el esconderse de las cosas hasta que se hacen tan grandes que ya no puedes seguir ignorándolas. Es como esa gente que mete las facturas sin abrir en un cajón hasta que ya no caben más y, para entonces, su vida se ha convertido en un auténtico infierno. Sí, las cosas pueden estar mal, y de primeras no parece que haya ninguna solución fácil, pero al cabo de un tiempo, si esperas demasiado solo te quedarán elecciones difíciles que tomar.

Sus palabras me llegan a lo más hondo, y no puedo evitar pensar que se refiere a nuestro vínculo. No me ha dicho exactamente qué estaba investigando en la biblioteca, pero de repente tengo una pista. No me había parado a analizar demasiado cómo podría sentirse Hudson al ser mi compañero. No estaba preparada para enfrentarme a la respuesta que pudiera darme: tanto si era positiva o negativa. Pero, mientras yo estaba escondiendo la cabeza en la arena, él no lo hacía.

—Has dicho que estabas investigando sobre los vínculos —digo, y mi voz es apenas un susurro por encima de los fuertes latidos de mi corazón—. ¿Qué estabas intentando averiguar exactamente?

Me mantiene la mirada durante varios latidos antes de responder:

—Cómo romperlos.

17

Mensajes confusos

Tres horas más tarde sigo mirando el techo sobre mi cama mientras considero lo que Hudson me ha dicho acerca de que evito los conflictos.

Me gustaría que estuviera equivocado, de verdad, pero cuanto más tiempo paso aquí tumbada sobre este edredón rosa eléctrico que no quiero (que nunca he querido), no puedo evitar preguntarme si tiene razón. Sobre todo cuando me doy la vuelta y entierro el rostro en un cojín rosa eléctrico.

Inspiro hondo.

Y, por primera vez, dejo que las preguntas que he estado obviando durante meses invadan mi cabeza como un enjambre de abejas furiosas.

¿Cómo sabía Lia que yo era la compañera de Jaxon antes de que yo hubiese oído hablar del Katmere siquiera? ¿Antes de que Jaxon y yo nos hubiésemos tocado, si se supone que

el vínculo se crea después de tocarse? Y, ya puestos, ¿cómo sabía dónde encontrarme?

¿Cómo pude llevarme a Hudson conmigo y atraparnos en un plano distinto... durante meses? ¿Y por qué mi vínculo con Jaxon desapareció cuando estábamos ahí?

¿Por qué era mi vínculo con Jaxon de dos colores en lugar de ser solo de uno? ¿Por qué era una trenza retorcida verde y negra en lugar de ser de un único color intenso?

¿Cómo sabía la Sangradora cómo romperlo? ¿Cómo sabía que se podía romper si se supone que nunca antes se había roto un vínculo entre compañeros?

¿Cómo he podido acabar siendo la compañera de Hudson? Una cosa es que se rompa el vínculo, que se supone que es imposible. Y otra muy distinta es establecer uno nuevo con otra persona durante la misma tarde. Es que es algo totalmente imposible.

Mientras el familiar pánico me empieza a burbujear en el pecho, no puedo evitar estar cabreada con Hudson, básicamente por haberme retado a hacer esto. No es justo. No tiene ni idea de lo que es vivir sufriendo ataques de pánico.

No es que no me hubiese planteado estas cosas antes. Claro que lo he hecho... y una infinidad de preguntas más. Pero las encerraba en una caja tan pronto como se me ocurrían. Aun así, ¿quién puede reprochármelo? Haría casi cualquier cosa con tal de evitar un ataque de pánico. Perder el control de mí misma hasta el punto de no ser capaz de regular mi propia capacidad para respirar es aterrador. Y, sí, puede que mi mecanismo para afrontarlo sea malo. Pero eso no significa que nadie tenga el derecho

a juzgarme por ello, y menos Hudson, para quien el sarcasmo es una emoción real... o doce.

Además, ¿qué se supone que tengo que hacer con las respuestas una vez que las obtenga? ¿Cambiarán algo? ¿O harán que las cosas sean aún más difíciles, más dolorosas? Si algo he aprendido en los últimos seis meses es que cada vez que creo que las cosas van bien, cada vez que creo que he resuelto un problema, surge otro más grande que me deja hecha polvo.

En serio. ¿Qué sabe Hudson realmente de mi vida? Empiezo a alcanzar un embriagador nivel de justificada indignación, y está dirigida por completo hacia la mandíbula «demasiado fuerte para su propio bien» de Hudson.

Han pasado solo seis meses desde que mis padres murieron: seis meses. Además, me he pasado más de la mitad de ese tiempo encerrada en piedra con Hudson. Y, pese a todo, la cantidad de cosas que he tenido que sufrir me habrían resultado imposibles de imaginar de no haberlas vivido.

No pretendo ser dramática, pero ¿a alguien le extraña que sufra ataques de pánico dos veces al día en mi situación?

Desde la muerte de mis padres me he trasladado a miles de kilómetros del único hogar que he conocido. Encontré a mi compañero, descubrí que soy una gárgola, me salieron un montón de enemigos, luché por un puesto en un consejo que hace unos meses ni siquiera sabía que existía, hallé a la única otra criatura viva de mi especie encadenada en una cueva en la que también perdí a uno de mis amigos,

perdí a mi compañero, me mordió uno de mis nuevos enemigos y casi muero, y encontré a mi nuevo compañero. Y todo esto mientras estoy intentando graduarme en el instituto.

Hudson puede decir que huyo de mis problemas todo lo que quiera, pero, desde mi punto de vista, parece que los problemas se las apañan perfectamente para encontrarme, me esconda de ellos o no.

No obstante, entonces pienso en lo que ha dicho sobre el cajón lleno de facturas hasta que no caben más. Y pienso en la muerte de Xavier; en Jaxon, rompiendo conmigo; en Cole, que espero que se esté pudriendo en algún sitio frío; en Hudson, siendo el compañero de alguien sin quererlo, hasta el punto de pasarse las noches buscando la manera de destruir nuestro vínculo.

Eso último me obliga a hacer una pausa. Y me trago mi indignación con amargura.

Mi miedo ha llevado a Hudson a intentar resolver nuestros problemas solo. Tal vez no sea capaz de enfrentarme a todas las preguntas, pero puedo intentar responder al menos una.

Aunque, ¿por cuál debería empezar?

Y entonces pienso en la Sangradora. Pienso mucho en ella, y en el conjuro que de alguna manera sabía y que le proporcionó a Jaxon para que rompiera nuestro vínculo.

Si alguien llegó tan lejos como para romper mi vínculo con Jaxon... ¿qué otra cosa sería capaz de hacerme? ¿Y a Jaxon? ¿Y a Hudson? Y de repente lo que me invade no es un ataque de pánico. Es ira. Si sabía cómo separarnos a

Jaxon y a mí..., nos debe un hechizo para reparar este daño. Y algunas respuestas.

—No paras de dar vueltas —señala Macy con voz suave y adormilada—. ¿Qué te pasa?

—Perdona. No pretendía despertarte.

—Tranquila. Ya no duermo mucho de todas formas. —Oigo el movimiento de las sábanas y, acto seguido, la lamparita multicolor que hay junto a la cama de Macy se enciende—. ¿Qué pasa? Me he fijado en que no has estado mucho con Jaxon últimamente. Ni con Hudson, ahora que lo pienso. ¿Habéis discutido?

Inspiro hondo y me arranco la tirita.

—Jaxon rompió conmigo la semana pasada.

Macy no dice nada, solo se queda ahí, en la penumbra, respirando de forma constante durante varios minutos. No me pregunta por qué no se lo he contado, y la adoro más todavía por eso. Se vuelve hacia mí, me mira a los ojos y simplemente dice:

—Lo siento.

Niego con la cabeza, intentando contener las lágrimas. No puedo hablar de esto esta noche. Estoy demasiado cansada como para tener esta conversación íntima con mi prima. Y debe de notarlo porque tan solo pregunta:

—¿Hay algo que quieras hacer al respecto?

Sí, lo hay, y una idea se empieza a formar en mi mente.

—¿Crees que podría conseguir una cita con la Sangradora?

—¿La Sangradora? —Macy parece sorprendida, pero debe de caer en lo que estoy pensando bastante rápido

porque añade—: Una «cita» no sé, pero seguro que puedes convencer a Jaxon para que te lleve.

—¿Y si no quiere? No tengo ni idea de cómo llegar hasta allí por mi cuenta.

—Te llevará. —Suena mucho más segura que yo después de la conversación que he mantenido con Hudson esta noche—. Vuestro vínculo es tan importante para él como lo es para ti.

—La semana pasada habría estado de acuerdo, pero ahora... —Pienso en la frialdad de sus ojos cuando me dijo que necesitábamos un descanso—. Ahora no estoy tan segura.

—Bueno, pues yo estoy lo bastante segura por las dos —responde Macy—. Envíale un mensaje y pídele que te lleve este fin de semana. Os debe como mínimo una explicación.

Me inclino a pensar que nos debe más que eso, ya que su conjuro me ha destrozado la vida. Aunque bueno, podrían ser cosas mías...

Me incorporo y cojo el móvil. Pero en lugar de escribirle a Jaxon, le escribo a Hudson.

Oye, ¿quieres venir conmigo
a un sitio este fin de semana?

No hay respuesta, y entonces caigo en la cuenta de que es muy tarde; probablemente ya se haya acostado.

Pero entonces aparecen tres puntos, lo que significa que está escribiendo una respuesta, y no puedo evitar que el corazón se me acelere un poco.

Define «un sitio».

Sonrío. Una respuesta digna de Hudson.

¿Acaso importa?

Si estás planeando dar un golpe de Estado en un país pequeño, sí. Si quieres hacer ángeles en la nieve, no.

Lo siento. Nada de golpes.
Quiero ir a ver a la Sangradora.

No hay respuesta. Me obligo a mirar el móvil hasta que aparecen los tres puntos de nuevo.

Estoy libre ahora...

Por supuesto. Y no me ofende para nada que esté tan ansioso por romper nuestro vínculo que esté dispuesto a dejarlo todo para conseguirlo.

El sábado.

O ahora.

Le envío el emoji de los ojos en blanco.

No voy a cambiar de idea.
Y también voy a invitar a Jaxon.

Igual me he apresurado un poco con lo de los ángeles en la nieve...

Me echo a reír. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Te veo en clase.

«El dolor y el sufrimiento
son siempre inevitables.»

Pensaba que *Crimen y castigo*
era demasiado ligero para ti.

Al parecer, me siento optimista.

Buenas noches.

Buenas noches, Grace.

Sostengo el móvil unos segundos más mientras espero por si Hudson me dice algo más. Al ver que no lo hace, me planteo escribirle a Jaxon para ponerlo sobre aviso respecto a lo del sábado, pero entonces decido que puedo hablar con él mañana en clase. Escribirle a un chico una semana después de que haya roto contigo hiede a desesperación, y más si lo haces después de medianoche.

—Por el tamaño de tu sonrisa, supongo que ha dicho que sí —dice Macy.

Cree que estaba escribiendo a Jaxon, y sé que debería sacarla de su error, pero la verdad es que esta noche no tengo ganas de explicarle que Hudson está tan ansioso por romper conmigo como lo estaba Jaxon.

18

Únicos en su clase

Macy y yo nos despertamos diez minutos antes de que suene el timbre.

Para ella no es ningún problema, ya que lanza un pequeño hechizo y está lista para salir. Yo, en cambio, estoy hecha un asco. Normalmente me encanta ser una gárgola, pero tengo que admitir que esto de que la magia no funcione conmigo a veces es un auténtico rollo..., sobre todo cuando eso significa tener que lavarme la cara con agua fría porque no tengo tiempo de esperar a que se caliente a más de cuatro grados.

—¡Venga, Grace, vamos! —me grita mi prima desde la puerta, y tengo que contenerme para no sacarle el dedo. Al fin y al cabo no es culpa suya que sus trucos no funcionen conmigo; lo ha intentado un montón de veces. Como tampoco es culpa suya que ella esté perfecta mientras que

yo parezco la perdedora de una película de monstruos tras la escena de lucha.

—¡Ya voy! —digo al tiempo que me cuelgo la mochila en el hombro y cojo una goma del pelo morada con orejas de conejito del cajón de mi mesa.

Me recojo el pelo en una coleta mientras salimos por la puerta, y me alegro de haber salido sin haberme mirado en el espejo. Sobre todo porque estoy segura de que el polo morado que he cogido del armario a toda prisa es el que tiré ahí de mala manera la semana pasada después de ver que tenía una mancha que no se había ido al lavarlo.

Genial.

Porque lo único peor que entrar en un aula llena de monstruos con pinta de que acabas de levantarte de la cama es entrar en un aula llena de monstruos con pinta de que no has llegado a acostarte.

Detectan la debilidad.

Macy y yo bajamos corriendo las escaleras y nos separamos cuando llegamos a la primera planta. Ella tiene clase de Teatro en uno de los estudios exteriores, y yo tengo Ética del Poder. Es un seminario para los de último curso que dura seis semanas, y hay que asistir para poder graduarse (supongo que porque al tío Finn no le atrae mucho la idea de enviar a un puñado de paranormales poderosos al mundo sin unas nociones básicas del bien y del mal).

Es una asignatura interesante, y además es la única que llevo bien, ya que no he faltado a ninguna de las clases; pero aun así la temo. La profesora es buenísima, aunque también es una auténtica cabrona. Además, su clase es, de

lejos, la que más miedo da de todo el edificio, que ya es decir, si tenemos en cuenta los túneles subterráneos repletos de huesos humanos.

He preguntado como un millón de veces para qué se usaba antes esa sala, pero nadie me contesta nunca. Creo que es porque intentan no herir mis delicadas sensibilidades, pero todo esto de no saber no hace sino alimentar mi imaginación... y no de una manera positiva precisamente. ¿Cuántos motivos puede haber para que haya marcas de hollín y de garras en la piedra? Además, hay restos de lo que parecen grilletes de hierro a varias alturas y en distintas partes del aula...

Miro el móvil un momento y veo que falta un minuto para que suene el timbre para los que llegan tarde, y con «timbre» me refiero al estribillo de la nueva canción favorita del tío Finn: *Bury a Friend*, de Billie Eilish. Porque le va el rollo de crear ambiente. A Macy la saca de quicio, pero después de haberme pasado los últimos doce años de mi vida oyendo un timbre insulso entre clases, para mí esto es un cambio agradable.

La clase de Ética está separada del resto del castillo por un pasillo largo, sinuoso y sin ventanas, y lo recorro corriendo, en parte porque llego tarde y en parte porque odio estar aquí sola.

No hay nada en él que dé especial miedo, pero cada vez que estoy aquí me entra un escalofrío que no tiene nada que ver con Alaska, sino más bien con que hay algo extraño en esta parte del instituto. Algo muy muy extraño.

Aunque, en fin, el pasillo lleva a lo que estoy bastante segura de que es una cámara de tortura de siglos de

antigüedad, así que supongo que es normal que se me pongan los pelos de punta.

Por fin el pasillo termina y, aunque sé que voy a llegar tarde, paro un segundo para recomponerme y me atuso el pelo. Después de todo, su ubicación no es lo único que hace de esta el aula más aterradora del Katmere. También me estresa lo que hay dentro.

Por eso, aunque suena el timbre, me tomo un par de instantes para respirar hondo antes de abrir la puerta y colarme en la clase grande y circular. Mantengo la cabeza gacha y me dirijo a una de las mesas vacías del fondo; pero apenas he dado dos pasos cuando la voz de mi profesora resuena en el aula:

—Bienvenida, señorita Foster. Qué amable por su parte que nos acompañe hoy en esta clase.

—Siento llegar tarde, señorita Virago. —Quiero decirle que no volverá a pasar, pero llevo en el instituto Katmere el tiempo suficiente como para saber que no debo hacer promesas de ese tipo. Y menos a la profesora más gruñona del centro.

—Yo también —responde lentamente mordiendo cada palabra como si fuera el enemigo—. Venga a verme después de clase y le pondré una tarea para compensar lo que se ha perdido.

¿Qué me he perdido? Echo un vistazo a mi alrededor, intentando averiguar qué es lo que me puedo haber perdido en diez segundos, pero no parece que hayan empezado a tomar notas siquiera. La señorita Virago debe de ver lo que estoy pensando, porque me mira con recelo justo antes de dar media vuelta y regresar al frente de la

clase, golpeteando el suelo con ritmo furioso con los tacones.

—¿Algún problema, señorita Foster?

—No, en absoluto…

—Entonces tal vez podría explicarnos cómo puede aplicarse el primer principio de Rawls…

—Lamento la interrupción, señorita —oigo decir a Hudson con su tono apaciguador y… ¿angelical?—. Pero ¿podríamos repasar cuál sería la postura de Kant sobre la tortura mágica? Todavía no acabo de entender bien lo del imperativo categórico…

La mujer suspira pesadamente.

—El imperativo categórico no es tan difícil de entender, señor Vega. Al menos no, si se presta atención.

—Lo sé. Lo siento. Es que me cuesta comprender toda la filosofía de Kant, si le soy sincero. —No hay ni un ápice de sarcasmo en su voz, y juro que su voz suena más dulce que nunca.

—Bien, en ese caso debería venir a verme también después de clase. La señorita Foster y usted pueden pasar el fin de semana trabajando en un proyecto juntos para un crédito extra.

—De ac…

De repente se oye un fuerte chasquido, y la mitad del boli de Jaxon sale disparado por el aula. Rebota en el podio de la profesora, cae rodando al suelo y aterriza frente a sus pies.

La mujer se vuelve y fulmina a Jaxon con la mirada, y a Flint, que le da la risa. Y el pobre empieza a reírse a carcajadas como una hiena en medio de la clase.

Y, en resumen, este es el motivo por el que detesto esta maldita clase, pese a la temática tan interesante que tiene. No solo tenemos a una profesora del infierno, sino que también formo parte del ¿cuadrángulo?, ¿rectángulo?, ¿cuadrado? más repleto de testosterona de la historia.

Y eso es antes de que la señorita Virago anuncie que vamos a pasarnos la clase trabajando en distintos problemas éticos en grupo. Y acto seguido se vuelve con una sonrisa viperina y dice:

—Ah, y señorita Foster, señor Vega, el otro señor Vega y el señor Montgomery, ustedes cuatro harán la primera presentación.

19

Misery Hates Company

—¿En serio? —Jaxon es el primero en hablar cuando unimos nuestras mesas—. No podías mantener la boca cerrada, ¿no?

—¿Y me lo dice el niñato que le ha lanzado el bolígrafo a la profesora? —replica Hudson.

—No se lo he lanzado. Se ha... —Deja la frase a medias al darse cuenta de que su defensa de lo sucedido no va a llegar a buen puerto.

—¿Cómo estás, Grace? —me pregunta Flint sonriendo.

—Bien. —Si dejamos de lado que voy a tener que pasarme los próximos noventa minutos en mi propio infierno particular—. ¿Por?

—Por nada. —Se encoge de hombros—. Es solo que tienes...

—¿Una pinta espantosa? —termino por él—. Ha sido una noche larga.

Jaxon lo fulmina con la mirada.

—Está perfecta.

—Yo no he dicho que no lo esté —responde Flint.

—¿Estás bien? —pregunta Hudson con voz suave—. ¿Te ocurrió algo después de que me fuera?

—¿Has pasado la noche con él? —La voz de Jaxon carece de emoción, pero me mira con unos ojos que son justo todo lo contrario.

—Un rato —le digo—. Estuvimos un rato en…

—Vaya. —Desvía la mirada hacia Hudson—. Aprovecharse de chicas que están sufriendo no es de tener mucha clase que digamos.

—¡Oye! —exclamo—. Nadie se ha aprovechado de nadie…

—A lo mejor no deberías haberla hecho sufrir —me interrumpe Hudson—. Y así podrías haber pasado tú la noche con ella.

—¡Que fue un rato! —aclaro de nuevo al ver que Jaxon aprieta el puño sobre su muslo.

—Bueno, ¿qué creéis que pensaría Kant de todo esto que os está sucediendo? —interviene Flint agitando la mano en el aire, y su mirada pasa de Hudson a Jaxon y viceversa como si estuviera viendo un partido de tenis.

—¿Estás colocado o algo? —le pregunto.

—Oye, alguien tiene que hacer el trabajo —responde—, solo estoy intentando hacer mi parte.

—¿Agravando la situación? —digo mirándolo mal.

—Redirigiéndola hacia los filósofos de la ética —contesta con una mirada tan deliberadamente pía que me sorprende que no se haya puesto un halo encima del afro.

—¿No podías esperar a irte con él? —quiere saber Jaxon.

—Si por «irte con él» te refieres a encontrármelo en la biblioteca, pues vale —le indico, y ni siquiera me molesto en ocultar lo insultada que me siento.

—Ya sabes —añade Hudson—, esa sala grande llena de libros. Ay, espera, ¿tú sabes lo que es un libro?

—Necesito otro grupo —pido a nadie en particular.

—Yo estaré en tu grupo —se ofrece Flint.

—Tú ya estás en mi grupo —le digo apretando los dientes —. La idea de cambiar de grupo es trabajar con otra gente.

—¡Oye! —Finge sentirse herido—. Soy el único de este grupo que está trabajando en lo que nos han mandado.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Y qué has hecho exactamente?

Me pasa su libreta. Ha dibujado una línea en el centro de la página y ha escrito «Kant» en lo alto de una de las columnas y «Hudson» en lo alto de la otra. Debajo de Kant ha hecho un dibujo de Jaxon… con unos cuernos de demonio y una cola acabada en punta.

Hudson se inclina para ver el trabajo de Flint y sonríe.

—Un parecido sorprendente —le asegura, y Flint levanta la mano para chocarle el puño.

—¿Qué crees que dirían Kant y Kierkegaard sobre el hecho de trasladar tus asuntos personales a la clase? —La voz de la señorita Virago atraviesa la tensión, ya de por sí tensa, que rodea nuestro grupo.

Como si esta conversación necesitase que ella metiera las narices y lo empeorara todo. No quiero ponerle excusas a esta mujer, pero ya que no puedo confiar en que ninguno

de mis compañeros no lo fastidien todo, sé que tengo que intentarlo.

Pero antes de que se me ocurra algo que decir, Hudson responde.

—Estoy bastante seguro de que Kierkegaard pensaría que es algo subjetivo. —Venga ya…

Jaxon pone los ojos en blanco, Flint agacha la cabeza para esconder su sonrisa y yo no puedo evitarlo y suelto un ronquido de risa. Acto seguido me tapo la boca y la nariz con la mano en un intento desesperado de ocultar las pruebas.

Pero es demasiado tarde. La señorita Virago está echando humo, y le da igual que se le note.

—¡Bueno! ¡Ya está bien! —nos grita a Hudson y a mí—. Vosotros dos, ¡a mi mesa!

Mierda. Adiós a la única buena nota que tengo.

—Lo siento —me susurra Hudson mientras cojo un boli y una libreta.

Me encojo de hombros. No es culpa suya que haya sido tan tonta de reírme.

Hudson empieza a seguir a la profesora, pero Jaxon me agarra de la mano y me pregunta con voz suave:

—¿Quieres que te libre de esta?

El roce de su piel es agradable, tanto, de hecho, que me cuesta unos segundos registrar lo que está diciendo. Pero cuando lo hago, niego con la cabeza.

A ver, claro que me encantaría que me librase de esta situación. No tengo tiempo para el trabajo extra que la señorita Virago esté a punto de mandarnos a Hudson y a mí. Pero al mismo tiempo, detesto el miedo que le tiene la

gente a Jaxon otra vez, lo mucho que se distancian de él. E imagino que las cosas empeorarían si dejo que use su influencia para sacarme de este embrollo.

Le sonrío agradeciéndole el ofrecimiento, pero el breve atisbo de humanidad que me había concedido ya ha desaparecido, y en sus ojos solo veo esa oscuridad que parece volverse más fría a cada segundo que pasa.

Bajo la mirada, más dolida de lo que me gusta admitir por la indiferencia que transmite. Sé que no estamos juntos, pero ¿significa eso que puede simplemente desconectar sus sentimientos hacia mí? ¿De verdad no le importo ya?

Y ¿cómo puede hacerlo? Yo ya tengo otro compañero, joder, pero él me sigue importando. Sí, las cosas son algo distintas entre nosotros. Y, sí, tengo sentimientos algo confusos crepitando en mi interior por Hudson. Pero eso es cosa del vínculo, no mía.

Yo, Grace Foster, la chica dentro de la gárgola, sigo enamorada de Jaxon. Lo siento cuando lo miro, lo siento cuando me toca. De modo que... ¿cómo puede ser posible que él no sienta lo mismo?

Decido que no es posible mientras la señorita Virago nos habla con severidad a Hudson y a mí y nos asigna ese proyecto adicional que nos había prometido al comienzo de la clase. Puede que Jaxon esté ocultando sus sentimientos tras ese espantoso muro de frialdad, pero eso no significa que no estén ahí.

Y, una vez que nos hayamos reunido con la Sangradora, una vez que hayamos averiguado cómo romper el vínculo

entre Hudson y yo, todo volverá a la normalidad. Tiene que hacerlo.

Porque de no ser así... no sé qué va a ser de nosotros.

20

Tú eres el chiste

El resto del día transcurre entre clases y trabajos, más clases y más trabajos, hasta que me entran ganas de mandarlo todo a la mierda. De modo que cuando recibo un mensaje de Flint en el que me pregunta si quiero ir a volar con él, me siento muy tentada. Muy muy tentada. Hace más de una semana que no vuelo, y estoy deseando estirar las alas.

Pero huir del montón de deberes que tengo sería algo completamente irresponsable, por no hablar de que solo conseguiría que se me acumulase más faena. Y una cosa es ahogarse a causa de las circunstancias, y otra muy distinta es hacerlo por tomar malas decisiones. Quedan menos de dos meses para la graduación. Puedo hacer lo que sea en ese corto espacio de tiempo, incluso cantidades ingentes de deberes de Filosofía.

Lo siento, no puedo. Estoy ocupada con el proyecto de Ética.

En respuesta, Flint me envía un GIF de un niño llorando. Le respondo con otro de una niña que llora con más ganas todavía.

Que estudies mucho, chica nueva.

Intenta no estamparte contra una montaña, dragoncito.

Típico de él, responde con un avión de papel que se estampa y arde.

Aunque a una parte de mí le encantaría pasarse toda la tarde intercambiando GIF con Flint, este proyecto no va a hacerse solo. Así que guardo el móvil en el bolsillo delantero de la mochila, me quito el uniforme y me pongo unos pantalones de chándal negros y la camiseta de Notorious RBG que me regaló mi madre cuando cumplí los diecisiete.

Cojo una manzana y una lata de Dr Pepper antes de salir y me dirijo a la sala de estudios de la segunda planta, donde se supone que he quedado con Hudson. Pero apenas llevo medio pasillo recorrido cuando Mekhi sale a toda velocidad de su habitación y viene directo hacia mí.

—¡Ay, mierda! —Me agarra de los hombros y evita que salga disparada contra la pared más cercana... Es lo que tiene interponerse en el camino de un vampiro con una misión—. Perdona, Grace. No te había visto.

—Vaya, y yo que pensaba que pretendías romperme un par de costillas —bromeo.

—¿Y meterme en la lista de enemigos de los Vega? —Finge estremecerse de forma exagerada, aunque sus

cálidos ojos castaños ríen cuando continúa—: Acabo de recuperar mi cuello, gracias.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya, como si tuvieras que preocuparte mucho por Jaxon y Hudson.

—Si te hago daño, sí —dice, y aunque sigue sonriendo, su tono es cien veces más solemne ahora—. Y tú también. Tienes que tener cuidado, Grace.

—Eso intento. Pero, por si no te habías dado cuenta, es difícil saber qué está pensando cualquiera de los dos en un momento dado.

—Jaxon te quiere —afirma Mekhi.

—¿En serio? —Niego con la cabeza—. Porque estos últimos días no he estado tan segura.

—Está dolido.

—Ya, bueno. Yo también. Pero cada vez que intento hablar con él, solo empeoran las cosas. Me trata como si… —Dejo la frase a medias y suspiro, sin saber qué es exactamente lo que quiero decir. O, para ser sincera, sin saber si quiero decirlo.

Pero está claro que Mekhi no se anda con remilgos.

—¿Como si ya te hubieses ido?

Dejo caer los hombros.

—Sí.

Aparta la mirada y no dice nada más durante lo que se me antoja una eternidad. Pero cuando por fin vuelve a mirarme los ojos, su expresión es tremendamente seria.

—Tal vez deberías pensar en por qué lo hace. —Me dispongo a explicarle que justo es ahí adonde voy: no sé por qué. Pero antes de que pueda hacerlo, envuelve mis

hombros en un abrazo y añade—: Las cosas saldrán como tienen que salir. Solo tienes que darle tiempo al tiempo.

Empiezo a sermonearlo por lavarse las manos de mala manera, pero tan solo me mira con compasión y sale despedido en la dirección contraria a la mía.

Putos vampiros. Nunca sabes a qué atenerte con ellos.

No cambiaría el ser una gárgola por nada. Bueno, tal vez por recuperar a mis padres. Pero mentiría si dijera que no pienso en lo mucho más sencilla que era mi vida antes de saber que los vampiros existían. Antes de conocer a los dos vampiros más atractivos, opuestos y difíciles del mundo entero. Probablemente del universo incluso.

Pese a todo, no puedo dejar de pensar en lo que Mekhi me ha dicho de que tenga cuidado… con Jaxon y Hudson. Y lo entiendo. Porque a una minúscula parte de mí le aterra que podamos destruirnos los unos a los otros antes de que todo esto haya acabado.

Tal vez sea eso lo que me lleva a sacar el móvil y escribirle a Jaxon.

¿Qué le dice una momia a otra?

Espero un minuto a ver si contesta, pero no lo hace, así que prosigo mi camino hacia la sala de estudios. Hacia Hudson.

No está, cosa que quizá debería haberme imaginado, ya que he llegado diez minutos antes. Pero, no sé. Supongo que estoy tan acostumbrada a tenerlo en la cabeza todo el tiempo que espero que esté siempre donde necesito que esté. Y sé que es absurdo y que es un hábito que debería romper.

Me instalo en la única mesa abierta y me como la manzana mientras reúno un puñado de información sobre la ética de Platón, Sócrates y Aristóteles. La señorita Virago nos ha asignado los filósofos (y, al parecer, tiene fijación con los antiguos griegos), pero nosotros hemos de elegir la cuestión ética que queremos analizar desde el punto de vista de los tres antes de decidir quién creemos que tiene razón.

Se me han ocurrido un par de ideas y las estoy anotando cuando Hudson por fin aparece.

—Perdona —dice mientras se sienta en la silla que está frente a mí—. Pensaba que aún no habrías llegado.

—Habíamos quedado a esta hora, ¿no?

Levanto la vista con una sonrisa y vuelvo a centrarme en mis notas. No quiero que se me pase la idea que me está surgiendo.

—Cierto. Pero… —Deja la frase a medias.

—¿Qué? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Nada, da igual.

Levanto la vista de nuevo, pero me está observando de una forma extraña. Tanto que dejo el boli y le mantengo la mirada.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro.

Aun así, mi pregunta parece haberlo cogido desprevenido y no entiendo por qué.

—¿Seguro? —insisto al ver que no dice nada más, cosa que es rara en él, por otro lado. Dios sabe que por lo general palabras no le faltan. Pero, después del día que he

pasado, la verdad es que no estoy de humor para intentar adivinar qué narices le sucede, de modo que simplemente enarco las cejas y le vuelvo a preguntar—: ¿Qué está pasando, Hudson?

—Nada. —Esta vez en su tono hay algo más de garra, y siento un gran alivio. Sé cómo tratar con este Hudson. Con el otro, el más blando..., no tengo ni idea—. ¿Por qué?

—No sé. Estás... raro.

—¿Raro? —Levanta una ceja, arrogante—. Yo nunca estoy raro.

Suelto una risita. Este es el Hudson que yo conozco.

—Da igual. Venga, empecemos con el trabajo.

—Para eso estamos aquí. —Saca su portátil y un cuaderno de notas—. ¿Tienes alguna idea o alguna pregunta que quieras que comentemos?

Le expongo mis ideas y, tras unos minutos de debate, optamos por el efecto mariposa: ¿es ético cambiar algo en el tiempo, pese a tener buenas razones, si sabes que eso cambiará otras cosas más adelante, tal vez de un modo no tan positivo?

Él se queda con Sócrates y yo con Aristóteles, y decidimos hacer juntos la parte de Platón.

Encuentro un artículo sobre *Acerca del alma* de Aristóteles y empiezo a tomar notas de cosas que nos podrían servir. Resulta bastante interesante, y estoy tan centrada en él que apenas presto atención cuando Hudson se aclara la garganta y dice de repente:

—Nunca nadie me había preguntado eso.

Justo estoy escribiendo algo, así que no levanto la vista cuando digo:

—¿El qué?

—Si estoy bien.

Al principio no registro su respuesta, pero cuando lo hago mi cerebro se desconecta. Simplemente deja de funcionar durante un par de segundos.

Pero entonces levanto la vista y Hudson está justo ahí, con el rostro abierto y su mirada oceánica y, por un momento, se me olvida cómo respirar. No solo por la forma en la que me está mirando, sino también porque por fin asimilo el peso de sus palabras y lo que significan.

Este conocimiento carga el ambiente entre nosotros, me acelera el corazón de forma desenfrenada y hace que se me erice el vello de la nuca. Y, pese a todo, soy incapaz de apartar la mirada de la suya. No puedo hacer nada más que perderme en las infinitas profundidades de sus ojos.

—¿Nadie? —Me obligo a expulsar las palabras de mi garganta demasiado constreñida.

Niega con la cabeza y se encoge de hombros, y así, sin más, me destruye.

Siempre he sabido que su vida ha sido un infierno. He visto algunos fragmentos de ella y he sacado conclusiones a partir de lo que no decía. Incluso he conocido a las personas horribles que tienen la poca vergüenza de llamarse sus padres. Pero nunca me había parado a pensar, al menos no así, en que Hudson jamás había tenido a nadie en sus más de doscientos años de existencia que se preocupase por él. Alguien a quien de verdad le importase su persona, y no lo que podía hacer o lo que podía sacar de él.

Es un pensamiento horrible, y se me parte el corazón.

—No —dice con tono áspero.

—No ¿qué? —pregunto, y de alguna manera tengo la garganta todavía más cerrada que antes.

—No te compadezcas de mí. No te lo he dicho por eso. —Está claro que se siente incómodo, pero no aparta la mirada, y yo tampoco.

No puedo.

—Esto no es compasión —respondo por fin—. Jamás podría compadecerme de ti.

Algo se mueve tras sus ojos; algo que se parece muchísimo al dolor.

—¿Porque soy un monstruo?

—Porque lo has logrado. —Busco su mano de forma impulsiva y, en cuanto nuestra piel se toca, un intenso calor me invade—. Porque eres mejor que ellos. Porque, hicieran lo que hiciesen, no pudieron contigo.

Me aprieta la mano con fuerza, entrelaza sus dedos con los míos y nos quedamos así, cogidos.

Es mucho más agradable de lo que esperaba, más de lo que debería serlo, pero no me aparto. Él tampoco lo hace y durante un minuto todo desaparece: los alumnos que nos rodean, el proyecto para el que ninguno de los dos tiene tiempo, que toda esta situación es un auténtico lío… Todo desaparece y, durante este momento en el tiempo, estamos solo nosotros y esta conexión que no tiene nada que ver con el vínculo, sino con nosotros.

Al menos hasta que en mi móvil, que está en la mesa a mi lado, empiezan a sonar varios mensajes de texto, haciendo añicos nuestra frágil paz.

Hudson es el primero en apartar la mirada, y la dirige al móvil que vibra. Y el momento desaparece.

—Tengo que irme —me dice mientras retira su mano de la mía y se aparta de la mesa.

—Pero si aún no hemos terminado...

—Tenemos una semana. Podemos hacerlo el sábado —dice de forma apresurada y mete a toda prisa sus cosas en la mochila.

—Ya, pero me había despejado toda la tarde. Pensaba...

—La biblioteca cierra dentro de unas horas, y quiero investigar un poco más sobre los vínculos. Anoche leí algo bastante interesante, y quiero profundizar en ello un poco más ahora que aún lo tengo fresco.

—¿De qué se trata? —pregunto totalmente desconcertada ante esta brusquedad tan repentina.

—Sobre la gente que ha intentado romperlos antes. —Da media vuelta y se marcha sin volverse ni una vez siquiera.

Noto mis latidos en los oídos. ¿Por qué me duele tanto ver otra demostración de lo ansioso que está por romper nuestro vínculo?

Pero, bueno. Obviamente puede hacer lo que le dé la gana. Solo me gustaría saber por qué tiene que hacerlo ahora, cuando deberíamos estar trabajando en este estúpido proyecto.

A la mierda. Me levanto y recojo mis cosas. Si Hudson puede trabajar en otros asuntos, yo también. Tengo un millón de proyectos distintos que entregar antes de que acabe el curso.

Y es cuando cojo el móvil para guardarlo cuando recuerdo que alguien me había escrito. Ojeo la pantalla

bloqueada, imaginándome que será Macy o el tío Finn, o puede que incluso Heather, con quien llevo un par de días sin hablar. Pero no es ninguno de ellos.

Es Jaxon. Y ha respondido a mi chiste.

21

Detesto los cambios que has hecho aquí

Echo de menos mi corazón.
¿Y el resto de mis órganos?

Se me escapa el móvil de las manos en mis ansias por desbloquearlo. Y sí, ya sé que es ridículo. Me ha tenido más de una hora esperando, pero eso ahora da igual. Lo único que importa es que me ha contestado. Tal vez no me odie después de todo.

Enróllate, tía.

Supongo que pasará otra hora antes de que vuelva a contestarme, si es que lo hace. Pero resulta que me equivoco, porque me responde de inmediato, mientras estoy cerrando la cremallera de mi mochila.

Estás bajando el nivel.

No todos los chistes son buenos.

Eso parece.

No es que se esté mostrando muy comunicativo, pero al menos no pasa de mí. Así que, dando por hecho que eso es un indicador tan bueno como cualquier otro, decido forzar mi suerte.

¿Podemos vernos unos minutos?
Quiero hablar contigo.

Pasan varios segundos que me parecen horas hasta que por fin obtengo su respuesta.

Sí, estoy en la torre. Sube.

No es una respuesta demasiado entusiasta, pero es más de lo que esperaba, de modo que la cuento como una victoria. Después, prácticamente salgo corriendo hacia la puerta mientras le envío un último mensaje para decirle que voy de camino.

Subo los escalones que llevan a la torre a toda velocidad, de dos en dos y, a veces, de tres en tres. Cuando llego al último tramo estoy sin aliento, pero me da igual. Tiene que haber un modo de arreglar las cosas con Jaxon sin herir a Hudson en el proceso. Tiene que haberlo, y estoy segura de que todo gira en torno a hacerle a la Sangradora algunas preguntas importantes. Y en exigirle respuestas.

Espero un segundo para recuperar el aliento antes de entrar en la antecámara de la torre. Me quedo parada en cuanto veo la estancia. Está todo cambiado.

Normalmente hay muebles dispuestos que te invitan a sentarte y montones de estanterías llenas de libros y de velas y otros pequeños chismes. El arte cuelga de las paredes, hay pilas de libros por toda la habitación y un

armario lleno de barritas de muesli, Pop-Tarts y chocolate, solo para mí.

Es mi lugar favorito del castillo, el lugar en el que puedo acurrucarme con un *snack*, un libro y el chico al que amo. ¿Qué más necesita una chica?

Pero ese cuarto de la torre que tanto me gustaba se ha transformado. Ahora es oscuro y tétrico, tanto como las mazmorras en las que Lia casi me sacrifica.

Los libros han desaparecido, el mobiliario ha desaparecido y la única obra de arte que queda (un Monet original) tiene un agujero gigante en el centro. En lugar de los muebles hay ahora equipamiento para entrenar. Montones y montones de máquinas. El centro de la estancia lo domina un banco con un montón de pesas pesadas instaladas en la barra. En un rincón pende un saco de boxeo enorme que Jaxon debe de usar bastante, a juzgar por el deteriorado estado de las paredes que lo rodean.

También hay una potente cinta andadora pegada a la pared y una bicicleta estática cerca de la ventana.

Esta habitación no tiene nada que ver con Jaxon, nada en absoluto, y todo dentro de mí tiembla de espanto al observar la nueva decoración.

A ver, no son las máquinas de entrenamiento lo que me disgusta tanto, aunque Jaxon suele ejercitarse saliendo a correr al aire libre. Es que este espacio, que siempre me había parecido una ventana al alma de Jaxon, ha sido destruido. No queda nada del chico del que me enamoré aquí, nada de quién es o de lo que le importa, y lo odio.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

Debo de hacer algún ruido, o tal vez Jaxon haya pensado que ya debería haber llegado, porque de repente la puerta de su cuarto se abre. Alcanzo a ver el interior un momento antes de que vuelva a cerrarla al salir, y su dormitorio parece tan vacío como esta habitación. Sin la batería en un rincón, sin pilas de libros. No hay nada más que su cama, con sus sábanas y su edredón negros.

Quiero preguntarle qué ha pasado, pero entonces veo que lleva una bolsa de deporte y todo lo demás se me va de la cabeza.

—¿Adónde vas?

Enarca una ceja ante la beligerancia de mi voz, pero no responde. Solo deja su bolsa negra (cómo no) cerca de lo alto de las escaleras y dice:

—¿Para qué querías verme?

—No has respondido a mi pregunta.

Ahora levanta las dos cejas mientras se inclina hacia atrás y se cruza de brazos.

—Ni tú a la mía.

No le contesto, y tengo la mirada fija en la bolsa de deporte. Puede que sea algo ingenuo teniendo en cuenta que nos hemos dado un respiro o lo que sea, pero no me puedo creer que Jaxon se vaya a marchar del Katmere para ir a saber dónde (con equipaje) y que ni siquiera pensara decírmelo.

—¿Iba a despertarme mañana y tú ya te habrías ido? —pregunto, y detesto lo pequeña que suena mi voz de repente.

—No seas dramática, Grace. —Su voz es fría como el hielo—. No me voy para siempre.

—¿Y cómo iba a saberlo? —Levanto las manos haciendo un gesto que engloba toda la habitación mientras me vuelvo trazando un lento círculo—. ¿Cómo se supone que tengo que saber nada de ti ahora?

—No lo sé. —Sus ojos destellan con ira—. Tal vez si pasaras menos tiempo con Hudson tendrías una idea de lo que hacen los demás.

Sofoco un grito.

—Eso no es justo. Estoy intentando compensar mi ausencia con trabajos para poder graduarme, y lo sabes.

—Tienes razón, lo sé. —Cierra los ojos, y cuando los abre de nuevo la ira ha desaparecido, pero también el resto de las emociones. Por segunda vez hoy, no puedo evitar pensar que es como mirarlo a los ojos aquella primera vez, cuando no había absolutamente nada entre nosotros—. Lo siento.

Se dispone a hacerme un gesto para que me siente, y veo cómo cae en la cuenta de que ya no hay ningún sitio donde pueda hacerlo. De repente el cansancio se apodera de él y se lleva la mano al pelo mientras pregunta tranquilo:

—¿Qué necesitabas?

—Mañana voy a ver a la Sangradora…

—¿A la Sangradora? —dice totalmente alarmado—. ¿Para qué vas a ir allí?

—Hudson y yo esperamos que pueda romper nuestro vínculo. Queremos que nos acompañes.

Me lanza una mirada de escepticismo.

—¿Hudson quiere que os acompañe?

—Yo quiero que nos acompañes. Me da igual lo que quiera Hudson.

Jaxon se me queda mirando, como si estuviese buscando algo en mi rostro. Pero, justo cuando empiezo a pensar que lo he conseguido, que va a acceder a venir, dice:

—Deberías dejarlo correr, Grace. Deberías dejarme ir.

—No puedo. —No tengo nada que añadir, así que aguardo, con la esperanza de que él sienta lo mismo.

Pero solo niega con la cabeza.

—Ya tengo planes.

—Planes. —Miro de nuevo la bolsa de deporte que podría ser perfectamente otro elefante en la habitación.

Suspira.

—Tengo que ir a la Corte Vampírica este fin de semana.

—¿A la Corte Vampírica? —Es lo último que esperaba oír, y más después de todo lo que pasó durante el desafío del Ludares—. Pero ¿para qué?

—Alguien tiene que vigilar a Cyrus después de la hazaña de Hudson. Puede que no me criara, pero mi padre es lo bastante predecible como para saber que no va a dejar pasar lo que sucedió en ese campo.

—Todos lo sabemos. Pero ¿qué tiene que ver eso con que vayas a casa?

—La Orden vendrá conmigo. Esperamos que entre todos podamos averiguar qué está planeando.

—Creía que tenía una guerra planeada —le digo—. Eso es lo que dice todo el mundo.

—No creerás que Cyrus se va a limitar a aparecer de repente con su leal ejército de lobos y vampiros convertidos, ¿verdad?

Pienso en todo lo que he oído desde el desafío, no solo por parte de Jaxon y de Hudson, sino también del tío Finn,

de Macy, de Flint y... de todo el mundo, vaya.

—Pensaba que era para eso para lo que nos estábamos preparando.

—Y así es. Pero no va a venir a por nosotros directamente. Aún no. No si tiene que enfrentarse a Hudson, a ti y a mí, además de a Flint y a toda una horda de otros paranormales poderosos.

—Entonces ¿qué crees que va a hacer? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

—Intentará matar dos pájaros de un tiro. —La expresión de su rostro me provoca escalofríos de la variedad no demasiado buena—. Si crees que va a dejar estar lo que hizo Hudson en ese estadio, está claro que no tienes ni idea de hasta dónde llega la megalomanía de Cyrus. Y ¿qué mejor manera de herir a Hudson y de equilibrar la balanza de la batalla que está por llegar que destruyendo a su compañera?

—¿A mí? —grazno—. ¿Crees que viene a por mí?

—Sé que viene a por ti —me dice con una voz tan fatal que doy un paso hacia atrás, aunque sé que Jaxon jamás me haría daño—. Y no pienso permitir que eso suceda.

Esta vez, cuando nuestras miradas se encuentran, veo algo en sus ojos que no estaba ahí antes. Algo crudo, real y poderoso. Y entonces lo sé. A Jaxon aún le importo. Aunque sea un poco.

Puede que no quiera que sea así, pero es la verdad. Es más, está decidido a cuidar de mí a su manera, aunque eso signifique apartarse para que pueda estar con Hudson o protegerme del sociópata de su padre.

Se me parte el corazón por él, por nosotros, por lo que fue y lo que podría haber sido. Por lo que todavía podría ser si todos jugásemos bien nuestras cartas.

Después, como sé que no va a haber forma de convencerlo de lo contrario, lo rodeo con los brazos y susurro:

—Ten cuidado.

Me devuelve el abrazo durante una, dos, tres respiraciones y después se aparta.

—Tengo que irme. La Orden me está esperando.

Recoge su bolsa y empieza a descender las escaleras.

Lo sigo. Hay tantas cosas más que le quiero decir, y tantas cosas que ya no tengo el derecho a decirle… Y todas me arden en la punta de la lengua, pero al final me decido:

—Por favor, Jaxon, no cometas ninguna imprudencia.

Se vuelve para mirarme y en ese momento todo está ahí, en sus ojos. El amor, el odio, la pena, la alegría. Y el dolor. Todo el dolor. Pero, pese a todo, me lanza esa sonrisa torcida de la que me enamoré hace meses y susurra:

—Me temo que ya es tarde para eso.

Cierro los ojos y el corazón se me parte de nuevo. Cuando vuelvo a abrirlos, ya no está.

Mientras bajo las escaleras y me dirijo a mi habitación, no logro deshacerme de la angustiosa sensación de que esta es la última vez que Jaxon me ha mirado de esa manera, como si le importase. O, peor aún, como si le importase algo.

22

Pasión por viajar

Mi despertador suena a las cuatro de la madrugada siguiente, pero ya estaba despierta, estudiando un mapa topográfico de Alaska. Lamentablemente no hay ninguna X que señale la ubicación de la cueva de la Sangradora, lo que significa que voy a tener que tirar de memoria (cosa que no sé si servirá de mucho, ya que fue Jaxon quien nos trasladó allí la última vez y yo simplemente me dejé llevar).

Contaba con que esta vez nos guiase de nuevo, pero eso no va a pasar, ya que está en Londres. Y puesto que Hudson nunca ha estado allí de forma corpórea, tendré que guiarme por mis recuerdos y por el mapa del terreno para encontrar la cueva otra vez. Coser y cantar.

Sé que está a varios cientos de kilómetros de distancia, y sé que partimos en dirección nordeste, pero giramos en alguna parte. Ojalá recordase dónde... o cuánto tiempo tardamos en llegar allí.

Mi móvil vibra. Lo cojo, dispuesta a responderle a Hudson que puede volverse a dormir porque no vamos a salir hasta que tenga el camino claro. Pero el mensaje no es suyo.

Escríbeme si os perdéis.

También me envía varias capturas de Google Earth y ha trazado un camino en rojo a través de las montañas y de la nieve en deshielo. Y, afortunadamente, en la última imagen ha señalado con una X gigante el lugar donde debería encontrarse la cueva de la Sangradora, así como instrucciones para eliminar las salvaguardas.

Gracias. Gracias. GRACIAS.

No cometas ninguna imprudencia.

Ya es tarde para eso.

Me lleva un par de minutos trazar el camino que me ha dado en el mapa, por si acaso me quedo sin batería mientras estamos en mitad de la montaña. Después me visto, lo cual es algo digno de ver, como siempre.

Estamos en abril ya, de modo que las temperaturas por fin están por encima de cero generalmente (menos mal), pero tampoco muy por encima. Lo que significa que sigo necesitando leotardos, *leggings*, pantalones de esquí y varias capas de arriba y de calcetines, y, por supuesto, mi abrigo acolchado rosa eléctrico. No paro de pensar en comprar uno nuevo, pero creo que no merece la pena; no si con ello hiero los sentimientos de Macy, que bastante está sufriendo ya.

Cojo mi mochila para las excursiones (también rosa eléctrico por cortesía de mi prima) y meto unas cuantas botellas de agua, unas barritas de muesli y unos cuantos paquetes de frutos secos surtidos. Por último, guardo el termo grande de sangre que conseguí anoche en la cafetería para Hudson.

Sé que probablemente podrá beber cuando nos reunamos con la Sangradora, pero la última vez que los dos se encontraron no parecían llevarse muy bien. No estoy segura de que la anciana vaya a ofrecerle un refrigerio ni qué respondería él si lo hiciera. De modo que llevar el termo me parece la mejor opción, a menos que quiera ofrecerle a Hudson una de mis venas.

Me entran escalofríos solo de pensarlo, y no tengo claro si son del tipo positivo o negativo, pero mentiría si dijera que no recuerdo aquella noche en mi cama, cuando Hudson me pasó un colmillo imaginario por un lado de la garganta. Entonces me horroricé, pero ahora... me resulta mucho más interesante que antes.

Seguro que es cosa del vínculo, pero no puedo evitar preguntarme cómo sería. Es imposible que fuera tan intenso como lo era con Jaxon. No creo que nada pueda ser tan intenso, pero eso no significa que no tenga una pizca de curiosidad.

Alguien llama despacio a la puerta justo cuando cierro la mochila, y la distracción me saca de mis inapropiados pensamientos sobre Hudson. Macy sabe adónde voy, así que no me molesto en enviarle un mensaje, y por fin está durmiendo de verdad, por lo tanto salgo de la forma más silenciosa posible.

Hudson me espera en el pasillo con una mochila muy similar a la mía colgada al hombro, aunque la suya es azul marino y de Armani. Menuda sorpresa. Todo lo que lleva es de Armani, menos las botas aptas para el tiempo en Alaska. Y estoy segura de que si Armani las hiciera, también llevaría esas.

—¿Estás pensando en algo en particular? —pregunta mientras empezamos a recorrer el pasillo.

—No, ¿por qué?

—Por nada —responde—. Pero tienes las mejillas del mismo color que tu abrigo.

Sus palabras consiguen que me ruborice más todavía, principalmente porque temo que mis pensamientos de hace un momento estén escritos por toda mi cara. Menos mal que leer la mente no es uno de los poderes de Hudson...

—Yo no... No puedo... No es... —Me obligo a dejar de balbucear. Después inspiro hondo y lo intento de nuevo—. Solo estaba... haciendo ejercicio. Me pongo roja cuando lo hago.

Me mira raro.

—¿No estamos ya a punto de hacer un montón de ejercicio?

—Ah, eh... Sí. —Controlo la necesidad de golpearme la cabeza contra la pared más cercana, sobre todo porque me imagino que eso solo empeorará las cosas. Siempre he sabido que se me da mal mentir, pero al parecer se me da fatal. Pero ya lo he hecho, así que será mejor que salga del paso—: Es que quería calentar un poco.

—¿Calentar? —repite totalmente serio—. Vale. No quiero forzar nada. Como la verdad, por ejemplo.

No tengo nada que responder a eso, así que no lo hago. En lugar de ello, me pongo en marcha de nuevo y le pregunto por encima del hombro:

—¿Vienes o qué?

—¿No esperamos al príncipe Jaxon? —Se vuelve en dirección a la torre.

—No seas malo —le reprendo mientras llega a mi altura —. Y no. Tenía otros planes para el fin de semana, así que iremos solos.

—¿Otros planes? —Hudson enarca una ceja con escepticismo—. ¿Qué podría ser más importante para él que esta excursión?

—Va a Londres...

—¿Estás de coña? —Su acento es ahora cien veces más marcado que hace un minuto—. ¿Estás de puta coña? ¿En qué está pensando? El muy gilipollas...

Le pongo la mano en el brazo y espero a que sus furiosos ojos índigo me miren.

—Está preocupado por lo que Cyrus pueda estar planeando. Por nosotros dos.

—Ya, bueno, y yo también, pero no voy corriendo directo a la guarida de Cyrus como un imbécil, ¿verdad? —Está tan cabreado que, por primera vez, se adelanta y me obliga a seguirle casi corriendo para alcanzarlo—. Se cree muy listo. Se cree que va diez pasos por delante de los demás, pero no entiende nada. Cyrus sabe que es una amenaza. Sea su puto hijo o no, lo matará en cuanto se le presente la oportunidad. —Hudson rebusca ahora en su mochila y saca el móvil.

—Claro que lo entiende. Por eso ha ido, y por eso se ha llevado a toda la Orden consigo.

Hudson se detiene con el pulgar sobre el teléfono.

—¿Se los ha llevado a todos? ¿A Mekhi, a Luca, a Liam, a Byron y a Rafael?

—Sí, a todos. —Le pongo la mano en el brazo de nuevo, y me sorprendo al ver que está temblando ligeramente—. Yo también estoy preocupada, pero hablé con él. Sabe dónde se está metiendo.

—No tiene ni puta idea de dónde se está metiendo. —Los ojos de Hudson se han tornado de hielo—. Pero ya no puedo hacer una mierda al respecto, ¿verdad?

Aun así, envía un par de mensajes de texto rápidos. No espero que Jaxon le responda, no está en un buen lugar para hacerlo que digamos, pero para mi sorpresa Hudson recibe una respuesta inmediata.

—¿Qué dice? —pregunto.

—No le he escrito a él. —Teclea de nuevo.

—¿Cómo que no? Creía…

—Quería obtener respuesta, así que le he escrito a Mekhi. —Ve la pregunta en mis ojos y asiente—. Tienes razón. Jura que protegerá a Jaxon, y que saben perfectamente lo que están haciendo.

—¿Y le crees? —pregunto analizando su rostro con detenimiento.

—No me queda otra. —Guarda el móvil y cierra la mochila.

Inspiro hondo y exhalo lentamente.

—Supongo que con eso tendrá que bastar.

—Algo es algo —me dice, y empieza a bajar las escaleras sin decir nada más.

No volvemos a hablar hasta que salimos al exterior.

—Por cierto, tú sabes el camino, ¿no?

—Jaxon me ha enviado las coordenadas. Tengo el mapa en el móvil. Y tengo un mapa físico también.

Sonríe.

—Entonces ¿a qué esperamos?

—Pues a nada en absoluto —respondo, y rebusco en mi interior y agarro el cable platino.

23

Vive y deja volar

Hudson suelta un grito que no le pega nada mientras termino de transformarme en el aire. Y he de decir que mola mucho más hacer esto usando mi propio poder como gárgola que dejándome transportar por Jaxon.

Salgo disparada hacia delante varios metros y luego llamo a Hudson:

—¡Eh, lentorro! ¿Vienes o qué?

—Solo te estaba dando un poco de ventaja —responde con una sonrisa demasiado sexy para mi salud mental—. He pensado que te haría falta.

—¿Perdona? —Le lanzo una mirada de pura indignación. Como si la necesitase...—. El último en descender la montaña pierde.

—¿Ah, sí? —pregunta, y veo que ha decidido eliminar la ventaja y que está ya a mi altura. No se está

desvaneciendo, sino corriendo muy muy rápido—. ¿Y qué pierde? O, más concretamente, ¿qué gano yo?

—¿En serio? Está usted demasiado confiado, señor Vega —le digo. Después salgo disparada para demostrarle que no soy tan lenta como él se piensa.

Pero apenas tarda un segundo en alcanzarme.

—Solo estaba siendo sincero, señorita Foster —dice, y me sonríe justo antes de saltar por encima de una roca gigante—. Bueno, ¿cuál será mi premio?

Me río mientras hago una voltereta en el aire antes de descender en picado. No paro hasta que estoy unos centímetros por delante y por encima de él.

—El que pierda tiene que hacer el trabajo de Ética entero solo.

Alza una ceja.

—No es lo que tenía en mente, pero vale. —Solo para lucirse, da un salto por encima de mí—. Por ahora.

Hay algo en el modo en que dice esto último que hace que el estómago se me vuelva del revés. Pero antes de que intente adivinar a qué puede estar refiriéndose, me lanza un beso... y luego sale despedido en pleno modo desvanecimiento. El muy tramposo.

Salgo tras él volando cierto ángulo hasta que estoy por encima de los árboles. Y, después, aplico toda la velocidad que mis alas son capaces de alcanzar.

Por el suelo, Hudson corre entre los árboles, salta bancos de nieve y desciende barrancos rocosos y escarpados. Voy casi a su paso, pero me está costando más de lo que pensaba. Sé que los vampiros son rápidos, he visto a Jaxon y Mekhi desvaneciéndose, pero lo de Hudson es increíble.

Pese a la dificultad del reto, disfruto cada segundo. La primavera por fin está llegando a Alaska y, aunque la temperatura sigue rondando los cero grados, el paisaje comienza a cobrar vida a nuestro alrededor. Y es maravilloso.

Aquí muchos de los árboles son de hoja perenne, pero conforme nos acercamos a los pies de la montaña, las primeras capas de nieve ya han empezado a derretirse y comienza a asomar algo de verde. Además, desde aquí arriba puedo ver kilómetros de distancia, y en aquellos lugares donde la nieve ha empezado a deshacerse, donde los lagos vuelven a cobrar vida, están brotando flores silvestres.

Llamativas y hermosas, cubren el suelo con tonos rosa, amarillo, morado y azul. Una parte de mí quiere detenerse a olerlas (no he visto nada desarrollándose así desde que me fui de San Diego a principios de noviembre), pero si lo hago perderé seguro. Y no quiero perder. No solo porque no tengo el más mínimo interés en hacer ese dichoso proyecto de ética sola, sino porque además la idea de perder contra Hudson me hiere en el orgullo. No es por el hecho de perder contra un vampiro. Es por el hecho de perder contra él. No me he pasado toda nuestra relación intentando estar por encima de él como para dejar que me venza ahora, en nuestra primera competición real. De eso nada. Las flores tendrán que esperar.

Ya estamos casi al final de la montaña y Hudson ha desaparecido entre una arboleda muy por debajo de mí. Al principio no me preocupo mucho..., cuesta ver a alguien a

través de un bosque de píceas, sobre todo desde esta altura.

Pero cuando pasan varios minutos sin que vea asomar su chaqueta azul, empiezo a ponerme nerviosa. Muy muy nerviosa.

No porque crea que me ha adelantado y me preocupe perder (que también), sino porque estamos en la puta Alaska, donde puede suceder cualquier cosa en medio de la naturaleza.

Si te despistas un segundo, puedes acabar tendido al fondo de un desfiladero con una conmoción cerebral o una fractura abierta mientras un oso o una manada de lobos intentan devorarte.

O puede que un alce cabreado decida usarte como objetivo para practicar su golpe de astas.

O podrías acabar empalado en algún carámbano gigante al girar una curva...

La lista es interminable en mi cabeza, y se va volviendo más irracional a cada segundo que pasa. Sinceramente, Hudson es el depredador más peligroso de esta montaña, pese a toda la vida salvaje que alberga, y estoy segura de que se las apañaría muy bien con cualquier bestia.

Pero sigo queriendo verlo. Quiero asegurarme de que está bien y de que no ha tomado el camino equivocado en alguna parte. Porque si lo ha hecho, podría estar ya en mitad de Canadá o del Polo Norte a estas alturas, lo que significa que jamás llegaremos a la cueva de la Sangradora.

Es ese pensamiento y no la preocupación por Hudson el que me lleva a descender para poder ver mejor entre los

árboles, o al menos eso es lo que me digo a mí misma. Pero, por más bajo que vuelo, no veo señales de él.

Empiezo a preocuparme en serio y me preparo para descender casi hasta las copas de los árboles. Podría enviarle un mensaje para ver si responde. No hay muy buena cobertura aquí, pero no estamos muy lejos del Parque Nacional de Denali, así que tal vez...

Lanzo un grito cuando algo me golpea de repente en el costado y me arroja dando vueltas disparada hacia el suelo.

24

La bella y todas las bestias

Tengo una milésima de segundo para pensar en osos, pumas, lobos y linces mientras mi grito resuena por la montaña nevada antes de registrar que me están sosteniendo un par de brazos (muy) fuertes. Y que las vueltas que estoy dando ahora están controladas.

Hudson. No le había pasado nada, sino que se estaba escondiendo adrede, el muy capullo.

—¡Suéltame! —chillo mientras intento golpearlo con el puño en el hombro con todas mis fuerzas.

En mi forma humana sé que se limitaría a reírse de mis golpes, pero mi piedra de gárgola da unos puñetazos bastante más fuertes, y Hudson llega incluso a gruñir de dolor. Sin embargo, no me suelta. En absoluto.

—¡¿Qué haces?! —grito cuando por fin dejamos de girar.

—Autoestop —responde con una sonrisa maliciosa que de alguna manera logra ser extremadamente encantadora y

extremadamente sospechosa.

—¿No querrás decir «hacer trampas»? —le espeto.

—Supongo que todo depende de la perspectiva con la que se mire. —Noto su aliento caliente en la oreja y me provoca toda clase de sensaciones al instante. Sensaciones que no debo sentir por el hermano del chico al que amo, aunque hayamos roto.

—Teniendo en cuenta que eres tú el que se me ha acoplado, diría que mi perspectiva es la única que cuenta —refunfuño. Aun así, dejo de forcejear contra él. No porque me rinda, sino porque no hay otra manera de crearle una falsa sensación de seguridad. En cuanto nuestros pies rozan el suelo, no va a saber ni qué le ha golpeado.

Sin embargo, nunca llegamos al suelo. En lugar de eso, Hudson nos deposita sobre la rama más elevada de uno de los cedros más altos que hay a nuestro alrededor.

—Deja de golpearme —dice cuando estamos bien equilibrados en la rama—. O nos caeremos de aquí, y las gárgolas se rompen mucho más que los vampiros.

—¡Si quieres que pare, deberías soltarme! —respondo mientras forcejeo contra él, dispuesta a sacudirlo si tengo que hacerlo.

—Vale. —Me suelta de golpe y, por supuesto, empiezo a tambalearme a punto de caerme de la rama.

El hecho de que grite como una gallina y que me agarre a él como si me fuera la vida en ello es algo que ninguno de los dos va a olvidar en mucho tiempo. Él, porque eso significa que tenía razón. Yo, porque sé que no dejará que lo olvide.

Ahora estamos cara a cara, tan cerca que prácticamente respiramos el mismo aire, cosa que no está bien se mire por donde se mire. Hudson debe de sentir lo mismo, porque da un paso atrás. Pero esta vez mantiene una mano firme sobre mí para que no vuelva a pasarme lo mismo.

Si lo normal es que cueste mantener el equilibrio en una rama, siendo de piedra es casi imposible. Por eso digo: «¡A la mierda la gárgola!» y agarro el hilo platino.

Segundos después soy humana de nuevo, lo que me permite mantener el equilibrio mucho mejor. De hecho, me siento tan cómoda que me alejo un par de pasos de Hudson, hasta que apoyo la espalda contra el tronco del árbol.

Mientras lo hago me fijo por primera vez bien en Hudson desde que me ha agarrado. Y está… guapo. Muy guapo. Con el viento agitando su sedoso cabello castaño y un toque de color gracias al sol y el aire que besan sus mejillas por lo común pálidas. La sonrisa gigante tampoco duele, ni esa ligereza en sus ojos que jamás le había visto.

No sé si los cambios se deben solo a que estamos fuera y lo estamos pasando bien por lo que se me antoja la primera vez en una eternidad o si es porque por fin le falta poco para deshacerse de mí.

—Oye, ¿adónde te has ido? —pregunta, y la ligereza de sus ojos se nubla.

—Solo estaba pensando. —Sonrío, aunque me cuesta mucho más que hace unos momentos.

Junta las cejas.

—¿En qué?

No tengo una respuesta a esa pregunta, al menos no una que quiera compartir con él. De modo que, tras observarlo, digo lo único que se me ocurre:

—Supongo que me preguntaba por qué tienes una de las manos detrás de la espalda cuando no has tenido problema en agarrarme con ambas cuando me has atrapado en el aire.

—Ah, eso. —Sus mejillas cogen más color todavía.

Lo miro con recelo y me preparo para transformarme en gárgola de nuevo a la primera señal de otro truco sucio. Pero entonces saca la mano de detrás de su espalda y veo que lleva un pequeño ramillete de flores silvestres de todos los colores del arcoíris.

Me lo tiende con una tímida sonrisa y ojos atentos. Y me derrito.

—¿Has cogido estas flores para mí? —pregunto, y las acepto de buena gana.

—Me han recordado a ti —dice con tono irónico—. Sobre todo las que tienen ese color rosa tan intenso.

Pero estoy tan abrumada por el gesto (nadie había cogido flores para mí nunca) que ni siquiera reacciono ante la evidente provocación. En lugar de eso, entierro el rostro en las flores e inhalo el aroma de la primavera tras un larguísimo invierno.

Nunca nada había olido tan bien.

—Son increíbles —digo, y veo cómo desaparece la vacilación en su rostro. De forma impulsiva, le doy un abrazo—. Muchísimas gracias —le susurro al oído—. Me encantan.

—¿De verdad? —pregunta, y se aparta lo justo para poder verme la cara.

—Sí —respondo.

Sonríe.

—Me alegro.

De repente abre los ojos como platos y me estrecha fuerte contra él al tiempo que me da la vuelta.

—¿Qué…?

—¡Mira! —susurra, y señala hacia el enorme barranco sobre el que estamos.

Miro hacia donde está señalando y sofoco un grito porque, en el suelo, a apenas nueve metros de nosotros, hay una mamá oso pardo gigante con sus dos cachorros jóvenes. La madre está tomando el sol mientras observa cómo sus cachorros se pelean y se revuelcan jugando.

Se tiran de las orejas y se muerden la cola, pero en ningún momento sacan las garras cuando ruedan juntos por el suelo. Y descubro con deleite que los abrazos de oso existen de verdad.

Hudson se ríe cuando una de las crías tropieza con un árbol caído y cae rodando por el borde poco profundo del barranco, y el otro corre torpemente tras ella. Al ver que no regresan de inmediato, y en su lugar prefieren armar alboroto por las pendientes resbaladizas y rocosas, mamá osa ruge enfadada y se acerca a investigar.

Los oseznos acuden enseguida en cuanto les gruñe desde el borde del barranco y después los tres se alejan con pesadez.

—Eso ha sido… —Deja la frase a medias y sacude la cabeza.

—¿Increíble? ¿Alucinante? ¿Una pasada? —digo llenando los espacios en blanco por él.

No sé cuánto tiempo permanecemos ahí, admirando el impresionante paisaje donde las montañas cubiertas de nieve se encuentran con un cañón cubierto de florecillas silvestres.

El tiempo suficiente como para que los osos por fin desaparezcan alegremente de nuestra vista.

El tiempo suficiente como para ver un águila calva sobrevolar el cañón siguiendo una potente ráfaga de aire.

El tiempo más que suficiente como para caer en la cuenta de lo firme que es el cuerpo de Hudson contra mi espalda, mientras sus dedos descansan ligeramente en mi cintura por si tiene que cogerme en un momento dado.

Cuando el águila también desaparece de la escena, Hudson se aparta poco a poco de mí. Quiero protestar. Quiero agarrarle de las manos y retenerlo donde está unos minutos más. Solo un ratito. Se está tan tranquilo aquí arriba, en lo alto del mundo, admirando una tierra que el ser humano lleva siglos sin pisar... o tal vez toda la vida.

Es impresionante, pero también te llena de humildad. Me recuerda que, por muy graves que sean mis problemas, no son tan importantes si los consideramos desde un punto de vista global. El mundo ha girado durante mucho tiempo antes de nacer yo, y seguirá girando por mucho que dure nuestra inmortalidad..., siempre y cuando el cambio climático no lo destruya todo antes, claro.

—Deberíamos ponernos en marcha —sugiere, y mentiría si dijera que no me parece que suena tan reacio como estoy yo.

—Ya —respondo, y suspiro. Después le tiendo las flores—. ¿Me las puedes guardar en el bolsillo lateral de tu mochila? No quiero que se me caigan mientras vuelo.

No dice nada, pero parece encantado, ya que hace lo que le pido y cierra la cremallera del bolsillo con cuidado alrededor de los tallos para que las flores asomen. Sin embargo, se queda con uno de los tallos que tiene un montón de florecillas blancas.

Pienso en preguntarle qué va a hacer con él, pero las palabras se transforman en polvo en mi boca cuando se inclina hacia delante y, con suma delicadeza, me lo coloca entre los rizos revueltos por el viento que sobresalen de mi gorro.

—¿Cómo me queda la flor? —pregunto, y ladeo la cabeza para que pueda ver mejor su obra.

—Preciosa —responde, pero no está mirando las flores cuando lo hace. Me está mirando a mí... y, de alguna manera, eso lo mejora y lo empeora todo al mismo tiempo.

25

Sigue el camino empapado de sangre

El resto del trayecto hasta la cueva de la Sangradora transcurre sin incidentes. Se avecina una tormenta, lo noto en la humedad del ambiente que nos rodea, de modo que avanzamos rápido, sin más paradas para descansar.

Compruebo las indicaciones de Jaxon mientras vuelo y, tal y como era de esperar, son muy exactas. Lo que significa que llegamos a nuestro destino más rápido de lo que pensaba, y cuando estamos en el terreno helado que está directamente encima de la cueva, yo comiéndome una barrita de muesli mientras Hudson se bebe su termo de sangre, no puedo evitar preguntarme si deberíamos esperar un poco antes de intentar entrar. Es apenas mediodía, no sé si estará echándose una siesta… o tal vez disfrutando de un almuerzo especialmente fresco.

La sola idea hace que se me revuelva un poco el estómago al buscar la entrada a la cueva, pero las cosas son como son. Y puesto que este es ahora mi mundo, y sobre todo teniendo en cuenta que ya he tenido dos compañeros vampiros a estas alturas, debo empezar a acostumbrarme a todo esto de que beban sangre. O, si no llego a acostumbrarme, al menos sentirme lo bastante cómoda para no traumatizarme cada vez que me los imagino alimentándose de seres humanos.

—La entrada está por aquí —anuncia Hudson señalando una pequeña abertura en la base de la montaña. Puesto que ya ha comenzado el deshielo, afortunadamente ya no queda oculta tras un gigantesco banco de nieve como lo estaba cuando vine con Jaxon y es mucho más fácil encontrarla y, lo que es más importante, acceder a ella.

Me acerco hasta él, me agacho y me preparo para entrar en la cueva.

—¿Listo? —pregunto por encima del hombro.

Pero Hudson extiende la mano para detenerme.

—Te olvidas de las salvaguardas. Si no las bloqueamos primero nos freirán vivos.

El terror me invade al darme cuenta de que tiene razón. Le paso mi teléfono y le digo:

—Jaxon me ha enviado instrucciones de cómo eliminarlas aquí.

Hace unos cuantos movimientos complicados con las manos y después me coge las mías y dice:

—Venga, acabemos con esto.

Tira de mí hacia él y atraviesa conmigo la entrada de la cueva. No me suelta ni por un momento la mano mientras

empezamos a descender el empinado y resbaladizo sendero que nos llevará a la antecámara de la anciana. Me esperaba ver el mismo camino largo, complicado y ligeramente macabro de la última vez, pero en esta ocasión es distinto.

Porque en cuanto giramos la primera curva la tenemos delante, esperándonos, con sus ojos verdes furiosos y el ceño fruncido.

26

¿Por qué no puedes ser (B) positivo?

—A lo mejor no se me ha dado tan bien bloquear las salvaguardas como yo pensaba —me dice Hudson en un aparte mientras se coloca delante de mí. Es un movimiento que debería cabrearme. Soy una gárgola, después de todo, y muy capaz de defenderme sola.

Pero, bueno, la Sangradora es básicamente la vampira más anciana y más poderosa que existe. Algo me dice que ni siquiera necesitaría hacer uso de sus poderes si quisiera desangrarme... o romperme en mil pedazos.

De modo que, solo por esta vez, no me quejo de que intente protegerme. Además, desde esta posición puedo cubrirle las espaldas, por si acaso la mujer decide que quiere destrozarlo a él en lugar de a mí.

—Has desarmado las salvaguardas a la perfección, y lo sabes —le espeta la Sangradora—. Lo que hace que me

pregunte si Jaxon no habrá estado contando cuentos. —Su tono indica que lo pagará caro si es así.

Me dispongo a intervenir para defender a Jaxon, pero Hudson se me adelanta… y miente.

—¿De verdad crees que necesito la ayuda de mi hermano pequeño para atravesar unas tristes protecciones?

La mujer fija su mirada verde láser en la de él y no se parece en nada a la dulce abuelita con la que la confundí originalmente, sino más bien a la depredadora letal que es en realidad.

—Esas tristes protecciones son las más fuertes que existen.

Hudson ni siquiera parpadea y responde:

—Ups.

Se me sube el estómago a la garganta, pero la Sangradora no se mueve. Durante largos segundos ni siquiera estoy segura de que respire. Tan solo ladea la cabeza y lo analiza, como si fuera un insecto bajo la lente del microscopio y estuviera planteándose arrancarle las alas.

O preguntándose qué aspecto tendrá desangrándose en su cubo de sangre.

—Resulta interesante que me mienta, señor Vega —dice mirándolo fijamente—. Muy interesante.

Justo cuando empiezo a pensar que el título original de *Pena de muerte* hace referencia a mucho más que un título de un libro, su mirada demasiado brillante se desvía hacia mí. Y mi estómago pasa de la garganta a los pies.

—Grace, querida. Cuánto me alegro de volver a verte. —El sutil énfasis que pone en el pronombre «te» no nos pasa

desapercibido a ninguno de los dos.

—Lo mismo digo. —Le pongo la mejor sonrisa que soy capaz de esbozar teniendo en cuenta que estoy convencida de que es imposible que Hudson salga de esta cueva con vida.

—Acércate para que pueda verte, niña. Ha pasado demasiado tiempo. —Me tiende la mano.

Siento como si tuviera la boca llena de algodón, y la mente se me acelera pensando en la cantidad de veces que Jaxon me ha advertido que nunca, bajo ningún concepto, la toque. Que detesta que la toquen.

—Han pasado seis semanas —le espeta Hudson con tono seco antes de bloquearme cuando empiezo a salir de detrás de él.

—Como he dicho, demasiado tiempo.

La vampira sigue sonriendo y sigue tendiéndome la mano, pero ahora hay algo en sus ojos que me advierte que no tolerará mi desobediencia.

No es una buena forma de comenzar una visita, y menos cuando espero convencerla para que nos ayude. Pero ¿por qué quiere tocarme ahora? ¿Será un truco? ¿Una prueba? Bueno, si se trata de una prueba, decido, tengo todas las intenciones de superarla. Esta visita es demasiado importante.

Ahora es mi turno de lanzar una mirada de advertencia. Pero la mía va dirigida hacia Hudson cuando aparto su brazo de mi camino. Responde con un gruñido gutural, pero no intenta volver a bloquearme.

Lo adelanto, inspiro hondo y acepto la mano de la Sangradora.

Solo tengo un segundo para darme cuenta de que sus ojos son dos orbes verdes que forman remolinos cuando nos tocamos; después, me quedo helada cuando tira de mí para abrazarme, como si fuese algún familiar al que hace mucho tiempo que no ve. Me quedo superconfundida, esta no es la clase de relación que tuvimos la última vez, hasta que Hudson ruge y me doy cuenta de que este paripé no es para mí. Es para él. Mitad alarde, mitad amenaza y todo venganza.

—Pensaba que te había advertido de que él era el hermano peligroso —me susurra, y aunque lo dice en voz baja, sé que lo hace para que Hudson lo oiga.

Por otro lado, no se equivoca.

—Así es —respondo cuando me libera—. Pero ha habido ciertos acontecimientos.

—Acontecimientos. —Sus ojos brillan con interés—. ¿Y tienen estos acontecimientos algo que ver con el hecho de que mi Jaxon no esté aquí contigo?

Hudson resopla, no sé si por mi uso de la palabra *acontecimientos* o por su uso del pronombre posesivo al referirse a Jaxon. Pero siento un gran alivio cuando veo que no dice nada más… y cuando lo único que hace ella es enarcar una ceja en respuesta a su grosería. No es que sepa exactamente qué es lo que podría hacerle, pero no me sorprendería que lo fulminara o como se llame cuando un vampiro tan poderoso como ella desata su poder.

—Sí —me apresuro a responder, antes de que Hudson haga alguna cosa más que pueda ofenderla.

La mujer nos mira a ambos como si estuviese sopesando sus opciones. Al final, con un suspiro, regresa hacia las

profundidades de la cueva.

—Bueno, en tal caso será mejor que entréis, ¿no?

Empieza a descender por el sendero empinado y congelado que lleva a la antecámara y, tras intercambiar miradas, Hudson y yo la seguimos.

Mientras lo hacemos, me preocupa que la Sangradora resbale y se rompa la cadera o algo de camino a su salón. A mí me cuesta muchísimo desplazarme por este lugar, y soy mucho más joven que ella. Pero ella debe de hacer este trayecto con mucha más frecuencia de lo que imagino, porque nunca vacila, ni siquiera en los puntos más peligrosos.

Pese a todo, suspiro de alivio cuando por fin llegamos al nivel principal de la cueva. Atravesamos la puerta que recordaba y me preparo para lo que estoy a punto de ver. No voy a mentir, el cubo de sangre que vi la última vez todavía aparece en mis pesadillas de vez en cuando, y no me emociona demasiado la idea de volver a verlo.

Me digo que no debo mirar cuando empezamos a atravesar la antecámara en dirección a la puerta que lleva a las estancias principales, pero al final no puedo evitarlo. Y, cuando lo hago… ¡Ay, Dios mío!

No digo nada, pero debo de emitir alguna especie de sonido, porque tanto Hudson como la Sangradora se vuelven para mirarme. Hudson, alarmado; la Sangradora, con una especie de fascinación extraña que no tiene ningún sentido.

—No esperaba visita —dice con ligereza mientras nos guía por delante de los dos cadáveres humanos que cuelgan boca abajo de los ganchos del rincón. Tienen la

garganta abierta y se están desangrando en dos cubos enormes.

Sus palabras no son una disculpa, y lo entiendo. De verdad. Yo no me disculpo con nadie cuando entro en el supermercado y compro pechugas de pollo. ¿Por qué debería ser esto distinto? Aunque, bueno, en este caso se trata de dos personas muertas. Y yo normalmente, y por *normalmente* quiero decir *nunca*, llego a ver mi comida en ese estado tan natural.

Se me revuelve el estómago.

Hudson se coloca entre los cadáveres y yo, y me apoya la mano en la zona lumbar, imagino que en un intento de reconfortarme, pero solo consigue ponerme más nerviosa teniendo en cuenta que la Sangradora nos está examinando a ambos. Pero no me aparto.

Pasamos los cubos grandes y veo, no sin cierto espanto, que están a punto de desbordarse, y ella agita una mano para desbloquear la puerta que lleva a su apartamento principal.

—Sentaos, sentaos —dice mientras señala el sofá negro que está frente a una ilusión de un fuego crepitante—. Estaré con vosotros en un segundo.

Hudson y yo obedecemos, y no puedo evitar darme cuenta de que ha redecorado la sala desde la última vez que estuve aquí. Entonces el sofá era de un tono dorado y estaba frente a dos sillones orejeros de un color rojo intenso como las amapolas del cuadro que había sobre la chimenea. Ahora todo en la habitación es negro y gris con toques blancos. Incluso el arte que cuelga en la pared es en tonos grises, con solo un par de llamativos trazos rojos.

—Me gusta lo que has hecho en este lugar —le dice Hudson mientras nos acomodamos en el sofá—. Es muy del rollo… asesina en serie chic.

Le doy una patada fuerte, pero él solo pone cara de inocente, si no contamos el brillito malicioso en sus ojos.

Cuando la mujer por fin se dispone a sentarse en la mecedora negra que está frente al sofá, la Sangradora lleva una elegante copa de cristal llena de lo que imagino que debe de ser sangre. Se me cierra el estómago y creo que voy a vomitar. Lo cual es curioso: veo a vampiros bebiendo sangre en el instituto constantemente. ¿Por qué debería ser esto distinto?

Pero los vampiros del Katmere beben sangre de animales. Y los animales de los que procede no están colgados en un rincón del salón mientras ellos la degustan…

Durante un rato no dice nada. Solo nos observa por encima del borde de su copa. No puedo evitar sentirme como ese ratoncito de *El rey león*, cuando Scar lo coge y deja que corretee por su garra mientras todo el mundo ve que tiene su vida en sus manos.

Pero entonces pestañea, y se parece mucho a la vieja abuelita de nuevo. Sobre todo cuando sonríe y dice:

—Bien, queridos. Contádmelo todo.

27

Mentiras que unen

—Grace es ahora mi compañera —suelta Hudson, mientras yo sigo devanándome los sesos intentando decidir por dónde empezar.

—¡No me digas! —La Sangradora no parece demasiado sorprendida por la noticia, cosa que me alarma, al menos hasta que pregunta—: ¿Qué te hace pensar eso? —Y me doy cuenta de que no le cree.

Hudson levanta una ceja.

—El vínculo que nos conecta actualmente es un indicativo bastante claro.

Veo un destello de sorpresa en el rostro de la anciana, pero desaparece tan pronto como había venido. Mientras continúa estudiándonos con una mirada impasible, no puedo evitar preguntarme qué es lo que le sorprende, si el hecho de que Hudson y yo seamos ahora compañeros o el

de que él se niegue a arrodillarse ante ella y la trate como una igual.

Estoy segura de que no habrá mucha gente que lo haga, y por «no mucha», quiero decir nadie. Incluso Jaxon, a quien crio, la trata con deferencia y tal vez incluso con algo de miedo. Pero Hudson no. Y no sé si eso significa que es un insensato o si en realidad es tan poderoso como ella.

—¿Cómo es eso posible exactamente? —pregunta la Sangradora mientras bebe un sorbo de sangre—. Porque sé seguro que existe un vínculo entre Grace y Jaxon.

—Sí, y le diste un conjuro para que lo rompiera —le responde Hudson.

—¿Lo hice? —Bebe otro trago de su copa—. Me temo que no lo recuerdo...

—A tu edad, seguro que hay muchas cosas que no recuerdas —observa Hudson—. Pero intenta recordar esto, si no te...

—Cuidado con cómo me hablas —le interrumpe con la rapidez de la mordedura de una cobra. Pero después se recompone, recupera su modesta sonrisa y prosigue—: O esos dos desdichados excursionistas no serán los únicos a los que voy a desangrar hoy.

Hudson bosteza. Bosteza de verdad y ahora pienso que, efectivamente, no es que sea valiente, sino que es muy muy insensato.

En cuanto a la Sangradora, estoy segura de que está intentando decidir si desangrarlo o flambearlo.

—Bueno, y si de verdad le di el conjuro como dices que hice...

—Ah, se lo diste —le dice Hudson.

—Si lo hice —repite con una voz fría como el acero—, ¿no deberías darme las gracias —pregunta mirándolo con recelo— teniendo en cuenta que, después de todo, has salido beneficiado?

—¿Crees que debería estarte agradecido? —pregunta Hudson con los dientes apretados—. ¿Por joder nuestras vidas de esta manera? ¿Por destrozar a mi hermano...?

—Si decidió usar el conjuro, no entiendo por qué iba a estar destrozado.

—Él no lo usó —le explico intentando pasar por alto cómo me hacen sentir las palabras de Hudson. Sé que todo está jodido, y sé que no quiere ser mi compañero, como yo no quiero ser la suya, pero oírlo decirlo así... como si serlo fuera lo peor que le ha pasado en la vida... duele de un modo que no esperaba.

—Lo usó otra persona —dice Hudson—. Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? Lo que quiero saber es cómo conocías el conjuro para romper el vínculo en primer lugar.

—¿Qué importancia tiene? A menos que... —Nos observa con ojos calculadores—. A menos que hayáis venido porque queréis que rompa vuestro vínculo también.

—Eso es lo que queremos —le aseguro antes de que Hudson pueda añadir nada, en parte porque no quiero que la cabree y que fastidie esto, y en parte porque no quiero volver a oírlo decir lo horrible que es nuestro vínculo—. Y también queremos encontrar la manera de reparar mi vínculo con Jaxon.

—¿En serio? —La Sangradora mira a Hudson con ojos burlones—. ¿Eso es lo que queréis? ¿Remendar el vínculo

entre Grace y Jaxon uniendo los extremos y formando un bonito lazo?

Ahora soy yo la que los mira a ambos mientras un millón de corrientes subyacentes inundan la habitación. Me siento como una niña porque no soy capaz de comprender ninguna de ellas.

—Quiero que Grace y mi hermano sean felices —le dice con los dientes apretados.

—¿Y crees que lo serán si se repara su vínculo? —La mujer toma otro trago de sangre mientras lo observa por encima del borde de su copa.

—Antes lo eran —responde él.

—Lo eran —coincide ella—. Pero si realmente se quieren, ¿qué importa si hay un vínculo o no?

—Importa si el vínculo en cuestión la ha emparejado conmigo.

—Disculpad —interrumpo con una voz que es de todo menos amigable—. ¿Os importa que participe en esta conversación? Ya sabéis, teniendo en cuenta que estamos hablando literalmente sobre el resto de mi vida.

—Por supuesto, Grace. —La Sangradora es toda dulzura cuando me mira a mí—. ¿Qué es lo que quieres tú, querida?

Necesito todo mi autocontrol para no trabarme bajo el escrutinio de su mirada. Ten cuidado con lo que deseas y todo eso... Pero consigo tranquilizarme y digo:

—Quiero volver a ser la compañera de Jaxon. —Me aseguro de no mirar a Hudson cuando lo digo.

La Sangradora me estudia durante un rato, como si estuviera evaluando cuánta verdad hay en mi afirmación.

Sin embargo, al final se limita a sonreírme con tristeza mientras niega con la cabeza.

—Bien, en ese caso lamento decirte que tu viaje ha sido para nada. No puedo romper tu vínculo con Hudson. Y definitivamente no puedo reparar el que tenías con Jaxon.

—¿Por qué no? —imploro—. Ya lo hiciste una vez...

—Porque, Grace, querida, una vez que se han roto, algunas cosas nunca pueden arreglarse. —Me sonríe con compasión—. Solo supe cómo romper tu vínculo con Jaxon porque fui yo quien lo creó.

28

En la predicción meteorológica de hoy: congelación instantánea

El corazón me late frenéticamente en el pecho.

—¿Qué quieres decir con que tú lo creaste?

—¡Por eso era raro! —interrumpe Hudson, y sus ojos se llenan de espanto al caer en la cuenta—. Sabía que tenía algo extraño, verde entrelazado con negro. Pero... —Sacude la cabeza, como para despejársela—. Jamás habría imaginado que era porque nunca debería haber existido.

La Sangradora se encoge de hombros.

—Lo que debe ser y lo que no son conceptos en los que la gente con poder no suele pensar demasiado.

—Ya, bueno, pues deberían —le digo mientras todo el dolor, el miedo y la tristeza de las últimas semanas se acumulan en mi interior hasta que tengo la sensación de que estoy a punto de desgarrarme y hacerme trizas.

—Vamos, Grace. —Esta vez cuando sonríe veo las puntas de sus afilados colmillos—. Tú misma tienes bastante poder. Al igual que tu… —hace un gesto despectivo con la mano— compañero. ¿Me estás diciendo que nunca lo usas para beneficiar a la gente que te importa?

—¿Cómo crees exactamente que has beneficiado a alguien en esta puta situación? —exige Hudson—. Lo único que has conseguido es jodernos a todos. —Su acento es tan marcado cuando dice estos tacos que parecen palabras del todo distintas.

—No estaba hablando contigo —responde con una voz más gélida que el hielo que nos rodea.

—Ya, pues yo sí que te estaba hablando a ti. ¿Qué clase de monstruo juega a ser Dios con la vida de cuatro personas…?

—¿Cuatro? —interrumpo confundida.

Está tan ocupado fulminando a la Sangradora con la mirada que ni siquiera mira en mi dirección y sigue hablándole directamente a ella.

—¿Se te ha ocurrido imaginar que Jaxon puede tener un vínculo real en alguna parte? ¿Uno que ni siquiera se habría molestado en buscar porque ya estaba vinculado a Grace?

Sus palabras caen como piedras en el aire que nos rodea, y de repente se me olvida cómo respirar, cómo pensar, cómo ser. No puede ser. Esto no puede estar pasando. No puede ser.

Por primera vez la Sangradora parece furiosa. Una ira pura, sin adulterar, emana de ella cuando señala con un dedo a Hudson.

—¿Es el vínculo imaginario de Jaxon lo que te preocupa? —pregunta—. ¿O eres tú mismo?

—¡Ese es el problema de la gente que abusa de su poder! —ruge él—. No les gusta pensar en lo que han hecho. Y no soportan que nadie se lo eche en cara.

—¿No te parece que estás siendo un poco moralista, teniendo en cuenta que eres el hijo de Cyrus Vega? —le acusa, y ahora tiene los dientes completamente descubiertos.

Como Hudson.

—Precisamente porque soy su hijo reconozco el abuso de poder cuando lo veo —responde, y el modo en que levanta las manos hace que me pregunte si tiene intenciones de estrangularla.

La Sangradora suspira y hace un gesto desdeñoso con la mano, pero esta vez Hudson se queda helado. Se queda helado, a medio gruñido, con los ojos entrecerrados y las manos todavía en el aire.

—¿Qué has hecho? —quiero saber, y la acusación escapa de mi boca antes de pensármelo dos veces—. ¿Qué le has hecho?

—Está bien —me asegura—. Pero no iba a estarlo si seguía hablando, así que en realidad le he hecho un favor.

Ni siquiera sé qué se supone que tengo que responder ante eso, de modo que pregunto con cautela:

—¿Lo vas a descongelar?

—Por supuesto. —Hace una mueca—. Créeme cuando te digo que lo último que quiero es tener una estatua de Hudson Vega en mi casa.

—No es una estatua —le digo—. Es...

—Sé exactamente lo que es. Y estoy harta de ello. —Me hace un gesto invitándome a ocupar el asiento que está junto al suyo—. Me gustaría hablar un rato contigo. ¿Por qué no vienes y te sientas a mi lado?

Preferiría sentarme al lado de unos osos hambrientos antes que hacerlo junto a ella ahora mismo (o siempre), pero no tengo mucha elección. Además, quedándome donde estoy tampoco es que esté muy segura, si ha sido capaz de congelar a Hudson con un simple movimiento de la mano.

No quiero enfadarla y que nos acabe congelando a los dos, de modo que me dirijo de mala gana hacia la otra mecedora.

—¿Qué opinas sobre todo esto, Grace? —pregunta en cuanto me siento.

—No sé qué pienso.

Sigo mirando a Hudson, preocupada por él, deseando que se descongele. ¿Es esto lo que Jaxon, Macy y el tío Finn sintieron mientras yo estaba convertida en piedra todos esos meses? ¿Esta impotencia y este miedo tan atroz? Solo lleva así unos tres o cuatro minutos, y ya estoy de los nervios. No me quiero ni imaginar cómo tuvieron que pasarlo durante tres meses y medio.

—Recuerdo haber visto mi vínculo con Jaxon. —Pienso en aquella noche en la lavandería, en el hilo verde y negro que parecía tan distinto a los demás—. Entonces no me di cuenta de que tenía algo raro, pero echando la vista atrás sé que no era como ninguno de los demás hilos que tengo. Sobre todo ahora que he visto el vínculo que existe entre Hudson y yo.

—¿En serio, Grace? —dice con resignación al oírme hablar de Hudson y nuestro vínculo—. ¿No podrías haber elegido algo mejor?

—Me temo que no he tenido mucha elección en lo que respecta a nada de esto —le contesto—. Parece que todas las decisiones se han tomado por mí.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Pues me dan ganas de arrancarle la cabeza a alguien. —Una vez más hablo sin pensar, de modo que acabo reculando—. No la tuya, por supuesto. Es solo que…

—No suavices nunca lo que sientes, Grace. Reconócelo —me sugiere—. Úsalo.

—¿Como has hecho tú? —pregunto.

La Sangradora no me da una respuesta inmediata. En lugar de eso, me observa durante lo que me parece una eternidad, luego suspira y dice:

—Quiero contarte una historia.

—De acuerdo —digo, como si tuviera opción.

—Empieza antes de que tú nacieras —me explica—. Mucho antes, de hecho, pero por ahora nos centraremos en el pasado más reciente.

Bebe un largo trago de la copa y a continuación la deposita sobre la mesita de café que tenemos delante.

—Hace diecinueve años, un aquelarre de brujas vino a verme en medio de la peor tormenta de nieve que había habido en Alaska en casi cincuenta años. Estaban aterradas, desesperadas. Preocupadas por el destino de su aquelarre y del mundo, tanto el humano como el paranormal.

Ahora está mirando el fuego, y en su rostro veo más dolor que nunca.

—¿Qué querían? —pregunto al ver que no ofrece inmediatamente más información.

—Querían hallar el modo de traer a las gárgolas de vuelta. Habían pasado más de mil años desde que había nacido la última, y casi el mismo tiempo desde que una de ellas había habitado la tierra y, sin el equilibrio que nos proporcionan las gárgolas, el mundo paranormal se estaba descontrolando rápidamente. La cosa se había puesto tan fea que estaba afectando al mundo humano, y eso nos ponía en peligro a todos nosotros. O eso decían.

—Pero había otra gárgola viva —le explico—. La Bestia Imbatible...

—Lo descubriste, ¿verdad? —Sonríe—. Chica lista.

—Lo oigo en mi cabeza. Cuando estoy en peligro, me habla.

—¿Te habla? —Y así, sin más, vuelve a centrarse en mí y en sus ojos se instala ese tono verdoso tan escalofriante de nuevo—. ¿Y qué te dice?

—Me advierte. A ver, no me habla todo el tiempo, solo cuando estoy en peligro. Me dice que no haga algo o que no confíe en alguien.

—Vaya, vaya. —Frunce una ceja—. Eres una chica muy afortunada, Grace.

—Lo sé —le contesto, aunque en realidad no siento que tenga mucha suerte, y desde hace mucho mucho tiempo.

—Varias brujas y brujos vinieron a verme en ese aquelarre, incluido tu padre. Hablé con todos ellos, y también hablé con tu madre, que no era bruja, pero sabía

que tenía algo de magia en ella. Y supe al instante que tú serías de gran importancia para nosotros más adelante.

—¿Porque soy una gárgola? —pregunto a través de mi garganta ahora demasiado constreñida. No sé si es porque está hablando de mis padres o si es porque por fin me está diciendo algo sobre mí, aunque tengo la sensación de que me están dando gato por liebre. Como si estuviera visitando a uno de esos videntes que solo le dicen a la gente lo que quiere oír.

Chasquea la lengua con fastidio ante mi interrupción, pero continúa de todos modos:

—Por quién eres en realidad.

29

Menos abuela y más gran maestra

Espero a que diga algo más y, al ver que no lo hace, susurro:

—No sé qué significa eso.

Su sonrisa es serena.

—Tranquila, lo averiguarás.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con Jaxon y con mi vínculo?

—Accedí a ayudar a las brujas, pero les pedí un favor a cambio. —Suspira pesadamente.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—No lo entiendo. ¿Qué clase de favor?

—Que esta criatura que les prometí que llegaría, esta gárgola que tan desesperadamente querían y que albergaría tanto poder por derecho propio, sería la compañera de mi Jaxon… si ella así lo quería.

—Antes de que encontrase a mi verdadero compañero, quieres decir. —Apenas pronuncio las palabras, me invade el espanto y miro rápidamente a Hudson.

—No, estarías destinada a ser la compañera de Jaxon... hasta que os tocaseis y lo rechazases. —La mujer sonríe—. Pero no rechazaste el vínculo, ¿verdad?

Sus palabras nadan en mi cabeza buscando la orilla más cercana.

—¿Significa eso que Jaxon tampoco encontraría a otro compañero hasta que nos conociésemos?

Enarca ambas cejas.

—Por supuesto, querida. ¿Cómo si no iba a asegurarme de que tuvieses al menos una oportunidad de convertirte en la compañera de mi Jaxon si él ya se había vinculado con otra persona antes de conoceros?

Madre mía. Tengo ganas de vomitar. Si estaba en lo cierto y el chico al que Flint se refería aquel día, ese del que había estado enamorado toda su vida, era Jaxon... Eso significa que todo este tiempo a Flint se le partía el corazón pensando que él jamás lo escogería, cuando en realidad no podía hacerlo. Por mi culpa.

Cruzo los brazos alrededor de la cintura y siento que las paredes de la habitación se ciernen sobre mí mientras respiro de forma agitada.

—Entonces ¿era todo mentira? ¿Nada de lo que sentía por Jaxon era real?

—¿A ti te parecía falso? —pregunta, y se inclina hacia delante para darme unas palmaditas en la mano.

Pienso en sus ojos, en su sonrisa. En el modo en que me tocaba. Y parte de la presión que se me había acumulado

en el pecho empieza a relajarse.

—No. No me parecía falso en absoluto.

—Porque no lo era —me dice encogiéndose de hombros —. Las normas de los vínculos...

—¡Tú rompiste las normas!

—No. —Levanta un dedo enfático—. Yo hice algunas excepciones, pero no rompí ninguna regla. Creé un vínculo para vosotros, pero si no hubieseis estado receptivos... si Jaxon no hubiese estado receptivo, vosotros dos jamás habríais sido compañeros y habríais sido libres para encontrar a vuestras auténticas parejas. Así de simple.

A mí no me parece nada simple. Nada de esto me parece simple. Ni siquiera antes de que una nueva y terrible idea atraviese el cambiante caleidoscopio de mis pensamientos.

—¿Y si nunca nos hubiésemos conocido? ¿Habría pasado Jaxon el resto de su vida inmortal solo?

—Eso nunca habría ocurrido. Usé una magia antigua que atrae a aquellos que son tal para cual. Esta magia te atrajo inexorablemente hacia el Katmere, hacia Jaxon, desde el día en que naciste. —Algo cercano al cariño se refleja en sus ojos verdes.

Entierro la cabeza en mis manos y lucho por contener las lágrimas que amenazan con brotar. Pero no voy a hacerlo. No voy a llorar. No aquí y, desde luego, no ahora. No pienso darle esa satisfacción.

—Grace. —Su mano planea sobre mi brazo como si quisiera tocarme de nuevo, y sus ojos se enternecen más que nunca.

Ninguna de las dos cosas hace que me sienta mejor.

Me levanto de la silla y me dirijo hacia Hudson con la vaga idea de convencerla de que lo descongele ahora que parece que se ha suavizado un poco. Pero antes de que pueda hacerlo, la pregunta que he tenido desde el principio, la que lleva quemándome por dentro desde el momento en que ha admitido que ella fabricó el vínculo, escapa de mi boca.

—No entiendo por qué lo hiciste. No a mí, porque eso sí lo comprendo. Para ellos no era más que una necesidad, y para ti una moneda de cambio. Pero ¿qué hay de Jaxon? Tú lo criaste. Lo entrenaste. Él te quiere. ¿Por qué le hiciste algo así, algo que podía hacerle tanto daño?

—¿Recuerdas cómo era Jaxon antes de que lo conocieras? —pregunta la Sangradora.

Se proyecta en mi mente una imagen de sus ojos negros y gélidos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Se había cerrado mucho tiempo antes de que tú nacieras. Puede que fuese demasiado dura criándolo, o tal vez fue solo el producto de tener a esas dos personas como padres biológicos. No lo sé. Pensé que darle una pareja desharía parte de eso, o al menos lo compensaría.

»Y no era solo por él, ¿sabes? Se suponía que tú ibas a ser la última gárgola en existir, sin contar a esa pobre criatura de la cueva... —Se detiene durante un segundo para aclararse la garganta y terminarse la copa—. Sabía que necesitarías su protección. Que necesitarías el Katmere y todo lo que Finn y él pudiesen ofrecerte. —Me mira fijamente a los ojos cuando añade—: Lo hice por vosotros dos, Grace. Porque os necesitabais el uno al otro.

Una parte de mí siente la verdad en sus palabras y recuerda ese primer día en el Katmere en el que estaba tan perdida y sufría tanto. Y ese día vi que Jaxon se sentía igual que yo.

Ha dicho que necesitaba la protección del Katmere. ¿Significa eso que la Sangradora le habló a Lia de mí sabiendo que ella mataría a mis padres y que yo acabaría viniendo aquí?

Es una sospecha terrible, una sospecha que me hierve la sangre y me pone los pelos de punta, pero entonces me doy cuenta de que no le hacía falta hacer nada de eso. La magia de nuestro vínculo en realidad nos habría acabado atrayendo al final.

Me vuelvo y veo a Hudson, con su rostro perfecto congelado en el tiempo, y me pregunto solo por un momento si siempre hemos estado predestinados a ser compañeros. Si, en un mundo diferente en el que vampiros de miles de años de antigüedad no hicieran lo que quisieran, ¿habríamos estado hechos el uno para el otro igualmente?

Me froto el pecho y juraría que siento una nueva grieta resquebrajando mi ya maltrecho corazón.

Extiendo la mano hacia Hudson, buscando el alivio, el consuelo que siento cuando noto su piel contra la mía, aunque sea solo por un segundo. Pero en cuanto mis dedos lo rozan, algo milagroso sucede.

Sus dedos agarran los míos y aprietan, y sale del hechizo que lo ha tenido congelado e inmóvil durante los últimos quince minutos.

30

¿Quién necesita lo plausible teniendo la negación?

Me quedo mirando a Hudson con la boca abierta durante un segundo, totalmente asombrada de que haya conseguido salir de alguna manera del trance en el que lo había encerrado la Sangradora. Me vuelvo para comprobar si es que ha decidido dejarlo ir, pero la mujer parece tan sorprendida como yo.

Lo oculta enseguida, y es entonces cuando empiezo a moverme, interponiéndome entre Hudson y ella. Imagino que, tras salir de esta, va a cargar contra ella, y la única oportunidad que tengo de detenerlo es interponiéndome directamente en su camino. Porque no sé mucho de nada, pero sé que Hudson nunca se arriesgaría a hacerme daño. Lo que significa que tal vez, solo tal vez, tenga la ocasión de evitar el desastre antes de que la cosa se salga de madre.

Pero Hudson no está ni la mitad de cabreado de lo que yo esperaba. Está enfadado, eso seguro, pero ya lo estaba antes de que lo congelara, e imaginaba que todo esto de la inmovilidad habría incrementado ese enfado en unos cuantos puntos. Sin embargo, en lugar de eso, simplemente nos mira como si estuviese esperando una respuesta.

Me vuelvo de nuevo hacia la Sangradora, y esta vez me regala su sonrisa de abuela más tierna.

—No se acuerda, querida.

—¿De qué tengo que acordarme? —pregunta Hudson, y su mirada oscila entre ambas.

Debería decírselo. Tiene derecho a saber lo que acaba de pasar, pero si lo hago se desatará el infierno. De modo que decido que no es necesario que lo sepa.

—De nada —digo.

Ya le contaré lo que ha pasado después, cuando estemos a salvo y lejos de esta cueva. Se enfadará conmigo, pero ya lo superará. Y yo me alegraré de que no la cabreara tanto como para que la mujer decidiera usarlo como su juguete mordedor particular.

Así ganamos todos.

Y, sí, soy más que consciente de que mis estándares en lo que respecta a las situaciones en las que todo el mundo gana se han deteriorado considerablemente desde que llegué al instituto Katmere, pero este no es el momento de tratar ese asunto.

—Me da igual lo que tengas que hacer —le dice Hudson a la Sangradora—, pero debes romper nuestro vínculo.

La anciana lo mira con aire interrogante.

—Creía que acababas de echarme en cara que hubiese jugado a ser Dios.

—Y tú me estabas diciendo que el poder exige que se abuse de él —le espeta—. Así que adelante. Abusa de él una vez más y sácanos a todos de este puto lío de mierda.

Por un instante creo que la Sangradora va a explotar de rabia porque le esté dando órdenes. Me dan ganas de arrastrar a Hudson hasta un rincón y rogarle que deje de presionarla. Sé que no ha escuchado la conversación que acabamos de mantener, pero aun así. Actúa como si quisiera que la mujer fuese a por él.

O como si de verdad quisiera a toda costa destruir nuestro vínculo.

Ese pensamiento me golpea como una roca. Sabía antes de venir aquí que Hudson no quería ser mi compañero, pensaba que era una broma del destino. Pero ahora que sé que probablemente siempre estuvo predestinado a ser mi verdadero compañero, en fin, me siento como si me hubiese dado una patada en el estómago.

—Necesitas aprender un poco de respeto —le dice fulminándolo con la mirada.

—Ofréceme algo que respetar y estaré encantado de hacerlo —le responde, e iguala su mirada.

No voy a mentir, casi me agacho al escuchar eso. Porque todavía no estoy segura de que no vaya a fulminarlo.

Pero en lugar de arrancarle las piernas y los brazos con su poder milenario, la Sangradora coge su copa y prácticamente se desliza hasta la barra de hielo que hay al otro lado de la habitación. Una vez allí, muy despacio y con

sumo cuidado, se vierte otra copa de sangre y da un largo trago.

Cuando se vuelve, las llamas de sus ojos arden con más intensidad, aunque su boca sigue apretada y sus hombros muy muy rígidos.

—Bueno... —murmura, y ahora de nuevo nos mira como un gato peligroso miraría a un ratón muy pequeño.

Y eso no me pone nada nerviosa, qué va.

—Entonces ¿de verdad queréis romper vuestro vínculo?

Me lo estoy replanteando, en parte por lo que acaba de contarme y en parte por el instinto de supervivencia que hay en mí y que nos grita que nos larguemos corriendo de aquí.

Pero Hudson responde:

—Para eso hemos venido. Jaxon y Grace no se merecen nada de esto.

—¿Y qué hay de lo que tú mereces? —Formula la pregunta de tal manera que parece una amenaza.

—Yo sé perfectamente lo que merezco —responde—. Pero gracias por tu preocupación.

Ella se encoge un poco de hombros, pone una cara que podría traducirse como «Tu necedad no es mi problema» y dice:

—Existe un modo que tal vez, tal vez, os permita romper este vínculo.

—¿Y cuál es? —se apresura a preguntar Hudson.

—La Corona.

—¿La qué? —pregunto, pero Hudson debe de saber exactamente a qué se está refiriendo porque todo su rostro se apaga.

—No existe —le dice él.

—Claro que sí. —Ella baja la mirada y se mira las uñas—. Solo ha estado perdida un tiempo.

—No existe —repite Hudson.

Pero yo no estoy tan segura. La Sangradora no tiene pinta de estar marcándose un farol en absoluto.

—¿Es eso lo que Cyrus te dijo? —le pregunta la mujer—. Es más bien que él no pudo hacerse con ella, de modo que no quiere que nadie más sepa siquiera que existe.

Eso suena justo como algo que Cyrus haría, y veo que Hudson piensa lo mismo porque deja de discutir. No está preparado para hacerle ninguna pregunta al respecto, pero tampoco se lo discute más, que es lo más cercano a una rendición en él.

—¿Qué hace la Corona? —pregunto todavía muy confundida respecto a todo el tema.

—Se supone que la Corona otorga a quien la lleva un poder infinito —responde Hudson tajantemente.

—¿Eso es todo? —pregunto—. ¿Solo más poder?

—De «solo» nada —me corrige la Sangradora—. Se trata de un poder incomparable. Algunos incluso dicen que le concede al portador la capacidad de gobernar los Siete Círculos.

—¿Qué? ¿Círculos? ¿Como en el Consejo en el que se supone que estamos ahora? —Hago un gesto incluyendo a Hudson.

—El Consejo en el que se supone que tú estás —me dice.

—Sí, con mi compañero. —Aparta la mirada. Y joder. Joder. De alguna manera la situación no para de empeorar, y todo lo que digo está mal—. ¿Son siete? —pregunto.

—Por supuesto, niña. No pensarías que había solo cinco criaturas paranormales en el mundo, ¿verdad? Lo que pasa es que tú perteneces a este Círculo.

No tengo ni idea de qué responder ante eso. Solo acaba de empezar, y ya me siento como el emoji ese al que le explota el cerebro.

—¿Quiénes conforman los otros Círculos?

—¿Acaso importa? —responde Hudson.

La Sangradora hace caso omiso a su comentario.

—Las hadas, las sirenas, los elfos, los súcubos..., por nombrar algunos.

—Súcubos —repito—. Elfos. Todos sueltos por el mundo, ocupándose de sus cosas.

—Los elfos meten las narices en los asuntos de todo el mundo —dice Hudson—. Son unos cotillas.

No es lo que esperaba que dijera, pero vale.

—¿Y esta Corona los gobierna a todos?

—La Corona aporta equilibrio al universo. Durante mucho tiempo los paranormales tenían demasiado poder, de modo que se creó la Corona para equilibrarlo. Pero donde hay esa clase de poder siempre hay avaricia. El deseo de ejercerlo sobre todo y sobre todos.

Bebe un lento sorbo de sangre.

—Hace mil años la persona que intentó reclamar la Corona fue Cyrus.

—Cómo no —masculla Hudson.

—Y esta desapareció, junto con la persona que la portaba, y Cyrus ha estado buscándola desde entonces. Si encontráis la Corona, tal vez, solo tal vez, podáis encontrar

la manera de romper vuestro vínculo y de reparar el tuyo con Jaxon.

31

Necesito visitar al señor Bestia

—A ver si lo he entendido bien —le digo—. Lleva perdida un milenio. Gente de todo el mundo, incluido el mismísimo rey vampiro, la ha estado buscando, ¿y crees que Hudson y yo podemos encontrarla?

—Yo no he dicho que crea que podéis encontrarla. He dicho que probablemente sea la única manera de romper el vínculo. —Se dirige a su mecedora y vuelve a sentarse—. Disculpad, estos viejos huesos míos se cansan si estoy mucho rato de pie. —No me lo creo ni por un segundo, y un breve intercambio de miradas con Hudson me indica que él tampoco. Pero ninguno de los dos le decimos nada; no cuando está en mitad de su relato—. Pero si decidieseis que queréis buscarla, yo empezaría con la única que podría saber dónde está. Y puesto que ya la conoces, a lo mejor consigues que hable contigo.

—¿Quién es? —pregunto devanándome los sesos mientras intento pensar a quién puede estar refiriéndose. Incluso Hudson está inclinado hacia delante, tan interesado en su respuesta como yo.

—¿Es que no lo sabes? —Frunce una ceja—. La Bestia Imbatible, por supuesto. Algunos dicen que esa es la razón por la que fue apresada... para que nadie supiera dónde había escondido la Corona.

—¿La Bestia Imbatible? —repito, y el corazón se me acelera—. Ya te he dicho que me habla. ¿Crees que si le pregunto me dará la respuesta?

—Yo creo que está demasiado consumida como para transmitir nada que no sea lo básico para sobrevivir. Pero dímelo tú. ¿Qué piensas?

Recuerdo la cueva y el modo en que solo me hablaba con frases muy cortas. En cómo intentó entregarme su corazón.

—No creo que se acuerde.

—Entonces solo tienes una opción. Tienes que transformarla en humana. Lleva en forma de gárgola tanto tiempo que probablemente se haya vuelto loca.

—Un momento, ¿eso es posible? —señalo, porque creo que alguien debería habérmelo advertido. En plan, «si pasas demasiado tiempo en forma de gárgola podría pasarte esto también». Sí, definitivamente creo que es algo que debería saber.

—Estamos hablando de siglos, Grace —interviene Hudson por primera vez en un rato—. Tendrías que pasar siglos en forma de gárgola para que eso te sucediera.

—¿Cómo lo sabes? —indico.

—Porque llevo semanas investigando acerca de las gárgolas. —Pone los ojos en blanco—. ¿Crees que si hubiese algo que pudiera hacerte daño iba a dejar que lo averiguaras sola?

Claro que no. Él no. Puede que tenga un carácter arisco, pero jamás dejaría que alguien que le importa se enfrentase a algo espantoso solo.

Le sonrío y por un segundo creo que va a devolverme el gesto. Pero desvía la mirada hacia la Sangradora en el último minuto y pregunta:

—¿Y cómo la transformamos en humana?

La anciana fija sus ojos verdes en Hudson antes de responder:

—Tenéis que liberarla. Son las cadenas las que la mantienen en forma de gárgola. Si las rompéis, volverá a ser humana de nuevo.

—Ya intentamos romperlas —le digo—. No pudimos. Ni vampiros, ni dragones, ni brujas, ni gárgolas… —Me señalo a mí misma—. Ninguno de nosotros pudo hacerlo.

—Es porque están encantadas.

—¿Encantadas? —Hudson levanta las manos—. ¿Nos estás tomando el puto pelo? ¿Nos envías a una misión imposible para librarte de nosotros?

—Hudson… —Le pongo la mano en el hombro para calmarlo, pero se la sacude de encima.

—¡No! Ni hablar, Grace. Tiene todas estas putas normas que solo se van volviendo más y más extravagantes a cada segundo que pasa. «No se puede romper el vínculo. Ah, bueno, sí se puede, pero necesitáis la Corona. Ay, pero nadie sabe dónde está. Uy, espera, sí que hay alguien. Pero

no nos lo va a poder decir...» Venga ya. Es un montón de mierda, y lo sabe.

—Puede que lo sea —le susurro—, pero puede que no. Quizá deberíamos intentarlo.

—¿Tan importante es para ti? —pregunta, y la ira ha desaparecido de sus ojos, junto con todas las demás emociones.

No sé cómo responder a eso, así que lo esquivo por ahora.

—No hace falta que lo decidamos en este momento. Podemos escuchar lo que tiene que decir y decidirlo después.

Parece querer seguir discutiendo un poco más, pero al final solo suspira y hace un gesto con la mano como diciendo «lo que tú digas».

—¿Cómo rompemos las cadenas encantadas? —pregunto, aunque estoy tan abrumada como Hudson. Puede que más.

La Sangradora nos mira a ambos, como si se debatiera entre decírnoslo o no. Pero al final suspira levemente y dice:

—Lo único que sé es que tenéis que encontrar al Herrero que forjó las cadenas. De hecho —añade dirigiendo una ligera sonrisa a Hudson—, es el mismo que forjó el brazalete que llevas. Confeccionó todo un juego de brazaletes encantados que se donaron más adelante al Katmere. Si queréis romper las cadenas de la Bestia Imbatible, tendréis que encontrarlo.

—¿Y cómo lo encontramos exactamente? —quiere conocer Hudson.

—¿La verdad? —Niega con la cabeza—. No tengo ni la menor idea.

32

Hola, ¿me buscas a *brie*?

No le sacamos mucho más a la Sangradora, bien porque no tiene nada más que decirnos o porque no quiere hacerlo, por la razón que sea. Con ella nunca se sabe.

Nos invita a pasar la noche allí porque se está haciendo muy tarde, pero prefiero enfrentarme a la intemperie nocturna de Alaska que pasar un minuto más en su cueva de hielo.

Afortunadamente, el viaje de vuelta transcurre sin incidentes. Al parecer, la tormenta que amenazaba con llegar ha decidido dirigirse hacia otra dirección, y los únicos animales con los que nos encontramos son unos cuantos lobos, pero en cuanto Hudson les ruge se van corriendo rápidamente. Además, yo puedo volar y ellos no, y en mi opinión esa es una gran ventaja.

En un momento dado hacemos un breve descanso, y le cuento a Hudson que la Sangradora lo ha congelado (cosa

que no le hace ninguna gracia, como era de esperar) y todo lo que me ha explicado sobre el aquelarre y el vínculo, y sobre cómo estábamos destinados a atraernos Jaxon y yo. Hudson permanece callado durante todo mi relato, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche mientras paseamos por el bosque, de modo que se lo toma mucho mejor de lo que esperaba.

Al menos hasta el final, cuando ruge:

—¡Puta chupasangres!

Y eso lo dice todo. Sobre todo porque sé que no se refiere a su naturaleza de vampira.

Después de eso nos ponemos en marcha de nuevo y no hacemos más paradas.

Para cuando llegamos al instituto estoy exhausta y hambrienta, y lo único que quiero es darme una ducha caliente, comer y acostarme. Pero al mismo tiempo tengo un millón de pensamientos distintos en la cabeza. Es sábado por la noche, así que sé que Macy estará por ahí con las brujas, y no quiero estar sola. No cuando no puedo dejar de pensar en Jaxon y en Hudson y en Cyrus y en la Bestia Imbatible.

Pienso mucho en la bestia mientras Hudson me acompaña por el pasillo hasta mi cuarto. Le prometí que volvería a liberarlo y quiero hacerlo. Tengo que hacerlo. Pero no sé si este Herrero, sea quien sea, sabrá realmente cómo hacerlo. O si querrá ayudarnos. La Sangradora tiene razón: al fin y al cabo fue él quien creó esos grilletes, ¿por qué demonios iba a querer ayudar a retirarlos?

¿Y cómo de malvado tiene que ser para haber hecho algo así en primer lugar?

Le hago esta pregunta a Hudson, que simplemente niega con la cabeza.

—Nunca entenderé por qué la gente toma las decisiones que toma —responde—. Cómo pueden ser tan indiferentes a lo correcto y lo incorrecto, al bien y al mal. O cómo pueden optar por el mal cuando salen beneficiados, o porque es demasiado difícil enfrentarse a él.

Pienso en su padre, en las cosas que Cyrus ha hecho y en toda la gente que aún lo sigue. Después pienso en todo lo que hizo Hudson para intentar detener a su padre y en el precio que tuvo que pagar.

—No hay una respuesta fácil, ¿verdad? —digo con un suspiro.

—No creo que haya ninguna respuesta, ni fácil ni difícil —contesta.

Estamos ya delante de mi puerta, incómodos, y no sé qué hacer. Y veo que Hudson tampoco lo sabe, porque tiene las manos metidas en los bolsillos y su mirada, normalmente directa, está en cualquier otra parte menos en la mía.

Al menos hasta que me ruge el estómago muy fuerte.

—¿Tienes hambre? —pregunta con una repentina sonrisa.

—Oye, ¡volar consume muchas calorías! —Le pongo una cara fea.

Señala con la barbilla hacia mi habitación.

—¿Tienes algo de comer ahí?

—Sí, me tomaré una barrita de muesli…

—Ya te has comido tres barritas hoy. —Apoya un hombro contra la pared al lado de mi puerta—. ¿No crees que es hora de meterle algo al cuerpo que de verdad sea nutritivo?

—Ya, bueno, el comedor está cerrado, ¿qué sugieres? —Hago una mueca de asco—. Y, por favor, no me digas que un termo de sangre.

Al principio creo que no va a responder, pero entonces señala:

—Sugiero que vayas a darte una ducha. La necesitas.

—¿Insinúas que huelo mal? —digo con fingida ofensa.

—Insinúo que estás tiritando. Una ducha te calentará. —Después tira de los extremos de mi gorro y me lo baja con fuerza cubriéndome los ojos.

—¡Eh! —Solo tardo un segundo en volver a colocármelo en el sitio, pero para cuando lo hago ya está casi al otro extremo del pasillo.

—Hudson… —lo llamo, pero me detengo; no tengo ni idea de qué quiero decirle.

Debe de entenderlo porque me sonríe y me hace un leve saludo llevándose dos dedos a la frente antes de desaparecer por las escaleras mientras yo me dispongo a entrar en mi cuarto.

Como era de esperar, Macy no está, pero ha dejado dos galletas de chocolate con pepitas en un plato junto a mi cama. Me planteo comérmelas y meterme bajo las sábanas, pero Hudson tiene razón. Estoy tiritando. Además, me duelen los hombros, supongo que por haber recorrido cientos y cientos de kilómetros volando a unos cero grados centígrados.

Usar las alas durante largos períodos de tiempo no parece molestar a Flint o a Eden, los únicos dos dragones con los que tengo la suficiente confianza como para preguntar, pero a mí siempre me duele. Probablemente sea

porque los músculos de la parte alta de mi espalda no estaban preparados para soportar unas alas, y mucho menos todo mi peso, durante tanto tiempo como lo han estado haciendo estos días.

Pero imagino que eso cambiará, ¿no? Como cualquier otro músculo. Cuanto más los use, más se acostumbrarán.

Me doy una ducha rápida. Después cojo un pijama y me lo pongo. Mi plan es comerme las galletas y ponerme un episodio de *Buffy, cazavampiros* en la cama. ¿Qué puedo decir? Intentar mediar todo el día entre Hudson y la Sangradora me ha puesto en este estado de ánimo.

Tendría que hacer deberes. Joder, tendría que hacer cualquier cosa menos estar tumbada en la cama pensando en que es posible que mis padres murieran para que yo acabase en el Katmere, junto a Jaxon. ¿No éramos más que unos peones en un tablero para la Sangradora? ¿O había alguien más jugando con ellos? Tengo que llegar al fondo de esto. Necesito saber quiénes son mis enemigos, pero esta noche estoy demasiado cansada.

Además, en caso de lidiar con algo debería ser con lo fuerte que me latió el corazón cuando supe que Jaxon nunca estuvo predestinado a ser mi compañero. Hudson sí. He intentado obstinadamente considerar a Hudson solo un amigo porque no me parecía justo para Jaxon considerarlo de otra manera. Pero ahora no me parece justo para Hudson pensar en Jaxon de otra manera que no sea como un exnovio. Bueno, hasta que me acuerdo de las ganas que tiene Hudson de dejar de ser mi compañero. Trago saliva.

Y es por esto por lo que prefiero encerrar mis movidas en un cajón, gracias. El corazón se me va a salir del pecho, me

están entrando náuseas y me lleva cinco minutos enteros calmarme y volver a respirar.

Al final me meto en la cama, pero apenas me he tapado con las sábanas y he cogido el portátil cuando oigo que llaman a la puerta. Estoy tentada de ignorarlo, pero antes de que pueda decidirme, Hudson dice:

—Venga, Grace. Sé que estás ahí.

—¿Qué pasa...? —empiezo a decir mientras abro la puerta segundos después.

Pero me quedo parada cuando veo que lleva una bandeja de la cafetería con un sándwich de queso fundido, fruta en rodajas y una lata de Dr Pepper.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunto al tiempo que me aparto para dejarlo pasar.

Me mira como si no se pudiera creer que le acabe de preguntar eso.

—Lo he hecho yo, obviamente. —Deja la bandeja sobre mi cama y se acomoda a los pies de esta, como si fuese su sitio habitual.

Aunque, bueno, cuando estaba en mi cabeza, solía ponerse ahí y junto a la ventana para sermonearme, así que probablemente sí sea su sitio habitual.

—¿Sabes hacer sándwiches de queso fundido? —pregunto mientras me siento al otro lado de la bandeja—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Qué? —Parece ofendido—. ¿Crees que como soy un vampiro no sé preparar un sándwich?

—Bueno..., forma parte de unas habilidades que no parece que necesites.

Durante largos segundos no dice nada. Solo me observa con unos ojos inescrutables. Pero al final responde:

—Tengo una compañera que es medio humana, ¿sabes? Y necesita comer comida de humanos. Además —continúa encogiéndose de hombros—, existe YouTube.

Se instala un incómodo silencio entre nosotros y, la verdad, no sé qué decirle. Hay tanto que analizar en esa frase que no tengo ni idea de por dónde empezar... y estoy demasiado cansada como para intentarlo.

De modo que, en un nuevo intento de enterrar la cabeza bajo tierra, me centro en el comentario con menos peso:

—¿Has buscado en YouTube cómo hacer un sándwich de queso fundido?

Enarca una ceja.

—¿Algún problema?

—No. Pero... —Dejo la frase a medias pues no sé qué quiero decir.

—¿Pero...? —insiste.

—Gracias. —No es lo que pretendía decir, no del todo, pero por ahora servirá—. Te lo agradezco mucho.

—De nada. —Se inclina hacia mí y, durante un extraño segundo, creo que va a besarme. Todas las alarmas se activan en mi interior y me tenso por completo, aunque no sé si es por miedo o por deseo.

Me dispongo a decir algo más, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta cuando el hombro de Hudson me roza el brazo.

Madre mía. De verdad va a...

Pero entonces regresa a su sitio sobre la cama... con mi portátil ahora en las manos.

—¿Vemos algo?

Soy una ridícula.

No pretendía besarme. Solamente quería coger el ordenador. Aunque... aunque por el modo en que me miraba, y por lo rápido que me late el corazón, sé que había algo más.

33

Netflix y nada de *chill*

—Claro. —No creo que pudiera dormir de todas formas. Además, no sé, tengo la sensación de que Hudson tampoco quiere estar solo.

—¿Alguna sugerencia? —pregunta con las cejas levantadas como esperando que diga algo más que una corta afirmación.

Me encojo de hombros.

—Estaba a punto de ver *Buffy*.

—*¿Buffy?* —Parece no tener ni idea de qué hablo.

—¿La cazavampiros? —No me lo puedo creer. Sé que ya es una serie vieja, pero él es más viejo aún. ¿Cómo es posible que no haya oído hablar de ella?

—Genial —me dice, y pone los ojos en blanco—. ¿Te importa si veto eso y pongo otra cosa?

Agito la mano hacia la pantalla.

—Adelante.

Mira en los distintos servicios de *streaming* que tengo y al final elige Disney Plus (cosa que no esperaba).

—Deja que lo adivine —bromeo—. *¿Monstruos, S. A.?*

Me mira mal de reojo.

—Pues la verdad es que soy más del rollo de *La Bella y la Bestia*.

Intento pensar en alguna tontería que decir, lo que sea, pero, antes de que me dé tiempo, Hudson le da al botón de reproducir. Sin embargo, en lugar del viejo cuento de Disney, las líneas de *Star Wars* empiezan a ascender por la pantalla.

—*¿El Imperio contraataca?* —pregunto sorprendida.

Se encoge de hombros.

—Por algo es un clásico. —Después señala con la barbilla la bandeja que aún no he tocado—. Come. Te hace falta.

Como para subrayar sus palabras, las tripas me rugen de nuevo. De modo que obedezco y doy un bocado al sándwich de queso. Después le pregunto:

—¿Qué vídeo de YouTube has visto? ¿Uno de Gordon Ramsay o algo así?

—Los británicos tenemos que permanecer unidos. —Me observa con recelo—. ¿Por qué? ¿No está bueno?

—Está increíble. —Doy otro bocado y casi gimo de puro placer—. Puede que sea lo mejor que he comido desde... —Dejo la frase a medias cuando me doy cuenta de lo que iba a decir: «Desde que mi madre murió».

Hudson debe de captarlo, porque no me presiona para que termine. En vez de eso, se apoya contra la pared y señala el portátil.

—Esta es una de mis partes favoritas.

—¿La nieve? —pregunto, porque hace muchísimo tiempo que no he visto esta película.

Me mira mal.

—Claro, porque la nieve es un bien tan escaso en mi vida que necesito disfrutar de ella en la pantalla.

—Vaya. —Le pongo una cara fea—. ¿Quién se ha meado en tu vaso de sangre?

Se me queda mirando un rato y luego dice:

—Ni siquiera sé por dónde empezar a analizar lo que significa esa frase. Y, además, estoy seguro de que no quiero saberlo.

—Es una expresión. La original habla de mearse en los cereales de alguien, pero como tú no comes cereales... —Suspiro—. Lo estoy empeorando, ¿verdad?

—Tal vez un poco, sí. —Niega con la cabeza—. La gente es muy rara.

—Eh... perdona, pero los vampiros también.

Me mira fingiendo haberse ofendido.

—Los vampiros son perfectamente normales, gracias.

—Ya, claro. Acabamos de volver de visitar a una mujer que tenía seres humanos de verdad desangrándose en un cubo. ¿Y tú vas a llamarme «rara» a mí por una frase que no conoces?

—Sí, lo de desangrarlos es raro, ¿verdad? —Se estremece—. Yo prefiero beber directamente de... —Se detiene, como si de repente se hubiese dado cuenta de lo que estaba diciendo y a quién. Acto seguido parece interesarle muchísimo algo que pasa en la película.

Pero no pienso dejar que se libre con tanta facilidad, y menos teniendo en cuenta lo difícil que es conseguir que un

vampiro hable sobre lo que come… o al menos lo difícil que ha sido para mí.

—Entonces te gusta comer del… ¿recipiente?

Me mira como si se estuviese planteando cuánto quiere decirme, pero al final se encoge de hombros y señala:

—A ti te gusta la comida caliente, ¿verdad?

—Pues claro. —Ni siquiera me doy cuenta de que me estoy acariciando suavemente la zona sensible de mi piel hasta que veo que Hudson está observando mis dedos con una mirada que no tiene nada que ver con la comida y que tiene todo que ver con un montón de cosas de las que ninguno de los dos está hablando en absoluto.

Empiezo a ponerme nerviosa y me pregunto, por un segundo, cómo sería sentir el roce de sus colmillos por mi piel. Me aturullo de nuevo y me pongo a mirar a todas partes menos a él mientras intento desterrar ese pensamiento de mi mente.

Vemos los siguientes minutos de la película en silencio, pero ahora hay una tensión en el aire que no desaparece, que me tiene totalmente alterada y que me hace pensar en toda clase de cosas, incluido que Hudson y yo somos compañeros.

Pero también en que antes Jaxon era mi compañero.

La sola idea hace que me sienta muy incómoda.

—¿Qué te pasa? —pregunta Hudson.

Puesto que no estoy preparada emocionalmente para revelarle que acabo de pasar demasiado tiempo pensando en sus colmillos en mi piel, admito lo otro que no he podido sacarme de la cabeza, por más que me he esforzado por no pensar en ello.

—No puedo creer que mis padres hicieran un trato con la Sangradora. En plan, ¿qué le dijeron? «Claro, por supuesto, empareja a nuestra hija por nacer con un vampiro. Mientras consigamos lo que queremos, adelante. No hay problema.» —Me encojo de hombros indignada—. ¿Cómo es posible que accedieran a eso? Y ni siquiera se molestaron en decírmelo. Tan solo...

Dejo la frase inacabada por que la única manera de terminarla es con un comentario sobre cómo murieron antes de decírmelo... si es que alguna vez pensaban hacerlo.

—¿Estás enfadada? —pregunta Hudson con voz suave.

—No lo sé. Estoy... —Suspiro, y me paso la mano por los rizos, aún húmedos, porque no se me ocurre otra cosa que hacer—. Solo estoy cansada. Muy muy cansada. A ver, no tiene sentido estar enfadada con ellos. Están muertos, y nada de lo que sienta va a cambiar eso, así que... —Resoplo —. Solo me gustaría saber en qué estaban pensando. ¿Por qué creyeron que estaba bien arrebatarme mi elección de esa manera?

—Pero ese es el asunto, ¿no? En realidad no te arrebataron tu elección. —Coge el portátil y pausa la película antes de volverse hacia mí—. O al menos estoy bastante convencido de que ellos no lo veían de esa manera.

—Eligieron a mi compañero...

—Ya, pero no habría funcionado si tú no hubieses estado abierta a ello. Podrían haber usado toda la magia del mundo, pero si tú no hubieses querido a Jaxon, no habría importado. Tú lo elegiste, y por eso se convirtió en tu

compañero. Ellos formaban parte de este mundo, sabían cómo funciona. En el peor de los casos, o en el mejor, dependiendo del punto de vista, conoces a Jaxon, te enamoras de él y después te das cuenta de que es tu compañero, cuando tú lo has elegido. Si no lo hubieras elegido, jamás os habríais enterado ninguno de los dos. Probablemente creyeron que así ganaban todos.

Pienso en sus palabras. Les doy la vuelta y las repito en mi cabeza hasta que decido que es posible que tenga razón. Y, si no la tiene, voy a fingir que sí, porque no puedo soportar estar enfadada con mis padres ahora, no con todo lo demás que estoy sintiendo y viviendo en estos momentos. Pero, mientras reproduzco sus palabras en mi cabeza otra vez, no puedo evitar darme cuenta de algo más.

—¿Es eso lo que nos pasó a nosotros? —pregunto antes de pensármelo dos veces—. ¿Me elegiste?

En cuanto las palabras escapan de mi boca, quiero esconderme debajo de la cama. En lugar de hacerlo, me quedo mirando al frente, a la pantalla parada, mientras espero su respuesta conteniendo la respiración. Debería estar tremendamente avergonzada por haberle hecho esa pregunta.

Para empeorar aún más las cosas, Hudson no responde de inmediato. Pero él no está mirando el portátil. Me está mirando a mí. Siento el peso de su mirada aunque me niegue a enfrentarme a ella.

El silencio pasa de imperceptible a incómodo y de incómodo a superviolento, pero sigue sin contestarme. Y sigue mirándome. Es horrible, espantoso y, cuando ya no

puedo más, me vuelvo y me preparo para decirle que lo olvide.

Sin embargo, en cuanto nuestras miradas se encuentran, sonríe un poco y dice:

—¿Cómo no iba a querer ser el compañero de mi mejor amiga? He sabido que eras increíble desde el primer día en que nos conocimos.

Madre mía. El alivio que me invade es tan enorme que casi me mareo. Cosa que, hasta cierto punto, parece algo del todo ridículo. Pero me da igual, porque no me ha humillado. Y también porque…

Hudson me eligió en ese campo. Me eligió en ese claro. Y eso es lo que importa.

Tal vez no me ame y tal vez nunca lo haga (tal vez yo nunca lo ame a él), pero mentiría si dijera que no hay nada entre nosotros. Lo he sentido un montón de veces, desde aquel extraño instante en el que seguía en mi cabeza, cuando me pareció percibir sus colmillos recorriéndome el cuello, hasta hace unos minutos, cuando se ha acercado para coger el portátil. Me ha regalado flores. Me enseñó a canalizar la magia. Me ha defendido ante la Sangradora.

Siempre ha creído en mí.

Por no hablar de lo obvio: lo agradable que es para la vista.

Sí, está claro que hay algo ahí. Y a este chico, a este chico tan increíble, nunca lo ha amado nadie antes. Nunca lo ha elegido nadie.

¿No le debo esforzarme al menos por hacer que las cosas funcionen entre nosotros? ¿No nos lo debo a los dos? Tal vez lo haga, o tal vez no, pero él me importa. Me importa

mucho, y quizá debería pensar en eso antes de pensar en hacer nada más.

Puede que Jaxon tuviera razón y deba confiar en la magia.

Me aclaro la garganta, trago saliva, me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja y jugueteo con las sábanas. Cualquier cosa con tal de evitar parecer vulnerable. Con tal de evitar meterme directamente en algo que puede hacerme pedazos.

De modo que, en lugar de exponer lo que estoy pensando, empiezo un poco más despacio, más precavida.

—¿Y si...? —comienzo, y me obligo a expulsar las palabras de mi garganta constreñida—. ¿Y si no vamos a buscar la Corona?

Hudson enarca las cejas.

—¿No quieres la Corona?

—A ver, quiero liberar a la Bestia Imbatible. Le prometí que lo haría, y tenemos que hacerlo. Pero... tal vez no sea necesario ir a buscar la Corona después de hacerlo.

Durante un segundo me da la impresión de que Hudson ha dejado de respirar por completo. Tiene las pupilas tan dilatadas que sus ojos están casi negros, y solo se ve un fino aro azul alrededor. Pero ahora es su turno de aclararse la garganta cuando pregunta:

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí, creo que sí. —Trago saliva—. ¿Es lo que quieres tú?

Sonríe ligeramente y, por primera vez, me fijo en que tiene un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda. Así parece más vulnerable, menos acorazado, y mentiría si dijese que mi corazón no se salta un latido al pensar que

estoy viendo una parte de él que nadie más ve. Incluso antes de que responda:

—Desde luego.

Después se inclina hacia delante y, esta vez, definitivamente no es para coger el portátil. Tiene los ojos fijos en los míos y sus labios se entreabren un poco mientras muy despacio…

El corazón me late con tanta fuerza que juraría que puedo oírlo. La primera vez que Jaxon me besó estaba deseando que lo hiciera. Pero aquí y ahora, pensar en los labios de Hudson sobre los míos se me hace demasiado.

—Esto… ¿puedo hacerte una pregunta?

Se detiene a tan solo unos centímetros de mi boca sin dejar de mirarme a los ojos.

—Claro. Pregúntame lo que quieras.

Trago saliva. Demuestra tanta confianza con esa respuesta que me dan ganas de inclinarme hacia delante y besarlo yo. Pero una parte de mí sabe que, con él, va a ser mucho más que solo un beso. Mucho más que solo algo físico. Algo muy intenso para lo que es probable que ninguno de los dos estemos preparados. De modo que inspiro hondo y piso el freno.

—¿Podemos…? Eh… ¿Podemos ir despacio?

Parpadea confundido.

—¿Despacio?

—Sí, yo… —Exhalo apurada—. Es que no sé… —Es que no sé qué es esto y me da un miedo de la hostia.

Sonríe un poco y me acaricia la mejilla con un dedo. Después susurra:

—Claro, Grace.

Pero cuando empieza a apartarse de mí, no puedo evitar darme cuenta de mi error. Porque lo único peor que recibir un beso para el que no sé si estoy preparada emocionalmente es no recibirlo en absoluto. Y así, sin más, alargo los brazos, lo agarro de la camisa y lo atraigo hacia mí de nuevo.

Hudson gruñe y un brillo depredador reemplaza la dulce mirada que tenía en los ojos hace un momento. Entierra una mano en mis rizos, desliza la otra por detrás de mi espalda y tira de mí contra su pecho duro y firme. Enredo los dedos en su sedoso cabello y pienso que voy a morirme si no...

De repente alguien golpea la puerta con urgencia y ambos nos apartamos tan rápido que Hudson tiene que agarrarme de nuevo para evitar que me caiga de la cama.

34

Y pensabas que tú tenías *daddy issues*

Hudson me mira, como preguntándome si sé quién puede ser, pero me encojo de hombros, de modo que se levanta para abrir la puerta. Apenas ha dado un paso cuando de repente esta se abre de golpe y veo que Jaxon está al otro lado, acompañado de toda la Orden.

Y ninguno de ellos tiene buena cara.

—Jaxon, ¿qué pasa? —digo levantándome rápidamente de la cama.

Antes de que pueda llegar hasta él, se vuelve hacia su hermano.

—Tenemos un problema —le dice.

Hudson lo observa con recelo, y no se lo reprocho. La calidez que solía ver en los ojos de Jaxon ha desaparecido, y en su lugar hay ahora una distancia a la que no estoy acostumbrada. Por no hablar de los escalofríos que me

provoca, que me obliga a buscar algo de abrigo que ponerme encima.

No es una sensación agradable precisamente, y menos cuando les doy permiso para entrar y mi reducido dormitorio acaba atestado con siete vampiros. Y no unos vampiros cualesquiera. Siete vampiros muy grandes y muy disgustados, con pinta de estar listos para extraer sangre a la menor provocación.

—¿Qué está pasando? —pregunta Hudson, aunque parece estar preparándose para recibir un golpe físico, no estoy segura si el de la noticia o uno que provenga del propio Jaxon.

—Acabamos de volver de la Corte —le informa Mekhi.

—¿Y...? —Hudson alarga la palabra.

Todas las miradas se dirigen hacia Jaxon, pero no dice nada más. Solo se acerca a la ventana y se queda mirando hacia la noche.

Intercambio una mirada de no estar entendiendo nada con Mekhi, que parece querer decirle algo a Jaxon, pero cambia de idea en el último momento. En lugar de eso, se centra en Hudson y le dice:

—Cyrus ha convocado una reunión del Círculo secreta y ha dado la orden de arrestarte de inmediato, supuestamente por los crímenes cometidos contra los alumnos a los que persuadiste para que se mataran entre sí. Y aunque no puede arrestarte en el Katmere, en cuanto pongas un pie fuera del campus la Guardia tendrá vía libre para detenerte.

—¿La Guardia? —interrumpo horrorizada. Nos hemos pasado el día entero fuera del campus. Si alguien nos

hubiera encontrado, se habrían llevado a Hudson. O al menos lo habrían intentado, ya que no creo que él se fuera con ellos sin protestar—. ¿Quiénes son?

—Nadie —dice Hudson haciendo un gesto desdeñoso con la mano.

—De eso nada. —La voz de Jaxon es más fría que la cueva de la Sangradora—. Son una especie de cuerpo policial paranormal regido por el Círculo que se creó en ausencia de las gárgolas para impartir justicia capturando a aquellos acusados de crímenes y enviándolos a la cárcel.

Bueno, eso suena absolutamente espantoso, pero…

—Un momento. ¿Van directos a la cárcel? ¿Sin juzgarlos ni nada? —pregunto.

Una vez más, los siete vampiros intercambian miradas y me siento excluida por completo. Estoy a punto de llamarles la atención cuando Hudson responde:

—La Aethereum no es una cárcel normal.

Claro que no. ¿Cuándo ha sido nada en este mundo algo tan mundano como «normal»? Espero a que se explique, pero al ver que no lo hace me vuelvo hacia Jaxon y voy directa al grano.

—¿Qué tiene esta cárcel de especial?

Pero él parece tan reacio a responder como Hudson, pese a la frialdad que continúa irradiando.

—¿Mekhi? —Lo miro de tal manera que entiende que más le vale empezar a hablar.

Y, aunque hace unos meses se habría reído al verme mirarlo así, esta vez va directo a la cuestión:

—La cárcel está maldita, Grace. Hay nueve niveles de… infierno… en un esfuerzo por demostrar la inocencia o

redimirse. Dicen que la cárcel sabe tu pecado y te dejará marchar cuando estés totalmente rehabilitado. Pero casi nadie sale de allí. Jamás.

—¿Cómo... cómo se evalúa si los prisioneros se han... rehabilitado? —Tengo un nudo en la garganta tan grande que apenas puedo hablar.

—Te tortura. De todas las maneras que te puedas imaginar, en función de tus pecados. Ojo por ojo y todo ese rollo. La mayoría se vuelven locos si permanecen allí mucho tiempo. Se considera un destino peor que la muerte. Solo se envía allí a los peores criminales.

Tortura. Locura. Fantástico. Exhalo un largo suspiro al asimilar la espantosa realidad.

—¿Y eso es lo que quiere hacerle a Hudson su propio padre? —Lo único que me sorprende de la pregunta es que me extrañe tanto la situación como para decirlo—. Pero ¿por qué no se me permitió votar si es el Círculo el que ha emitido la orden de arresto? ¿Por qué se sale Cyrus con la suya?

—Porque es el rey vampiro —responde Luca—. Es intocable.

—Ya, bueno, pero yo soy la reina gárgola, ¡por si a alguien se le había olvidado! —Mi voz se parte como una tira de goma y, de repente, en la habitación se hace un escalofriante silencio.

Todos me miran con distintos grados de asombro o de respeto, pero no me importa lo que ninguno de ellos piense de mí. No cuando la vida y la salud mental de Hudson están en juego.

Niego con la cabeza, me vuelvo y lo miro a los ojos para intentar averiguar lo que está pensando y sintiendo, pero su gesto es estoico.

—Sin duda, como el rey y la reina de la Corte Gargólica tenemos derecho a voto, ¿no?

Jaxon responde muy tranquilamente:

—No eres reina todavía.

Me vuelvo hacia él sorprendida.

—¿Qué…?

—Técnicamente no eres reina hasta la coronación. Lo que significa que Hudson, como tu compañero, no es rey gárgola tampoco. Es un blanco. —Aprieta la mandíbula—. Los dos lo sois.

—¿Yo? Yo no le hice nada a Cyrus. —Bueno, aparte de ganar su estúpida prueba.

—Por eso la orden de arresto no es contra ti —dice Mekhi —. Pero Cyrus no es ningún idiota y sabe que por lo general es difícil que los compañeros se separen durante mucho tiempo. Lo que significa… que espera que elijas permanecer junto a Hudson e ir a la cárcel por sus crímenes también.

Mi mirada busca la de Hudson de nuevo, y no hace falta leer la mente para saber lo que está pensando esta vez: jamás permitiría que yo pagara por sus crímenes.

—Claro, si nos encarcelan antes de la coronación, adiós a los reyes gárgolas —digo—. Y adiós al cambio de poder en el Círculo.

—Exacto —dice Hudson.

Me invade el terror. En parte porque no quiero que Hudson ni yo vayamos a la cárcel ni muramos

(obviamente), y en parte porque cada vez está más claro que no tenemos nada bajo control. Ninguno de nosotros. Es Cyrus quien tiene todo el poder en este caso.

—Tenemos que pensar algo. Estás a salvo durante unas semanas más, hasta la graduación, pero, después de eso, se abrirá la veda —dice Mekhi—. Tiene que haber un modo de parar esto antes.

—Claro que lo hay —le dice Hudson con una mueca sarcástica en los labios—. Haré lo que debería haber hecho en ese campo y acabaré con Cyrus de una vez por todas.

—¿Y pasarte el resto de tu vida en la cárcel por su asesinato? —le digo con los brazos en jarras—. No puedes hacer eso.

No contesta, y es entonces cuando el pánico se apodera de mí. Porque sus ojos lo dicen todo. De un modo u otro, Hudson va a acabar con la capacidad de su padre de amenazarnos... de amenazarme... o morirá en el intento.

La sola idea de perderlo hace que me tiemblen las manos y el corazón me lata demasiado deprisa. Tiene que haber otra manera. Tiene que haberla. No podemos...

Y entonces caigo.

—¿Y qué pasa con la Corona? —susurro.

35

Fi-Fa-Fo-Fobia

—¿La corona? —Mekhi parece confundido—. No te la darán hasta la coronación, después de la graduación...

—No, no la que recibiré por ser la reina gárgola. Me refiero a la Corona de la que nos ha hablado hoy la Sangradora. Ha estado perdida, pero es posible... —Dejo la frase a medias cuando Rafael empieza a partirse de risa.

—¿Admites que puedes encontrar la Corona? —pregunta cuando por fin deja de reírse—. Algunas de las criaturas más poderosas que existen llevan siglos buscándola, ¿y piensas que podemos hacerla aparecer como por arte de magia? —Empieza a reírse de nuevo al tiempo que niega con la cabeza—. Puede que fuera real en su día, pero a estas alturas no es más que un viejo cuento de vampiros.

—No lo es —le interrumpe Hudson tajante—. La Corona es real.

—¿Porque la Sangradora os lo ha dicho? —le desafía Rafael.

—Porque me he pasado los últimos dos siglos oyendo lo obsesionado que estaba Cyrus con ella. Mi padre es muchas cosas, pero tonto no. Si no existiera, si no la hubiera visto con sus propios ojos, no se habría molestado tanto en buscarla.

—¿Y crees que vosotros podéis encontrarla? —interviene Liam—. Como bien dices, el propio rey vampiro lleva siglos siguiéndole la pista, ¿y piensas que simplemente os vais a topar con ella?

—Yo no he dicho eso —reniego, un poco harta de que se rían de mí—. Sé que no será fácil. Pero nada de esto lo es, y la Sangradora nos ha señalado la dirección correcta…

—¿Os ha dicho dónde está? —quiere saber Jaxon, y su voz ya no es fría. Ahora es del todo glacial, y su rostro es más inexpresivo que nunca—. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

Miro a Hudson sin poder evitarlo, y niega sutilmente con la cabeza. Entiendo su postura, a mí tampoco me apetece airear nuestros asuntos delante de toda la Orden, pero, cuando me vuelvo de nuevo hacia Jaxon, está claro que ha presenciado toda la interacción. Y no está contento.

Sin embargo, tampoco debe de emocionarle demasiado la idea de que expongamos nuestras diferencias delante de todo el mundo, porque no nos dice nada. En lugar de eso, deja atrás su segunda pregunta y vuelve a:

—Bueno, ¿qué os ha dicho? ¿Dónde está la Corona?

—No lo sabe —respondo al cabo de un segundo—. Pero nos ha dicho quién cree que lo sabe. La Bestia Imbatible.

—¿La Bestia Imbatible? —repite Mekhi con incredulidad. Parece planteárselo por un instante, pero acaba rechazando la idea—. ¿No crees que eso suena un poco cuestionable? Os mandó allí hace unas semanas para matarla. ¿Por qué no mencionó este tema antes de que fuerais?

—No había necesidad de mencionarlo entonces... —empiezo a explicar.

—¿Y ahora sí? —Suena muy escéptico y, la verdad, dicho así, entiendo su postura.

En plan «sí, la última vez que hablamos con ella ninguno de nosotros teníamos ni idea de que acabaría siendo la compañera de Hudson y que querríamos romper ese vínculo. Pero aun así tiene parte de razón. Sobre todo si tenemos en cuenta lo poco que confía Hudson en ella». Cuesta confiar en alguien que comparte la información solo cuando quiere.

—¿Por qué hace la Sangradora cualquier cosa? —le espeta Hudson, y esta vez muestra algo de colmillo—. No creo que nadie vaya a discutir que la mujer se guía por sus propios intereses, los conozcamos o no. Además, la Corona no es un artefacto de una facción. No podría habernos ayudado la vez anterior, ya que no habría funcionado en el hechizo de Grace. Y creo que podemos estar todos de acuerdo en que matar a la bestia era misión imposible, así que probablemente sabía que no arriesgaba nada. —Se encoge de hombros.

—¿Y crees que la Corona puede hacer algo por nosotros ahora? ¿En serio? —Luca suena tan escéptico como Mekhi.

—No lo sé. —Levanto las manos derrotada—. Ha sido una mala idea. Me he asustado al pensar que puedan arrestar a Hudson y...

—¡No hagas eso! —ruge Hudson, y por primera vez desde que Jaxon y la Orden han llegado da un paso hacia delante y se coloca ligeramente delante de mí—. No tienes que darle ninguna excusa —continúa, fulminando con la mirada al resto de los vampiros presentes.

Empiezo a crecerme, por si acaso tengo que interponerme entre dos vampiros agresivos, pero Jaxon da un paso adelante al mismo tiempo. Y Liam retrocede de inmediato.

—¿Por qué la Bestia Imbatible? —quiere saber, y nos mira de nuevo a Hudson y a mí—. ¿Por qué cree que sabe dónde está la Corona? Y, aunque lo supiera en su día, ¿es consciente del estado en que se encuentra la bestia ahora? Sé que puedes oírla en tu cabeza, Grace, pero ¿de verdad crees que es capaz de mantener una conversación contigo, por no hablar de decirte dónde se oculta la Corona?

Tiene razón, y he pensado mucho en ello desde que la Sangradora nos advirtió que tendríamos que encontrar al Herrero primero.

—Cuando rompamos sus grilletes, mejorará —le digo a Jaxon—. Dice que son las cadenas encantadas las que la han hecho así. No debería haber estado atrapada tanto tiempo.

—Ya intentamos romperlas —me recuerda—. No funcionó.

—Por eso se supone que tenemos que encontrar a alguien llamado «el Herrero». Fue él quien forjó las

cadenas.

—¿Y dónde está? —pregunta Jaxon con ambas cejas enarcadas.

—Empezaremos con los gigantes —responde Hudson.

—¿Los gigantes? —repito totalmente sorprendida ante su sugerencia. Si algo he aprendido durante las últimas semanas es que Hudson siempre tiene un motivo para todo lo que dice y hace, pero no tengo ni idea de cuál puede ser en esta ocasión.

La Sangradora no mencionó a los gigantes para nada, y él tampoco, lo que hace que me pregunte de dónde ha sacado esto. Aunque tengo que admitir que la idea de ir a ver dónde viven me entusiasma y me asusta al mismo tiempo. ¿Vamos a trepar por unos tallos de judías enormes? Y, en tal caso, ¿cómo se ocultan de los aviones que pasan y de los satélites de la NASA?

—Se los conoce por trabajar el metal —explica Luca tranquilamente—. Y la verdad es que es bastante buena idea empezar por ellos. —Suena hasta sorprendido.

Espero que Hudson se ofenda un poco, pero solo pone los ojos en blanco y suelta:

—«Maldito por débiles elogios».

Al parecer, Jaxon no es el único al que le gusta citar mal *Hamlet*...

—¿Hay algún sitio en particular donde encontrar a buenos gigantes que trabajen el metal? —señalo, y mi mirada pasa de vampiro a vampiro, pero ninguno parece querer contestarme, de modo que resoplo—. ¿O tengo que ir a buscar tallos de judías gigantes en alguna parte?

Luca ríe disimuladamente, pero Hudson parece no pillarlo.

—No estoy seguro de que los gigantes cultiven judías ahí, pero...

—No me refería a judías de verdad. —Le pongo una cara rara—. Me refería a tallos... ¿como los del cuento de Jack? Ya sabes, el de las habichuelas mágicas. —Sigue sin entender—. Las judías crecen en un tallo enorme que llega hasta el cielo. Y el tal Jack, que es un niño, lo escala y en lo alto se encuentra un gigante. —Sigue negando con la cabeza como que no tiene ni idea de qué estoy hablando, y mentiría si dijera que no me quedo un poco estupefacta. Ha leído literalmente sobre cualquier cosa, pero ¿se le han escapado los cuentos más básicos? ¿Cómo es posible?—. Da igual —le digo, y niego con la cabeza—. No es importante.

Parece querer decir algo más, pero Jaxon interviene:

—A ver si lo he entendido. —Nos mira a Hudson y a mí—. ¿Queréis que vayamos a buscar a un gigante, tal vez mítico, tal vez no, a Ciudad Gigante con la esperanza de averiguar cómo romper las cadenas de la Bestia Imbatible y de que ella pueda saber dónde está la todopoderosa Corona?

No voy a mentir, expuesto así suena un poco absurdo.

—No sé qué es lo que quiero —le digo al cabo de un segundo—. Lo que sé es que no quiero entrar en una guerra sin cuartel con tu padre...

—Ya es demasiado tarde para eso —interrumpe Hudson, y suelta una risotada.

—¿Y qué te parece que no quiera ver cómo vas a la cárcel porque tu padre sea un capullo? Y, desde luego, yo tampoco quiero ir. —Levanto los brazos exasperada y miro

a mi alrededor—. Si alguien tiene una idea mejor, que me la diga. Porque tengo un montón de trabajo que hacer hasta la graduación, y lo último que quiero es perder el tiempo buscando gigantes si no es necesario.

Espero a que Jaxon diga algo, a que Hudson, Mekhi o Luca me digan que hay un millón de ideas mejores, pero no tardo mucho en darme cuenta de que, con quejas o no, con sarcasmo o no, ninguno de ellos tiene una idea mejor. Al menos no una que pueda evitar que arresten a Hudson, y tal vez a mí... o algo peor.

—Bien —digo cuando el silencio ya se ha alargado demasiado—. Entonces ¿por dónde empezamos? —Por lo que a mí respecta, cuanto antes encontremos al Herrero, antes podremos librar a Hudson (y a mí) de su padre para siempre. Pero, de nuevo, nadie responde—. ¿En serio? —pregunto—. ¿Ni siquiera vais a intentar ayudarme a idear un plan? —Me olvido de los demás y miro a Hudson y a Jaxon. Ellos tienen que ayudarme.

—No es que no queramos ayudar —dice Mekhi con tono tranquilizador—. Es solo que, para ir contra Cyrus, deberíamos tener algo más sólido que un plan de «tal vez un gigante nos ayude». ¿Y si llegamos a Ciudad Gigante y nadie nos ayuda, y en cambio sí que informan a Cyrus de lo que estamos haciendo?

—Pues no nos queda más remedio que arriesgarnos, ¿no? —Al ver que nadie asiente, ni siquiera Hudson, no me molesto en ocultar mi enfado—. Vale. Yo voy a intentarlo. El resto podéis hacer lo que queráis..., pero tendréis que hacerlo fuera de mi habitación.

—¿Porque no estamos de acuerdo contigo? —me desafía Mekhi.

—Porque estoy agotada. He volado hasta la cueva de la Sangradora y he vuelto en el mismo día, y lo único que quiero es dormir un poco. —Me acerco a la puerta y la abro —. Gracias por la advertencia. Estoy más que dispuesta a dar con la manera de evitar que Cyrus arruine la vida de Hudson y la mía para siempre. Pero... —Exhalo un largo suspiro—. Mañana. Esta noche solo quiero comerme mi sándwich de queso fundido, beberme mi lata de Dr Pepper y dormir.

Por un momento nadie se mueve. Entonces Jaxon levanta la barbilla señalando la puerta y el resto de la Orden empieza a desfilar.

Él se dispone a seguirlos, pero en el último segundo se vuelve y me lanza una mirada de advertencia.

—Centrar todas tus esperanzas en encontrar la Corona no va a acabar bien para ninguno de nosotros. Necesitamos un plan mejor.

—No te lo discuto —le digo—. En cuanto se te ocurra algo, ya sabes dónde encontrarme. Hasta entonces, buenas noches. —Miro a Hudson y le señalo la puerta yo misma—. A los dos.

Hudson no dice nada, pero está claro que está tan molesto como Jaxon cuando cierro la puerta una vez que han salido. Y lo siento, porque ahora mismo... ahora mismo necesito tener un ataque de pánico en toda regla, y lo último que quiero es que Hudson lo vea.

Porque si algo sé es que Hudson es capaz de cometer alguna locura y hacer que lo maten, si es que no lo

encierran en esa prisión que lo torturará durante el resto de su vida inmortal, con tal de protegerme.

Solo espero haber conseguido el tiempo suficiente como para mantenerlo a salvo hasta el alba.

36

Como un monstruo a una llama

—Oye, ¿cuánto sabes realmente acerca de la Corona? —le pregunto a Hudson la tarde siguiente mientras trabajamos en nuestro proyecto extra de ética en la biblioteca.

Parece algo receloso cuando levanta la vista del libro que está leyendo *(El banquete)* en griego antiguo, el muy fanfarrón.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no parecía que supieras nada sobre la Corona cuando la Sangradora la mencionó ayer por la tarde. Pero cuando estuvimos hablando con la Orden anoche, actuabas como si lo supieras todo.

—Sé lo mismo que sabe todo el mundo —responde antes de agachar la cabeza y seguir leyendo.

—No me lo creo —replico—. Dijiste que tu padre estaba obsesionado con ella.

Esta vez, ni siquiera se molesta en levantar la vista del libro cuando contesta:

—Mi padre está obsesionado con ella. Pero, por si no te habías dado cuenta, Cyrus y yo no somos, lo que se suele decir, íntimos.

Espero a que diga algo más pero, cómo no, no lo hace. Es Hudson, al fin y al cabo, y «escueto» es su segundo nombre cuando está de mal humor, que es el caso, aunque no sé por qué.

—¿En serio vamos a estar haciendo esto todo el día? —pregunto y suelto un suspiro de frustración.

Alza una ceja.

—¿El qué?

—Pues esto. —Hago un gesto que engloba el espacio que nos separa—. Yo intento hablar contigo y tú actúas como si te estuviese arrancando los colmillos.

—En realidad los vampiros mueren si les arrancas los colmillos, así que me temo que la lucha sería mucho más violenta que esta situación. —Pasa la página con énfasis.

Yo no estoy tan segura, teniendo en cuenta que voy a montar en cólera como pase otra página así. Aunque…

—Nunca había oído eso sobre los colmillos.

—Qué sorpresa.

Enarco una ceja.

—Creía que para matar a un vampiro había que clavarle una estaca en el corazón, no…

—¿A quién no lo mata algo así? —Pone los ojos en blanco —. Y claro que no habías oído hablar de lo de los colmillos antes. No vamos por ahí pregonando nuestras

vulnerabilidades a los humanos para que vengan a pisotearnos.

—Ya, pero... —Dejo la frase a medias cuando me doy cuenta de que en realidad no tengo nada que decir ante eso. Y Hudson ha vuelto a sumirse en su lectura de todos modos. Menuda sorpresa.

Miro el libro que tengo delante: *Acerca del alma*, de Aristóteles (y, desde luego, no en griego original), e intento centrarme en mi parte del proyecto. Cuanto antes termine de leerlo, antes podré responder a la parte de Aristóteles de la cuestión ética, y antes podré alejarme de este Hudson tan cabreado.

Aunque no puedo concentrarme cuando está ahí echando humo en silencio. Puede que él sea capaz de entender lo que está leyendo cuando está enfadado, pero para mí bien podría estar el texto en griego. Y eso significa que nunca vamos a acabar este proyecto si no encontramos la manera de relajar el ambiente entre nosotros.

Y esa es la única razón que me lleva a preguntarle al final:

—Oye, ¿qué te pasa? —O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Hasta que responde:

—Nada.

—Eso es mentira y lo sabes —le indico—. Estás pasando de mí, y no sé por qué.

—Estamos juntos en una mesa en la biblioteca, trabajando en el mismo proyecto, y he respondido a cada una de tus preguntas —dice con un tono británico tan

remilgado que solo aviva las llamas de mi ira—. ¿Me puedes explicar dónde ves tú que esté pasando de ti?

—Pues no lo sé, pero lo estás haciendo. Y no me gusta.

Y sí, soy perfectamente consciente de lo ridícula que sueno, pero me da igual. Sé cuándo me están ignorando sin ignorarme y eso es justo lo que está pasando aquí. Lo cual es injusto, teniendo en cuenta que lo único que quería anoche era no asustarlo mientras me desmoronaba por completo.

—Ya, bueno, serán cosas de gárgola —me suelta, y pasa otra página con demasiado énfasis una vez más, y eso es la gota que colma mi vaso.

Me inclino hacia delante y, sin darme la oportunidad de cambiar de idea, le tiro el libro al suelo.

Espero que se vuelva loco, que me pregunte qué narices estoy haciendo. Pero, en lugar de eso, simplemente me mira, mira el libro, vuelve a mirarme a mí y dice:

—¿No te gusta Platón?

Aprieto los dientes.

—Ahora mismo no.

—Al parecer Jaxon y tú tenéis más en común de lo que pensaba —responde mientras se agacha para recoger el libro. Y acto seguido se pone a leerlo de nuevo.

—¿Sabes qué? No voy a hacer esto contigo —le aseguro, y cojo mis cosas y empiezo a meterlas en la mochila sin fijarme en lo que estoy haciendo. De repente oigo que un papel se rasga, pero estoy tan furiosa que ni siquiera me importa.

—Vaya, menuda sorpresa —responde, y esta vez cuando pasa la página lo hace con tanta fuerza que estoy segura de

que rasga algo también. Pero no pienso quedarme para averiguarlo. Voy a irme a mi cuarto a acabar mi mitad del proyecto, y él que haga la suya solo.

—¿Y luego soy yo la que no se enfrenta a los conflictos? —digo, y me doy media vuelta y me voy.

Voy echando chispas todo el camino hasta las escaleras y por el pasillo. Tengo cosas que hacer hoy. Un montón de cosas. Y no tengo tiempo para las tonterías de Hudson. Está claro que ser sarcástico es su estado natural, pero no así. No conmigo.

Ojalá supiera qué lo ha provocado. A lo mejor así podría hallar la manera de solucionarlo. Pero cuanto más tiempo pasábamos en la biblioteca, más enfadado estaba, y no tengo ni idea de por qué. Como tampoco entiendo por qué me ha dicho lo de los colmillos, cuando está claro que está tan cabreado conmigo.

Sigo intentando averiguar el porqué cuando giro la última esquina antes de llegar a mi cuarto... y me lo encuentro apoyado contra la pared, junto a mi puerta. Uf. Vampiros.

—Siento haber sido un capullo —me dice con su perfecto acento británico.

—¿No querrás decir «un gilipollas»? —le contesto mientras abro la puerta.

Asiente ligeramente con la cabeza.

—Ese adjetivo me parece un poco fuerte, pero bueno. Si te hace sentir mejor, he sido un gilipollas.

—Un capullo —repito mientras cruzo el umbral de mi habitación. Y no puedo evitar sonreír cuando veo que intenta seguirme y se queda atrapado en el otro lado.

—¿En serio? —pregunta.

—No estás invitado a entrar. Mala suerte. —Me dispongo a cerrar la puerta, pero adelanta la mano y evita que se mueva.

Lo cual me sorprende bastante. Siempre he tenido la impresión de que ninguna parte de un vampiro podía entrar en una habitación si no se le daba permiso, pero está claro que eso no es verdad.

El hecho de no haber podido darle con la puerta en las narices me cabrea más todavía, así que empujo la puerta, aunque sé que no va a ceder.

Sin embargo, sí que se retira un poco, e incluso emite una especie de extraño gruñido.

—Para —dice con voz ronca.

—¿Qué pas...? —Dejo la frase a medias cuando miro su mano y veo que le están saliendo ampollas de quemaduras en la piel.

Por un segundo me quedo inmóvil debido al pánico, y entonces me doy cuenta de lo que está sucediendo.

—¡Pasa! —le grito con una voz varias notas más agudas que mi tono normal—. Pasa, pasa, pasa.

Las quemaduras deben de cesar al instante, porque suspira de alivio mientras suelta la puerta y atraviesa el umbral.

—Pero ¿a ti qué te ocurre? —le digo, y lo agarro del antebrazo para poder verle bien la mano y la muñeca. Ambas tienen pinta de haber estado expuestas a un fuego arrasador—. ¿Por qué has hecho eso?

—Quería disculparme.

—¿Calcinándote? —exclamo indignada, y lo arrastro hasta mi cama—. Deja que al menos te la vende.

—No es nada —me asegura—. No te preocupes.

—Está claro que es algo —le contesto, porque aunque las ampollas han menguado y el tejido subcutáneo ya no se ve, siguen pareciendo quemaduras de segundo grado al menos —. Será un momento. Tengo un botiquín de primeros auxilios en la mochila.

Sonríe dulcemente.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, pero entonces caigo—. ¿De cuando estuvimos atrapados juntos?

—Atrapados, qué palabra tan dura —responde, y su sonrisa se vuelve más traviesa. Y me noto una mariposa en el estómago. O dos... O cien. No es que las esté contando.

—Ya, bueno, ahora mismo no me sale ser más simpática —digo de mala gana, aunque no es del todo cierto. Pero tampoco deja de ser verdad—. No me puedo creer que te hayas hecho esto.

No dice nada más, ni yo tampoco, mientras le pongo una pomada antibiótica sobre lo que queda de las quemaduras. No sé si eso funcionará con los vampiros, pero imagino que tampoco le hará ningún daño. Después, como no puedo soportar la idea de que Hudson sufra por mi culpa, cierro los ojos y me centro en enviar energía sanadora a sus heridas, una por una. Procuro controlar la respiración para que no se dé cuenta de que la sanación consume de alguna manera mi energía. Y la verdad es que no lo hace, o al menos no mucho.

Estoy ya trabajando en la última cuando se aclara la garganta y afirma:

—No me gustó que me echaras anoche. Creía que habíamos decidido que íbamos a intentar que esto funcionara, y casi llegamos a... —Aparta la mirada un momento y me pongo colorada—. Ya sabes. Y después me echaste como a los demás.

Es lo último que esperaba que dijera. Recojo nerviosa la crema antibiótica y voy a guardarla de nuevo en el botiquín.

—Yo... —La verdad es que no tengo ni idea de qué responderle.

—Ya sé que es una tontería. Evidentemente tienes todo el derecho del mundo a echarme cuando quieras. Pero es que me había acostumbrado a... —Ahora es él quien deja la frase a medias.

—¿A estar en mi cabeza todo el tiempo? —le pregunto con una ceja enarcada. Porque lo entiendo. De verdad.

Creía que estaría encantada de la vida en cuanto me separase de Hudson y, en general, lo estoy. Pero a veces me apetece compartir algo con él y entonces me acuerdo de que no está ahí.

A veces desearía que estuviera ahí. A veces diría que me siento sola sin él.

Y siento eso después de solo un par de semanas teniéndolo en la cabeza (que yo recuerde). No me puedo ni imaginar lo duro que debe de estar siendo para él, que sí recuerda nuestros cuatro meses juntos.

—Puede que lo eche un poco de menos —admite por fin. Su renuencia solo logra hacerme sentir peor, al igual que el

hecho de que evite mirarme a los ojos.

—Lo siento —susurro mientras deslizo los dedos por su piel suave y ya curada—. En realidad no te estaba echando. Es que no soportaba estar rodeada de tanta testosterona vampírica con su *mansplaining* mucho tiempo más. Fue demasiado.

—Tienes razón. —Su sonrisa maliciosa ha vuelto, y eso me hace sonreír también.

—Si te hace sentir mejor, el sándwich estaba delicioso.

—¿En serio? —Parece algo escéptico, pero también ligeramente esperanzado.

—Y tanto. —Sonrío—. Estaba buenísimo.

Sus hombros parecen relajarse.

—Me alegro. Te prepararé otro algún día de estos.

No tengo ni idea de qué responder a eso, así que sonrío y asiento. Esto de ser compañeros, incluso aunque solo seamos amigos, es un trabajo sorprendentemente duro. Y, a la vez, no lo es.

37

Un sol encantador

—Que pases un buen día, Grace.

La voz de MacCleary, la profesora de Arte, me saca del estupor en el que llevo sumida todo el día y, cuando miro a mi alrededor, veo que soy la última persona que queda en el aula. Todos los demás han recogido y se han marchado ya.

—Perdón. —Sonrío a modo de disculpa y me pongo a recoger mis cosas todo lo rápido que puedo. Al menos ahora es la hora de comer, de modo que no tengo que preocuparme por llegar tarde a ninguna parte.

Como tengo una hora antes de mi próxima clase, decido saltarme los túneles y tomar el camino largo de regreso al castillo. Hace un día precioso, y quiero pasar unos minutos al sol si puedo.

Un viento frío me abofetea la cara en cuanto salgo del estudio, pero me da igual. Estamos en Alaska al fin y al

cabo, y sigue haciendo frío fuera. Pero es un frío agradable, del de llevar una sudadera y una bufanda en lugar de necesitar ir enfundado en mil capas.

Sin embargo mañana se espera tormenta, de modo que más me vale aprovechar el buen tiempo mientras pueda. En lugar de volver directa al castillo, me doy un paseo por los estudios de Arte hasta el camino que lleva al lago.

Lleva congelado desde que llegué aquí, aunque, conforme avanzo por el sendero, veo que el hielo por fin se ha derretido. El lago vuelve a ser un lago.

Paro un momento y me hago un par de selfis con el agua y el cielo azul intenso de fondo.

Acto seguido se los envío a Heather, con el pie de foto: «Tiempo de playa al estilo de Alaska».

Apenas unos segundos después me envía una foto suya en pantalones cortos y camiseta en la pasarela de Mission Beach con el mensaje:

Tiempo de playa al estilo playero.

Le envío el emoji de los ojos en blanco.

Qué amargada.

Lo acompaña del emoji que llora de risa.

Y tanto.

Me envía otra foto. En esta está haciendo cola para subir a la vieja montaña rusa de madera en la que solíamos montar cada vez que íbamos a Malibú Beach.

Ojalá estuvieras aquí.

Ojalá.

Iré a verte pronto.

Joder. Me había olvidado por completo de que pensaba venir a verme para la graduación.

Lágrimas de rabia me arden en los ojos, porque esta es otra de las cosas que Cyrus me ha fastidiado. Heather había planeado venir en las vacaciones de primavera, pero la convencí de que viniera para la graduación; sin embargo, ahora tampoco puedo dejar que venga, no si Cyrus y Delilah van a estar en el campus. Y no cuando sé que van a ir a por mí.

Cyrus no tendría ningún reparo en usar a una chica humana para hacerme daño, y no soporto la idea de que le pueda pasar algo a Heather. Mis padres ya murieron por mi culpa. Si Cyrus le hiciera algo... creo que jamás podría perdonármelo.

De modo que, aunque me mata tener que hacerlo, le escribo un mensaje rápido que sé que va a cabrearla.

No puedes venir a la graduación.

¿Por qué no?

No se permiten visitas.

Es una excusa malísima, pero no sé qué otra cosa decir. Contarle que un vampiro homicida me tiene en el punto de mira me parece una muy mala idea.

Si no quieres que vaya solo
tienes que decírmelo.
No hace falta que me mientas.

Lo siento. No es buen momento.

Espero a que me escriba algo más, pero no lo hace, y sé que eso significa que está cabreada. Y tiene todo el derecho del mundo, aunque solo estoy intentando salvarle la vida. Me planteo escribirle algo más, pero ahora mismo no tengo nada más que decirle. De modo que me meto el móvil en el bolsillo de la sudadera y empiezo a recorrer el largo camino hasta el castillo. Pero apenas he dado un par de pasos cuando veo un destello negro y morado en el cenador que está al otro lado del lago.

Casi decido hacer caso omiso (después de todo podría tratarse de cualquiera de los alumnos del Katmere), pero cuando se me eriza el vello de la nuca cambio de idea y me fijo mejor. Entonces veo a Jaxon mirándome directamente, sentado en la barandilla del cenador.

No he hablado con él desde que lo eché de mi habitación el sábado por la noche, pero eso no significa que no quiera hacerlo. De modo que sonrío, lo saludo con la mano y espero a ver si pasa de mí o me devuelve el gesto.

Al final no hace ni una cosa ni la otra. Simplemente salta de la barandilla.

Pero instantes después ya ha rodeado el lago y llega hasta mí.

—Hombre, hola —digo cuando se detiene a unos centímetros de mí.

—Hola. —No sonríe, pero ya me estoy acostumbrando, aunque ojalá no fuera así.

De manera impulsiva, me inclino para abrazarlo, principalmente porque se me hace raro no hacerlo, pero también porque de verdad quiero hacerlo. Después de todo es Jaxon y, aunque su mirada me provoca escalofríos, no

voy a apartarlo de mí. Y menos cuando ha hecho el esfuerzo de acercarse él.

Me da la impresión de que soporta el abrazo todo el tiempo que puede, unos diez segundos, antes de apartarse.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunta.

—Disfrutar del tiempo antes de mi siguiente clase. —Lo observo mientras empezamos a caminar y me alarmo al ver que parece más delgado que hace tan solo un par de días—. ¿Y tú?

Niega con la cabeza, se encoge de hombros y continúa caminando tan rápido que tengo que trotar para seguirle el ritmo.

No me gusta el silencio incómodo que se forma entre nosotros, de modo que pienso en algo que decir y me decido por...

—¿Has pasado un buen...? —Pero dejo la frase a medias porque ya sé cómo ha ido su fin de semana. Se ha pasado la mayor parte en la Corte con sus padres, de modo que probablemente haya sido un asco.

Sin embargo, sin un final, la primera parte de la frase sigue flotando ahí, esperando a que la acabe o a que él lime asperezas.

No obstante, lleva semanas sin hacerlo, desde que se rompió nuestro vínculo, y de repente estoy tan nerviosa que no se me ocurre nada que decir. No tengo nada que decirle a este chico que en su día fue mi compañero.

Y lo detesto.

¿Qué nos ha pasado? ¿Adónde han ido a parar todas nuestras conversaciones sobre todo y sobre nada? ¿Adónde han ido todos nuestros sentimientos?

No pueden haber desaparecido sin más, ¿no? Es imposible que solo estuvieran ahí por el vínculo. Algunos tenían que ser reales, para los dos.

Sé que los míos eran reales. De lo contrario no sentiría que se me parte el corazón en pedazos al pensar en todo lo que hemos perdido. Le comenté a Hudson que quería darle a nuestro vínculo una oportunidad, y lo decía en serio. Pero eso no significa que no pueda lamentar la pérdida de mi relación con Jaxon. Ojalá pudiéramos ser amigos al menos ahora.

«¿Qué nos ha pasado?», pienso de nuevo, y entonces me quedo helada al darme cuenta de que esta vez lo he dicho en voz alta.

El rostro de Jaxon se vuelve más inexpresivo todavía, algo que no creía que fuera posible teniendo en cuenta su gesto desde que lo he visto al otro lado del lago, y por un minuto estoy convencida de que no solo no va a responder, sino que además se va a largar.

Y no se lo reprocho. Estamos haciendo un gran esfuerzo por fingir cierta normalidad, y es una mierda que lo haya echado todo al traste.

Pero no se marcha, y tampoco pasa por alto lo que he dicho. Me mira con sus ojos oscuros, unos ojos que son de todo menos fríos, y responde:

—Joder, demasiadas cosas.

38

Promesas hechas, promesas rotas

Detesto admitirlo, pero no se equivoca. Han pasado demasiadas cosas como para que haya normalidad entre nosotros ahora. Puede que nunca vuelva a haberla. Es un asco, sí, pero siento cierto alivio al oír que lo admite, alivio de que las palabras y el sentimiento se hayan exteriorizado… pase lo que pase a continuación.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto cuando empezamos a caminar de nuevo.

—Lo mismo de siempre —responde Jaxon—. Lo que tengamos que hacer para sobrevivir.

—Ya, bueno, no estoy segura de que merezca la pena. —Me devano los sesos intentando pensar en un tema del que hablar que no nos implique a nosotros. Algo liviano. Algo de lo que hablarían dos ex que son amigos. Al final resuelvo decir—: En fin, con la cantidad de trabajo que tengo que

hacer para ponerme al día en clase de Historia, sobrevivir no parece tarea fácil.

Entonces aguardo, conteniendo el aliento, esperando a ver si Jaxon pone también de su parte. Esperando a ver si existe al menos la posibilidad de que podamos ser amigos.

No responde al instante y, durante un rato, el único sonido que se oye es el crujir de nuestras botas por el camino. El silencio se alarga tanto que al final me veo obligada a exhalar y, cuando lo hago, dejo caer los hombros, afligida por todo. Por lo que éramos y por aquello en lo que nos hemos convertido.

Pero entonces Jaxon me mira con el rabillo del ojo y pregunta:

—¿Aún estás agobiada con eso?

—Pues sí. Créeme, sé lo ridículo que suena estar ahogándose precisamente por la asignatura de Historia. Solo hay que memorizar, ¿no? No es para tanto. Pero, en serio, es mucho más difícil que eso. Hay un montón de casos prácticos que tenemos que analizar y sobre los que tenemos que opinar, y no tengo ni idea de qué se supone que debo pensar sobre ellos, y mucho menos de qué se supone que he de escribir.

—Imagino que debe de ser difícil enfrentarse a miles de años de historia por primera vez —añade.

—Pues sí. —Levanto las manos frustrada—. Conozco los acontecimientos históricos básicos, como lo de los juicios a las brujas de Salem, pero la nueva versión que me están enseñando es muy diferente a todo lo que había imaginado, y cuesta asimilarlo.

Jaxon emite un sonido compasivo.

—Sí, debe de ser duro.

—Lo es. Y mucho. Descubrir que lo que yo consideraba hechos históricos no son más que las versiones de una de las partes... —Uso la mano para gesticular que mi mente explota—. Es peor que la clase de Física del Vuelo, que ya es decir, porque en esa soy un auténtico desastre.

—¿Sabes, Grace? —Jaxon me mira con escepticismo—. No deberías reprimirte tanto. Deberías decirme cómo te sientes en realidad.

—Vaya, alguien se ha levantado extrasarcástico esta mañana. —Le saco la lengua—. Chúpame esto —le digo sacándole el dedo.

—¿No te importa que lo haga? —señala inclinándose hacia delante con los colmillos preparados, y me río y le doy un empujón.

Sin embargo, por un instante esa sensación tan desagradable desaparece y las cosas vuelven a ser como eran.

Jaxon debe de sentir lo mismo, porque pregunta:

—¿Cuál es el sabor de helado favorito de los vampiros?

Ahora soy yo la que lo mira recelosa.

—¿El de sorbete de sangre?

Se ríe.

—Buen intento, pero no. —Hace una pausa y después dice—: Ven-illa.

Qué malo. Es malísimo. Pero, por un momento, es como haber recuperado al antiguo Jaxon, y está tan pagado de sí mismo que no puedo evitar echarme a reír.

—Es horrible. Uf. Es muy muy malo. Lo sabes, ¿no?

—Pero te has reído.

—Sí, al parecer me gustan las cosas horribles.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, ya me he dado cuenta últimamente de que tienes esas tendencias.

Es un ataque directo a Hudson y en otro momento le llamaría la atención, pero las cosas están yendo tan bien que solo pongo los ojos en blanco y sigo caminando.

—Oye, si necesitas ayuda con la clase de Historia, estoy aquí —dice Jaxon después de recorrer unos cuatrocientos metros en silencio—. La Historia Paranormal es una asignatura especialmente obligatoria para un príncipe.

—Ah, claro. Me lo imagino. —Empiezo a pensar que debería rechazar su propuesta, no quiero agitar las aguas. Pero lo cierto es que el final del semestre se acerca y estoy muy agobiada—. Eso sería genial. Muchísimas gracias.

Jaxon parece algo incómodo, no sé si por haberse ofrecido a ayudarme o por el entusiasmo con el que he aceptado su oferta, pero estoy demasiado desesperada como para librarlo de su responsabilidad ahora. Así que añado:

—¿Cuándo empezamos?

Se encoge de hombros.

—Cuando quieras.

—Yo puedo esta tarde si estás libre.

—No lo estoy —me dice negando con la cabeza—, pero puedo estarlo. Cancelaré algunas cosas. Luego te envío un mensaje.

Ahora me siento mal.

—No hace falta que lo hagas. Puedo esp…

Me interrumpe con la mirada.

—Ya no puedes decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer.

—Ya, claro. —Suelto un bufido—. Como si esa hubiese sido la dinámica de nuestra relación.

Sonríe, pero no vuelve a hablar hasta que llegamos al sendero que lleva hasta la puerta del castillo.

—¿Cómo va todo? —pregunta—. Entre Hudson y tú, me refiero.

Parece una pregunta trampa que destruirá la frágil paz que se ha instalado entre nosotros. Pero al mismo tiempo tiene derecho a saberlo, más que nadie en todo el instituto, excepto nosotros dos. Suspiro.

—Es complicado.

—Es un chico complicado. —Jaxon enarca una ceja—. Pero me refería al tema del arresto. ¿Tenéis ya un plan?

—¿Te refieres a aparte de encontrar al Herrero? —Niego con la cabeza—. No, ninguno.

Asiente y traga saliva. Después pregunta en voz muy baja:

—¿Necesitáis ayuda?

—¿Para encontrar la Corona? —Me vuelvo para poder verle bien la cara—. Pensaba que no te gustaba la idea.

—Y no me gusta. —Tuerce la boca, y el gesto le hace resaltar la cicatriz—. Pero me gusta menos la idea de que mi hermano y tú vayáis a la cárcel, así que supongo que es mejor eso que nada.

—¿Aunque sea un callejón sin salida?

—Pero ¿qué oyen mis oídos? —Finge estar conmocionado —. ¿Negatividad? ¿Viniendo de ti?

Le doy un leve codazo en el costado.

—A veces pasa, ¿sabes?

—Bueno, pues déjalo. Aquí el pesimista soy yo, y tu trabajo es convencerme de lo contrario. Además, con las malas noticias del fin de semana ya tengo para una buena temporada, gracias.

No me sorprende, teniendo en cuenta que acaba de pasarse un par de días reuniendo información en la Corte Vampírica, pero tampoco es algo que me agrade escuchar.

—¿Tan malo fue? —pregunto.

—No fue bueno —responde con tono sombrío—. Cyrus anda pidiendo favores a diestro y siniestro, y se enfada cada vez más si esos favores no se le brindan en cuanto los solicita. El Círculo está diezmado. Las brujas y los vampiros se han alineado contra los vampiros y los lobos.

—Pensaba que siempre había sido así.

Se respiraba una gran tensión cuando estuvieron aquí para el torneo Ludares y la prueba. Di por hecho que era algo normal.

—Hasta cierto punto, sí. En nuestro Círculo definitivamente no reina la paz y la cohesión como sucede en otros casos, pero las cosas nunca han estado tan mal como ahora. Al menos no desde que yo existo. Cyrus tiene sed de sangre.

—Ya, lo sé. De la mía —digo en un intento de relajar el ambiente, pero la mirada que me lanza Jaxon, así como la frialdad que vuelve a destilar, me indican que no lo he conseguido.

—No dejaremos que eso suceda —dice—. Hudson y tú ya habéis sufrido bastante. Pero de un modo u otro se avecina

una guerra. Solo tenemos que asegurarnos de estar preparados para ella.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? —pregunto—. Estoy algo ocupada intentando graduarme y poniendo en orden el tema de mi vínculo. No tengo tiempo para ir a la guerra.

A juzgar por su expresión, mi segunda broma le causa tan poca gracia como la primera. Aunque, bueno, Jaxon nunca se ha tomado el tema de mi seguridad a la ligera. No se lo reprocho, pues a mí me sucede lo mismo con la suya.

—¿Qué vamos a hacer? —vuelvo a preguntar.

Niega con la cabeza.

—Todavía no lo sé. Pero lo averiguaremos. Te lo prometo.

—Vaya. ¿Es optimismo lo que oigo dos veces en una misma mañana proviniendo de Jaxon Vega? ¿Qué pensará el universo?

—Si tú no se lo dices, yo tampoco lo haré.

Me río, aunque no estoy segura de que esté bromeando. Pese a todo, me dispongo a chincharlo un poco más, lo que sea con tal de calmar esa gélida amargura que le ha estado invadiendo estos días, pero me detengo cuando me doy cuenta de que ya estamos ante los escalones de la entrada al castillo.

Va a subirlos, pero lo detengo poniéndole una mano en el brazo.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué? —Me mira con recelo.

—Por... todo —respondo incapaz de decir nada más porque se me cierra un poco la garganta por la pena de lo

que hemos perdido mezclada con la esperanza de que tal vez podamos recuperar nuestra amistad.

Por impulso, lo abrazo de nuevo, y esta vez tiro de su cabeza hacia abajo para que nuestras frías mejillas se peguen. Al principio no cede, pero me da igual.

—Te echo de menos —le susurro mientras lo estrecho unos segundos más. No hay ninguna insinuación en mis palabras, y sé que él lo entiende. Lo último que quiero es darle falsas esperanzas, pero merece saber que su amistad significa para mí tanto como significaba el vínculo.

Me rodea con los brazos, pero no me responde nada. De hecho, no dice nada en absoluto. Aunque me sostiene durante varios segundos más antes de soltarme. Lo cuento como una victoria, al menos hasta que veo su rostro inexpresivo y me doy cuenta de que cualquier victoria que pensara que había logrado durante el paseo se ha borrado por completo.

Es frustrante, exasperante, y me dan ganas de gritarle. De preguntarle por qué hace esto, por qué me trata así cuando no he hecho nada para merecerlo.

Pero ya no está conmigo, está tan lejos de mí que sé que no importará lo que diga. Que no lograré llegar hasta él.

De modo que, en lugar de seguir humillándome, le ofrezco la misma sonrisa de despedida y le hago el mismo gesto con la mano que cuando lo he saludado en el cenador hace un rato. Después subo los escalones y me digo a mí misma que tengo demasiado trabajo como para andar preocupándome por lo que le pueda pasar a un tío que ha dejado bastante patente que para él soy o todo o nada. Y que el «nada» ha ganado.

Pero en el instante en que abro la puerta del instituto Katmere, me doy cuenta de que tengo un problema más grande que lo que está sucediendo entre Jaxon y yo. Porque todos los alumnos de la entrada y las áreas comunes están paralizados por la expectación mientras tres lobos rodean a Hudson estrechando cada vez más el círculo.

39

A todos los cerdos no les llega su San Martín

—¡Parad! —grito, y me dispongo a meterme en la pelea, pero ahora Jaxon está a mi lado de nuevo, y me sujeta del brazo con fuerza—. ¡Suéltame! —exclamo mientras intento quitármelo de encima.

—No puedo —me dice—. Si te metes en medio, solo conseguirás hacerlo parecer débil.

—¡Es débil! —chillo—. Sus poderes están mermados. —Cosa que está empezando a parecerme una idea muy mala por parte de mi tío...

—Por eso precisamente han ido a por él —me dice Jaxon como si fuera lo más natural del mundo—. Saben que esta es su mejor oportunidad. Tiene que derrotarlos él solo, o esto no dejará de pasar.

—¡¿Y si no puede?! —grito cuando uno de los atacantes se transforma de manera que sigue siendo sobre todo

humano pero con cabeza y dientes de lobo—. ¿Y si le hacen daño?

Jaxon me mira como si se sintiera insultado, con la misma expresión que me puso Hudson el otro día en la biblioteca, como si fuese un sacrilegio imaginar siquiera que un vampiro no pueda contra tres lobos.

Pero yo no lo tengo tan claro. Y menos con tantos alumnos alrededor alentando a los lobos pese a que Hudson no se achanta.

Ni siquiera está alterado, ahí en medio de Marc (debería haber acabado con ese gilipollas en el campo del Ludares cuando tuve ocasión) y otros dos lobos a quienes reconozco de algunas clases aunque no sé cómo se llaman.

No, Hudson parece divertido, cosa que debería tranquilizarme un poco si no estuviera cabreando tanto a los lobos. Y si pareciera, aunque fuera un poco, que se está tomando la amenaza en serio.

Pero no lo parece en absoluto, pese al hecho de que los tres están a un brazo de distancia de Hudson ahora. Me concentro con todas mis fuerzas en convencerlo para que acabe con esto ahora mismo y se vaya, pero no lo hace. Pienso en intentar llegar a él a través del vínculo, en hacerle saber que estoy aquí, pero tengo miedo de que se distraiga.

No quiero darles ningún motivo para que dejen de jugar con él y le salten directamente a la yugular. Pero eso no significa que esté de acuerdo con quedarme aquí atrás, fuera de su alcance si me necesita.

—Suéltame —le digo a Jaxon tranquila—. No voy a intentar interponerme entre ellos.

Jaxon vacila, pero debe de pensar que hablo en serio, porque afloja la mano considerablemente pese a que mi tácito «todavía» pende en el aire que nos separa. No voy a interponerme entre ellos todavía.

Ahora que Jaxon me agarra más como brindándome apoyo que como una restricción, empiezo a abrirme paso entre la multitud cada vez más numerosa hasta que estoy casi delante del todo. Pero cuando me dispongo a dar el paso final para ponerme en primera fila, con Jaxon justo detrás, el grupo de lobos que tengo delante de mí me impide el acceso de forma deliberada.

A menos que queramos empezar una pelea propia, Jaxon y yo nos tenemos que conformar con quedarnos aquí.

—No pasa nada —me susurra, aunque el tío con la cabeza de lobo se inclina y hace además de morder a Hudson. Sus dientes se cierran a escasos centímetros de la cara de mi compañero.

Me trago un gritito cuando Hudson lo esquiva. Después enarca una ceja con aire sarcástico y pregunta:

—No creerás que eso va a impresionarme, ¿verdad? Estoy convencido de que hasta tus pulgas tienen una mordedura más fuerte que la tuya.

—¿Tiene que provocarlos de esa manera? —protesto.

La última vez que Jaxon se peleó con los lobos, simplemente llegó y les dio una paliza. Fue algo aterrador, pero esto… esto es mucho peor. La tensión de preocuparme por que Hudson se enfrente a ellos sin sus poderes me está matando. Jaxon suelta un bufido.

—Perdona. ¿Conoces a mi hermano?

Tiene razón, pero eso no hace que me resulte más fácil la situación. Y menos cuando el lobo carga de nuevo y llega tan cerca que juraría que Hudson consigue olerle el aliento antes de desplazarse unos cuantos pasos atrás.

Esta vez alza ambas cejas mientras mira por encima de su hombro.

—¿Lo de la sarna te viene de familia? Porque, si no es así, deberías hacértelo mirar.

Los tres lobos gruñen a la vez, tan fuerte que el sonido reverbera en la estancia. Estoy tan nerviosa que me entran náuseas. Siento que el corazón se me acelera, así como una presión en el pecho mientras el pánico se apodera de mí.

—Tiene que acabar con esto —le digo a Jaxon con un hilo de voz.

—Lo que tiene que hacer es dejar de jugar con la comida y darles una paliza de una vez —ruge Jaxon, lo que significa que a él también le puede la tensión.

—A lo mejor no es capaz de hacerlo —susurro cuando veo que Hudson esquiva otra mordedura y sigue sin atacar —. A lo mejor necesita sus poderes…

—Menuda fe tienes en tu compañero, Grace. —Doy un pequeño respingo al oír la voz de Mekhi justo por encima de mi hombro.

—No es falta de fe en él —le respondo sin volverme. Me aterra que a Hudson lo despedacen delante de mí si parpadeo—. Es una total falta de confianza en que los lobos tengan el mínimo ápice de honor.

—En eso tienes razón —coincide Mekhi, y cambia de posición y se coloca al otro lado de mí, y al mismo tiempo Luca y Flint se sitúan justo detrás. No estoy segura de si

están intentando protegerme o si están tomando posiciones para intervenir en caso de que Hudson los necesite. Sea como fuere, me alegro de que estén aquí, aunque con sus cuerpos tan enormes a mi alrededor siento que me falta el aire.

—Hudson lo tiene controlado, Grace —me susurra Flint al oído.

Me trago un grito cuando el cabeza de lobo ataca de nuevo. Hudson, por su parte, no parece impresionado. Simplemente mira a la multitud y pregunta:

—¿Por qué no hay nunca un periódico a mano cuando lo necesitas? —E incluso finge golpearle al lobo en el hocico —. Perro malo.

La mitad de la multitud se queda anonadada (yo incluida) mientras que la otra mitad se parte de risa, incluidos mis amigos. Hasta Jaxon se ríe, y eso es antes de que Hudson continúe con el acento británico más marcado que se pueda imaginar.

—Siento interrumpir vuestra pequeña... ¿emboscada? Pero con toda esa espuma en la boca, estimaría prudente preguntar si os habéis vacunado de la rabia.

Esta vez es Marc el que va a por él. Su mano se transforma en una garra que va directa a la cara de Hudson, quien, por su parte, debe de haber decidido que ya ha provocado bastante a los lobos, porque en lugar de esquivarlo esta vez se queda donde está y se inclina hacia atrás lo justo para que la garra aterrice en un lado de su cuello en lugar de en su mejilla.

Ni siquiera me esfuerzo en intentar detener el grito que estalla en mi garganta, me habría sido imposible de todas

formas. Jaxon me agarra del hombro derecho, y Flint del izquierdo.

—Lo ha hecho para no meterse en líos con Foster. Ha dejado que sean ellos los primeros en derramar sangre.

—Pues lo ha hecho de maravilla —respondo con tono sarcástico, porque la sangre fluye libremente de los arañazos.

Es más, ha envalentonado a Marc y a los otros, que ahora se aproximan a Hudson: Marc y el cabeza de lobo por delante y el tercero de ellos por detrás, con pinta de querer arrancarle a su presa las extremidades una por una.

Espero a que Hudson responda, espero a que dé alguna pista de cómo piensa gestionar este último ataque. Pero, durante lo que me parece una eternidad, no hace nada más que observarlos. Sus brillantes ojos azules miran a los dos tipos que se le aproximan por delante.

Me preocupa más el de atrás, el que no puede ver, aunque Hudson debe de intuirlo porque cambia de postura, asegurándose de que su espalda queda contra la pared. Pero es el único movimiento que hace mientras todo parece estar sucediendo a cámara lenta.

Los segundos parecen minutos, y el sudor me cae por la espalda. Estoy aterrorizada y convencida de que, como no pase algo pronto, acabaré lanzando tal grito que el castillo se vendrá abajo o saldré corriendo a interponerme entre Hudson y los lobos. O las dos cosas.

Probablemente las dos cosas.

Pero justo cuando Jaxon se tensa a mi lado (creo que con pensamientos similares en la cabeza) y empiezo a rebuscar en mi interior el hilo de mi gárgola, Marc corre hacia

Hudson, con los otros dos inmediatamente detrás. Y Hudson... Hudson hace lo último que esperaba que hiciera. Jamás.

Agarra a Marc por los hombros y lo levanta varios centímetros del suelo. Pero en lugar de lanzarlo por los aires y pasar al siguiente, no lo suelta. Alza los brazos y los coloca a un lado (sin dejar de sujetar a Marc) y balancea al lobo, que no para de gruñir y de forcejear, como si fuera un bate de béisbol y golpea con él al cabeza de lobo como si este fuera la pelota.

Al parecer, Hudson es un bateador increíble, porque el cabeza de lobo sale volando, atraviesa el vestíbulo y sale por las puertas aún abiertas del castillo. Después, en lugar de soltar a Marc como haría la mayoría de los jugadores con sus bates, sigue balanceándolo hasta que su cuerpo impacta contra la pared de piedra y las leyes de la física hacen su trabajo.

La multitud sofoca un grito al oír cómo se rompen tanto los huesos como la piedra.

Hudson lo deja caer hecho un amasijo de extremidades y costillas rotas antes de volverse para enfrentarse a su siguiente amenaza. El tercer lobo debe de tener ganas de morir o complejo de Dios, porque cualquiera con un mínimo instinto de supervivencia está retrocediendo, incluidos el resto de los lobos presentes.

No sé si tiene miedo de quedar mal o de que su manada le cante las cuarenta después, pero, por el motivo que sea, corre directo hacia mi compañero como un misil vampirodirigido. Hudson ni siquiera pestañea. Se prepara para el ataque, con los pies firmemente afianzados en el

suelo y los brazos sueltos a los lados hasta un segundo antes de que el lobo lo alcance. Entonces le da una patada con todas sus fuerzas en la rótula.

El lobo cae al suelo soltando un quejido agudo, pero Hudson aún no ha terminado con él. Extiende la mano y le da tal bofetada que le cruza la cara.

Todos los presentes se encogen, y no necesito preguntar por qué. Puede que sea nueva en el mundo paranormal, pero no hace falta ser una experta para saber que ese es el mayor insulto que cualquier macho de cualquier especie pueda lanzarle a otro.

Incluso antes de que Hudson se agache y le diga:

—La próxima vez que queráis jugar, os sugiero encarecidamente que hagáis que me merezca la pena. No hay nada que odie más que aburrirme. —Y, después, para mayor escarnio, le da unas palmaditas en la cabeza—. Buen perrito —añade antes de desempolvarse las manos y venir directo hacia mí.

40

El club de la lucha o del miedo

A mi alrededor los chicos celebran con júbilo el triunfo de Hudson (en fin, cosas de la testosterona), pero yo estoy totalmente conmocionada. He pasado tanto miedo, estaba tan segura de que iban a destrozarlo, que me está costando superarlo.

Me abalanzo sobre él en cuanto se acerca y lo abrazo con fuerza.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le digo.

—¿El qué? —Se aparta para mirarme, con las cejas enarcadas y una sonrisa de confusión en la cara—. ¿Darle una paliza a un lobo? Porque me temo que no puedo prometerte eso.

Lo miro mal, me aparto y pongo los brazos en jarras.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. ¡Me moría de miedo de que pudieran hacerte daño!

—He intentado explicarle que puedes con unos cuantos lobos, por muy mala que sea su actitud, pero no ha habido manera —le dice Mekhi.

—¿Por qué han hecho eso? —pregunto mirando a Hudson, Flint, Luca, Mekhi y Jaxon, que de repente está interesado en mirar a cualquiera menos a mí.

—¿A qué te refieres? —dice Flint extrañado.

—¿Por qué iban a atacar a Hudson sin ningún motivo? No tiene sentido.

Los cinco me miran con distintos grados de diversión.

—Claro que lo tiene —responde Luca por fin—. Ahora que Cole no está, hay un vacío de poder. Están luchando por el puesto del alfa. Era una exhibición de dominio, así de simple.

—Querrás decir de falta de dominio —suelta Mekhi—. Bueno, excepto por mi Hudson aquí presente.

Hudson solo niega con la cabeza y parece más desconcertado a cada segundo que pasa. Aunque, bueno, supongo que se le debe de hacer extraño ver que hay gente que le apoya, que cree en él y que de verdad quiere que las cosas le vayan bien.

Al menos hasta que el tío Finn viene corriendo por el pasillo, dispuesto para el ataque.

—¡Hermanos Vega! —exclama mirando a Hudson y a Jaxon—. A mi despacho. —Al ver que ambos se quedan mirándolo sin reaccionar, añade—: ¡Ahora! —con una voz que hace que todos los presentes se pongan firmes, incluidos los dos hermanos Vega.

—¿Qué he hecho yo? —pregunta Jaxon con cara de sentirse insultado.

Pero el tío Finn le responde:

—Algo, no me cabe duda. —Señala hacia el pasillo que lleva a su despacho y, después, se vuelve hacia Marise, la vampira que dirige la enfermería, y le dice—: Traslada a los tres lobos al ala de enfermería. Que te ayuden algunos de los otros alumnos de último curso si es necesario. Luego me paso para comentarles el castigo. Mientras tanto... —Se vuelve hacia las salas comunes todavía atestadas y ordena —: ¡Dispersaos!

Esta vez, nadie vacila. En cuanto sus ojos barren la estancia, la gente empieza a moverse.

La verdad es que estoy impresionada. No me había dado cuenta de la autoridad que es capaz de ejercer el tío Finn. Siempre me ha parecido el típico director amable que dirige con amor y no mediante el miedo, pero al parecer sabe cómo infundir ese miedo cuando es necesario.

Espero a que la sala se vacíe del todo antes de acercarme a él, pero apenas he llegado a su lado cuando dice:

—Tú también, Grace.

Su voz es mucho más suave conmigo que con los demás, pero no cabe duda de que también es una orden. Pese a todo, me gustaría explicarle lo que ha sucedido.

—Pero, tío Finn, esto no ha sido culpa de Hudson...

—Eso no lo decides tú. —Por primera vez, su voz es fría conmigo. Mi encantador tío Finn ha desaparecido, y en su lugar está ahora este director cabreado que, por lo visto, no piensa aguantar tonterías de nadie. Ni siquiera de mí—. Venga, a clase. El timbre sonará en cualquier momento.

Casualmente, justo en ese instante empieza a sonar el estribillo de la vieja canción *I Put a Spell on You*, marcando el final del descanso para comer. Al parecer, el día de Billie Eilish en el Katmere ha acabado, al menos por ahora.

Le aprieto a Hudson la mano y me dirijo a clase tras pasarme por el comedor para coger una manzana, pero no puedo concentrarme durante el resto del día, y menos cuando ni Jaxon ni Hudson me devuelven los mensajes. Sé que Hudson ya estaba castigado o bajo supervisión o como quieras llamarlo, pero el tío Finn no puede echarlo por esto, ¿no? Solo se estaba defendiendo.

Vale, sí, ha provocado a los lobos, pero estaba claro que iban a ser ellos quienes atacaran primero de todos modos. Que no haya ido a esconderse en un rincón no lo convierte en culpable. Desde el momento en que puse un pie en el Katmere, los lobos han tenido un comportamiento horrible. Si hubiese sabido entonces todo lo que sé ahora, jamás habría dejado que Marc y Quinn se fuesen de rositas con lo que me hicieron en mi primera noche. Jamás lo habría dejado pasar con la esperanza de que las cosas no fuesen a peor.

Pero lo hice, y ahora puede que expulsen a Hudson por mi culpa.

Se me corta la respiración. Si echan a Hudson del instituto, ya no estará bajo la protección del Katmere, lo que significa que lo arrestarán y lo enviarán a esa horrible cárcel.

Para cuando me encuentro con Macy y Gwen más tarde, estoy muy agobiada. Han pasado horas y sigo sin saber nada de ninguno de los dos, lo cual no es nada extraño en

circunstancias normales últimamente. Pero les he enviado a ambos varios mensajes en los que les digo que estoy preocupada y que quiero asegurarme de que están bien. Y nada.

—Seguro que están bien —me dice Macy de camino a los dormitorios, pero suena rara, como si algo anduviera mal—. Seguro que aún siguen en el despacho de mi padre, con un montón de alumnos más. Al final los soltará.

—¿Por qué con otros alumnos? ¿Te refieres a los lobos? —Sé que sueno algo confundida, pero es que lo estoy. No tengo ni idea de qué está pasando.

Gwen y Macy intercambian una larga mirada.

—¿No te has enterado?

—¿Enterarme de qué?

—Durante la comida. Ha habido un incidente antes de todo el lío de Hudson y los lobos. En el comedor.

Se me hiela la sangre.

—¿Qué clase de incidente?

—Los vampiros y las brujas se han enzarzado.

—¿Los vampiros? ¿Te refieres a la Orden? —pregunto intentando ordenar mis pensamientos—. Pero no puede ser. He visto a Luca y a Mekhi durante la pelea de Hudson con los lobos y no parecían recién salidos de una pelea.

—No era la Orden. Era un puñado de alumnos de primero y de segundo, creo que no conoces a casi ninguno. —Macy parece más alterada que nunca—. Uno ha agarrado a Simone y ha empezado a beber de ella ahí en medio del comedor. Imagino que quería matarla.

—¡Qué fuerte! —Me quedo totalmente horrorizada—. Qué fuerte. ¿Y Simone está bien? —No me extraña que el

tío Finn estuviese tan furioso por lo que había pasado entre Hudson y los lobos.

—Sí —responde Gwen, pero algo en su voz hace que me incline y le vuelva a preguntar.

—¿Seguro?

—Uno de los otros vampiros ha cogido a Gwen —dice Macy con voz baja—. Se ha escapado por los pelos de que la mordiera.

—Pero lo he hecho —afirma Gwen enérgicamente—. Macy y Eden le han dado una paliza y después han ido a por otros seis o siete vampiros.

—Con la ayuda de varias brujas y dragones más.

—Qué fuerte —digo otra vez, aunque sé que empiezo a sonar como un disco rayado—. ¿Qué está pasando? ¿Es que hay luna llena o algo?

Me asomo por la ventana. El sol acaba de empezar a ponerse, pero la luna está en cuarto creciente, de modo que la excusa que usan los lobos para todo no sirve en este caso.

—Ha sido rarísimo —dice Macy cuando dejamos a Gwen en su puerta y continuamos por el pasillo hasta nuestro cuarto—. Todo iba bien y, de repente, pum, han empezado a atacarnos. Y no a uno de nosotros, como en el caso de Hudson. Han atacado a unos siete u ocho brujas y brujos. No podíamos con ellos, por eso han mordido a Simone. Y a Cam.

—¿A Cam? ¿Tu exnovio? —pregunto sin dar crédito.

—Sí. Y después de todo lo que pasó durante el desafío, me gustaría decir que tiene lo que se merece. Pero los vampiros no pueden hacernos lo que les dé la gana.

—Y tampoco los lobos —añado recordando a los tres que han ido a por Hudson y lo que podría haber pasado si hubiesen ido a por otra persona.

—¿Crees que los lobos se han enterado de lo que ha ocurrido en la cafetería y han decidido atacar aprovechando que mi padre estaba distraído? —pregunta Macy cuando llegamos a nuestra habitación.

—Es una teoría tan buena como cualquier otra, supongo. Han sido muy desagradables conmigo y con Hudson desde la prueba.

De hecho, me sorprende que la antigua manada de Cole haya tardado tanto en liarla.

—¿Por haberle pegado una paliza a su alfa, quieres decir?

Macy deja su mochila junto a su cama y va directa a la nevera (y a por los Cookie Dough de Ben & Jerry’s).

—No pensaba expresarlo así, pero sí.

—¿Y por qué no? —pregunta mientras abre la bolsa y me la tiende—. Es exactamente lo que pasó.

—A mí también me dieron una paliza —le digo—. Un par de veces.

—Tú estabas sola. Es un milagro que no estés muerta, y todos lo sabemos.

Se deja caer en su lugar favorito, a los pies de mi cama.

—Ya, bueno, puede que no esté muerta, pero me voy a volver loca como no sepa pronto algo de Hudson o de Jaxon.

Saco el móvil y lo miro por enésima vez en la última media hora. Tengo un par de mensajes nuevos de Mekhi y Flint; los dos me preguntan cómo estoy y si tengo algo de

información. También hay uno de Eden en el que me dice que vaya con cuidado.

Le respondo preguntándole cómo está y después les digo a los chicos que no sé más que ellos, lo cual es tremendamente frustrante, ya que estoy comiendo masa de galleta con pepitas de chocolate con la hija del director mientras mi compañero actual y mi antiguo compañero están retenidos en su despacho.

Teniendo en cuenta lo que le pasó a Cole la última vez que el tío Finn estuvo así de furioso, no voy a poder descansar hasta que me asegure de que Hudson y Jaxon no están en estos momentos atravesando algún portal a Texas para reunirse con él.

41

C'est La Vamp

Mi teléfono por fin vibra a las tres de la madrugada después de una noche larga y angustiosa. En condiciones normales no lo habría oído, pero tampoco es que esté durmiendo mucho de todas formas.

Es Hudson.

Lo siento.
Foster nos ha quitado los móviles.

Me incorporo en la cama con el corazón a mil por hora y el teléfono en las manos. Por un segundo siento tanto alivio que no puedo respirar y tengo que preguntarme qué me está pasando. He conseguido eludir el ataque de pánico toda la noche, así que... ¿por qué lo tengo ahora que sé que todo va bien?

¿Liberación de tensión? ¿Alivio? ¿Miedo a que en realidad esté ocurriendo algo peor en lo que nadie quiere pensar y mucho menos hablar de ello?

Bajo los pies para poder sentir los fríos tablones de madera en las plantas. No es césped, desde luego, pero aquí en Alaska me vale. Inspiro hondo unas cuantas veces, cuento hacia atrás desde veinte, me centro en el frío que invade los arcos y las bolas de mis pies.

Y estoy a punto de gritar de alivio cuando el pánico desaparece casi tan rápido como ha venido. O no era para tanto esta vez o por fin estoy cogiéndoles el tranquillo a estas cosas. Sea lo que sea, me vale.

Agarro el móvil de nuevo y le respondo a Hudson.

¿Qué ha pasado?
¿Estáis bien?
¿Acabáis de salir?

No me puedo creer que Foster haya tenido a los estudiantes en su despacho hasta las tres de la madrugada. Seguro que eso no es aceptable, ni siquiera entre paranormales.

Jaxon y yo nos hemos comido
una buena bronca.
Estoy bien. Me toca el campanario esta semana,
pero bueno. Sí, tu
tío estaba inspirado esta noche.

¿El campanario?

Sí, con mis primos los murciélagos.

No es la respuesta que esperaba, y me quedo mirando la pantalla mientras me pregunto si los brujos son capaces de realizar lobotomías con las varitas, y si es por eso por lo que ha estado tanto rato en el despacho de mi tío.

¿Acabas de hacer un chiste malo?

Aparecen unos puntos suspensivos.

Puede.

A ver si te está dando algo.

Tienes una vena de maldad.
Lo sabes, ¿no?

¿Que si lo sé? Lo sé
y hago gala de ello.

No es verdad.
Solo estás rabiosa porque
te he robado el chiste.

No estoy rabiosa.

Ah, no, perdona. Solo
estás desviando el tema.

¿Cómo lo sabes?

Porque te conozco.

Me quedo parada durante varios segundos mirando el teléfono mientras asimilo la sencillez y la seguridad de esas tres palabras. Así como el hecho de que, después de haber vivido en mi cabeza durante cuatro meses, es verdad que me conoce, mejor que casi nadie. Puede que incluso mejor que yo misma.

Quizá por eso me quedo con los dedos paralizados sobre la pantalla, con la mente completamente en blanco, mientras decido qué contestarle.

Al final dejo el sentimiento en el aire y vuelvo a nuestra conversación anterior. Me digo que es porque no tengo nada que decir ante su aseveración, pero la verdad es que tengo demasiadas cosas que decir.

Y temo decir cualquiera de ellas.

Bueno, ¿qué es lo del campanario?

Estoy a cargo de la campana de la torre durante las próximas semanas.
Y de los timbres.

¿Los timbres?
Ah, ¿te refieres a las canciones? ¿Puedes elegir?

Puede, ¿por...?

Porque me muero por ver cómo reaccionaría la gente si empezase a sonar *Monster Mash*.
¿Podrías ponerla?

Hudson no responde.

¿¿¿Podrías???

Sigo sin respuesta.

¿Holaaa?

Creo que la pregunta es: ¿lo haré?
¿Quieres que ponga la de *Five Little Pumpkins* también?

Solo si es la versión de Disney.

Me envía el emoji de los ojos en blanco.

Pasan varios segundos y vuelvo a recostarme, preguntándome si habrá dado por zanjada la conversación. Pero justo cuando empiezo a pensar en escribirle a Jaxon de nuevo para asegurarme de que él también está bien, el móvil vibra otra vez.

¿Y tú? ¿Estás bien?

No soy yo la que se ha peleado con tres lobos hoy.

Eso no ha sido una pelea. Ha
sido un mal día en la perrera.
Y eso no ha sido una respuesta.

Cómo no, se ha dado cuenta de que no he respondido. A Hudson no se le pasa ni una en lo que respecta a mí. Como siempre.

La mayoría de las veces es un grave inconveniente, pero otras... otras es agradable.

Estoy bien.¿Te has
enterado de lo de los vampiros
hoy en el comedor?

Acabo de pasarme las
últimas horas con ellos.
Menuda movida.

Y tanto.
¿Qué narices les ha pasado?
¿Por qué han hecho algo así?

Es una especie de rasgo
distintivo de la especie.

Ahora es mi turno de enviar el emoji de los ojos en blanco.

Ya sabes lo que quiero decir.

Ya.
Jaxon y yo no sabemos qué
puede haberlo provocado.

Siento una punzada en el estómago al ver que menciona a Jaxon. Todavía no me ha devuelto los mensajes.

¿Qué va a pasar?

A uno de los vampiros más
jóvenes lo han echado.

Y el resto están castigados.

Menos tú.

Yo ya estaba castigado, por eso me ha puesto la tarea del campanario.
C’est la vie.

¿Y Jaxon? ¿También está castigado?

Contengo el aliento esperando a que conteste, pero no lo hace.

Al principio pienso que se habrá distraído con algo, pero cuando veo que los segundos se convierten en minutos, decido que debe de haberse quedado dormido. Cosa que tiene sentido. Son casi las cuatro de la madrugada, y tenemos clase dentro de unas horas.

Me digo que yo también debería dormir, pero sigo con el móvil en la mano cuando me vuelvo hacia un lado por si decide volver a escribirme.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando el teléfono vibra por fin. Doy un brinco y casi se me cae al suelo. Pero esta vez no es Hudson.

Todo bien.

Ay, menos mal. Cojo el móvil y espero, con el corazón a mil por hora, a que diga algo más, pero no lo hace.

Al final, claudico y le escribo:

Me alegro.
¿Estás castigado?

No responde.

Pasan varios minutos y empiezo a cabrearme. Sé que las cosas han estado raras entre nosotros, pero no tiene por qué actuar así. No tiene que tratarme como si fuera una

mierda cuando me he pasado casi todo el día preocupada por él.

Llega otro mensaje y se me acelera el corazón de nuevo. Desbloqueo el teléfono y veo que es Hudson otra vez.

Buenas noches, Grace.
Que no te muerdan los lobos...

Ja, ja, ja.
Eso jamás.
Buenas noches, Hudson.

Solo cuando dejo el móvil y me acurruco debajo de mi edredón rosa eléctrico, caigo en la cuenta de que no ha respondido a mi pregunta sobre Jaxon. Es como si supiera que ya he obtenido una respuesta.

42

La torre no hace al príncipe

El siguiente par de días transcurren en una especie de estado de fuga. Nada parece estar bien, el ambiente es raro y la tensión en los pasillos y en las clases podría cortarse con un cuchillo.

Los vampiros convertidos están cabreados porque han echado a uno de los suyos. Los vampiros de nacimiento están cabreados porque están pagando por lo que los vampiros convertidos hicieron (y con razón). Las brujas están cabreadas porque los vampiros las han atacado (y con más razón todavía). Y los lobos..., en fin, los lobos viven cabreados en general (esto no es ninguna sorpresa).

Por el momento los dragones están bien, pero tengo la sensación de que eso está a punto de cambiar, ya que he visto a algunos de los lobos de primer curso provocando a uno de los dragones de segundo de camino a clase esta

mañana. El señor Damasen ha intervenido antes de que la cosa se desmadrase, pero no sé cuánto durará eso.

El tío Finn debe de haber castigado ya prácticamente a todo el instituto a estas alturas, y se podría pensar que eso debería haber marcado alguna diferencia. Pero es como que el sesenta por ciento del Katmere se ha vuelto agresivo y el resto solo intentamos entender qué está pasando, y cómo mantenernos al margen para que mi tío no nos castigue también. El hombre anda en pie de guerra a todas horas.

Es aún más duro de lo que suena.

Además, sigo teniendo un montón de trabajo que compensar y sigo apenada porque es posible que haya arruinado mi relación con Heather, que no responde a ninguno de mis mensajes desde hace días.

De modo que cuando Macy envía un mensaje al grupo para reunirnos en la torre de Jaxon después de clase para estudiar y trazar una estrategia, me apunto sin pensarlo. Al menos hasta que recuerdo lo que Jaxon ha hecho con la torre. No creo que nadie quiera hacer los deberes ahí, en su nuevo gimnasio.

Al final decidimos reunirnos en el cuarto de Hudson, que resulta estar en una vieja cámara subterránea abovedada del castillo, porque es más grande que todas las demás. Y también porque es la que está más aislada.

No me hacía una idea de hasta qué punto lo está hasta que he empezado a recorrer el camino hacia ella. Se encuentra por encima de los túneles, pero por debajo de la primera planta oficial del edificio, en una especie de tierra de nadie que jamás descubrirías si no sabes que está ahí.

No sé qué pensar sobre el hecho de que Jaxon tenga una torre y Hudson prácticamente esté en el sótano, al menos hasta que empiezo a descender las únicas escaleras que llevan allí y veo que es la habitación que más mola de todo el instituto, más incluso que la biblioteca.

Para empezar, es enorme. Muy muy muy grande. Es casi tan larga como todo el castillo. Sí, es más estrecha que muchas de las demás habitaciones superiores, pero ¿a quién le importa cuando todo en este lugar es tan increíble?

Pensaba que sería oscuro, pero está parcialmente por encima del nivel del suelo, de modo que tiene un montón de ventanas en tres de los lados de la habitación. No me extraña que haya tantos escalones para subir hasta la puerta del castillo si esto es lo que hay debajo del primer piso.

Por no hablar de que el cuarto en sí está repleto de un extremo a otro de unos arcos de piedra tallada que son una auténtica pasada y que le dan al espacio un aire gótico increíble. Los arcos miden solo unos dos tercios de la anchura de la habitación, lo que deja un largo y estrecho espacio a un lado separado del resto y, al parecer, Hudson ha convertido ese espacio en su propia biblioteca privada.

Hay miles, literalmente miles de libros en las paredes y en la parte trasera de los arcos, y todos tienen pinta de haber sido leídos un centenar de veces. Y en medio de todos esos libros hay un sillón y una otomana que parecen supercómodos y también muy usados.

Nada me apetece más que husmear entre las estanterías y ver qué hay ahí, pero aún me queda tanta habitación por

explorar que no sé por dónde empezar.

Los arcos en sí están tallados con todo detalle, y cada uno es diferente. El primero muestra varias escenas de dragones volando, mientras que el segundo está repleto de estrellas y lunas e incluso de constelaciones enteras. El tercero recupera la temática de los dragones, pero en esta ocasión son escenas hogareñas y familiares. Quiero pararme a admirarlos todos, pero debe de haber unos veinticinco o treinta, y no tengo tiempo de examinarlos uno por uno. Ni de deleitarme con las magníficas gemas (algunas del tamaño de un pomelo) incrustadas en los arcos y empleadas para separar las distintas escenas.

Busco a Hudson, pero debo de ser la primera en llegar. Sé que me he adelantado quince minutos, pero esperaba hablar con él un poco antes de que llegaran los demás. Al parecer eso no va a pasar, ya que él tampoco está.

Hay un área para sentarse más allá de la zona principal de la habitación, y me dirijo hacia allí, pues doy por hecho que es ahí donde vamos a estudiar, pero no puedo evitar distraerme con lo mucho que mola este lugar..., por no hablar de lo que mola el vampiro que vive en él.

Aparte de la espléndida biblioteca (que, por cierto, tras un repaso rápido he podido comprobar que está repleta de obras de filosofía antiguas, de teatro y poesía de todas las épocas, y de *thrillers* y novelas de misterio modernos), también hay toda una sección dedicada a su extensa y muy ecléctica colección de vinilos. Junto a los discos hay estanterías repletas de equipamiento fotográfico, cosa que me sorprende, ya que no tenía ni idea de que le gustase hacer fotos más allá de los selfis obligatorios que se hacen

todos los vampiros, ya que no se reflejan en el espejo. También hay un par de impresoras buenas, incluida una de 3D y un equipo de sonido impresionante.

Bueno, para ser sincera, yo solo escucho música en el móvil o el portátil, así que no sé si es bueno o no. Pero parece muy sofisticado... y caro.

A continuación hay una pequeña sala de estar con un escritorio y un sofá muy grande, así como un par de sillones morados que parecen robados de una de las salas de estar superiores. Más allá hay un espacio de unos cuatro arcos de largo que está vacío por completo si no tenemos en cuenta los objetivos de distintos tamaños instalados en tres lados de los arcos. Están hechos polvo y llenos de cortes, y no tengo ni idea de para qué son, hasta que descubro la mesa de trabajo pegada a la pared y veo que está repleta de hachas.

Hudson lanza hachas. Y, a juzgar por el número de marcas que hay cerca del centro de la diana, las lanza magníficamente bien, cosa que, al igual que con lo de la fotografía, no me esperaba para nada.

Está claro que la sección final es el dormitorio. En él impera una inmensa cama tamaño extra grande y tan alta que no sé si sería capaz de subirme a ella. No es que esté pensando en meterme en la cama de Hudson, porque no lo estoy pensando. Pero, si tuviera que hacerlo, creo que no lo conseguiría sin ayuda.

Y la altura no es lo más espectacular que tiene. No, lo más espectacular es la elaborada estructura de hierro de la cama que prácticamente grita «¡Soy un vampiro!» y la ropa de cama rojo sangre que subraya la cuestión.

Es bastante gracioso, porque Hudson es el vampiro más pagado de serlo que he conocido, pero también es bastante sexy, y no puedo evitar imaginármelo ahí tumbado semidesnudo en medio de la cama, dormido con la piel cálida y su pelo, por lo general perfecto, todo revuelto.

Es una imagen deliciosa, tanto, de hecho, que me pongo como un tomate antes incluso de oír un ruido sordo detrás de mí.

43

Mi Grace

Dispongo de alrededor de un segundo para darme cuenta de que tenía razón sobre lo de que Hudson estaba robando las sillas de una de las salas de estudio. El ruido que he oído era él dejando otra al lado del sofá.

—¡Uy, hola! —Mi voz es como tres notas más aguda de lo normal cuando intento fingir que no me ha pillado imaginándomelo medio desnudo mientras miraba embobada su cama de estilo «puedo follarte hasta dejarte sin sentido varias veces seguidas»—. Sé que he llegado pronto, pero...

Se me cierra la garganta por completo cuando me doy cuenta de que se ha percatado del color de mis mejillas. Por no hablar de que ahora su mirada oscila entre la cama y yo con lo que solo puede describirse como una mirada de desesperación.

Mi cuerpo entero se calienta; después, se enfría; después, se calienta de nuevo y durante un segundo no hay nada más que Hudson y yo y el fuego que lo incinera todo entre nosotros.

Pero entonces parpadea y vuelve a ser solo Hudson de nuevo, a unos seis metros delante de mí, con una mirada sarcástica y una segunda silla apoyada en su cadera.

—¿Pero...? —pregunta enarcando una perfecta ceja de color caoba.

—Ah, eh... Pues... quería... —balbuceo, ya que mi cerebro ha dejado de funcionar al ver sus bonitos músculos hinchándose lo justo bajo su camisa Oxford de rayas cuando se dispone a dejar la silla en el suelo.

—¿Querías...? —Ahora tiene ambas cejas levantadas.

Y es entonces cuando caigo.

—Llevas vaqueros. —Y no cualquier vaquero; son unos vaqueros gastados y rotos muy muy sexis. Al menos en él—. Tú nunca llevas vaqueros.

—Llevo vivo más de doscientos años, Grace. «Nunca» es demasiado tiempo.

Coloca bien la silla que acaba de dejar en el suelo y se dirige hacia mí con un paso lento y medido que me aturde más todavía. En serio, debería ser ilegal que alguien tuviera este aspecto. Me paso la lengua por los labios, de repente demasiado secos.

Hudson se detiene a cosa de un metro de mí y su expresión es tan atenta que me pregunto qué cara tendré yo. Entonces me pongo muy nerviosa y empiezo a darle vueltas a la cabeza, buscando algo que decir que no tenga nada que ver con lo de montarme en su... cama.

Al final acabo comentando:

—Tienes un tocadiscos.

Madre mía. Este chico estuvo viviendo en mi cerebro durante semanas y nunca nos callábamos. Y de repente ni siquiera soy capaz de formar una frase coherente en su presencia. ¿Qué narices está pasando?

Entonces veo que asiente muy despacio, e imagino que estará pensando lo mismo que yo. Pero en lugar de preguntarme por qué estoy tan rara, habrá decidido seguirme la corriente porque dice:

—Sí, llevo coleccionado vinilos desde que salieron.

—Ah, claro. Porque estabas...

Enarca la ceja de nuevo.

—¿Estaba?

—Vivo, entonces. —Joder. No podría sonar más incoherente ni aunque lo intentara. Me aclaro la garganta —. ¿Pones algo?

—¿Ahora?

—Sí, a mi mejor amiga de San Diego le encantan los vinilos. Se llama Heather y...

—Sé quién es Heather. —Pasa por delante de mí y casi me da un ataque al pensar que se va a tumbar en la cama, pero se acerca a la mesita de noche para coger un mando —. ¿Qué quieres oír?

—Ah, me da igual. Lo que tengas puesto estará bien.

Por un momento parece que va a decir algo, pero al final se encoge de hombros y le da a un botón. Segundos después una música hard rock oscura empieza a sonar a través de los altavoces que tiene dispuestos por toda la habitación. No conozco la melodía ni las letras, pero eso no

es nada raro teniendo en cuenta que los gustos musicales de Hudson y Jaxon se remontan a un siglo atrás.

—¿Qué canción es esta? —pregunto.

—*Love-Hate-Sex-Pain*, de Godsmack —responde.

—Eso es... —Madre mía. El universo tiene que estar jugando conmigo. Y si no es el universo, es Hudson. A estas alturas ya no lo sé. Puede que ambos—. Interesante.

—¿Quieres que ponga otra cosa? —pregunta, y juraría que se está riendo de mí pese a que su expresión es totalmente seria.

—No, está bien. Me gusta. —Exhalo un largo suspiro mientras saco el móvil para enviarle a Macy un mensaje para decirle que se dé prisa.

—Voy a poner otra cosa. —Se acerca a su área de música —. No tengo nada de Harry Styles, pero seguro que encuentro algo que te guste.

—Oye, ¡no te metas con Harry Styles! —le digo, y entonces suspiro de alivio al ver que he vuelto a la normalidad—. Tiene mucho talento.

—Yo no he dicho que no lo tenga. —Hudson me mira con una expresión divertida—. Estás algo paranoica, ¿no?

Lo miro con recelo.

—Reconozco las burlas cuando las oigo.

—En lo que respecta a Harry, estoy seguro de que oyes burlas incluso cuando no las hay —responde mientras pone otro vinilo en el tocadiscos.

Tiene razón, pero no pienso admitirlo, de modo que me encojo de hombros cuando las primeras notas de *Grace*, de Lewis Capaldi, empiezan a sonar. He escuchado esa canción una o dos veces antes y me encanta, pero no sé.

Estar aquí con Hudson mientras la letra resuena por su habitación hace que sienta un millón de cosas a la vez.

Y en el momento en que se vuelve y me mira justo cuando Lewis canta básicamente mi nombre una y otra vez, las piernas (y todo en mi interior) se me vuelven de gelatina. Porque no hay nada de sarcasmo, de broma ni de distancia en sus ojos.

Solo estamos él y yo, y todo lo recordado y lo olvidado que se extiende entre nosotros.

Doy un paso hacia él antes siquiera de saber que voy a hacerlo. Después doy otro, y otro, hasta que lo tengo justo delante.

No sé qué está pasando. No sé por qué siento que el corazón se me va a salir del pecho. Pero lo que sí sé es que, sea lo que sea, Hudson lo siente también.

Levanta una mano temblorosa hacia mí, pero la detiene a centímetros de mi cara. Detecto la indecisión en sus ojos, veo cómo se pregunta si debería tocarme o no, si yo quiero que lo haga o no.

Y, aunque no tengo respuesta a la primera pregunta, sí que la tengo para la segunda. Por eso doy un último paso hacia delante y reduzco el espacio que queda entre nosotros. No lo toco, pero me inclino hacia él lo suficiente como para que las puntas de sus dedos me rocen la mejilla.

—Mi Grace —susurra tan bajito que no sé si me lo habré imaginado. Después acuna mi mejilla en la palma de su mano y se inclina hacia mí.

44

Aunque esté roto, no lo arregles

Se me olvida cómo respirar y, mientras observo los ojos devastados de Hudson, llego a convencerme de que de todos modos el oxígeno no es necesario.

Al menos hasta que Macy grita:

—¡Perdón, perdón, perdón! —mientras desciende a toda prisa las escaleras para venir a mi rescate con un par de bastos tacones.

Hudson y yo nos apartamos súbitamente y lo siguiente que sé es que se oye un sonoro chirrido cuando separa la aguja del disco tan rápido que estoy segura de que acaba de rayar la que se está convirtiendo en una de mis canciones favoritas.

Mientras tanto, prácticamente me dejo caer sobre la silla más cercana, que resulta ser una silla de escritorio giratoria, con tan mala fortuna que acabo resbalándome y

cayéndome de culo por el otro lado justo cuando mi prima se detiene al final de las escaleras con un plato de galletas en la mano.

Tiene las mejillas coloradas y nos mira a Hudson y a mí con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué me he perdido?

—Nada —dice Flint, que llega justo detrás de ella con una bandeja de tacos gigante. Debe de haber convencido a las brujas de la cocina para que los preparen—. La fiesta acaba de llegar.

—¿Así es como tú lo llamas? —dice Hudson mientras toquetea su teléfono y *Go to War* de Nothing More empieza a sonar a través de los altavoces.

Lo fulmino con la mirada.

—No seas malo —articulo.

Pone los ojos en blanco, pero se encoge de hombros y baja la música a un nivel de decibelios más razonable. No cambia la canción, pero, en fin, así es Hudson. Le puedes pedir hasta cierto punto.

Flint deja los tacos en la superficie más cercana, que resulta ser el escritorio de Hudson ,y se inclina sobre mí y pregunta:

—¿Qué haces en el suelo, Grace? —Y extiende la mano y me levanta de un tirón.

Normalmente Flint puede manejarme sin problemas, pero o bien me he transformado en piedra (cosa que no he hecho) o bien le pasa algo, porque hace una mueca de dolor cuando logra ponerme de pie.

—¿Qué te ocurre? —quiero saber.

Niega con la cabeza, me sonríe con aire gallito (lo cual me confirma que de verdad algo va mal) y dice:

—Nada que no se solucione achicharrando a un par de vampiros.

—¿Te vale cualquier vampiro viejo? —indica Hudson sonando solo vagamente curioso—. ¿O tienes a algunos en concreto en mente?

—A algunos muy concretos —dice Luca cuando llega con Jaxon y Mekhi. Va directo hacia Flint con una expresión de preocupación en la cara—. Un puñado de los convertidos lo han atacado en los túneles esta mañana.

—¿A ti también? —pregunta Macy sobresaltada, y saca su móvil—. ¿Lo sabe mi padre?

—Sí, se lo he dicho. Ha añadido a cinco personas más a su lista de castigados —contesta Flint algo taciturno.

—¿Cinco? ¿No eran solo cuatro? —Luca lo mira y entrecierra los ojos con ira.

—Sí, pero Foster me ha quitado los poderes a mí también. Me ha dicho que si no me meto en líos de aquí al viernes, me los devolverá. Tiene miedo de que busque venganza.

—Quizá debería ir yo a buscarla por ti —señala Jaxon muy cabreado.

—Me he sabido defender —le asegura—. Tres de ellos han acabado en la enfermería.

—¿Y el cuarto? —interviene Luca, y, por primera vez desde que lo conozco siento lo peligroso que puede llegar a ser. Por lo general es uno de los miembros más relajados de la Orden, pero ahora mismo es todo lo contrario—. ¿Y si vuelve?

—El cuarto tiene un esguince de muñeca y un ojo morado. —Flint finge flexionar sus músculos—. No os preocupéis por mí. Hacen falta mucho más que cuatro vampiritos para derribar a un dragón.

—Ah, claro. Se me había olvidado. —Macy pone los ojos en blanco—. Eres Iron Man y Hulk combinados.

—Exacto. —Le guiña el ojo.

—Pues poco me parece lo que les has hecho —ruge Eden mientras entra con la cabeza inclinada hacia atrás y apretándose la nariz con un paño ensangrentado.

—¡Dios mío! —Macy corre al otro lado de la habitación—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. —Eden le quita importancia, pero Macy no para de revolotear a su alrededor—. Más cabreada conmigo misma que otra cosa.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunta Hudson acompañándola al sofá.

Cuando saco mi botiquín de primeros auxilios de la mochila (otra vez) no puedo evitar pensar en que, cuando la madre de Heather lo metió ahí para mantener a raya mis ataques de pánico todos esos meses atrás, ninguna de las dos pensó que le acabaría dando tanto uso.

—Déjame ver —le ordeno mientras me abro camino entre el muro de enormes cuerpos masculinos que rodean a Eden.

Macy hace lo mismo al otro lado y se sienta en el sofá junto a la enfadada dragona.

—¿Han ido también a por ti los vampiros?

Eden niega con la cabeza.

—Los putos lobos.

—¿Qué cojones está pasando? —suelta Mekhi—. Llevamos en el Katmere cuatro años y, sí, las facciones se pelean, y hay un vacío de poder entre los lobos ahora que han echado a Cole, pero nunca se había dado esta clase de violencia. Ni siquiera cuando... —Deja la frase a medias y mira a todas partes menos a Hudson.

—¿Ni siquiera cuando me dediqué a matar a los defensores de la supremacía de los vampiros de nacimiento que planeaban ayudar a Cyrus a arrasar el mundo? —El tono áspero de Hudson interrumpe el súbito silencio.

Flint se tensa, lo que hace que Luca se tense a su vez. Está claro que las cosas han progresado entre ellos más de lo que pensaba, y sonrío ligeramente.

Ahora que veo cómo intercambian miradas, no puedo evitar alegrarme de no haberle contado lo que la Sangradora le hizo, lo que nos hizo a todos. Solo lo habría mareado y no habría sido justo para él ni para Luca. No ahora que tiene una buena relación y por fin ha superado lo de Jaxon. No cuando podría volver a sentir dolor sabiendo que Jaxon tampoco lo ha elegido esta vez, ni siquiera cuando el falso vínculo mágico se rompió.

Me vuelvo hacia Eden.

—¿Qué tal?

—Creo que la hemorragia ha parado —responde, y aparta la camiseta hecha una bola que ha estado sosteniendo contra su nariz—. ¿Qué te parece?

Macy sofoca un grito y se pone de pie de un brinco. La delicada nariz de Eden tiene una forma completamente distinta a la que tenía cuando hemos desayunado esta mañana, y mi prima responde:

—Lo que me parece a mí es que tienes la nariz rota. ¡Debes ir a la enfermería!

Eden pone los ojos en blanco.

—Tonterías.

—En serio, Eden… —Miro a Eden y luego a Macy, que hace una mueca de dolor.

—Tranquilas, está todo controlado. —Flint da un paso hacia delante.

—¡Eh, eh, eh! —exclama Eden levantando ambas manos —. ¿Qué crees que vas a hacer, lanzallamas? No vas a tocarme la nariz.

—¡Por supuestísimo que no! —le aseguro horrorizada—. Macy tiene razón; voy a llevarte a ver a Marise.

—No es necesario hacer algo tan extremo —afirma Eden. Entonces se lleva la mano a la nariz y se la coloca en el sitio ella misma.

—¡Dios mío! —grito, y el sonido del cartílago y el hueso todavía resuena en mis oídos—. ¿Qué has hecho?

—Se ha arreglado la nariz —me dice Jaxon con calma, pero veo que sus ojos ríen.

—Sigo pensando que debería verte una enfermera —le indica Macy—. ¿En qué estabas pensando?

—Pues en que quiero un taco. Me muero de hambre. — Me hace un gesto para que le limpie el corte que tiene en el puente de la nariz, pero antes de que pueda hacerlo Macy extiende las manos para que le dé el botiquín.

Abre la tapa y coge la botella de agua oxigenada y una bola de algodón.

—Esto te va a doler un poco —dice con voz suave.

—No tienes que preocuparte por hacerme daño. —Sonríe —. Ya está empezando a curarse.

—No es posible… —empiezo, y me inclino sobre la mano de Macy para verlo con mis propios ojos.

—Los metamorfos se curan rápido —me recuerda Hudson tranquilamente. Ahora está a menos de treinta centímetros detrás de mí, y me estremezco cuando su aliento me roza la nuca.

Después me siento culpable, y miro a Jaxon con el rabillo del ojo. Una cosa es que diga que le parece bien que Hudson y yo estemos juntos, y otra muy distinta es tener que presenciarlo.

Su expresión es tan fría que parece de granito, pero ya no me está mirando, así que no creo que sea por nosotros. La verdad es que no está observando a nadie con esa cara. Solo tiene el ceño fruncido y la mirada perdida en la distancia. No sé qué pensar.

—Yo no me curo rápido —le susurro por encima del hombro.

Apoya las manos en mis caderas, se inclina más cerca y murmura:

—Los metamorfos animales se curan rápido. Tú tienes otros dones, Grace.

Siento su aliento cálido en mi oreja y está tan cerca ahora que seguro que nota cómo tiemblo. No sé a qué «dones» se refiere, pero me arde la cara solo de pensarlo. Está claro que se da cuenta, porque su sonrisa se vuelve traviesa y empieza a chincharme:

—Pareces un poco acalorada. ¿Quieres que baje un poco el fuego?

El muy capullo. Sabe perfectamente por qué tengo rojas las mejillas.

Convencida de que a este juego podemos jugar los dos, me vuelvo para mirarlo. Sin embargo, no me suelta las caderas, y ahora estamos tan cerca que respiramos el mismo aire.

—Estoy bien —le digo con una mirada deliberadamente provocadora—, pero sé lo sensible que eres al calor. Bájalo si lo necesitas.

Me estaba refiriendo al día en que se quemó la mano en el portal de mi cuarto, pero al ver que sus ojos se transforman en lava líquida, está claro que ha interpretado mis palabras como algo diferente por completo.

—Estoy dispuesto a comprobar cuánto calor soy capaz de soportar, Grace. Siempre y cuando seas tú quien lo emita.

Su boca se curva por un lado formando una sonrisa malévola y reaparece de nuevo el esquivo hoyuelo. Cuando lo veo me sorprendo a mí misma dándome cuenta de lo mucho que quiero lamerlo. El hoyuelo y a él. Incluso antes de que me apriete las caderas con las manos y de que los últimos centímetros de espacio entre su cuerpo y el mío desaparezcan.

Se me seca la boca al instante en cuanto siento su cuerpo contra el mío. Trago saliva. Me lamo los labios. Y casi se me olvida cómo respirar mientras Hudson observa el lento movimiento de mi lengua con una mirada depredadora. Y como todas las demás veces en las que me ha mirado así, todas las demás veces en las que me ha tocado así, el resto de la habitación desaparece. Todo el

mundo se esfuma y tengo la sensación de que somos las únicas dos personas que quedan en el mundo.

Y cuando se inclina más cerca, lo único que quiero, lo único que quiero de verdad, es comprobar cuánto calor somos capaces de soportar los dos...

—¡Por Dios, gente! Buscaos una habitación —exclama Flint arruinando el momento.

Antes tenía la cara algo acalorada, ahora me arde porque... joder. ¿He estado a punto de subirme sobre Hudson como si fuera un árbol? ¿Delante de todo el mundo? Nunca he tenido problemas con mostrar afecto delante de la gente como le pasaba a Jaxon, pero tampoco soy ninguna exhibicionista. O al menos no pensaba que lo fuera. Pero ahora me estoy dando cuenta de que Hudson es capaz de despertar partes de mí que ni siquiera sabía que tenía.

—Estamos en una habitación. Mi habitación, de hecho —le suelta. Es una respuesta desenfadada, pero veo cómo su expresión empieza a volverse neutra y pone distancia entre nosotros al ver que estoy algo avergonzada.

Y no puedo evitarlo; me vuelvo y busco a Jaxon. Ya no somos compañeros, pero no es justo que haya estado a punto de montármelo con Hudson delante de él, y me siento fatal. Incluso antes de que nuestras miradas colisionen, veo el puro dolor en las profundidades de sus ojos. Pero entonces parpadea y desaparece, dejando en su lugar el frío desinterés que estoy empezando a odiar.

Suspiro pesadamente, no porque quiera que Jaxon siga sufriendo por lo que hemos perdido, sino porque sé que,

con cada día que pasa, el Jaxon al que amé se va alejando cada vez más, de mí y de sí mismo.

De repente un frío me cala los huesos y tardo un minuto entero en darme cuenta de que Hudson se ha ido.

45

Cuando el brazalete suena...

Macy termina de limpiar la nariz de Eden bastante rápido, ya que la dragona se niega en redondo a que se la cubra. Al parecer, mis tiritas de unicornios no encajan con su reputación de tía dura.

Para cuando he terminado de guardar el botiquín en la mochila, todos los demás están ya con los tacos y las bebidas. Al parecer, Hudson se había ido un momento a por una de las neveras de sangre para los vampiros después de nuestro «momento», y ahora están todos reunidos alrededor de la mesita de café en la zona del salón.

Principalmente hablamos sobre los exámenes finales y sobre quién le ha dado una paliza a quién, además de a quién le han dado una paliza, esta semana. Pero mientras Macy relata un encuentro no muy agradable que ha tenido con un lobo esta mañana, Flint empieza a fruncir el ceño,

aunque la experiencia de mi prima no ha acabado en derramamiento de sangre.

—¿Y tú qué, Grace? —pregunta.

—¿Qué de qué? —pregunto a mi vez sorprendida.

—¿No has tenido ningún problema estos últimos días?

Me encojo de hombros.

—No más que de costumbre.

—¿Qué significa eso? —interviene Hudson con la voz afilada como un cuchillo—. ¿Te está molestando alguien?

Todo el mundo me mira con preocupación ahora, sobre todo Hudson y Jaxon, y ambos parecen estar dispuestos a aniquilar una ciudad pequeña o, al menos, un internado de tamaño moderado.

—Es por lo del Ludares —le digo con firmeza—. Algunos del equipo rival siguen cabreados e intentan tocarme las narices. No es nada importante.

Mis amigos no parecen convencidos, Hudson el que menos.

—No te preocupes. —Me inclino hacia delante y apoyo la mano en su rodilla—. En serio. Está controlado.

—¿Está controlado de verdad? —Enarca una ceja—. ¿O solo estás ignorando el problema con la esperanza de que desaparezca?

No sé qué responder a eso, sobre todo porque es verdad, pero, afortunadamente, Flint me evita tener que inventarme una respuesta cuando dice:

—Algo que has dicho antes me ha hecho pensar. Has dicho que creías que ya había bastante gente intentando darnos una paliza últimamente.

—Pues sí. —Los señalo a Eden y a él—. A la vista está.

—Así que mi pregunta es esta. —Mira a todo el grupo—. ¿Cuántos de vosotros os habéis visto envueltos en un lío en los últimos días? No hace falta que sea algo tan gordo como lo de Hudson y los lobos, o lo que pasó en la cafetería con los vampiros. Basta con que sea algo fuera de lo común. ¿Quién más ha sufrido el que alguien haya ido a por él cuando de normal no lo hace?

Me quedo mirando estupefacta cómo todos y cada uno de mis amigos levantan la mano, y todos, excepto Macy, llevan un brazalete encantado que inhibe su magia.

—¿Todos? —logro graznar cuando bajan las manos de nuevo—. ¿Todo el mundo ha tenido problemas?

—Eso parece —responde Luca en voz baja. Coloca la mano en el hombro de Flint, no sé si para brindarle apoyo o porque está intentando calmarlo—. He oído a Finn decir que la cosa estaba tan mal que se estaba quedando sin brazaletes, y que no hay ningún sitio adonde ir a por más.

Hudson y yo intercambiamos una mirada, pero después me vuelvo hacia Jaxon.

—¿A ti qué te ha pasado?

Se encoge de hombros.

—A Joaquin y Delphina se les ocurrió lanzarme unos cuantos disparos ayer.

—¡Putos dragones de pacotilla! —ruge Flint—. ¿Y qué pasó?

—¿Tú qué crees? —responde Jaxon—. Perdieron.

Hudson suelta un bufido, pero no dice nada para cabrear a Jaxon, cosa que agradezco porque bastante enfadado está ya.

Jaxon se vuelve hacia Mekhi, que admite que unas cuantas brujas se están arrepintiendo de sus decisiones en la vida esta semana. Y añade:

—Yo estoy bien, pero deberíais ver aquí al amigo Luca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jaxon con voz cortante fulminando al miembro de la Orden con la mirada.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —añade Flint con aire abatido.

—Porque no ha sido ni la mitad de malo de lo que te ha pasado a ti —le dice Luca—. Y porque no te he visto desde que los vampiros me han atacado al salir de mi habitación.

—¿Vampiros? —dice Hudson con una voz mucho más fría que la de Jaxon. Pero sus ojos no lo son cuando se inclina hacia delante—. ¿Los vampiros han ido a por ti?

—¿Convertidos? —quiere saber Eden, e incluso ella suena un poco turbada ante esta revelación.

Luca niega con la cabeza.

—De nacimiento.

—¿Quién ha sido? —pregunta Hudson con una voz repleta de calma.

—¿Es que quieren morir? —pregunta Jaxon al mismo tiempo.

Los observo a los dos mientras interrogan a Luca sobre los pormenores de su ataque antes de volver al relato de Mekhi y, después, al de Flint y Macy pidiéndoles hasta el más mínimo detalle sobre qué vampiros han sido, cómo los atacaron y qué lo provocó.

Ambos con aire regio. Ambos decididos. Ambos centrados y ambos profundamente amables si miras más allá de la frialdad de uno y del sarcasmo del otro. Y aun así,

mientras veo cómo extraen a nuestros amigos toda la información sobre los ataques, no puedo evitar compararlos.

Es algo que yo jamás haría en cualquier otra circunstancia, pero al verlos así es imposible no hacerlo.

A ambos les enfurece claramente lo que ha pasado, y más teniendo en cuenta que los agresores han sido vampiros, pero su manera de gestionar la situación es del todo distinta. Jaxon se muestra frío, pero al mismo tiempo dispuesto a reducir el mundo a cenizas. Es como el golpe de un rayo: inesperado y emocionante, pero también tremendamente peligroso.

Hudson, por el contrario, va a fuego lento. Se queda ahí sentado y absorbe la información, analizándola desde todos los ángulos. Formula preguntas muy específicas, y ninguna de ellas parece tener un sentido especial por sí sola. Pero para cuando ha terminado, te das cuenta de que es como el sol: cálido y agradable, pero muy capaz de incinerarte sin el menor esfuerzo.

Y, de alguna manera, he tenido la suerte de ser la compañera de ambos. De Jaxon, a través de las maquinaciones de la Sangradora, y de Hudson… no sé por qué. ¿Por azares del destino?

Ojalá supiera qué hacer al respecto. Estaba tan segura de que amaba a Jaxon, tan segura de que el chico con los ojos torturados y el corazón roto era todo lo que jamás podría desear. Y sin embargo no me correspondía a mí amarlo. No en realidad. No cuando la Sangradora lo había dispuesto todo para que fuéramos compañeros.

Que es justo lo contrario a como han sucedido las cosas con Hudson. Al principio lo odiaba. Pensaba que era malo y horrible, y estaba decidida a no tener nada que ver con él. Después me di cuenta de lo increíblemente bueno que era y de lo mucho que sufría bajo ese exterior tan cascarrabias, y acabé haciéndome amiga suya. ¿Y ahora? Ahora no sé qué siento. Estoy muy confundida. Ese momento que Flint ha interrumpido, la mirada en sus ojos, el modo en que todo mi cuerpo parecía arder por estar cerca de él...

¿Es química real o es cosa del vínculo? ¿Son emociones reales o son obra del universo para asegurarse de que las cosas fluyan entre compañeros?

En fin.

—Pero ¡¿por qué?! —grita Macy interrumpiendo mis pensamientos con una frustración que jamás había oído en ella—. ¿Qué pretenden conseguir con esto?

—Por eso he preguntado a cuántos de nosotros nos han molestado —dice Flint tranquilamente—. Porque, como Grace ha dicho, parece que nos está pasando a nosotros más que a los demás.

—Ya, pero también le ha pasado a Simone —objeta Macy —. Y a Cam, y a...

—Para desviar la atención —dice Hudson—. Para que nos fijemos en todas las cosas que están ocurriendo y no prestemos demasiada atención a lo gordo que está sucediendo de verdad.

—¿Qué es...? —pregunta Eden.

—Nos están quitando de en medio —responden Jaxon y Flint a la vez.

—¿Cómo? —pregunta Luca confundido—. ¿Para qué?

—Supongo que esa es la pregunta clave, ¿no? —responde Eden con aire adusto.

46

Los gatos no son los únicos que tienen siete vidas

—¿Quién? —pregunta Mekhi—. ¿Cyrus?

—Pues claro que Cyrus —responde Flint—. ¿Quién si no?

—Pensad en quién ha estado cometiendo los ataques. La mayoría son lobos y vampiros convertidos, y unos cuantos de nacimiento también —observa Hudson.

—Y no os olvidéis de las brujas —dice Mekhi con el ceño fruncido.

—Ni de los dragones —añade Macy.

—Sí, pero las únicas brujas y dragones que han participado en los ataques son los que ya sabemos que son leales a Cyrus —digo cuando por fin queda claro adónde quieren ir a parar—. Todo esto forma parte de un plan dirigido por vuestro padre.

—Eso parece —dice Jaxon sin emoción alguna en su voz.

—Se avecina una guerra, contra el Katmere y contra el resto del mundo. Lo he sabido desde hace dos años —señala Hudson lanzándole una breve mirada a Flint antes de continuar—. Y creo que ahora todos lo sabemos.

El corazón me late a toda velocidad.

—¿De verdad planea Cyrus atacar al Katmere? —De repente me viene un pensamiento a la cabeza y le pregunto a Hudson—: ¿Sabes cuál era su plan el año pasado? ¿Qué estaban a punto de hacer estos alumnos que te llevaron a... —agito la mano— a hacer lo que hiciste?

Por el modo en que Hudson abre los ojos, sé que nadie se ha molestado en preguntarle esto antes. Ni siquiera los detalles. Pero quiero saberlo. Y, puesto que todo el mundo lo mira con expectación, está claro que no soy la única interesada en su respuesta.

Hudson se cruza de brazos y apoya la espalda en la pared.

—Pensaban tomar el control del Katmere y mantener secuestrados a los alumnos para obligar a las principales familias gobernantes, cuyos hijos estudian en este centro, a participar en su ataque a los humanos. —Todo el mundo sofoca un grito, pero Hudson continúa—: Para demostrar que iba en serio, ordenó a los alumnos que mataran al primogénito de cada familia con más de un hijo en el Katmere.

—Dios mío —susurra Luca, y Flint palidece. Luca tiene un hermano pequeño en noveno grado, lo que significaría... Me estremezco. Soy incapaz de imaginarme el instituto y a nuestro grupo de amigos sin Luca en él.

Sabía que el Katmere era un centro de enseñanza de élite para vampiros, hombres lobo, brujas y dragones, pero no tenía ni idea de que las principales familias gobernantes tuvieran hijos estudiando aquí. Era un plan brillante, la verdad. ¿Cómo controlas a los hombres y mujeres más poderosos del mundo? Amenazando a sus hijos. Y qué fácil puede resultar eso cuando resulta que todos están en el mismo lugar y en el mismo momento.

—¡Tu padre es un auténtico hijo de puta! —ruge Eden.

—Es una manera de expresarlo —dice Hudson sin ápice de humor.

—¿Por qué no se lo contaste a alguien en lugar de matarlos? —pregunta Flint, y cuesta no darse cuenta de que al dragón le está costando digerir esta nueva información. Si lo que dice es cierto, significaría que su propio hermano estaba dispuesto a hacer cosas horribles por Cyrus.

Hudson lo atraviesa con una dura mirada.

—Lo hice. Pero nadie me creyó.

—Se lo contaste al tío Finn —digo a modo de afirmación, no de pregunta. Y puedo ver la respuesta en su cara.

—No se lo reprocho. Probablemente yo tampoco me habría creído.

Se encoge de hombros, pero está claro que le afecta. Cuando nuestras miradas se encuentran, veo un intenso dolor flotando en sus ojos azules antes de que los cierre. Y sé que se siente culpable. Si hubiese sido otra persona, cualquiera menos el hijo de Cyrus, las cosas podrían haber acabado de otra manera.

—Y ¿qué hacemos? —pregunta Mekhi—. ¿Es eso lo que está pasando ahora? ¿Cyrus va a volver a intentar tomar el Katmere?

—Siento que mi padre no te creyera, Hudson —dice Macy con voz suave—. Pero ahora te escuchará, y cuando vea que Cyrus pretende poner a sus alumnos en peligro, irá a por él, primero a través del Círculo y, si eso no funciona, directo a la fuente. —Las lágrimas inundan sus ojos, de modo que los cierra y susurra—: Y entonces Cyrus lo matará.

—No permitiremos que eso suceda —le garantiza Eden.

—De eso nada —coincide Mekhi, y Flint asiente.

—No podemos contárselo —digo. Es lo único que tiene sentido—. Si lo hacemos, intentará hacer algo, solo y sin pruebas, y Cyrus se encargará de quitárselo de encima de un modo u otro.

—Ya, pero ¿cómo vamos a detenerlo sin su ayuda? —pregunta Macy—. Sobre todo teniendo en cuenta que Cyrus y Delilah van a venir para la graduación.

—¿En serio? —pregunta Hudson bruscamente—. ¿Cómo lo sabes? Yo no he oído nada al respecto.

—Le han confirmado a mi padre su asistencia, como solicitaba el anuncio de la graduación. —Mi prima no para de darle vueltas al móvil en la mano—. A él también le sorprendió para mal que vinieran.

—Creía que ese cabrón tardaría más tiempo en sanar. —Hudson no parece nada contento con el hecho de haberse equivocado.

Y, de repente, sé lo que tenemos que hacer. Lo único que podemos hacer. Ya estábamos planeando ir a buscar la

Corona de todas formas para evitar que arrestasen a Hudson. Todo esto explica por qué Cyrus quería deshacerse de la única persona capaz de detenerlo la vez anterior, pero ahora... ahora hay mucho más en riesgo. Necesitamos la Corona si queremos tener alguna esperanza de salvar a los alumnos del Katmere... y de evitar una guerra. Puede que, si tenemos suerte, Cyrus ni siquiera se moleste en dar ese paso si sabe que la tenemos.

Intento atrapar la mirada de Hudson para asegurarme de que estamos pensando el mismo plan, pero está mirando su móvil, sumido en sus reflexiones.

De modo que, en lugar de esperar a ver qué piensa, inspiro hondo y digo:

—Necesitamos encontrar la Corona antes de que llegue aquí.

Hudson sigue sin mirarme, pero asiente.

—Es nuestra única oportunidad.

Continúo intentando llamar su atención mientras Mekhi le explica a todo el mundo lo de la orden de arresto de Hudson, lo que la Sangradora dijo sobre el Herrero y la teoría de Hudson sobre los gigantes. Pero él sigue sin levantar la vista. Continúa mirando el móvil en silencio, deslizando de vez en cuando los dedos por la pantalla. Sé que en estos momentos se siente culpable. Mató a todos esos estudiantes y no logró detener nada. Por la rigidez de sus hombros sé que está batallando con sus decisiones. Me planteo brevemente acercarme a él, pero si está así de incómodo por nuestra «distracción» de antes, seguro que no haré sino empeorar las cosas.

Distracción. Ja. Qué palabra tan insignificante para describir lo que sucede cada vez que nos acercamos. Es más bien como que mis sentidos se centran tanto en absorber todo lo que es Hudson, en no perderse ni una respiración, ni un movimiento de su boca, ni una sola arruga de sus ojos, que no me quedan más sentidos para darme cuenta de que no somos las únicas dos personas en el mundo.

—Bien, pues eso significa que tenemos que visitar Ciudad Gigante más pronto que tarde —dice Luca.

—¡Joder, sí! —Flint sonríe—. Esos gigantes sí que saben lo que es una fiesta. —Rodea los hombros de Luca con el brazo, le susurra algo al oído y este se ruboriza. Verlos me hace sonreír, pese a toda la mierda que tenemos encima. Flint merece estar con alguien que esté loco por él.

—¿Qué os parece el viernes? —sugiere Mekhi—. Ese día hay un taller para el profesorado y no hay clase. Me vendrá bien un descanso de tanto estudio, de todas formas. —Finge toser y añade—: Siempre he querido probar el Reto Gorbenschlam. ¿Quieres participar conmigo, Macy?

—¡Mekhi! —Macy parece horrorizada, pero por debajo del horror también parece algo… interesada.

—Me tomaré eso como un sí. —Mekhi sonríe.

Macy gruñe.

—Vale, pero solo uno.

Mekhi le guiña el ojo.

—Tengo entendido que basta con eso.

Y ahora mi prima está roja como un tomate, pero me fijo en que tampoco corrige a Mekhi. A su lado Eden los observa a ambos, y no puedo evitar preguntarme si no

estará interesada también en Macy. Bueno, en tal caso, más le vale darse prisa. Mekhi no parece de los que se sientan a esperar cuando ven algo que quieren y, si debo guiarme por el brillo de su mirada, está claro que el vampiro está interesado en mi prima.

Se hace un incómodo silencio, de modo que pregunto para romper la tensión:

—¿Qué es el Gorbenschlam? ¿Puedo probar yo también?

Hudson levanta la vista del móvil y me apunta con su mirada penetrante.

—Es solo para parejas, Grace.

—Pensaba... —Iba a decir que pensaba que nosotros éramos una pareja, pero entonces caigo en lo que quiere decir, y lo miro lanzándole el claro mensaje de que hablaremos de esto más tarde.

Macy se apresura a explicar:

—Es una jarra enorme de cerveza y tienes que bebértela muy rápido para ver quién la termina primero. El que pierda paga la ronda, y no es fácil, teniendo en cuenta que estamos hablando literalmente de una jarra de tamaño gigante. La edad legal para beber en Ciudad Gigante son los catorce, y se toman el tema de la bebida muy en serio. —Me sonríe de oreja a oreja.

—Ah, vale. A mí no me va mucho la cerveza, pero seguro que Eden y yo os ganaríamos sin problemas —sugiero, y Eden lanza un grito de celebración y chocamos el puño. Miro a Hudson con la ceja enarcada y me articula: *«Touché»*.

Relajo ligeramente los hombros al ver que por fin parece haber dejado atrás su mal humor. Soy la primera en admitir

que me encantan estos piques con Hudson. Cuando discutimos me olvido de la ansiedad, de mis problemas, de todo. Me siento viva en el momento. Pero esta no es como una de nuestras peleas normales. Tengo la sensación de que hay mucho más detrás y, en lugar de liberarme de los ataques de pánico, una burbuja de temor crece en mi estómago.

—Bien, decidido —dice Flint con su sonrisa característica mientras coge un taco—. Vamos a por ello.

47

Con enemigos como estos, ¿quién necesita amigos?

Estudiamos durante un par de horas más, pero al final acabamos todos hartos de los deberes y nos dispersamos.

Hudson parece algo aturdido cuando lo ayudamos a recoger. Y no me sorprende. Gritamos mucho y somos muy desorganizados mientras hablamos y vamos de aquí para allá.

Para un chico que ha llevado una existencia tan solitaria, esto debe de ser un auténtico caos. Pero hay algo en sus ojos, algo en la ligera curvatura ascendente de sus labios que me dice que esto le hace bien. Que ya iba siendo hora de que Hudson Vega dejara de estar tan solo y pudiera divertirse con un grupo de amigos graciosos, leales y absolutamente ridículos. No importa que la mayoría de nosotros fuesen sus enemigos en su día. Ahora forma parte del grupo, le guste o no.

Tal vez por eso detengo a Flint y a Luca cuando empiezan a recoger los sillones morados para llevarlos de nuevo a la sala de estudios.

—Dejadlos —digo sonriendo a Hudson, que ahora me mira con los ojos abiertos como platos—. Tenemos mucho que hacer durante el próximo par de semanas. Seguro que volveremos a bajar.

—Cierto, chica nueva —me contesta Flint levantando la mano para chocarme el puño—. Aún no he podido probar a lanzar una de esas hachas.

—Tal vez sea lo mejor —le dice Luca mientras lo guía hacia la salida—. A ninguno nos apetece mucho tener que sacarnos un hacha de la espalda.

—Perdona. —Flint le pone una cara fea—. Tengo una puntería excelente, gracias.

—¿En serio? —Luca rodea la cintura de Flint con el brazo y sonríe—. Quizá deberías demostrármelo algún día.

Mekhi resopla al oír esto último, y a Macy le da la risa mientras ambos se dirigen también hacia la puerta. Jaxon no dice nada, pero por un momento detecto cierta diversión también en sus ojos.

Al menos hasta que Macy se vuelve y pregunta:

—¿Vienes, Grace?

Todo el mundo me mira (Jaxon y Hudson incluidos) y me empiezan a sudar las palmas de las manos. Debería decir que sí; debería irme de aquí con el resto, pero la verdad es que quiero hablar con Hudson. Es más, quiero averiguar qué es lo que ha pasado entre nosotros antes y si significa algo o no es más que una anormalidad.

—Yo, eh... Subo dentro de unos minutos. Tengo que hablar un momentito con Hudson.

—¿Así es como lo llamáis ahora? —murmura Eden mientras pasa por mi lado con la mochila en el hombro y una enorme sonrisa en la cara.

No lo ha dicho lo bastante alto como para que lo oigan los demás, pero cuando los veo marcharse me doy cuenta de que da igual. Aunque mis amigos no hubiesen estado pensando ya en que algo estaba pasando, mis mejillas rojas como tomates me habrían delatado de todas formas.

Miro a Jaxon mientras se acerca, pero su gesto es sorprendentemente cálido. Se inclina y me susurra al oído:

—Está todo bien, Grace —antes de dirigirse hacia las escaleras.

Y quiero llorar al pensar en lo mucho que debe de haberle costado hacer eso.

Quiero a Jaxon. De verdad. Él me salvó cuando llegué aquí, me sacó de las gélidas profundidades de la depresión y el entumecimiento que me había rodeado desde la muerte de mis padres. Le estaré agradecida por ello durante el resto de mi vida. Ha sido mi primer amor, y eso nunca se olvida, de verdad que no.

Pero luego está Hudson, que ve en mí mucho más que a la chica débil y herida que fui. Ve quién soy en realidad y en quién tengo el potencial de convertirme. Jaxon quería protegerme, quería cuidarme, pero Hudson quiere ayudarme a aprender a cuidar de mí misma. Y sé que si cedo ante estos sentimientos que el vínculo provoca en mi cuerpo y la cosa no funciona...

Perder a Jaxon fue terrible, pero nuestra relación ya hacía aguas antes de que nuestro vínculo se rompiera, la verdad. Había cierta discordancia entre la chica de la que él se había enamorado y la chica en la que yo quería convertirme. Nos volvimos compañeros sin conocernos, y una parte de mí sabe, en el fondo, que parte de la razón por la que amaba a Jaxon con todo mi corazón era porque él me amaba a mí de la misma manera. Nos necesitábamos mutuamente. Ambos sufríamos y llenamos un vacío que no sabíamos cómo llenar por nuestra cuenta.

Pero con Hudson siempre será diferente. Él me conoce mejor que nadie, mejor que yo misma. Y aunque no recuerdo aquellos meses en los que estuvimos atrapados juntos, en las últimas semanas nos hemos hecho amigos de verdad.

Y eso es lo que realmente me aterra.

Cuando Jaxon rompió conmigo, se alejó solo de una parte de mí, de la parte que él conocía. La única parte que la chica herida que era le dejaba ver. Pero si Hudson me rechazara... No sería solo una parte de mí. Me rechazaría toda entera. Y eso... eso sería muchísimo más devastador. Me dejaría tan rota que no sé si sería capaz de recomponer mis pedazos.

Pero después de lo que ha pasado antes con él... no sé. De repente tengo la sensación de que tanta evitación, tanto esconder la cabeza, tanto fingir que esto no está pasando no solo me hace daño a mí, sino también a Hudson. Creo que si no actúo pronto, voy a destruir nuestra oportunidad, y esa idea me da más miedo aún que tomar una decisión.

—¿Piensas quedarte ahí escondiéndote toda la noche o de verdad tienes algo que decir? —pregunta Hudson con su tono sarcástico de siempre.

48

La honestidad es la política más incómoda

«Joder, ¿en serio?» Estoy aquí muy preocupada intentando dar con la manera de que no suframos ninguno de los dos, ¿y me sale con esas?

Mis nervios desaparecen al instante y ahora solo estoy cabreada. ¿No se da cuenta de lo difícil que ha sido para mí decir siquiera que quería quedarme con él? ¿Lo difícil que ha sido admitir lo que eso implica ante todo el mundo? ¿Y encima se permite criticarme?

—Uy, te aseguro que sí que hay algo que quiero decirte. —Cuadro los hombros y lo miro directamente a los ojos—. Pero no creo que merezcas oírlo ahora. —Recojo la mochila del suelo, al lado del sofá, e ignoro las lágrimas que amenazan con formarse por ningún motivo que pueda entender—. Avísame cuando no estés en modo capullo, y entonces tal vez podamos hablar.

—Oye. —Me detengo al instante cuando Hudson apoya la mano con suavidad en mi hombro—. Perdona. Me he pasado.

—Últimamente te disculpas mucho —le digo encogiéndome de hombros, pero sigo sin volverme hacia él. Necesito unos segundos más para asegurarme de que todo rastro de esas ridículas lágrimas ha desaparecido. Además, también estoy algo avergonzada, por las lágrimas, por la situación, por mi incapacidad de gestionarla de forma adecuada... y ahora enfrentarme a él me parece casi imposible—. Me voy.

Me aparto de su mano y voy directa hacia la puerta. Si soy muy rápida y tengo suerte, tal vez deje que me...

O tal vez no. Me quedo helada de nuevo cuando de repente él ya está ahí, bloqueándome el paso. Observo uno de los agujeros de esos vaqueros tan terriblemente sexis y rezo para que la tierra se abra y me trague entera.

¿Por qué no puede Jaxon provocar uno de sus famosos terremotos en este momento? ¿Acaso es tanto pedir en esta situación? O, por proponer algo, algún leviatán gigante que habite en la nieve podría atravesar el suelo de piedra en busca de su próxima comida.

Pero parece ser que el mundo paranormal no me apoya en esto (menuda sorpresa), porque los vaqueros y las piernas que los cubren no se mueven ni un milímetro. Como tampoco lo hace el chico al que están unidas estas.

Claro que no. Estamos hablando de Hudson, y él nunca me pone las cosas fáciles. Tal vez si lo hiciera no estaríamos en esta situación. Es mucho más sencillo alejarse de un pusilánime.

—Habla conmigo, Grace —dice—. Deja de ser tan veleta. No es justo para ninguno de los dos.

Pero ¿qué coñ...?

—¿Qué acabas de decirme? —Lo miro con la furia de mil soles—. ¿Crees que yo soy la veleta? ¿Yo? —Me río, pero sin un ápice de humor—. Habló el chico que flirtea conmigo delante de todos un segundo y al siguiente desaparece. El que dice que quiere ver cuánto calor podemos soportar, y luego les dice a nuestros amigos que no somos una pareja. —Le hundo el dedo en el pecho, pero no cede. Putos vampiros. Pero solo acabo de empezar—. Creía que íbamos a darle a lo nuestro una oportunidad, pero no parece que seas capaz de decidir qué es lo que quieres. ¿Tienes la menor idea de lo asustada que estoy? Y, aun así, yo no te trato de esa manera.

—No, pero estás obsesionada con ver cómo reacciona Jaxon cada vez que me tocas.

Sus palabras aterrizan como una bomba en nuestros pies. Pongo los ojos en blanco de forma exagerada.

—Pues claro que quiero ver cómo reacciona. Él no tiene la culpa de nada de esto.

—¿Crees que no lo sé? ¿Por qué piensas que me he ido a por la sangre para los vampiros? —Aprieta la mandíbula con tanta fuerza que da la impresión de que se vaya a partir una muela—. Quiero a mi hermano más de lo que lo querrás tú jamás. Morí por él. Pero no voy a volver a hacerlo. Y lo que tú me estás haciendo, Grace... Me estás matando lentamente.

Suspira y se pasa la mano por la cabeza, frustrado, y se deja el pelo todo despeinado. Debería estar ridículo, pero

solo parece... vulnerable. Tal vez, solo tal vez, Hudson esté tan asustado como yo ante la intensidad de lo que hay entre nosotros.

De modo que inspiro hondo y pruebo suerte.

—¿Tienes miedo, Hudson?

Me sostiene la mirada tanto tiempo que no estoy segura de que vaya a responder. Pero entonces el peso de su respuesta parece ser demasiado para él y acaba sentándose en las escaleras que tengo ante mí, con los brazos apoyados en las rodillas, y dice con voz entrecortada:

—Más de lo que te puedas imaginar.

Y ahora lo veo. Veo sus cicatrices.

A este pobre chico le han arrebatado a todas las personas a las que ha querido. ¿Por qué no iba a esperar que sucediera lo mismo con su compañera? Y me dejaría ir sin pelear. Lo sé. Si le dijera que quiero a Jaxon, sacrificaría su felicidad por la mía. Y por la de su hermano.

Trago saliva al darme cuenta de que merece saber que eso no va a pasar. De modo que con voz suave le digo:

—Jaxon nos ha dado su bendición al irse esta noche.

Alza las dos cejas.

—¿En serio?

—Sí. —Asiento. Y como merece saber esto también, añado—: Solo miro a Jaxon cuando nos tocamos porque no quiero hacerle daño... siendo feliz.

Lo observo mientras asimila mis palabras y veo cómo empieza a formarse una lenta sonrisa en su boca. Y Hudson el gallito regresa tan rápido como se había ido y dice:

—Entonces te gusta cuando te toco, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco.

—Típico de ti quedarte solo con eso.

Me sonríe de oreja a oreja.

—Oye, yo no tengo la culpa de ser irresistible.

—Es por el vínculo, idiota —bromeo, pero se pone serio de nuevo.

—¿Es eso lo que piensas?

Me muerdo el labio.

—¿Qué otra cosa puedo pensar?

Medita mis palabras un instante antes de levantarse y decir:

—Podemos tomarnos las cosas con calma, Grace. Es algo que se tiene que ir construyendo.

Y no puedo contener las lágrimas de alegría que se me acumulan en los ojos.

—Gracias.

Me abraza con fuerza. Sus largos brazos rodean mis hombros y estrecha mi cabeza contra su pecho, mientras yo intento ignorar lo bien que huele así de cerca.

Es un aroma cálido a sándalo y jengibre.

A ámbar y llamas vivas.

«A seguridad», susurra la voz en mi interior.

—¿Quieres ver el resto de *El Imperio contraataca*? —pregunta.

—Nada me gustaría más —admito. Después nos imagino acurrucados en su enorme cama roja y sexy de la muerte y añado—: En el sofá.

Hudson se echa a reír.

—Claro.

Pero cuando entrelaza nuestras manos y me guía hasta el sofá, no puedo evitar preguntarme si ir despacio aliviará la

presión... o si solo hará que todo estalle.

49

Morder el polvo

—Bueno, eh..., ¿qué tal anoche con Hudson? —pregunta Macy mientras reunimos algunas cosas para llevarnos a Ciudad Gigante—. A no ser que quieras que me entere por terceros, claro.

Cojo una camiseta, la doblo y la meto en la mochila.

—No pasó nada. Solo vimos una peli.

—¿Por encima o por debajo de las sábanas? —Me guiña el ojo y suelto una carcajada con ronquido.

—En el sofá —aclaro, aunque me sonrojo un poco al recordar cómo nos acurrucamos juntitos y cómo cubría mi mano, apoyada sobre su muslo, con la suya. Fiel a su palabra, no intentó nada en toda la noche.

Bueno, hasta el final, cuando discutimos sobre por qué la princesa Leia no podía admitir que estaba enamorada de Han Solo hasta que ya era demasiado tarde. En un momento estábamos tan tranquilos y relajados y, al

siguiente, estábamos peleando como locos por un personaje de ficción. En un momento estábamos tan a gusto siendo dos buenos amigos y, al siguiente, no podía dejar de pensar en arrancarle la ropa y en montarlo bajo esas sábanas tan sugerentes.

Pero en lugar de eso me inventé una excusa y volví corriendo a mi habitación, con su última insinuación resonando en mis oídos:

—Estaré aquí cuando cambies de idea.

—Si cambio de idea —le respondí.

Y él se echó a reír con ganas, el muy capullo.

No corría porque tuviera miedo, o al menos no solo por eso.

Corría porque, visto lo acalorado de nuestras discusiones, me asusta un poco que ardamos si acabamos juntos.

O tal vez la pregunta más adecuada sea: ¿qué no quemaremos?

No sé si estoy preparada para eso. No sé si estoy preparada para nada de esto.

—Pareces agotada —dice Macy con una voz deliberadamente alegre.

Ya, bueno, es lo que suele ocurrir cuando te pasas la noche dándoles vueltas a los problemas de tu relación.

—Hudson dijo algo que no me gustó al final de la noche.

Me dirijo a mi armario y busco mi abrigo negro porque pega más con mi estado de ánimo. Pero Macy llega, me lo quita de las manos y vuelve a guardarlo.

—No te quiero taciturna —me ordena—. Estoy totalmente de su lado... a menos que te haga daño. En cuyo caso, solo

tienes que decirlo y te ayudaré a enterrar el cuerpo.

—No, no ha sido para tanto. Y no estoy taciturna. —Es una mentira cochina, pero al parecer hoy no puedo parar de mentir, así que ¿qué más da una más?

—Ah, vale. ¿Te gusta más malhumorada? ¿Lánguida? ¿Qué adjetivo te gusta más?

—Reflexiva —le digo, y me parto de risa, porque es imposible estar triste mucho tiempo en presencia de Macy. Ni siquiera cuando ella sigue estando un poco triste también—. Estoy reflexionando sobre el estado de mis asuntos.

—Vale, pues reflexiona. Pero hazlo vestida con tu color favorito. —Coge mi abrigo rosa eléctrico de la percha y me lo pasa—. Hará que te sientas mejor.

La miro a ella, miro el abrigo, y pienso que este sería un momento perfecto para decirle que el rosa eléctrico no es en absoluto mi color favorito. Pero está sonriendo por primera vez en bastante tiempo. La idea de esta excursión fuera del instituto la hace más feliz de lo que lo ha estado desde lo de Xavier. Decirle que no me gusta el rosa sería como darle una patada a un cachorrito solo para oírlo llorar. No puedo hacerlo.

Además, la verdad es que el color me está empezando a gustar. Sí, el edredón es demasiado, pero el abrigo no está tan mal.

—¿Qué hora es? —pregunto mientras me lo pongo, y compruebo de nuevo mi mochila para verificar que tengo todo lo que pueda necesitar. El plan es salir hoy por la mañana y volver mañana por la noche, pero quiero

asegurarme de que llevo suficiente trabajo que hacer por si nos quedamos hasta el domingo.

A ver, sí, vamos a pasar la mayor parte del tiempo buscando al Herrero y, espero, hablando con él una vez que hayamos dado con él, pero aun así... Habrá algún momento de descanso, y quiero aprovecharlo para terminar mi proyecto de Arquitectura y mi ensayo de Historia. Con suerte, Jaxon estará de bastante buen humor como para ayudarme, como me ofreció el otro día. Y si no lo está, en fin, tal vez pueda convencer a alguno de mis otros amigos.

—Las nueve y cuarto —responde Macy mientras saca su chaqueta arcoíris. Hacía tiempo que no la llevaba, ya que últimamente siempre va de negro, y la miro complacida. Mi prima se encoge de hombros—. Creo que a lo mejor yo también quiero sentirme bien mientras reflexiono.

Ahora sonrío de oreja a oreja.

—Me parece una idea estupenda.

Asiente y susurra:

—A mí también.

—¿Sabes? Hoy es el cumpleaños de mi madre —digo mientras nos dirigimos al pasadizo secreto de Macy.

No es necesario que nuestros nuevos e indeseados enemigos sepan que vamos a ausentarnos del instituto un par de días. No queremos que ninguno de ellos informe de que Hudson ha abandonado la propiedad del Katmere. Con lo protegida que está Ciudad Gigante por la magia, todos estamos bastante seguros de que, aunque Cyrus se enterase de que nos encontramos allí, nos habríamos largado antes de que pudiese enviar a la Guardia a las

murallas de la ciudad. Pese a todo, no tiene sentido arriesgarse y anunciar nuestra aventura.

—¿Su cumpleaños? —Macy abre mucho los ojos—. Ay, Grace, lo siento. No lo sabía.

—No tienes nada que sentir —le digo mientras recuerdo el espíritu libre de mi madre, con su pasión por las flores, la poesía y las tortitas a medianoche—. A ver, sí, normalmente me pongo triste cuando pienso en ella, pero es difícil estar triste en su cumpleaños. Siempre ha sido uno de mis días favoritos del año.

—¿En serio? —pregunta mi prima encantada con la idea —. ¿Y eso?

—Siempre faltábamos a clase y lo pasábamos juntas. Sabes que era profesora de instituto, ¿verdad?

—No me acordaba. —Sonríe—. ¿Siempre te corregía la gramática?

Me río.

—Qué va. Pero siempre me daba algún libro para leer, y luego lo comentábamos comiendo en nuestro restaurante favorito, que estaba instalado sobre el agua. Y si coincidía con la época adecuada del año, después caminábamos hasta la cala y veíamos las focas que se acercaban a la arena a parir y a cuidar de sus crías.

Macy abre los ojos como platos.

—Madre mía. ¡Qué bonito!

—Lo era, sí. —Sonrío al recordarlo—. Mi padre tenía que trabajar un fin de semana al mes, y es cuando nosotras aprovechábamos para ir solas a comer. Le encantaba hablar de sus pasajes favoritos y memorizarlos.

—¡Por eso siempre estás citando algún libro! Me preguntaba por qué sería.

—Sí, es por eso.

—A Hudson debe de encantarle. Él siempre está citando libros también.

Me echo a reír.

—Hudson es la única persona que conozco que lee más de lo que lo hacía mi madre.

—Me lo creo. Y teniendo en cuenta todo el tiempo que lleva vivo, seguro que lo ha leído casi todo.

—No sé si hasta ese extremo, pero sí que ha leído mucho.

Estamos en la sección del pasadizo donde se encuentran todas esas pegatinas que tanto me gustan, y sonrío cuando pasamos junto a una que dice MAL DE OJO AL PATRIARCADO y a otra que es una bola de cristal con las palabras PARECE QUE ESTÁS JODIDA escritas dentro. Siempre me hacen reír.

—Entonces ¿es eso lo que hacías el día del cumpleaños de tu madre? ¿Ir a comer y hablar sobre libros?

—Así es como empezábamos, sí. Después íbamos de compras y nos comprábamos un conjunto exageradamente caro solo por diversión. Y después acabábamos en casa haciendo la tarta de cumpleaños más increíble que pudiéramos encontrar. Mi madre cocinaba de maravilla.

—Sí, es verdad —dice Macy—. Sus galletas eran legendarias. Recuerdo que las vendía, incluso cuando dejasteis de visitarnos.

Mi sonrisa desaparece.

—Siempre he odiado que dejásemos de venir.

—Yo también. La última vez fue ese verano antes de cumplir yo los nueve. ¿Te acuerdas?

—Sí. Íbamos de pícnic todos los días. —Hacía años que no pensaba en ese verano.

—Todos los días —repite y lo acompaña de una carcajada —. Con todas las galletas de tu madre.

—Sí. —Si cierro los ojos, todavía puedo oler sus galletas de limón—. Y el té de la tuya.

Ahora es la sonrisa de Macy la que se borra.

—Sí.

—Perdona —le digo mientras empezamos a descender las escaleras hasta el primer piso—. No pretendía…

—Tranquila. Mi madre preparaba las mejores infusiones del mundo —afirma Macy encogiéndose de hombros—. Sobre todo la de hibisco.

—Esa era la roja, ¿verdad?

Asiente.

Levanta el cartel de NO PASAR, y no le pregunto nada más sobre su madre. Perder a mi madre fue una de las peores cosas que me han pasado en la vida, pero no me quiero ni imaginar cómo me sentiría si simplemente se hubiese largado un día. Si hubiese desaparecido de la faz de la tierra tras nueve años siendo la madre del año.

Yo tenía solo diez años cuando ocurrió, pero me acuerdo de que el tío Finn estaba muy nervioso. Recuerdo decenas de llamadas a altas horas de la noche entre él y mis padres. Mi padre se vino a Alaska varias semanas cuando sucedió para ayudar a mi tío a hablar con la policía. Al final se concluyó que no se trataba de ningún acto criminal; que un día la tía Rowena sencillamente había decidido no volver a casa. El tío Finn no podía creerlo.

La buscó sin éxito durante años. No me quiero ni imaginar lo que tuvo que ser, para él y para Macy.

Abrazo a mi prima mientras descendemos por el pasadizo hasta una de las puertas de salida del primer piso. Ella me devuelve el abrazo y me dice que soy la mejor prima del mundo. Después empujamos la última puerta y salimos al exterior, donde la nieve se derrite poco a poco, y nos encontramos con que Hudson, Flint, Luca, Eden, Jaxon y Mekhi ya están esperándonos.

—Ya era hora —dice Hudson. Son las primeras palabras que me dirige desde anoche, y apenas puedo mantener mi sonrisa bajo control. Sí, son hoscas y no precisamente amables, pero eso me da igual. Hudson es Hudson, después de todo, y estoy segura de que habrá dormido más o menos igual de bien que yo.

—Podrías haber emprendido camino tú solo —le espeta Macy mirándolo mal. Después se acerca al borde del claro, abre su bolsa mágica y saca su varita.

Hudson me mira como diciendo: «¿Y eso a qué ha venido?», pero yo me encojo de hombros fingiéndome del todo inocente. No hace falta que sepa que he estado «reflexionando» sobre él hace un rato.

Todo el mundo se aparta mientras Macy dispone ocho velas en el suelo, todas a la misma distancia, formando un círculo.

—Gwen me ha ayudado a crear un portal lo bastante grande como para que todos podamos cruzar al mismo tiempo. Ella ya ha estado en Ciudad Gigante. Estas velas nos ayudarán a que esté disponible para nosotros, y

también corregirá los posibles desvíos por la rotación de la tierra.

Macy lleva toda la semana practicando la construcción de portales con Gwen, y me siento tremendamente orgullosa de ella cuando crea este en su primer intento. Un momento estamos en un campo, con parches de césped visibles bajo la nieve en deshielo, y al siguiente estamos deslizándonos a través de la tierra. Las paredes del portal pasan de largo tan rápido que es como estar dentro de un brillante caleidoscopio.

Extiendo la mano y dejo que la luz, de los tonos de distintas gemas, me parpadee en los dedos porque, cómo no, el portal de Macy centellea como un arcoíris. Me vuelvo para compartir mi deleite con Hudson, pero él ya está sonriendo. Sabe lo especial que es esto también.

Antes de darme cuenta, los arcoíris han desaparecido, y nos encontramos en medio de un bosque de árboles inmensos, y las motas de sol que penetran entre las ramas salpican el suelo.

Bueno, todos los demás están de pie. Yo estoy de rodillas sobre el musgoso lecho del bosque porque, al parecer, sigo sin saber aterrizar derecha.

Hudson me ayuda a levantarme mientras Macy sonríe a todo el mundo.

—Soy la hostia, ¿eh?

—Pues sí —le dice Hudson—. Has hecho que parezca fácil.

—A lo mejor lo ha sido —le contesta ella todavía un poco tirante a causa de nuestra conversación anterior.

—Bueno, en ese caso eso hace que seas la hostia más todavía, ¿no? —responde él.

Y ella se retira como si tuviera una mala mano de póquer porque Hudson puede ser así de encantador cuando quiere. Los dos chocan la mano mientras el resto miramos a nuestro alrededor.

Y entonces veo que, por muy genial que sea el portal, seguimos teniendo un problema. Porque no hay ninguna ciudad, ni de gigantes ni de ningún otro tipo, por ningún lado.

50

Con los pies en la tierra

—Bueno, ¿qué te parece? —le pregunta Flint a Macy con una amplia sonrisa en la cara—. ¿Sientes alguna vibración terrestre?

—No soy un sismógrafo —le dice y pone los ojos en blanco—. No puedo leer la tierra a cientos de kilómetros en todas las direcciones.

—Creía que ese era el plan —dice Luca, que llega y desliza la mano alrededor de la cintura de Flint.

—El plan es acceder a la magia de la tierra que usan para ocultarse y ocultar su ciudad —responde mientras rebusca en la bolsa mágica que tiene atada a la cintura y, después, en su mochila—. Cosa que voy a intentar hacer.

—¿Cómo podemos ayudar? —pregunta Eden acercándose a Macy por detrás.

—Permaneciendo fuera de mi camino —contesta mi prima lanzándole una sonrisa por encima del hombro—. Sé

que va en contra del código de superioridad de los dragones, pero esta es una de esas veces en las que las brujas tienen que hacer el trabajo pesado. —Junta y flexiona los dedos, como si se estuviera preparando para entrenar en el gimnasio.

—¿Por qué no intentas ayudarla tú, Grace? —dice Hudson, y todas las miradas se dirigen hacia mí.

—Creía que esto era una cosa de brujas —le respondo algo incómoda—. ¿En qué puede ayudar una gárgola?

—La magia de la tierra es lo que te cura. Seguro que tienes algún tipo de afinidad con ella.

Uf. Detesto incluso pensar en el día en que Hudson me enterró viva para salvarme la vida. Sé que tenía que hacerlo, pero sigue siendo una de las cosas más espantosas que me han pasado jamás. Puede que la más horrible de todas, y en eso incluyo la movida del sacrificio humano con Lia. He querido preguntarle decenas de veces cómo sabía lo que tenía que hacer, pero sé que eso me provocaría un ataque de pánico. Y bastantes tengo ya últimamente como para ir a buscar uno de forma deliberada. Pero ese es el tema, ¿no? Al final agacho la cabeza y suspiro, porque por más que quiera negarlo, Hudson tiene razón. Tengo que mejorar en lo que a enfrentarme a los conflictos se refiere. Y supongo que no hay mejor momento como el presente para empezar.

Me vuelvo hacia Hudson, pero no está donde esperaba que estuviera. Se ha acercado a mí y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo el aliento que necesito en sus brillantes ojos azules. Quiere que le haga la pregunta,

quiere que confíe en él lo suficiente como para dar un salto de fe.

Y tiene razón. Sé que la tiene. He deseado saber la respuesta a esta pregunta desde hace semanas; ¿de verdad voy a dejar que un poco de miedo me impida averiguar más sobre mi gárgola y sobre mí misma?

Inspiro hondo, exhalo lentamente y pregunto:

—Oye, y... ¿cómo sabías que enterrarme me sanaría?

La sonrisa en su rostro ilumina todo el bosque cuando responde:

—Recordé haber leído en uno de los libros de la biblioteca que las gárgolas eran inmunes a todas las formas de magia elemental, la tierra, el aire, el fuego y el agua. Ya sabíamos que podías controlar el agua y que podías canalizar la magia, de modo que imaginé que no era tanto que fueran inmunes a la magia, sino que más bien podían desviarla, canalizarla para alejarla de ellas de la misma manera en que podían absorberla.

»Y, si eso era cierto, entonces podrías manipularla. Manipulaste el agua, de modo que ¿por qué no ibas a hacer lo mismo con los demás elementos?

Espero a que mi corazón empiece a latir demasiado deprisa, a que mis pulmones se vacíen de aire ante el recuerdo de haber sido enterrada viva. Pero no sucede. En vez de eso, en lo único en lo que puedo pensar es en averiguar qué más cosas podría ser capaz de hacer.

—Pero ¿cómo pasaste de pensar en la magia elemental en general a saber que la magia de la tierra podía sanarme?

Enarca una ceja y me sonríe muy pagado de sí mismo.

—Por la Bestia Imbatible, claro.

Macy se apoya en un árbol y sube las cejas hasta la línea del crecimiento del cabello.

—¿Qué tiene ella que ver con la magia de la tierra?

—Era enorme, ¿recuerdas? —Hudson la mira antes de volver a centrarse en mí—. Parecía haberse estado tragando rocas inmensas para desayunar durante los últimos cien años.

—¿Y...? —pregunta Flint, que parece tan fascinado con todo esto como lo estoy yo.

Hudson me guiña el ojo.

—Nena, si la gente no parase de ir a matarte y no pudieras escapar, si pudieras usar la magia de la tierra, ¿qué harías?

Abro mucho los ojos, y no solo porque acaba de llamarme «nena», aunque eso hace que se me salte un latido o dos.

—Me haría lo más grande y poderosa posible.

Asiente.

—Y usarías la magia de la tierra para curar tu cuerpo de piedra, ¿no? De lo contrario, ¿cómo es posible que una gárgola atrapada en una cueva de piedra sea imbatible?

Mekhi silba.

—Ser una gárgola mola cien veces más de lo que pensábamos.

—Mil veces más —le corrige Macy—. En serio. Qué pasada. —La sonrisa de mi prima es aún más amplia que la de Hudson.

Sí. Qué pasada. Porque, en mitad de su explicación me he dado cuenta de otra cosa. Este chico... Este chico tan increíble sabía que temía hacerle estas preguntas, que

temía descubrir algo que no fuera capaz de soportar. De modo que lo hizo por mí, solo para poder tener la respuesta cuando yo estuviera preparada para formular la pregunta.

Camino hacia él, sin importarme lo más mínimo quién esté delante. Sin importarme lo que puedan pensar Mekhi o Luca... o incluso Jaxon. Solo pienso en Hudson mientras lo rodeo con los brazos y lo abrazo con todas mis fuerzas.

Vacila un segundo, como si lo hubiera cogido por sorpresa, pero después me rodea la cintura y me devuelve el abrazo. Se inclina lo suficiente como para apoyar su mejilla en mi cabeza. Entonces cierro los ojos y dejo que su familiar esencia a jengibre y sándalo inunde mis sentidos, y me limito a aspirarlo. Es como estar en casa.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, el suficiente como para que los demás se aparten y nos den algo de intimidad. Al final murmura:

—¿Estás bien?

Pienso en todas las cosas que podría responder a esa pregunta, en todos los sentimientos que me invaden en estos momentos. En cómo me empujaba a hacer preguntas sin forzar, dándome mi tiempo para llegar a este punto. En cómo sabía que al final encontraría la manera de preguntar. Y por eso ha esperado a que estuviera lista. De la misma manera que está esperando ahora.

Al final digo lo único que puedo decir:

—Gracias.

Me estrecha contra su pecho de nuevo, me aplasta contra su calor. Y sé que ha oído todo lo que no he dicho. Siempre lo hace.

Al cabo de un instante me besa la coronilla antes de apartarse y señalar:

—No es que me esté quejando de tenerte entre mis brazos ni nada de eso, pero si no me equivoco tu prima está a punto de hacer una auténtica pasada. O de mutilarnos a todos.

Me aparto, sigo la línea de su mirada... y abro los ojos como platos. Madre mía. Mi prima está midiendo el peso de cuatro *Athames* increíblemente grandes en su mano, haciéndolos rebotar arriba y abajo como si estuviera a punto de...

—¡Madre mía!

51

Cortada por otro patrón

Sofoco un grito cuando lanza los afilados instrumentos al aire con todas sus fuerzas.

Todos levantamos la vista, alarmados, preparados para cubrirnos en cualquier momento, pero, en lugar de caer de nuevo al suelo y atravesarnos, se ponen en horizontal y se disponen en una especie de formación de brújula.

Hudson y yo nos acercamos al claro y nos quedamos admirando los cuchillos flotantes.

Esperamos a que hagan algo, lo que sea, pero durante largos segundos simplemente permanecen ahí, con la empuñadura hacia dentro y las hojas hacia fuera, señalando lo que imagino que serán el norte, el sur, el este y el oeste.

—Entonces ¿lo que sube no baja? —susurra Flint en voz alta cuando los segundos se convierten en el primer minuto, y luego en otro.

—¡Chis! —le chista Macy mientras levanta la varita por encima de su cabeza y empieza a trazar un círculo con ella —. Gwen dice que los gigantes siempre están desplazando la entrada, y que toda la ciudad está protegida por hechizos de confusión para que los excursionistas humanos perdidos no entren. Dadme un minuto para que la encuentre.

Segundos después los *Athames* empiezan a voltear en círculo también, cada vez más rápido, hasta que giran a tal velocidad sobre nuestras cabezas que es casi imposible distinguir uno de otro. Entonces, de repente, uno empieza a brillar con tanta intensidad que casi parece estar en llamas.

Cuanto más brilla, más rápidos y más erráticos se vuelven los movimientos de Macy, hasta que los otros tres cuchillos caen al suelo como piedras, provocando los gritos del resto de nosotros.

Apenas tenemos la ocasión de asimilar lo que ha pasado cuando el cuarto *Athame*, que ahora brilla con tanta fuerza que cuesta mirarlo, sale disparado rumbo al sur, directo hacia una enorme arboleda.

—¡Vamos! —grita Macy emocionada.

Yo sigo algo agitada por el encuentro tan cercano que acabo de tener con uno de los cuchillos, pero me aguanto. Para eso hemos venido, ¿no?

Los demás ya están corriendo detrás de mi prima, de modo que me uno a la caza, con Hudson siguiéndome de cerca. Le sonrío y le choco deliberadamente el hombro. Y, como es un vampiro y más que capaz de defenderse, añado un poquito de piedra al gesto.

Me lanza una mirada inescrutable al recibir el golpe, y entonces acelera un poco la velocidad. Sonrío porque esta

es su respuesta a mi golpe. Hudson no me golpearía ni en broma, pero sí me desafía. Y mucho.

Lo bueno es que me encanta.

Aumento la velocidad para igualar la suya, y empezamos una carrera a través del bosque, que se vuelve cada vez más denso, saltando por encima de riachuelos y de barrancos estrechos.

Es más divertido de lo que jamás habría esperado.

Puedo oír a los demás por delante: Macy y Eden a la cabeza, con los chicos justo detrás. Flint es el que más cerca está de nosotros, gritando de júbilo mientras todos nos abrimos paso a través de este lugar que ya parece un poco mágico, incluso sin los gigantes.

Saltamos por encima de otro riachuelo, este repleto de minúsculas ranas que brincan por la orilla, cuando Hudson se desvía a la derecha y empieza a adelantarme. Decidida a no dejarle ganar ventaja, uso mi poder para canalizar el agua y lo golpeo en toda la cara con una bola líquida gigante, y con un par de ranas incluidas.

Se queda tan estupefacto que me empiezo a partir de risa, y entonces aprovecho la ventaja que me proporciona la sorpresa y corro hacia los árboles lo más rápido que puedo.

Como era de esperar, no tarda nada en alcanzarme, pero yo me desvío a la izquierda cuando él lo hace a la derecha y corro en una dirección cuando él lo hace en la otra y, aunque esta vez no tengo agua que lanzarle, mi estrategia le provoca un gruñido, lo que a su vez me hace reír de nuevo.

Sé que va a venir a por mí ahora, de modo que alcanzo mi hilo platino. Momentos después despliego las alas y vuelo hacia el cielo por encima de él.

Puedo ver a los demás desde aquí siguiendo el camino que les indica el *Athame*. Se mueve muy rápido, de modo que Jaxon y Mekhi han pasado delante de Eden y Macy para que estas puedan retrasarse un poco sin preocuparse de perderle la pista al cuchillo. Estoy volando a la altura de las copas de los árboles, pero estas se vuelven cada vez más densas, de modo que me dispongo a ascender un poco más para ver el terreno que tenemos por delante (y para no golpearme con ninguna rama).

Pero antes de que pueda pensarlo siquiera, Hudson salta directo hacia mí a través de las ramas de los árboles y me atrapa.

Lanzo un chillido cuando me rodea con los brazos, pero él solo se ríe y susurra:

—Te atrapé.

Estoy a punto de echarme a reír también, pero el sonido se queda atrapado en mi garganta, junto con mi respiración, porque lo que ha empezado como una simple diversión acaba de transformarse en algo completamente diferente.

Mis alas le impiden agarrarme por la espalda, de modo que estamos frente a frente, con su boca a apenas unos centímetros de la mía y la parte delantera de su cuerpo pegada contra la mía mientras me abraza. Es agradable, muy agradable, estar así con él, sobre todo cuando su expresión me dice que él también lo está disfrutando.

Y cuando se inclina, modificando su postura para abrazarme en lugar de estar simplemente sosteniéndome, el calor estalla entre los dos. El ritmo de mi corazón se triplica y el poco aire que hubiese logrado aportar a mis pulmones se esfuma enseguida.

Durante un segundo, solo un segundo, pienso en abrazarme a él, en rodear sus hombros con los brazos y su cintura con las piernas. Pero entonces recuerdo dónde estamos… y quién está justo debajo de nosotros.

Sonríe mientras se aparta de mí y susurra:

—Nos vemos en el suelo.

Después me suelta y se desliza entre las copas de los árboles de nuevo hacia la tierra.

Contengo el aliento hasta que veo que aterriza sano y salvo, y entonces empieza a correr entre los árboles otra vez. Comienzo a descender un poco, con la idea de aterrizar un poco más adelante de donde está para que podamos correr juntos de nuevo. Pero entonces miro al mundo que tengo ante él y me quedo maravillada por lo que veo.

Árboles en todas las direcciones, frondosos, verdes y majestuosos. Es uno de los paisajes más bonitos que he visto en mi vida.

Siempre me he considerado una chica de playa (es lo que tiene criarse en las bonitas costas de San Diego), pero esto… esto es impresionante, y de un modo muy distinto a las montañas de Alaska.

Doy unas cuantas vueltas en el aire mientras me deleito con las vistas y con el hecho de que no estoy congelándome por primera vez en una eternidad.

Por debajo, la exuberante vegetación llega hasta donde alcanza la vista, desde senderos de musgo hasta pinos y secuoyas de todos los tamaños que llevan siglos aquí. No estamos tan tierra adentro todavía como para no poder ver el océano Pacífico a la derecha, pero eso solo hace que la experiencia resulte todavía más surrealista.

Las secuoyas, el océano y un sol inmenso y radiante que lo ilumina todo. Después de las gélidas temperaturas de los últimos meses de mi vida, esto es el paraíso. Sigue haciendo frío, claro, pero no el frío del invierno de Alaska. Y eso hace que me sienta como en casa por primera vez en mucho tiempo.

Entiendo perfectamente por qué los gigantes han escogido esta zona para establecerse. Si yo pudiera elegir, también querría vivir aquí.

Pero no puedo permanecer aquí arriba por toda la eternidad, por muy tentadoras que sean las vistas. Tenemos un montón de cosas que hacer y solo un par de días para ello.

Aterrizo junto a Hudson, que me sonríe.

—Has tardado lo tuyo.

—¿Has visto las vistas? —pregunto—. Es precioso.

—Sí —me contesta con suavidad—. Lo es.

Algo en su voz me dice que no está hablando de las vistas, y eso me hace sentir toda clase de cosas de nuevo. En lugar de regodearme en ellas, que es lo que realmente me apetecería hacer, soy consciente de que este no es el momento ni el lugar, de modo que corro más rápido. Y disfruto al ver que Hudson permanece detrás de mí todo el tiempo.

Estoy empezando a pensar que vamos a estar corriendo toda la vida, cosa que no me apasiona, por muy bonito que sea el paisaje, cuando Jaxon grita algo por delante de nosotros.

No oigo lo que dice, pero suena apremiante, de modo que todos aceleramos el paso. Y atravesamos la línea de árboles justo a tiempo para ver cómo el *Athame* se clava en el tronco del que debe de ser el árbol más grande del mundo.

52

Árbol ancestral

Directamente delante de nosotros tenemos la agrupación de secuoyas más bonita que he visto en mi vida, lo cual es mucho decir, teniendo en cuenta que cuando tenía diez años mis padres me llevaron a visitar los bosques Muir como parte de nuestras vacaciones en California del Norte, y me obsesioné con aquellos árboles. Acabamos pasando la mitad de los diez días de vacaciones recorriendo los bosques de secuoyas gigantes y rojas, porque no me cansaba de verlas nunca.

Los árboles que tenemos ahora delante son preciosos, perfectos, increíbles. Todos esos años atrás sentí la magia de las secuoyas de los bosques de Muir. Recuerdo estar entre aquellos majestuosos gigantes dando vueltas y más vueltas, riendo de pura felicidad, y unas florecillas silvestres de todos los colores imaginables me hacían cosquillas en los brazos extendidos.

No quería irme jamás de allí y les rogué a mis padres que nos quedásemos para siempre.

Ellos se negaron, claro; su trabajo y nuestra vida estaban en San Diego, pero aún recuerdo lo mucho que me decepcionó su negativa. No entendía por qué preferían no sentir esta clase de magia cada segundo de cada día.

Pero lo que sentí entonces no es nada comparado con lo que estoy sintiendo aquí ahora. Los árboles prácticamente centellean de magia, y me siento honrada, abrumada e insignificante ante ellos.

Me aproximo al árbol gigante, retiro el *Athame* de su tronco y juraría que lo oigo quejarse. Le devuelvo el cuchillo a Macy y entonces me inclino hacia delante y apoyo las dos manos en el inmenso tronco. Apoyo la mejilla contra su áspera corteza, cierro los ojos y siento la tierra blanda bajo mis pies. Absorbo su magia con mi cuerpo y después la canalizo a través de mis manos hacia el árbol.

Al instante percibo la respuesta mágica del árbol recorriendo mi cuerpo y descendiendo de nuevo hasta mis pies para regresar a la tierra que me rodea. Un bucle infinito de energía, de naturaleza, y yo formo parte de ella. La respiro y me siento humilde ante ella.

Al cabo de un instante me aparto del árbol y me vuelvo hacia mis amigos. Aún tenemos que encontrar la entrada de la ciudad.

Pero están todos mirándome, boquiabiertos y alucinados. Incluso Jaxon está flipando.

—¿Qué p...? —pregunto mirando a mi alrededor. Y me quedo a media frase al ver que estoy rodeada de flores

silvestres cuando hace un minuto no había ninguna. Son enormes, altas y de todos los colores imaginables.

Y la secuoya gigante ya no tiene la hendidura que le ha provocado el *Athame* al clavarse.

Hudson da un paso adelante, corta una florecilla azul con unos ocho centímetros de tallo y me la coloca en la oreja.

—Eres increíble.

Agacho la cabeza al notar el rubor en las mejillas, pero el grito de sorpresa de Flint me hace volver a levantarla inmediatamente.

Y ahora soy yo la que se queda boquiabierta y maravillada, ya que Ciudad Gigante por fin se ha revelado.

53

Luces brillantes, ciudad gigante

Parpadeo varias veces para asegurarme de que los ojos no me están engañando. Porque ahora el muro de secuoyas ha desaparecido, como si no fuesen más que una pared mágica que ocultaba lo que había detrás. Y lo que ha ocupado su lugar es indescriptible. No sé adónde mirar primero. Mis ojos van de edificio en edificio. Algunos están en lo alto de los árboles. Otros, casi escondidos entre sus inmensos troncos, y todo está repleto de gigantes.

Justo delante de nosotros, pegada a la base de la primera secuoya, está lo que parece ser una garita solo lo bastante grande como para albergar a un gigante o dos.

Pero lo que hay detrás es todavía más asombroso: una bulliciosa ciudad repleta de gigantes que siguen con su vida sin percatarse de nuestra existencia o de que los estamos observando.

—Esto es increíble —susurra Luca acercándose un poco más para ver mejor.

—Totalmente —conviene Macy aproximándose también —. Y ¡madre mía! ¡Ahí hay otro edificio! —grita—. Es enorme, pero apenas se ve por cómo está diseñado. Esto es…

—Mágico —le digo, y sorteo a Flint y a Jaxon para poder ver lo que ella ve—. ¡Vaya! Es descomunal.

El edificio al que se refiere está oculto entre tres de los árboles más grandes, de modo que apenas se ve. La base de cada árbol debe de medir unos diez metros de ancho, y no me puedo ni empezar a imaginar cuánto medirán de alto, teniendo en cuenta que lo único que percibo cuando levanto la vista es más árbol.

El edificio, que está hecho de una madera maravillosamente pulida, medirá sus buenos quince metros de alto, pero los árboles que lo rodean hacen que parezca pequeño.

—Ya solo el diseño de la madera es increíble —comenta Macy cuando nos acercamos—. ¿Cómo es posible que alguien haya diseñado un edificio así?

—A mí me parece un poco soso —observa Flint.

—¿Soso? ¿Estás de coña? —digo—. Es maravilloso.

—Bueno. —Se encoge de hombros como diciendo «todo el mundo tiene derecho a tener su opinión», pero entonces me doy cuenta de que no está mirando los mismos árboles que Macy y yo. Está mirando a varios metros más a la izquierda, cosa que no entiendo porque ahí no hay nada.

—A mí no me parece tan grande —coincide Eden—. Mola la construcción, pero…

—Un momento. ¡Eso es un edificio completamente diferente! —exclamo cuando por fin consigo ver lo mismo que ellos al acercarme.

Y tienen razón. Es algo soso, y pequeño. Una casita de muñecas encerrada del todo por el anillo de árboles gigantes que la rodean. Estos son mucho más finos, y claramente más jóvenes, que los que estábamos contemplando antes, pero el pequeño edificio encaja muy bien entre ellos.

Me acerco un poco más para verlo mejor y me vuelvo para decirle algo a Macy, pero entonces me doy cuenta de que el edificio que habíamos estado mirando hace unos instantes ha desaparecido. Se ha esfumado por completo.

—¡Qué fuerte! —Sé lo que está pasando aquí—. No podéis verlo.

Flint me mira como si estuviera muy muy confundida.

—Claro que sí. Está justo ahí.

—¡No! —Lo agarro del brazo y empiezo a tirar de él hacia Macy mientras les hago gestos a los demás para que se acerquen.

—¡Joder! —exclama Flint—. ¿De dónde ha salido eso?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Macy—. Lleva ahí todo el rato.

—No —empieza Jaxon—. No estaba…

—Sí —le digo emocionada—. Sí que estaba.

Miro a mi alrededor, intentando encontrar más edificios, pero no veo ninguno desde mi posición. Pero está claro que los gigantes tienen que estar entrando y saliendo de alguna parte, de modo que los edificios han de estar aquí, ocultos entre los árboles, al igual que estos dos.

—He oído hablar de esto antes —les explico—. Cuando pensaba ir a la Universidad de California en Santa Cruz. —Ahora me parece que han pasado un millón de años en lugar de unos meses—. Cuando fuimos de visita hicieron mucho hincapié en la arquitectura y nos explicaron que el campus entero se había diseñado de manera que solo se pudiesen ver dos edificios al mismo tiempo para no interferir con el paisaje. Allí también hay secuoyas.

Y, ciertamente, su arquitectura es mucho más utilitaria que estos edificios extravagantes, pero la filosofía ecológica tras ambos diseños es la misma. Me enamoré de ese campus todos esos meses atrás, y ahora me he enamorado por completo de Ciudad Gigante.

—Es la mayor locura que he visto en mi vida —afirma Luca mientras va de un extremo del claro al otro—. ¿Creéis que toda la ciudad será así?

—Apuesto a que sí. —Hudson se desplaza un poco más a la derecha y señala un tercer edificio que ninguno de nosotros había visto aún. Es una tienda de caramelos, creo, a juzgar por las gominolas de distintos colores pintadas en el techo—. Es un trabajo demasiado minucioso como para que sea un simple capricho.

—Sí —digo, e inclino la cabeza hacia atrás todo lo que puedo para intentar ver las copas de los árboles más cercanos.

—De aquí es de donde surgen los cuentos —indica Hudson, y apoya ligeramente la mano en mi cadera mientras también levanta la vista.

—Madre mía, tienes razón. No hay tallos de judías. Son secuoyas.

Sonríe.

—Exacto.

—Un momento... —Lo miro con recelo—. Me dijiste que no conocías ese cuento cuando te lo mencioné en mi habitación.

Me sostiene la mirada durante un minuto y después la aparta adrede.

—Lo leí después.

—¿En serio?

Se encoge de hombros.

—Parecía importante para ti.

—No era importante, solo... —Exhalo y lo dejo estar. Porque lo que quiero decir es que sus padres dan asco. Que no es justo que no conozca algo tan sencillo como *Jack y las habichuelas mágicas* solo porque sus padres sean unos putos egoístas que es muy probable que nunca le leyeran un cuento. Que los tutores están bien para el cerebro, pero tal vez no tan bien para todo lo demás.

Entre Cyrus intentando obligarlo a usar su poder para destruir a sus enemigos y Delilah pasando de él a menos que lo necesitara como accesorio, la infancia de Hudson fue una pesadilla. Pero él nunca usa eso como excusa. Nunca habla de ello en absoluto, a menos que le pregunte directamente. Sin embargo pensó que el cuento significaba algo para mí, de modo que sacó tiempo para leerlo.

No sé cómo reaccionar, de modo que me coloco a su lado, entrelazo nuestros dedos y susurro:

—Gracias.

Al principio parece algo sobresaltado y creo que se va a apartar. Pero después suspira y noto que su cuerpo se

relaja, muy lentamente, contra el mío.

—De nada —me contesta, y después, con su acento superpronunciado, continúa—: Ahora estaría bien saber por qué añadieron esas dichosas judías mágicas a la historia.

—Solo hay una manera de averiguarlo —digo con una carcajada.

Enarca una ceja.

—¿Y cuál es?

Miro a todos mis amigos, que parecen estar tan fascinados con esta ciudad como yo.

—Preguntándoselo a alguien —respondo mientras tiro de su mano y me dirijo a la garita.

54

Toc, toc, ¿quién es?

—Creía que no podían vernos —dice Eden siguiéndome de cerca.

—Me parece una defensa espantosa que nosotros podamos verlos pero ellos a nosotros no —añade Flint, y he de admitir que coincido con él.

Nos acercamos a la garita con cautela, no porque tengamos miedo sino porque no queremos sobresaltar a los guardias.

Pero, conforme nos aproximamos a la ventanilla delantera, está claro que saben perfectamente que estamos ahí aunque no nos hayan dicho nada hasta ahora. La honda gigante que uno de ellos ha apuntado hacia nosotros cargada con una roca casi tan grande como yo así lo indica. Igual que la espada que empuña el otro.

—¿Quiénes sois? —pregunta uno de ellos con una voz tan fuerte que hace temblar el suelo bajo nuestros pies.

Es mucho más alto (como metro y medio más) y más grande que Damasen (ambos lo son) y luce una barba castaña muy poblada; tiene un pecho ancho y fornido cubierto por una camisa de uniforme negra; y los ojos azules más suspicaces que he visto jamás, lo cual ya es decir teniendo en cuenta que Hudson Vega es mi compañero. Suspicaz es básicamente su nombre, su segundo nombre y su apellido.

—¿Qué empresa os trae a Firmamento? —pregunta el segundo, que es más pequeño que el primero, pero solo un poco, lo que quiere decir que apenas me saca unos dos metros.

También parece más joven, aunque no sé si es porque lo es de verdad o porque no tiene una barba que le cubre dos tercios de la cara. Sus ojos son del mismo extraño color dorado que los de Damasen, pero este tiene el pelo rubio oscuro recogido en un moño y unos tatuajes negros decoran sus antebrazos bajo las mangas enrolladas de su uniforme.

Sin embargo, no por ello parece menos peligroso, gracias al inmenso sable que tiene dispuesto sobre su hombro.

—¿Firmamento? —repito—. ¿Así se llama vuestra ciudad?

Sus ojos se entrecierran peligrosamente.

—Decidnos qué os trae hasta nosotros o marchaos.

—No es nada oficial…

—Entonces, regresad al bosque —dice el de la barba—. No nos sirven de nada un puñado de liliputienses perdidos, ni aunque poseáis una pizca de magia.

Abro los ojos sorprendida al escuchar su mención de la minúscula y arrogante gente de *Los viajes de Gulliver*.

—¿Sabéis lo que somos? —pregunta Eden con un gesto tan receloso como el de los gigantes.

—Puedo oleros —interviene el rubio—. Ahora largaos antes de que decidamos llamar a control de plagas para exterminaros.

Vale, puede que presentarse aquí e intentar dialogar con ellos sin una tapadera no haya sido el mejor de los planes, pero, sinceramente, ¿qué clase de historia nos podríamos haber inventado?

¿Que nos hemos perdido y resulta que nuestra magia ha expuesto su ciudad?

¿Que queremos unirnos a Firmamento?

¿Que los cuatro vampiros, dos dragones, una bruja y una gárgola nos hemos caído por una madriguera de conejo? Suena a principio de un mal chiste.

—No pretendemos quedarnos mucho —dice Macy con dulzura—. Estamos buscando a alguien, y esperábamos que uno de vosotros pudiera ayudarnos.

—¿Queréis encontrar a un gigante? —desea saber el de la barba castaña—. De eso nada. Ahora largaos antes de que os eche yo.

Noto que Flint se tensa a mi lado y cómo Jaxon traslada su peso a las bolas de sus pies y me preocupa que las cosas puedan descontrolarse. En cuyo caso no tendremos nada que hacer, ya que esta pista, por muy de poca ayuda que parezca, es la única que tenemos.

Estoy segura de que Hudson también lo nota, porque se coloca directamente delante de ambos y dice:

—Lo cierto es que estamos intentando pasar desapercibidos, ya que viajamos en un grupo pequeño, pero

varios de nosotros somos representantes del Círculo Índigo. —No señala a Flint, a Jaxon y a mí—. Cuatro de nosotros somos miembros de las familias gobernantes y hemos venido con la esperanza de presentar nuestros respetos ante el coloso y la colosa mientras estamos en la zona.

Los ojos del de la barba castaña se tornan aún más recelosos si cabe.

—No se nos ha informado de ninguna visita real.

—Ha sido un viaje improvisado —intervengo enseguida—. Pero nos hemos encontrado en vuestras fronteras y nos ha parecido tremendamente descortés no pasarnos a presentar nuestros respetos a vuestra familia gobernante.

A Mekhi se le escapa una risa que camufla tosiendo ante mi remilgado «tremendamente descortés», y sí, admito que igual ha sido un poco desmesurado, pero todo en estos tipos rezuma desmesura y tengo la impresión de que seguirles el rollo es la mejor estrategia. Y, si no lo es..., en fin, no nos iban a dejar pasar de todos modos, así que no perdemos nada.

Ambos gigantes siguen poco convencidos, pero ahora también parecen algo preocupados, como si temieran las posibles consecuencias de rechazar a miembros de otras familias reales paranormales sin haber consultado siquiera con algún miembro del personal de sus dirigentes.

Ha sido una sabia decisión por parte de Hudson. Usar sus credenciales reales para entrar cuando en realidad estamos aquí precisamente para encontrar la manera de acabar con el rey vampiro es más que irónico, pero ¿quién soy yo para juzgar? A estas alturas la necesidad carece de ley.

Además, tampoco estamos mintiendo. Somos quienes hemos dicho que somos, y no pretendemos hacer daño a los gigantes ni a nadie..., bueno, aparte de Cyrus.

Y puede que al capullo de Cole. A él tampoco me importaría hacerle un poco de daño.

Tras pedirnos nuestros nombres, el rubio del moño nos ordena que esperemos aquí mientras él y el de la barba castaña regresan a la parte de atrás de la garita para decidir qué hacer con nosotros. Lo más gracioso de todo es que intentan susurrar, pero sus laringes no están hechas para eso, de modo que oímos todo lo que dicen, incluida la parte sobre encerrarnos en la *oubliette* si es necesario.

No tengo ni idea de qué es una *oubliette*, pero, a juzgar por sus caras de deleite al decirlo, supongo que se estarán refiriendo a una celda o, peor aún, a una mazmorra. Cosa que no esperaba.

La verdad, en ningún momento se me ocurrió pensar que habría una garita. No sé qué idea tenía, pero desde luego se centraba en convencer a las personas para que hablasen con nosotros y no en intentar evitar que acabáramos en una mazmorra, perdón, una *oubliette*, durante nuestros primeros diez minutos en la ciudad.

Esperamos mientras realizan unas llamadas, tienen otra charla. Vuelven a llamar. Los demás se están impacientando, cosa que no me sorprende en lo que respecta a Flint y a Eden, porque si algo me ha enseñado el Katmere es que los dragones lanzan fuego y preguntan después.

Pero incluso Mekhi, Luca y Macy parecen querer salir corriendo hacia la ciudad sin más. Jaxon da la sensación de

estar dispuesto a nivelar toda la ciudad ante la mínima amenaza. Solo Hudson y yo parecemos tranquilos mientras esperamos.

Al final, los guardias regresan con nosotros y no parecen contentos, aunque no sé qué hemos hecho para cabrearlos esta vez aparte de existir. Tampoco se lo voy a preguntar.

—No hemos podido ponernos en contacto con los colosos —nos dice el de la barba castaña con el ceño fruncido—, y sus consejeros no están dispuestos a dejar que ningún paranormal desconocido entre en Firmamento sin su consentimiento.

—¿Paranormales desconocidos? —dice Hudson—. Ya nos hemos identificado...

—Has dicho que pertenecéis al Círculo Índigo. Eso significa dragones, lobos, vampiros y brujas —interviene el rubio del moño—. Pero ella —me fulmina con la mirada— no es ninguna de esas cosas. De modo que hasta que no sepamos lo que es y obtengamos permiso para que entre, el grupo entero permanecerá aquí.

Empieza a cerrar la ventanilla antes de que podamos siquiera asimilar sus palabras, pero mientras algunos de mis amigos intentan evitar que esta llegue a cerrarse y convencerlo para que cambie de idea, oigo una risa tintineante.

Cuando me vuelvo, veo a una de las chicas más guapas que he visto en mi vida caminando hacia nosotros. Que ella también mide unos tres metros y medio pese a tener solo doce o trece años únicamente evidencia aún más su belleza y su clara emoción.

55

Forjado a fuego

—¡Vaya, es cierto! ¡Los vampiros han venido a Firmamento! Cuando Rygor me lo ha dicho no me lo podía creer. —Extiende sus enormes manos hacia nosotros—. ¡Pasad, pasad! Hacía mucho tiempo que no nos visitaba nadie. Estoy deseando hablar con todos vosotros.

—Cala Erym. —El de la barba castaña hace una profunda reverencia—. Lo lamento, pero no creo que sea seguro que se reúna con estas personas. Sus padres no han dado su consentimiento...

—Venga ya, Baldwin. —Pone sus brillantes ojos morados en blanco mientras sacude su lustrosa cola de caballo de aquí para allá—. No creo que la Corte Vampírica haya venido a asesinarnos. Y si así fuera, no anunciarían su presencia presentándose primero en la garita.

Se vuelve hacia nosotros.

—Soy Erym, cala de la Corte Gigantesca. Bienvenidos a nuestra casa.

—Gracias. —Hudson da un paso adelante con una sonrisa estudiada que resulta tan inesperada como impresionante y se presenta. Este es el Hudson diplomático, pienso al verlo charlar con facilidad con Erym. Este es el vampiro criado en una corte del que he oído hablar pero al que nunca había visto todavía.

Flint da un paso adelante también, y hace una media reverencia elegante y encantadora al tiempo que toma la mano de la niña, que es el triple de grande que la suya.

—Soy Flint Montgomery, el príncipe de la Corte Dragontina. Es un placer conocerte, cala Erym.

Ella suelta unas risitas y responde con su propia media reverencia.

—Lo mismo digo, príncipe Flint. Los dragones siempre han sido mis favoritos.

—Y los gigantes siempre han sido los míos —responde él, y le guiña el ojo.

La niña ríe de nuevo e incluso puede que se ruborice un poco, y Luca suelta una carcajada. Me vuelvo para ver qué le parece tan gracioso, pero está sonriendo con indulgencia a Flint. Cuando me pilla mirándolo, pone los ojos ligeramente en blanco y se encoge de hombros como diciendo: «¿Acaso no es Flint lo más adorable del mundo entero?», y tiene tanta razón que no puedo evitar sonreírle.

Cuando Flint ha terminado de encantar a Erym, Jaxon se adelanta y se presenta ante ella también. Él no flirtea como Flint ni es tan amable como Hudson, pero eso a Erym no

parece importarle, pues sus ojos se iluminan en cuanto sus palmas se tocan.

Detrás de mí Mekhi ríe disimuladamente, porque es evidente que la chiquilla está a punto de encoñarse sin remedio de Jaxon, y le doy un codazo suave en las costillas. En parte porque está siendo muy maleducado y en parte porque sé exactamente cómo se siente Erym. No hace tanto tiempo yo me enamoré de Jaxon casi igual de rápido.

Erym saluda a los demás con una sonrisa de cortesía, pero cuando yo me acerco a presentarme se pone a dar palmas con entusiasmo.

—¡Dios mío! ¡Tú eres la gárgola de la que tanto hemos oído hablar! ¡Bienvenida, Grace! ¡Bienvenida!

Y me levanta como si fuera una muñeca de trapo y me da un abrazo gigante.

—¡Qué emoción conocerte al fin! —dice mientras me zarandea de aquí para allá como si fuera su mascota favorita—. ¡No me puedo creer que estés aquí, en Firmamento! Estoy deseando presentarte a Xeno. Él siempre intenta huir de aquí porque dice que nunca pasa nada emocionante, pero mira... —Me deja con cuidado de nuevo en el suelo—. ¡Mira toda esta gente fascinante que ha venido a vernos!

Estoy un poco abrumada después de que me haya cogido y me haya dado unas palmaditas en la cabeza como si fuera un cachorrito, pero es tan dulce e inocente que es imposible enfadarse con ella. Echo un vistazo a mi alrededor y veo que todos están teniendo la misma reacción.

—Venga, vamos —dice haciéndonos un gesto para que la sigamos mientras inicia un semitrote de regreso a la ciudad —. ¡Estoy deseando enseñároslo todo!

El rubio del moño intenta detenerla por última vez, pero ella lo rechaza.

—¡Deja ya de preocuparte, Vikra! Estaremos bien. —Nos mira—. ¿Verdad, chicos? —Todos asentimos con entusiasmo, porque ¿qué otra cosa vamos a hacer? Además, es bastante evidente que ninguno de nosotros quiere decepcionarla—. ¿Qué queréis ver primero? —pregunta mientras empieza a dirigirnos hacia el centro de la ciudad.

—Pues lo que tú quieras mostrarnos —responde Flint—. Nunca hemos estado en Firmamento antes, pero parece que es un lugar absolutamente increíble.

La niña se encoge de hombros.

—No sé si será increíble, pero hay un montón de cosas divertidas que hacer. Y le he ordenado a Rygor que prepare un banquete en vuestro honor para esta noche. Mamá y papá ya estarán en casa para entonces, y estarán tan emocionados como yo de conoceros.

—¿Hay algún hotel o alguna posada donde podamos pasar la noche? —pregunta Hudson mientras sorteamos varios grupos de árboles, cada uno de ellos con alguna casa o edificio seguro en medio.

—No creerás de verdad que voy a permitir que os quedéis en un hotel, ¿verdad, tontito? —Le da una palmadita en el hombro y casi sale volando por los aires—. Os hospedaréis con nosotros, por supuesto.

—No queremos molestar —dice Flint, pero Erym niega con la cabeza rotundamente.

—No es molestia. Tenemos mucho espacio. —Se frota las manos—. Bueno, ¿qué os parece si hacemos un *tour* por Firmamento y nos divertimos un poco a lo largo del recorrido?

No es precisamente la investigación que teníamos pensada para nuestro primer día aquí, pero su entusiasmo es contagioso. Además, ¿cuándo tendremos otra oportunidad de explorar una ciudad construida por gigantes?

—Claro, ¿por dónde empezamos? Tengo entendido que vuestro Reto Gorbenschlam es una experiencia que nadie debería perderse —le dice Mekhi con una sonrisa, y acto seguido le guiña el ojo a Macy.

—¡Esa es la actitud! —Levanta la mano para chocarle el puño, y Mekhi no la decepciona, pero se prepara antes para el impacto, mucho, y aun así ella consigue hacerlo retroceder un par de pasos o tres.

No puedo evitar echarme a reír, porque recorrer esta preciosa ciudad con Erym, rodeada de mis amigos y de los árboles más mágicos del mundo, es lo más divertido que me ha pasado en muchísimo tiempo. Tras meses de estar asustada y triste, y de sentirme realmente mal en algunas ocasiones, por fin puedo volver a respirar.

Allá adonde vamos los gigantes se detienen a mirarnos. Algunos son lo bastante atrevidos como para acercarse y pedirle a la cala Erym que nos presente, mientras que otros solo observan o saludan desde lejos. Se me hace raro ser el centro de atención de esta manera, pero entonces intento

imaginar qué pasaría en el Katmere si de repente llegasen ocho gigantes. Estoy segura de que todo el mundo se los quedaría mirando también.

Una de las primeras cosas en las que me fijo es que no hay vehículos de ningún tipo aquí. Todo el mundo se desplaza a pie o en unos triciclos gigantes que son mucho más grandes que nosotros. Se me hace raro que no haya ningún otro medio de transporte, aunque en lo que al área se refiere no es una ciudad tan grande, ya que aprovechan al máximo el espacio vertical. Además, cuando mides entre tres y seis metros de altura supongo que puedes caminar bastante rápido cuando quieres.

—¡Vamos por aquí! —dice Erym, y nos guía alrededor de una secuoya con una base que debe de tener una circunferencia de cerca de veintisiete metros. Es algo descomunal, y muy distinto al resto de los numerosos árboles. Además, tampoco tiene ningún edificio anidado entre su tronco y el de otros árboles cercanos. En lugar de eso, en la parte inferior, casi rozando el suelo, el tronco está parcialmente hueco de manera que la gente puede entrar en el árbol.

Sobre la puerta triangular de seis metros de altura hay un cartel que dice: CALDEROS GIGANTES.

—¡Dios mío! —grita Macy al darse cuenta de algo—. ¡Todo este tiempo he creído que se llamaban «calderos gigantes» porque eran muy grandes! Pero en algunos de los más grandes caben perfectamente tres personas. ¿Son de verdad calderos «gigantes»? —pregunta Macy fascinada mientras se aproxima a la puerta del árbol—. ¿Hacéis calderos de bruja?

—Pues claro. —Erym sonríe con indulgencia—. Los gigantes son los mejores herreros del mundo porque podemos manipular fácilmente la magia de la tierra en todo lo que creamos. Venid. Veré si puedo convencer a Sumna de que os deje ver el proceso.

Dice la última parte en voz más alta de lo normal mientras pestañea con sus enormes ojos morados mirando a la anciana que se encuentra tras el enorme mostrador que hay a la entrada. Tiene el pelo castaño recogido en una trenza que le cae por la espalda y, aunque su expresión es seria, sus brillantes ojos color café están repletos de travesura cuando le hace un guiño a la niña.

—¿Estás segura de querer revelar todos nuestros secretos? —pregunta, pero sonríe a Erym antes de desplazarse a una zona a unos nueve metros de distancia donde un gigante de sus buenos tres metros de altura trabaja en un gigantesco banco de madera.

Tras él hay un gran fuego en una salamandra. Se me hace raro no notar el calor hasta que no estamos cerca, pero supongo que si estás encendiendo un fuego dentro de un árbol necesitas protegerlo con una magia sólida.

En sus gruesas manos lleva unos guantes naranja de piel y su rostro está cubierto con un aparato similar a la máscara de un soldador. Sujetas a un lado del cuenco de metal hay unas grandes tenazas que el gigante usa para mover el recipiente de un lado a otro mientras presiona una larga vara de metal con una bola naranja incandescente en el extremo contra la parte interior del cuenco, haciendo pausas solo cada ciertos minutos para volver a meter la

bola una vez fría en el fuego para recalentarla y volver a empezar.

El proceso no parece tener nada de especial. Si alguna vez me hubiese parado a pensar en cómo se fabrica un caldero, habría imaginado algo así. Pero entonces el gigante deja la larga vara de metal con la bola en el fuego, se levanta la máscara, se inclina hacia delante y susurra algo a un lado del caldero, haciéndolo girar lentamente con su aliento.

Runas de varias formas y tamaños empiezan a aparecer por la parte externa del caldero, allí donde su aliento se encuentra con el frío metal. Son del color del fuego antes de volverse rojas y finalmente desaparecer en el negro metal al enfriarse.

—¿Son runas mágicas? —dice Macy casi gritando sin poder apartar la vista de los símbolos.

—Pues sí —le dice Sumna, y esta vez ni siquiera se molesta en ocultar su sonrisa—. Cada caldero está bendecido con un tipo de magia especial, dependiendo de cuál sea el propósito del herrero en cada creación. Algunos calderos están hechos para crear hechizos de sanación, otros para traer armonía y equilibrio, y hay otros incluso para hacer la guerra.

—Eso había oído, pero no tenía ni idea de que era así como los hacíais. —Macy me sonríe—. Mi padre se va a morir cuando le diga que he visto cómo se fabricó nuestro caldero.

Miro un momento a Flint, a Eden y a los vampiros, y veo que todos están tan fascinados con el proceso como Macy.

Mi prima enarca las cejas y sofoca un grito.

—¿Significa eso que cada herrero tiene su propio talento, sus propios hechizos? ¿Un caldero Amweldonlis significa que está fabricado por un gigante llamado Amweldonlis?

La sonrisa de Sumna ocupa ahora toda su cara.

—Casi. La primera parte es el nombre del herrero, y la segunda el nombre del árbol en el que fue elaborado. Un caldero Amweldonlis fue fabricado por Amweld en el árbol Onlis.

Señala hacia una de las secuoyas gigantes cercanas.

—Ese es el árbol Falgron. Ayuda a dotar a los hechizos de fuerza y bondad. Por eso es mi árbol favorito. —Sonríe a Macy—. Y por eso el caldero que usa tu familia es un Sumnafalgron.

Macy se queda boquiabierta.

—¿Cómo has…?

—Sé adónde van a parar todos mis calderos, querida. Los guardo todos en el corazón, y quiero asegurarme de que acaban en un buen hogar. Tu padre es un hombre muy bueno y tuve el honor de que quisiera usar uno de mis calderos.

—No puedo… —La voz de Macy se quiebra y las lágrimas inundan sus ojos.

Eden la rodea con el brazo y le susurra:

—Qué pasada, ¿eh?

Mi prima asiente.

—Es increíble.

—Veréis —prosigue Sumna—. Los árboles en Firmamento nos hablan. Nos ofrecen su magia para construir nuestras casas y nuestros talleres. Siempre los hemos usado para elaborar nuestros calderos, o cualquiera de nuestras

artesanías de metal. La magia del árbol en el que se dio forma al metal le confiere algo especial al artículo, así como el herrero. De hecho, la magia del árbol es tan importante que los herreros trabajan en un árbol específico según el tipo de encargo.

Se lleva una mano a un lado de la boca y se inclina hacia nosotros, como si estuviese a punto de compartir un secreto del gremio y no quisiera que nadie más la oyera.

—A mí me gusta especialmente la joyería elaborada en el árbol Manwa. —Ahora sus ojos titilan—. Ese árbol confiere al portador un encanto y una belleza especiales.

Macy mira a Eden maravillada, hace un gesto con la mano para indicar que está alucinando, y la dragona se ríe.

Y he de decir que me parece realmente fascinante. Estoy tan intrigada que me había olvidado del motivo de nuestro viaje hasta que Hudson me da un pequeño codazo. Sumna sugiere a Erym que acerque al grupo a ver a otro gigante que acaba de empezar el proceso con su caldero. Una pieza de metal de dos metros de altura descansa sobre su mesa de trabajo.

Sumna se dispone a regresar a su puesto a la entrada del árbol, y Hudson la sigue.

—Disculpa, Sumna —le dice con una voz tan suave como la mantequilla, y la anciana se vuelve con una sonrisa—. Perdona que te moleste, pero me preguntaba si hay algún herrero en la ciudad que elabore pulseras o grilletes mágicos.

Sumna le guiña el ojo.

—Cielo, la mitad de los habitantes de esta ciudad son herreros. Y todos ellos fabrican tanto joyas como calderos.

¿Qué es lo que necesitas?

Se me cae el alma a los pies. Habíamos dado por hecho que el Herrero era su apodo. Ahora me siento idiota al saber que no lo es en absoluto. Es solo su profesión. La Sangradora nos dijo que teníamos que encontrar al herrero que fabricó los grilletes. No al «Herrero».

Me vuelvo hacia Hudson preguntándole con la mirada cómo narices vamos a encontrar a un hombre cuyo nombre desconocemos en una ciudad donde la mitad de sus habitantes tienen la misma profesión. Pero él me guiña el ojo y se dirige de nuevo a Sumna.

—Entonces ¿puedes ayudarme? Hay una chica a la que quiero impresionar, pero la he cagado un poco. —Miente muy bien—. Me he metido en un lío en el instituto y me han castigado durante unas semanas. —Levanta el brazo para enseñarle el brazalete—. Pero si no consigo quitarme esto, no tendré ninguna posibilidad con ella. ¿Cómo voy a convencerla de que soy su hombre si solo soy un viejo vampiro cualquiera?

Sumna observa el brazalete durante un segundo. Después niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Lo siento, hijo, pero al herrero que hizo estos brazaletes originales nadie lo ha visto desde hace siglos.

Que es lo último que queríamos oír.

56

Un *crush* gigante

Dejo caer los hombros derrotada. ¿Cómo vamos a liberar a la Bestia Imbatible y a encontrar la Corona sin el herrero adecuado? Y si no encontramos la Corona, ¿cómo vamos a evitar que Hudson vaya a la cárcel y que Cyrus ataque el Katmere?

Pero Hudson no se da por vencido. Aumenta su encanto y le guiña el ojo a la mujer.

—Venga, Sumna. De verdad que me gusta mucho esta chica. Tiene que haber algo que pueda hacer, alguien que pueda ayudarme.

Sumna lo mira a los ojos por un instante y se echa a reír.

—Ay, recuerdo el amor de juventud. Lo loco y emocionante que era. —Hace una pausa y mira a los demás, que están al otro extremo de la fábrica. Después se inclina hacia Hudson y susurra con complicidad—. Tengo entendido que su mujer sigue reparando su antiguo trabajo.

Tal vez ella esté dispuesta a ayudaros. Tal vez. No ha vuelto a ser la misma desde que su marido se fue, pero tiene debilidad por el amor de juventud. Si está trabajando, estará en el árbol Soli.

Hudson le sonríe de oreja a oreja.

—¡Jamás olvidaré esto, Sumna! Si alguna vez visitas la Corte Vampírica, será un honor enseñarte el lugar.

La anciana se sonroja como una colegiala y le da unos cachetes que lo mueven del sitio.

—Ay, menuda pieza tienes que ser tú, ¿eh? —Entonces me mira—. ¿Es esta tu chica?

Hudson no vacila.

—Sí, señora.

La anciana me observa y sus ojos se abren como platos durante un segundo antes de que sus orbes marrones titilen con picardía.

—Sí, ya entiendo por qué quieres impresionar a esta jovencita. Irradia magia. Tendrás que esforzarte mucho para estar a su altura.

—No te haces una idea —responde Hudson sin dejar de mirarme a los ojos—. Pero me pasaré el resto de mi vida intentándolo.

¿Forma esto parte de su actuación o de verdad piensa lo que está diciendo? Es probable que sea lo primero, pero se me sonrojan las mejillas, y el corazón me empieza a latir a toda velocidad igualmente.

—Creo que de momento no lo está haciendo nada mal —le digo—. Y yo aún estoy aprendiendo a usar mi magia de gárgola.

Entonces la anciana hace algo del todo inesperado: me olfatea.

—Sí, definitivamente huelo a una gárgola en ti, pero... —Me olfatea de nuevo—. Me refería a otra cosa. Algo mucho más antiguo. ¿Qué eran tus padres?

Su pregunta me sorprende tanto que respondo sin pensar:

—Mi padre era brujo, pero mi madre era humana.

Entrecierra los ojos.

—Mmm. Humana, ¿eh? —Pasan unos segundos, pero entonces sus rasgos se suavizan de nuevo y se echa a reír —. Hay que ver, yo aquí tan fantasiosa. Venga, jóvenes, id a deshaceros de ese brazalete y no hagáis nada que yo no haría.

La mujer sigue riéndose de su último comentario mientras se aleja y yo me quedo mirando a Hudson y articulo: «¿Qué demonios...?».

Se encoge de hombros.

—Gigantes.

Quiero preguntarle qué cree que ha querido decir con eso, pero Erym y el resto del grupo ya han terminado con la segunda demostración y se reúnen con nosotros de nuevo.

—Venga, chicos. Hay muchas más cosas que quiero enseñaros. —Erym nos hace girar una esquina y nos lleva por una calle tranquila repleta de pequeños grupos de árboles, cada uno con su respectiva casa en el interior.

«¿Serán las afueras de Firmamento? —me pregunto—. ¿O serán apartamentos céntricos?»

—Habéis venido el mejor día de la semana —nos explica cuando doblamos otra esquina, esta vez hacia una calle

mucho más transitada, con gente que se desplaza entre puestos con bolsas repletas de todo tipo de cosas, desde pan hasta libros—. ¡Hoy es el Día del Mercado!

—¿El Día del Mercado? —pregunta Eden mientras avanzamos como podemos por la calle abarrotada—. ¿Te refieres a un mercado agrícola? —Cuando Erym la mira sin entender, aclara—: ¿Un mercado donde se venden alimentos frescos?

—Es un mercado donde puedes comprar de todo —responde Erym al tiempo que nos guía por otra esquina más.

Y, mientras observo la maravillosa y variopinta melé que viene y va en todas direcciones delante de nosotros, no puedo evitar pensar que tiene razón. Este mercado tiene de todo.

Está claro que estamos en la plaza de la ciudad, o lo más parecido a eso que hay en Firmamento. Aunque hay una zona cuadrada bordeada de secuoyas, el centro está completamente despejado. Es el terreno más grande sin árboles que he visto desde que hemos llegado hace varias horas ya, y está hasta arriba de enormes puestos coloridos en tonos rojos, azules y verdes.

Los gigantes van de puesto en puesto con grandes bolsas de lona en las manos mientras van adquiriendo un tesoro tras otro. El aire está repleto de aromas a pan recién horneado, cerveza y flores, y debería ser una combinación nauseabunda, pero la verdad es que huele de maravilla. Sobre todo cuando le añadimos la esencia de las palomitas de mantequilla que flota ahora en el ambiente y que lo cubre todo.

Cuando nos acercamos, puedo ver el interior de las tiendas y lo que venden: de todo, desde las flores mencionadas anteriormente hasta espuma de baño, zapatos dentro de los cuales podría esconderme y magdalenas del tamaño de un puño de gigante. Artistas y artesanos venden sus mercancías: cuadros del tamaño de la pared de mi habitación, bonitos muebles de madera tan altos que no puedo ver su parte superior, collares que parecen cinturones...

Es lo más fantástico que he visto jamás.

Mis padres y yo siempre visitábamos las ferias de artesanía y los mercados agrícolas de San Diego, pero ninguno de ellos era tan espectacular como este. Y ninguno tenía el ambiente festivo que tiene este, con comida que huele tan bien que se me hace la boca agua.

—¿Por dónde queréis empezar? —pregunta Macy, que parece estar tan emocionada como yo.

Pero Hudson interviene rápidamente.

—Erym, ¿sabes dónde podemos encontrar el árbol Soli? Tengo entendido que los herreros que trabajan allí hacen las mejores joyas.

Erym empieza a aplaudir.

—Sí, es verdad, aunque más te vale querer de verdad a tu chica antes de comprar algo para ella allí. —Me guiña el ojo—. El árbol Soli infunde una magia inmortal a sus creaciones. Las joyas de ese árbol son las más buscadas del mundo entero.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta al escuchar la palabra *inmortal*. ¿Será esa inmortalidad la que hace que los grilletes de la bestia sean irrompibles? A

Hudson no parece sorprenderle la noticia y me coge la mano y me sonríe antes de responder:

—Uy, sí, creo que esta ha venido para quedarse.

La niña gigante se ríe y le da a Hudson las indicaciones para llegar al árbol, que está al otro extremo del mercado. Hudson asiente, mira a Jaxon un momento y ambos intercambian alguna especie de comunicación silenciosa. Aunque deben de llegar a un acuerdo, porque Jaxon tose y se vuelve hacia Erym.

—Creo que tal vez deberíamos dividirnos —sugiere—. Así podremos ver más puestos más rápido.

Erym grita de júbilo y dice:

—¡Es una idea fantástica! —Coge a Jaxon de la mano—. Tú conmigo. Nos reuniremos con los demás aquí dentro de dos horas.

Ni siquiera espera a ver si estamos de acuerdo con su sugerencia, y empieza a tirar de él hacia el puesto más cercano. Jaxon, mientras tanto, me mira como pidiendo socorro, pero solo le sonrío y me despido con la mano. Deberíamos avergonzarnos. Está claro que Erym está superencoñada con él, pero lo cierto es que esa cara de pánico es la más expresiva que le he visto poner desde hace días. Lidiar con la idolatría de la niña sin herir sus sentimientos le hará bien.

Los demás deben de pensar lo mismo, porque ninguno hace nada por ayudarlo. Excepto Macy que, cuando Jaxon nos lanza una última expresión de súplica, por fin cede.

—Iré con ellos —dice suspirando—. Parece que a Jaxon le vendrá bien algo de ayuda.

—Pues por eso mismo —le dice Mekhi con una sonrisa de oreja a oreja, pero mi prima pone los ojos en blanco y sale tras ellos, gritando a los tortolitos que la esperen.

El resto nos dividimos también. Flint va con Luca (cómo no), mientras que Eden y Mekhi se acercan a ver una exposición de armas gigantes en un puesto cercano. De modo que quedamos Hudson y yo.

—¿Vamos a buscar el Soli? —pregunta con las cejas levantadas cuando ve que permanezco ahí plantada en el césped mirándolo en lugar de seguir a los demás.

Siento mariposas en el estómago al escuchar su acento británico. Ya he aprendido que, cuanto más marcado es su acento, más profundos son sus sentimientos, incluso aunque sus ojos azules no revelen nada. Y necesito aclararme la garganta antes de responder:

—Sí, vamos.

Por un segundo creo que Hudson va a decir algo más, pero al final solo asiente y pone rumbo a la dirección que Erym nos ha dado. No hace ademán de soltarme la mano, y yo tampoco, de modo que no me queda más remedio que seguirle el ritmo. Él va delante, y no me importa seguirlo esta vez, ya que así puedo deleitarme con las vistas, los sonidos y los aromas procedentes de todos los puestos sin tener que prestar atención al camino.

Sé que estamos en medio de un bosque, pero hay algo en este lugar que me recuerda al paseo marítimo entablado de San Diego los sábados por la tarde. Gente vestida como le daba la gana salía de las tiendas con comida y paquetes, riendo, charlando y pasándolo bien. Es colorido y bonito y tan divertido que, por un instante, me invade la nostalgia.

Pero entonces una niñita se cruza corriendo con una corona de flores, riendo mientras sus padres la persiguen, y la tristeza desaparece tan rápido como había venido.

Empiezo a asomarme a todos los puestos y me quedo tan cautivada con uno en el que venden unos cinturones y unas carteras de piel tan bonitas que ni siquiera me percato de que Hudson ha dejado de caminar hasta que choco contra él. Me rodea la cintura para evitar que me caiga y me sonríe.

—Hola.

Parpadeo perpleja.

—Hola. —Me sorprende haber sido capaz incluso de decir eso, ya que me tiembla todo el cuerpo, pegado contra el suyo, y mi mirada se ahoga en sus ojos azules.

Alza una ceja como preguntando si estoy bien y añade:

—Ya hemos llegado.

—¡Ah! —Me aparto de sus brazos, muerta de vergüenza y miro hacia todas partes menos a él, que se echa a reír. Me pone la mano en la cintura por detrás y me guía hacia la secuoya gigante que se encuentra a las afueras del mercado, con un cartel de madera enorme colgado de una rama que proclama con orgullo: ÁRBOL SOLI.

57

Yo no pedí un anillo, solo quería que me llamaras

Hudson y yo intercambiamos una mirada mientras empujamos la puerta y entramos en un espacio inmenso. Más de la mitad del árbol es una joyería repleta de enormes vitrinas con filas y filas de distintos tipos de joyas: anillos, pendientes, pulseras, brazaletes y, sí, también esposas y grilletes.

La otra mitad del espacio la ocupan varias mesas de trabajo gigantes, y los extremos del lugar están repletos de hornos mágicos. El corazón se me acelera al pensar que la mujer del herrero podría ser una de los gigantes que están trabajando en las mesas en estos momentos.

—Qué bonitos —le digo a la chica que está tras el mostrador cuando me paro a inspeccionar una vitrina con anillos de tamaño humano.

—¡Gracias! —responde, y aunque es unos años mayor que Erym, y probablemente mayor que yo, su sonrisa es igual de sincera y amistosa—. Me divierto mucho haciéndolos.

—Yo también lo haría —añado mientras me quedo mirando una alianza de plata plana con unos delicados símbolos grabados en la parte exterior. Tengo la sensación de que los símbolos me llaman, y de repente siento la necesidad de suplicar para probármelo—. Son increíbles.

Hudson también está echando un vistazo, pero está más centrado en las vitrinas del fondo, las que tienen los brazaletes grandes y las esposas. La mayoría son demasiado pequeños como para haber sido elaborados por el mismo herrero que estamos buscando, pero es un buen lugar por donde empezar.

—Estos molan mucho —le dice a la joyera, cuya etiqueta la identifica como Olya—. ¿Quién los hace?

—Una de las mujeres de la ciudad —contesta Olya—. Tiene mucho talento y elabora cosas increíbles con cualquier metal que toca.

—¿En serio? —Parece fascinado con un brazalete repleto de símbolos en los bordes, y se me corta la respiración. Las runas grabadas son muy similares a las que había en el grillete que apresaba el tobillo de la bestia—. ¿Acepta encargos?

—Me temo que no. —El rostro de Olya se ensombrece durante unos breves segundos—. No le gusta mucho tratar con la gente, y menos con desconocidos. Está muy triste desde que perdió a su marido, y todos somos un poco protectores con ella.

—¿Estás segura? —pregunta Hudson, y está haciendo un trabajo increíble fingiendo estar fascinado con el brazalete —. Porque esto es...

Se calla cuando le cojo la mano y se la presiono suavemente para que se relaje un poco. Olya empieza a parecer incómoda, y no queremos levantar las alarmas para que la gente decida no hablar o, peor, que les cuenten a los padres de Erym cuál es nuestro propósito real, que se hace más evidente a cada segundo que pasa.

Hudson parece recibir el mensaje, porque deja de atosigarla con la orfebre y, en su lugar, hace un comentario sobre el anillo que yo estaba admirando cerca de la entrada de la tienda.

Olya recupera su sonrisa de inmediato y le explica los nombres de todas las runas grabadas en la plata. Satisfecha al ver que Hudson no va a presionarla demasiado, empiezo a soltar su mano. Sin embargo, cuando lo hago él entrelaza nuestros dedos con más fuerza todavía, y ese momento robado sobre las copas de los árboles de hace unas horas regresa al instante: sus brazos a mi alrededor, su rostro a escasos centímetros del mío, su voz oscura y un poco insinuante cuando me ha susurrado: «Te atrapé».

Mil mariposas alzan el vuelo en mi estómago, y finjo centrarme en el anillo y no en nuestras manos unidas, exclamando admiraciones sin parar, aunque apenas estoy prestando atención a la explicación sobre las distintas runas y lo que significan.

—¿Quieres probártelo? —pregunta por fin.

—Uy, me encantaría —le digo con total sinceridad—. Pero no tengo dinero.

Esto no es del todo cierto, tengo unos doscientos dólares en la mochila, pero es dinero estadounidense. No sé qué moneda usarán los gigantes.

—Yo sí —dice Hudson, y se lleva la mano al bolsillo y saca una moneda de oro con un tres estampado en ella.

A Olya se le ilumina la cara ante la posible venta.

—Nunca había conocido a ningún vampiro ni a ninguna gárgola. —Se vuelve de nuevo hacia el anillo—. Además, ya puedo asegurar que el anillo te ha escogido.

Enarco las cejas y me vuelvo para preguntarle a Hudson qué ha querido decir la chica con eso, pero está sonriendo de oreja a oreja, y ese hoyuelo tan raro de ver me derrite el corazón y hace que sea incapaz de resistirme a él. Apoyo en su pecho la mano que no me está agarrando como si le fuera la vida en ello y todo mi cuerpo se funde con el suyo con un suspiro. Analizo sus ojos, fascinada al ver que sus pupilas se han dilatado tanto que prácticamente se han tragado casi todo el iris, de modo que apenas se puede ver un pequeño borde azul en los extremos. Sus labios se mueven, pero las palabras suenan como si las oyera debajo del agua. Y es entonces cuando me doy cuenta de que debo de haberme ahogado en la eterna profundidad de sus ojos oceánicos. Me parece una manera perfecta de morir.

Olya saca el estuche de la vitrina, pero Hudson se le adelanta, levanta nuestras manos unidas y desliza el anillo suavemente por mi dedo mientras ella murmura por lo bajo. Sus dedos rozan los míos, y me entran escalofríos por todo el cuerpo y se me corta la respiración de nuevo.

Incluso Olya debe de notar lo que pasa entre nosotros porque solloza y dice:

—Ha sido precioso.

«Solo es el vínculo», me digo a mí misma mientras me aclaro la garganta e intento buscar el aliento que he perdido. Eso es lo que me está haciendo sentir todas estas cosas raras por Hudson. Solo el vínculo.

Me empieza a picar el dedo y miro hacia abajo. Las minúsculas runas se vuelven de un color naranja incandescente por un segundo antes de regresar a su tono plateado normal.

Confundida, miro de nuevo a Hudson, que responde:

—Es mi regalo para ti, Grace.

¿Hudson me ha comprado un anillo? ¿Por qué? ¿Qué significa esto? El corazón se me acelera en el pecho cuando caigo de nuevo en la cuenta de en dónde estamos, como si me hubiese despertado de una agradable siesta.

Dios mío. He dejado que Hudson me compre un anillo.

Me mira con recelo y suspira.

—Estás a punto de liármela por esto, ¿verdad?

—Pues... por... por supuesto —balbuceo—. ¡No puedes ir por ahí comprándole anillos mágicos a la gente!

—Vaya, parece que ha recuperado la voz. —Le guiña el ojo a Olya—. Ya lo sé, cielo, lo que realmente querías era uno de esos brazaletes de ahí. —Se vuelve hacia los gruesos brazaletes al fondo de la tienda que había estado mirando antes.

Quiero protestar, pero su mirada es severa y entonces caigo en lo que está haciendo.

—Sí, cielo, ya sabes que yo hoy quería un brazalete. —Interpreto mi mejor papel de niña mimada y consentida—. ¿Porfiii?

Como si estuviera acostumbrado a mis pataletas, mira a Olya con ojos suplicantes y le dice:

—Si te importa algo mi felicidad, dejarás que mi compañera se pruebe uno de esos brazaletes increíbles.

Olya simplemente niega con la cabeza murmurando algo sobre los compañeros mientras se dirige a la vitrina de los brazaletes al otro lado de la tienda.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

Levanta una ceja.

—¿Confías en mí?

No vacilo.

—Sí.

El hoyuelo asoma de nuevo. Me aprieta la mano y dice en voz deliberadamente alta.

—Por ti, lo que sea, cielo.

Cuando nos acercamos a Olya, no puedo evitar sentirme como si me hubiese estado atropellando un camión con el nombre de Hudson estampado por todas partes desde el instante en que hemos entrado en esta tienda.

Espero no acabar con las huellas de las ruedas en el corazón.

58

Solo los locos y los vampiros tienen tanta prisa...

He de admitir que la idea de Hudson ha sido brillante. Cuando me he probado el brazalete, lo ha inspeccionado, girándolo aquí y allá... hasta que ha encontrado la palabra que estaba esperando encontrar grabada en el interior: FALIASOLI. Si la joyera se negaba a darnos más información, al menos ahora teníamos el nombre de la mujer del herrero. Sin duda era un buen comienzo.

Le he dicho a Olya que al final no me parecía que el brazalete me quedase tan bien como el anillo que Hudson, y la chica ha asentido feliz (ya que el anillo lo ha hecho ella) y ha vuelto a dejar el brazalete en la vitrina.

—Es difícil competir con un anillo de compromiso Soli —dice—. Créeme, te entiendo.

Abro mucho los ojos. No sé qué se supone que tengo que responder a eso, y menos con todas las sensaciones que

fluyen de repente entre Hudson y yo, pero me evito tener que contestar cuando una madre con su hija entran en la tienda charlando alegremente.

La madre se detiene y se nos queda mirando, pero la niñita sonríe y saluda. Ante la idea de tener una nueva clienta, Olya parece ceder al fin y dice:

—Si de verdad quieres un brazalete como ese, los hace Falia Bracka. —Después nos da algunas indicaciones de cómo llegar a su casa (hoy es su día libre) y nos desea buena suerte antes de volverse para atender a la madre y a la hija, que inspeccionan una vitrina con medallones.

Nos despedimos de Olya y le damos las gracias una vez más por el anillo antes de dirigirnos hacia la puerta. Hudson y yo nos sonreímos al darnos cuenta de que hemos conseguido la información que veníamos buscando. Estamos un paso más cerca de poder liberar a la Bestia Imbatible y de encontrar la Corona.

De camino de regreso al mercado para reunirnos con nuestros amigos, no puedo evitar preguntarme qué pasará ahora.

Sobre todo porque Hudson sigue cogiéndome de la mano. La mano en la que llevo el peso del anillo de compromiso.

Al salir de la tienda decido que Hudson puede llamarme «cobarde» y todo lo que quiera, pero no pienso preguntar a qué me he comprometido cuando me ha colocado ese anillo mágico en el dedo. Hoy no, desde luego.

Afortunadamente parece bastante satisfecho con que no le saque el tema, y nos pasamos la siguiente hora y media

dando una vuelta, esperando al grupo. Bueno, y en mi caso probando toda la comida, sin exagerar.

En todos los puestos de alimentación por los que pasamos quieren que probemos sus manjares gratis (por ser los invitados de los colosos reales y todo eso) y, puesto que Hudson no come, soy yo quien tiene que probarlo todo. Y con *todo* quiero decir *todo*.

En cualquier otra situación no sería un problema. La comida es deliciosa y últimamente me he estado alimentando de Pop-Tarts de cereza y de barritas de muesli, pero los tamaños de las porciones son enormes. Por más que les digo que me pongan «solo un poquito», acabo con al menos la mitad de lo que comería un gigante… en cada uno de los puestos.

Lo que significa que para cuando se agotan las dos horas estoy hasta arriba de pasteles de ternera, falafel del bosque (que sabe mucho mejor de lo que sugiere el nombre), tartaletas de frutos del bosque, muslo de pavo ahumado (solo porque me he negado a comerme el pavo entero), una bandeja gigante de verdura asada y fruta, y una costilla a la barbacoa de la que debía de ser la vaca más grande del mundo.

—Tenemos que irnos —le susurro a Hudson cuando consigo tragar un par de bocados de la costilla—. No puedo comer nada más. En serio.

Hudson asiente y me aleja de la última parte del mercado.

En cuanto creo que ya no pueden verme, tiro la costilla a la primera basura que encuentro.

—Creo que no he comido tanto en toda mi vida.

—He de admitir que estoy impresionado —bromea Hudson—. No pensé que tuvieras ese don.

—Ese es el problema —bromeo también—. Que todo el mundo me subestima.

—Mucha gente lo hace, sí —dice, y suena mucho más serio de lo que pretendía que se pusiese—. Pero yo nunca lo he hecho.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con las cejas levantadas.

—Pues que nunca he conocido a nadie como tú, Grace. Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas. —Es un gran cumplido, sobre todo viniendo de Hudson, y no sé qué responder. Al menos hasta que sonríe y continúa—: Bueno, menos comerte un restaurante entero lleno de comida en un día. En eso eres un fracaso.

—¿Sabes qué? Me da igual ser un fracaso en eso —respondo—. Y más cuando la persona que me lo está echando en cara subsiste a base de unos cuantos vasos de sangre al día.

—¿Pretendes avergonzarme por mi alimentación? —Finge ofenderse.

Pongo los ojos en blanco.

—No te hagas el ofendido.

—No tengo mucha elección en cuanto a ese tema. ¿Algún problema?

—Pues a lo mejor sí. De hecho... —Dejo la frase a medias cuando Flint me llama desde el otro lado de la plaza.

—¡Eh! ¡Ahí estás, chica nueva!

Ahora es Hudson quien pone los ojos en blanco.

—Dragones. Siempre tan inoportunos.

Mekhi, Eden, Luca y Flint se reúnen con nosotros segundos después.

—Madre mía —dice Eden mientras bebe el último sorbo de un batido gigante y tira el vaso a la papelera de reciclaje más cercana—. Estaba buenísimo, pero voy a reventar.

—A ti también te han hecho lo mismo, ¿eh? —pregunto con empatía.

—A todos —responde Flint—. Cuando he visto a Macy hace un rato parecía que estaba a punto de vomitar de lo llena que estaba.

—Pero son buena gente —dice Luca con una sonrisa—. Todo el mundo ha sido muy majo.

Mekhi se encoge de hombros.

—Sí, pero no hemos obtenido ninguna información sobre el herrero.

—Porque sois unos aficionados —suelta Hudson—. Su mujer se llama Falia, y es una de las joyeras del árbol Soli. —Me guiña el ojo—. Sabemos cómo llegar a su casa.

—Nunca superaremos esta vergüenza, ¿verdad, Eden? —comenta Mekhi bromeando

—¿Qué puedo decir? —Le sigo la broma—. A veces lo consigues...

—Y a veces no —termina Hudson.

Mekhi hace un gesto de hastío, pero Eden no responde. Está demasiado ocupada mirándome la mano derecha.

—Entonces ¿dices que es joyera? ¿Por eso lleva de repente Grace un anillo de compromiso en el dedo?

Todos se vuelven hacia mí, y quiero que se me trague la tierra.

—Es solo un anillo —digo encogiéndome de hombros—. Me ha parecido bonito.

Flint suelta un largo silbido y dice:

—Tío, ¿ya le has comprado un anillo de compromiso? Pensaba que eso se hacía en el centésimo aniversario o algo así. Qué fuerte.

Si no me equivoco, detecto auténtica admiración en los ojos verdes de Flint por el vampiro al que por lo general apenas tolera vagamente en sus mejores días.

Por no quedarse fuera de la diversión, Mekhi añade:

—¡Joder! ¿Qué le has prometido? Sabes que esa mierda es para siempre, ¿no?

Todos se ríen ante ese comentario, y Flint le choca el puño a Mekhi cuando este menciona algo sobre que el vínculo lo ha domesticado. Por su parte, Hudson se toma las bromas con cordialidad, pero me mira de vez en cuando, probablemente para evaluar si voy a preguntarle qué me ha prometido con el anillo mágico. Bueno, eso tendrá que esperar porque ahora lo único que siento es alivio por no haber hecho alguna promesa dejándome llevar por la pasión de lavarle las sábanas para toda la eternidad.

Solo a Eden parece no hacerle gracia toda esta historia. Enarca una ceja y me dice:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Casi nunca lo sé —respondo, y es la verdad.

Ella se ríe, pero no dice nada más.

Al cabo de otros cinco minutos intentando adivinar qué es lo que Hudson me ha prometido, Eden pregunta:

—¿Creéis que deberíamos ir a ver a Falia ahora mientras Macy y Jaxon entretienen a Erym?

—¿O mejor los esperamos? —pregunta Luca.

—Creo que Jaxon nos matará si nos marchamos y lo dejamos con la treceañera enamorada mucho más tiempo —digo.

—Pues más motivos para hacerlo —señala Flint, y hay algo en su voz que hace que lo observe con detenimiento, preguntándome si en realidad es tan feliz como parece últimamente.

Pero sus ojos son claros y la sonrisa en su rostro es sincera, de modo que decido que son cosas mías.

—Voy a mandarles un mensaje a él y a Macy —nos informa Mekhi sacando el móvil—. Para decirles adónde vamos y que mantengan ocupada a Erym un poco más.

Nos dirigimos al oeste como nos ha indicado la joyera y no tardamos mucho en dejar la pintoresca y edificada ciudad ecológica atrás para encontrarnos en el bosque. Las pocas casas que vemos son cada vez más viejas y están más separadas unas de otras.

Empiezo a estresarme un poco, temiendo que con la indicación de «en el lago» no baste para encontrar la casa de Falia. Pero cuando el lago aparece ante nosotros me doy cuenta de que no va a ser tanto problema.

Para empezar, es más un estanque que un lago, y solo hay dos construcciones en el extremo norte. Una es una pequeña cabaña que tiene pinta de que en cuanto sople un poco de viento se va a venir abajo. La otra es una casa tallada en una de las secuoyas más grandes que he visto jamás y también alrededor de ella.

La que he visto en la ciudad tenía casi veintisiete metros de ancho, con una tienda tallada en los primeros seis

metros del tronco. Este árbol tiene más o menos el mismo diámetro, tal vez incluso un poco más. Pero en lugar de tallar hacia el interior en la parte baja del árbol, alguien ha construido alrededor de él, sin tallar nada en absoluto. Considerando que las secuoyas no tienen ramas grandes como los árboles donde generalmente se suelen construir las casas de los árboles, es una de las cosas más asombrosas que he visto en mi vida.

Hay una escalera que comienza en la parte inferior del árbol y serpentea alrededor del tronco formando un patrón diagonal amplio. Estoy en el suelo mirando hacia arriba, así que no estoy muy segura de hasta qué altura llega, pero parece que alcanza al menos los cuarenta y cinco metros. No obstante, la escalera no es siquiera la parte más interesante o magnífica del árbol.

Ese honor se lo llevan las plataformas que se extienden por la escalera, construidas pegadas al tronco en todas las direcciones. Las plataformas, al igual que la escalera, están construidas a los cuatro lados del árbol, de manera que una queda de cara al este, otra al norte, etcétera, y así por toda su altura.

La persona que construyó las plataformas no talló el árbol para asegurarlas. Estaba claro que no quería dañar la secuoya de ninguna de las maneras. Pero estas encajan tan bien en el tronco que deben de haber sido construidas a medida. Cada una de ellas tiene un techo, y la mayoría tiene incluso cristaleras.

—Cada habitación está construida en una parte distinta del árbol —dice Flint fascinado mientras la inspeccionamos.

—Nunca había visto nada igual —comenta Eden—. Es brillante.

—Y antigua —añade Mekhi—. ¿Quién iba a pensar que tendrían este tipo de conocimientos sobre construcción hace cientos de años? ¿O que alguien se preocuparía tanto por la salud del árbol que se molestó en hacer todo este trabajo extra? La mayoría de la gente en esa época no se preocupaba por el planeta.

Quiero decir algo sobre lo feo que está generalizar, pero entonces recuerdo con quién estoy hablando: con gente que ha vivido muchísimo tiempo y que sabe perfectamente cómo era la vida hace doscientos años… o más.

—Magia de la tierra —les recuerdo—. Es difícil hacer algo que perjudique a la tierra cuando estás conectada a ella de una forma tan íntima.

—Puede ser, pero definitivamente hay algo dañando ese árbol —dice Luca—. Mirad lo distinto que parece de los que lo rodean; todas esas vetas y cancros en la corteza indican que está muy enfermo.

—No es la casa —repone Hudson—, pero, sí, algo lo está enfermando.

Levantamos la vista hacia las delgadas ramas que adornan la parte superior del árbol y nos damos cuenta de que incluso la copa parece enferma por el modo en que se está marchitando.

—¿Qué creéis que le pasa? —pregunto cuando por fin nos acercamos lo suficiente como para verla con la luz del sol.

Y me quedo totalmente sin palabras al comprobar la auténtica maravilla de la ingeniería que es.

Al parecer la casa, la propiedad entera, fue muy cuidada y bonita en su día. Las alegres tallas de la escalera, las barandillas de las habitaciones y el enorme jardín vallado así lo demuestran. Estoy segura de que en su día fue algo digno de ver. Incluso las rosas, que ahora crecen salvajes por todas partes en esta mitad del estanque, tiempo atrás tuvieron su lugar: una zona circular junto al árbol que parece que dejó de cuidarse hace un centenar de años, puede que incluso más.

Este lugar me recuerda a una de las versiones de *La bella durmiente* que me leía mi madre cuando era una niña. Después de que la chica se pinchara el dedo y cayera sumida en un profundo sueño durante cien años, todo el castillo se durmió con ella. Las plantas continuaron creciendo hasta cubrirlo por todas partes. Todo estaba polvoriento y abandonado, esperando a que Aurora despertase. Esperando a que regresase y volviese a revivir aquel lugar.

Esta parcela me transmite la misma sensación. Todo en ella parece haber estado esperando tanto tiempo que al final se ha rendido. Ha esperado tanto que todo está muriendo lentamente.

Es una de las cosas más tristes que he visto en mi vida.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? —quiere saber Luca—. ¿Llamamos a la puerta y le preguntamos si está casada con la persona que fabricó los grilletes irrompibles de la Bestia Imbatible? Y, en caso afirmativo, ¿le preguntamos cómo podemos romperlos y le damos las gracias?

—Tu optimismo resulta conmovedor —le dice Flint mientras chocan el hombro.

—Perdón. Deberíamos haber hablado de esto antes. —Me lo planteo un momento—. Si Falia está tan triste como dice Olya, creo que lo mejor es que vayamos con la verdad. No necesita más drama en su vida.

—Me parece justo —opina Eden—. Pero tal vez será mejor que no vayamos todos. No queremos asustarla.

—Es una gigante —responde Mekhi—. Podría arrancarnos las extremidades a todos una a una si quisiera.

—Cierto —afirma Eden—. Bien pensado, igual necesitamos a Jaxon y a Macy también.

—La verdad es que yo no estaba preparado para lo grandes que son estos gigantes —explica Flint cuando empezamos a recorrer lo que en su día fue un camino bien construido y que ahora no son más que trozos de cemento roto invadidos por las malas hierbas—. He de admitir que Damasen es el único gigante que he conocido, pero él es un retaco comparado con la mayoría de esta gente.

—¿Verdad? —dice Luca—. Yo me esperaba que midieran dos metros y medio como mucho, pero esta gente es enorme. Hoy he conocido a un tipo que podía medir fácilmente seis metros.

—Pues no me extraña que tengan que vivir aquí —asegura Eden—. Y nosotros nos quejamos por tener que ocultar nuestra existencia ante la gente corriente. Pero muchos de los gigantes que hemos conocido hoy no pueden ocultar lo que son, ni aunque quisieran. No es justo para ellos.

—Espero que sea maja —susurro cuando por fin llegamos a las escaleras a los pies del árbol. Pero antes de que pueda

pisar el primer escalón, que está a una altura considerable del suelo, oímos el sonido inconfundible de un llanto.

59

Hojeadme sola

—Suena como si se le estuviera partiendo el corazón —susurra Eden, y por una vez la dura dragona parece quedarse muda.

—No —digo—. Suena como si ya se le hubiera partido. Y como si lo hubiese tenido roto mucho mucho tiempo.

Reconozco el sonido.

—¿Viene de arriba? —pregunta Mekhi, y se sube de un brinco al primer escalón… o lo intenta.

En cuanto su pie lo toca, la escalera se recoge varios metros hacia arriba.

—Mmm. ¿Qué acaba de pasar? —quiere saber Eden, y nos miramos los unos a los otros.

—No tengo ni idea —responde Mekhi mientras la escalera vuelve a desenrollarse varios segundos después.

Luca es el siguiente en intentarlo, pero sucede lo mismo. Solo que esta vez la barandilla también se mueve. Aunque

en realidad no es la barandilla lo que se mueve, sino sus tallas; imágenes de una mujer y dos niños haciendo toda clase de cosas diferentes: nadando en el estanque, cuidando las rosas, buscando gemas para las joyas, horneando galletas... La lista es muy larga, y las personas de esas tallas se alejan a toda velocidad hacia lo alto del árbol, huyen literalmente de nosotros.

—Pero... ¿qué cojones está pasando aquí? —suelta Flint estupefacto.

—No lo sé —digo, y me acerco y coloco una mano en el tronco del árbol.

Estoy preparada para conectar con mi magia de la tierra para intentar averiguar qué está sucediendo, pero en cuanto toco la corteza me doy cuenta de que no es necesario. El árbol está gritando por dentro.

—Está conectado a ella —susurro mientras la tristeza también susurra a través de mí—. Se está ahogando en sus emociones.

—Pero ¿qué le pasa? —pregunta Eden, y por primera vez desde que la conozco suena reticente, como si no estuviera segura de querer saberlo.

—Lleva demasiado tiempo sin su compañero —contesta Hudson en voz baja, y su expresión es tan sombría que activa todas mis alarmas.

¿Es a esto a lo que he condenado a Jaxon ahora que nuestro vínculo se ha roto?

¿O es lo que me pasará si Hudson acaba en la cárcel y no lo acompaño?

Sea como fuere, la idea es espantosa. Devastadora. Demoledora.

—Quizá deberíamos irnos —digo, y me aparto del árbol con un malestar desagradable en la boca del estómago.

—¿Irnos? —Flint me mira con incredulidad—. Esta es la razón por la que hemos venido.

—Lo sé, pero...

La verdad, no quiero enfrentarme a lo que se siente. No ha pasado tanto desde que Cole rompió mi vínculo con Jaxon, y apenas podía levantarme del suelo cuando eso sucedió. No quiero recordar lo que sentí. Y desde luego no quiero verme inmersa en la angustia de todo aquello.

Sí, ahora tengo a Hudson. Pero eso solo hace que tenga más miedo todavía. Porque perder a Jaxon casi acaba conmigo. ¿Qué pasa si pierdo al que realmente estaba destinado a ser mi compañero? La sola idea me provoca una inmensa ansiedad y necesito hacer acopio de todo mi valor para no salir huyendo. El simple hecho de sentir los gritos del árbol ha sido suficiente como para abrir grietas en mi muy frágil corazón. No sé si seré capaz de enfrentarme a Falia también.

—Oye. —Hudson me pone la mano en la cadera y me abraza medio de lado. Se queda mirando el árbol con expresión sombría, y soy consciente de que sabe en qué estoy pensando. Qué estoy sintiendo. Me estrecha para cobijarme con su cuerpo y susurra—: No dejaré que te hundas. Te lo prometo.

—Lo sé —respondo cuando su calor me cala. Cuando el calor de nuestra conexión se abre paso a través del frío y penetra en mis huesos.

Ojalá supiera cuánto tiempo va a durar. ¿Para siempre, como aseguran las historias sobre el vínculo? ¿O no es más

que otro sueño que me robarán cuando alguien decida hacerlo?

Pero este no es el momento de tener una crisis así, de modo que dejo mis dudas a un lado y me obligo a medio sonreír a Hudson.

—Estoy bien.

No cuela, ni mis palabras ni la sonrisa, pero me da un fuerte apretón más, casi como si intentase trasladarme su propia confianza en mí, antes de soltarme.

Cuando lo hace me doy cuenta de que los demás están ocupados intentando averiguar cómo trepar a un árbol que está claro que no quiere ser trepado.

Y cada vez que uno de ellos lo intenta sucede algo más grave. No solo se mueven las escaleras, sino que además, cuando Flint intenta subirse a la secuoya, una especie de persianas de cuero muy gastadas y muy viejas se desenrollan cubriendo las primeras dos plataformas acristaladas y ocultando las habitaciones.

Cuando Hudson lo intenta, el árbol descarga cientos de pequeñas piñas sobre nuestras cabezas.

Y cuando por fin pruebo yo, en fin, en cuanto toco el árbol, lo único que oigo es un grito tan intenso y angustioso que aparto la mano de inmediato.

Entretanto, Falia continúa llorando.

—Pero ¿qué cojones...? —exclama Flint de nuevo.

—No parece que quiera vernos —dice Luca.

—Pero nosotros sí necesitamos verla a ella —dice Eden llena de frustración. Camina alrededor del árbol ciento ochenta grados hasta que llega a la zona desde la que proceden los sollozos. Y ahí, tres plataformas más arriba, se

encuentra una mujer vestida de gris, llorando a lágrima viva.

—¡Hola! —grita Eden, pero no obtiene respuesta.

—¡Perdona! —exclama Flint poniéndose las manos en la boca a modo de bocina.

Nada.

—¡Sentimos molestarte —grito—, pero ¿podríamos hablar contigo un momento?!

Aún nada.

Al final Luca se cansa de esperar y salta directo a la plataforma. Pero, en cuanto aterriza sobre la madera, el suelo se abre y lo envía de nuevo abajo cayendo en espiral.

Aunque probablemente no sea necesario, puesto que los vampiros siempre aterrizan de pie, Flint corre y lo atrapa en el aire. Luca sonríe y susurra «Mi héroe» lo bastante alto como para que lo oigamos todos.

Flint se ruboriza ligeramente, pero sonríe de oreja a oreja.

—Vale, eso no ha funcionado —bromea Mekhi—. Por cómo te ha escupido la casa, estaba convencido de que ibas a acabar convertido en una bola de cañón vampírica.

Luca se ríe.

—Sí, yo también.

—¿Y ahora qué? —pregunto, porque tenemos que hablar con ella. Y, para hacerlo, vamos a tener que superar el increíble sistema de seguridad del árbol.

Sin embargo, cuando rodeamos el tronco intentando averiguar cómo atravesar sus defensas, por fin me doy cuenta de que el llanto ha cesado, justo antes de levantar la

mirada y ver que una mujer alta vestida con una sudadera y una falda grises desciende lentamente por las escaleras.

Al parecer Falia ha decidido hablar con nosotros.

60

Un destino peor que la muerte

No dice nada hasta que llega al tramo final de la escalera. E incluso entonces solo pregunta:

—¿Puedo ayudaros? —con una voz tan oxidada por la falta de uso que apenas la entendemos.

No nos regaña por gritar, ni nos pregunta por qué hemos decidido saltar a una de las habitaciones de su casa. No hace más que sonreír amablemente, y sus trágicos ojos grises me encogen el corazón solo de mirarla.

—Sentimos molestarte —digo, y doy un paso adelante tendiéndole la mano—. Yo soy Grace, y estos son mis amigos. —No los presento a todos porque es bastante evidente que le da igual.

Observa mi mano por un largo instante y, después, extiende la suya para estrechármela. Pero la casa interfiere

de nuevo y levanta la escalera en la que se encuentra hasta que nuestras manos están demasiado alejadas.

Falia me mira con una débil sonrisa.

—Lo siento, la casa es muy protectora con las niñas y conmigo.

—Muy protectora. —Es una manera de describirlo—. A mí me parece increíble —le digo, porque es verdad. Jamás me habría imaginado que pudiera existir un lugar como este.

—Mi compañero la construyó para mí. —Cierra los ojos, y su cálida piel morena se vuelve un poco pálida—. Todas las partes de la vivienda pueden moverse para abrir más espacio o para cerrarse a modo de protección, mediante poleas y palancas. Mi compañero quería que esta casa fuera un santuario seguro para las niñas y para mí, pero ahora, en fin, el árbol usa su magia de la tierra para protegernos. Es mucho más que un herrero.

—Desde luego —dice Hudson desde donde se encuentra admirando las minuciosas tallas de la barandilla—. Demuestra un talento increíble.

—Cierto —coincide ella—. Pero no fue mi compañero quien talló esas imágenes.

—Ah, lo siento. —Hudson parece avergonzado por haberlo dado por hecho—. ¿Las tallaste…?

—Lo hizo la casa —le explica, y por primera vez sus ojos brillan durante un instante—. Para mi compañero, para que cuando regresase viera todas las cosas que se había perdido.

Y así, sin más, las tallas cobran mucho más sentido. Dos niñas cogiendo manzanas, aprendiendo a nadar, bailando

en el bosque. Son recuerdos para su padre, de sus hijas haciéndose mayores.

—Eso es precioso —le digo. Y también muy triste, pero eso no se lo comento. Aunque tampoco hace falta, está escrito en cada poro de su piel, en cada aliento que toma.

La mujer asiente a modo de agradecimiento y ofrece:

—¿En qué puedo ayudaros?

—Pues verás, esperábamos poder hablar contigo. —Flint le regala su sonrisa característica—. Tenemos algunas preguntas, si no te importa que te las hagamos.

No parece funcionar, ya que su voz es tan lánguida como todo lo demás en ella cuando añade:

—¿Sobre qué?

Me planteo mentirle, intentar facilitarnos la entrada con alguna historia inventada. Pero se me da fatal mentir y no creo que esta mujer se lo tragara de todos modos. Está triste, no tonta, y no creo que tenga el cuerpo para aguantar bobadas de nadie.

Así que al final le digo la verdad y cruzo los dedos.

—Queríamos hablar contigo sobre tu compañero, si no te importa.

—¿Sobre Vander? —pregunta con cierto tono de desesperación—. ¿Tenéis noticias suyas?

—No. —Se me parte el corazón una vez más—. No, lo siento. En realidad esperábamos que tú pudieras decirnos algo sobre él.

—Ah. —La efímera esperanza abandona dolorosamente sus ojos de nuevo. Entonces da media vuelta y empieza a subir las escaleras.

Al ver que no dice nada más, no sé si quiere que la sigamos o que nos larguemos. Supongo que lo segundo..., sobre todo cuando la barandilla se desliza y se coloca en mitad de las escaleras, impidiéndonos seguirla.

Pero Falia se detiene cuando llega a la primera de las plataformas y dice:

—Será mejor que entréis, entonces. ¿Queréis un poco de té?

De repente la barandilla vuelve a su sitio.

—Nos encantaría —responde Flint mientras sube las escaleras tras ella—. Muchas gracias por el ofrecimiento.

Y eso es lo que me gusta tanto de él. Es atrevido, descarado y superdivertido la mayor parte del tiempo. Pero también es tremendamente amable cuando tiene que serlo y, mientras sigue a Falia hasta la segunda plataforma, le habla con la voz más suave y dulce que le he oído poner jamás.

Ella no contesta en realidad, pero tampoco parece disgustarle. Y, conforme vamos subiendo bajo la recelosa vigilancia del árbol, oigo que le pregunta si quiere probar las galletas que su hija le ha preparado.

Él acepta (un dragón jamás rechaza comida), y llego a la segunda plataforma justo a tiempo para ver cómo se deja caer sobre el sillón más próximo a ella.

—Sentaos, por favor —nos dice al resto al tiempo que llena una tetera con agua de una jarra.

Hudson se dispone a empujarme hacia uno de los sillones gigantes pero, antes de que pueda hacerlo, la plataforma lo hace por mí. La madera bajo mis pies se levanta y me hace caer justo sobre el sofá antes de volver a su sitio.

Los demás esperan que haga lo mismo con ellos, pero no sucede. Se queda quieta, y Hudson no puede evitar echarse a reír cuando salta para sentarse a mi lado.

—Incluso a la casa le gustas más que el resto de nosotros.

—Yo creo que sabe que soy más torpe que vosotros —respondo, y todo el mundo ocupa asientos distintos.

Echo un vistazo a mi alrededor mientras Falia saca unas tazas de un armario exterior pequeño (bueno, pequeño para los gigantes). No sé en qué pensaba al seguirla hasta aquí, pero no esperaba que la plataforma fuera tan normal. Es gigante, eso sí, pero normal.

Esta, al parecer, es un salón, diseñada alrededor de una gran mesa con pozo de fuego en el centro de la estancia. Es muy bonita, de hierro forjado, y obviamente gigantesca, con el fuego en medio y un tablero con filigranas de hierro a su alrededor. En torno a la mesa de fuego hay dos grandes sofás a dos de los lados y dos sillones al otro.

Falia se acerca y deposita la tetera más grande que he visto en mi vida sobre el fuego. Después levanta la tapa de una gran lata que contiene galletas con pepitas de chocolate del tamaño de mi mano.

—Me las hace mi hija. Normalmente se echan a perder, pero seguro que le gustará saber que las he compartido con gente que creo que las disfrutará.

Mientras nos vamos pasando las galletas, prepara una bandeja con tazas del tamaño de cuencos de sopa, cucharas, miel y varios tipos de bolsitas de té diferentes.

Hudson se levanta y se ofrece a llevarla a la mesa, aunque es casi tan grande como él.

—Gracias —dice mientras se pasa una mano nerviosa por los rizos cortos y oscuros—. Lo siento. No he tenido visita desde... —Niega con la cabeza y suspira—. Desde hace mucho tiempo.

—No, gracias a ti —le señala Hudson—. Por invitarnos a entrar. Te lo agradecemos mucho.

La mujer se encoge de hombros y se sienta en el único sillón que hemos dejado libre.

—Después de mil años desaparecido, la gente está harta de oírme hablar de Vander. Nadie me pregunta ya por él.

—¿Mil años? —dice Mekhi—. ¿Lleva ausente mil años?

Falia asiente, y la mano que usa para pasarnos la lata de bolsitas de té le tiembla tanto que me dan ganas de cogérsela solo para ayudarla a estabilizarla. Lo único que me lo impide es el temor a herirla en lugar de asistirla. Parece tan frágil, tan cansada, tan rota que no quiero hacer nada que pueda provocar que se sienta peor.

Nos servimos las tazas y las bolsas de té mientras esperamos a que diga algo más. Al parecer ninguno de nosotros quiere presionarla. Pero, al ver que no dice nada durante varios minutos, Flint le pregunta tranquilamente:

—¿Podrías decirnos qué le sucedió a Vander? Nos gustaría ayudarlo, y a ti.

Tras nosotros, la barandilla de la casa del árbol empieza a moverse de un lado a otro, como si estuviera agitada. Pero no hace nada más, como intentar hacernos callar o expulsarnos de la plataforma, de modo que decido considerarlo una victoria.

Una vez más, Falia no responde de inmediato. De hecho, el silencio se alarga tanto que casi empiezo a pensar que es

una causa perdida. Al menos hasta que susurra:

—Fue el rey vampiro. El rey vampiro nos traicionó a todos.

61

Con este anillo...

—El rey vampiro —repite Hudson, y todo su cuerpo se tensa—. ¿Te refieres a Cyrus?

—Es cruel —murmura, y, aunque nos está hablando a nosotros, es evidente que, al menos en parte, está sumida en unos recuerdos que nadie debería tener jamás—. Falso. Malvado.

Por el momento suena a una descripción perfecta de Cyrus, de modo que el resto nos limitamos a asentir para animarla a que continúe.

—Vino a ver a Vander hace casi mil años para pedirle que fabricase unas cadenas irrompibles. No le dijo para quién eran, solo que debían retener a un monstruo de una fuerza sin precedentes, un monstruo que acabaría destruyendo el mundo entero si nadie lo detenía. Un monstruo que destruiría todo lo que mi marido amaba si no encontraba la manera de forjar unas cadenas lo bastante resistentes.

»Yo no confiaba en el vampiro. —Niega con la cabeza y, tensa, se abraza a sí misma con más fuerza y empieza a mecerse ligeramente—. Había algo que no me gustaba de él, ya entonces. Lo veía en sus ojos. Maldad, avaricia, corrupción. Estaba ahí, pero Vander no lo percibió.

—Lo lamento —digo con voz suave, pero ella solo niega con la cabeza de nuevo.

—No es culpa tuya que mi compañero fuera un hombre tan tan cabezota. Discutimos al respecto días. Pero el rey malvado había dicho lo único que Vander no podía pasar por alto, y no podía arriesgarse. Acabábamos de tener a las gemelas. Él las adoraba, a ellas y a mí, más que todas las estrellas en el firmamento.

»Cyrus jugó con eso —añade, y empieza a rascarse el anular como si le quemara.

Sigo su movimiento y veo que tiene largos arañazos en la piel, ronchas y costras por todo el dedo. Me pregunto si no le habrá picado algún bicho, aunque no sé qué clase de insecto podría tener una picadura tan intensa como para que alguien del tamaño de Falia se rasque hasta sangrar.

—Cyrus convenció a Vander de que aquel monstruo encontraría el modo de hacernos daño si lo dejábamos libre. Nos habló de una terrible destrucción que supuestamente había provocado esta bestia y le dijo a mi marido que su siguiente objetivo eran los gigantes, y que si no encontraban la manera de detenerla vendría a por nosotros en primer lugar, porque sabía que teníamos la capacidad de destruirla.

Se me revuelve el estómago al escuchar la historia, ante la maldad que ha corrido por las venas de Cyrus desde

siempre. Y ante el hecho de que este monstruo participara en la crianza de Hudson y, en menor medida, de Jaxon. Ante la injusticia de que estos dos chicos vulnerables tuvieran que sufrir a manos de este ser abyecto durante dos siglos. Se me parte el corazón y, al mismo tiempo, reaviva la rabia en mi interior, esa rabia que temo cada vez más que jamás se apagará de verdad.

Miro a Hudson, que se está mirando los pies, como si el mero acto de levantar la cabeza fuese demasiado para él en estos momentos. Su rostro es inexpresivo, pero aprieta los puños con tanta fuerza que temo que vaya a romper algo. Solo quiero abrazarlo, apartarle el pelo de la cara y prometerle que todo va a ir bien.

Que, después de todo, él va a estar bien.

Pero no sé si estoy realmente convencida de esto… y, además, él no me está mirando de todos modos. Así que, en lugar de intentar infundirle confianza, me vuelvo hacia la mujer del herrero y le pido que prosiga con la historia. Porque si no lo hace, cualquier esperanza de mantener a Hudson a salvo se evaporará.

—Vander lo creyó —empieza de nuevo por fin, rascándose inconscientemente el dedo—. Por encima de mí, por encima de todo el mundo, prefirió creerlo a él. Y trabajó como un poseso, día tras día, noche tras noche, durante meses, hasta que creó las cadenas que Cyrus le había pedido con tanta desesperación.

Exhala y parece algo ensimismada, pero la historia no ha terminado. Lo que sucede a continuación es la parte más importante, y estoy al borde de mi asiento, de los nervios. Pero ella no parece tener ninguna prisa en seguir hablando,

y yo estoy a punto de ponerme a gritar de frustración. Necesito saber qué fue de Vander. Si no logramos dar con él y liberar a la Bestia Imbatible para conseguir la Corona… Ni siquiera puedo plantearme lo que podría pasarle a Hudson. O a Jaxon. O al Katmere.

—Por favor —le ruego al ver que no dice nada más y ya no puedo soportar más el silencio—. Por favor, cuéntame qué le hizo Cyrus a tu marido.

—Lo que suele hacer cuando ha acabado de usar a alguien. Se deshizo de él —susurra por fin, y se me cae el alma a los pies.

¿Está muerto el herrero? Ni siquiera habíamos contemplado esa posibilidad, y ahora siento una enorme opresión en el pecho. El corazón me late a toda velocidad y apenas puedo respirar, pero me obligo a preguntar:

—¿Mató a Vander?

Los ojos de la gigante se inundan de lágrimas.

—Eso habría sido demasiado misericordioso. Con todos nosotros. —Niega con la cabeza—. Puesto que el rey no tenía ningún motivo ni justificación para matarlo, hizo lo siguiente peor: lo acusó de traicionar a la Corona y lo mandó a la Aethereum.

El árbol ahora se sacude a nuestro alrededor, como si estuviera tan furioso por los actos de Cyrus como nosotros. Las ramas se mecen, el tronco tiembla y las tallas de las barandillas parecen volverse contra sí mismas, como si la historia que está contando fuese demasiado horrible como para que las niñas que aparecen en ellas la oyeran.

—¿A la cárcel?

Es lo último que esperaba oírla decir, aunque saberlo revela que ciertamente hay una especie de alarmante paralelismo entre lo que le sucedió al herrero y lo que Cyrus amenaza con hacerle a su propio hijo.

Porque, si no está roto, ¿para qué arreglarlo? Hasta donde yo sé, Cyrus podría haber usado el mismo método para lidiar con sus enemigos miles de veces.

Da mucho que pensar.

—¿A cuánto tiempo lo sentenció? —pregunta Mekhi.

—¿Para siempre? —La mujer se ríe sin ápice de humor—. Han pasado mil años y no ha vuelto.

—¿Nadie ha intentado liberarlo? —quiere saber Eden.

—¿Liberarlo? —Su risa es flemosa y rota—. Cyrus lo mataría antes de dejar que saliera. Y tengo entendido que eso es imposible de todos modos. —Se rasca el anular de nuevo—. No, pero un día espero reunirme allí con él. Cuando los nietos hayan crecido.

—¿Reunirte con él? —Esto sí que no lo entiendo—. ¿Por qué ibas a querer hacer algo así?

—¿Sabes lo que se siente al estar sin tu compañero, día y noche, durante mil años? —susurra—. ¿Durante una eternidad? Debería haberme ido con él entonces, cuando Cyrus se lo llevó. Pero teníamos a las niñas, y Vander me hizo prometerle que me quedaría con ellas para cuidarlas hasta que pudieran cuidarse solas. Accedí, sin saber que nos estaba condenando a ambos. Sin saber que sería un destino peor que la muerte.

Esta vez, cuando me mira, su mirada refleja mucho más que dolor. Es una mirada desesperada, devastada,

moribunda, y verla me provoca gélidos escalofríos de terror.

—Lo lamento —musito con un nudo en el estómago. Desesperada por transmitirle el más mínimo consuelo posible, extiendo la mano y la apoyo sobre la suya—. Lo siento muchísimo.

—Gracias —me dice con lágrimas en los ojos, y se dispone a darme unas palmaditas en el dorso de la mano con la suya. Pero se queda helada en el momento en que sus dedos entran en contacto con los míos.

—Ese anillo. ¿Tú también tienes un compañero? —pregunta con voz grave y urgente.

Miro a Hudson, que nos mira a ambas no sin cierto recelo.

—Se lo he comprado yo —dice antes de que pueda responder.

Esta vez, cuando se rasca el dedo, veo que ella también lleva uno: un anillo de plata con varios símbolos inscritos en él. Uno que se parece muchísimo al mío.

Se pasa los dedos por encima del anillo y acaba retorciéndose las manos.

—Te deseo más suerte con el tuyo que la que yo tuve con el mío —me dice, y parece estar a punto de echarse a llorar.

—¿Qué significa eso? —exclama Hudson con una voz inusualmente estridente, y está tan tenso ahora que temo que vaya a estallar a la más mínima—. ¿Qué le pasa a tu anillo?

—No le pasa nada. Funciona tal y como se esperaba que funcionase.

—¿Cómo? —insiste Eden con urgencia, y no puedo evitar recordar su cara de preocupación cuando ha visto el anillo, y su desaprobación.

—Vander me lo regaló hace casi mil doscientos años, acompañado de una promesa que no ha podido cumplir desde hace mil. —Se frota el dedo de nuevo—. Pica y quema incesantemente cada día que pasa sin cumplir su promesa. Es como si supiera que jamás podrá cumplirse y quisiese que me lo quitase, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —pregunto, casi con miedo a respirar.

—Mi pobre y dulce niña. —Niega con la cabeza—. Porque si te quitas el anillo, la promesa se olvida.

—Entonces ¿por qué no te lo quitas? —Mi voz ha adquirido cierto tono de histeria, pero no sé muy bien por qué—. Si Vander no puede cumplir su promesa, ¿por qué te torturas y no te lo quitas?

—Me prometió que volvería a casa conmigo —dice y termina con un sollozo roto—. Mientras lleve el anillo, sé que sigue vivo y que algún día cumplirá su promesa.

—¿No tiene elección? —indica Eden.

—La promesa debe cumplirse. Para siempre… o hasta que te quitas el anillo o la persona que te lo ha dado muere —explica Falia—. Por eso, pese a todo, agradezco tener este aro de plata. Porque me dice que Vander sigue con vida, incluso después de todos estos años.

Pero suspira y pasa un dedo por mi anillo una vez más.

—Estoy muy cansada. Gracias por la visita, pero me temo que ahora debo descansar.

Hudson se inclina hacia delante y la mira a los ojos.

—Cyrus también pretende enviarme a la Aethereum. Voy a ir. Encontraré a tu marido y lo traeré de regreso contigo.

Se me encoge el pecho al tiempo que la cara de la gigante se suaviza. Hudson ni siquiera vacila al ofrecer su propia seguridad y cordura para terminar con su sufrimiento. Es toda una lección de humildad.

Pero la mujer niega con la cabeza.

—Querido, nadie sale de la Aethereum. Si fuera posible, Vander habría encontrado la manera y habría cumplido su promesa. —Después, se vuelve hacia mí y me atraviesa con una mirada intensa—. Cuando llegue la hora, ve con tu compañero.

Trago saliva.

—¿No tienes ninguna otra opción ahora?

La mujer levanta la mano y me la coloca en la mejilla hasta que la presión hace que me duela la mandíbula.

—Cuando te ves obligada a tomar una decisión tan terrible como la mía, solo la muerte puede liberarte.

62

I’ll be watching you

—Vaya, eso ha sido divertido —bromea Flint, pero su voz no transmite ni un ápice de humor. Parece tan conmocionado por los actos de Cyrus como el resto de nosotros. El sufrimiento que esta mujer ha tenido que soportar durante un millar de años.

Regresamos a Ciudad Gigante en silencio, como si ahora mismo nos costase hasta reunir la energía para hablar. No se hacen bromas sobre retos de bebida ni sobre la emoción por ir un rato más de compras. Nos sentimos todos abrumados por una simple verdad: al final, Cyrus meterá a Hudson en esa cárcel... y yo iré con él. Si no encontramos la manera de salir antes, mi compañero y yo nos enfrentamos a un destino peor que la muerte... durante toda una eternidad.

Hudson tiene la mirada en lontananza mientras atravesamos el bosque de vuelta a la ciudad. Y no hace

falta ser un genio para saber qué está pensando. Si no encontramos la manera de entrar y de salir, escogerá la muerte y me liberará.

Me mira sobresaltado cuando busco su mano y digo:

—Ni se te ocurra pensarlo.

Abre mucho los ojos al darse cuenta de que lo he pillado.

—Pero...

—Nunca —lo interrumpo.

Para cuando llegamos al mercado, y pese no haberlo expresado con palabras, todos estamos de acuerdo en que queremos volver al Katmere. Nos dirigimos al punto en el que habíamos quedado en reencontrarnos con Jaxon, Macy y Erym, ansiosos por recoger a nuestros amigos e irnos.

A Macy se le ilumina la cara con una amplia sonrisa en cuanto nos ve, y viene dando brincos. Se inclina hacia mí y dice:

—No te imaginas la cantidad de historias que tengo que contarte después. Aquí huele a boda de vampiro con gigante en un futuro... —Al ver que no me río, me observa detenidamente y se vuelve hacia el resto del grupo—. Mierda. ¿Malas noticias?

—Luego te lo cuento. —Es todo lo que consigo decir.

Jaxon también se ha dado cuenta de nuestro estado de ánimo general, pero Erym es ajena a toda la situación y nos habla alegremente del banquete que celebraremos esta noche y de las ganas que tiene de que nos conozcan sus padres.

—¡Mi madre dice que la Corte Vampírica solía celebrar los bailes más bonitos! —Y vuelve a mirar a Jaxon con adoración.

Empiezo a darle vueltas a la cabeza para encontrar una forma educada de excusarnos de la fiesta, pero entonces el de la barba castaña se acerca corriendo a Erym y le susurra algo al oído lo bastante alto como para que todos lo oigamos.

—La Guardia está aquí y exige entrar en la ciudad, cala. Dicen que tienen órdenes de arrestar al príncipe Vega.

Se me cae el alma a los pies y el corazón casi se me sale por la garganta. ¿Cómo nos han encontrado tan rápido? Miro a Hudson, muerta de miedo al darme cuenta de que está planteándose nuestras opciones, una de las cuales incluye entregarse para que los demás no suframos las consecuencias.

Lo miro negando con la cabeza y aprieta la mandíbula, pero al final asiente levemente. Exhalo, aliviada de que al menos vaya a resistirse a su encarcelamiento. Por ahora.

Erym se vuelve hacia Jaxon con los ojos muy abiertos y dice:

—¡Debéis iros rápido! —Ha dado por hecho que la Guardia ha venido buscando a Jaxon, y no la corregimos. Sobre todo cuando dice que conoce una salida secreta que nos dará cierta ventaja.

Espero que sea suficiente.

63

Tienes mi apoyo

Atravesamos corriendo el túnel que Erym nos ha indicado y salimos al bosque que rodea la ciudad. Una vez allí, corremos después de decidir que los vampiros deben llevar en brazos a todos menos a mí.

Solo tengo un segundo para preguntarme por qué la Guardia no nos ha atrapado todavía. Porque, definitivamente, son más rápidos que nosotros con el peso extra a pesar de que los vampiros se desvanecen como si el diablo les pisara los talones. Me arden las alas de intentar seguirles el ritmo, pero reúno fuerzas y saco algo de velocidad adicional para dar una vuelta con la intención de comprobar por qué la Guardia no nos ha dado caza todavía.

Y no tardo en averiguarlo.

No vienen directos a por nosotros..., nos están rodeando, cercándonos.

Jaxon debe de percatarse de su estrategia casi al mismo tiempo, porque nos detiene a todos en el centro de un pequeño claro y nos quedamos horrorizados cuando los vampiros empiezan a salir de detrás de los inmensos árboles, desde todas las direcciones. Aterrizo de golpe y permanezco en mi forma de gárgola sólida, usando mis alas de piedra para proteger a mis amigos en la medida de lo posible.

—Macy —dice Jaxon sin apartar la mirada de los vampiros que nos rodean—. Necesito que construyas el portal más rápido en la historia de las brujas.

Macy está de rodillas rebuscando en su bolsa y saca la varita.

—Ya me había adelantado.

Trago saliva. Deben de ser al menos treinta… y todos, menos Macy, tienen limitados sus poderes.

—Esto pinta mal. Muy mal. —El temor por mis amigos, por Hudson, me golpea el pecho como si se tratara de un ser vivo. Incluso me sudan las palmas de las manos, y eso que soy de piedra—. ¿Deberíamos rendirnos Hudson y yo para que al menos vosotros podáis escapar?

Pero Mekhi se vuelve y suelta:

—Joder, Grace. No es un ejército.

Luca le choca el puño, y el resto se unen al gesto.

Bueno, todos menos Jaxon, que da un paso adelante y dice en voz alta e imponente:

—Soy Jaxon Vega, príncipe de la Corte Vampírica, y mis amigos viajan bajo mi protección. Sugiero que os repenséis esto antes de sufrir mi ira.

Varios miembros de la Guardia se vuelven hacia el único de ellos que no va vestido con el uniforme rojo de la cabeza a los pies, sino de negro como la noche, y está claro que se trata de su superior.

—Déjate de faroles, Vega. Sé de buena tinta que todos menos aquí la gárgola tenéis los poderes mermados.

—Cierto, Reginald —contesta Hudson marcando cada sílaba del nombre del vampiro a modo de burla—. Pero nunca he necesitado los míos para darte una lección, ¿verdad? Por cierto, ¿cómo va la pierna?

A Reginald desde luego no le hace ninguna gracia. Aprieta la mandíbula y entrecierra los ojos.

—Pagarás por eso, hijo de puta.

—Seguramente pagaré por un montón de cosas llegado el día, pero no serás tú quien me haga pagar. —Hudson observa a los demás miembros de la Guardia—. Escuchadme bien. Sé que es probable que estéis deseando pelear, pero ¿qué os parece si os pasáis al equipo vencedor y le damos una paliza a vuestro comandante? ¿Eh? ¿Alguno se apunta?

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto entre dientes. Provocarlos me parece una idea espantosa.

Pero Hudson me guiña el ojo (¡me guiña el ojo!) y le dice también por lo bajini a Macy:

—¿Cómo va el portal, Mace?

—Ya casi está —responde mordiéndose el labio mientras termina un símbolo complicado con su varita antes de iniciar otro nuevo.

—Esa es mi chica —le murmura Hudson antes de gritarle a Reginald de nuevo—: No sé, Reggie. Parece que algunos

de tus chicos se lo están pensando. ¿Qué te parece si les ahorramos el consejo de guerra y resolvemos nuestras diferencias tú y yo solos, mano a mano?

Reginald se saca una especie de bastón corto de la cintura y lo agita hacia el suelo. El instrumento triplica su longitud, convirtiéndose en una vara larga. Debe de ser una especie de señal, porque toda la Guardia hace lo mismo y empieza a avanzar hacia nosotros.

—Mala decisión, Reggie. —Hudson niega con la cabeza —. Mi hermano, aquí presente, lleva tiempo queriendo darle una paliza a alguien desde que le «quité» a su compañera. Y tú sabes quién lo entrenó, ¿verdad? La Sangradora.

Varios miembros de la Guardia vacilan el tiempo suficiente como para comprobar la reacción de su comandante y confirmar que es cierto. Pero es una pausa breve, y pronto avanzan de nuevo. Ahora están a tan solo unos treinta metros de distancia.

—No me quitaste a mi compañera —responde Jaxon mirando de uno a uno a los vampiros de la Guardia, y me quedo estupefacta. No porque no le hayan afectado las palabras de Hudson, sino porque no ha entendido que su hermano estaba tratando de enviarle un mensaje. Hudson jamás le diría algo tan cruel de forma gratuita. Nunca. ¿Cómo es posible que Jaxon no lo vea?

Hudson pone los ojos en blanco y dice con más énfasis:

—¿No crees que podrías querer quitarle algo a alguien para resarcirte, hermano?

—Sí, Jaxon —señalo—. Creo que deberías quitarle a alguien algo.

Jaxon me mira a los ojos y veo que por fin lo capta.

—Aunque, bueno, si la formación de la Sangradora no fue suficiente para ti... —empieza Hudson, pero antes de que pueda terminar la frase, Jaxon se desvanece alrededor del claro a tal velocidad que es imposible seguirlo con la vista.

—Creo que con esto será suficiente —dice Jaxon y empieza a lanzarnos los bastones que le ha arrebatado a la Guardia a todos menos a Macy. Atrapo el mío en el aire, planeando ahora por encima del grupo para poder dirigirme más rápido a donde haga falta.

El movimiento de Jaxon deja a la Guardia perpleja durante un segundo, pero estamos hablando de soldados entrenados y se recuperan rápido. Desde esta altura veo claro que están a punto de correr hacia nosotros. Mekhi le pregunta a Macy en un susurro cuánto tiempo más necesita, y mi prima para solo el tiempo justo para levantar dos dedos. Mierda. Dos minutos. No tenemos dos minutos.

Empiezo a barajar nuestras opciones. Son demasiados como para enfrentarnos a ellos. Si pudiéramos retrasar su avance... Inspecciono el claro buscando algo que pueda usar para hacerlo, pero solo veo hierba y árboles. Y entonces se me ocurre una idea.

Aterrizo enseguida de nuevo en el suelo al lado de Hudson, bueno, ligeramente delante de él.

—¿Lo tienes, nena? —pregunta sabiendo que ya tengo un plan antes de aterrizar frente a él y bloquear su ataque.

—Lo tengo.

Es todo lo que digo, y me pongo en cuclillas, con las manos abiertas sobre la hierba que tengo ante mí y mi peso sobre una rodilla. Hudson sonríe.

—Reggie, ¿sabías que las gárgolas pueden hacer cosas que son una auténtica pasada?

Dejo que mis sentidos penetren en la tierra a través de mis manos y que regresen a mí a través de mis pies. Conecto con ella. Me abro a su magia, dejo que entre dentro de mí hasta que me siento tan alta como los árboles que nos rodean. Observo a mis amigos con los bastones preparados. A Macy, varita en mano, realizando una serie de movimientos casi poéticos en el aire... y a los vampiros que van directos hacia ellos. Y justo bajo sus pies, lo siento..., mi bosque encantado.

—¿Qué vas a hacernos, pequeña? ¿Lanzarnos piedras? —se burla Reginald, y algunos de los miembros de la Guardia se ríen con él.

—Piedras no —digo en voz alta, y con mi magia pido ayuda a los árboles y siento su respuesta de inmediato. Inspiro hondo. Solo tendré una oportunidad. Entonces abro los ojos y miro directamente al comandante—: Esto.

Antes de que el vampiro pueda reaccionar, las inmensas raíces de una secuoya emergen del suelo, dejando llover la tierra, y se agitan en el aire como las patas de un pulpo. La Guardia se desvanece a izquierda y derecha para evitar sus violentos ataques, pero las raíces son implacables. Los vampiros gritan cuando sus cuerpos salen disparados como muñecas de trapo a cientos de metros de distancia.

Uno de los miembros de la Guardia consigue llegar, pero Jaxon lo derriba y lo retiene con un pie en su garganta en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ya está! —exclama Macy—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Y todos menos Jaxon y Hudson corren hacia el portal. Yo todavía no puedo marcharme. Las raíces deben retener a la Guardia hasta que todo el mundo esté a salvo.

—¡Entra! —le grita Hudson a Jaxon justo cuando otro vampiro logra sortear las raíces, pero lo derriba al instante. Jaxon dice algo; no sé qué, porque los árboles gritan en mi cabeza en el momento en que un miembro de la Guardia parte una de las raíces en dos.

¡Dios, qué dolor! Me siento como si me hubiese partido a mí por la mitad, y las lágrimas me descienden por el rostro, pero aprieto la mandíbula. Ese vampiro morirá por haber herido a mi bosque. Lo atravieso con la mirada y una raíz sale disparada del suelo y le atraviesa el muslo. Grita de dolor, pero no tengo piedad.

—Nena —me susurra Hudson al oído, con las manos en mis hombros, frotándomelos arriba y abajo—. Nena, tenemos que irnos. Lo has hecho bien. Déjalo ya, ¿vale?

Pestañeo y me quedo mirando el claro que tengo delante. La sangre se mezcla con la tierra, los cuerpos yacen en ángulos extraños por todas partes. Joder.

Inspiro hondo y exhalo, recuperando lentamente la magia. Susurro mi agradecimiento a los árboles y oigo un susurro que me responde: «Adiós, hija».

Cuando he terminado de recuperar toda la magia, se me empieza a nublar la vista. Estoy tan cansada que solo quiero hacerme un ovillo y acurrucarme en la tierra. Quiero sentir cómo las rocas cubren mi cuerpo… y dormir.

Noto que Hudson desliza los brazos por debajo de mi cuerpo y murmura:

—Te tengo.

Y después todo se vuelve negro.

64

Ponerle la cola al dragón

Han pasado dos días desde que regresamos al Katmere, y Hudson y yo no nos hemos peleado ni una sola vez. Es terriblemente frustrante.

Pero lo entiendo. Creo que le quité diez años de vida con el susto que se llevó cuando me desmayé en el claro. No tenía ni idea de que canalizar la magia sería tan agotador. Pero bueno, al fin y al cabo he aprendido algo nuevo sobre mis poderes de gárgola, y eso es algo muy positivo. Vamos a necesitar toda la ventaja que podamos obtener teniendo en cuenta que el herrero que forjó los grilletes de la bestia está precisamente en el único lugar que hemos estado intentando evitar: la cárcel.

Pese a todo, estoy tratando de mantener una visión de túnel, centrarme solo en los estudios y en graduarme y en lo que puedo hacer en el aquí y ahora. No es fácil, y menos

sabiendo que Cyrus aprovechará la más mínima oportunidad para eliminarnos del tablero de ajedrez.

Todos concluimos que nuestro siguiente paso debía ser consultar a la Corte Dragontina. Flint asegura que un miembro de la Corte fue a esta cárcel y logró salir un día después, de modo que es posible. Dijo que le pediría a su madre más información y, hasta entonces, estamos en un estado de espera.

Por más que crea que conseguir la Corona es nuestra mejor baza para detener a Cyrus, si no logramos sacar al herrero de la Aethereum… o si no logramos salir nosotros… En fin, en tal caso ir a la cárcel no es una opción, y necesitamos empezar a poner en común un plan B.

Y lo haremos… después de los exámenes finales.

Siempre había pensado que esta sería la etapa más fácil de mi carrera académica: pasar sin esfuerzo las últimas dos semanas, hacer unos exámenes finales que tampoco significan demasiado y quedar con Heather todo lo posible. En lugar de esto, de repente me encuentro en una situación de muerte súbita en la que un paso en falso significa no graduarse.

No es mi forma ideal de pasar mi décimo octavo cumpleaños, y menos con todo lo demás que está ocurriendo.

Pero cuesta concentrarse en estudiar cuando no paro de pensar en Falia, en Vander, en la Bestia Imbatible y en todo lo que han sufrido. Es espantoso, y cada vez que cierro los ojos pienso en ellos y en todo el dolor que han tenido que soportar, en todo el dolor que aún está por llegar.

No es justo. Y sé que la vida no es justa, pero todo esto de que los paranormales vivan milenios no mola tanto cuando te das cuenta de que pueden sufrir la misma cantidad de tiempo.

Suspiro. Ahora no hay nada que pueda hacer al respecto.

Tengo que estudiar para un examen final de Ética del Poder (una asignatura en la que claramente Cyrus debió de quedarse dormido) y una sesión de estudio de Historia más tarde. De modo que, a pesar de todo lo que está pasando y del hecho de que es mi cumpleaños, estoy tratando de no pensar en nada más que en las diferencias entre Jung y Kant. Y, sí, es tan difícil como suena.

Dos horas después estoy terminando mis últimas notas sobre Kant cuando suena mi alarma para recordarme que tengo sesión de estudio en la habitación de Hudson en diez minutos. Una parte de mí quiere cancelarla: estoy tan cansada que no sé si voy a poder mantener los ojos abiertos mucho más tiempo. Pero la verdad es que me vendrá bien. Aún voy algo floja en Historia, incluso después de la sesión de estudio que tuve con Jaxon el otro día, y no pienso repetir mi último curso solo por no saberme bien la historia del mundo paranormal. De modo que, en lugar de volver a mi cuarto a comerme medio litro de Cherry Garcia, recojo mis cosas y me dirijo al cuarto de Hudson. Intento con todas mis fuerzas no pensar en su ridícula cama de camino allí.

Le escribo un mensaje a Macy para ver si va a venir. Cuando he hablado con ella esta mañana no estaba segura, ya que ella está aún en tercero y no tiene esa asignatura, pero espero que lo haga. No le he dicho a nadie que es mi

cumpleaños, más porque se me ha venido de repente encima que por no querer decirlo, pero estaría bien pasar el rato con ella esta noche.

Además, es mi primer cumpleaños sin mis padres..., y es la verdadera razón por la que no se lo he dicho a nadie. Se me hace raro cumplir los dieciocho sin las tortitas de pepitas de chocolate y cerezas de mi madre o sin mis tacos de pescado favoritos para comer con mi padre o sin pasar la noche viendo un maratón de pelis con Heather, como llevamos haciendo en nuestro cumpleaños desde hace muchos años.

Heather no me ha vuelto a escribir desde que le dije que no viniera a visitarme, y eso me duele más todavía hoy. Pensaba que rompería su silencio para desearme un feliz cumpleaños, pero no lo ha hecho. Está muy enfadada. Y no se lo reprocho. Me lo merezco. Pero si así tienen que ser las cosas con tal de mantenerla a salvo, lo volvería a hacer sin pensar.

Macy no responde, de modo que guardo el móvil en el bolsillo trasero e intento no llorar mientras desciendo las escaleras hasta la guarida de Hudson. No es para tanto. Ya comeremos un poco de helado juntas más tarde y...

—¡Sorpresa!

Lanzo un grito nada más atravesar el umbral de la habitación de Hudson y mis amigos salen de todos los escondites posibles.

—¡Feliz cumpleaños, chica nueva! —exclama Flint desde el otro lado del cuarto, envuelto en tantas serpentinas que parece una momia rosa eléctrico.

—¡Gracias! —respondo, y entonces me vuelvo hacia Macy, que está justo al lado de la puerta y me está bañando literalmente en purpurina y confeti—. ¡Vale, vale! ¡Ya basta! Hudson va a estar sacándose purpurina rosa del pelo durante las próximas dos semanas.

—¿No lo has visto? —pregunta enarcando las cejas—. Ya lo estoy haciendo.

Me echo a reír (no puedo evitarlo, pese a que me había dicho a mí misma que esto era lo último que quería); después, me quedo mirando al resto de mis amigos.

Mekhi está tirado en el sofá con una sonrisa y un cartel gigante en el que pone FELIZ DIECIOCHO CUMPLEAÑOS.

Luca está de pie junto a Flint, con un *bouquet* de globos de colores.

Eden espera al lado de Macy con una fuente de confeti de reserva.

Jaxon, por su parte, está junto a la biblioteca, haciendo sonar un matasuegras como si le fuera la vida en ello.

Y Hudson... Hudson está en el centro de la sala, con un sombrero de fiesta rosa eléctrico y plata en la cabeza y una tarta gigante en las manos en la que pone: LAS GÁRGOLAS PATEAN Y LOS DRAGONES BABEAN. Era de esperar que pidiera que escribieran algo así.

—¿Cómo lo habéis sabido? —digo a los presentes en general, pero es Macy quien responde poniendo los ojos en blanco.

—Soy tu prima. ¿Crees que no sé cuándo naciste? —contesta—. Además, lo marqué en mi calendario la semana que llegaste para no olvidarme.

No es lo que esperaba que dijera para nada, y tengo que mirar al suelo y pestañear para no llorar. Porque a veces, cuando estoy triste por lo de mis padres, me centro solo en lo que he perdido y me olvido de lo mucho que he ganado. Y en la suerte que tengo, después de todo, de haber acabado en un lugar que me ha proporcionado amigos y una familia como esta.

—¿Vas a quedarte ahí plantada mirándonos toda la noche o vamos a lanzar algunas hachas? —bromea Flint.

—¿Es eso lo que quieres hacer? —pregunto—. ¿Lanzar hachas?

—Eh… sí. —Mira a Luca—. Desenróllame, ¿quieres?

Luca niega con la cabeza y adopta una estrategia más directa, rompiendo las serpentinas con una mano. Hudson coloca la tarta sobre la mesa y pone *Birthday Cake* de Rihanna y sube el volumen mientras Macy sale corriendo hacia las hachas, dejando un rastro de confeti y purpurina a su paso.

La sigo a un ritmo más relajado, pero no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Nunca había celebrado un cumpleaños de esta manera, y tal vez por eso me parezca tan perfecto.

—La cumpleañera primero —dice Flint, y me endosa un hacha—. ¿Sabes lanzarlas?

—¿Estás de coña? No sé ni cómo sujetarla.

Se echa a reír.

—Ya, yo tampoco. Supongo que tendremos que descubrirlo juntos.

—Y yo que quería jugar a ponerle la cola al burro —bromeo mientras Hudson se acerca para darnos algunos

consejos.

Me mira con ternura.

—¿Y qué tal si lo cambias por el juego de lanzarle el hacha al dragón?

—¡Eh, eh! —grita Flint—. Nada de violencia. A ver, ya sé que Eden a veces es muy cargante, pero sigue siendo una persona.

—Ya, como que se estaba refiriendo a mí, lanzallamas —responde ella mirándolo por encima del hombro. Pero sonríe cuando se vuelve hacia Hudson—. A mí me parece bien. Creo que estaría precioso con un objetivo pintado en toda la boca.

Flint la mira haciéndose el ofendido.

—¿Sabes qué, Grace? Yo preferiría jugar a clavarle el hacha en el culo a la dragona. ¿Te importaría volverte, Eden?

Ella le hace una peineta, pero menea un poco las caderas.

Empiezo a reírme y creo que ya no paro en toda la noche. No puedo. Mis amigos son totalmente absurdos y me lo estoy pasando de miedo.

Hudson, al parecer, ha creado una lista de reproducción de cumpleaños para Macy y para mí, y me paso la mitad de la noche bailando de todo, desde *Birthday Sex*, de Jeremih, hasta *Best Day of My Life*, de American Authors. El resto del tiempo lo pasamos lanzando hachas, jugando a Cards Against Humanity y cayéndonos los unos sobre los otros en una versión sobrenatural del Twister en la que acabamos hechos un montón gigante en medio del suelo de Hudson... con él encima, cosa que no le sorprende a nadie.

También les enseño el Heads Up!, ya que ninguno había jugado antes. Jaxon («nosotros llamábamos a este juego "adivinanzas"») acaba dándonos una paliza, de modo que Flint decide que ha llegado la hora de cantar *Cumpleaños feliz*.

Es la mejor noche que he pasado en muchísimo tiempo, tal vez en toda mi vida, y cuando mis amigos se reúnen a mi alrededor para cortar la tarta, pienso que ojalá esto no se acabara nunca. No solo esta noche, aunque me encantaría que durase para siempre pese a que no es la idea que llevaba, sino todo esto. Nos graduamos en un par de semanas y, sí, tenemos una cárcel a la que ir (y de la que salir) y tal vez una guerra que librar, pero cuando nos vayamos del Katmere todo será diferente. Todo esto será diferente.

Cada uno se irá a una punta del mundo, y esta mezcla perfecta de gente ya no existirá. Tal vez por eso ninguno de nosotros haya mencionado sus planes para después de la graduación. Creo que todos sabemos que nuestra amistad tiene los días contados. El resto de nuestra vida viene a reclamarnos, sin importarle si estamos listos para ello o no.

Es horrible pensarlo, así que me lo guardo muy dentro, al menos por esta noche. Y entonces pido el deseo más importante de mi vida justo antes de soplar las velas.

Nos comemos la tarta, al menos cuatro de nosotros, mientras abro los regalos. Unos pendientes muy brillantes de Macy, unos nunchakus con la promesa de que me enseñará a usarlos de Eden, un ramo gigante de flores de Mekhi y una almohada grande de Harry Styles de parte de Flint y Luca.

Hudson me regala un libro de poemas de Pablo Neruda, cosa que me parece muy dulce por su parte. Me dispongo a darle las gracias, pero niega con la cabeza.

—Este es solo el regalo público socialmente aceptable. —Me guiña el ojo—. Tengo otro regalo que te daré cuando estemos solos.

Todo el mundo empieza a bromear, haciendo sus apuestas: cualquier cosa de Victoria's Secret (Mekhi), unas esposas (Flint) o una mordaza para él (Eden).

Me pongo colorada y el corazón se me acelera al imaginar qué podría querer regalarme... en privado. Sí, ambos sabemos que algo arde entre nosotros cada vez que estamos cerca, pero lo que nadie sabe es que solo nos hemos cogido alguna que otra vez de la mano. Hudson y yo todavía no nos hemos besado. Y eso descarta cualquier suposición de mis amigos, afortunadamente. Pero entonces ¿qué es?

Levanto las cejas y le pregunto con la mirada qué podría ser, pero solo se ríe y me dice que tendré que esperar para verlo.

Estoy a punto de empezar a rogarle que me dé una pista cuando Jaxon se acerca con un pequeño regalo cuadrado envuelto en un delicado papel de seda rosa en las manos.

Abro el regalo y me quedo flipando. Nos miramos y, por un instante, solo un instante, detecto una chispa de calidez en lo más profundo de sus ojos negros. Pero entonces parpadea y desaparece, y en su lugar no queda nada más que el mismo vacío que llevo percibiendo desde hace días. Ese vacío que resuena dentro de mí.

—No puedo... —Miro el boceto de Klimt que vi en su habitación aquella primera vez—. No puedo aceptarlo —le digo, y se lo devuelvo mientras se me empieza a agitar el estómago.

—¿Por qué no? —pregunta encogiéndose de hombros—. Yo ya no voy a darle uso.

Sus palabras me atraviesan como cuchillos. Tengo la sensación de que está intentando exorcizarnos, expulsar lo que tuvimos de su vida. Sí, duele pensar en todo lo que hemos perdido, pero yo no cambiaría ni uno solo de esos recuerdos por todo el dinero del mundo, ni siquiera sabiendo que todo iba a terminar. Generalmente da la sensación de que ha pasado página, de que ha encontrado la paz en lo que ha ocurrido y que yo también he seguido con mi vida, pero en momentos como este me pregunto si realmente lo habrá hecho.

—¿Qué es? —pregunta Macy inclinándose para verlo—. ¡Qué fuerte! ¡Es precioso, Jaxon!

—Y deberías aceptarlo —dice Mekhi—. Total, ya no encaja en su cuarto. ¿Has visto la mazmorra en que lo ha convertido?

Lo he visto, y lo odio muchísimo.

—Es que no...

—Acéptalo —me dice Jaxon—. Es un regalo. Además, siempre estuvo destinado a ser para ti.

No sé qué responder a eso. Ni siquiera sé si hay algo que decir. Y la situación está empezando a ser algo incómoda. Nuestros amigos nos están mirando como si supieran que esto es algo más que un boceto caro. Además Hudson se ha

apartado por completo, y está mirando a todas partes menos a Jaxon y a mí.

—Está bien —susurro, porque no puedo hacer otra cosa —. Gracias.

Asiente pero, al igual que Hudson, no me mira cuando responde:

—De nada.

De repente se hace un incómodo silencio, pero afortunadamente Macy llega al rescate y dice:

—Venga, Hudson. Pon una canción de cumpleaños más antes de que nos vayamos.

Hudson se encoge de hombros, pero se acerca al equipo de sonido y, segundos después, el *Birthday* de los Beatles inunda la habitación, con todos los cálidos ruiditos que conlleva escucharla en vinilo.

Y joder. Joder. Dejo los regalos junto a mi mochila, agarro a Macy y bailo por la habitación con ella como si fuera el puto fin del mundo.

Mucho más tarde, ya de regreso en mi cuarto con Macy, caigo en la cuenta de que Hudson no ha llegado a darme el segundo regalo.

65

Menos cháchara y más acción

Los primeros dos días de exámenes finales van mejor de lo que yo esperaba. Saco un sobresaliente en mi trabajo de Ética del Poder y un notable en el examen de Física del Vuelo, así que me siento bastante bien con todo este tema de la graduación. O lo haría si el examen de Historia no se me viniese encima como un banco de nieve demasiado cargado, esperando el momento justo para caer y enterrarme viva.

Para combatir todo esto de la «muerte por examen final de Historia», he organizado una última sesión de estudio con Hudson. Jaxon me prometió que me ayudaría, pero no me ha salido pedirle nada últimamente.

Ni siquiera es por lo del cuadro que me regaló, o no solo por eso. Entiendo por qué quería deshacerse de él, supongo. Ni siquiera sé cuál es su historia con el boceto. Pero cada vez que abro el cajón me mira y me recuerda lo

que hemos perdido y hace que me pregunte por enésima vez si alguna vez será capaz de pasar página.

También entendería perfectamente que en realidad no se sintiera tan bien con lo de Hudson y yo como parece.

Él no sabe lo que yo sé: que la Sangradora nos manipuló. Que Hudson es mi verdadero compañero. De modo que, por enésima vez, me pregunto si hice bien en no contárselo. Pero, al igual que todas las demás veces, decido que explicárselo solo le haría más mal que bien.

Además, no está así solo por nuestra ruptura. Lo noto. Algo le pasa, y desde hace tiempo. Jaxon siempre ha sido algo distante, algo frío, algo inaccesible. Que me dejase a mí acceder no significa que no viera cómo se comportaba con los demás. Sin embargo, lo que está pasando ahora es muy distinto, y no me gusta. Y tampoco creo que a los demás miembros de la Orden les guste, ni que ninguno de nosotros sepa qué hacer al respecto, y menos cuando se ha cerrado de una forma tan hermética.

Le escribo a Hudson para decirle que voy de camino a su cuarto, y me responde de inmediato diciéndome que es mejor que nos reunamos junto a los escalones de la entrada, cosa que me parece rara, pero me hace un favor, así que no voy a cuestionárselo.

Está esperando junto a la puerta cuando bajo las escaleras principales.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunto cuando se gira y me sonríe —. ¿Prefieres ir a una de las salas de estudio?

—La verdad es que había pensado que podríamos salir un rato —dice, y el acento británico asoma de nuevo, lo que

significa que está molesto o nervioso—. Hace un día precioso.

—Pues sí —afirmo, y busco en su rostro alguna pista que me indique qué se le está pasando por la cabeza. No tiene ningún motivo para estar nervioso, así que le pregunto—: ¿Va todo bien?

—Claro, ¿por...?

Niego con la cabeza.

—Por nada. Y sí, me encantaría estudiar fuera. Solo tengo que subir un momento a por algo de abrigo.

—Puedes ponerte mi chaqueta —dice, y se quita la chaqueta de lana de Armani—. Total, yo no la necesito.

—¿Seguro? —insisto mientras me saco la mochila del hombro.

—Sí, por supuesto. —Me la tiende y me dispongo a cogerla antes de darme cuenta de que está esperando a que deslice un brazo por una de las mangas... porque, al parecer, es un auténtico caballero.

Cuando estaba en San Diego probablemente me habría parecido un chico bastante rarito, pero hay algo en Hudson que hace que su gesto sea elegante, caballeroso y tan sexy que lo acepto de buena gana. Y luego suspiro al percibir cómo su delicioso aroma a jengibre y sándalo me envuelve por todas partes.

Nadie huele tan bien como él.

—¿Qué tal estoy? —pregunto entre risitas y extiendo los brazos para mostrarle lo largas que me están las mangas. Me cuesta horrores ocultar el hecho de que sigo olfateando el abrigo como una posesa, pero... en fin. La necesidad carece de ley.

—Encantadora —responde secamente, pero sonríe mientras me alisa la parte delantera de la chaqueta y me enrolla las mangas hasta que se me ven las manos otra vez.

—¿Mejor? —quiero saber, haciendo una pequeña pirueta antes de agacharme para recoger la mochila.

Espero que se ría, pero sus ojos están serios cuando contesta:

—Me gusta verte con mi ropa puesta.

Y así, sin más, se me seca la boca. Porque sin duda a mí también me gusta llevar su ropa. O al menos su chaqueta.

La atmósfera relajada entre nosotros se evapora y, en su lugar, aparece una tensión que nada tiene que ver con nuestra antigua animosidad, sino más bien con la atracción que sigue aumentando de tamaño entre nosotros cada día que pasa.

«Es solo por el vínculo», me digo a mí misma cuando me quedo sin aliento.

«No es orgánico. No es real», me recuerdo mientras siento cómo el corazón se me va a salir del pecho.

«Desaparecerá igual que ha venido», repito como un mantra cuando se inclina un poco más cerca y se me derrite el cuerpo entero.

Al menos hasta que me doy cuenta de que solo lo hace para ayudarme a ponerme de nuevo la mochila en el hombro.

—¿Lista? —pregunta mientras empuja la puerta principal.

—Todo lo que puedo estarlo —respondo, y pongo los ojos en blanco—. Llevo fatal el examen de Historia.

—Eso es porque no sabías nada de eso antes. En cuanto memorices las cosas básicas, todo irá bien.

—Yo no estoy tan segura. —Levanto la cabeza para deleitarme con los cálidos rayos del sol—. Puedo memorizar los datos, pero creo que mi problema es el hecho de que me cuesta un montón asimilar estas versiones alternativas de la historia.

—La mayor parte de la historia tiene versiones alternativas —me dice Hudson mientras descendemos los escalones y tomamos uno de los senderos a la derecha—. Todo depende de quién la cuenta.

—Yo no estoy de acuerdo con eso —le digo cuando pasamos por delante de una pequeña parcela de césped con un par de tocones como asientos que no sabía ni que existían hasta que la nieve empezó a derretirse—. A ver, sí, toda historia tiene dos o más partes, pero los hechos no cambian. Por eso son hechos.

—Es verdad. —Asiente—. Pero creo que tienes que conocer toda la historia antes de decidir qué parte es verdad y qué parte es opinión. La Historia hace que resulte más fácil, no más difícil, hacerlo, porque echa la vista atrás y nos muestra el panorama completo.

—Sí, y si tienes suerte, ese panorama no hará que explote tu minúsculo cerebro humano.

Sonríe.

—Bueno, sí, eso sería lo ideal.

Llegamos a una bifurcación y me pone la mano en la parte baja de la espalda para guiarme hacia una zona en la que no había estado antes.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—A un sitio que conozco.

—Jamás lo habría imaginado. —Pongo los ojos en blanco —. ¿Podrías darme alguna pista?

—¿Qué gracia tiene eso? —señala.

—Para que lo sepas, detesto las sorpresas —le digo.

—No es verdad —responde con aire ausente mientras se concentra en guiarme alrededor de un montículo de nieve gigante que todavía no se ha derretido—. Solo le dices eso a la gente para saber siempre lo que está pasando. No es lo mismo.

—Y las consecuencias de haberte tenido tanto tiempo en la cabeza siguen llegando... —Le pongo una cara fea—. ¿Sabes qué? Todo esto de que tú lo sepas todo sobre mí y que yo no sepa nada sobre ti es un asco.

—¿Qué quieres saber? —Me mira con el rabillo del ojo—. No tengo ningún problema en compartirlo contigo.

—Lo dudo mucho, la verdad. ¿Compartir no equivale a debilidad? —le espeto.

—No voy a anunciar mi neurosis ante todo el campus — responde fríamente—. Pero si tú quieres saber algo, pregúntame.

Hay tantas cosas que quiero saber que ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Cómo era de pequeño? ¿Tenía un mejor amigo? ¿Fue al colegio? ¿Cuáles fueron sus vacaciones favoritas? Pero todas estas preguntas me parecen un campo de minas de tristeza para él, y no quiero hacerlo revivir algo doloroso solo para satisfacer mi curiosidad.

—¿Me lo puedo pensar? —digo por fin.

—Claro. Piensa. —Pero su voz es algo tensa, y tengo la impresión de que de alguna manera he dicho algo

incorrecto.

—Hudson...

—No te preocupes. —Bosteza—. Total, la psicopatía tampoco es tan interesante.

—No me refería a eso. —Coloco la mano en su brazo e intento que me mire, pero no lo hace. Cosa que me frustra sobremanera—. ¿Por qué haces eso?

—¿El qué? —pregunta con un tono exageradamente suave y empalagoso.

—¡Cerrarte! —casi le grito—. Cada vez que digo algo que no te gusta, me cierras la puerta.

—¿Y qué más te da? Tú hiciste lo mismo conmigo durante meses.

—¿En serio? ¿Ahora me sales con estas? Pensaba que eras malvado porque estabas tan ocupado manteniéndome fuera que no me dejabas ver a tu yo real.

Acelera el paso.

—Te mostré mi yo real. Pero convenientemente se te olvidó.

Sus palabras me duelen como un puñetazo.

—¿Es eso lo que crees? ¿Que no quiero recordarlo? —Lo miro con recelo—. Eso no es justo, Hudson.

—¿Y tú vas a decirme lo que es justo y lo que no? —Se detiene y suelta una risotada—. Vale. —Niega con la cabeza y añade—. Esto ha sido una mala idea.

Da media vuelta y empieza a alejarse. Pero lo agarro de la mano e intento retenerlo.

—No te vayas, por favor.

—¿Porque necesitas ayuda con tu puto examen de Historia? —pregunta con tono socarrón.

—Porque quiero hablar contigo —le digo.

—¿De qué tenemos que hablar, Grace? Ya sé todo lo que hay que saber sobre ti, incluso cosas que preferirías que nadie supiera, y aun así quiero saber más. Pero tú... ¿tú ni siquiera eres capaz de pensar en una pregunta que hacerme? Estoy harto de esto. De estar solo en esto.

—¿No querrás decir que estás harto de mí? —Le lanzo las palabras como un dardo y me entra el pánico al ver cómo las recibe.

—Sí —contesta al cabo de un segundo, y sus ojos se vuelven tan fríos como un lago helado—. Tal vez sea justo eso lo que quiero decir.

Me quedo sin aliento. Hudson, que nunca se había dado por vencido conmigo, lo está haciendo ahora. Y no me sorprende. Le dije que quería tomarme las cosas con calma, pero en lugar de ir con calma lo he arrastrado a las arenas movedizas conmigo. Y después me he quedado mirando cómo se hundía.

Empieza a alejarse de nuevo, y esta vez corro hasta que me pongo delante de él y le bloqueo el paso.

—Deja que me vaya —pide, y sus ojos azules ya no reflejan calma. Están cargados de tantas emociones que sería imposible contarlas.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Para que construyas un muro todavía más grande entre nosotros?

—Porque si no lo haces voy a hacer algo que ambos lamentaremos.

No es verdad. Por muy enfadado que esté, Hudson jamás haría nada que yo no quisiera que hiciera. Nada que yo no le permitiera hacer.

Pero estamos bloqueados, y no soy capaz de desbloquearnos. Con todo lo que he perdido este año, mis defensas están demasiado altas. No puedo dejar que nadie entre en mi corazón de nuevo, van a tener que entrar a la fuerza. Tal vez por eso Hudson y yo siempre nos hemos sentido más cómodos discutiendo que hablando. Es como si ambos supiéramos lo altas que son nuestras murallas y la fuerza que hace falta para derribarlas para dejar entrar al otro. De modo que hago lo único que puedo hacer: lo empujo por el precipicio.

—¿Ah, sí? —digo más como un reto que como una pregunta—. ¿Y qué pasa si yo quiero que lo hagas? ¿Qué harías entonces?

Tengo un instante, solo un instante, para ver cómo toda esa emoción rompe la cadena con la que la contiene. Y entonces avanza hacia mí y levanta las manos hacia mis mejillas.

—¡Esto! —ruge, y estampa su boca contra la mía.

66

A lo mejor los diamantes sí que son los mejores amigos de una chica después de todo

El mundo implosiona, literalmente.

No existe otra manera de describirlo. De decirlo bonito. De minimizarlo. No hay otra manera de decirlo que no sea esta: en el instante en que la boca de Hudson cubre la mía, todo a nuestro alrededor simplemente deja de existir.

No hay frío, no hay sol, no hay problemas del pasado, no hay futuro incierto. En este momento perfecto no hay nada más que nosotros dos y el fuego que se forma entre nosotros.

Ardiente.

Arrollador.

Inmenso.

Amenaza con freírme viva, con tragarnos enteros. Normalmente, sentir algo tan intenso me aterrorizaría,

pero en este momento solo quiero que continúe.

Y continúa. Vaya si continúa.

Siento los labios de Hudson cálidos y firmes contra los míos, su cuerpo musculado y fuerte. Y sus besos, sus besos son tal y como siempre supe que serían… y mucho más.

Suaves y largos.

Rápidos e impetuosos.

Ligeros y devoradores.

Hacen que me arda todo el cuerpo. Me derriten desde dentro. Transforman mi sangre en lava y mis rodillas en cenizas, y sigue sin ser suficiente.

Sigo queriendo más.

Me pego contra él, enredo los dedos en su pelo y, cuando empieza a apartar su boca de la mía para respirar, tiro de él y lo arrastro de nuevo hacia el fuego.

Y ahora es mi turno de respirar, mi turno de arder cuando agarra mi pelo rizado y desliza un colmillo por mi labio inferior.

Se abre paso hacia el interior de mi boca lamiendo, acariciando, chupando y mordiendo. Me abro para él (¿cómo no hacerlo?), deleitándome en el modo en que me rodea con los brazos, en el modo en que presiona su cuerpo contra el mío, en el modo en que su lengua lame con infinita suavidad la mía.

Esto es maravilloso (él es maravilloso), y es algo que no me esperaba, pero ahora soy incapaz de saciarme.

Estoy desesperada. Decidida. Aturdida y casi embriagada por el olor, el sabor, su esencia a jengibre, a sándalo y a manzanas frescas.

Me pego con más fuerza a él. Deslizo las manos por su espalda y rodeo su cintura, retorciendo los dedos en la suave y sedosa tela de su camisa mientras lo empujo contra mí más y más. Hudson gruñe y me da un mordisquito en el labio inferior, enreda los dedos en mi pelo y nuestro beso se vuelve más profundo, más caliente, más intenso.

Me viene a la cabeza un leve pensamiento de no querer que esto termine, de no querer soltarlo nunca..., pero entonces inclina mi cabeza hacia atrás, se sumerge de nuevo en mi boca y la capacidad de pensar me abandona por completo.

Solo puedo arder.

No sé cuánto tiempo habríamos estado así, destruyéndonos el uno al otro, quemándonos vivos, si un par de lobos no hubiesen pasado por ahí silbándonos.

Yo estoy tan sumida en el calor que me abrasa que apenas los oigo, pero Hudson se aparta lanzando un rugido tan oscuro y amenazador que los silbidos se transforman en aullidos y los lobos salen pitando hacia el castillo con el rabo entre las piernas.

Hudson se vuelve de nuevo hacia mí, pero veo en sus ojos lo mismo que sé que reflejan los míos: el momento ha pasado.

Aun así, cuando se aparta y me coloco el pelo, en lo único que puedo pensar es en que todo esto de la química del vínculo no es ninguna broma.

Y también en cuándo podré volver a besarlo.

Y es ese pensamiento, y la necesidad que me provoca, lo que hace que me aparte de Hudson con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien? —pregunta, y aunque parece algo preocupado no hace nada para reducir el espacio que he abierto entre nosotros.

—¡Pues claro! —le aseguro con una voz que dice todo lo contrario—. Solo ha sido un beso.

Miento como una bellaca. Porque si eso ha sido solo un beso, el Denali es una colina. O un bache en la carretera.

—Ya —dice Hudson con su acento británico de vuelta—. Y el sol es una cerilla.

Me mira a los ojos con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos. Y aguarda. Mira a nuestro alrededor, como si esperase que mi tío saliera de entre los arbustos y lo encerrara en la mazmorra por haberse atrevido a deshonrar a su querida sobrina—. ¿Quieres...? ¿Aún quieres estudiar?

No. Lo que de verdad quiero es largarme corriendo a mi cuarto y analizar con Macy cada segundo de lo que acaba de pasar. Y después con Eden. Y luego quizá con las dos a la vez. Pero así no conseguiré aprobar Historia, así que...

—Sí, si a ti te parece bien.

Me mira raro.

—No te lo habría preguntado si no me lo pareciera.

—Ah, claro.

Me esfuerzo por poner mi mejor sonrisa y rezo para no parecer una demente (o alguien capaz de cocinar niños en el horno de mi casa de jengibre). La línea entre mi mirada de «estoy nerviosa» y mi mirada de «estoy muy loca; más te vale esconder todos los objetos de valor» es mucho más fina de lo que me gustaría.

Sin embargo, no debo de estar aún a ese nivel porque Hudson no sale huyendo despavorido.

Pero antes de movernos, hay algo que quiero decirle.

—Si prefería pensarme la pregunta que deseaba hacerte no es porque no quiera saberlo todo de ti.

Vuelve la cabeza como si esperase recibir un golpe y no quisiera verlo venir, pero no pienso consentirlo. Antes he sido una cobarde, pero no puedo dejar que siempre sea Hudson el que luche contra nuestros muros.

De modo que me planto delante de él hasta que no tiene más remedio que mirarme otra vez. Y, cuando estoy absolutamente segura de que tengo su atención, continúo:

—Sé que tu infancia fue horrible, supongo que peor de lo que yo me imagino por lo poco que pude ver de ella con tu padre, y no quería hacerte una pregunta que pudiera causarte dolor, Hudson.

Un brillo de esperanza cobra vida en sus ojos, y su boca se mueve como si estuviese a punto de decir algo. Pero al final solo asiente, desliza la palma de la mano en la mía en lo que se está convirtiendo rápidamente en un hábito y me guía por el camino y por la curva que hay al final. Y no, no es que no vea el simbolismo que tiene, pero estoy intentando pasarlo por alto.

Cosa que resulta bastante fácil cuando descubro adónde me ha traído: a un pequeño pabellón exterior, con una mesa de pícnic, lucecitas parpadeantes y las mejores vistas de un lago de montaña que he visto en mi vida.

Alrededor del lago hay flores de todos los colores del arcoíris, y en el centro de la mesa hay un florero repleto de flores silvestres.

—¿Esto es cosa tuya? —pregunto mirando a mi alrededor maravillada.

—Lo de las flores y las luces es mérito mío, pero las vistas son de Alaska.

—Vale. —Me río—. Aun así, no tenías que haberte molestado tanto para una sesión de estudio.

—No ha sido ninguna molestia —me dice—. Además, quería darte tu otro regalo de cumpleaños.

—¡Anda! Pero si ya me diste mi regalo, que me encantó, por cierto. Pablo Neruda es mi poeta favorito de todos los tiempos.

—No te habrás olvidado de que te dije que tenía otro regalo para ti, ¿verdad? —pregunta con incredulidad.

—Me encanta ese libro. Estoy más que satisfecha con ese regalo. No necesito más.

—Ah, bueno, en ese caso, no te daré nada más. —Señala con la barbilla mi mochila—. Vamos a estudiar entonces.

—¡No! A ver, sí, quiero estudiar. Pero si ya tienes mi segundo regalo, no me importaría abrirlo.

Mentiría si dijera que no tengo curiosidad. Hudson puede fingir que nada le importa, pero lo cierto es que le pone mucho cuidado a todo lo que hace, lo que me lleva a preguntarme qué habrá pensado que debía regalarme que solo pudiera abrirlo estando solos.

—Es una de esas cosas que es mejor regalar frescas —me dice.

—¿Como las flores? —pregunto, y me inclino hacia delante para oler el precioso ramo que ha colocado en la mesa—. ¡Me encantan!

—No, Grace. —Ahora se ríe con ganas—. Como las flores no. —Señala las tres piedras negras que hay en la esquina de la mesa. Una es redonda con bordes irregulares, otra tiene una forma más triangular, y la última es cuadrada—. ¿Cuál te gusta?

—¿Cuál de las piedras? —pregunto porque, una vez más, Hudson me sale con algo inesperado.

—Sí. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué piedra te gusta?

¿Ninguna? Nunca he sido una chica de piedras... lo cual es curioso, lo sé, porque, sí, soy una gárgola. Pero no puedo decirle eso. No cuando se ha esforzado tanto en organizar esto para mí.

—Pues no lo sé. Creo que la cuadrada —digo cogiéndola.

La observo durante unos segundos y pienso en guardármela en la mochila, pero ahora Hudson me mira como si no tuviera ni idea de qué hacer conmigo en estos momentos. Cosa que me parece bien, ya que yo nunca sé qué hacer con él.

—¿Puedo verla, por favor? —pregunta extendiendo la mano.

—Has dicho que era para mí —le digo mientras deposito la piedra en su palma abierta.

—Y lo es —responde—. Solo que aún no.

Y entonces envuelve la piedra con los dedos y aprieta con todas sus fuerzas. Y aprieta. Y aprieta. Y aprieta.

Al principio creo que se le ha ido la cabeza, pero cuando los segundos se transforman en minutos, se me ocurre una idea tan estrafalaria que no puedo ni creerla. Y aun así... Cojo otra de las piedras y la examino mientras intento

recordar lo que mis seis semanas de Geología en primer curso me enseñaron sobre las rocas.

—¡Qué fuerte! —digo con los ojos muy abiertos—. ¿Es carbón?

Sonríe y menea ligeramente las cejas arriba y abajo.

—¿Cómo es posible? Sé que los vampiros son fuertes, pero ¿no necesitarías tus poderes...?

—No necesito mis poderes para esto. Puedo persuadir al carbón para que haga cualquier cosa que no quiere hacer. —Me guiña el ojo.

Tras otro minuto más apretando, abre la mano y, donde antes había un pedazo de carbón, ahora hay un diamante. Y no cualquier diamante. Debe de tener al menos cinco quilates. Es precioso, increíble y del todo incomprensible para mí.

—Pensaba... No puedo... ¿No hay que pulirlos? —pregunto—. Normalmente no salen de las minas así, ¿no?

Enarca una ceja.

—¿Así cómo?

—Perfectos —susurro.

Sonríe.

—Ya, bueno, los gigantes no son los únicos con un poco de magia de la tierra. Además, tú te mereces algo perfecto.

Y entonces extiende la mano y deposita el diamante más bonito y más perfecto que he visto jamás en mi mano.

—Feliz cumpleaños, Grace.

—Feliz cumpleaños, Hudson.

Sonríe, y cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir me pongo como un tomate.

—Quería decir... No quería... —Me obligo a parar y a respirar hondo. No estoy acostumbrada a quedarme sin saber qué decir con Hudson, pero es difícil no hacerlo después de ese beso—. Gracias —le digo al cabo de un poco, y le sonrío—. Me siento como Lois Lane. —Al ver que no parece captar la referencia, le recuerdo—: Ya sabes, en la película. Superman aplasta carbón con las manos para regalarle a Lois un diamante.

Alza una ceja.

—No he visto la película, pero creo que ambos estaremos de acuerdo en que yo podría darle una paliza a Superman.

Pongo los ojos en blanco, pero me río. Tengo el compañero más gallito de la historia. Y no cambiaría absolutamente nada de él.

—Bueno, muchas gracias.

—Muchas de nadas. —Su sonrisa se vuelve más tierna, más íntima, más... vulnerable de lo que la he visto jamás. Al menos hasta que coge mi mochila y dice—: Bien, en cuanto a los juicios a las brujas...

67

¿Quién necesita enchiladas cuando puedes comerte una chimichanga entera?

He acabado.

He acabado. He acabado. ¡He acabado por fin!

Me levanto de mi mesa y apenas puedo resistirme a hacer un pequeño baile por el pasillo mientras me dirijo a la parte delantera del aula para entregar mi temido (y ahora completamente terminado) examen final de Historia. Lo deposito en la mesa de la profesora y me despido con la mano. No pienso esperar a que me lo corrija. No he sacado un sobresaliente, pero sé que he aprobado y hoy es lo único que importa.

Después me vuelvo y salgo por la puerta de la última clase del instituto que tendré que pisar.

Es una sensación increíble y rara al mismo tiempo.

Al menos hasta que levanto la vista y veo que Flint está apoyado en la pared delante de la clase, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa enorme en la cara.

—Pareces bastante contenta contigo misma, chica nueva.

—Lo estoy, dragoncito. Gracias.

—Me alegra oír eso. —Se aparta de la pared y me acompaña.

Recorremos el pasillo en dirección a las escaleras y Flint señala la larga fila de ventanas y el cielo azul brillante que hay al otro lado.

—Hoy también hace buen día. ¿Te apetece volar un rato?

Mi primer instinto es decir que no. Apenas he dormido estudiando las últimas noches y lo único que quiero es meterme en la cama, taparme con las sábanas y rezar para no soñar con el llanto de Falia..., cosa que ha pasado bastante a menudo desde que volvimos de Firmamento.

Pero cuando me fijo mejor en su rostro veo que no me estaba proponiendo un vuelo de celebración por el campus. Quiere hablar. Y lo que tiene la amistad es que las cosas no siempre pasan cuando nos vienen bien. Y no todo es divertido. Pero esto es importante. Y cuando encuentras a la gente que importa, la aceptas con lo bueno y con lo malo.

De modo que en lugar de intentar excusarme, le digo:

—Voy a dejar la mochila en mi cuarto y a cambiarme. Nos vemos en las escaleras principales dentro de diez minutos.

Su sonrisa de alivio me dice que estaba en lo cierto.

—Nos vemos en breve, chica nueva.

—Sabes que nos graduamos en una semana, ¿verdad? —le indico—. Tendrás que dejar de llamarme chica nueva

cuando por fin me den el diploma de este sitio.

—Me lo pensaré —dice, y pone los ojos en blanco.

Pero yo le devuelvo el gesto.

—Sí, ¡hazlo!

Diez minutos después ya estoy abajo de nuevo. Me encuentro un poco mal por haberme zampado una Pop-Tart tan rápido, pero es lo que tiene tener prisa en el instituto Katmere.

—¿Estás listo? —le pregunto a Flint, que está acurrucado con Luca en el sofá de la sala común—. ¿O has cambiado de idea?

—No he cambiado de idea. —Le da un pico a Luca y se levanta del sofá de un brinco—. Vamos.

En cuanto salimos, mi cansancio se desvanece. Cuando agarro el hilo platino y me transformo, me doy cuenta de que me alegro de que Flint me haya convencido para hacer esto. Estirar las alas es justo lo que necesito hoy.

—El primero que llegue a lo alto del castillo escoge la peli de esta noche —propone mirando hacia arriba.

—No sé si puedes prometer eso cuando los demás no están presentes.

—Oye. —Se encoge de hombros—. Pues que hubieran venido.

—Eso —digo sin pensar, justo antes de lanzarme al aire y volar a toda velocidad hacia el punto más alto del castillo, que resulta ser la torre de Jaxon.

Por debajo de mí, Flint grita indignado.

—¡Si crees que voy a ver *Crepúsculo* otra vez, chica nueva...! —Entonces se transforma en un instante y también sale disparado hacia el cielo.

Está a punto de superarme, de modo que aumento la velocidad mientras le digo:

—¡Yo nunca te he obligado a ver *Crepúsculo*! —Macy y yo la vemos solas en nuestra habitación, como dos crepusculeras civilizadas.

Ambos llegamos a lo alto del castillo al mismo tiempo.

Aterrizo rápidamente en el borde de la azotea, y Flint recupera su forma humana en cuanto toca suelo. La verdad es que ha sido un cambio bastante impresionante. Me pregunto si alguna vez seré capaz de confiar tanto en mis habilidades.

Ambos nos sentamos en el frío ladrillo con los pies colgando y mirando hacia el campus.

—¿Tienes sed? —pregunto mientras cojo mi mochila de cordones y saco dos aguas.

—Eres una diosa —dice cuando le lanzo una.

—Una diosa no sé —le digo—, pero semidiosa seguro.

—No sé, no sé. —Finge planteárselo—. Yo creo que tienes lo que hay que tener para zamparte una chimichanga entera.

Me parto de risa.

—Querrás decir una enchilada. —Parece confundido—. El dicho es *the whole enchilada*, toda la enchilada.

—Pues qué raro. —Pone cara de extrañado—. ¿Has visto una enchilada alguna vez? Son minúsculas. Yo creo que tú puedes con toda la chimichanga. Quizá incluso con dos.

Niego con la cabeza y me echo a reír, porque a veces Flint sale con cada cosa tan absurda que no te queda otro remedio.

Nos sentamos haciéndonos compañía en silencio durante un par de minutos, y no puedo evitar pensar en lo bonitas que son las montañas y en lo mucho que he llegado a amarlas durante mi tiempo aquí. No sé qué voy a hacer después de la graduación (además, lo más seguro es que me encarcelen mientras hago todo lo que está en mi mano para detener una guerra paranormal), pero sé que probablemente tendré que irme de aquí, y eso me entristece.

Cuando llegué en noviembre me dije a mí misma que podría sobrevivir seis meses. Y lo he hecho. Pero no me imaginaba que acabaría cogiéndole tanto cariño a este lugar.

Casi le digo algo a Flint, pero parece tan sumido en sus pensamientos que decido esperar. Entonces me pilla mirándolo y dice:

—Bueeeno... —Y sé que el momento de hablar ha llegado.

—Bueeeno... —repito con las cejas enarcadas.

Sonríe con timidez. Después se lleva la mano a su pelo afro en un gesto nervioso poco típico de él. Y en lugar de esperar a que encuentre la manera de soltar lo que sea que le ronda por la cabeza, le pregunto directamente:

—¿Vas a contarme qué hacemos aquí en realidad o tengo que adivinarlo?

Me mira más tímido todavía.

—¿Tan obvio soy?

—Para ser alguien que acaba de perder una carrera de vuelo contra alguien hecho de piedra, sí.

—Ehhh, perdona, pero he ganado yo. —Finge sentirse insultado.

—Venga, Flint. —Le sonrío para animarlo a hablar—. ¿Qué pasa?

—Tengo que ir a casa este fin de semana. —Inspira hondo y exhala muy despacio—. Y quiero que vengas conmigo.

68

Cortejo

—¿A tu casa? ¿A la Corte Dragontina? —pregunto—. ¿No vienen tus padres la semana que viene para la graduación?

—Pues claro que vienen. —Pone cara de fastidio—. Están deseándolo. Pero este fin de semana es el Wyvernhoard. Es básicamente la festividad más importante del año para los dragones, y no puedo faltar.

—¿El Wyvernhoard? —repito esforzándome en pronunciarlo bien—. Y ¿qué se celebra?

—Es nuestra Fiesta de la Fortuna, una combinación de nuestras tres cosas favoritas.

—¿Qué son...? —pregunto fascinada ante la idea de unas fiestas dedicadas a la buena suerte.

—Comer, atesorar y fo... Bueno, supongo que puedes imaginarte esta última —dice con una carcajada—. Somos criaturas muy sencillas.

—¿En serio? ¿Y qué hacéis? —digo señalando un avión que acaba de aparecer en el horizonte—. ¿Decoráis una pila de joyas o...?

—Se le llama el «tesoro» —me contesta moviendo los pies nervioso adelante y atrás—. Y no lo decoramos, pero todos los asistentes pueden escoger algo del tesoro la última noche. De hecho, mis padres organizan un festival de celebración y todos los que van pueden elegir algo del tesoro real.

—¿El tesoro real? ¿Te refieres a algo así como las joyas de la corona?

Sonríe de oreja a oreja.

—Algo así, sí. Y hay fuegos artificiales y espectáculos y comida deliciosa. Es una fiesta fantástica.

—Suena genial —digo—. Así que ¿por qué tengo la sensación de que no quieres ir?

Suspira.

—Porque es en la Corte, y eso implica un montón de... —Hace un gesto de descarte con la mano—. Ya me entiendes.

—La verdad es que no.

—Cierto. —Se le ilumina la cara—. Otro motivo más por el que deberías venir. Así ves en persona cómo es la Corte. Quizá te ayude cuando tengas que establecer la tuya propia.

—¿Mi propia Corte? —De repente se me va todo el entusiasmo—. ¿De qué estás hablando?

—Recuerdas el Ludares, ¿no? —Me mira como si me hubiese golpeado demasiadas veces la cabeza—. Ganaste un asiento en el Círculo, lo que significa que, sí, la Corte Gargólica existirá.

Me echo a reír.

—Me temo que no. A ver, soy básicamente la única gárgola que existe. —Hago una pausa mientras pienso en que hay otra más—. Bueno, tal vez seamos dos, si conseguimos liberar a la Bestia Imbatible. Pero seguiría siendo la corte real más pequeña del mundo.

—La Corte no depende de cuántos de tu especie consigas reunir a tu alrededor —insiste Flint—. Es la sede de tu poder político. Y, créeme, Grace, si quieres permanecer viva en este mundo, necesitarás poder político. Porque ahora mismo tienes un objetivo enorme y brillante a las espaldas.

—¡Vaya! Me alegro mucho de que me hayas pedido que viniera a volar contigo —le digo irónicamente.

—¡Lo siento! Asustarte no entraba en mis planes. —Se lleva la mano al pelo de nuevo con frustración—. Lo de la Corte Gargólica saldrá bien, nosotros te apoyamos. Y Hudson también. Solo me he desviado del tema porque yo también estoy asustado.

—¿Por tener que ir a casa? —pregunto sin entender todavía qué tiene de malo volver a casa para una fiesta donde se regalan joyas. Por lo que vi cuando el Círculo visitó el Katmere, Flint tiene una muy buena relación con sus padres, todo lo contrario a la de Jaxon y Hudson con los suyos.

—Por llevar a Luca conmigo —responde rápidamente—. Siempre ha querido ver un Wyvernhoard, así que no quiero decirle que no. Pero todo eso de que conozca a mis padres...

—Aaah. —Ahora lo entiendo—. Claro. Después de todo, no todo el mundo tiene la misma suerte que yo con los suegros, pero...

Se parte de risa.

—Tienes razón. No sé por qué me preocupo considerando que tú tuviste que enfrentarte a Cyrus y a Delilah desde el principio. Esto será pan comido comparado con eso.

—¿Comparado con que Cyrus intentase asesinarme? —pregunto—. ¿Tú crees?

—Aun así, me gustaría que vinieses. Si dices que sí, invitaré a los demás también, así no será tan incómodo. Además, mi madre quiere verte. Le pregunté sobre la cárcel, y está dispuesta a hablar con nosotros de ella. Así que si Hudson y tú venís, quizá podamos averiguar si existe la posibilidad de sacaros de allí. Dice que sabe más sobre el dragón que consiguió escapar en solo un día. Solo por eso merece la pena que Hudson y tú os arriesguéis a ir, ¿no?

—¿Quieres que Hudson venga también? —digo, y el nudo que se me forma en el estómago solo tiene un poco que ver con el hecho de que llevo escondiéndome de él desde que me besó ayer por la tarde. Bueno, desde que nos besamos el uno al otro. Sé que voy a tener que hacerle frente antes o después, pero lo he puesto todo en pausa hasta el examen de Historia—. ¿No lo arrestarán?

—No si se trata de una visita oficial del Círculo. Es tu compañero, y tú vas a convertirte en la nueva reina gárgola. Lo que lo convierte en el futuro rey también.

—¿No significa eso que no deberían arrestarlo en ningún caso? —pregunto—. No se debería encarcelar a tus

cogobernantes. Además, si somos monarcas, ¿no estamos por encima de la ley? Estoy segura de que eso ha salido en mi examen de Historia. —No le digo que es una de las preguntas que creo que he fallado.

—Normalmente sí, pero es que no has sido coronada todavía. De todas formas, si nos vamos sin decírselo a nadie, mejor.

—¿Y si no sale bien? —pregunto cuando nos ponemos en pie para descender.

—Saldrá bien —me tranquiliza Flint—. Mi madre me lo ha asegurado.

—Pero ¿y si no? —pregunto una vez más cuando ambos estamos de nuevo en el suelo.

—Pues, en ese caso, podrá buscar al herrero. —Abre la puerta del instituto—. Y nosotros podremos poner en marcha nuestro plan de fuga.

—¿Se supone que eso tiene que infundirme seguridad? —quiero saber.

Pero Flint solo me lanza un beso y se aleja con paso tranquilo, como digno dragón que es.

Joder.

69

Cayendo en des-Grace

Cuando Flint se aleja, me planteo seriamente irme a mi cuarto y meterme en la cama con mi almohada de Harry Styles y mi cuenta de Netflix. Pero lo cierto es que esta charla me ha alterado demasiado para dormir y, si no hubiese sido la charla, habría sido igualmente la última frase de Flint sobre la fuga.

La graduación está casi a la vuelta de la esquina, lo que significa que es más que probable que Hudson y yo vayamos a la cárcel, con suerte con un plan para fugarnos con Vander. No obstante, si algo me ha enseñado este último año es lo importante que es despedirse cuando tienes la oportunidad.

Lo que significa que tengo que hacer un último intento de hablar con Jaxon. Incluso si nadie más lo ve, sé que algo le pasa. Algo más que lo de nuestra ruptura, aunque jamás se me ocurriría minimizar las dimensiones de ese dolor.

No, es otra cosa, y como amiga suya que soy quiero que sepa que me tiene aquí si me necesita. Que no ha de apartar a todo el mundo, que es justo lo que su regalo de cumpleaños me sugiere que está haciendo.

Creo recordar que los de la Orden me comentaron que hoy tenían que acudir a unos ensayos para la ceremonia de graduación, lo que significa que este podría ser un momento perfecto para pillar a Jaxon solo.

Subo las escaleras de dos en dos.

La sala de estar sigue estando totalmente vacía, excepto por el equipo de entrenamiento, pero esta vez la puerta de su habitación está abierta y, cuando entro, veo que también está desierta. Ya no hay instrumentos ni las obras de arte ni los libros, y en su lugar no hay absolutamente nada. De hecho, lo único que queda en el dormitorio es la cama, el escritorio y la silla. Incluso mi manta roja favorita ha desaparecido.

Y Jaxon tampoco está.

No lo entiendo. No entiendo por qué iba a hacer algo así. No entiendo qué le ha pasado. No sé cómo ayudarlo. No entiendo nada.

No me doy cuenta de que he dicho eso en voz alta hasta que la cara de Jaxon aparece por la ventana, desde el exterior. Está en el parapeto. Cómo no.

—¡Hola! —exclamo con una sonrisa—. ¿Qué tal?

No responde a la pregunta ni me devuelve la sonrisa. Pero sí dice:

—Ven fuera. —Y se aparta de la ventana.

Parece la ocasión perfecta para hablar con él, así que paso por alto la maleta abierta sobre su cama y me dirijo

hacia la ventana, preguntándome todo el tiempo cómo se supone que voy a salir. No es muy fácil trepar ahí, no si no eres un vampiro.

Pero me olvido de algo. Jaxon puede estar raro últimamente, pero sigue siendo Jaxon. Así que cuando llego a la ventana me ayuda a atravesarla, como siempre.

—Gracias —le digo cuando mis pies aterrizan en el suelo de piedra del parapeto.

Niega con la cabeza como quitándole importancia al gesto y se acerca a las almenas, donde se queda mirando al horizonte.

Por primera vez en mucho tiempo estoy nerviosa en su presencia. Pero no es ese nerviosismo que me invadió el día que nos conocimos. No, es un nerviosismo completamente distinto, y no me gusta lo incómoda que me hace sentir. Como tampoco me gusta lo que dice sobre mi relación con Jaxon y sobre el punto en el que se encuentra ahora mismo.

Sigo su línea de visión y veo que está mirando el estanque con el cenador. Se me parte un poco el corazón al pensar en lo mucho que ha cambiado todo y en cuánto hemos perdido.

—¿Recuerdas ese día? —susurro—. El día que me llevaste a hacer el muñeco de nieve.

Ni siquiera me mira.

—Sí.

—Siempre me he preguntado de dónde sacaste ese gorrito de vampiro. —Me apoyo contra el merlón que hay justo a su lado.

—Lo tejió la Sangradora para mí.

—¿En serio?

Me agrada la idea de que hiciera eso por Jaxon, incluso después de todo lo demás que ha hecho. De todo el desastre que ha provocado. Una vez más me planteo contárselo todo, pero temo que eso solo empeorará las cosas para él y, francamente, no creo que pueda soportar mucho más en este momento.

De modo que, en lugar de destruir la última de sus ilusiones, me centro en lo positivo en la medida de lo posible.

—Qué guay. Me encanta ese gorro.

Se encoge de hombros.

—Lo he perdido.

—¡Qué va! —Lo miro sorprendida—. ¿Es eso lo que pensabas? ¿Que alguien lo habría cogido?

—¿No es lo que pasó?

—¡No! ¡Madre mía, se me había olvidado! Está en mi armario. Salí y lo recuperé al día siguiente porque no quería que le pasara nada. Lo guardé en mi armario para dártelo después porque llegaba tarde a clase de Arte, pero luego... ya sabes... me transformé en piedra un tiempo. Lo siento. Se me había olvidado por completo. Seguro que sigue ahí.

Me mira por primera vez y veo en sus ojos el debate que se forma en su interior. No tengo ni idea de qué lado gana, pero sé que hay un poco más de calidez en su voz cuando dice:

—Gracias.

—De nada. —Hago una pausa un momento y me trago el miedo. Después le pregunto—: ¿Deseas alguna vez poder volver a aquel día? ¿A cuando todo era sencillo y perfecto?

—La ex de Hudson casi te mata con su plan diabólico para resucitarlo —responde—. No era tan perfecto.

—No hablaba de Lia —le digo.

—Sé perfectamente a qué te estabas refiriendo. —Traga saliva y niega con la cabeza—. Éramos unos críos, Grace. No teníamos ni idea de lo que nos esperaba.

—¡Fue hace apenas seis meses! —exclamo, y suelto una carcajada de incredulidad—. Yo no nos calificaría como «críos» precisamente.

—Ya, bueno, en seis meses pueden pasar muchas cosas —dice.

Y en eso tiene toda la razón. Míranos.

Tengo mucho más que decirle, pero tal vez la forma de afrontar esto de Jaxon sea la correcta. Tal vez debería cerrar la boca y dejarlo estar.

No lo sé.

Por eso hago lo único que se me ocurre. Me vuelvo hacia la maleta sobre su cama y pregunto:

—¿Por qué siempre que subo estás haciendo la maleta? ¿Es que Flint ya te lo ha preguntado?

—¿El qué?

—Va a visitar la Corte Dragontina este fin de semana y quiere que vayamos con él. Hay una gran fiesta…

—El Wyvernhoard, ya. Aiden y Nuri lo organizan todos los años. —Por primera vez en días sus labios forman una minúscula sonrisa—. Es muy divertido.

—¿Has estado?

—Hace mucho tiempo. Como parte del contingente de la Corte Vampírica, cuando las relaciones ente las Cortes no eran tan malas como lo son ahora.

—Bueno, entonces deberías volver —lo animo—. Seguro que es más divertido cuando el propio príncipe dragón te hace de guía.

Durante un segundo parece tentarle la idea. Pero después niega con la cabeza y responde:

—No puedo. Me han convocado en Londres.

—¿Otra vez? —pregunto—. Pero si acabas de volver.

—Ya, bueno, me fui de una forma bastante abrupta. —Se encoge de hombros—. A Delilah no le hizo mucha gracia.

Me invade una ira repentina hacia su madre.

—No sabía que te importase cómo se pueda sentir.

—No me importa. Pero si quiero que use su influencia con Cyrus para que retire los cargos contra Hudson tiene que parecer al menos que sigo las reglas.

—¿Crees que lo hará? —Sinceramente, me sorprende la idea. Delilah no parece tener una vena maternal.

—No lo sé. —Por primera vez baja la guardia y parece... agotado. Y no creo que se haya dado cuenta de que se está frotando la cicatriz, o que ha vuelto a mantenerla tapada—. Hudson siempre fue su favorito, así que... tal vez. Es la mejor oportunidad que tenemos.

Detesto oír eso, porque lo que sé de Delilah no me inspira demasiada confianza en que pueda hacer nada para ayudar a su hijo mayor, y menos si eso supone algún inconveniente para ella.

—Ten cuidado —le digo, porque no sé qué otra cosa decirle.

—Y me lo dice precisamente la chica que se desvive por meterse en problemas —responde, y niega con la cabeza.

—No lo hago adrede. Tan solo pasa.

—Ya, eso ya lo he oído antes. —Se dirige a la ventana—. Tengo que irme.

—¿Ahora? —pregunto, aunque no sé por qué me sorprendo tanto.

—Tengo que estar de regreso para la graduación dentro de unos días, así que... sí. Ahora. —Trepa por la ventana y me tiende la mano para ayudarme a entrar.

Mientras observo cómo recoge el móvil y las llaves me invade un mal presentimiento. No suelo ser muy supersticiosa, pero esta vez... Simplemente no puedo pasar por alto esa sensación. O el hecho de que no hayamos hablado de qué es lo que le pasa. Necesito decirle que tiene amigos, gente que aún se preocupa por él.

—No te vayas —le susurro mientras lo agarro de la mano —. Por favor. Necesito decirte...

—Para, Grace. —Retira la mano con brusquedad, recoge su bolsa y se cuelga el asa al hombro—. Tengo que irme ya.

Después sale de nuevo al parapeto, se vuelve y se despide inclinando levemente la cabeza antes de saltar por el precipicio.

Me planteo salir también al parapeto para verlo marchar. Pero ¿qué sentido tiene hacerlo? Para cuando saliera, ya se habría ido.

Es el típico *modus operandi* de los Vega.

De modo que, en lugar de salir tras Jaxon, me dirijo despacio hacia las escaleras y, mientras lo hago, pienso mucho en aquel muñeco de nieve... y en todo lo que se ha derretido con el deshielo de la primavera.

Tal vez todos estos años no fuera la llegada del invierno lo que debíamos temer, sino la primavera que prospera en

su desolada destrucción.

70

Ventaja de puerto base

—¿Por qué siempre tenemos que hacer estos viajes en mitad de la noche? —protesta Macy cuando alguien llama a la puerta el viernes de madrugada.

—Ehhh, ¿a lo mejor porque siempre estamos haciendo cosas que no deberíamos hacer? —respondo mientras me dirijo a abrirles a Flint y a Luca, y dejo la puerta abierta para cuando llegue Hudson, que no debería tardar.

—Esta vez no —me contesta al tiempo que se mete una sudadera por la cabeza—. Esta vez es una excursión a un evento totalmente aprobado por el Círculo.

—Puede. Pero hemos de conseguir que Hudson llegue allí sin que lo arresten, así que de momento vamos a tener que seguir saliendo de noche.

—Lamento ser un inconveniente —dice Hudson al entrar —. Intentaré trabajar en lo de ser enemigo del Estado para futuras empresas.

—Tonterías —digo mientras regreso a mi cama para comprobar por tercera vez que lo llevo todo. Flint no ha querido decirme dónde se encuentra la Corte Dragontina porque quiere que sea una sorpresa, pero sí me dijo que llevase cualquier tipo de ropa que me apeteciera siempre y cuando incluyese una sudadera y un vestido de noche para la fiesta.

Al menos, tras la fiesta de bienvenida de mi primer día en el Katmere, cuando no tenía nada que ponerme, me aseguré de pedir un par de vestidos de fiesta por internet. Pero un vestido así implica zapatos de fiesta y un sujetador sin tirantes y un montón de cosas más por las que los chicos no tienen que preocuparse, y de alguna manera he tenido que hacer que todo eso además de ropa normal para tres días cupiese en una mochila… sin usar la magia.

—Entonces ¿no soy un inconveniente? —me desafía apoyando un hombro en el marco de la puerta.

—Pues claro que no —le dice Macy—. Solo estaba…

—Ehhh, ¡sí que lo eres! —Interrumpo a Macy y pongo los ojos en blanco—. Has sido un inconveniente desde el primer día que apareciste en mi vida, y ambos sabemos que no tienes ninguna intención de cambiar, al menos no en un futuro cercano.

Hudson bosteza.

—Y yo que pensaba que me estaba portando mejor que nunca.

—Probablemente así sea —digo mientras cierro la cremallera de la mochila—. Pero eso tampoco es decir mucho.

—Solo dices eso porque no me has visto con mi peor comportamiento.

—Perdona. —Cojo la sudadera y me la pongo—. ¿Crees que eso es algo de lo que alardear cuando todos estamos intentando evitar que te encarcelen?

—¡Grace! —me reprende Macy.

Pero Hudson se echa a reír.

—Puede que tengas razón.

—Sí, puede. —Me cuelgo la mochila al hombro poniendo los ojos en blanco y hago una mueca de fastidio al notar el peso.

—¿Lo tienes todo? —pregunta mi prima mientras comprueba sus cosas por tercera vez también.

—Creo que sí. Y si no, seguro que podré conseguir lo que sea una vez que lleguemos allí.

Hudson se ríe.

—Sí, eso no será ningún problema.

—¡Un momento! ¿Tú sabes dónde está la Corte Dragontina? —Me vuelvo hacia él con los ojos abiertos como platos—. Macy y Flint no han querido contármelo. No paran de decir que quieren ver la cara que pongo cuando lleguemos.

—Claro que sé dónde está —responde—. Pero ahora que sé que tú no, creo que me voy a guardar esa información.

—¿Lo ves? —digo mientras salgo pasando por delante de él—. Un inconveniente total.

—Pues menos mal que te gusto tal como soy, ¿no? —señala con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo nunca he dicho eso. —Pongo los ojos en blanco de nuevo, pero su sonrisa no hace sino intensificarse.

—Tenéis una relación rarísima —bromea Macy, pero no se equivoca. Es la verdad.

Pero para nosotros funciona, así que me encojo de hombros y digo:

—Es mi obligación asegurarme de mantener a raya el ego de mi compañero para que su cabeza siempre quepa a través de la puerta.

—Y es mi obligación ponerla nerviosa —afirma Hudson, y su hoyuelo hace acto de presencia.

Macy nos mira a ambos y dice:

—¿Estáis usando alguna especie de código sexual?

Madre mía. Miro a Hudson y, efectivamente, él sí lo estaba haciendo. Niego con la cabeza, pero me echo a reír.

—En fin. Lo que yo decía. Un inconveniente.

Macy cierra la puerta y una vez más atravesamos su pasadizo secreto.

Cuando llegamos al exterior, Eden y Flint ya nos están esperando, con Luca... y el tío Finn. Macy grita de alegría al ver que su padre va a crear un portal para nosotros para que no tengamos que congelarnos en un vuelo de tropecientas horas.

—Hola, tío Finn. —Le sonrío y él me devuelve el gesto, pero sus ojos reflejan preocupación.

—Solo hago esto porque Nuri me lo ha pedido. Me ha asegurado que os tratarán como si fuerais de la realeza durante esta visita. —Nos mira a todos y, acto seguido, les indica a mis amigos que se acerquen para quitarles los brazaletes. A todos excepto a Hudson, que simplemente se encoge de hombros—. Pero, por favor, intentad no provocar

un incidente internacional al menos durante un fin de semana, ¿de acuerdo?

Flint se lleva la mano al pecho haciéndose el ofendido, y todos nos reímos. Incluso el tío Finn, que niega con la cabeza y empieza a agitar la varita como si estuviese dirigiendo una sinfonía.

Miro a Hudson, pero algo parece ir mal. Tiene las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y la mandíbula tensa. Levanto las cejas, como preguntándole qué le pasa, pero solo me guiña el ojo y saca una mano del bolsillo para coger la mía. Cuando nuestros dedos se entrelazan, ese familiar calor sustituye a la tensión que se había formado en mi estómago y descargo la sensación. Habrán sido cosas mías.

—Dejaré este lado abierto, Macy —dice el tío Finn cuando termina con la última parte del hechizo—. Si tenéis algún problema, o provocáis alguno, regresad al campus inmediatamente. ¿Entendido?

Todos le aseguramos que solo queremos pasar un fin de semana tranquilo y, después, atravesamos el portal. El universo tiene que concedernos al menos un fin de semana agradable antes de acabar de jodernos del todo.

71

Si el infierno se desata, ¿por qué nosotros no?

Lo único que puedo decir cuando por fin aterrizamos en la calle que hay fuera de la Corte Dragontina es...

—¡Qué pasada!

Reconozco dónde estamos inmediatamente: nos encontramos en Nueva York, y me muero por ir a explorar la ciudad.

No es mi primer viaje a la Gran Manzana; mis padres me trajeron aquí cuando era pequeña, pero no recuerdo mucho aparte del Empire State Building y que había mucho tráfico. Esta vez lo recordaré todo.

Sé que solo estaremos unos días aquí, y que tenemos que pasar la mayor parte del tiempo en la Corte, pero eso no me detendrá. Saldré en mitad de la noche si es necesario, pero pienso sacar algo de tiempo para ir a dar una vuelta. El hecho de que Macy esté a punto de ponerse a saltar de

la emoción me dice que no me costará mucho encontrar una compinche.

El portal nos ha expulsado en medio de Tribeca, y cruzamos la calle en dirección al vestíbulo del edificio más lujoso del barrio más lujoso. Al parecer, a la Corte Dragontina no le va nada mal.

—¡No me puedo creer que esté en Nueva York! —exclamo con emoción. Entonces me viene algo a la cabeza —: Pero la Corte es mucho más antigua que la ciudad. ¿Es que las Cortes se desplazan?

Flint asiente.

—Hay dragones por todo el mundo. Pero la Corte se encuentra donde los reyes quieran residir en un momento dado. Sucede lo mismo con cada facción. Bueno, todas las especies intentan no mover su Corte a una ciudad que ya esté reclamada, eso supondría un acto de guerra, pero aparte de eso sí, pueden desplazarse. ¿Quién querría pasar toda una eternidad en un mismo lugar? —Flint me sonríe, y supongo que lo que dice tiene todo el sentido.

Durante un instante me pregunto dónde querría ubicar la Corte Gargólica si pudiera reclamar cualquier ciudad del mundo. Niego con la cabeza ante esta fantasía. Ni siquiera sé aún si quiero ir a la universidad. No estoy preparada para tomar una decisión como esta, ni lo estaré en mucho mucho tiempo. Si es que alguna vez lo estoy.

Cuando entramos en el edificio no puedo dejar de admirarlo todo. Unas inmensas lámparas de vidrio de colores (estoy segura de que son de Dale Chihuly) dominan la sala, y quiero pasarme una hora o tres mirándolas. Es la primera vez que veo su trabajo en persona, y es tan

fascinante como me lo había imaginado. Las formas y las volutas que logra crear con el vidrio son verdaderamente extraordinarias.

El resto de la sala es igual de impresionante. Las paredes están cubiertas de papel pintado color dorado apagado y estoy segura de que contienen pan de oro. El suelo es de mármol travertino. Los muebles son enormes y están tapizados por completo. Y hay centros de flores frescas dispuestos por el exclusivo vestíbulo. Pero hay toques extravagantes también: esculturas de dragones y cuencos gigantes repletos de gemas falsas, por nombrar algunos.

—¡Señor Montgomery! —La mujer mayor que se encuentra tras el mostrador dorado sale a toda prisa y prácticamente atraviesa el vestíbulo corriendo para recibirnos—. ¡Bienvenido a casa, señor! La reina le está esperando. Me ha pedido que le diga que suba a la quincuagésima quinta planta. Está supervisando los preparativos para el banquete de esta noche, pero ha dejado órdenes estrictas de que desea verlos a usted y a sus amigos antes de que les muestre sus habitaciones. —Se inclina y le susurra con complicidad—: Creo que solo le echa de menos y quiere verle la cara antes de que comiencen los festejos.

—Subiré a verla, señora Jamieson. Gracias por informarnos. —Le da un enorme abrazo—. La he echado de menos.

—Ay, mi niño. —Le da unas palmaditas en el hombro, pero sus mejillas se sonrojan y su sonrisa se llena de alegría—. Yo a usted también. Parece que fue ayer cuando

su hermano y usted jugaban al escondite volador por este mismo vestíbulo.

La sonrisa de Flint se atenúa ligeramente.

—Sí, a mí también me da esa impresión a veces. —Se aparta—. Bajaré mañana por la mañana, así nos ponemos al día. Quiero que me cuente todo sobre esos nietos que tiene.

—Ya tengo preparadas las fotos para mostrárselas —dice —. Mire que es buen chico.

—Lo intento, señora Jamieson, lo intento. —Le guiña el ojo y nos guía hacia un reluciente ascensor dorado que está apartado de los otros cuatro que hay en el vestíbulo.

—Eso ha sido precioso. —Luca lo mira con adoración—. Lo que has hecho por ella.

—¿Por la señora Jamieson? —Flint parece sorprendido—. Es la mejor, tío. Siempre tenía unas galletas increíbles en el mostrador para Damien y para mí…

—¡Ah, Flint! Casi lo olvido. —La señora Jamieson se acerca trotando con una caja de la panadería en la mano—. He pasado a recogerlas para usted de camino al trabajo esta mañana.

A Flint se le ilumina la cara.

—Madre mía. ¿Son las blancas y negras?

—¿Acaso le compraría otras? —Lo mira con reprobación.

Él se inclina y besa la arrugada mejilla de la mujer.

—Un día me casaré con usted, señora Jamieson. Ya lo verá.

—Estoy convencida de que hay al menos trescientas fans adoradoras que podrían objetar —dice con voz seca mientras aprieta el botón del ascensor—. Venga, vaya a ver a su madre.

—¿Trescientas? —repite Luca con las cejas enarcadas.

—Estaba e-exagerando. —Flint tartamudea y sus mejillas se vuelven de un encantador tono siena tostado—. Mucho.

—Claro que sí. —La suavidad en la respuesta de Luca no hace sino intensificar el rubor de Flint.

El ascensor llega de inmediato, cosa que me sorprende, al menos hasta que nos montamos en él y veo que solo para en cuatro plantas. Y son los últimos cuatro pisos, por supuesto. Para ayudar a Flint a cambiar de tema, pregunto:

—¿Pertenecen las cuatro plantas a la Corte Dragontina?

Pero Flint se echa a reír.

—Tenemos todo el edificio, Grace.

—¿Todo el edificio? —Ni siquiera intento ocultar la sorpresa. Los precios inmobiliarios en Manhattan son legendarios, y este lugar... No puedo ni imaginarme lo que debe de costar un ático aquí, por no hablar de un edificio entero.

—Los dragones son buenos ahorradores, Grace. Y pronto nos dimos cuenta de que añadir inversiones inmobiliarias al tesoro sería una gran idea.

—Eso parece —respondo mientras sigo asimilándolo.

¿Y Flint cree que voy a poder ser capaz de instaurar la Corte Gargólica? ¿En serio? A ver, sí, mis padres me dejaron suficiente dinero como para que no tenga que preocuparme en un tiempo, pero eso dista mucho de poder permitirme un apartamento en un edificio como este, y mucho menos la torre entera.

Y algo me dice que el resto de las Cortes son más o menos por un estilo, lo que significa que estoy

completamente jodida. Bueno, eso si decido intentar lo del Círculo..., cosa que aún no he hecho. En absoluto.

Pero ese es un problema para otro día, porque las puertas de espejo del ascensor se abren y Nuri nos espera... acompañada de seis guardias armados y vestidos con el uniforme formal de la Corte Dragontina.

—¡Detenedlo! —ordena, y ni siquiera necesito volverme para saber que está señalando directamente a Hudson.

72

No me esposes

—¡Mamá! —exclama Flint extendiendo un brazo para detenerlos mientras los guardias se preparan para irrumpir en el ascensor—. ¿Qué haces?

Su vacilación es todo lo que necesito, y la aprovecho para colocarme delante de Hudson. Pero él no piensa tolerarlo. Un segundo estoy delante de él y al siguiente lo tengo delante de mí.

—Quédate atrás, Grace —gruñe.

—¡No! —grito, y ya estoy buscando el hilo platino que me permitirá al menos enfrentarme a esta suerte de emboscada.

Pero Hudson no cede y, por primera vez, entiendo lo inflexible que puede ser un vampiro. Y más uno tan poderoso como Hudson. Porque, gárgola o no, no lograré colocarme delante de él si él no me quiere ahí. Y ahora mismo está claro que no quiere.

—¿De qué va esto, Nuri? —pregunta Hudson con una voz tan fría como el Ártico.

—Para ti, reina Nuri —le responde—. Y creo que sabes perfectamente de qué va esto. ¿O eres tan ingenuo para pensar que podrías venir a mi Corte sin consecuencias después de lo que le hiciste a mi Damien?

—Sabía muy bien lo que sucedería si venía aquí. Me alegra ver que no me has decepcionado. —Alza una ceja—. En fin, de tal palo tal astilla, ¿no? ¿No es eso lo que dice el dicho?

La cara de la reina se vuelve roja con tanta rabia que hasta le tiembla la voz cuando se vuelve hacia los guardias y señala:

—¿A qué estáis esperando?

Los hombres avanzan a la vez. Me invade el pánico al saber que Hudson no dejará que me interponga entre ellos. Pero al final no tengo que hacerlo, porque Luca lo hace por mí. Y Eden. Y Macy.

—¡No puedes hacer esto! —grita Macy—. Sé que estás triste por lo de Damien…

—Ya está hecho —contesta Nuri con frialdad—. Ahora la única cuestión es cuántos de vosotros vais a acabar encerrados con él.

—¡Todos! —ruge Luca, pero entonces veo que Flint no se ha movido.

—¿Es eso cierto? —Nuri nos mira a Macy, a Luca, a Eden y a mí—. ¿Vais a arriesgarlo todo por este vampiro? —Pronuncia la última palabra como si fuera un taco—. ¿Después de lo que hizo?

—Sí —dice Macy—. Lo haremos.

—No —le indica Hudson, y por primera vez suena algo vacilante, como si no pudiera creerse lo que está sucediendo.

No lo del encarcelamiento, sino el hecho de que alguien lo defienda. Que alguien le cubra las espaldas (en mi caso, literalmente).

—¿Podemos ser francos? —pregunta Eden, y continúa antes de que Nuri le dé permiso—: Damien era un gilipollas. Yo lo quería, Su Majestad, al igual que sé que Flint lo quería. Pero era un gilipollas, y si murió fue solo por su culpa.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa y hablar mal de mi hijo muerto? —dice Nuri—. Tu linaje no es lo bastante importante para que te permitas estas licencias.

—Con el debido respeto, esto no tiene nada que ver con mi linaje —le espeta Eden—. Estamos hablando de que tu hijo nunca fue el hombre que querías que fuese, y todos aquí lo saben. Puedes fingir todo lo que quieras, pero me he pasado casi toda la vida en la Corte, y sé de lo que estoy hablando. También he tenido la oportunidad de conocer a Hudson, y ha resultado ser diez veces más hombre de lo que lo era tu hijo.

Nuri se tambalea hacia atrás como si la hubiesen golpeado, y contengo el aliento, esperando a oír lo que va a decir a continuación. Esperando a descubrir si esta pesadilla va a terminar o si esto no es más que el principio. Durante un segundo la mujer parece mayor, mucho mayor que en el campo del Ludares, y frágil, como si un pensamiento indeseado pudiese derribarla.

Pero entonces toma las riendas de su dolor justo delante de nosotros, yergue sus más de ciento ochenta regios centímetros de altura, mira por encima de su nariz aquilina y ordena:

—Cogedla a ella también.

—¿Por qué, mamá? ¿Por decir lo que piensa? —Flint interviene por primera vez en lo que se me antoja una eternidad—. Así es como actúa Cyrus, y nosotros no somos de esa manera.

La mujer lo ignora y elige mirar a los guardias en su lugar mientras espera a que cumplan órdenes. Y, aunque se los ve más que dispuestos a trasladar a Hudson hasta la mazmorra o a donde sea que encierren a la gente en edificios como este, al parecer no les hace tanta gracia la idea de tener que arrestar a una joven dragona por no hacer nada más que expresar la verdad ante el poder.

Pero Nuri no va a ceder, y por más tensos que se vuelvan los segundos, creo que todos llegamos a esa misma conclusión.

Pese a nuestras protestas, Hudson sale de detrás de nuestros amigos asegurándose de cubrirlos con su cuerpo al hacerlo.

—Iré con los guardias si dejas a Eden y al resto en paz.

Nuri levanta una ceja imperiosa.

—Irás con los guardias de todas formas.

—Puede —responde enarcando también la ceja—. O puede que derribe el edificio entero. ¿Quieres ponerme a prueba?

Desvía la mirada hacia el brazalete mágico que lleva, el que todo el mundo sabe que merma su poder. Él solo sonríe

con suficiencia en respuesta. Después acerca la otra mano, lo desabrocha y lo sostiene para que todo el mundo lo vea antes de dejarlo caer a sus pies.

Macy sofoca un grito, Eden se echa a reír y Luca mira a su alrededor como si estuviese buscando una viga de apoyo bajo la que refugiarse antes de recordar que está en un ascensor.

Yo ni siquiera tengo tiempo de procesar por qué su brazalete no ha funcionado en todo este tiempo. Pero le lanzo una mirada a través del espejo que claramente indica que ya hablaremos de esto más tarde. Ahora mismo solo quiero asegurarme de que no lo encarcelen.

Nuri lo observa con ojos recelosos, como si estuviera evaluándolo e intentando decidir si quiere ver su apuesta. Pero al final simplemente se encoge de hombros y dice:

—Dejad a la chica. Pero llevadlo a la celda que le he preparado.

—¡Hudson, no! —Intento aferrarme a su brazo, mirarlo a los ojos a través del espejo de nuevo—. No tienes por qué hacer esto.

—Tranquila, Grace —indica restándole importancia, y después despega mi mano y la deja caer, como si se estuviese espantando un mosquito.

No esperaba esto de él. Esa mirada vacía cuando me mira me resulta tan extraña que siento que todo dentro de mí se marchita. Me digo a mí misma que no es más que un teatro que está haciendo ante Nuri, que su padre le enseñó que todo lo que ama puede usarse como un arma contra él, pero eso no impide que se me cierre el estómago ni que me suden las manos de miedo.

No sé adónde se lo va a llevar. No sé qué piensa hacer o qué espera conseguir si no es vengar a su hijo perdido. Pero mientras observo cómo los guardias encadenan las muñecas y los tobillos de Hudson, las caras de mis amigos me dicen que, pretenda lo que pretenda, no será nada bueno.

73

Jaula de oro

Observamos en silencio cómo los guardias se llevan a Hudson. No opone ninguna resistencia, pero o le tienen mucho miedo o son excesivamente sádicos, porque estrechan sus cadenas, dificultándole sobremanera el caminar. Aunque supongo que es justo lo que pretenden.

De todas formas Nuri sonríe con satisfacción mientras mira cómo desaparecen por la otra esquina. ¿Hacia el montacargas, me pregunto frenética, o hacia una prisión dispuesta para él en este mismo piso? Apuesto por el montacargas, y me anoto mentalmente preguntarle después a la señora Jamieson dónde está, porque no pienso dejar que pase la noche en una celda. De eso nada.

Cuando el sonido de las cadenas arrastrándose contra el costoso suelo se disipa, Nuri se vuelve hacia nosotros con una amable sonrisa.

—Ahora dejad que os muestre vuestras habitaciones.

Es la cosa más rara que podría haber dicho en este momento, y tardo unos segundos en procesarlo. Pero cuando lo hago, le respondo con todo el miedo y la rabia acumulados en mi interior:

—No creerás de verdad que vamos a quedarnos metidos en nuestras habitaciones como niños buenos después de lo que acabas de hacer, ¿verdad?

—Grace... —Flint da un paso adelante y me pone una mano en el hombro, pero me lo quito de encima. Tampoco estoy demasiado contenta con él en este momento. Puede que no supiera lo que Nuri había planeado, pero tampoco ha defendido a Hudson.

—Lo que espero —dice Nuri— es que hagáis lo que todos hacemos en situaciones como esta, Grace. Lo que sea más prudente para vosotros, que, en este caso, creo que es ir a vuestras habitaciones, deshacer las maletas y refrescaros un poco. —Entrecierra los ojos ligeramente—. Hoy hace un día muy caluroso para la estación en la que estamos.

Es una amenaza, y ni siquiera se esfuerza mucho por ocultarlo, pero no podría importarme menos. No cuando el pánico se está apoderando de mí, absorbiendo todo mi oxígeno y golpeándome por dentro. Inspiro hondo varias veces mientras cuento hasta diez, hasta veinte, hasta cincuenta. Nombro diez objetos en la habitación, intento concentrarme en la sensación de mis pies contra las suelas de mis zapatos, pero nada funciona. No paro de volver al rostro de Nuri, a la expresión de sus ojos, y eso me destruye. Como la idea de que Hudson esté encerrado y solo, y no poder hacer nada en absoluto por ayudarlo.

Tal vez sea eso lo que me lleva a volverme hacia Flint.

—¿Sabías que esto iba a pasar?

Niega con la cabeza, pero no me mira a los ojos. Se queda mirando al frente, con una expresión neutra y apretando la mandíbula frenéticamente.

Esto me enfurece sobremanera. Este ser sin emociones no es el Flint que yo conozco, y ¿qué significa eso? ¿Que lo del fin de semana no era más que una trampa? Pero... ¿de quién? ¿De Nuri o de Cyrus?

Miro a Macy con desesperación, ya que normalmente sabe cómo tranquilizarme, pero la mirada que me lanza me indica que está alucinando con todo esto tanto como yo, cosa que no me ayuda en absoluto.

Pese a todo, consigo mantener la boca cerrada y guardar la compostura mientras la reina nos lleva una planta más abajo y nos acompaña a nuestras habitaciones. Tiene razón. No es que necesite tranquilizarme, pero sí un momento para evaluar la situación. Para planear mi próximo movimiento. Y si eso significa irme a mi cuarto como una buena gargolita, que así sea.

El pasillo que estamos recorriendo es precioso; el salón de celebraciones por el que pasamos, exquisito... y por lo que parece, está preparado para acoger a cerca de un millar de personas. En cualquier otro momento sé que estaría fascinada, pero ahora mismo apenas le presto atención. Todo mi ser está centrado en Hudson y en el hilo azul brillante que tengo dentro de mí.

No sé cómo funciona. Ni siquiera sabía que estos hilos existían hasta lo del vínculo con Jaxon. Y me daba demasiado miedo examinar mi vínculo con Hudson.

Me daba demasiado miedo que me permitiera ver más de lo que quería ver de él... o a él de mí.

Me daba demasiado miedo que me gustase demasiado.

Me daba demasiado miedo no ser capaz de soltarlo.

Pero ahora, ahora lo agarro con todas mis fuerzas. Cierro la mano a su alrededor con la misma determinación con la que suelo coger el platino. Estoy desesperada por encontrarlo, por sentirlo, por saber que está a salvo.

En el instante en que mis dedos rodean el vínculo lo siento dentro de mí, apretando su extremo en respuesta. Me invaden tantas emociones que casi me caigo. Emociones que aún no puedo analizar. Emociones que aún no puedo reconocer. De modo que rebusco entre las capas de nuestra relación hasta que encuentro la parte que necesito: solo a Hudson.

Esperaba que estuviera asustado, frenético, tan preocupado por su bienestar como yo. Pero no siento nada de eso (cosa que normalmente me asustaría, excepto por el hecho de que, en lo más profundo de su ser, detecto calor en lugar de preocupación; calma en lugar de miedo).

Hudson está bien (mejor que bien), al menos por ahora. Y tengo que averiguar cómo sacarlo de ahí antes de que Nuri lleve a cabo el siguiente paso de su plan.

Durante un segundo no puedo evitar desear que la reina fuese una villana de ficción, lista para revelar el plan malvado para que el héroe (o, en este caso, la heroína) pudiera dar con la manera de frustrarlo. Pero estamos en la vida real, no en la ficción, y Nuri no parece tan torpe como para revelar sus planes ante nadie. Aunque, bueno,

tampoco parecía capaz de secuestrar y encarcelar a nadie, y mira dónde estamos.

Aprieto el hilo azul una vez más, y vuelvo a animarme al sentir la chispa de energía que recibo en respuesta. Hudson sigue vivo, sigue fuerte. Y eso es lo único que importa.

—Esta es tu habitación, Grace —dice Nuri cuando se detiene delante de un bonito cuarto azul. Sobre la cama hay otra lámpara de Dale Chihuly, los muebles son muy bonitos, de color blanco y plata, y casualmente el cubrecama es tan solo un tono más claro que el del vínculo que llevo cinco minutos mirando.

Asiento y, después de lanzarle a Macy una mirada que dice: «Ven a verme en cuanto Nuri se haya ido», me meto en mi habitación. Nuri se detiene un instante fuera de la puerta, como si esperase a que le diera las gracias o cerrase la puerta, pero mucho me temo que es más probable que se congele el infierno que que yo me plantee hacer cualquiera de las dos cosas.

Nos ha invitado a venir para una celebración y para ayudarnos a saber qué hacer, pero nada más llegar ha encarcelado a Hudson sin miramientos. No pienso darle las gracias por eso. Y no pienso cerrar esta puerta y arriesgarme a que me encierre también.

Esta habitación podría ser la idea del lujo personificada, pero con la puerta cerrada desde fuera es una cárcel como cualquier otra. Hoy no es el día para que yo entregue voluntariamente mi libertad. No cuando la libertad de tantas personas depende de que yo conserve la mía.

De modo que, en lugar de decirle nada a Nuri, a Flint o a los demás, coloco mi mochila en el estante del equipaje del armario abierto que hay junto a la cama y finjo que empiezo a deshacerlo, dándole la espalda a la reina.

Noto que espera, oigo su respiración, pero, cuando resulta evidente que no pienso decir nada, coge la manija de la puerta y se dispone a cerrarla.

—No, gracias. —Extiendo una mano y un pie de piedra y evito que se cierre la puerta.

A Nuri no parece sorprenderle mi movimiento. Se muestra más bien intrigada, y atenta. Muy muy atenta.

—Supongo que la dejaremos abierta, entonces —dice antes de continuar avanzando por el pasillo, con mis amigos siguiéndola como patitos… o como leales sirvientes. Supongo que en los próximos días se verá.

74

El pasado es un prólogo

—¡Qué fuerte! —dice Macy en cuanto llega a mi cuarto.

—Y tanto —respondo apartándome de mi sitio en la cama por primera vez desde que me he tumbado aquí hace media hora.

He contado todas las rosas de la moldura del techo al menos diez veces y puedo decir con total seguridad que hay doscientas veintisiete exactamente, con ocho pétalos cada una, un total de mil ochocientos dieciséis pétalos. Sé que a nadie le importa, pero así me entretenía con algo que no fuera comprobar de forma obsesiva cómo se encuentra Hudson a través del vínculo azul.

—Joder, Grace.

—Ya.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. —Meto la mano en la mochila y saco un Twix. Después le tiendo una de las barritas a Macy. Nuri ha

dispuesto unas cestitas con fruta y queso en nuestros cuartos, pero a estas alturas no solo no quiero nada que provenga de ella, sino que tampoco me fío—. Bueno, aparte de liberar a Hudson antes de que derribe el puto edificio. Estoy convencida de que irá a la cárcel real por eso, y no solo para encontrar al herrero.

—Ya. —Suspira—. Me lo imagino.

Doy un bocado al Twix para ver si el chocolate me infunde algo de valor, y entonces hago la pregunta a la que llevo dándole vueltas desde que Nuri nos ha revelado sus verdaderas intenciones.

—¿Crees que Flint sabía lo que iba a pasar?

—¿Qué? —pregunta Macy sinceramente sorprendida—. Él jamás te haría algo así.

Me gustaría creerlo también, pero ya me he equivocado con él antes. Y, aunque creo firmemente en que hay que dejar atrás el pasado, cuesta hacerlo cuando el pasado no para de golpearte en la cara. Sin parar.

—No sé. Quiero creer que no nos jodería adrede de esa manera, pero ¿y si todo esto no ha sido más que un engaño elaborado para conseguir que Hudson viniera?

Parece confundida.

—Celebran el festival todos los años. No es ningún engaño...

—No me refiero al festival. Me refiero a lo de la visita oficial del Círculo y al rollo ese del dragón que logró salir de la cárcel esa en un día. ¿Y si nada de eso era cierto? ¿Y si no es más que una misión imposible que acaba arruinándolo todo? —Mi voz se quiebra e inspiro hondo, decidida a controlar el pánico que me ha estado invadiendo

desde el momento en que se han abierto las puertas de ese ascensor.

Desgraciadamente, es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Y si Flint cree...? —Dejo la frase a medias, pues ni siquiera estoy segura de cómo continuarla. Y también porque me da un poco de miedo expresar con palabras mi mayor temor.

—¿Y si creo qué? —pregunta Flint desde la puerta con un gesto crispado y sin la sonrisa que lo caracteriza.

Luca está detrás de él, pero no de forma positiva. Hay un espacio entre ellos e incluso desde aquí puedo sentir la frialdad que emana el vampiro. Al parecer no soy la única que tiene ciertas dudas.

—No lo sé —le digo mientras la sensación de traición me inunda y me retuerce el estómago formándome nudos—. Quizá si lo supiera no me sentiría tan jodida.

Aprieta la mandíbula.

—Eso no es justo, Grace.

—¿Que no es justo? —le suelto—. ¿En serio? ¿En serio vas a ir por ahí? Hudson está en una celda ahora mismo...

—¡Por matar a mi hermano! —ruge—. ¡Está encerrado porque mató a Damien! Siempre te olvidas de eso.

—No me olvido de nada —le aseguro.

—Joder. Sí que lo sabías —dice Macy, y parece estar a punto de vomitar.

—No lo sabía. —Niega con la cabeza categóricamente—. De haberlo sabido jamás os habría traído aquí. Pero también tenéis que poneros en su lugar. Estamos hablando del chico que mató a su hijo.

—Porque su hijo estaba colaborando con Cyrus para dominar el puto mundo —le recuerdo, y no me puedo creer que estemos teniendo esta discusión siquiera—. Iba a hacer daño a mucha gente. Iba a...

—¡Era mi hermano! Y lo quería. Vale, ahora resulta que no era bueno, y lo siento mucho. De verdad. Pero no se puede ir por ahí matando a personas porque sean gilipollas. ¿De verdad crees que Hudson debe quedar impune por lo que le hizo a Damien? ¿Por lo que le hizo a toda mi familia?

—¿Igual que quedaste impune tú cuando intentaste matarme, una y otra vez? —pregunto—. ¿O yo no importaba porque Lia ya había matado a mis padres y ya no quedaba nadie que pudiera echarme de menos?

—Mi padre y yo te habríamos echado de menos —dice Macy en voz baja.

—Bueno. —Sonrío a Flint con frialdad—. Pues ahí lo tienes.

—No es lo mismo, Grace. Yo estaba intentando salvar...

—¿El qué? ¿El mundo? —vuelvo a preguntar con los ojos abiertos y dulces como la sacarina—. ¿De quién? ¿De mí? —Miro a Macy y Luca con mi cara más inocente—. Pero eso es un poco raro según tu lógica, teniendo en cuenta que yo no había hecho absolutamente nada. Ni siquiera sabía qué estaba pasando.

»Lia era la única que tenía un plan malévolo. Lia era la única que intentaba “destruir el mundo” trayendo al terrible Hudson Vega de vuelta. Pero ella era demasiado poderosa como para hacerle frente, así que decidiste que yo tenía que morir. Tú decidiste que yo era un daño colateral en tu plan para salvar al mundo.

»Una pérdida razonable. —Se me cierra la garganta, pero me tomo un segundo para aclarármela porque todavía no he terminado—. ¿Y qué fue lo que hice yo, Flint? ¿Presenté cargos contra ti? ¿Exigí que fueras a la cárcel por intento de asesinato? ¿Por agredirme? ¿Por ser cómplice en un puto sacrificio humano? No, no lo hice. Lo dejé estar. Pasé página. Porque entendí que no tenías otro remedio. Entendí que no había buenas opciones, y que solo intentabas salvar a quien pudieras.

»Y no me arrepiento de esa decisión. Sigo pensando que fue lo correcto. Pensaba que podíamos dejar el pasado en el pasado y que todo estaría bien. Pero ahora no me vengas con historias, hijo de puta. Porque la única diferencia que yo veo entre lo que hizo Hudson y lo que hiciste tú es que él sí lo consiguió. Y que su objetivo se lo tenía merecido.

»Así que, que os den a ti y a toda la puta Corte Dragontina. Voy a encontrar esa mazmorra o ese sótano o donde sea que lo tengáis retenido por mi cuenta, voy a encontrar a Hudson y después nos vamos a largar de aquí. Y si tú y yo no volvemos a hablar en la vida, por mí perfecto. Total, nunca he soportado a los hipócritas.

75

Ídem

Flint no dice una palabra, aunque se ha vuelto de un enfermizo tono beige que en circunstancias normales me preocuparía. Pero ahora mismo estoy demasiado enfadada para que me importe. Y está bloqueando la puerta, mi camino a la libertad, lo cual no hace sino irritarme aún más. Tal vez por eso me aseguro de transformar mi hombro en piedra cuando me abro paso dándole un empujón.

Y me topo directamente con Nuri porque, al parecer, está en todas partes. Joder.

—¿Has terminado ya con tu pataleta? —pregunta con tono amable.

—Pues no lo sé. ¿Has soltado a mi compañero?

—No, aún no.

—Bueno, entonces supongo que mi pataleta aún no ha terminado. —Me dispongo a pasar de largo, pero me agarra

de la muñeca y me retiene en el sitio. Cosa que me cabrea más todavía—. Será mejor que me sueltes —le digo.

—Será mejor que tú te calmes —me responde, pero me suelta la muñeca—. Solo estoy dispuesta a tolerar tu actitud hasta cierto punto, Grace.

—¿Sí? Bueno, pues el sentimiento es mutuo, Nuri.

Macy traga saliva de forma audible, y Luca, que sigue en el pasillo, da un paso largo y entra en mi dormitorio, supongo que porque quiere salir del área de explosión.

Mientras tanto, Nuri entrecierra los ojos.

—Querrás decir «Su Majestad».

Es un golpe bajo que intente hacer valer su rango ante mí, porque, en fin, ella no es la única que posee un título. Por eso, le sonrío con dulzura y digo:

—Ídem.

Una parte de mí espera que me suelte un bofetón para ponerme en el que ella cree que es mi sitio (Cyrus lo habría hecho), pero esa misma parte lo está deseando también. Porque ya no soy la misma chica que era en noviembre, perdida y agotada y tan triste que el camino de la menor resistencia se me antojaba el único que podía recorrer.

Jaxon, Hudson y Macy me han ayudado a su manera a superar esa tristeza y esa sensación de estupor, y a encontrarme a mí misma de nuevo, y no solo a mi antigua yo, sino a una versión más fuerte de mí, una que es más que capaz de cuidar de sí misma y de las personas a las que quiere. No voy a volver a esa existencia rota. Ni ahora ni espero que nunca.

Pero Nuri me sorprende. En lugar de girarme la cara, dice:

—Está bien, Grace. Si quieres jugar con las chicas mayores, juguemos a «Hagamos un trato».

Ahora es mi turno de mirarla con recelo.

—¿Qué significa eso?

Se echa a reír.

—No te hagas la prudente ahora conmigo. Venga, ven a mi despacho. —Entonces, da media vuelta y empieza a caminar por el pasillo.

—Le dijo la araña a la mosca —murmuro.

—Querrás decir la dragona, ¿no? —pregunta por encima del hombro con una ceja enarcada con aire regio—. Son mucho más letales que las arañas.

Es una amenaza, pura y simple, pero no me asusta. No me da miedo, ya no. Porque si existe algún trato al que podamos llegar para liberar a Hudson de esas putas cadenas, me apunto sin pensar.

Su despacho resulta estar una planta más abajo, de modo que bajamos las escaleras en silencio (no creo que a ninguna de las dos nos apetezca encerrarnos en un ascensor con la otra en estos momentos). Mi teléfono no para de sonar, y no hace falta ser un genio para imaginar que es Macy la que llama incesantemente.

A una parte de mí no le importaría escuchar algún consejo sobre cómo manejar a Nuri, pero no pienso mostrar ni un ápice de debilidad cogiéndolo. Además, creo que necesito confiar en mi instinto en este asunto.

Cuando por fin llegamos a su despacho, abre la puerta con aire teatral y, en cuanto atravieso el umbral, entiendo por qué. Como entiendo por qué ha insistido tanto en celebrar la reunión aquí y no en cualquier otro lugar. Su

despacho es tan espectacular, elegante y poderoso como la propia reina dragón.

Su mesa en sí es bastante delicada, un escritorio de estilo Reina Ana como el que tenía mi madre, aunque el suyo era color cereza oscuro. Pero ahí es donde acaban todas las delicadezas. Los colores de los muebles, las telas y las paredes son rojos intensos, morados majestuosos y blancos potentes que atrapan la vista y la imaginación.

Hay una vitrina de cristal alta en un rincón que contiene lo que parecen ser objetos egipcios: un papiro, una vasija y algunas joyas de aspecto muy antiguo. Recuerdo que Flint me comentó alguna vez que su madre pertenecía a un clan de dragones egipcios, de modo que estos objetos probablemente sean de gran valor para ella.

A lo largo de la pared, frente a los inmensos ventanales que dan a la ciudad (¡menudas vistas!), hay tres obras de arte moderno de intensos colores que envían un potente mensaje de fuerza y exclusividad, y los chismes, todos relacionados con los dragones o con la realeza de alguna manera, añaden un toque extra de autenticidad a todo el despacho. Al igual que el portátil muy usado que descansa en un extremo de la mesa.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta Nuri señalando un pequeño mueble bar con fregadero que hay en un rincón y una jarra de plata que descansa sobre la superficie, junto con varias copas.

—¿Cicuta? —sugiero, porque no me sorprendería nada de ella ahora mismo.

—Casi —responde con una carcajada—. Zumo de piña. ¿Te apetece un poco?

—Estoy bien.

—Por favor, siéntate.

Hace un gesto hacia una de las sillas que hay delante del escritorio. Están tapizadas de un blanco puro impoluto, y en cualquier otra ocasión me habría dado terror sentarme en ellas por miedo a que se me saliese la tinta del boli o a derramar la bebida.

Escojo la de la izquierda y soy tan simple que me arrepiento de no haber aceptado el zumo. Ella se sienta en la silla morada que hay al otro lado, que parece más un trono que una silla de despacho ergonómica.

Una vez sentada, coge una pluma estilográfica y juguetea con ella entre los dedos mientras me observa durante varios segundos con la intención de ponerme de los nervios, imagino. Y, no voy a mentir, estoy bastante nerviosa. Un montón de voces en mi cabeza me dicen que debo tener mucho cuidado en lo que respecta a Nuri.

Por fin, interrumpe el silencio.

—¿Estás de acuerdo conmigo, Grace, en que los actos tienen consecuencias?

—Estaría de acuerdo —le digo—, si tú estuvieras de acuerdo en que el móvil que lleva a alguien a hacer algo debe jugar un papel muy importante en esas consecuencias. Y también añadiría que aquellos que viven en rascacielos de cristal no deberían lanzar piedras.

No responde verbalmente a mi último comentario, pero la velocidad a la que gira la pluma aumenta de forma considerable. Entonces continúa:

—No creo que seas tan ingenua como para pensar que nadie se opone a que Hudson y tú reclaméis un sitio en el

Círculo. Ahora mismo estamos divididos equitativamente: los dragones y las brujas a favor, los lobos y los vampiros en contra. —Coloca las manos formando un triángulo delante de ella y me observa por encima de las puntas de los dedos—. Pero eso podría cambiar en cualquier momento.

Se trata de otra amenaza descarada, y una parte de mí tiene ganas de decirle que, por mí, el Círculo se puede ir a la mierda. No quiero tener nada que ver con los juegos de poder que forman parte de él durante el resto de mi muy larga vida. Pero tiene razón. No soy tan ingenua, y sé que el único poder que tengo, mi única baza, es que todas las distintas facciones saben que me he ganado mi lugar en el Círculo, les guste o no.

De modo que, en lugar de desafiarla y largarme, que es lo que realmente estoy deseando hacer, me apoyo en el respaldo de la silla y pregunto:

—¿Qué quieres, Nuri? Porque es ahí adonde quieres llegar con todo esto, ¿no? Al «trato».

—De hecho —responde—, creo que aún no hemos llegado a eso. —Me estudia durante un instante—. Para empezar, ¿qué quieres tú?

—Que liberes a Hudson de tu mazmorra y que mis amigos y mi familia estén a salvo —respondo inmediatamente.

—¿Ya está? —Alza una ceja oscura—. ¿Nada sobre la Corte? ¿Nada sobre el Círculo? Si te conviertes en la reina gárgola, necesitarás tener una visión más amplia. No puede tratarse solo de tu compañero, tus amigos y tu familia.

Tiene que tratarse de lo que es mejor para las cinco facciones en general...

—Con todos mis respetos, no estoy de acuerdo —digo—. Sí, tenemos que gobernar para todos. Pero creo que el problema de Cyrus es que cree que está haciendo esto por todos los vampiros, aunque eso no es verdad. Todo lo que hace lo hace por sí mismo.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —me dice Nuri.

—Creo que si todos los del Círculo diesen más importancia a las personas concretas que los rodean en lugar de al concepto abstracto del poder, a todos nos iría mejor. —Y añado—: Por eso creo que el móvil es tan importante a la hora de decidir cosas como los castigos o qué está bien y qué está mal. ¿Tienen consecuencias los actos? Por supuesto que sí. Hasta la más mínima cosa que hacemos en un día tiene una consecuencia, aunque solo sea una. Qué camiseta me pongo determina si ese día me siento segura o no. La respuesta a eso determina si me sale bien o no mi presentación de Inglés. La respuesta a eso determina si quedo con mis amigos por la noche o si tengo que estudiar.

»Estoy hablando de cosas muy simples, lo sé, pero eso no significa que no sean importantes. Las pequeñas cosas se convierten en cosas grandes, y las cosas grandes se convierten en cosas enormes, y las cosas enormes...

—Nos matan a todos —termina Nuri.

—Básicamente, sí. —Suspiro—. Y lo entiendo. No soy tonta. Entiendo lo desgarrador que debe de ser para ti no haber podido salvar a Damien. Yo siento lo mismo al saber que mis padres murieron porque alguien que no nos

conocía de nada decidió que así fuera porque necesitaba algo de mí.

»¿Te imaginas cómo me siento al saber que las dos personas a las que más quería están muertas por mi culpa? —pregunto—. ¿Y me hablas a mí de actos y consecuencias? ¿Crees que no sé que una decisión puede cambiarlo todo?

Pienso en Jaxon y en Hudson.

En la Sangradora y en el vínculo falso.

En Xavier y en cómo Hudson nos rogó que no fuésemos a por la Bestia Imbatible.

En Lia y en mis padres.

Pienso en todos ellos.

—Los actos tienen consecuencias —repito—. A veces se cometen errores. A veces los corazones se rompen. Pero ¿juzgar esas consecuencias? ¿Decidir a qué consecuencias debe enfrentarse alguien? Eso son solo más actos, y esos actos producen más consecuencias, las cuales a menudo implican el derramamiento de sangre. Se transforma en un círculo vicioso que jamás podremos romper a menos que elijamos de forma diferente. A menos que las consecuencias que imponemos reflejen no solo lo que ha pasado, sino también por qué ha pasado y cómo podemos ayudar a cicatrizar la división que ha generado.

Es el argumento más largo que he defendido en toda mi vida y, cuando termino, me dejo caer sobre el respaldo de nuevo y espero el veredicto. Porque no estaba vendiéndole humo. Pienso cada palabra que he dicho, y no solo porque quiera liberar a Hudson, aunque esa es una parte bastante importante, sino también porque en los últimos seis meses he aprendido que lo que hacemos importa. Que lo que

decimos importa. No podemos fingir que no es así. Pero hasta que no llegamos a esa conclusión, hasta que no empezamos a actuar como si importase, no haremos más que seguir cometiendo los mismos errores.

Nuri no dice nada en un largo rato. Solo me observa y piensa. Y piensa. Y piensa. Prácticamente puedo ver los engranajes girando en su cerebro mientras considera y reconsidera lo que le acabo de decir.

Pasa tanto rato que casi me sobresalto cuando por fin dice:

—Pregúntame qué es lo que yo quiero de nuevo.

Ya está. Puedo sentirla. Mi oportunidad de liberar a Hudson y, tal vez, de reparar parte del daño que todos hemos causado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Asegurarme de que no pierdo a mi segundo hijo. —Me mira a los ojos—. Ahora pregúntame cómo vamos a asegurarnos de que eso no pase.

Se me seca la boca y por un segundo no estoy segura de poder pronunciar las palabras. Pero entonces me lamo los labios, me aclaro la garganta y pregunto:

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Haciendo lo que sea necesario para acabar con Cyrus Vega y lograr la paz para el Círculo, para las facciones y para nuestros amigos y familiares.

76

La llave de la libertad

Su respuesta reverbera en mi cabeza como un cable que se ha tensado demasiado.

—Si no hay guerra, no matarán a Flint. Ni a nadie más.

—Exacto. Porque los actos tienen consecuencias, incluso en estos tiempos tan oscuros.

Nuri analiza mi rostro detenidamente, tanto es así que empiezo a sentirme incómoda y pienso en apartar la mirada para descansar un segundo de su escrutinio. Pero esto no es más que una prueba, como todo lo demás que ha sucedido en esta sala, de modo que no lo hago y dejo que mire cuanto quiera. Debe de encontrar lo que andaba buscando, porque se incorpora súbitamente, abre el cajón de su mesa y saca una llave. Ambas nos quedamos mirándola antes de que me la ofrezca.

Casi me da miedo tener esperanzas, pero la acepto de todos modos, decidida a no cometer ningún error. Al menos

no ahora.

—Las celdas están en la planta cero. Tienes que coger uno de los ascensores principales para llegar allí.

—De acuerdo.

Enarca una ceja.

—¿Ni un mísero agradecimiento por liberar a tu compañero?

—Gracias —le digo, y casi lo dejo ahí. Pero no puedo, no cuando esta reunión trata de establecer alguna especie de alianza. Las alianzas solo funcionan cuando ambas partes están en pie de igualdad, y yo deseo que esta funcione, deseo hacer lo que sea necesario para proteger a las personas a las que quiero de Cyrus, de Delilah y de lo que sea que el Círculo tiene planeado.

—Por favor, no vuelvas a hacer esto —pido, pero tanto Nuri como yo sabemos que es más una exigencia que una petición—. Creo que ambas sabemos ahora que encerrar a Hudson era tu baza para negociar. Y aunque... admiro... tu postura de todo vale en lo que respecta a salvar al mundo, no quiero que vuelvas a utilizar así a la gente a la que quiero.

Sé que estoy forzando la cosa, y casi espero que salte, pero es algo que tenía que decir. Tiene que saber que Hudson, Jaxon, Macy, Eden, el tío Finn y la Orden están vedados para ella. Que la próxima vez que utilice a cualquiera de ellos no acabará de manera tan ventajosa para ella.

Inclina la cabeza como si se lo estuviera pensando.

—Siempre y cuando no sienta que mi hijo está en peligro, supongo que podré hacerlo.

Me parece justo, teniendo en cuenta que ambas queremos lo mismo. Y por muy enfadada que estuviese con Flint hace un rato, no me apetece que le pase nada malo.

—Llevaba semanas considerando a Flint uno de mis mejores amigos —le digo—. Hasta el día de hoy, diría que habría dado mi vida por él.

Cuando se apoya en el respaldo de su silla esta vez, veo que está sonriendo.

—Te creo. Y para que lo sepas, él no tenía ni idea de lo que pensaba hacerle a Hudson. Se ha quedado tan sorprendido como tú.

No sé si lo dice para hacerme sentir mal, pero funciona, un poco. Había dos motivos por los que estaba tan cabreada con Flint. El primero era porque pensaba que nos había vendido, pero el segundo era porque estaba intentando culpar a Hudson por lo que le había pasado a Damien sin asumir la culpa de lo que él me había hecho a mí.

De verdad creía que había pasado página; de verdad creía que había dejado el pasado atrás. Pero, al parecer, no es así.

Debería trabajar en ello… más tarde.

—¿Sabes? No todos los vampiros son como Cyrus. —El desdén con el que ha pronunciado la palabra *vampiro* antes con Hudson todavía me escuece—. Tu hijo ha querido a dos, al fin y al cabo. Me da la impresión de que son su tipo, así que creo que facilitaría mucho las relaciones familiares que también aprendieras a apreciarlos.

Nuri me regala una media sonrisa. Es la primera grieta en su armadura en toda la noche, y a través de ella puedo

ver a la madre preocupada que se esconde bajo su dura apariencia regia.

—Sí, llevo un tiempo sospechando que estaba enamorado de Jaxon Vega. —Niega con la cabeza—. Pero los vampiros son criaturas tan frías que no encajan bien con nuestros ardientes corazones de dragón. Nosotros amamos apasionadamente, y me preocupa que Flint descubra a las malas que ellos no son así.

—Te equivocas, Nuri. Los vampiros no son fríos. Que no demuestren siempre su amor con palabras floridas no significa que no esté ahí. No solo aman con su corazón. Aman con toda su alma, un alma que sacrificarían sin pensarlo por la persona a la que quieren. Es un honor ser amado por una criatura tan abnegada. —Le disparo las palabras y observo cómo impactan donde más duele—. Luca es un chico bueno y cariñoso, y Flint es afortunado por tenerlo en su vida.

—Gracias por decirme eso —dice.

—¿Cambia algo?

—Todavía no lo sé —responde, pero salta a la vista que está considerando mis palabras—. ¿Y qué hay de lo que yo te he dicho sobre Flint? ¿Cambia algo el que no conociera mis planes? ¿Aceptarás su amistad de nuevo?

—Todavía no lo sé —contesto con la misma sinceridad. Ambas hemos dicho mucho, y ambas tenemos mucho en lo que pensar.

—Bien. No deberías perdonarlo tan fácilmente. —Se me debe de ver la sorpresa en la cara porque se echa a reír, y entonces repite su mantra—: Los actos tienen consecuencias, Grace. ¿Crees que solo porque soy su

madre soy incapaz de admitir que la fastidió a base de bien con lo de Lia? No pidió ayuda a nadie, intentó actuar por su cuenta... y casi lo destruye todo.

—Incluida a mí —digo secamente.

—Incluida a ti —repite, y entonces vacila, como si no estuviera segura de querer decir lo que está pensando. Al final parece decidir que merece la pena hacerlo—. No confíes en nadie, Grace. Y menos en Cyrus.

—Ehhh, ya, tranquila. Preferiría confiar en la pintura mojada.

—Cyrus me engañó una vez, y eso casi destruye a mi gente, casi acaba con mi reino. Para evitarlo tuvimos que renunciar a todo lo que teníamos: nuestros tesoros, nuestras pertenencias e incluso nuestros hogares, incluido el propio instituto Katmere, que en su día fue una herencia ancestral de mi familia y nuestra Corte Dragontina original. Todo porque Aiden y yo confiamos en Cyrus. —Sus ojos brillan aún más ahora y, cuando los miro más detenidamente, veo que no es el poder lo que los hace brillar. Es la ira... y el odio—. Se aprovechó de esa confianza para deshacerse de la mayor amenaza para su dominio: las gárgolas. Y una vez que estas hubieron desaparecido, decidió destruirnos a nosotros también.

—¿Vosotros le ayudasteis? —La pregunta escapa de mi boca en un susurro de espanto antes de plantearme siquiera si era prudente formularla—. ¿Los dragones lo ayudaron a destruir a las gárgolas en la Segunda Gran Guerra?

La sola idea hace que se me revuelva el estómago. Sé que Cyrus es malo, sé que le puede la necesidad de poder,

pero ¿acaso es todo el mundo así en este mundo? ¿A nadie le importa nada que no sean ellos mismos y lo que pueden sacar?

Y, en tal caso, ¿se supone que yo soy igual? Si me agrego al Círculo, ¿pasará de repente a importarme solo lo que puedo obtener? ¿O lo que puedo robar?

Si eso es así, no quiero formar parte de esto.

Es mi turno de levantarme. Me acerco tambaleándome hasta la puerta, abrumada por lo que acaba de contarme y más todavía por lo que todo ello significa. Pero antes de alcanzar el pomo Nuri se planta delante de mí.

—No es el momento de precipitarse —me silba—. Nuestra historia es una conversación complicada que ya tendremos en otra ocasión. Pero baste decir que no, nosotros no fuimos directamente responsables de la extinción de las gárgolas, digan los libros de historia lo que digan. —Sigo de pie, pero no me muevo para marcharme. Continúa—: Es el momento de andarse con mucho cuidado, Grace. Cyrus es un ser taimado, y no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. Ante nada —repite—, incluso si eso significa matar a sus propios hijos. Exterminar a una raza entera. Reducir a cenizas al Círculo y al mundo entero. Y nosotras somos las únicas que podemos detenerlo.

Sus palabras estallan en mi interior como una supernova. No el hecho de que Cyrus sea taimado, que ya lo sabía y mis pesadillas lo demuestran. Sino la idea de que ella y yo podamos detenerlo. Que podamos cambiar lo que mil años de planificación, mil años de conspiraciones (mil años de asesinatos) han puesto en movimiento.

Lo único que hice fue participar en un juego y casi pierdo la vida. ¿Cómo voy a enfrentarme a este hombre que convierte en enemigos a todos aquellos que no le siguen la corriente... y a quienes se quita del medio solo porque puede hacerlo?

—¿Cómo? —pregunto—. ¿Cómo vamos a hacerlo? Ya has metido a Hudson en una jaula porque él te pidió que lo hicieras...

—¿Sabes eso? —pregunta bruscamente.

—Como bien has dicho, no soy ninguna ingenua, Nuri. Creo que has disfrutado encarcelándolo por lo de Damien, pero no creo que lo hayas hecho por ese motivo. Lo has hecho porque Cyrus lo quiere encerrado, es tu manera de ganarte su favor. Estuvo a punto de destruiros y, pese a todo, sigues dispuesta a hacer esto por él. Así que, ¿por qué debería creerte cuando dices que podemos detenerlo?

—Porque te he entregado la llave para que liberes a Hudson. —Cuenta los motivos con los dedos—. Porque si no detenemos a Cyrus ahora, nos lo arrebatará todo. Todo. Y, por último, porque el miedo solo mantiene a la gente a raya cuando aún tiene algo que perder. Cyrus está por fin en un punto de inflexión: le ha quitado tanto a tanta gente que la sed de justicia está superando al miedo. Lo único que tenemos que hacer es utilizar esa sed, avivarla y, cuando sea el momento, liberarla. No tendrá nada que hacer.

77

Quien tiene una bruja tiene un tesoro

Me tiemblan tanto las manos que me las meto en los bolsillos para que Nuri no se dé cuenta. Puede que piense que estamos en el mismo bando, pero yo no dudo ni por un segundo que sería capaz de aprovecharse de mi debilidad si pensara que así podría mantener a Flint (o su querida Corte) con vida.

Al parecer Hudson tenía razón antes cuando ha dicho aquello de «de tal palo, tal astilla».

No sé cómo me siento respecto a todo lo que ha expresado. No sé cómo me siento respecto a nada de esto, la verdad. Pero se avecina una guerra, eso lo sabemos todos, y supongo que es mejor tener aliados que enemigos.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto cuando el silencio se vuelve insoportable.

—Tienes que dejar que Hudson vaya a la cárcel —dice—. No puede esconderse eternamente. La mayoría de los miembros del Círculo estaremos en el Katmere para la graduación la semana que viene.

—No pueden tocarlo mientras esté allí. Así es como funciona...

—Claro, como Cyrus ha demostrado que siempre cumple las normas... —Me mira con lástima—. ¿Quién va a detenerlo si decide arrestar a Hudson? ¿Finn Foster? ¿Un puñado de críos? ¿La nueva reina gárgola?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que lo deje en tu celda para que puedas entregárselo a Cyrus sin más?

—A Cyrus no —dice Nuri—. A la cárcel. Es tu compañero. Estarás de acuerdo en que la cárcel es mejor que la muerte, ¿no?

—¿Una cárcel de la que no se puede salir, donde puede permanecer durante toda la eternidad por una maldición inquebrantable? —le espeto, y me detengo cuando veo la sorpresa en sus ojos—. Pensabas que no lo sabía, ¿verdad?

Ignora mi pregunta, pero me estoy empezando a dar cuenta de que Nuri tiende a ignorar todo aquello que no quiere reconocer.

—Vivo en la cárcel es mejor que muerto. Ni siquiera Hudson puede desafiar al destino dos veces.

—¿Crees que debería quedarse encerrado para toda la eternidad? —pregunto—. ¿Por defender al mundo de las maquinaciones de Cyrus?

—No será para toda la eternidad. —Nuri hace un gesto despreocupado con la mano—. Podemos liberarlo en cuanto derrotemos a Cyrus. Y, aunque lo hiciera para defender a

su compañera, asustó a mucha gente. Ese es el verdadero motivo por el que debe estar encerrado. Alberga demasiado poder, y eso asusta a aquellos que harán lo que sea por aferrarse al suyo.

—¿Como Cyrus?

—Sí.

—Y tú —susurro.

No lo niega.

—Ya has visto lo que es capaz de hacer. Con solo mover la mano destruyó todos los huesos del cuerpo de su padre. Con solo pensarlo derribó un estadio entero. Esa clase de poder es inconmensurable… e infinitamente corruptible. Ya vimos lo que le hizo a Damien. ¿Qué más haría si tuviera la ocasión? ¿Si llegase a entrar en el Círculo?

«Nada», quiero decirle. No hará nada más que intentar gobernar de la mejor manera posible. Pero ella no conoce a Hudson, no como yo lo conozco, y aunque se lo revelara tampoco me creería. Tanto si haciendo lo que hizo salvó a la gente o no, Hudson siempre será la persona responsable de la muerte de su hijo.

De modo que, en lugar de decirle esto, me centro en el siguiente defecto de su plan:

—Creía que los compañeros elegían ir a la cárcel juntos.

—Ah, pero estás pasando por alto la palabra clave. *Elegir*. Los compañeros pueden elegir ir juntos a la cárcel. Pero no tienen por qué hacerlo.

—No estoy tan segura de que eso sea una elección —digo al recordar a la pobre y desesperada Falia.

Pero Nuri intenta restarles importancia a mis preocupaciones:

—Eres una mujer fuerte, Grace. Más de lo que jamás habías imaginado. ¿Te dolerá? Sí. Pero lo superarás y, cuando lo hagas, cuando salgas por el otro lado, serás indestructible, todo aquel que te conozca codiciará tu fuerza. Esa chica, esa mujer, es la que puede salvarnos a todos.

—¿Destruyendo mi propia alma? —pregunto con incredulidad.

—Si es necesario —responde ella con una calma que me hiela por dentro—. ¿Recuerdas cómo hemos comenzado esta conversación? Hablábamos de hacer lo que hiciera falta para mantener a salvo a la gente a la que queremos. Y así es como lo conseguiremos.

Emito un sonido gutural de desconfianza.

—¿Y no te has planteado que tal vez ese sea el gran plan de Cyrus? ¿Quitar a Hudson de en medio para que la única persona que realmente tiene la capacidad de detenerlo no pueda hacerlo? —Nuri se dispone a rebatir mis palabras, pero se detiene, entrecierra los ojos y se da unos toquecitos en el labio con la mirada perdida, sumida en sus pensamientos. Entonces decido tentar a mi suerte—: Si quieres defender a tu reino de Cyrus, estoy de acuerdo en que tú y yo formaríamos una fuerza formidable, y tal vez, solo tal vez, sobreviviríamos a cualquier ataque que pueda tener planeado. Pero ¿nosotras dos con Hudson de nuestro lado? Esa es la única oportunidad real que tenemos.

Nuri sigue perdida en sus pensamientos, pero cuando vuelve a formar un triángulo con las manos sobre su regazo sé que la he convencido. Incluso antes de que diga:

—Flint me comentó que Hudson y tú queréis ir a la cárcel. No me explicó por qué, pero me dijo que queríais que os ayudara a encontrar la forma de salir. ¿Es eso cierto? —El corazón me late tan deprisa que estoy segura de que la reina puede oírlo. ¿Ya está? ¿Por fin vamos a obtener la respuesta que necesitábamos? Asiento—. Bueno, tal vez ambas podamos obtener lo que queremos y salir de esto más fuertes. —Hace una pausa y se queda mirando una pequeña estatua de un dragón. Sus alas, curvadas hacia abajo, casi cubren por completo a un bebé dragón a modo de protección—. Te propongo esto:

»Si Hudson va a la cárcel, puedo ganarme el favor de Cyrus por ahora, y tal vez incluso darle la impresión de que la Corte Dragontina podría querer aliarse de nuevo con él. Pero también os ayudaré a encontrar la manera de escapar de la cárcel para que estéis listos para luchar a nuestro lado cuando llegue el momento. —Ya me estoy inclinando hacia delante, animándola a continuar. Porque lo cierto es que necesitamos más tiempo para prepararnos. Ninguno de nosotros está listo para enfrentarse a Cyrus todavía, no cuando él lleva un milenio preparando este momento—. He oído rumores sobre una bruja, la Anciana, que ayudó a construir la prisión. Lleva una vida de ermitaña y nadie sabe a ciencia cierta si aún sigue cuerda.

»Pero si conseguís que hable con vosotros, tal vez podáis conocer los secretos de la cárcel y la manera de escapar de ella. Una vez ayudó a un dragón a hacerlo, pero tienes que saber que su precio fue excesivo.

Unas minúsculas alas de esperanza aletean contra mi caja torácica por primera vez desde que se han abierto las

puertas de ese ascensor.

—¿Cuál fue?

—Su corazón de dragón, que es un destino peor que la muerte para un dragón. No podemos adoptar nuestra forma de dragón sin un corazón de dragón —contesta Nuri, y la trágica expresión de sus ojos lo dice todo. Necesitaríamos hacer un trato mucho más favorable en esta ocasión o no serviría para nada. El coste sería demasiado alto—. Pero he de decirte, Grace, que las probabilidades de que os ayude son escasas.

Es cierto. Pero, aun así...

—Nada de lo que he hecho desde que llegué al Katmere tenía muchas probabilidades de suceder, Nuri. Pero más vale una probabilidad escasa que ninguna.

—Especialmente para una chica que no para de lograr lo improbable contra todo pronóstico. —Suspira y añade—: Te doy una semana.

—¿Una semana? —Abro los ojos como platos—. ¿Para encontrar a la bruja?

—Encontrarla no es el problema. —Saca un trozo de papel y anota una dirección antes de tendérmelo—. Lo difícil será lograr que hable con vosotros y convencerla para que os ayude. Pero, si pasa más tiempo, Cyrus empezará a preguntarme por qué no he mandado a Hudson a la cárcel. La Corte Dragontina parecerá débil, o que está planeando un movimiento en su contra, y no puedo permitirme ninguna de las dos cosas.

Lo entiendo. De verdad. En muchos sentidos Nuri está tan contra la espada y la pared como yo. Pero añado:

—¿Puedo escoger qué semana quiero? ¿O te refieres a esta semana que viene, cuando casi todos mis amigos y yo tenemos que estar en el Katmere para la graduación?

—Sin duda esta semana.

—Me lo temía —respondo planteándome seriamente golpearme la cabeza contra el borde de su mesa. Tal vez si lo haga, cuando despierte esto no habrá sido más que una horrible pesadilla.

Sonríe.

—Menos mal que eres la chica que siempre logra lo improbable, ¿eh?

—Sí, menos mal —respondo débilmente.

—¿No tienes un vampiro al que liberar? —dice, y señala la llave que tengo en la mano con la mirada.

—Sí. —Suspiro—. Así es.

—Pues será mejor que te pongas a ello. El banquete empieza a las ocho, y no soporto que la gente llegue tarde.

78

Dragones y mazmorras: edición «Grace se vuelve loca»

Salgo del despacho de Nuri y atravieso el pasillo casi corriendo, y si no corro es por miedo a la reacción de los guardias que me vigilan cada quince metros, y que tienen pinta de ser de los que lanzan llamas primero y preguntan después. No quiero contrariarlos.

Por fin llego al ascensor, pero el descenso se me hace eterno. En serio, se detiene en todas y cada una de las cincuenta y seis plantas, lo que me da mucho tiempo para imaginarme a Hudson magullado, herido y encadenado a alguna pared. Lo único que hace que conserve la calma es ver que el vínculo sigue tan fuerte y azul como siempre.

También el saber que podría usar sus poderes y causar estragos si quisiera. Pero suspiro al pensar que jamás lo haría por miedo a que se tomasen represalias contra nosotros.

Cuando por fin las puertas se abren en el último nivel, me sudan las palmas y tengo mil nudos en el estómago. Salgo rápidamente del ascensor al vestíbulo y miro a mi alrededor de forma frenética sin saber qué esperar pero desesperada por encontrar a Hudson.

Imagino que voy a toparme con algún guardia o con un amo del calabozo que no se parezca en nada al de *Dragones y Mazmorras*, alguien que esté al mando aquí..., pero no hay ni un alma. Solo es una sala oscura, vacía y cavernosa, que me pone el vello de punta.

Avanzo con tiento, intentando orientarme en la penumbra. Por lo que puedo percibir, el sótano es enorme, del mismo tamaño que toda una planta de este edificio, pero es todo lo contrario en el resto de los aspectos.

No hay lámparas de Dale Chihuly, ni muebles tapizados..., apenas hay luz ni muebles, de hecho. Hay un par de bombillas parpadeantes ubicadas en un orden aleatorio en el techo, pero lo único que hacen es iluminar la habitación para que pase de estar a oscuras por completo a dar un miedo de la leche. No es precisamente mi idea de una buena elección de decoración.

Sin embargo, quedándome aquí asustada no voy a conseguir nada, así que me adentro más en la sala esforzándome por ver lo que pueda. Unos pasos más y me doy cuenta de que toda la habitación está rodeada de barrotes verticales y, de vez en cuando, los barrotes están divididos transversalmente por unos muros de piedra más cortos que forman cuadrados o...

Celdas, caigo cuando llego a la parte principal del sótano. Han dividido este espacio en un montón de celdas.

Pero muchas muchas.

¿Cuántos prisioneros prevé tener la Corte Dragontina al mismo tiempo? Parece que Nuri tiene aquí bastantes celdas como para encerrar a media Tribeca.

Todas las que tengo cerca están vacías, de modo que empiezo a correr hacia el centro de la sala. Estoy bastante lejos del otro lado, y la luz aquí es tan escasa que no puedo ver el interior de las celdas.

Del rincón izquierdo, al fondo de la mazmorra, proviene un extraño siseo y, aunque no puedo ver qué es lo que genera el sonido, parece emitirlo alguna especie de bestia, y me da miedo acercarme demasiado. Pero un recorrido rápido por esta mitad del sótano me demuestra dos cosas: una, que todas las celdas están vacías y, dos, que están diseñadas exactamente igual que las del instituto Katmere..., incluidas las esposas y los grilletes de las paredes.

Se me revuelve el estómago al pensar en que Hudson pueda estar encadenado así, y avanzo más deprisa, mirando en cada celda que no he comprobado todavía, cada vez más desesperada por encontrarlo.

¿Me ha estado mintiendo Nuri todo este tiempo? ¿Me ha reunido en su despacho solo para mantenerme ocupada mientras le hacían algo horrible? La sola idea me parte en dos, pero me digo que no debo dejarme llevar por el pánico, que debo mantener la calma e ignorar el extraño siseo que se vuelve cada vez más intenso conforme me acerco al fondo de la estancia.

«Hudson está aquí en alguna parte», pienso. Le he enviado un mensaje en el ascensor, por probar, y por

supuesto no ha respondido. Tal vez si lo llamo me oirá... o tal vez me oiga lo que está emitiendo ese sonido y eso sea el fin de todo.

Sin embargo, tengo que hacer algo. Si no está en ninguna de las celdas del rincón voy a tener que...

Me quedo helada cuando por fin veo lo que produce el ruido que tanto me angustiaba. Hay dos guardias sentados en el duro suelo de cemento lanzándose una pelota de plástico el uno al otro.

De todas las extrañas criaturas que había imaginado como fuente del sonido (arañas gigantes, serpientes venenosas, dragones rabiosos), que fueran dos guardias jugando a la pelota (e ignorando por completo mi intrusión en su cárcel) jamás se me habría pasado por la cabeza.

Por un segundo creo que me están tomando el pelo, que esto es alguna especie de teatrillo para ocultar lo que realmente está pasando. Y entonces caigo en que Hudson no solo posee el poder de la destrucción, sino que ese es el poder que más me llama a mí la atención de todos los que tiene.

—¡Hudson! —grito y mi voz retumba en la sala sombría —. Hudson, ¿dónde estás?

—¿Grace? ¿Qué haces aquí abajo?

Su voz procede desde justo al fondo, la última celda del rincón, y salgo corriendo hacia ella con la llave en mi mano temblorosa. Y entonces veo que sale de ella tranquilamente, porque falta toda la parte delantera de la celda.

—Serás capullo —digo antes de pensarlo siquiera, pero después de hacerlo me doy cuenta de que no quiero

retirarlo.

—Yo también me alegro de verte —contesta, y lo hace como recordando a todo aquel que esté escuchando que es un vampiro, como si fuera necesario cuando presume de ello como si fuera un puto trofeo.

—¿En serio? ¡Estaba preocupadísima por ti! Me he peleado con Flint, Luca se ha peleado con Flint, y luego me he peleado con Nuri. Me moría de miedo pensando que te estaban torturando, y tú estás tan tranquilo.

—Lamento decepcionarte. ¿Preferirías que me hubiesen torturado?

—Esa no es la cuestión —le digo, y doy media vuelta muy enfadada y me voy dando zancadas de regreso al ascensor.

—¿Y cuál es, entonces? —pregunta mientras me sigue.

—La cuestión es que estás bien. Has persuadido a los guardias para que jueguen a la pelota; has desintegrado la mayor parte de tu celda…

—Sigo sin ver cuál es el problema, a menos que esperases verme encadenado a la pared.

—¡Me aterraba pensar que fuese a encontrarte así! —le grito—. Pero ¡estás bien!

—No paras de repetir eso. ¿Qué significa? —Típico de él, logra sonar confundido y ofendido al mismo tiempo—. ¿Que no te alegras?

—¡Pues claro que me alegro! No disfrutaba imaginando que te estaban cortando a cachitos ni…

—Por favor —dice secamente—. Ahórrame los detalles sangrientos.

—¿Por qué debería? Yo me lo he imaginado en tecnicolor. Varias veces. Pero estás bien. —Sacudo la cabeza de lado a

lado intentando eliminar los últimos resquicios de miedo y adrenalina—. Estás bien.

—Sigo sin entender qué está pasando —insiste, y, vaya, ahí está de nuevo el acento británico—. Quieres que esté bien, pero te cabrea que esté bien. —Levanta las manos con las palmas hacia arriba y las mueve arriba y abajo como si fuera una balanza.

—Estoy cabreada porque podías librarte de esto en cualquier segundo y, de hecho, así ha sido; y en lugar de sacarnos a todos de nuestra miseria, has dejado que Luca, Macy, Eden y yo nos preocupemos por ti. ¿Cómo es posible que no veas lo inaceptable que es? —Espero que se burle de mis palabras, que me diga que soy una ridícula. Pero en lugar de eso se queda ahí en medio del sótano, mirándome con la expresión más extraña que jamás le he visto—. ¿Qué? —pregunto al ver que no dice nada—. ¿Por qué me miras así?

—Estabas preocupada por mí.

Ahora es mi turno de mirarlo raro.

—¡Pues claro que estaba preocupada por ti! ¿Qué llevo gritándote todo este rato? ¿Qué pensabas que iba a pasar? ¿Que iba a ver cómo te arrestaban e iba a pensar «en fin, fue bonito mientras duró»? ¡Pues menuda opinión debes de tener de mí!

—Perdona. Pensaba que imaginarías que puedo cuidarme solo.

—Eso ya lo sé. Pero también sé que hay mucha gente en este mundo en quien no se puede confiar, y la mayoría de ellos van a por ti.

—Pues... lo siento —repite, y exhala sonoramente—. Nunca nadie...

—Ah, no. —Lo interrumpo—. No, no, no, no. De eso nada. No me vengas con las penas del pobre niño rico. Sabes que ahora hay gente a la que le importas. Sabes que tienes amigos. Sabes que tienes... —Dejo la frase a medias y me cruzo de brazos en un débil intento de autoprotegerme.

—¿Una compañera? —pregunta, y se acerca despacio hacia mí.

—¡No quería decir eso! —le contesto, y doy un paso atrás con el corazón en la garganta, pero ahora por un motivo totalmente diferente.

—Pues yo creo que es justo lo que querías decir —me indica, y se aproxima otro paso... lo que provoca que yo retroceda dos en respuesta.

—Puedes pensar lo que te dé la gana —le aseguro con tono altivo—. Eso no lo convierte en verdad.

Me vuelvo para dirigirme al ascensor, pero me agarra de la mano y me da la vuelta hasta que estamos frente a frente.

—Perdóname —dice—. No he pensado en cómo debías de estar sintiéndote, en cómo me sentiría yo si te hubiesen llevado a ti encadenada.

»Me han traído aquí abajo, y he visto estas celdas y he pensado: “Maldita sea. Toda mi vida ha sido una cárcel... esta es solo otra más”. Pero en esta ocasión sería por elección propia, bajo mis términos, y no he pensado en nadie más. No volverá a pasar.

Asiento, porque entiendo lo que está diciendo. Y porque tengo un nudo en la garganta por el pobre niño que sufrió

tantas cosas impensables y por el hombre en el que se ha convertido.

Porque sé que odiará que me afecte tanto todo lo que Cyrus le hizo pasar, me obligo a tragarme el nudo y cambio de tema. Señalo con la barbilla hacia el sonido de la pelota, que todavía resuena en el sótano.

—¿Piensas hacer algo con eso?

Parece pensárselo y responde:

—Jugar un rato más podría hacerles bien. —Lo miro con una ceja levantada, y suspira y añade—: Está bien, pero solo porque me lo has pedido con educación.

Entonces se acerca a los guardias y les susurra algo. Estos sacuden la cabeza y se ponen de pie.

Cuando vuelve, digo:

—Mientras tú estabas aquí jugando, Nuri me ha contado cómo podríamos escapar de esa prisión.

Hudson enarca ambas cejas.

—Cuéntame.

Entonces le relato todo lo que Nuri me ha dicho sobre la Anciana. Hudson está especialmente impresionado de que nos haya dado asimismo la dirección donde encontrarla, pero también se muestra escéptico.

—Podría ser una trampa —opina.

—Ah, no esperaría menos —coincido—, pero no creo que tengamos elección. Necesitamos a la Anciana si queremos salir de esa cárcel, independientemente de si el herrero nos ayuda a liberar a la Bestia Imbatible. Pero si nos limitamos a fugarnos y no conseguimos la Corona..., ya sabemos que Cyrus está planeando algo, y no podremos detenerlo sin la Corona.

Hudson me mira y entorna los ojos.

—Si Cyrus le hace daño a alguien a quien amo, acabaré con su miserable existencia.

Paso por alto los fuertes martilleos de mi corazón al oírle hablar de amor. Pero me detengo y lo miro a los ojos.

—El caso es que necesitamos conseguir que salgas de la cárcel pase lo que pase. Creo que tenemos un buen plan. Vamos a negociar nuestra tarjeta de «Quedas libre de la cárcel» y a salvar al herrero y, por último, a la Bestia Imbatible. Si la Bestia no nos dice o no puede decirnos dónde está la Corona, al menos habremos salvado a estas personas que ahora están sufriendo a manos de Cyrus, y es mejor eso que nada. Tampoco es que estemos indefensos sin la Corona. Lucharemos por proteger el Katmere y a los alumnos de otra manera.

—No me gusta —dice Hudson—. Sin la Corona morirá mucha gente. Podría acabar con él ahora y ahorrarnos tantas molestias.

—¿Otra vez? Ya quedamos en que así solo conseguirías que te encerraran por asesinato. —Pongo los ojos en blanco —. Nuri parece creer que tenemos una oportunidad. Por cierto, ¿cómo es que puedes quitarte el brazalete?

Se queda mirándose los pies tanto tiempo que creo que no va a contestar.

—Mi querido padre solía ponérmelos antes de... mis lecciones. No podía concebir siquiera que alguien con mi poder no lo usara para matar. —Se encoge de hombros—. Para mí se convirtió en algo natural desintegrar una de las runas de bloqueo antes de que me los abrochasen, de modo que así no funcionaban. Ni siquiera lo pensé cuando lo hice

en el momento en que Foster me lo puso, y todo el mundo parecía sentirse mucho más cómodo pensando que estaba «controlado», así que no dije nada.

Sé que debería responder a lo que me ha contado, pero también sé que le molestará cualquier cosa que le pueda decir, que sentirá que me compadezco de él, de modo que decido cambiar de tema.

—Regresemos —propongo, y empezamos a caminar de nuevo hacia los ascensores.

Cuando por fin llega el ascensor, me guía hacia el interior. Después, me sonríe y dice:

—De haber sabido que bastaba con dejar que me encerrasen en una celda para que me demostrases que te importo, me habría encerrado yo mismo en los túneles del Katmere el primer día.

Lo miro con los ojos entornados.

—¿Qué? —pregunta mientras nos dirigimos hacia mi habitación—. ¿Muy pronto?

—Demasiado pronto.

79

Blues del vestido de fiesta

Vale, cuando Flint nos dijo a Macy y a mí que necesitábamos un vestido de fiesta para la primera noche del Wyvernhoard, no pensé que se refiriese a un puto vestido de gala. Tampoco es que hubiese podido hacer gran cosa al respecto con tan poco tiempo de antelación, pero aun así. Habría estado bien estar mentalmente preparada en lugar de pasarme toda la noche tirando del dobladillo de mi vestido, que es demasiado corto para un evento de estas características.

El vestido que lleva Macy también es algo inapropiado para el banquete, pero es mejor que el mío.

—Prueba algo nuevo —me había dicho mientras preparábamos nuestro equipaje en nuestra habitación—. Sé atrevida, enseña cacho.

Y eso hice, y ahora llevo un top *halter* rojo casi sin espalda y una falda de líneas horizontales que se ciñe a

cada una de mis curvas y que solo llega hasta mitad del muslo. Si estuviese en un club de Manhattan, iría perfecta. Pero cuando otra mujer más pasa por la puerta abierta de mi cuarto con un vestido hasta el suelo, estoy bastante segura de que voy a llamar muchísimo la atención en cuanto entremos en ese salón.

En mi defensa, he de decir que el vestido parecía mucho más discreto colgado en el armario que una vez puesto.

—¡Deja de estirártelo! —me riñe Macy mientras entramos en el baño para mirarnos en los amplios espejos —. Estás guapísima.

—Y semidesnuda —le respondo.

—Eso sí —reconoce—, pero no es culpa tuya; es culpa de Flint, así que, que se haga responsable.

Tenemos una hora aproximadamente antes de reunirnos con los chicos, pero, la verdad, después de verme con este vestido tan inapropiado para un evento formal, creo que mejor voy a quedarme escondida en mi cuarto. Miro a Macy y veo que ella está planteándose lo mismo.

Estoy a punto de decirlo cuando de repente alguien llama a la puerta.

—Voy a ver quién es —dice Macy, y desaparece. Al cabo de unos segundos da un gritito agudo.

Salgo corriendo del baño y me quedo con la mandíbula desencajada al ver cómo el servicio mete un montón de percheros con ruedas repletos de los vestidos de gala más bonitos que he visto en mi vida en mi habitación y los coloca pegados a la pared más lejana.

—¿Señorita? —dice uno de los miembros del personal, y me entrega un sobre blanco pequeño.

—Gracias —contesto. Acepto el sobre, y me tiemblan tanto las manos que me cuesta sacar la nota que contiene, escrita con letra masculina.

Cierro los ojos e inspiro profundamente. Ya sé quién los envía, por supuesto que lo sé, y como haya puesto algo pasteloso en la nota, no sé qué va a pasar. Esos momentos en la mazmorra han bastado para ponerme el corazón a mil por hora. No sé si estoy lista para que las cosas alcancen un nivel emocional superior.

Sé que hemos ido avanzando hacia algo desde nuestro beso. Ambos lo sabemos. Pero mis muros siguen demasiado altos para permitir que los atraviese algo más que algunos comentarios mordaces y algo de calor, y espero que lo entienda.

Si no lo hace, no sé qué va a pasar.

Inspiro hondo de nuevo y exhalo lentamente cuando Macy me implora:

—¡Venga, léela ya!

Y lo hago. Y entonces me parto el culo. Porque es Hudson en su pura esencia y, por supuesto, sabe justo lo que necesito. Siempre lo sabe, incluso cuando yo no lo sé.

La ropa interior y los zapatos de cristal son opcionales.

H.

—¿Qué dice? —pregunta Macy emocionada intentando fisgonear por encima de mi hombro.

En fin, no pienso leer esta tarjeta en voz alta.

Es de Hudson. Que quiere que nos sintamos como Cenicienta.

Me acerco a mi mochila y cuelo la tarjeta en el bolsillo delantero, el mismo en el que metí impulsivamente el diamante que me regaló por mi cumpleaños antes de que nos fuéramos del Katmere.

—¡Qué fuerte! —grita Macy de nuevo, y cuando levanto la vista veo que está sosteniendo dos vestidos idénticos—. ¡Ha enviado todos los vestidos en nuestras dos tallas!

Claro que sí. Como el príncipe vampiro que es.

Hago como que no me derrito por dentro, pero no funciona, y menos cuando noto que me tiemblan las rodillas y tengo que sentarme al borde de mi cama. ¿Cómo se supone que voy a resistirme a Hudson cuando hace algo así? Una cosa es que le envíe un vestido a su compañera, en cuyo caso podría decirme a mí misma que lo hace para que el príncipe vampiro vaya adecuadamente acompañado por su compañera. Pero ha enviado todos los vestidos de Bloomingdale's y tanto en mi talla como en la de Macy. Pese a mis intenciones, se me humedecen los ojos.

Qué capullo.

Pero Macy no me deja ni un minuto para procesarlo. Ya está en movimiento. Viene corriendo hasta mí y me levanta de un tirón.

—¡Venga! ¡Solo tenemos cuarenta y cinco minutos para seleccionar un vestido que deje mudo a ese vampiro! —dice.

Miro los percheros cargados de vestidos y aprieto la mandíbula. ¿De verdad cree que puede dejar de esforzarse en atravesar mis barreras y hacer algo tan considerado que las haga añicos? Bien, pues de eso nada, Hudson Vega. De eso nada.

A este juego pueden jugar dos...

80

Armani a juego

—Vamos a buscar a los chicos y a ver si Eden ha vuelto ya de Brooklyn —dice Macy cuando salimos de mi habitación del hotel.

Estoy muerta de nervios mientras me paso la mano por el vestido. Estoy deseando ver lo que hace Hudson cuando lo vea.

He elegido este vestido por dos motivos. El primero es que es absolutamente precioso y me queda como un guante. Por delante, el sedoso satén escarlata se ciñe a la perfección a mis curvas hasta las rodillas, donde se abre y cae al suelo dando la apariencia de una falsa silueta recatada. No tiene tirantes, pero el corpiño con su minúscula V es lo bastante estructurado como para proporcionarme el soporte que necesito sin hacerme sentir vulgar o demasiado sugerente. En cuanto me lo he puesto, he sabido que tenía que ser este, que había encontrado el

vestido adecuado, el vestido que me hace sentir sexy, poderosa y lista para dominar el mundo, aun si ese mundo incluye al príncipe vampiro más sexy que jamás haya existido.

Que la parte de atrás sea un poco exagerada no hace sino mejorarlo todo. Hudson ha decidido venir a por mi corazón esta noche con este pequeño movimiento, y yo he decidido que la única respuesta que tengo es no andarme con rodeos. Y este vestido, con su espalda en V muy muy pronunciada, va a darle en un sitio algo más bajo que el corazón...

El segundo motivo por el que he elegido este vestido es porque, de las decenas que ha enviado, es el único de Armani. Es un desafío, puesto que estoy segura al cien por cien de que él llevará un esmoquin de Armani. Algunos desafíos están para aceptarlos. Y algunos están para que se los trague la persona que los lanza.

En este caso es lo segundo.

Miro a Macy, que lleva un vestido de gasa suelto de todos los colores del arcoíris y que cubre solo un hombro. Es ligero y vaporoso y tan tan brillante que me duele el corazón solo de mirarlo. La miro y pienso que por fin, por fin, Macy está encontrando el camino de vuelta.

Eden no estaba presente en mi bronca con Flint porque se había ido a pasar la tarde visitando a su tía y a sus primas de Brooklyn después de haber jurado que «ni una manada de lobos rabiosos le impedirían asistir a la fiesta de esta noche». Pero Macy y yo lo hemos pasado genial eligiendo un vestido para ella, para que tampoco se sienta

incómoda esta noche. Se lo hemos dejado en su habitación, y ahora me muero por vérselo puesto.

Doblamos la esquina hacia el salón de celebraciones y nos encontramos justo al lado de la puerta donde Flint, Luca y Hudson nos están esperando. Me quedo helada porque, tal y como me temía, los tres están impresionantes con esmoquin. Y a los tres se les salen los ojos de las órbitas cuando ven mi vestido rojo y el vestido de arcoíris de Macy.

La sonrisa característica de Flint desaparece en cuanto me mira a los ojos, y abro la boca para disculparme por lo que ha pasado antes. Pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta. Había mucha verdad mezclada con la rabia, y básicamente acabo soltando una especie de chillido.

Él, por su parte, nos saluda a mi prima y a mí con la cabeza antes de volverse y sujetarnos la puerta para que entremos. Luca sonríe y dice:

—Estáis guapísimas, señoritas.

En cuanto a Hudson, no se ha movido ni un ápice desde que hemos llegado y, al parecer, yo me he dejado todo el valor en la habitación del hotel, porque soy incapaz de mirarlo a los ojos.

Desesperada por huir del ambiente incómodo que se respira en el pasillo, mantengo la cabeza gacha y me dirijo al salón.

Tras de mí percibo que a Hudson le abandona la respiración de inmediato, y no puedo evitar sonreír. Parece que mi plan ha salido tal y como esperaba.

Me siento mucho más segura cuando doy otro paso más hacia el salón, pero en ese momento Macy se planta delante de mí y me bloquea el paso. Entonces se inclina y me susurra (con una voz tan alta como para que la oigan hasta en la otra punta del salón):

—¿No deberías dejar que tu compañero te acompañase al entrar?

Antes de que pueda decir nada o asesinarla, acepta el brazo que Luca le ofrece y entra en la sala con una amplia sonrisa de emoción en la cara.

—¿Listo? —le pregunto a Hudson, colorada ante el descarado recordatorio de que soy su compañera después de lo que ha pasado antes entre nosotros.

—Por supuesto —responde con voz suave, y en lugar de aceptar el brazo que le ofrezco, como ha hecho Macy, desliza el suyo alrededor de mi cintura y coloca la mano en la parte baja de mi espalda totalmente descubierta. Entonces se inclina y murmura:

—Esperaba de verdad que eligieras este vestido.

Su aliento roza mi nuca y se me ponen todos los pelos de punta. Me digo a mí misma que es por todo lo que ha pasado los últimos días, sobre todo por lo del beso y la conversación en el sótano.

Pero lo cierto es que Hudson está guapísimo. Su esmoquin de Armani de alta costura, con sus solapas brillantes y la línea blanca en el bolsillo, se adapta a la perfección a su maravillosa constitución; parece hecho a medida (y es probable que así sea, ahora que lo pienso) y muy caro. Pero le queda que ni pintado y está tremendamente sexy con él puesto.

—Tú también estás muy guapo —respondo en voz baja.

El cumplido lo coge por sorpresa, y abre los ojos como platos. Pero la sonrisa que pone es lo que más brilla de toda la sala (que ya es decir, teniendo en cuenta que todas las mujeres dragón aquí presentes van repletas de joyas) y siento que la mano en mi espalda parece adoptar un sentido de la propiedad ligeramente más alto. La sensación de sus dedos curvándose alrededor del borde de mi cintura hace que se me seque la boca y noto cómo me empiezan a temblar las piernas.

Decidida a recuperar la compostura, lo miro con el rabillo del ojo y digo:

—Lo de los zapatos de cristal es demasiado infantil.

—¿Ah, sí? —Se acerca un poco más, con los ojos encendidos mientras me mira de la cabeza a los pies—. ¿Y qué me dices de la ropa interior?

Enarco una ceja, imitándolo a la perfección.

—Supongo que eso depende de la chica.

Y así, sin más, sus ojos se oscurecen y el calor que hay en ellos se transforma en un infierno abrasador de un latido al siguiente.

—¿Y qué clase de chica eres tú? —susurra, y siento su aliento caliente en mi oreja.

Dejo la pregunta en el aire durante un segundo, dos, antes de inclinarme de manera que mis labios rozan la línea de su mandíbula cuando musito:

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Hudson emite un gruñido profundo y su mano me reclama ahora como un auténtico troglodita. Me mira con los ojos encendidos y espero a que diga algo que haga que

me ardan las mejillas con tanta intensidad como su mirada, pero al cabo de varios segundos parece que logra dominarse.

Porque, en lugar de continuar a toda máquina, suelta el aire, niega con la cabeza y se toma un instante para devolver su mente y otras partes al modo salón de celebraciones. Después me empuja hacia delante ejerciendo una leve presión en mi espalda.

—¿Estás preparada para esto?

Aparto los ojos de él por primera vez para ver cómo se ha transformado la sala y me doy cuenta de que...

—No. No, no estoy nada preparada.

Sonríe.

—Pues prepárate, porque allá vamos.

81

Resulta que Cupido está lanzando mucho más que flechas

No estoy segura de a qué se está refiriendo y estoy demasiado ocupada observando la sala y la ciudad que se ve más allá de los ventanales de suelo a techo. Desde el salón de celebraciones pueden apreciarse el río Hudson y gran parte de Manhattan, de modo que las vistas son impresionantes, puesto que las brillantes luces de la ciudad se reflejan en el agua. Flint tenía razón al decir que los dragones habían descubierto pronto la valía del sector inmobiliario, esta tiene que ser una de las mejores vistas de toda la ciudad.

—¡Madre mía! Es increíble.

—Absolutamente increíble —coincide Hudson. Me vuelvo y le sonrío, y entonces me doy cuenta de que no está mirando las vistas. Me está mirando a mí.

Nuestras miradas se encuentran, nos quedamos contemplándonos y se me olvida cómo respirar. Al menos hasta que algo duro me golpea en la cabeza.

—¿Qué es eso? —Me vuelvo de inmediato para ver qué es lo que me ha golpeado.

—Parece un rubí que se ha escapado del tesoro —dice Hudson y suelta una carcajada. Lo coge del aire de algún lugar por detrás de nosotros para mostrármelo.

—¿Del tesoro? —pregunto—. ¿Qué quieres decir?

Sonríe y señala hacia arriba.

Y... MADRE MÍA. Las vistas de la ciudad me tenían tan cautivada que de alguna manera no he visto que la mitad superior de la sala (desde unos treinta centímetros de la cabeza de Hudson hasta el techo) está repleta de tesoros. Piedras preciosas, oro, plata, llaves y pequeños sobres morados flotan individualmente en el aire. Pero no solo flotan sin más, giran alrededor de la sala decorada con elegancia muy muy despacio, dándoles a todos los presentes la oportunidad de ver todo lo que hay ahí arriba.

—¡Madre mía! ¿Qué está pasando? —pregunto—. ¿Esto es real?

Hudson se echa a reír.

—Pues claro que es real. Es un tesoro.

—¿Como las pilas de tesoros de dragón de las que me hablaba Flint?

No puedo apartar la vista de las relucientes joyas voladoras. No es que desee nada del tesoro; es que me cuesta asimilar la cantidad de millones y millones de dólares que giran sobre nuestras cabezas en el salón de celebraciones como si tal cosa.

—Cómo no. Es una pila de tesoros de dragón. Solo que esta está encantada para que llame más la atención. Todos los dragones aquí presentes van a poder llevarse algo de ahí esta noche.

Flint me dijo lo mismo, pero yo me imaginaba más algo como una moneda de oro para cada uno o algo así. No un collar de diamantes o un zafiro tan grande como el puño de un bebé. Es impresionante, incluso antes de que Hudson devuelva el rubí al techo.

—¿Qué...? ¿Por qué...? —Me quedo alucinada, esperando a que vuelva a caer, pero no lo hace. Se queda ahí suspendido durante un segundo antes de unirse al resto del tesoro y empezar a girar.

—¿Por qué estás tan sorprendida? —murmura Hudson mientras seguimos a Luca, Flint y Macy, que van los tres cogidos del brazo. Todos han hecho las paces con Flint después de mi charla con Nuri. Bueno, todos menos yo. Observo que los dirige a una mesa en la parte delantera de la sala. Allí ya está Eden, pasando nerviosa el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Está claro que le ha encantado el vestido que le hemos dejado en su cuarto. Está impresionante con ese traje de terciopelo hasta el suelo. Pero no sería Eden si no lo hubiese combinado con un par de Dr. Martens de punta de acero y un *piercing* en la nariz. Sonríe a Macy, y todos se acomodan juntos al otro lado de la mesa adonde Hudson me está guiando.

Y continúa:

—La fiesta se llama Wyvernhoard, tesoro de guiverno.

—Ya, ahora lo entiendo. Supongo que pensé que las fiestas con el tiempo se convierten más en algo simbólico que otra cosa...

Se ríe.

—Esta no.

—A la vista está. —Levanto la mirada hacia el tesoro de nuevo—. ¿Para qué son las llaves? ¿Y los sobres?

—Si no recuerdo mal de la última vez que estuve aquí, las llaves son de inmuebles o vehículos, y los sobres contienen certificados de acciones de empresas como Apple y Facebook o dinero en efectivo.

—Cómo no —digo intentando sonar poco impresionada, aunque fracaso estrepitosamente.

Pero ¡venga ya! ¿Con qué clase de riqueza te tienes que haber criado para sonar tan poco impresionado como Hudson ahora mismo? ¿Si no recuerda mal? Me prometo a mí misma que jamás voy a olvidar este momento. Es lo más increíble que he visto en mi vida.

Y eso que voy a un instituto con dragones y vampiros...

Cuando por fin dejo de admirar el tesoro y me centro de nuevo en la gente que ocupa el salón, no puedo evitar fijarme en el modo en que todo el mundo nos mira mientras buscamos nuestros asientos. Sé que en parte es porque estamos con Flint, el príncipe heredero al trono de los dragones.

Pero no todas las miradas son para él... o para el nuevo novio real, Luca. Muchas de ellas están dirigidas a Hudson, y a mí también.

Y aunque he aprendido que los vampiros (sobre todo si son de la realeza) son algo así como estrellas del rock en

este mundo, no tengo ni idea de por qué me miran a mí. Nadie sabe quién soy todavía. No es que haya fotos por todo internet de «la nueva chica gárgola» ni nada por el estilo.

Al menos hasta que veo que la mayoría de las mujeres junto a las que pasamos nos miran a mí y a mi vestido con auténticos celos, y literalmente se comen a Hudson con los ojos. Me digo a mí misma que solo es porque es el príncipe vampiro, pero tengo ojos. Reconozco la envidia cuando la veo. Hay muchas mujeres jóvenes en esa sala que harían cualquier cosa por ocupar mi lugar.

Y no se lo reprocho. Cuanto más tiempo paso con Hudson, más me doy cuenta de que es todo un partidazo.

A nadie parece importarle que el vampiro que mató a su heredero se encuentre entre ellos, y no puedo evitar preguntarme si Eden tenía razón y todo el mundo era consciente de lo capullo que era Damien. Todos menos su madre, claro.

Somos de los últimos en llegar al salón de celebraciones (todos deben de saber de la obsesión de Nuri con la puntualidad) y, cuando ocupamos nuestros asientos en la segunda mesa principal, Nuri y Aiden se dirigen al micrófono sobre el estrado.

Aiden viste de esmoquin también, pero, al igual que su hijo, la chaqueta tiene algo más de personalidad que la típica negra básica. Mientras que la de Flint es negro sobre negro con un patrón de rayas tipo cebra y con solapas de piel, la de su padre es toda de color, con una chaqueta de terciopelo violeta y una pajarita a juego que hace resaltar a la perfección su cabello pelirrojo irlandés. Debería parecer

fuera de lugar entre este mar de hombres de negro, pero está increíble.

Aunque, bueno, supongo que es algo que viene con la realeza.

Nuri también está fantástica. Sus ojos ambarinos brillan intensamente y es la primera vez que la veo con sus pequeños rizos sueltos. Cuando las luces del salón iluminan su vestido, veo que no es el básico negro que había pensado en un principio, sino un violeta oscuro iridiscente que destella cada vez que se mueve. Ahora la elección del atuendo de Aiden cobra mucho más sentido.

La reina dragón es la primera en hablar, y da la bienvenida a todo el mundo al Wyvernhoard de este año. Suena tan emocionada como una niña pequeña, y la sonrisa en el rostro de Flint al mirar a su madre me indica que es totalmente sincera cuando le dice a todo el mundo que es su festividad favorita.

—Siempre será uno de los mayores honores de mi vida —continúa, mirando hacia el salón repleto con casi un millar de personas— tener el placer de invitaros a mi casa para esta fiesta. Hace miles de años los dragones se vieron denigrados, desprovistos de un hogar, obligados a esconderse en un fútil intento de sobrevivir a la ira humana y de pasar desapercibidos.

»Y, sin embargo, hoy en día..., ¡mirad dónde estamos! — Extiende los brazos todo lo que puede para abarcar no solo la sala y el tesoro, sino toda la ciudad iluminada al otro lado de los ventanales—. Este mundo nos pertenece ahora, ¡y nos haremos con él!

82

No he elegido tu vestido para tenerte amarrado

Fuertes aplausos y estridentes silbidos responden a las apasionadas palabras de Nuri, pero no puedo evitar darme cuenta de que Macy, Hudson y Luca no aplauden. De hecho, solo se miran entre ellos como intentando adivinar si la reina estaba hablando hiperbólicamente… o si acaba de anunciar sin tapujos que está planeando un golpe al Círculo.

Y, aunque me gustaría decir que el tiempo que he pasado hoy en su despacho me ha convencido de que es lo primero, mentiría. Sí, ha hecho un trato conmigo, un trato que se centra en destruir el reinado de Cyrus para poder instaurar la paz en el Círculo y salvar las vidas de las personas a las que amamos. Pero en ningún momento ha comentado qué pasaría después, qué visión tenía ella de la paz.

Es culpa mía por no haber preguntado.

Y cuando termina su pequeño discurso sobre el gobierno de los dragones presentando a los vampiros, la bruja y la gárgola que se encuentran entre ellos, no puedo evitar preguntarme si nos está honrando como dice... o pintándonos objetivos en la espalda. Por las expresiones de mis amigos, incluido Flint, intuyo que se están preguntando lo mismo que yo.

Aun así, no tengo mucho tiempo para preocuparme por ello, ya que Nuri tiene este banquete planificado al milímetro.

La cena se sirve tras los discursos de los reyes, y todo está absolutamente delicioso pese a la enorme cantidad de comensales. Supongo que si tienes tal cantidad de dinero puedes permitirte este tipo de servicio tan excelente.

Flint, Macy, Eden y yo nos atiborramos con una amplia variedad de sofisticados aperitivos que se sirven en bandejas para compartir en la mesa, seguidos de la ensalada más bonita que he visto en mi vida. Después podemos escoger el plato principal y, por supuesto, yo elijo un plato de pasta vegetariana que se me derrite en la boca y un pan de ajo trufado que está de muerte. Cuando sirven el postre ya estoy tan llena que apenas puedo moverme, pero doy un par de bocados al tiramisú de todos modos. Porque es tiramisú, y no hacerlo es pecado.

Nuri también proporciona sangre a los vampiros y, por las miradas que intercambian Hudson y Luca cuando la beben, está claro que no es la misma sangre de animal que beben siempre en el Katmere.

Mientras cenamos, una orquesta de quince personas toca suavemente de fondo y, una vez que se retiran los platos,

varias parejas se dirigen a la pista de baile en el centro del salón.

Un puñado de jóvenes dragonas rodea nuestra mesa. Al principio creo que todo el alboroto es por Flint, y me entra la risa, ya que Luca tiene toda su atención. Pero entonces me doy cuenta de que es por Hudson, y empiezo a sentirme como la tercera en discordia, sobre todo cuando empiezan a acercarse y a pedirle bailar, y él no para de usarme como excusa para rechazar la oferta.

Al final, después de que una de ellas me mire especialmente mal, como diciendo: «No te deseo la muerte, pero ojalá te cubran de miel y te aten a un poste en una colina plagada de hormigas rojas», le digo:

—Oye, deja de hacer eso.

—¿El qué? —pregunta, y una vez más pone esa cara de no saber de qué le hablo.

—Deja de rechazarlas. Si quieres bailar, baila —le aclaro con una indiferencia estudiada que no siento para nada.

—¿Ah, sí?

Se vuelve hacia un grupo de varias dragonas jóvenes que no paran de mirarlo… y no me parece justo. A ver, me alegra que los dragones nos estén dejando a Macy y a mí en paz (tengo más hombres en mi vida ahora mismo de los que puedo gestionar), pero ¿tan malo es querer que tu compañero te pregunte si quieres bailar? ¿O hay algún motivo por el que no quiere bailar conmigo en un salón repleto de la élite de la Corte Dragontina?

Estoy tan ocupada debatiendo conmigo misma en mi cabeza que casi no me entero cuando me pregunta:

—¿Y con quién crees tú que debería bailar?

Trago saliva. Ay, mierda. ¿Y si me pregunta a mí si quiero bailar? Creo que lo avergonzaré con estos zapatos.

—Eh… ¿no crees que deberías responder a esa pregunta tú mismo?

—Es verdad —dice con una sonrisa sorprendentemente radiante—. Tal vez debería pedírselo a…

Está claro que iba a pedírmelo a mí.

—¿A Flint? —lo interrumpo.

—¿Crees que debería bailar con Flint? —pregunta entonces, y me mira confundido.

—No, creo que yo debería bailar con Flint. —Me vuelvo hacia el dragón y le ofrezco—: ¿Quieres bailar conmigo?

Nadie parece más confundido que él, y más después de la conversación que hemos tenido, pero en fin, por algún motivo tropezar sin parar en la pista de baile con Flint me da menos vergüenza que con Hudson. Además, le debo a Flint una disculpa. Y él a mí. Debería haber hablado con él antes, al volver de la mazmorra, pero no sabía qué decirle y, la verdad, esperaba que viniera él a hablar conmigo. Pero no lo ha hecho, y ahora hay esta distancia enorme entre nosotros, y tengo la sensación de que si no nos enfrentamos a esto ahora, no lo haremos nunca.

Y no quiero que eso suceda.

De modo que si pedirle que baile conmigo nos ayuda a resolver esta situación tan tensa y me evita hacer el ridículo delante de Hudson, pues matemos dos pájaros de un tiro.

—¿Quieres bailar con Flint? —pregunta Hudson mirándonos a ambos.

—Pues sí. —Y le tiendo la mano al dragón sin preguntarle dos veces—. Venga, bailemos.

—Eh… sí. Claro. —Flint y Luca intercambian una mirada de alucine. Después Flint se levanta y acepta mi mano—. Me encantaría, chica nueva.

—Muy bien —replica Hudson con tono borde cuando aparto mi silla y me pongo de pie rezando para no torcerme el tobillo con estos ridículos zapatos que he traído tras la insistencia de Macy—. Procura no volver llena de pulgas.

—¿Perdona? —dice Flint.

—Lo mismo digo. —Le pongo a Hudson mi sonrisa más falsa, agarro a Flint de la mano y lo arrastro hasta la pista de baile.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta el dragón mirando por encima del hombro como si temiera recibir un colmillazo en la espalda en cualquier momento.

—A nada —le contesto mientras me coge una de las manos y me coloca la otra en la cintura—. Solo estábamos teniendo unas palabras.

—Ya, bueno, conozco esa sensación —asegura al tiempo que empezamos a movernos con el resto de los bailarines. Y he de decir que Flint es un excelente bailarín. Yo no sé hacer mucho más que aferrarme a mi pareja de baile y mecerme un poco en lo que respecta a los bailes lentos, pero al dragón se le da tan bien dirigir que me lleva danzando por toda la pista.

—Oye, lo siento —me disculpo al cabo de un segundo—. La he pagado contigo esta tarde y no tenía ningún motivo para ello.

—Yo no diría que no tenías motivos —responde—. Tenías mucha razón en lo que has dicho.

La gran bola de hielo que se había instalado en algún lugar cerca de mi corazón desde nuestra pelea empieza a derretirse.

—Es verdad —afirmo—. Pero lo de los insultos ha estado fuera de lugar, y desde luego no tenía por qué hablarte así delante de todos. Pero es que estaba tan preocupada por Hudson y tan enfadada contigo... —Dejo la frase a medias, porque ¿qué clase de disculpa es esa si empiezas a arremeter de nuevo contra la persona con la que te estás intentando disculpar?

—Estabas enfadada conmigo por no ver el paralelismo. Y tenías razón. No lo veía. —Me estrecha en un abrazo antes de volver a unirnos al vals—. Ya me disculpé contigo en su día, pero no fue suficiente. Lo siento muchísimo, Grace. No me puedo creer que en su día me pareciese una opción. Me siento como un auténtico capullo.

—Gracias —le digo—. Sé que hoy en día no tomarías la misma decisión..., así que... no volvamos a sacar nunca más este tema, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acepta, justo cuando la música cambia a algo que suena más a swing—. Además, tenemos que bailar.

Estira el brazo y me hace girar. Después me recoge de nuevo. No me lo esperaba, y lanzo un grito y una carcajada mientras me agarro a sus hombros como si me fuera la vida en ello.

—¿Qué haces? —pregunto entre risas.

—Divertirme —responde y menea las cejas arriba y abajo antes de lanzarme rodando de nuevo.

Jamás me había divertido tanto en una pista de baile, pese a estar medio convencida de que voy a romperme el tobillo en cualquier momento. Pero Flint es una excelente pareja de baile, y se asegura de que haya recuperado la estabilidad antes de lanzarme y recogerme como si fuera una muñeca de trapo. En un momento dado miro hacia la mesa y veo que Hudson sigue sentado ahí, hablando con Luca y Macy. Echo un vistazo a la pista y veo que Eden está bailando con un dragón. Su sonrisa es amistosa, pero no parece estar especialmente interesada. No puedo evitar preguntarme si tiene pensado pedirle bailar a Macy esta noche, o si no me habré imaginado que ha surgido algo entre ellas en las últimas semanas.

Los ojos de Hudson arden cerúleos y brillantes en el momento en que nuestras miradas se encuentran y, por un segundo, me quedo sin respiración. Pero entonces Flint me lanza de nuevo y el momento se rompe.

La canción termina por fin aproximadamente un minuto después, y me dispongo a suplicar un descanso cuando Flint mira por encima de mi hombro y sonríe.

—Me temo que alguien te reclama —me informa, y da un paso atrás.

—¿Por qué dices...? —Dejo la frase a medias cuando sigo su mirada y veo que Hudson está justo detrás de mí.

—¿Me concedes este baile? —pregunta, y me tiende la mano justo cuando empieza a sonar una balada lenta y sensual.

83

Atesorar o no atesorar..., esa es la cuestión que nadie se ha planteado jamás

Por un segundo me quedo tan sorprendida que ni siquiera le respondo. Pero entonces Flint me da un toque y asiento tan rápido que casi me da un latigazo cervical.

—Sí, por supuesto.

Hudson sonríe, toma mi mano y me estrecha en sus brazos. Y puede que sus movimientos no sean tan llamativos como los de Flint, pero el chico tiene estilo. Sabe cómo sujetar a una chica, cómo hacer que se sienta segura, protegida, pero también libre de moverse como quiera.

Además, cuando me aparto lo justo para menear los hombros y las caderas, me doy cuenta de que así es como ha sido Hudson siempre conmigo, con todo. Siempre está lo bastante cerca como para ayudarme si lo necesito, ya sea para aprender a encender unas velas o para intentar

aprobar un examen de Ética Paranormal o encargarse de su padre.

Deja que libre mis propias batallas, de hecho insiste en ello, pero siempre está ahí para ayudarme si lo necesito. No sé por qué no lo había visto antes.

Es un poco incómodo darme cuenta ahora, justo cuando me está abrazando tan fuerte que puedo sentir sus sólidos músculos contra mi cuerpo. Tan fuerte que temo que pueda oír los repentinos martilleos de mi corazón.

Me mira, y sus ojos son tan ardientes que me tiemblan las manos y se me cierra la garganta.

—Hudson. —Susurro su nombre porque es el único sonido que soy capaz de emitir, la única palabra en la que puedo pensar.

Veo cómo la recibe, cómo tiene que tragar saliva un par de veces antes de poder sonreír y susurrar mi nombre en respuesta.

Baja la cabeza muy muy muy despacio, y todo mi cuerpo se pone en alerta roja. Porque esto es un millón de veces diferente a lo que pasó en el bosque en los alrededores del Katmere. Aquello fue rápido, brutal, un incendio descontrolado. Pero esto... esto es una hoguera lenta y estable, la clase de fuego que se va intensificando de una forma tan gradual que ni siquiera te das cuenta de que está pasando hasta que estás casi en el punto de ebullición.

—Hudson —digo de nuevo, y mi voz suena débil y falta de aire, incluso para mí.

Él también lo nota. Lo sé porque veo que sus pupilas se dilatan de repente, porque oigo su respiración vacilante y porque siento cómo su cuerpo tiembla contra el mío.

Y entonces, justo cuando está a punto de besarme, cuando sus labios casi rozan los míos, se oye una súbita explosión justo sobre nuestras cabezas.

Hudson me rodea con un brazo protector. Ambos miramos hacia arriba para ver qué está pasando, y sofoco un grito cuando veo lo que es. En algún momento durante los últimos minutos las lámparas se han retraído, convirtiéndose en una especie de panel hueco en el techo, y ahora todo el techo se está retrayendo, apartándose para revelar el cielo y los fuegos artificiales más impresionantes que he visto en toda mi vida.

Hudson se ríe, pero yo estoy fascinada con las decenas de cohetes gigantes que estallan al mismo tiempo, una y otra vez.

—Vamos —dice Hudson, y me guía hasta nuestros amigos, que también están encantados. Incluso Flint, quien supongo que habrá visto este espectáculo muchas veces antes. Pero cuando Hudson sugiere que nos traslademos a un rincón vacío en el que se unen dos ventanales que justo dan al río..., ahí es cuando las cosas se vuelven realmente espectaculares.

Porque no solo tenemos los fuegos artificiales justo encima, sino también a nuestro alrededor, y las explosiones rojas, amarillas, verdes, rosadas y blancas se suceden sin cesar. Entonces, de repente, unas nuevas luces acompañan a los fuegos artificiales: círculos que atraviesan los estallidos y que forman las imágenes de unos dragones, coronas y llamaradas gigantes.

Es el espectáculo más increíble que he visto jamás. Parece de cuento, casi místico, y aunque Luca me explica

que son drones los que están haciendo los diseños, me da igual, me sigue pareciendo mágico.

Todo lo que respecta a esta noche lo es, especialmente cuando empieza a sonar la orquesta de nuevo y mis amigos y yo podemos bailar bajo las estrellas durante horas.

Cuando el reloj toca la medianoche, unas campanillas empiezan a tintinear por todo el salón, y miro a Hudson.

—¿Qué pasa?

Él se encoge de hombros, pero me ofrece una media sonrisa.

—Creo que ha llegado la hora del tesoro.

Todos los presentes se arremolinan frente al tesoro volador, levantan la mano hacia un elemento y esperan mientras este desciende lentamente. Se oyen risas y gritos de júbilo conforme, uno tras otro, los dragones se hacen con un sobre, una joya o una llave.

Todos se emocionan con lo que han escogido, y yo pienso con tristeza en todos los dragones que no están aquí esta noche. Me vuelvo hacia Flint y le pregunto:

—¿Son solo las familias de la Corte las que tienen acceso al tesoro? ¿Qué pasa con los dragones que viven en otra parte y que pueden no ser tan pudientes?

Flint parece ofendido.

—Para empezar, ¿un dragón no pudiente? —Hace como que se saca un cuchillo invisible del corazón—. A los dragones les encanta acumular tesoros. Está en nuestra sangre. No podemos evitarlo. De modo que todo lo que ganamos en esta vida lo acumulamos. Acumulamos riqueza de manera natural, aunque nos lleve generaciones.

Se vuelve hacia Luca y rodea sus hombros con el brazo antes de continuar.

—Pero los dragones tienen un corazón de dragón enorme. Y, aunque amamos la riqueza, amamos a nuestra familia más todavía. A nuestro clan. A nuestra gente. —Hace un gesto con la mano que engloba a los dragones emocionados que siguen seleccionando artículos del tesoro que tenemos delante—. Esta fiesta se celebra en todos los pueblos y ciudades del mundo donde haya dragones. Obviamente nadie lo hace con tanto estilo como la reina dragón y la Corte Dragontina, pero mi madre se asegura de que todos los clanes participen en el tesoro real. Cuidamos de los nuestros.

Eden interviene:

—Todos los dragones y familias poseen sus propios tesoros personales, pero también contribuimos todos al tesoro real, que luego se redistribuye durante la festividad. Los artículos del tesoro real se envían a cada celebración y se suman a los tesoros de los clanes.

Asiento.

—¿De modo que contribuir al tesoro real es vuestra manera de pagar impuestos?

Flint pone los ojos en blanco.

—Sí, pero sin la avaricia política y sin que se beneficien las familias más adineradas. Los Montgomery son la familia gobernante porque somos los más fuertes, no solo los más ricos. Y creemos que solo somos tan fuertes como nuestro clan más débil.

A Luca se le ilumina el rostro de orgullo.

—Casi haces que desee ser un dragón.

Flint le sonríe y saca pecho.

—Tal vez un día tengamos que hacerte miembro honorario.

Y así, sin más, el momento entre los dos pasa de dulce a totalmente ardiente. Eden se tose en la mano y sugiere que aún queda mucho por bailar, y todos regresamos a la pista de baile.

Pero Flint nos grita:

—¡Un momento! ¿Habéis elegido ya?

—¿El qué? —pregunta Macy confundida y bastante ojerosa por la falta de sueño. Llevamos despiertos más de veinticuatro horas ya y, entre el tenso recibimiento y el baile, estamos hechos polvo.

Flint sonríe y señala a lo alto, al tesoro, ahora más reducido, que aún flota en el aire.

—¿Vuestro tesoro?

—Ah, no es necesario... —empieza Luca, pero Flint niega con la cabeza.

—No podéis venir a la fiesta más importante para los dragones y marcharos con las manos vacías. Es algo impensable. Mi familia ha aportado suficiente riqueza personal como para compartirla con todos nuestros invitados, dragones o no. —Nos mira con los ojos entrecerrados—. Así que... elegid algo.

—Vale, vale. —Eden levanta la vista hacia el oro y las piedras preciosas que sobrevuelan nuestras cabezas—. ¿Qué me recomiendas?

—Depende de lo que quieras. —Flint también levanta la vista—. Pero yo suelo escoger los sobres. —Espera hasta que el que quiere está justo encima de él y alza la mano.

Segundos después el objeto cae directamente sobre su palma.

—¿Qué contiene? —pregunta Macy acercándose para fisgonear.

Flint se encoge de hombros, rasga la parte superior y saca lo que parecen ser unos cinco mil dólares en efectivo. Sonríe.

—Al parecer, el desayuno corre de mi cuenta.

—¿Así de simple? —pregunta Macy, negando con la cabeza, fascinada.

—Mi madre y mi padre, y los padres de mi madre antes que ellos, se esforzaron mucho para hacer de la Corte Dragontina algo formidable, independiente y rico. Para ella es muy importante poder devolverle a su gente el favor de esta manera; significa mucho para ella incluso el que haya este dinero para poder ofrecerlo. —Inclina la cabeza—. Así que… sí. Así de fácil… y así de importante.

—Y yo que pensaba que la historia de las brujas tenía un montón de minas —dice Macy—. Pero está claro que la historia de los dragones no se queda corta en cuanto a complejidad.

Entonces levanta la mano y escoge una pulsera de oro con varios dijes de piedras preciosas distintas, incluido uno con forma de lobo.

Luca escoge un bonito reloj Breitling con una correa negra de piel de cocodrilo, mientras que Eden opta por una llave.

—¿Hay alguna caja fuerte en alguna parte que se abra con esto?

Flint se echa a reír.

—No es esa clase de llave, Eden.

La dragona lo mira con recelo.

—Bueno, ¿y qué clase de llave es, entonces? Nunca había escogido una llave.

La lleva a la mesa de bebidas más próxima y hunde el llavero en una jarra con algo de agua. Todos observamos boquiabiertos cómo empieza a formarse en el llavero un logotipo dorado con dos especies de dragones y unas alas.

—¿Es una Ecosse? —pregunta Eden casi chillando—. Venga ya. Es solo el llavero, ¿verdad? No será una…

—Ah, sí, es una Ecosse —le dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Llévasela a la secretaria de mi madre mañana y te mostrará unas cuantas para que elijas la que quieras, dependiendo de las que se hayan reclamado ya a la hora que vayas.

Eden parece estar a punto de saltar de alegría, y yo no entiendo nada.

—¿Qué es una Ecosse? —pregunto.

Macy parece tan perdida como yo, pero los demás se vuelven hacia mí como si los hubiese apuñalado en la espalda… y en el corazón.

—Solo son las motos más cañeras y más caras del mundo —me explica Eden—. Con chasis de titanio, ruedas de fibra de carbono y los grafitis personalizados más increíbles del sector, bueno, a excepción de la Harley Cosmic Starship, pero nadie puede montar en eso. ¡Una Ecosse!

—¡Qué guay! —le dice Macy y le da un abrazo enorme… aunque a mí me mira como diciendo: «Tú sígueles el rollo» a sus espaldas.

—Sí, qué pasada —corroboro.

Eden pone los ojos en blanco.

—Os daré una vuelta en ella, así lo entenderéis.

—Lo estoy deseando —le digo con sinceridad. Y, sí, mis padres me prohibieron las motos, pero supongo que si puedo montar en dragón y convertirme en piedra cuando quiero, también puedo montar en moto después de todo.

—Te toca —me indica Luca, y me guiña el ojo.

Me quedo mirando las cosas que giran a mi alrededor y pienso en lo impotente y asustada que me sentí al imaginarme el dinero que haría falta para fundar la Corte Gargólica. De modo que dejo pasar todas las llaves y escojo un sobre.

Desciende hasta mi mano inmediatamente, y lo abro esperando encontrarme cinco mil dólares como Flint. Sin embargo, es un certificado de acciones.

«Vale por 1.500 acciones de Alphabet Inc.»

—¡Joder! —exclama Luca—. En serio, ¡joder! Eso es Google.

—¿Es bueno? —pregunto—. A ver, me imagino que sí, porque Google es una empresa enorme, pero…

—Y tanto que es bueno —asegura Hudson—. Si tres millones de dólares te parecen algo bueno.

Me atraganto con mi propia saliva.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—Ya me has oído. Cada acción cotiza a unos mil ochocientos dólares. Así que, sí, tienes casi tres millones de dólares en la mano.

—Lo retiro —bromea Flint—. El desayuno corre de tu cuenta.

—Eh... claro... en cuanto me sienta la cara de nuevo. O las manos. O cualquier otra parte del cuerpo. —Me quedo mirando el certificado, estupefacta—. ¿Esto es real?

—Y tan real, chica nueva. —Flint me levanta y me da unas vueltas en el aire—. Eres millonaria.

—¿En qué vas a invertirlo? —pregunta Eden con una amplia sonrisa.

—Al parecer, en invitaros a desayunar —le digo cuando empiezo a creerme que es posible que esto esté pasando de verdad—. Y en iniciar la Corte Gargólica.

—¡Sí! ¡Genial! —grita Macy.

Todos nos reímos, y entonces me vuelvo hacia Hudson.

—Te toca.

Él niega con la cabeza.

—Yo tengo todo lo que necesito. —El hecho de que me esté mirando con tanta intensidad al decirlo no me provoca mariposas en el estómago. Qué va.

Los demás protestan, y Eden finge que le entran arcadas.

Pero Flint solo sonríe y recomienda:

—Ya, bueno, entonces levanta la mano y coge un sobre para Grace. Al parecer tenemos una Corte Gargólica que fundar.

84

Las manos lentas están bien, pero a veces las manos rápidas son aún mejor

Al final Hudson levanta la mano y coge otro sobre para mí. El que elige contiene mil dólares, que a mí me alegra un montón, pero Flint empieza a abuchearlo.

Aun así el chocolate caliente y los *snacks* a altas horas de la noche corren de mi cuenta cuando subimos a la azotea un poco más tarde, después de habernos cambiado y de habernos puesto un chándal para estar más cómodos. Estamos exhaustos, pero ninguno de nosotros quiere que la noche termine todavía, y estar aquí arriba tiene algo de mágico, con la ciudad extendiéndose a nuestros pies.

Nunca había visto Nueva York a estas horas, y me sorprende lo silenciosa que es. Es como si se hubiese apagado un interruptor y la ruidosa cacofonía del día y el fervor de neón de la noche se desvanecieran durante un par de horas y solo quedase… paz.

No me viene nada mal un poco de paz en estos momentos, y a mis amigos tampoco, creo. Tenemos mucho por delante y esta noche, este momento robado en el tiempo, parece perfecto.

Sin embargo, al final todos empezamos a entrar. Flint y Luca son los primeros, con una mirada claramente íntima en los ojos. Eden es la siguiente, y Macy no tarda mucho tampoco.

Y entonces nos quedamos Hudson y yo solos en la azotea, junto con mi taza de chocolate caliente, que se enfría a gran velocidad.

—¿Quieres bajar ya? —pregunto mientras pesco la última nube que queda en mi taza.

—¿Y tú? —responde.

Debería decir que sí. Tengo frío, y la temperatura sigue bajando, pero... no sé. Hay algo especial en estar aquí en este sofá con él, con el mundo a nuestros pies y la lista de mis cantantes favoritos sonando en su teléfono, y no quiero renunciar a esa sensación. Al menos no todavía.

De modo que niego con la cabeza y me acurruco un poco más en la manta... y en él.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Mucho. Acabo de ganar tres millones de dólares. Creo que no me va mal.

Sonríe.

—Nada mal, diría yo.

—Este fin de semana está siendo surrealista.

No sé cómo es posible que empezase con su arresto y que haya acabado conmigo en esta azotea en su compañía y tres millones de dólares más rica.

—Ha sido el mejor fin de semana de mi vida —dice él tranquilamente.

Me dispongo a bromear diciendo que el que lo encarcelen a uno no suele estar en las listas de cosas que hacer antes de morir, pero hay algo en su voz, y hay algo en sus ojos cuando los dirige hacia mí, que hace que las palabras se atasquen en mi garganta.

Y cuando *Adore You*, de Harry Styles, empieza a sonar (porque siempre mete a Harry Styles en medio de una lista de reproducción solo por mí), no puedo contenerme. Me levanto y le tiendo la mano.

—Venga —susurro—. Vamos a coronar el mejor fin de semana de tu vida con un baile en la cima del mundo.

Sonríe y acepta mi mano. Después danzamos por la azotea al son de una de mis canciones favoritas, y entonces me doy cuenta de que Flint no es el único con movimientos increíbles.

—No sé dónde aprendiste a bailar así. —Lanzo un gritito cuando me da una vuelta y me atrae hacia él en un movimiento perfecto.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí —responde, y algo en su voz hace que me duela el cuerpo y que se me cierre la garganta.

Por un segundo temo formularle la pregunta que me ha invitado a hacerle, pero cuando la canción termina y me saluda con una floritura, no puedo contenerme.

—¿Como qué?

Me atrae hacia él y me abraza justo cuando *If the World Was Ending*, de JP Saxe y Julia Michaels, empieza a sonar. Su mano desciende hasta justo encima de la curva de mi

trasero y me estrecha de nuevo contra él. Después nos da la vuelta y nos dirige hacia el borde de la azotea donde las luces de Manhattan resplandecen bajo nuestros pies.

Y cuando por fin responde a mi pregunta, sus ojos son como el océano.

—Como que tengo muchas ganas de besarte ahora mismo.

Es toda la invitación que necesito. Deslizo las manos hacia arriba, las enredo en su pelo y tiro de él para atraer su boca hasta la mía.

Hudson emite un gruñido grave y me besa. Sus labios, sus dientes y su lengua devoran mi boca como si fuera el fin del mundo y este fuera el último beso que dos personas fuesen a compartir jamás.

Y yo lo devoro de la misma manera, mordiendo, lamiendo, chupando, besando y explorando cada milímetro de su boca hasta que apenas puedo respirar, apenas puedo pensar. Hasta que lo único que hago es sentir.

Sus colmillos rozan mi labio inferior y dejo escapar un gemido. Agarro su pelo con más fuerza e intento atraerlo aún más contra mí.

Es imposible, no podemos estar más pegados, pero esto provoca otro gruñido en su garganta. Y esta vez, cuando usa sus colmillos en mi labio, me da un mordisquito… y después lame las pequeñas gotas de sangre que se forman.

—¡Dios mío! —Aparto mi boca de la suya mientras todas las sensaciones que he tenido en la vida se acumulan en mi interior a la vez.

—¿Es demasiado? —pregunta, y su respiración parece tan trabajosa como la mía.

—No es suficiente —respondo, y vuelvo a sumergirme en sus brazos. En él. En la indómita e interminable incandescencia en la que nos convertimos los dos.

Desliza sus manos por debajo de mi culo, y yo me abrazo a su cuello y rodeo su cintura con las piernas. Y entonces nos desvanecemos. Salimos de la azotea y descendemos los tres tramos de escaleras hasta el pasillo que nos lleva a mi habitación.

Y todo esto sin apartar su boca de la mía ni por un instante.

85

De bocados y hueso

Creo que una parte de mí estaba convencida de que llegar tan lejos sería incómodo, que esperaba que se me hiciese raro estar en los brazos de este chico que ha vivido dentro de mi cabeza tanto tiempo. Este chico que lo sabe todo, lo bueno, lo malo y lo indiferente, sobre mí.

Pero no se me hace raro en absoluto. Se me hace... perfecto, como si este momento fuese tal y como siempre debería haber sido.

Seguimos en el pasillo, frente a mi puerta, como si Hudson tuviese miedo de lo que pudiera pasar si da ese último paso que nos lleva dentro. Pero a mí me da igual dónde nos encontramos, y desde luego no me importan nada las normas y las formalidades sociales ni nada que no implique tener su cuerpo sobre el mío. Pero me agrada que a él sí. Me agrada que quiera que esté segura.

Pero lo estoy. Joder si lo estoy. Lanzo un leve gemido y cuelo las manos por debajo de su camisa. Deslizo los dedos por su estómago, liso y duro. Después rozo sus labios con los dientes como ha hecho él antes conmigo.

Y entonces el calor se apodera de nosotros, una furiosa conflagración que nos consume a ambos y que se derrama de nuestros cuerpos e incendia el mundo entero.

Emito un gemido grave mientras me agarro a sus anchos hombros. Tiro de su camisa y clavo los dedos en la dureza de sus músculos, intentando desesperadamente atraerlo más hacia mí. Y algo parece activarse en su interior, algo salvaje, brutal y devorador.

Gruñe cuando atravesamos la puerta y, de alguna manera, consigue cerrarla al entrar. Después me empotra contra la pared más cercana, y su pecho, sus caderas y sus manos me oprimen hasta tal punto que no sé dónde termino yo y dónde empieza él.

Y, pese a todo, quiero más. Sigo implorándole, pequeños jadeos y súplicas escapan de mis labios incluso mientras me devora. Incluso mientras nos devoramos el uno al otro.

Beso a beso. Caricia a caricia.

En un momento dado aparta su boca de la mía, toma aire entrecortadamente varias veces y dice con los dientes apretados:

—Grace, ¿estás segura? Quieres...

—Sí —exhalo atrayendo de nuevo su boca hacia la mía—. Sí, joder, sí.

Si no hace algo pronto, creo que me voy a morir. Que voy a autoinmolarme aquí mismo y a arder en llamas.

Hudson ruge mientras tira de mi labio inferior con los dientes y lo mordisquea solo lo justo como para hacerme jadear y arquearme contra él. Él también jadea y, esta vez, cuando desliza uno de sus colmillos por mi labio y me lo clava un poquito, gruñe como un hombre que acaba de probar el cielo... o que está a punto de perder la cabeza.

Y me consumo por completo pensando en lo que quiero que haga. En lo que necesito que haga. Arqueo la espalda, aparto mi boca de la suya y ladeo la cabeza a modo de ofrenda.

Emite un profundo sonido gutural.

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sé perfectamente lo que te estoy pidiendo —le digo al tiempo que presiono su boca contra mi piel—. Sé perfectamente lo que te estoy rogando. Por favor, Hudson —susurro mientras el calor en mi interior amenaza con destruirme, con arrastrarme a un infierno abrasador del que es posible que jamás pueda escapar—. Por favor, por favor, por favor.

Deja escapar un leve gemido y me agarra del pelo para poder inclinar mi cabeza más hacia el lado todavía.

Espero que ataque entonces, que me destroce como una bestia frenética que nos tiene a ambos en sus garras. Pero estamos hablando de Hudson, el comedido, prudente y cuidadoso Hudson, y al parecer destrozarme no está en su programa, aunque sigue ahí, con la boca pegada a mi yugular.

—Por favor —susurro.

Desliza con suavidad los labios por mi hombro.

—Joder —gimo.

Su lengua traza delicados patrones en mi clavícula.

—Hazlo —le suplico cuando sus colmillos rozan ligeramente la piel sensible de detrás de mi oreja—. ¡Hazlo, hazlo, hazlo!

Entonces ruge. Es un sonido profundo, áspero y animal que pone todo dentro de mí en alerta máxima. Todo mi cuerpo se tensa como una cuerda floja mientras espero. Y espero. Y espero.

—Hudson, por favor —vuelvo a suplicar—. Duele. Yo...

Y así, sin más, ataca, y sus colmillos se hunden profundamente en mi garganta.

Me invade un placer incandescente y erupciono expeliendo gemidos guturales. Hudson se queda helado, como si estuviese a punto de apartarse, pero me aferro a él como una salvaje y sosteniéndolo contra mí.

Gruñe en respuesta y me agarra de las caderas mientras empieza a beber.

Y es entonces cuando grito, no de dolor, sino por la explosión que me sacude por dentro.

Pero él no para. Continúa bebiendo de mí y al mismo tiempo me acaricia todo el cuerpo. El calor no cesa, las sensaciones que inundan mis terminaciones nerviosas no desaparecen.

Solo hay fuego; llamas que incineran todas mis barreras, que destruyen cada obstáculo que interpongo y que lo absorben todo hasta que ya no puedo pensar, ni respirar. No puedo hacer nada más que arder.

Hudson debe de sentir lo mismo, porque incluso cuando deja de beber de mí, incluso cuando se aparta, cuando lame las heridas y las cierra, no cesa de tocarme. Sus manos

están por todas partes. Su boca está por todas partes, y lo único que quiero es hacerlo sentir tan bien como él me hace sentir a mí.

Agarro su camisa, se la saco por la cabeza y entonces mi boca también lo recorre por todas partes.

Gruñe y me agarra del culo de nuevo mientras nos traslada a la cama. Y cuando se tumba a mi lado, con su cuerpo largo y firme pegado al mío, nunca nada ha sido tan agradable.

Aun así, incluso cuando lo pienso me asusto un poco. Pero estamos hablando de Hudson, y todas mis alarmas me gritan que si lo dejo entrar, si lo elijo, perderlo me destruirá por completo.

Me aparto solo un segundo y Hudson se apoya en su hombro, algo extrañado pero atento.

—Es solo el vínculo —le digo.

Enarca una ceja.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Me muevo para montarme a horcajadas encima de él, con las rodillas a ambos lados de su cadera—. A todo esto. Es solo por el vínculo.

Al principio creo que me lo va a discutir, pero cuando bajo mi boca hasta la suya, sonríe contra mis labios y dice:

—Puedo vivir con eso perfectamente.

86

Besos y charlas TED

Hudson gruñe un poco, se arquea contra mí y ahora es mi turno de tomar el control. Es mi turno de besarle el cuello, la clavícula, el hueco en su garganta...

Huele de maravilla, a sándalo, a sol, a calor, a ámbar. Quiero acurrucarme en él y quedarme ahí durante todo el tiempo que este momento y este mundo me lo permitan.

Él debe de sentir lo mismo, porque no parece tener ninguna prisa por acelerar las cosas ni por moverse de debajo de mí. En lugar de eso enreda las manos en mi pelo, enroscando mis rizos en las puntas de sus dedos y nudillos hasta que está atado a mí de una manera que parece la correcta, real y aterradora al mismo tiempo.

«Es solo el vínculo», me digo a mí misma de nuevo al tiempo que meneo las caderas contra las suyas.

«Solo el vínculo», me repito cuando me inclino para besarlo y mi cabello forma la cortina perfecta que nos

separa del resto del mundo.

«Solo el vínculo», insisto mientras presiona contra mí una y otra vez hasta que empiezo a girar a través del tiempo y del espacio una vez más.

Durante largos segundos después me siento como si mi cuerpo fuera polvo de estrellas. Como si fuera pequeñas gotitas de luz, millones de minúsculas explosiones, volando, cayendo y flotando por el espacio.

Hudson me abraza todo el tiempo, con su boca suave y cálida contra la mía o besándome el hombro. Acariciándome el cuello con la nariz. Rozando con los labios la parte sensible de detrás de mi oreja.

Estoy temblando cuando por fin aparta su boca de la mía.

Él también, y su cuerpo está tan tenso como la cuerda de un arco. Pero cuando me deslizo hacia abajo y alcanzo su cinturón de Armani con unas manos cuyos dedos parecen haberse transformado todos en pulgares, tira de mí de nuevo hacia arriba y nos da la vuelta de manera que ahora es él el que está encima de mí, con su cadera perfectamente encajada entre la V que forman mis piernas.

—Eres preciosa —dice con una voz cargada de anhelo. Es la segunda vez que me lo dice y esto despierta de nuevo el deseo en mí y me hace temblar más todavía.

—Tú tampoco estás mal.

Niega con la cabeza y emite un sonido divertido desde el fondo de su garganta.

—Me alegro de que pienses que «no estoy mal».

—Bueno, es que además hueles muy bien —le digo, y finjo pensar—. Así que también tienes esa ventaja.

Ahora se ríe abiertamente, y está guapísimo. Alrededor de sus ojos se forman unas pequeñas arrugas y el hoyuelo aparece en su mejilla izquierda.

—Bueno, mientras tenga algo bueno...

—Tienes bastantes cosas buenas. —Le acaricio la espalda con las manos y me deleito al sentir su fuerza bajo las palmas y con el modo en que sus músculos se tensan y se destensan. Me deleito también en la agradable sensación de que todo esto parece encajar como pocas cosas en mi vida lo han hecho.

No sé qué significa eso, y tampoco quiero saberlo. Ya me preocuparé de investigarlo mañana. Esta noche solo quiero estar aquí con él, solos él y yo durante un rato.

—¿Ah, sí? —Alza una ceja—. ¿Qué cosas?

—Creo que mejor te lo enseño. —Sonrío y lo empujo de nuevo para tumbarlo sobre su espalda y deslizo la mano una vez más hasta su cinturón. Esta vez no me aparta.

Hudson gruñe de placer, con los ojos abiertos como platos, las pupilas totalmente dilatadas mientras se arquea contra mi boca.

Está temblando. Su respiración es superficial y tiene la piel algo colorada y algo sudorosa. Y verlo así es la cosa más sexy que me ha pasado en la vida. Incluso antes de que sus dedos se aferren a las sábanas y mi nombre se vierta de sus labios como la lluvia sobre el desierto.

Cuando ambos nos tumbamos relajados en la cama, espero que se acurruque a mi lado para dormir, pero en lugar de eso vuelve a colocarse encima y a encajarse de nuevo entre la V de mis piernas. Su rostro está a solo unos centímetros del mío, y sus dedos juguetean con mis rizos

mientras me observa con unos ojos nublados de alivio... y de algo más, pero no estoy preparada para pensar en ello.

Sin embargo me sorprende lo natural que me resulta todo esto. Es como si no fuera la primera vez que estamos así. Sé que no puede ser verdad. Sé que yo jamás le habría sido infiel a Jaxon cuando estaba encerrada en piedra.

Pero esto hace que quiera saber más, si no sobre ese período concreto, sí sobre Hudson. Y el hecho de que me esté estremeciendo con los besos que me da en el cuello no va a evitar que lo averigüe.

—¿Puedo pedirte algo? —susurro.

Levanta la cabeza para mirarme, con el ceño fruncido con curiosidad.

—Pues claro. No tienes que pedirme permiso.

—Dime algo que no sepa sobre ti.

—¿Ahora? —Parece totalmente confundido—. ¿Es que no lo estoy haciendo bien? —Se señala a sí mismo tumbado encima de mí con la boca a unos centímetros de mi piel.

Me echo a reír.

—Lo estás haciendo genial, y lo sabes.

Le cojo la mano y le beso la palma. Y observo cómo sus ojos se nublan de nuevo, lo que provoca el revoloteo de media docena de mariposas en mi estómago, incluso cuando pregunta:

—Entonces ¿por qué ahora?

—No lo sé. —Le beso los nudillos y alrededor de la muñeca—. Solo estaba pensando...

—Entonces lo estoy haciendo mal —me interrumpe bruscamente—. Creía que el objetivo era que no pudieras pensar.

—Ya, bueno, has cubierto esa parte del programa bastante bien también. Pero, en serio. —Me incorporo apoyándome en los codos—. Tú sabes tanto sobre mí, y sé que yo sabía otro tanto sobre ti.

»Pero no me acuerdo, y lo detesto. ¿Podrías...? —Mi voz flaquea cuando pienso en cuánto me habré perdido... y en cuanto sigo perdiéndome—. ¿Podrías decirme algo sobre ti? Algo que supiera y que ahora no recuerdo.

—Ay, Grace. —Deja caer la cabeza hasta que su frente descansa sobre la mía—. Pues claro. ¿Qué quieres saber?

—No sé. Lo que sea. ¿Todo?

—Eso abarca muchas cosas, pero bueno. —Me besa en los labios y se quita de encima de mí y se tumba junto a mí de lado.

—No hacía falta que te apartaras. —Lo agarro intentando volver a colocarlo donde estaba.

Se echa a reír.

—No voy a irme lejos. Pero si quieres que tengamos una conversación sincera y coherente, necesito no estar encima de ti.

—Entonces tal vez podamos tener una conversación coherente más tarde. —Una vez más intento volver a colocarlo sobre mí, pero es imposible mover a Hudson cuando no quiere moverse.

—Algo sobre mí que ya supieras. —Piensa durante un segundo—. Que he leído todas las obras de Shakespeare al menos dos veces.

—Vaya, no jodas. —Pongo los ojos en blanco—. Eso no hacía falta que me lo contaras.

—¿En serio vas a juzgar lo que decido compartir contigo? —Parece ofendido.

—Cuando se trata de algo tan obvio, pues sí. No te ofendas, pero tengo bastante claro que eres una biblioteca andante. Y no una biblioteca cualquiera. Eres como la Biblioteca de Alejandría.

—¿Crees que soy como una biblioteca que ardió hasta los cimientos? —Ahora parece más que ofendido.

—Pues resulta que en realidad no ardió hasta los cimientos —le digo—. ¿Es que no has visto el vídeo de *ted.com*?

—Me temo que me lo he perdido. —Me mira como diciendo «¿En serio?».

—Pues es una pena —le digo encogiéndome de hombros —. Era bastante bueno.

Asiente, aunque se esfuerza por no reír cuando responde:

—Eso parece.

—Una parte se quemó cuando Julio César incendió los barcos del puerto, pero hay un montón de pruebas que demuestran que algunos escritores y filósofos siguieron usando la biblioteca años después. No fue el fuego lo que acabó con ella, sino los posteriores líderes, que temían el conocimiento que albergaba.

Cuando termino, veo que Hudson me está mirando totalmente perplejo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—He de decir, Grace, que esta es una conversación de alcoba tremendamente sexy.

Se inclina para besarme, pero lo detengo poniéndole la mano en la boca.

—No. De eso nada. Nada de conversaciones de alcoba y nada de besos hasta que de verdad me cuentes algo que no sepa.

Enarca las cejas.

—¿Estás de coña? ¿Ahora rechazas mis besos?

—Eh… sí. Hasta que sigas las normas establecidas, nada de besos. —Cojo el edredón y empiezo a cubrirme con él para demostrarle que voy en serio.

Pero no cuela. Tira del cobertor azul sedoso y lo deja caer al suelo, donde no puedo alcanzarlo.

—Por si no te habías dado cuenta, no se me da muy bien seguir las normas. Además, hay muchas otras partes donde quiero besarte —dice.

Y empieza a bajarme los pantalones.

87

Cuando todas las sensaciones son demasiadas

Me despierto lentamente al sentir el sol en la cara y un cuerpo masculino largo y duro pegado a mi espalda.

No se da ese momento de sorpresa. No me pregunto qué está pasando. Desde el instante en que soy lo bastante consciente como para reconocer la sensación de su respiración sobre mi nuca, sé perfectamente qué está pasando. Estoy en la cama con Hudson.

He pasado la noche con Hudson.

Y, aunque no hubo coito anoche, hicimos un montón de cosas más. Cosas que explican de sobra lo tranquila, relajada y feliz que me siento esta mañana. Cosas que también me hacen sentir cierta ansiedad, porque es como que de repente esto parece algo serio.

A ver, sí, el vínculo siempre lo ha convertido en algo serio, pero había una parte de mí que todavía pensaba que

las cosas volverían a la normalidad. Y que entonces podría..., no sé..., ¿elegir?

No es que deteste la idea de que exista un vínculo entre dos personas, en serio. Es solo que siempre he pensado que la elección jugaría un papel más importante en todo esto. Entiendo todo lo que nos han enseñado en clase sobre el hecho de que dos personas tienen que estar abiertas a ello para que el vínculo se active, por así decirlo, pero no sé si acabo de creérmelo del todo, teniendo en cuenta que el mío con Hudson se formó cuando yo me encontraba prácticamente comatosa tras la mordedura eterna de Cyrus.

¿Significa eso que este es un vínculo real o lo habrá creado alguien como el que tenía con Jaxon? ¿Y cambian mis sentimientos en función de con quién comparta el vínculo o mis sentimientos por Hudson tienen más que ver con los tres meses y medio que pasamos juntos de lo que yo creía? ¿Acaso recuerda mi corazón algo que mi mente consciente ha olvidado?

Estos pensamientos se arremolinan en mi cabeza hasta que mi estado de felicidad se disipa bajo el peso de la ansiedad que se acumula en mi interior.

No me gusta no tenerlo claro, y me gusta menos todavía tener tan poco control sobre mi vida. En los últimos meses no he tenido casi ninguno. Desde el momento en que Lia mató a mis padres perdí las riendas. Solo quiero recuperarlas.

Hudson se mueve un poco pegado a mí y murmura algo en mi pelo que hace que me ponga tensa al instante.

—¿Qué has dicho? —pregunto mientras me doy la vuelta para mirarlo a sus adormilados ojos azules.

Espero que él también se asuste, o que al menos lo retire, pero simplemente me rodea la cintura y me estrecha contra él hasta que nuestros rostros están a apenas unos centímetros de distancia. Y, nota aparte, ¿por qué a los vampiros nunca les huele mal el aliento por la mañana? Ya sé que no se alimentan de comida, pero aun así no es justo. Yo estoy aquí intentando no abrir mucho la boca cuando lo que realmente quiero hacer es gritarle que lo retire… o que lo repita.

—No te preocupes —me pide, y aunque sus ojos están somnolientos y tiene la marca de la almohada en la mejilla, hay algo en el modo en que pronuncia las palabras que me revuelve más todavía que las palabras en sí.

—¡No me digas que no me preocupe! No si has dicho lo que yo creo que has dicho.

Suspira, se lleva la mano al pelo, sexy y alborotado.

—¿Qué importancia tiene?

Lo miro como si tuviera tres cabezas.

—Pues claro que importa. Ya hemos hablado de esto. Dijimos que era solo por el vínculo…

—No, eso lo dijiste tú —me señala incorporándose. Y cuando lo hace, las sábanas caen hasta su cadera y, con discusión o sin ella, salta a la vista que tiene un cuerpo precioso.

—¡Tú estabas de acuerdo! —le aseguro—. Tus palabras exactas fueron: «Puedo vivir con eso perfectamente».

—Es que puedo vivir con eso —me indica, y se encoge de hombros—. Eres tú la que parece estar agobiada.

—Porque has dicho... —Dejo la frase a medias. Él me mira y entrecierra los ojos como un depredador.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—¡Sabes muy bien lo que has dicho! Y no es justo...

—¿Justo? —me suelta con marcado acento británico—. Estaba medio dormido. No, no lo retiro. Estaba más dormido que despierto. No me puedes responsabilizar de lo que he dicho estando semiinconsciente.

—¡No es lo que has dicho! —Ahora estoy casi gritando, pero el pánico se ha apoderado de mí. Me clava las garras en la garganta y hace que la cabeza me dé vueltas y que los pulmones se me cierren—. Es que lo sientas.

—¿Perdona? —espeta, y sus ojos se tornan oscuros como el Pacífico durante una tormenta eléctrica—. Tú no me dices lo que tengo que sentir y lo que no.

Nunca lo había oído tan ofendido, pero eso me cabrea más todavía.

—Ya, bueno, y tú tampoco me dices a mí lo que tengo que sentir.

Ahora me está mirando como si tuviera problemas serios. Y, no voy a mentir, los tengo.

—Yo nunca he pretendido decirte lo que tienes que sentir —afirma con voz cortante como el cristal roto—. Anoche me aseguraste que para ti era todo cosa del vínculo, y yo te dije que lo aceptaba.

—¿Para mí? ¿Ahora resulta que el celo que produce el vínculo es solo cosa mía?

Por un segundo creo que Hudson va a estallar, que va a entrar en combustión espontánea de un momento a otro. Pero entonces inspira hondo y exhala lentamente.

Lo repite dos veces más antes de mirarme de nuevo y decirme:

—¿Podemos, por favor, hablar un segundo sin lanzarnos acusaciones el uno al otro?

He de admitir que agradezco que lo haya expresado de esa manera, sobre todo teniendo en cuenta que soy yo la que ha estado lanzando todas las acusaciones esta mañana.

Pero eso significa que ahora es mi turno de inspirar hondo antes de decir:

—Me has dicho que me quieres, y eso me asusta. Mucho.

—Lo siento —contesta, y deja caer los hombros hacia delante—. No pretendía decirlo. No lo habría dicho de haber estado más despierto.

—Entonces ¿no es verdad? —pregunto, y siento cómo se me cae el alma a los pies sin sentido alguno—. ¿No me quieres?

Niega con la cabeza, aprieta la mandíbula y traga saliva mientras mira a todas partes menos a mí.

—¿Qué quieres que diga, Grace?

—Quiero la verdad. ¿Es tanto pedir?

—Te quiero —afirma sin florituras, sin ceremonias. Solo dos escuetas palabras que lo cambian todo, queramos o no.

Niego con la cabeza y gateo hasta una esquina de la cama.

—No hablas en serio.

—Tú no me dices cuándo hablo en serio y cuándo no. Como tampoco me dices lo que tengo que sentir. Te quiero, Grace Foster. Te he querido desde hace meses, y te querré siempre. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Extiendo la mano, tira de mí y me coloca encima de él.

—Pero tampoco pretendo usar mis sentimientos como un arma. ¿Pensaba decírtelo? No. ¿Lamento que lo sepas? —Niega con la cabeza—. No. ¿Espero que me digas que tú también me quieres?

—Hudson... —No puedo evitar mi tono agudo a causa del pánico.

—No —añade—. No lo espero. Y no quiero que te sientas presionada a decirme algo que no quieres decir.

Las lágrimas me obstruyen la garganta y me arden detrás de los ojos.

—No quiero hacerte daño.

—Eso no depende de ti. —Levanta una mano hasta mi rostro y me acaricia suavemente la mejilla—. Tú eres responsable de tus sentimientos, y yo de los míos. Así funciona.

De alguna manera oírlo decir eso me duele más que nada. Porque sí que siento algo por él, quiera o no. Son unos sentimientos grandes, enormes, que me asustan tanto que apenas puedo respirar, apenas puedo pensar.

Quería a mis padres, y los asesinaron.

Quería a Jaxon, y lo apartaron de mí.

Si quiero a Hudson... si me permito quererlo... ¿qué me pasará si lo pierdo? ¿Qué me pasará si este nuevo mundo en el que me encuentro no me deja tenerlo?

No puedo hacer eso. No puedo pasar por eso otra vez. No puedo.

El pánico empeora. Mi garganta se cierra hasta el punto en que no puedo respirar. Me la agarro con las manos intentando absorber algo de oxígeno, pero Hudson me las

coge con fuerza, aunque trato de apartarlas para seguir agarrándome la garganta.

—Tranquila, Grace —indica con calma, y su voz es cálida, reconfortante y agradable, muy agradable—. Vamos a respirar.

Niego con la cabeza. No puedo.

—Sí que puedes. —Responde a la protesta que ni siquiera he pronunciado—. Venga, inspira conmigo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Mantén el aire. Bien. Exhala. Uno, dos, tres...

Lo hace varias veces conmigo y, cuando el ataque de pánico pasa, cuando puedo volver a respirar y a pensar, sé dos cosas.

Una, mis sentimientos por Hudson Vega son mucho más grandes de lo que jamás habría imaginado.

Y, dos, no puedo confesárselo jamás.

88

La misma clase de polvo de estrellas

—¿Estás bien? —me pregunta cuando mi respiración por fin vuelve a la normalidad.

—Sí.

—Bien. —Me sonríe al tiempo que me aparta de su regazo—. Yo debería…

Lo detengo con un beso. No uno de los besos electrizantes y abrasadores de anoche, sino uno más dulce. Un beso cálido. Un beso que pretende demostrarle todas las cosas que siento por dentro pero que no puedo decir.

—Oye. —Se aparta—. No tienes por qué hacer eso.

—Quiero hacerlo —le digo mientras vuelvo a subirme a su regazo con una rodilla a cada lado de su cadera y pego mi cuerpo al suyo—. No puedo decirte lo que siento, Hudson.

—No pasa nada —contesta, pero me coge de las caderas y sé que va a apartarme.

—No puedo decírtelo —continúo—. Pero puedo demostrártelo.

Me inclino hacia delante y, una vez más, pego mis labios a los suyos.

Durante un buen rato deja que suceda y sus labios se mueven debajo de los míos. Su boca me acaricia, me tienta, me saborea.

Y entonces se aparta, acuna mi mejilla en su mano, me besa con ternura la frente, la nariz e incluso la barbilla.

—No tienes que demostrarme nada —susurra—. No tienes que hacer nada…

—No es eso lo que estoy haciendo.

—¿Qué es entonces? —pregunta.

Hudson siempre con sus preguntas difíciles para dejar las cosas claras, para asegurarse de que estoy bien. Para asegurarse de que no estoy haciendo nada que pueda herirme o que realmente no quiera hacer.

Agradezco mucho esa parte de él, la parte que siempre cuida de mí pase lo que pase. Pero ahora mismo quiero cuidar yo de él. De los dos.

—Quiero esto —le digo, porque es fácil hablar sobre la necesidad que arde tan claramente entre nosotros—. Te quiero a ti.

Esta vez, cuando lo beso, se involucra por completo.

Y yo también, aunque no pueda decírselo. Aunque no pueda decírmelo a mí misma todavía.

En esta ocasión, cuando desliza las manos hasta mis caderas, la sensación no se parece en nada a lo que yo

pensaba que sería y a la vez es tal cual lo había imaginado.

Su boca es oscura y posesiva.

Su piel, cálida y fragante.

Sus manos, firmes pero tiernas, ahí donde tienen que estar.

Y su cuerpo, su increíble, fuerte y poderoso cuerpo, me protege, se arquea contra mí, presiona contra el mío y acepta todo lo que le ofrezco y me responde con mucho más.

Nunca nada había sido tan agradable.

Nunca nada había encajado mejor.

Y cuando se acaba, cuando mis manos por fin han dejado de temblar y mi corazón ha dejado de desbocarse, me doy cuenta de que el polvo de estrellas todavía tiene que asentarse. Todas mis piezas y todas sus piezas se entremezclan hasta que es imposible decir dónde acabo yo y dónde empieza él.

Hasta que es imposible saber qué somos, qué éramos o qué seremos sin el otro.

89

«The Big Apple Bites Back»

Hudson y yo nos hemos despertado, hemos desayunado en la cama y hemos remoloneado viendo Netflix el máximo tiempo posible, pero al final ha dicho que quería irse a su habitación a ducharse.

Ha pasado una hora desde que se ha ido cuando Macy llama discretamente a la puerta. Abro y veo que mira con disimulo hacia la cama para ver si hay alguien.

Le pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar ruborizarme un poco.

—Hudson está en su habitación, duchándose.

Sonríe y se frota las manos.

—Quiero que me cuentes todos los detalles.

Me vuelvo hacia la cama para que no pueda ver lo roja que me pongo ahora.

—Ya, pues eso no va a pasar.

Pone morritos.

—Vale. Pues cuando yo encuentre a mi compañero o compañera no pienso decirte ni una palabra.

—Hecho. —Me río.

Está a punto de desplomarse sobre la cama a mi lado, probablemente para iniciar el interrogatorio de la mejor amiga, cuando se oyen nuevos golpes en la puerta y a Eden gritar:

—¡Rápido! ¡Tengo las manos llenas!

Instantes después Macy abre y Eden entra con una bolsa de comida que huele de maravilla.

Me levanto para cogerle las bolsas. Me ha entrado un montón de hambre.

—No sé qué has traído, pero lo quiero todo.

Se echa a reír.

—Estamos en Nueva York, nena. Shawarma, patatas fritas, dolmas y tarta de queso. Todo lo que una dragona necesita para entrar en coma alimenticio. Los vampiros se lo pierden.

Vacío las bolsas sobre la cómoda y robo una patata frita. Vale, una bolsa entera.

Menos de un minuto después, Luca y Flint asoman la cabeza por la puerta.

—Joder, qué bien huele aquí —dice Flint con una sonrisa de oreja a oreja—. Eden, te quiero.

Le da un beso sonoro y gigante en la coronilla, y ella pone los ojos en blanco.

—¿Quién ha dicho que nada de esto sea para ti?

—El mensaje que me has mandado hace menos de cinco minutos en que me decías que moviera el culo y viniera a la habitación de Grace. —Levanta el móvil como prueba.

—Debo de haber tenido una experiencia extracorporal —le espeta justo antes de lanzar un sándwich envuelto al aire sin mirar.

Hudson, que acaba de entrar por la puerta, lo alcanza al vuelo y se lo arrebata a Flint en las narices.

—Eden, no tenías por qué haberte molestado —dice secamente.

—Tío. —Flint entorna los ojos—. Dame el shawarma y nadie saldrá herido.

—Uy, mira cómo tiemblo. —Hudson levanta el sándwich con una mano firme.

Le paso a Flint un trozo gigante de tarta de queso.

—Cómete antes el postre. Ya se aburrirá de atormentarte.

—¿Tú crees? —pregunta Flint vacilante.

—Sí, conmigo suele cansarse enseguida.

—Eso es porque no quiere que su compañera lo odie —señala Flint, aunque hunde el tenedor en la tarta—. Que yo lo odie o no... le da igual.

—Cierto —corrobora Hudson, y se deja caer a mi lado en la cama.

Le ofrezco un trozo de tarta de queso, y entonces caigo en la cuenta de lo que estoy haciendo.

—Perdona, se me había olvidado.

Niega con la cabeza.

—Tranquila —dice, pero hay algo en sus ojos cuando me mira, y sé que me estremece en el mejor de los sentidos.

—Bueno, esta noche ¿qué? —pregunta Macy mientras se llena la boca de patatas—. ¿Qué tenemos que ponernos? ¿Vamos a movernos mucho o...?

Flint se echa a reír.

—Probablemente no andemos mucho. Pero poneos algo cómodo. Solo aseguraos de coger una chaqueta.

Macy hace una mueca.

—Eso no me dice absolutamente nada.

—Lo sé —responde muy pagado de sí mismo.

—Luca, ¿quieres hacer algo con tu chico? —protesto.

—He hecho un montón de cosas con él —me suelta—. Así que vas a tener que ser más específica.

—¡Eh! —Flint parece avergonzado, pero también muy contento, y Macy se parte de risa, como todos los demás.

Eden incluso dice:

—Uau. —Y le choca los nudillos a Luca, que parece bastante orgulloso de sí mismo también.

Yo, por mi parte, observo la escena con una enorme sonrisa en la cara. Porque esto es justo a lo que me refería ayer cuando hablaba con Nuri. Esto es por lo que estoy luchando. Y por lo que estoy dispuesta a morir si es necesario.

90

El cielo es el límite

—Esto es increíble —dice Macy tres horas después mientras recorremos Times Square al anochecer, cuando el sol está a punto de ocultarse por completo, de modo que el cielo está repleto de tonos azules y morado oscuro.

—Lo es —digo, porque tiene algo de surrealista pasearse por Nueva York menos de una semana antes de graduarme. Y no por cualquier parte de Nueva York, sino por una de las más icónicas: Times Square y Broadway.

A mi madre le encantaban los musicales de Broadway y siempre me decía que, el verano después de mi graduación, pasaríamos una semana en Nueva York para ver *Hamilton* y *Kinky Boots* y cualquier otro espectáculo que nos apeteciera. El hecho de estar aquí ahora, tan cerca de la graduación pero sin ella, me parte un poco el corazón.

Ayer conseguí ignorar este pensamiento durante todo el día, con todo el lío de Hudson y Nuri, pero ahora que

estamos fuera del Richard Rodgers Theatre, donde se representa *Hamilton*, no puedo parar de pensar en ello.

Me resulta imposible no recordarla cantando las canciones del espectáculo en la cocina mientras extendía sus hierbas y flores por toda la mesa y elaboraba sus mezclas de infusiones.

Me resulta imposible no pensar en que no me peinará para la graduación dentro de unos días.

Me resulta imposible no pensar en lo mucho que la echo de menos... y en todas las cosas que quiero preguntarle sobre este nuevo mundo en el que estoy viviendo, incluido si ella «lo sabía». Y, si lo sabía, ¿por qué no me lo dijo?

La mayoría de los días tengo asumido que he de vivir sin ellos. Pero de vez en cuando me acuerdo tanto..., y esta es una de esas veces en las que el dolor me golpea como una piedra a la superficie del agua y forma unas oleadas que van ampliándose hasta cubrir cada parte de mí.

—¿Lo has visto? —pregunta Hudson, y entonces me doy cuenta de que he estado mirando la fachada del teatro demasiado tiempo.

—No. —Aparto la vista y la dirijo hacia el otro lado de Times Square buscando alguna otra cosa en la que concentrarme.

—Oye —empieza Hudson, y un tono de preocupación reemplaza al de ligereza que había utilizado hace unos instantes—. ¿Estás bien?

—Sí —le digo, porque es verdad.

Porque tengo que estarlo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Macy mientras admiramos la confusión de luces de neón que es Times Square. Los

carteles ocupan las fachadas de los edificios, mostrando colores e imágenes de gran tamaño. Hay gente y coches por todas partes, y el sonido de sus voces y cláxones inunda la calle. Es un caos organizado que en realidad no está tan organizado, pero de alguna manera funciona.

Sin embargo, en lo único que puedo pensar cuando observo a los miles y miles de personas que nos rodean es: ¿cómo demonios van a poder celebrar una fiesta de dragones aquí?

—Creo que tendremos que esperar a que Flint vuelva —dice Eden mientras nos apretujamos entre un puesto de perritos y un taxista que está discutiendo con un pasajero.

—Ya, pero ¿cómo van a hacer esto? —pregunto—. Hay muchísima gente aquí.

—Muchísima —repite Macy.

—Seguro que los dragones se guardan un as bajo la manga —observa Luca—. No nos habrían hecho venir aquí para nada.

—Ya —dice Macy—. Pero ¿dónde?

Nos quedamos en medio de la calle y levantamos la vista hacia lo alto del W y del Marriott Marquis y de un puñado de edificios más que no me he molestado en identificar. Los colores naranja y morado del anochecer han empezado a descender sobre los retazos de cielo que tenemos justo encima, y no puedo deshacerme de la sensación de que los dragones están ahí, en alguna parte, esperando algo. Pero no tengo ni idea de qué puede ser.

—¡Ahí está! —Luca señala hacia una parte de la calle atestada de gente justo delante del restaurante Junior’s y,

efectivamente, veo cómo Flint se abre paso entre la multitud con una enorme sonrisa en la cara.

—Perdonad —dice en cuanto nos alcanza—. Me he liado ayudando a la Corte a organizar unos detalles de última hora, pero ya está todo listo. ¿Estáis preparados?

—Mucho —le dice Macy—. Pero ¿dónde es?

Le guiña el ojo.

—Vamos. Os lo mostraré. —Y entonces atraviesa la puerta del Marriott Marquis.

El resto nos quedamos mirándonos los unos a los otros, pero al final lo seguimos a través de la puerta giratoria hacia el interior del hotel.

Hudson camina a mi lado, con las manos en los bolsillos como si hubiese hecho esto mil veces. Lo miro con las cejas enarcadas y le susurro:

—¿Has estado en esta fiesta antes?

Me mira y sonríe.

—Pues claro.

Los demás nos adelantan, y me vuelvo hacia Hudson y sonrío.

—Venga, dímelo. ¿Se celebra aquí?

—Algo así —responde, y creo que está disfrutando dándole misterio al asunto.

—¿No vas a darme ninguna pista? —suplico.

—No. —Sonríe de oreja a oreja.

—Das asco, lo sabes, ¿verdad? —bromeo.

—Esta mañana no decías eso —responde, y me guiña el ojo.

Y no tengo nada que contestar a eso. Me pongo como un tomate y, mentiría si dijera que no noté que las cosas

habían cambiado entre nosotros ayer. En el sótano, de hecho. Ambos estábamos danzando alrededor de esto que hay entre nosotros, pero sabíamos que estábamos abocados a reconocerlo antes o después.

Alcanzamos a los demás y cogemos los ascensores de cristal hasta la planta cuarenta y cinco, y cuando salimos tenemos todo el hotel bajo nuestros pies. No sé si es un tema de dinero o cosa de dragones, pero desde luego les encanta estar en las alturas.

Aquí no hay ningún salón de celebración, solo habitaciones, y estoy totalmente confundida, porque no entiendo cómo puede celebrarse una fiesta en una habitación de hotel, por muy grande que sea, como esta. Cuando Flint desliza la tarjeta por la ranura, veo que es una habitación enorme. Joder, hay incluso un piano de cola en medio del salón. Eso no se ve en un hotel de Nueva York todos los días… ni ningún día, de hecho.

La suite está repleta de gente bebiendo champán, comiendo aperitivos, riendo y aparentemente pasándoselo de maravilla. Se parece más a una fiesta privada que a una festividad general, al menos hasta que Flint nos guía hasta uno de los inmensos ventanales que da a Times Square y pregunta:

—¿Confiáis en mí, chicos?

—No —responde Hudson inmediatamente—. En absoluto.

Todos nos echamos a reír, y Hudson nos mira como sin entender cuál es la gracia. Pero, pese a su cara de póquer, detecto una pizca de humor en el fondo de sus ojos.

—Bueno, pues entonces vais a odiar esto —nos dice Flint mientras apoya una mano en el cristal… y lo disuelve justo

delante de nosotros. Y de repente estamos al borde de la habitación, a cuarenta y cinco plantas por encima de Times Square, sin una sola barrera que evite que nos precipitemos hacia nuestra muerte.

Entonces Flint da un paso adelante, hacia el vacío.

91

Las alturas de Broadway son el nuevo Off-Broadway

Luca extiende la mano para cogerlo, pero falla y también acaba precipitándose por la ventana.

Macy grita al verlo caer y, pronto, la mitad de los presentes en la habitación se reúnen a nuestro alrededor y ven cómo Luca planea, abierto de piernas y brazos, a ciento cincuenta metros por encima de Times Square. Porque no está cayendo. Solo está ahí suspendido en el aire, a los pies de Flint.

—Tranquilo, nene —dice este, y se agacha para ayudarlo a levantarse mientras los invitados a nuestras espaldas ríen divertidos. Porque, por algún motivo que no alcanzo a entender, Flint y Luca están literalmente caminando en el aire, como muchos de los demás invitados, que parecen decidir que ya ha llegado la hora de abandonar la

habitación. Veinte o treinta de ellos avanzan hacia la nada, con las enjoyadas copas de champán todavía en la mano.

Una parte de mí quiere atribuirlo al hecho de que son dragones, pero ninguno tiene las alas desplegadas. Además, Luca está ahí al lado de Flint, y sé que no puede volar.

—¿Qué está pasando? —pregunta Macy, expresando lo que pensamos todos.

—Venid a comprobarlo vosotros mismos —dice Flint. Y, aunque no estoy del todo segura, decido hacerle caso. En el peor de los casos, si empiezo a caer al menos yo tengo alas para evitar precipitarme hasta mi muerte.

Pero cuando me pongo al otro lado del borde del hotel, no es aire lo que siento debajo, sino suelo firme.

Lo cual es imposible, ya que estamos en medio de la nada. Cuando miro hacia abajo, puedo ver a la gente que va y viene por Times Square. Los carteles, el tráfico, las luces de Broadway... Todo está ahí. Estábamos ahí abajo hace tan solo unos segundos y aquí arriba no había nada. He mirado directamente a lo alto de este mismo edificio.

Y, sin embargo, aquí estamos. Hudson, Macy y Eden se unen al resto de nosotros sobre lo que parece ser una gigantesca lámina de cristal que se extiende sobre Times Square hasta la Séptima Avenida y la calle Cuarenta y Cinco. Porque veo gente, dragones, hasta donde me alcanza la vista, alineándose a los lados de las calles de cristal, esperando a que comience la acción.

Es lo más alucinante que he visto en todo un año de cosas alucinantes. Pero, de alguna manera, los dragones han conseguido dominar el aire con la magia (bueno, al

menos yo creo que es cosa de magia) para celebrar una fiesta allí arriba y que nadie pueda verla desde abajo.

Es algo genial y diabólico al mismo tiempo. Pero mola muchísimo.

—Tienes que admitir —le dice Hudson a Luca dándole un codazo— que hacen falta pelotas para hacer esto.

—Y bien gordas —responde Luca.

—¿A quién se le ocurrió algo así? —pregunta Macy—. ¿Y cómo conseguisteis llevarlo a la práctica?

Flint solo se ríe.

—No pensarías que solo las brujas pueden dominar el aire, ¿no?

—Pues... sí —contesta mi prima—. La verdad es que yo sí.

—Había oído que la Corte hacía esto —comenta Eden, y es la primera vez que la oigo tan alucinada en todo el tiempo que la conozco—. Pero la verdad es que no me lo había creído hasta ahora.

Flint extiende los brazos a los lados.

—¡Sorpresa!

—Joder, menuda sorpresa —se mofa Luca sonriendo tanto como Flint.

—¿Vamos a buscar un sitio? —propone el dragón.

—¿No tienes tareas reales que hacer aquí? —pregunto señalando hacia lo que parece el escenario principal del evento.

—Luego —responde—. He pedido ausentarme de las tareas iniciales para poder entretener a nuestros invitados reales. —Nos señala a Hudson y a mí.

Hudson suelta una carcajada.

—Menuda excusa.

—Desde luego —admite Flint—. Pero me ha librado de todo ese paripé. Venga, vamos. La fiesta empezará dentro de unos cinco minutos, y quiero poder verla.

Nos guía lejos del hotel y un poco más allá de la manzana, hasta una zona Vip acordonada. Sigue habiendo mucha gente, pero no tan amontonada como en otras zonas de la calle, de modo que nos colamos por debajo de las cuerdas agradecidos.

Debemos de llegar justo a tiempo, porque en cuanto nos colocamos tras la cuerda, la música comienza. Al principio lo hace tan bajito que apenas se oye, unos carillones giran en el aire. Después se vuelve más fuerte y las campanas y las flautas se unen a los carillones. Luego lo hacen los instrumentos de viento madera y, finalmente, se encienden unos haces de luz mientras la música aumenta de volumen y coquetea con la audiencia que baila en el aire.

Es preciosa, una de las músicas más bonitas que he oído en mi vida, pero no la reconozco en absoluto.

—¿Qué es? —susurro para no romper el hechizo que nos envuelve.

—Es una canción dragontina —responde Hudson con solemnidad—, pero en forma musical.

—No sabía que eso existiera.

—Pues sí. Pídeles a Eden o a Flint que te la canten algún día. Te quedarás alucinada.

Conforme la música se intensifica, los primeros artistas comienzan lo que empiezo a intuir como un enorme desfile. Dragones con forma humana realizan acrobacias aéreas, haciendo volteretas y volando, ondeando y haciendo

zigzaguear cintas a su alrededor mientras avanzan por la calle. Con las caras pintadas con un maquillaje muy elaborado y vestidos con leotardos coloridos, faldas de gasa y sobrecamisas, son el epítome de una delicadeza que no sabía que tuvieran los dragones.

A medida que van avanzando por la ruta, la música cambia, se vuelve más acentuada, más exigente, más poderosa. Y justo cuando alcanza un *crescendo*, los dragones se abalanzan desde lo alto de los edificios más altos que nos rodean y se precipitan hacia el centro de la calle.

El cielo se ilumina cuando el fuego y el hielo salen disparados en todas las direcciones. Los dragones corren por la calle de cristal y entonces ascienden alto, alto, alto, solo para realizar las caídas en picado, los giros y las volteretas más increíbles mientras regresan a nuestra altura a velocidades que desafían a la muerte.

Y lo repiten una y otra vez, y cada caída se torna más peligrosa que la anterior. Después la música cambia de nuevo, vuelve a recuperar ese sonido ligero y etéreo del principio. Pero no acabo de distinguir los instrumentos de esta canción y, cuando los dragones aparecen, entiendo por qué. Son todo hembras, todas con forma humana, y están cantando..., esta es la canción dragontina que Hudson me ha mencionado antes, y es tan hermosa que se me humedecen los ojos.

—Tenías razón —le susurro, y se me quiebra un poco la voz.

Me sonríe, y es un gesto tierno, no mordaz como el que suele mostrar. Y, aunque me he esforzado por contenerlas,

debe de ver las lágrimas que se me habían empezado a formar en los ojos porque me rodea los hombros con el brazo y me cobija en su cuerpo.

—Esto es increíble —dice Macy cuando las cantarinas dragonas avanzan.

—Sí que lo es —le digo—. Nunca había visto nada igual.

Pero entonces más dragones descienden hacia la ruta del desfile. Grandes, fuertes y poderosos, lanzan viento hacia la audiencia. El fuego danza justo por delante de las cuerdas que nos mantienen fuera de la vía.

Uno de los dragones arroja una bola de fuego en nuestra dirección. Sofoco un grito y me aparto, pero Flint solo se ríe. Justo antes, otro dragón lo recoge del aire y transforma el fuego en un aro gigante. Pronto hay una docena de aros de fuego alineados en el centro de la calle, uno detrás del otro, y los dragones se turnan para atravesarlos volando mientras estos se vuelven cada vez más estrechos.

Tras ellos llegan los dragones más jóvenes. Niños y niñas pequeños recorren el desfile en forma humana y lanzan puñados de piedras preciosas y monedas de oro al público.

Espero que la gente se abalance para cogerlas (los humanos se pisarían los unos a los otros para intentar hacerse con un diamante del tamaño del puño de un bebé o un zafiro tan azul que casi parece negro), pero los dragones parecen tomarse las cosas con calma, como si supieran que todo aquel que quiera algo va a conseguirlo antes de irse.

Después aparecen más dragones volando y unos rayos estallan en el cielo sobre nuestras cabezas. Son unos rayos muy intensos, fuertes y brillantes, y no puedo evitar mirar abajo para ver si la gente de la calle ha visto u oído algo.

Pero nadie parece levantar la vista. Es como si de verdad estuvieran solos ahí abajo, sin nada más que el cielo sobre ellos.

Cuando los dragones de los rayos avanzan, los fuegos artificiales empiezan a estallar, tan grandes y brillantes como los de la noche anterior sobre el Hudson. Supongo que esto marca el final del espectáculo, pero, entonces, en medio de todas las detonaciones, un grupo de dragones dorados empieza a volar por la Séptima Avenida a una velocidad que no creía que fuera posible alcanzar.

Llegan de un extremo al otro en un abrir y cerrar los ojos, y luego vuelven atrás, esta vez lanzándose algo que se parece muchísimo al cometa del Ludares.

Avanzan tan deprisa, vuelan tan recto y arrojan la bola con tanta fuerza que apenas puedo ver el borrón del cometa cuando sale de las garras de un dragón para acabar en las de otro. Y así, una y otra vez, se pasan el esférico como si estuvieran jugando el Ludares de sus vidas.

—¿Quiénes son? —pregunta Macy con la voz cargada de emoción mientras los dragones dan media vuelta para hacer otra ronda más por la calle.

—Son los Dracos Dorados —dice Eden, y salta a la vista la veneración y el respeto que les tiene—. Son los dragones mejor entrenados del mundo, y viajan por todas partes, haciendo espectáculos y ayudando a entrenar a otros dragones.

—El primer equipo de Dracos Dorados se formó hace más de mil años —me explica Flint, y detecto una reverencia similar en su voz—. Cuando el Ludares era más que un juego de niños. Cuando participar en él decidía no

solo quién entraba en el Círculo, sino también quién vivía y quién moría. Los dragones aportaban a sus mejores voladores al equipo para ser entrenados y, de forma lenta pero segura, nos ayudaron a salir de la oscuridad y de la pobreza. Nos ayudaron a recuperar nuestro estatus y a convertirnos en la Corte Dragontina que ahora es capaz de organizar todo esto.

Una vez más, los Dracos Dorados dan otra vuelta y, cuando salen disparados hacia la calle Cuarenta y Cinco, lo hacen tan rápido que rompen la barrera del sonido y una enorme bomba sónica resuena desde el otro extremo de la calle, tan sonora y evidente que incluso los humanos del suelo se sobresaltan y empiezan a buscar la fuente del estruendo.

El resto de nosotros estallamos en aplausos que duran hasta que unos nuevos fuegos artificiales empiezan a estallar sobre nosotros, tan rápidos e intensos que iluminan toda la calle y hacen que parezca que llueve oro del cielo.

92

Todo está en el aire

Cuando el espectáculo termina por fin, Flint acude a la línea de recepción con sus padres; es un trabajo extenuante en el que Nuri, Aiden y él deben permanecer en el estrado oficial saludando a todo aquel que quiera acercarse a conocerlos o a hablar con la familia real. Dice que probablemente se pase allí el resto de la noche, y nos anima a dar una vuelta y explorar la fiesta.

Luca lo acompaña (menuda sorpresa), de modo que el resto de nosotros recorremos la calle Cuarenta y Cinco de cristal para ver qué encontramos.

La respuesta: muchas cosas.

El motivo por el que la ruta del desfile avanzaba por la Séptima Avenida es porque la calle Cuarenta y Cinco está repleta de puestos de dragones que venden de todo, desde instrumentos para cuidarse las garras hasta pastillas para aumentar el fuego. Aunque no tenemos necesidad de

ninguna de estas cosas, sí encontramos un montón de cosas divertidas que ver, probar o comprar.

Hudson encuentra unos antiguos vinilos e insiste en que los necesita en su colección, «Straight Outta Compton», de N.W.A, y «Graceland», de Paul Simon. Macy compra unas velas de aliento de dragón, e incluso Eden adquiere un par de brazaletes de cuero para las muñecas de los que se queda prendada al instante.

Yo no veo nada que quiera hasta que llegamos al puesto de un caricaturista. Y entonces les ruego a los tres que posen conmigo. Me cuesta convencerlos, pero al final acceden. El artista tarda unos cinco minutos en retratarnos y, cuando termina, el corazón casi se me sale por la garganta.

Ha representado a Hudson como una especie de *manager* de una banda paranormal, con el pelo muy de punta y los colmillos extralargos, mientras que nosotras tres somos la banda de chicas. Macy está delante, con los ojos muy abiertos y llenos de emoción, cantando al micrófono. Eden está a su derecha, soplando un saxo y mirando hacia un lado con una expresión de sospecha muy parecida a la suya, y no puedo evitar quedarme impresionada. Yo, por el contrario, aparezco agitando una pandereta. Pero en lugar de mirar al público, miro a Hudson con ojos seductores, y él me devuelve la mirada.

Macy y Eden se ríen al ver la caricatura, pero Hudson se queda tan callado como yo, lo cual hace que me sienta más cohibida todavía. Al final la enrollo y me la guardo en la mochila para analizarla más tarde. Después de todo, el

objetivo era tener un recuerdo divertido de la noche, ni más ni menos.

Flint nos escribe unas dos horas más tarde para decirnos que sigue liado, y nos da indicaciones de distintos puntos en la calle Cuarenta y Cinco y la Séptima Avenida donde hay puertas de acceso para regresar a la calle. Pero acabamos siguiendo el festival dragontino hasta el final de Broadway, hasta el edificio de Flint, que son unos cinco kilómetros en total. No pretendíamos llegar tan lejos, pero es tan divertido ir por ahí mirando los puestos, siendo personas normales sobre quienes no recae el peso del mundo, que es imposible resistirse.

Cuando llegamos al espacio aéreo delante de la Corte Dragontina, encontramos un DJ y una especie de pista de baile justo fuera. Hay mucha gente y parece muy divertido. Pero todos tenemos sed después de la caminata y de las cosas de picar que hemos ido comprando por el camino, de modo que nos aproximamos a una barra cerca del edificio y nos sentamos unos minutos para beber un poco de agua y ver qué hace todo el mundo.

Unos diez minutos después de conseguir nuestras bebidas, veo que Macy no para de mover los hombros y los pies como si quisiera bailar. La antigua Macy, antes de lo de Xavier, habría salido disparada hacia la pista de baile sin pensárselo dos veces. La nueva Macy es más cauta, menos aventurera, y aunque la quiero a muerte, o tal vez por eso mismo, esto me entristece muchísimo.

Estoy a punto de levantarme y pedirle que baile conmigo, pero Hudson se me adelanta. Aunque la pilla por sorpresa,

mi prima se pone muy contenta y deja que la guíe hasta la pista de baile.

Escogen un sitio no muy alejado de Eden y de mí, y no puedo evitar observarlos. No puedo evitar ver lo bueno que es Hudson con Macy, lo cuidadoso, lo cálido y lo auténtico que es. Me resulta increíble que, después de todo por lo que ha pasado, de todo lo que ha sufrido, haya sido capaz de acabar convirtiéndose en un tío tan de puta madre.

A ver, sí, es ácido y sarcástico y siempre está malhumorado, sobre todo cuando cree que he hecho algo para ofenderlo deliberadamente. Pero cuando veo cómo cuida de Macy, cómo intenta animarla solo porque estar triste es un asco, no puedo evitar pensar en lo increíble que es. Ha tenido una vida de mierda (creo que todo el que lo conozca estará de acuerdo con esto), pero en lugar de volverse frío y despiadado todavía recuerda lo que se siente al sufrir y, gracias a esa empatía, procura no hacer nada que pueda dañar a los demás si puede evitarlo.

Es difícil no respetar eso, y más difícil todavía no enamorarse de él al menos un poco. Y cuando sonríe a mi prima y se echa a reír, lo siento en todo mi cuerpo.

—Es un capullo solo en la superficie, ¿verdad? —pregunta Eden, y veo que está observando a Hudson y a Macy casi tan atentamente como yo.

—De hecho, yo no creo que sea un capullo en absoluto. —Y menos ahora que mira a Macy como si fuera un hermano orgulloso. O cuando se ríe de sí mismo como ahora, cuando las notas de *Cupid Shuffle* empiezan a sonar y él intenta enseñarle lo que tiene que hacer—. Distante, sí. Capullo, no.

Ahora Macy se ríe también, se ríe con ganas por primera vez en mucho tiempo. Y es entonces cuando caigo. Hudson siente la misma debilidad que yo por la gente que le importa. Solo que lo oculta mejor.

Cuando todos en la pista de baile se ponen en línea y empiezan a hacer el baile de *Cupid Shuffle*, agarro a Eden de la mano y digo:

—Venga, vamos.

Pensaba que iba a negarse, pero sonríe tanto como yo mientras corremos a la pista de baile. Nos colocamos junto a Macy y Hudson justo en la parte que dice *«to the right, to the right, to the right…»*.

Se nos da fatal. La mitad del tiempo Hudson va en la dirección equivocada y, cuando no es así, Eden va hacia atrás en lugar de hacia delante, pero no importa. Macy y yo intentamos que sigan una especie de orden, pero al final acaban haciendo lo que les da la gana, y es genial.

Cuando la canción termina y *Slow Hands*, de Niall Horan, empieza a sonar, nos emparejamos de manera natural y de repente estoy entre los brazos de Hudson. Y me doy cuenta de que llevo todo el día pensando en ello. Llevo todo el día pensando en él, toda la semana, todo el mes, aunque es lo último que esperaba que sucediera.

Y cuando me mira con esos ojos infinitos, tan profundos y azules, no puedo sino derretirme.

No puedo sino arder.

Incluso antes de que me estreche contra su cuerpo. Incluso antes de que pegue su cuerpo, largo y fuerte contra el mío. Incluso antes de que nos aparte de la pista de baile, y cuando miro hacia abajo veo que…

—Estamos bailando en el aire —susurro cuando me recorre otra oleada de calor.

Él sonríe, me abraza con fuerza y empezamos a dar vueltas por la pista de baile.

—Ahora ya sabes lo que se siente.

—Lo que se siente ¿cómo?

—Estando cerca de ti.

Todo en mí se detiene ante esta confesión, y me pego a él más todavía porque necesito notarlo contra mí.

A él debe de pasarle lo mismo, porque me estrecha con fuerza y me levanta y me levanta hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura y nuestros hombros, nuestras caderas y nuestros muslos están totalmente pegados.

—Hola —murmuro cuando su boca planea a unos milímetros de la mía.

—Hola —responde mientras rodeo su cintura con las piernas de forma instintiva.

Se estremece y sus ojos se oscurecen, sus pupilas se dilatan hasta que apenas queda ni rastro del iris azul.

—El mundo entero desaparece cuando estás cerca de mí, Hudson —musito con la respiración entrecortada—. ¿Estamos solos?

Emite un grave sonido gutural al escuchar mi pregunta, y la dolorosa necesidad tiembla entre nosotros.

—Todavía no.

Todo en mi interior se detiene, como si todo mi ser estuviese conteniendo la respiración, esperando su próximo movimiento.

Y así, sin más, empezamos a movernos, nos desvanecemos en el aire, descendemos por la rampa de acceso y, después, por las escaleras que llevan a mi habitación, en ese silencioso y perfecto espacio de tiempo que hay entre una respiración y otra.

93

Las crisis existenciales no son para tanto

Los seis pasamos el día siguiente en Nueva York, más por necesidad que por un deseo de permanecer aquí y darle a Nuri la oportunidad de golpearnos de nuevo. Pero Luca y Hudson han estado bebiendo sangre humana desde que llegamos (Hudson más que Luca, evidentemente) y eso significa que no podemos viajar hasta que oscurezca.

Eden y Macy aprovechan el tiempo recorriendo la ciudad en la nueva Ecosse de la dragona, mientras que Flint y Luca tienen una gala a petición real con Aiden y Nuri. El rey y la reina quieren conocer al novio nuevo en privado, cosa que me parece de lo más normal.

De modo que Hudson y yo nos quedamos en mi habitación todo el día, viendo pelis y hablando de todo y de nada. En mi vida antes del Katmere me gustaba mucho leer. No he tenido mucho tiempo de hacerlo desde que la

mitad del mundo paranormal me ha pintado un objetivo en la espalda, pero está bien permanecer en la cama y charlar con Hudson sobre Hemingway (un auténtico misógino, me da igual lo que diga), Shelley (Percy, no Mary: no importa lo brillante que seas si eres un capullo total) y sobre su gran pasión por los existencialistas franceses (nada puede ser tan malo como ellos creen que lo es todo).

—En serio, si nada importa, ¿por qué tienen que pasar tanto tiempo lloriqueando al respecto?

—Yo no diría que lloriquean —me contesta Hudson, y veo que le he tocado la fibra sensible. Este es el chico que leía de forma pasivo agresiva *A puerta cerrada* cuando estaba atrapado en mi cabeza y enfadado conmigo por besar a su hermano.

Pero no pienso ceder en esto.

—Lo que tú digas. «Cualquier cosa, cualquier cosa sería mejor que esta agonía de la mente, este dolor creciente que muerde, hurga, acaricia a uno y nunca duele lo suficiente» —le digo citando a Sartre, y pongo los ojos en blanco.

—Bueno, vale, igual ese es un poco llorica. —Se ríe—. Pero no son todos así.

—«Es cierto que no podemos escapar a la angustia, porque nosotros somos la angustia» —le espeto—. Sigue defendiéndolo. Podemos seguir así todo el día.

Hudson levanta las manos en el gesto universal de rendición.

—Tú ganas. A lo mejor es que yo también tenía muchos motivos para ser algo llorica antes.

—¿Antes de qué? —pregunto.

No responde, solo niega con la cabeza. Pero me está mirando con ternura e intuyo perfectamente aquello que no dice: «Antes de mí».

Y no sé qué responder, así que no digo nada. Solo me inclino y lo beso y lo beso y lo beso, hasta que Flint llama a la puerta una hora después y dice que es hora de irse.

Se me revuelve el estómago y siento cómo vuelve mi familiar ansiedad. Hemos estado viviendo tiempo prestado, pero ya se ha agotado. Hudson y yo decidimos no fastidiarle a nadie este tiempo en Nueva York hablando de la cárcel o de la Anciana. Ya les contaremos a todos lo que Nuri me explicó mientras cenamos una vez que hayamos regresado al Katmere.

Entonces ¿por qué tengo esta sensación tan horrible en el estómago que me dice que hemos esperado demasiado?

Apenas hemos entrado por la puerta del Katmere cuando Jaxon salta cuatro tramos de escaleras y aterriza a nuestros pies.

—Qué dramático —suelta Hudson mientras Mekhi las desciende a un paso mucho más relajado.

Jaxon muestra los dientes en un gesto que no se parece en nada a una sonrisa.

—He hablado con Delilah por vosotros, pero si preferís no saber lo que me ha dicho, puedo volver a mi cuarto.

—Yo preferiría no oírlo —murmuro por lo bajini.

Pero por lo bajini no existe en presencia de los vampiros, y Hudson me mira mal.

—No la juzgues hasta que lo sepas todo.

—¿Lo que ha tenido que soportar? —se burla Jaxon, que es básicamente lo que yo estoy pensando, pero no pienso

decirlo.

Hudson pasa de él y me habla a mí.

—No voy a defenderla. Ella se lo buscó todo cuando eligió a Cyrus. No podía irse, pero me protegió de la mejor manera que pudo. Soportó mucho más de lo que te puedas llegar a imaginar.

—Al igual que yo —le espeta Jaxon, y ladea la cabeza para mostrar la cicatriz que atraviesa su mejilla—. Y no tengo tiempo de pensar en todo lo que ha hecho por ti. Estoy demasiado ocupado recordando lo dispuesta que estaba a destruirme por tu causa.

Hudson mira la cicatriz, pero sigue pareciendo querer discutir. Le pongo la mano en el codo, con la esperanza de que no lo haga. Sin embargo, al final pregunta:

—¿Qué mensaje envía?

—«Aparenta ser débil cuando eres fuerte.»

—Vale, gracias. —Hudson suspira y se pasa una mano cansada por la cara—. ¿Puedes transmitirme de una vez su mensaje para que podamos irnos a la cama?

—Eso es todo —dice Jaxon, y sus ojos no son más que dos fosas negras cuando repite—: Es todo lo que ha dicho.

—¿Ya está? ¿Te ha convocado en la Corte para darte una cita de *El arte de la guerra*? —pregunta Hudson.

Y no me queda más remedio que reírme, porque parece estupefacto ante todo este asunto. No solo porque su madre le haya enviado esa cita tan extraña, sino también por la idea en sí de parecer débil a propósito. No creo que pudiera hacerlo ni aunque se lo propusiera.

—Pues no sé. —Hudson se encoge de hombros—. A mí me parece una gilipollez.

El hecho de que evite deliberadamente mirar a Jaxon evidencia que piensa que su hermano le está tomando el pelo.

Pero no creo que Jaxon hiciera algo así. El hecho de que haya ido a la Corte dos veces y se haya enfrentado a su madre en las dos ocasiones lo dice todo sobre cuánto quiere ayudar a Hudson, diga lo que diga.

—Pues a mí no —opino, y me interpongo entre ellos en un intento de relajar la tensión que emana de ambos—. Creo que igual significa que está intentando parecer débil ahora para que tu padre no se dé cuenta de que todos confabulamos contra él, incluida ella. —Esto último se me atraganta un poco, pero tal vez Hudson tenga razón sobre ella. Solo tal vez. Jaxon resopla y Hudson entorna los ojos, pero ninguno de los dos le dice nada al otro—. Además —continúo—, en todo caso podrás preguntárselo cuando venga a la graduación dentro de unos días.

En cuanto pronuncio estas palabras sé que son un error. Incluso antes de que los ojos de Hudson se oscurezcan ante la idea de que sus padres vayan a venir al Katmere o, mejor dicho, su padre. Jaxon reacciona igual de mal y dice:

—Qué suerte tenemos. —Y se dirige hacia las escaleras —. Y ahora que he entregado el mensaje, me voy a dormir.

—No puedes —interviene Luca por primera vez—. Acabamos de volver para ducharnos y comer algo. Salimos de nuevo dentro de una hora, tenemos que vencer al sol.

Jaxon lo mira con los ojos entrecerrados, como si estuviera pensando en qué se sentiría al arrancarle a Luca las extremidades una a una. Luca le mantiene la mirada

durante unos segundos y finalmente baja la vista. No se lo reprocho.

Este Jaxon es imposible de desafiar.

Pero Mekhi da un paso adelante unos segundos después y pregunta:

—¿Adónde vais ahora?

Ahora que la tensión entre los dos hermanos parece haberse roto un poco, los otros se acercan.

—Tenemos que ir a ver a una bruja acerca de la cárcel —le dice Flint—. Mi madre cree que podría ayudar a Hudson a escapar. —A Jaxon parece no importarle demasiado liberar a Hudson de la cárcel, y la mirada que le lanza a Flint como diciendo: «¿Y...?» así lo indica—. Vale, olvídate de Hudson. Creo que todos estaremos de acuerdo en que ahora necesitamos la Corona más que nunca para detener a Cyrus. La reina vampiro está enviando mensajes codificados. —Flint enarca ambas cejas como diciendo: «¿No os parece muy extraño?».

Jaxon suspira y se vuelve hacia mí.

—¿Una bruja? ¿Qué bruja?

—Nuri se refirió a ella como «la Anciana» —le explico—. Dice que hace mucho tiempo que nadie la ve, pero que ayudó a construir la cárcel y que quizá podría darnos algún consejo.

—Y ¿qué? ¿Vamos a salir corriendo y a confiar en esa bruja solo porque la madre de Flint nos ha dicho que lo hagamos?

—¡Oye! No es más ilógico confiar en una buja que confiar en un vampiro —le suelta Macy indignada.

Jaxon le lanza una mirada adusta.

—Y ¿cuándo he dicho yo que confíe en los vampiros?

—Tenemos que confiar en alguien —le digo.

—Y ¿crees que una mujer llamada «la Anciana» es la persona ideal con la que empezar?

—¡No es necesario que vengas! —ruge Hudson.

—Uy, por supuesto que voy —responde Jaxon—. Está claro que vais a necesitar que alguien os salve el culo cuando todo vaya mal.

—¿Por qué crees que va a ir mal? —pregunta Eden.

—Creo que la pregunta más adecuada es: ¿cómo narices es posible que vosotros no lo penséis?

94

No todo lo que es de azúcar es dulce

Tengo que concederle a Nuri este crédito: las coordenadas que nos dio para encontrar la casa de la Anciana no podían ser más exactas, aunque todos dudamos de ella cuando las buscamos porque, según Google Maps, ahí no había nada. Pese a todo, decidimos arriesgarnos a ir.

Y, efectivamente: Nuri 1, Google 0.

Puesto que Macy nunca ha visitado a esta bruja y no queríamos arriesgarnos a preguntarle al tío Finn, no hemos podido crear un portal y hemos tenido que montar a lomos de los dragones de Flint y Eden. Ha sido un vuelo frío y largo, pero al menos he tenido mucho tiempo para pensar.

Hudson se ha pasado una hora intentando disuadirnos de ir, insistiendo en que la Anciana iba a pedir un precio que jamás nos permitiría pagar para salvarlo. Pero yo no encuentro otra manera de llevar a cabo nuestro plan. Cyrus

iba a meterlo en esa cárcel de un modo u otro. Supongo que el verdadero motivo para dar la orden de arresto era que Hudson es demasiado poderoso como para dejar que siga en el tablero para el movimiento que Cyrus tenía pensado hacer después. Y aunque odiamos admitirlo, el rey vampiro está planeando algo. No podemos permitirnos de ninguna de las maneras que se haga con el Katmere.

De modo que, sí, necesitamos a la Anciana para evitar que Hudson y yo pasemos toda una vida de torturas en esa cárcel. Para mí solo eso ya es una victoria. Pero si tenemos suerte y logramos liberar también al herrero, liberar a la bestia, encontramos la Corona y evitamos la guerra..., pues eso ya sería la victoria de las victorias. Y hay que intentarlo cueste lo que cueste.

Me estremezco, y Hudson me abraza la cintura con más fuerza. Se inclina hacia delante y me dice al oído:

—Todo irá bien.

Asiento y aprieto brevemente nuestro vínculo.

Esta es una conversación que no puedo tener con él. Por una vez Hudson se niega a enfrentarse a algo, lo cual debería ser mi primera pista de hasta qué punto cree que esta excursión va a acabar mal. Pero tenemos que averiguar cuál es el precio por salir de la cárcel. ¿Qué estaría dispuesta a sacrificar por salvarlo?

«Todo.» Siento la respuesta en mis nervios, lo cual debería darme la primera pista de lo mal que se van a poner las cosas. Sin embargo, levanto la vista, miro a todos mis amigos y me doy cuenta de que mi respuesta sería la misma para cualquiera de ellos. Esta es mi familia ahora, y los protegería a toda costa.

Circunvolamos la isla una vez, para hacernos una idea del terreno. No es que haya mucho que ver, excepto una casa gigante justo en medio de la isla. Y, para ser sincera, llamarlo «casa» es como llamar «pensión» a un hotel de cinco estrellas. Es un pedazo de mansión en medio del océano Pacífico.

Me gustaría dar unas cuantas vueltas más para decidir cuál es la mejor manera de acercarnos a la casa; me da un poco de cosa después de la experiencia con la mujer del herrero. Pero hemos estado compitiendo contra el alba en el horizonte, lo que significa que Hudson y Luca se están quedando sin tiempo. Al menos Macy podrá construir un portal para volver al instituto cuando hayamos acabado aquí.

Flint y Eden son los primeros en descender, y Jaxon permanece en la retaguardia. Es bastante evidente que a Hudson le cabrea que Jaxon pueda «flotar» mientras él tiene que volar a lomos de Flint. Normalmente se desvanecería, pero ni siquiera Hudson Vega ha descubierto cómo atravesar el océano corriendo todavía. Me he ofrecido a montar también, y con eso parece haberse conformado algo más. La verdad es que creo que aún no tengo los músculos de la espalda lo bastante fuertes como para aguantar un vuelo transpacífico, y me preocupaba retrasar a todo el mundo.

No obstante, Hudson no le dice nada a Jaxon cuando bajamos al suelo y nos quedamos mirando la casa. Pero estoy convencida de que eso tiene más que ver con la casa en sí que con cualquier posible contención por su parte hacia su hermano pequeño.

—No soy yo sola, ¿verdad? —pregunta Eden—. ¿Vosotros también lo veis?

—Cuesta no hacerlo —dice Mekhi con los ojos más abiertos que nunca.

—¿Cómo definirías exactamente este tipo de arquitectura? —plantea Flint observando a Macy.

—¿Por qué me miras a mí? —dice ella—. ¿Te parezco alguien que viviría en una casa como esta?

—Entonces ¿no es una cosa de brujas? ¿No vivís todas en casas como esta? —pregunta Luca levantando las cejas.

—Yo vivo en un castillo, gracias. El mismo castillo en el que vivís todos, por cierto, por si se os había olvidado.

—Ya, pero es una elección, ¿no? —continúa Flint captando cada detalle del exterior de la casa con la vista—. Una casa como esta no se construye por accidente.

—¿Crees que habrá un horno dentro? —quiere saber Mekhi—. ¿Deberíamos preocuparnos por si tiene horno?

—Seguro que tiene horno —le contesto—. Casi todo el mundo tiene uno.

—A lo mejor ella prefiere la parrilla —sugiere Hudson seco.

—¿Eso existe? —pregunta Flint mirándonos a todos con ojos nerviosos—. ¿Morir emparrillado?

—Eres terriblemente impresionable para ser un dragón —observo.

—¿Qué significa eso? —dice con voz aguda; es evidente que se siente insultado—. Yo no voy volando por el campus asando a la barbacoa a los animales salvajes con mis llamas.

—Creo que hay un horno pizzero —señala Jaxon sumándose al hilo de la conversación anterior sin pestañear —. Me ha parecido ver uno en la parte trasera desde el aire.

—En tal caso, vamos —propone Eden, y empieza a dirigirse hacia la puerta—. Esas cosas se calientan mucho, así que al menos sabemos que será rápido.

—¿Cuánto se calientan? —indica Mekhi mientras la sigue por el camino bordeado de flores.

—¿Alguien ha decidido cómo se llama este tipo de arquitectura? —pregunta Flint de nuevo al observar con la boca abierta las farolas adornadas con lazos que circundan el césped, cada una con una bombilla de color diferente en lo alto.

—¿Casita de jengibre? —suelta Eden.

—Más bien mansión de jengibre —dice Hudson mientras sube las escaleras hasta la puerta principal.

—¿Villa de jengibre? —sugiero yo cuando subo tras él.

—Hotel de esquí —señala Luca—. En una isla tropical.

—Y ¿en qué lo convierte eso? —dice Flint.

—En un desafío arquitectónico —susurro yo cuando por fin llegamos a la puerta principal.

—¿Es demasiado temprano para llamar? —quiere saber Macy—. Sé que necesitamos evitar que a Luca y a Hudson les dé el sol, pero ¿y si está dormida?

—No estoy dormida —dice una voz ligera y melodiosa justo detrás de nosotros. Nos volvemos y nos encontramos a una mujer alta y hermosa vestida con un largo vestido floral. Lleva una cesta repleta de flores y hierbas colgada del antebrazo—. La hora justo antes del alba es el mejor

momento para recoger los ingredientes para mis pociones —explica mientras sube las escaleras de puntillas mirándonos a todos de uno en uno—. Pero he vuelto antes cuando os he visto aterrizar.

—Sentimos molestarte —dice Macy con su voz más dulce.

—Tranquila. Me preguntaba cuándo vendríais. —Levanta la mano y veo que tiene las puntas de los dedos color lavanda. Hace un movimiento elegante y la puerta doble que da a la casa se abre de inmediato—. Pasad, os prepararé un té.

Es la invitación que estábamos esperando, pero no puedo evitar preguntarme si será esta la mujer que estamos buscando. No puede ser la Anciana. Me imaginaba a una mujer mayor y encorvada... Esta, en cambio, parece una diosa griega, con su pelo largo y liso, su perfecta piel de porcelana y sus brillantes ojos azules que dan la impresión de captarlo todo de nosotros.

Pero no lo averiguaremos a menos que entremos. Y no sé si lo haremos ni siquiera así. ¿Qué se supone que tenemos que decirle? «Disculpe, ¿es usted la Anciana?» Es algo grosero, la verdad. Sobre todo cuando hemos venido a pedirle ayuda.

Nos guía a través de la puerta y su pelo largo se mece con el viento. Flint la sigue, después Eden, Hudson y yo. Pero cuando Jaxon se dispone a entrar, la mujer se vuelve y grita:

—¡No!

Él se queda helado y casi rebota contra la barrera invisible que su negativa ha levantado delante de él.

—¿Pasa algo? —pregunto—. Es Jaxon Vega. Es…

—Sé perfectamente quién es —me dice. Y desvía la mirada hacia Hudson—. Y con quién está emparentado. Pero no permito que criaturas desalmadas entren en mi morada.

—¿Desalmada? —repito totalmente confundida—. Él no es ningún desalmado. Es un vampiro, igual que Hudson…

—Lo siento, pero esas son mis reglas. —Dirige sus ojos azules hacia mí como si fueran un láser—. Tú y los amigos que quieran acompañarte podéis entrar conmigo mientras él permanece fuera. O podéis marcharos todos. Pero decididlo rápido. Tengo flores que procesar.

Atraviesa un salón digno de un palacio europeo y coloca la cesta de flores sobre la mesita de café antes de volverse hacia mí.

—¿Qué va a ser, Grace?

—¿Sabes mi nombre? —pregunto.

Enarca una ceja perfecta, pero no responde.

Lo cierto es que solo hay una respuesta posible a su pregunta: tenemos que aceptar sus condiciones y dejar a Jaxon fuera, por muy rara e infundada que sea su acusación.

—Queremos quedarnos, por supuesto —le digo, aunque miro a Jaxon como diciendo: «Lo siento». Los demás parecen confundidos, pero no dicen nada. Saben tan bien como yo que no tenemos elección.

Jaxon, que no parece enfadado por el juicio de la mujer, solo resignado, se dirige a uno de los dos columpios del porche y se sienta. Estira sus largas piernas por delante de él y empieza a mecerse adelante y atrás, asegurándose de

no mirar a nadie a los ojos mientras lo hace, y me siento fatal por él.

Tiene una cara de póquer total, pero conozco a este chico y sé cuánto debe de haberle afectado esta acusación infundada. Lo que me sorprende es que no haya dicho nada para defenderse.

Los demás deben de sentir lo mismo, porque está claro que están divididos entre quedarse con Jaxon o conmigo.

Al final Mekhi y Eden deciden quedarse fuera con él, y sé que Luca haría lo mismo si no tuviera que estar alejado del sol. Macy, Flint, Hudson, Luca y yo nos quedamos en la casa.

Una vez decidido esto, las puertas dobles se cierran, y la bruja nos indica dos sofás gris perla que hay en medio del salón.

—Sentaos, por favor.

Cuando hacemos lo que nos «pide», se dirige a su sillón rojo sangre, a la derecha de los sofás, y toma asiento con porte regio.

En serio, Nuri y Delilah no tienen nada que hacer frente a esta mujer en lo que a aparentar realeza se refiere, y por el modo en que los dos príncipes presentes en la sala se revuelven en sus asientos, veo que ellos lo piensan también.

—¿Queréis algo de beber? —pregunta, y su voz melodiosa resuena como campanas en el aire ahora que toda esta situación se está desarrollando como ella quiere.

La verdad es que tengo mucha sed (ha sido un viaje largo y me quedé sin botellas de agua en algún punto cerca de Hawái), pero no pienso aceptar nada que esta mujer quiera

ofrecernos hasta que la haya calado mejor. Porque para mí, su dulzura parece más sacarina que azúcar, y no me está gustando el regusto que me deja.

95

Amor, odio y todas las gárgolas

—No, estamos bien —le dice Flint al cabo de unos instantes incómodos—. Pero gracias por el ofrecimiento.

—Como queráis. —Chasquea los dedos y un vaso de limonada aparece en su mano. Da un gran trago sin dejar de mirarnos ni un instante, no sé si porque no se fía de nosotros o si es que se está burlando de nosotros por no fiarnos de ella. Pero cuando por fin suelta el vaso, lo deja suspendido en el aire.

—Bueno, decidme, queridos. ¿Qué secreto queréis desentrañar?

—Más que un secreto diría que lo que buscamos es una solución. —Me revuelvo incómoda, intentando decidir si es mejor que vaya directa al grano o si es preferible que exponga nuestra petición poco a poco. No es cosa baladí, y no tiene ningún motivo para ayudarnos más allá de la

bondad de su corazón..., una bondad que dudo bastante que tenga.

Pero antes de que pueda decidir lo que quiero decir a continuación, me mira directamente a los ojos y gorjea:

—Todo es un secreto, Grace, lo sepamos nosotros o no. —Entonces bebe otro trago de limonada antes de dejarla de nuevo suspendida junto a ella—. ¿Sabes? Me he sorprendido a mí misma pensando en una vieja historia varias veces durante las últimas semanas. No sabía qué podría haberla traído a mi mente o por qué seguía viniéndome a la memoria sin parar.

»Normalmente estos recuerdos te vienen durante un espacio de tiempo y luego se marchan con la brisa de la mañana cuando se dan cuenta de que no tengo a nadie a quien contárselos, excepto a mis flores. Estamos un poco aisladas aquí. —Por un instante detecto cierta aspereza en sus palabras, pero desaparece tan rápido que creo que me lo debo de haber imaginado, sobre todo cuando no percibo ninguna reacción en los demás—. Pero ahora que estáis aquí, supongo que la historia estaba esperándoos. —Nos mira a todos a los ojos de uno en uno—. Así que os pido que me permitáis que me conceda este pequeño viaje por los senderos de la memoria.

—Por supuesto —digo, y sonrío—. De hecho, nos encantaría escuchar cualquier historia que quieras contarnos.

—Todo ese poder, y diplomacia también. Eres toda una sorpresa, Grace. —Su sonrisa es lenta y amplia, pero no alcanza sus ojos. Pero, bueno, me parece justo, ya que la mía tampoco.

Sin embargo, a Hudson no le gusta el gesto. Lo sé por cómo se tensa a mi lado y por cómo gira el cuerpo hacia el mío ligeramente, como si se estuviera preparando para bloquear cualquier cosa que pudiera hacerme daño, incluida la Anciana.

Aun así, la mujer se deja caer de nuevo contra el respaldo del sillón con una sonrisa satisfecha y empieza:

—Hace mucho mucho tiempo la magia cantaba en el viento y silbaba entre los árboles. Jugaba a pillar con las olas que besaban la orilla y danzaba entre las llamas que ardían para hacer que la tierra se volviera más rica y aún más benevolente. Era bonito y solitario, y en este mundo de poder desatado, tan distinto de aquel que ahora con tanta desesperación tratamos de comprender, nacieron dos niñas.

Sus ojos se iluminan cada vez más (ella se ilumina cada vez más) mientras nos introduce en la historia, hasta que todo su ser parece iluminado desde dentro.

—Las niñas eran hermanas, gemelas, de hecho, nacidas de dos deidades: Zamar y Aciel, quienes se amaban tanto que querían tener un hijo. Pero el universo requiere equilibrio, de modo que tuvieron dos hijas, y cada una era una cara distinta de una misma moneda. Lamentablemente, la noche de su nacimiento Zamar murió y se transformó en la luz y el calor con los que se deleitarían todas las criaturas de este nuevo y extraño planeta. Aciel se quedó devastado ante la pérdida, pero juró criar a las niñas con todo el cuidado y el cariño que la otra deidad les habría dado.

Hace una pausa para apartarse su densa cortina de pelo de los ojos y, cuando lo hace, la luz de la madrugada se refleja en él y veo que no es castaño claro como había pensado. De hecho, es de todos los tonos: rojo, rubio, castaño, negro, plateado y blanco, todos mezclados en una cascada de color que parece infinita de un modo que no soy capaz de describir.

Me sorprende fijándome en ella y se acicala un poco, peinándose con las manos para que la luz se refleje en el mejor ángulo. Y tengo que contener una sonrisa porque puede que sea muy poderosa, pero también es una presumida de la hostia. Me anoto mentalmente que eso puede sernos de ayuda más adelante, y espero con paciencia a que prosiga con su relato.

—Aciel amaba a las niñas por igual y siempre les decía que habían nacido para aportar equilibrio al universo, que su poder era tan grande que no podía y no debía estar contenido en una sola persona. «El poder», les decía, «siempre requiere un contrapeso. No puede haber fuerza sin debilidad, belleza sin fealdad, amor sin odio». —Bebe otro trago de limonada antes de añadir—: «Bien sin mal».

»De modo que las hermanas se criaron en este mundo que amaban y detestaban a partes iguales; este mundo que les arrebató a Zamar, pero que las compensaba por ello cada día desde el momento en que el sol salía hasta que se ponía. Crecieron bajo este sol, aprendiendo y amando, equivocándose y floreciendo, hasta que un día fueron lo bastante mayores.

Hace otra pausa y deja que asimilemos sus palabras mientras da un largo trago a su bebida. Nunca había oído

nada de esta historia, pero he leído lo suficiente como para distinguir un mito de la creación cuando lo oigo, y estoy deseando que llegue la parte interesante. Me muero por saber quién creó qué y por qué, y cómo encaja eso con lo que hemos venido a pedirle, si es que tiene alguna relación.

Y he de decir que la Anciana sabe cómo ganarse a su público, porque estamos todos literalmente al borde de nuestros asientos, los demás mirándola con auténtico interés, casi como si algunas partes de este mito no les resultasen tan ajenas a ellos como lo son para mí. Tampoco me sorprende: cuanto más tiempo paso en el mundo paranormal, más me doy cuenta de en cuántas cosas se diferencia del mundo humano. No es tan descabellado que su propio mito del origen de todo, su propio sistema de creencias, sea distinto también.

Aunque me sorprende haber estado aquí todo este tiempo sin reconocer este hecho. Pero, bueno, básicamente me pasé hibernando las vacaciones más famosas de mi cultura el año pasado...

—¿Lo bastante mayores para qué? —pregunto cuando resulta evidente que está alargando el silencio porque quiere que alguien pregunte.

—Pues para adoptar un nombre, querida. Verás, Aciel no podía hacerlo. Otorgar un nombre a alguien es un ritual sagrado y, con el fallecimiento de la otra deidad, las dos niñas no podían recibir un nombre hasta que no fueran lo bastante mayores como para realizar el rito ellas mismas. Y entonces Cassia y Adria nacieron.

Los nombres de las hermanas atraviesan la habitación como un rayo, rápidos y brillantes y abarcándolo todo.

Cuando los demás asienten como si al menos esta parte fuese bien conocida, me doy cuenta de que he oído partes de esta historia antes, en clase de Historia y en clase de Derecho Mágico, aunque las referencias siempre se hacían de pasada.

La Anciana no solo reconoce nuestro conocimiento de los nombres, sino que además parece deleitarse en ello, y su voz se va volviendo cada vez más animada conforme avanza la historia. Su sonrisa incluso pierde esa aspereza que antes tenía y se vuelve más cálida y menos cauta.

—Muchas culturas conocen a Cassia y a Adria, aunque las llaman con otros nombres, y muchos en todo el universo las aman por su sacrificio y su benevolencia. A Adria le gustaba tanto el orden que creó leyes para gobernar aquel universo que las hermanas adoraban y detestaban a partes iguales. Después creó a los humanos y los declaró como la creación perfecta.

La Anciana gruñe un poco al decir esto, como si no acabase de creerse que nadie pudiera definir a los humanos como perfectos. Y aunque ahora soy paranormal, la chica que se crio en el mundo humano durante diecisiete años de su vida se crispa un poco ante esa animosidad, aunque sé que gran parte está completamente justificada. Después de todo mira lo que le hicimos al planeta de Adria… y lo que nos hicimos los unos a los otros.

—A Cassia, por el contrario, le gustaba el caos; para no quedarse atrás creó a las criaturas paranormales y las declaró perfectas también. —Nos sonríe amablemente—. Y aquí estáis, fruto del amor y la imaginación de Cassia.

Hace una pausa, como si esperase que le diésemos las gracias, pero, se crea la Anciana quien se crea que es, a mí me cuesta mucho asimilar que sea una de las dos diosas de un mito de la creación de milenios de antigüedad. Seré una escéptica, pero cuesta un poco creerlo, incluso en un mundo en el que los vampiros y los dragones campan a sus anchas.

—Aun así, desde el momento en que fueron creados, los humanos y los paranormales han estado en desacuerdo —prosigue la mujer con cierta brusquedad al ver que no recibe enseguida una oleada de admiración—. De modo que Cassia y Adria fueron testigos de cómo sus hermosas creaciones libraban una guerra. Los humanos, que creían en el orden, intentaban domesticar el universo. Establecieron reglas para todo y le dieron a todo un lugar en el orden de las cosas. A los paranormales en cambio —niega con la cabeza como una madre bondadosa que jamás entenderá a sus hijos— nunca les ha gustado el orden. Les gusta luchar, les gusta sembrar la discordia y el caos allá adonde van.

»Esto enfureció a Adria, que no soportaba el modo en que sus hijos estaban siendo destruidos por los hijos del caos. —Mira con especial dureza a Hudson, como si los vampiros y él en particular fueran los responsables de todo lo malo que le ha pasado al mundo—. Ver cómo acababan con su creación superó a Adria, y envenenó el Cáliz de la Vida que debía nutrirlas a su hermana y a ella. Era el cáliz que las permitía desplazarse entre los reinos y continuar con la creación en ellos. —Niega con la cabeza ante la maldad de Adria—. Y cuando Cassia, la diosa del caos,

bebió del cáliz, se envenenó inmediatamente y cayó a la tierra como una semidiosa, con sus poderes reducidos a la mitad de lo que fueron en su día.

»Adria se sintió mal por su hermana, pero creía había tomado la decisión correcta para proteger a sus criaturas y el orden necesario para que todos prosperasen. Solo que la estúpida diosa olvidó una cosa muy importante.

Hace una pausa dramática y apura el resto de la limonada de un largo trago.

Macy está al borde de su asiento, agarrándose el vestido con las manos, ansiosa por que la Anciana siga.

—¿Y qué pasó? —pregunta por fin cuando ve que la mujer no continúa todo lo rápido que le gustaría—. ¿Qué fue de Adria?

—Olvidó el consejo más importante que Aciel le había dado. El universo requiere equilibrio en todas las cosas, y pagó el precio.

—¿Qué precio pagó? —pregunta Flint, y él también parece estar deseando saber qué sucedió.

—Y ¿qué le pasó a Cassia? —interroga Macy—. ¿Estaba bien?

—Adria también cayó a la tierra, como una semidiosa, desprovista de algunos de sus poderes más importantes. Pues lo que le sucede a una hermana debe siempre sucederle a la otra, para mantener el equilibrio. Es la magia más vieja del universo. —Niega con la cabeza como si le entristeciese que las hermanas hubiesen olvidado esta lección y lo que sucedió después—. Y Aciel, que las había amado y adorado toda su vida, las abandonó.

»Ellas creían que era solo hasta que aprendieran la lección, que cuando aprendieran a entenderse, a equilibrar el caos y el orden, volvería a por ellas. —De repente se queda mirando hacia un gran ventanal que hay al fondo de la habitación—. Pero eso fue hace mucho tiempo —susurra por fin—, y Aciel nunca ha regresado a por ninguna de ellas.

»De modo que, según se dice, Cassia y Adria están atrapadas en esta tierra aún hoy en día, obligadas a ver cómo generación tras generación de paranormales dan caza a generación tras generación de humanos, y viceversa. Ambos lados están siempre en constante lucha, negándose a comprometerse, incapaces de vivir en armonía o equilibrio, igual que las dos hermanas que los crearon. —Su voz se vuelve algo aguda y hace una pausa, exhala un largo suspiro, como si narrar esta parte de la historia le doliera físicamente. Pero al final continúa con un hilo de voz—: Las luchas siguieron entre las dos creaciones y desembocaron en la Primera Gran Guerra. Ambos lados suplicaron a sus creadores que eligieran un único bando para poder vivir en armonía por fin, aunque eso significase borrar al otro de la faz de la tierra.

»De modo que Adria empezó a ayudar a sus queridos humanos. Les enseñó el modo de dar caza y acabar con los paranormales de una vez por todas. Los humanos destruyeron vidas, asolaron aldeas enteras de paranormales y estuvieron a punto de llevarlos a la extinción, pero estos resistieron y continuaron luchando contra los humanos hasta que un caos devastador reinó en el mundo.

Hace una pausa y me mira directamente a mí.

Sus ojos se han tornado superextraños ahora, brillan tanto que apenas parecen reales. La tensión se intensifica en la habitación mientras me observa, y empiezo a sentir escalofríos incluso antes de que diga:

—Y en medio de este caos, en medio de este inmenso desorden, en medio de estos extremos de amor y odio, nacisteis vosotras, todas las gárgolas.

96

Las barras de equilibrio no son solo para los gimnastas... aunque deberían

Me entra frío y calor en todo el cuerpo, y después frío otra vez mientras sus palabras me abrasan la piel y alteran todas mis terminaciones nerviosas.

He intentado no dejarme afectar por su dramatismo. He intentado actuar como si la historia de Cassia y Adria no fuese tan fascinante como en realidad es. Pero con esto me ha pillado, y la sonrisa de satisfacción que se forma en su rostro cuando sus ojos vuelven a una seminormalidad me indica que es consciente de ello.

Esto es lo que estaba buscando en todos esos libros, la historia del origen de las gárgolas que no he encontrado en ninguna parte.

Hudson debe de notar mi emoción, porque desliza las manos por el pequeño espacio de sofá que nos separa y enrosca su meñique con el mío. Entonces una energía

nerviosa totalmente diferente me golpea en cuanto su piel roza la mía.

Y cuando me aprieta el meñique con el suyo, le devuelvo el gesto. Y me quedo pasmada al ver la cantidad de calor que esa pequeña interacción es capaz de provocar en todo mi ser.

Como si intuyera que ha perdido mi atención, la Anciana se aclara la garganta varias veces. Solo cuando los cinco nos centramos de nuevo en ella inicia por fin la última parte de su historia.

—Aunque la deidad había dejado a Cassia y a Adria sufriendo junto a sus creaciones, Aciel no las había abandonado por completo. De modo que, al darse cuenta de que era posible que el mundo y las criaturas creadas por sus hijas jamás encontraran el equilibrio (lo que las dejaría atrapadas en la tierra para siempre), Aciel las obsequió con una creación propia: las gárgolas.

Me regala una inquietante sonrisa; una sonrisa que me pone los pelos de punta. En respuesta, siento que algo en mi interior se revuelve y cobra vida. Al principio creo que es mi propia gárgola respondiendo a los rápidos cambios de mi cuerpo mientras intento absorber toda la información que la mujer nos está proporcionando.

Pero entonces oigo su voz dentro de mí. Hacía semanas que no la oía, pero la reconozco en cuanto empieza a hablar.

«No —me dice—. No, no, no. Tienes que irte.»

«Tranquila —le digo a la Bestia Imbatible, que de alguna manera es capaz de hablarme pese a la distancia que nos separa—. No nos hará daño.»

«Esto es malo, malo, malo», me dice.

«Tranquila —le repito—. Necesito saber cómo fuimos creados. Necesito saber qué nos pasó.»

No dice nada más, solo me envía una sensación de presentimiento antes de desvanecerse. Ojalá supiera si es porque está atrapada y necesita que vaya a liberarla o porque sabe algo que yo no sé y está intentando advertirme... o evitar que pase.

«No te preocupes —le digo—. Te prometo que volveré a por ti. Te prometo que te liberaré.»

Pero ha desaparecido tan rápido como había aparecido.

—Entonces ¿la deidad que creó a las niñas también creó a las gárgolas? —pregunta Luca con cara de concentración.

—La deidad que creó a las diosas —lo corrige—. Pero sí. Para equilibrar las fuerzas del orden y el caos causadas por los humanos y los paranormales, creó a las gárgolas. Aciel deseaba que al cabo de un tiempo las gárgolas equilibrasen las cosas, para que de ese modo sus hijas, tras haber aprendido la lección, pudieran ser liberadas de este reino terrenal. Pero, para que esa posibilidad se convirtiese en una realidad, tenía que crear a una criatura que no pudiera optar por ninguno de los dos lados.

»Puesto que las gárgolas se crearon desde la fuente de toda magia, en lugar de a partir del caos o del orden, tú albergas ambos en tu interior, Grace. El deseo de crear orden y el deseo de crear caos. Siempre en guerra, pero siempre en armonía. Y es esta capacidad la que te permite hacer de puente entre ambos mundos, convertirte en aquello que siembre la paz entre las creaciones de las dos

hermanas. También te ayuda a canalizar la magia de ambas partes.

»Eso no significa que seas inmune a la magia —me asegura—. Eres una criatura que ha nacido de la magia, de modo que siempre estarás ligada a ella de un modo u otro, pero solo la magia más antigua funcionará contigo.

Y como para demostrarlo, envía una pequeña corriente de electricidad por la habitación que me golpea con la suficiente fuerza como para hacerme sofocar un grito.

—¿Qué pasa? —pregunta Hudson mirándonos a la Anciana y a mí con recelo.

—Solo ha sido una pequeña demostración de lo que la verdadera magia es capaz de hacer —responde plácidamente—. Está bien.

—Estoy bien —repito, aunque me siento como si me hubiesen electrocutado todas las terminaciones nerviosas.

Tengo una infinidad de preguntas. ¿Significa esto que realmente soy tan distinta de los demás como me suelo sentir a veces? ¿Es porque las gárgolas casi han desaparecido de la tierra que las cosas parecen estar descontrolándose tan rápido tanto en el mundo de los humanos como en el paranormal? Y, en tal caso, ¿cómo se supone que voy a encontrar el modo de recuperar el equilibrio?

Me resulta absurdo pensarlo. Antes miles y miles de gárgolas poblaban la tierra. Ahora solo estamos yo y otra más, que yo sepa, y esta está encadenada en una cueva, y casi ha perdido la razón a causa del aislamiento. ¿Cómo vamos a poder arreglar todo lo que está mal?

Es mucho que procesar, mucho en lo que pensar y mucho por lo que preocuparse, y tengo que encontrar la manera de lidiar con ello. Y este no es el momento de hacerlo, no mientras la Anciana me observa tan detenidamente. Y no cuando todo lo demás parece escapar a mi control: Jaxon, Cyrus, mis sentimientos por Hudson…

Ahora mismo tengo la sensación de estar caminando sobre una barra de equilibrio que está demasiado alta. Un movimiento en falso y no solo me caeré, sino que acabaré hecha añicos. Siento presión en el pecho. El corazón se me acelera y no puedo respirar. «No, no, no. Un ataque de pánico ahora, no.»

Inspiro a duras penas y consigo expulsar las palabras a través de mi garganta oprimida.

—Si se supone que tengo que mediar entre ambos mundos del caos y del orden, ¿por qué me roba el aliento la sola mención del conflicto?

—Esa es una muy buena pregunta, ¿no te parece? —Sonríe de nuevo, y de nuevo la sonrisa no alcanza sus ojos. Pero, al cabo de unos minutos de observar cómo lucho por respirar, levanta una mano y es como si me hubiese quitado un torno de banco del pecho. El oxígeno entra de nuevo en mis pulmones y la ansiedad que me asolaba hace solo un momento desaparece.

Quiero preguntarle desesperadamente cómo lo ha hecho, pero sé que ya he mostrado demasiada debilidad, de modo que en lugar de hacerlo me quedo mirándola a los ojos y le hago la otra pregunta que lleva un rato quemándome en el pecho.

—Pero, si se supone que las gárgolas tienen que aportar equilibrio y son inmunes a ambos lados, ¿cómo es posible que perdieran de un modo tan estrepitoso en la Segunda Gran Guerra? ¿Cómo es que casi llegaron a extinguirse?

La Anciana se encoge de hombros.

—¿Cómo es posible que algo así suceda? Con la traición.

—¿La traición? —pregunta Hudson, y la palabra me sacude hasta lo más profundo de mi ser—. La traición ¿de quién?

—Del rey gárgola —responde—. ¿La traición de quién, si no, iba a tener un efecto tan devastador?

—No lo entiendo —susurro—. Pensaba que las gárgolas estaban para establecer el equilibrio. ¿Qué podría haber hecho que…?

—Se alió con los paranormales en perjuicio de los humanos, incluso se convirtió en el compañero de uno de ellos. Rompió el equilibrio entre ambos mundos de una vez por todas y por ello fue castigado rápidamente. Pero el castigo acabó afectando a todo el mundo, no solo a él. Y por eso uno de sus hombres, ansioso por detener lo que veía como una amenaza contra sí mismo y contra todas las gárgolas, fue a ver al rey vampiro y le dijo cómo podía matar a las gárgolas, un secreto que nadie conoce. Pensaba que Cyrus lo usaría solo contra el rey gárgola…

—Pero lo usó contra todas ellas —susurro horrorizada—. Las mató a todas.

—Así es —admite la Anciana.

Estoy espantada. Todos lo estamos, a juzgar por las expresiones en los rostros de mis amigos. Y juraría que todos estamos pensando lo mismo…

Si Cyrus conoce el secreto de cómo matar fácilmente a una gárgola, ¿por qué no lo usó conmigo antes? ¿Por qué no acabó conmigo antes de la prueba?

—Cyrus casi me mata con su mordedura eterna. ¿Es esa una de las debilidades de las gárgolas, ya que deberían ser inmunes a su magia?

—Ah, no, querida. La mordedura de Cyrus no tiene nada de mágica. Es veneno. —Ahora sus ojos brillan con maldad —. De hecho, Cyrus perdió la mayor parte de su magia hace mucho tiempo, por eso gobierna con el miedo y la crueldad. Mejor que tú le temas que él te tema, ¿no?

Me viene a la mente el mensaje de la reina vampiro para Hudson. «Aparenta ser débil cuando eres fuerte.» Estábamos tan ocupados intentando averiguar qué había querido decir que ni siquiera nos planteamos que esa frase tiene una segunda parte. Me vuelvo hacia Hudson y digo:

—«Aparenta ser fuerte cuando eres débil.»

Hudson entrecierra los ojos al entender por dónde voy. La reina vampiro nos estaba diciendo que Cyrus está tan desesperado como nosotros por encontrar la Corona. Necesita poder. ¿Qué haría con ese poder si consiguiese la Corona antes que nosotros? Nada a lo que pudiéramos sobrevivir, de eso estoy segura.

97

El enemigo de mi enemigo sigue siendo poco de fiar

El pánico empieza a acumularse en mi interior y esta vez no estoy segura de si voy a poder contenerlo. El corazón me late a toda velocidad, siento como si tuviera un elefante sentado sobre mi plexo solar y me tiemblan tanto las manos que las cuelo debajo de los muslos para evitar que la Anciana y mis amigos lo vean.

Inspiro hondo unas cuantas veces para calmarme y me digo que todo va a ir bien. Que es absurdo agobiarse tanto por nada. Pero si hubiese algo en el mundo digno de agobio, un enemigo con un secreto que podría matarme me parece un buen lugar por el que empezar. Sobre todo si este conocimiento ya le ha valido algún éxito que otro. Y el hecho de que haya una Corona por ahí que pudiera darle el poder de hacer lo que quiera no ayuda.

Estoy intentando mantener la compostura, intentando evitar que los demás vean el miedo que tengo. Pero Hudson debe de intuirlo, o tal vez reconoce los síntomas por el tiempo que pasó en mi cabeza, porque se acerca hasta que nuestros muslos se pegan.

El gesto está muy lejos de sentir el césped bajo mis pies y el sol en la cara, pero me transmite calor y seguridad, así que lo acepto. Exhalo un largo y lento suspiro, y me concentro en la sensación de su pierna contra la mía. Dura. Fuerte.

Inspiro hondo y exhalo lenta y constantemente.

Inspiro de nuevo y exhalo. Funciona. Él funciona.

—¿Estás bien? —pregunta por lo bajini, y asiento aunque no es del todo cierto. «Bien» es un poco exagerado para definir cómo me siento, pero es mejor que «acojonada de la hostia», así que me vale.

Levanto la mirada y veo que la Anciana me está estudiando como si fuese un insecto bajo la lente de un microscopio. ¿Es que nunca ha visto un ataque de pánico?, me pregunto. ¿O está analizando mi debilidad para intentar averiguar dónde y cómo golpearme?

Detesto pensar así ahora, ver a todo el mundo, incluso a las personas a las que nos vemos obligados a pedir ayuda, como adversarios que podrían o no intentar destruirnos en cualquier momento. Es una mierda vivir así. Es una mierda pensar así. Pero teniendo en cuenta que la alternativa es no vivir en absoluto..., el dilema es real.

Los demás deben de sentir lo mismo, porque Flint entra en acción (y por «entra en acción» quiero decir que pone su sonrisa más encantadora):

—Sé que has dicho que nos estabas esperando, pero ¿significa eso que sabes por qué estamos aquí?

A regañadientes, la mujer desvía la mirada hacia él… y se lo queda mirando fijamente hasta que su sonrisa se marchita y aparta la vista. Solo entonces se permite ella sonreír un poco y dice:

—Existen varios motivos por los que podríais estar aquí. Mis infusiones. Una pócima de amor especialmente fuerte… —Examina sus uñas pintadas de lavanda—. La Aethereum.

Me quedo congelada cuando escucho la última palabra que pronuncia. Hay algo en su forma de decirla, con gran reverencia, como si fuese algo especial para ella. Como si hubiese participado en su construcción.

Sea como sea, está claro que se está haciendo la inocente con nosotros. Ojalá supiera qué saca con ello aparte de un público atento.

Aunque, bien pensado, tal vez sea eso todo lo que necesita. Si lleva aquí sola tanto tiempo como dice, a lo mejor solo quiere tener a alguien con quien charlar un rato. Y quizá mantenernos en vilo sea su manera de asegurarse de que permanecemos aquí un poco más de tiempo.

Pero está claro que Hudson ya ha tenido suficiente, porque en lugar de seguirle el juego, pregunta directamente:

—¿Puedes ayudarnos a salir de la cárcel o no?

—¿Salir? —pregunta ella a su vez con las cejas enarcadas —. ¿Estáis pensando en hacer algo para que os encierren en la Aethereum? Y en tal caso ¿por qué?

—Hay una orden de detención contra mi compañero —le explico—. Ha cabreado a Cyrus y…

—No me digas más. A nadie le gusta más jugar con sus súbditos que al rey vampiro. —Niega con la cabeza—. Qué hombre tan despreciable.

—Yo estaba pensando «qué hombre tan mezquino» —dice Macy—, pero supongo que *despreciable* también encaja.

La Anciana se echa a reír.

—Me caes bien —le dice a mi prima, que sonríe en respuesta.

—A mí también me caes bien tú. Y tienes un pelo precioso.

Esto provoca otra risa en la Anciana, que se atusa el pelo en cuestión.

—Es divertido, ¿verdad? —Se vuelve de nuevo hacia el resto de nosotros—. Mi mejor consejo es que os mantengáis alejados de la cárcel. Haced lo que sea necesario para que no os envíen ahí, daos a la fuga si hace falta. Porque una vez que entréis, no es solo que sea un infierno salir. Es que en muchos casos perderéis la voluntad de querer salir.

—Pero ¿cómo es eso posible? —quiere saber Luca—. ¿Quién pierde la voluntad de salir de la cárcel?

—Digamos que es un lugar... muy particular. —La Anciana sonríe—. Está diseñada de una forma tremendamente inteligente.

—¿Significa eso que tienes una tarjeta de «queda libre de la cárcel» igual de inteligente que ofrecernos? —pregunta Flint esperanzado.

La mujer chasquea la lengua.

—Nada es gratis, dragón. Al menos nada de valor. —Se levanta y, al principio, creo que va a echarnos—. Si

tuviésemos que llegar a un acuerdo, ¿cuántas personas necesitarían un... pase... para salir de la Aethereum?

Carraspeo.

—Eh... necesitaríamos tres.

La Anciana entrecierra los ojos.

—Eso sería bastante caro, querida mía. ¿Estás segura de que quieres pagar el precio de tal petición?

Ya está. La pregunta que sabía que iba a llegar, la pregunta que estaba temiendo, y pese a todo me sorprende lo rápida que llega mi respuesta:

—Sí.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra, y veo claramente cómo sopesa sus siguientes palabras con cuidado.

—Muy bien, Grace. Os proporcionaré un salvoconducto para salir de la Aethereum para tres personas a cambio de un favor. Un día te pediré algo, y no podrás negarte. ¿Estás de acuerdo?

—¡No! —gritan todos mis amigos al unísono.

Bueno, todos menos Hudson, que ofrece un...

—Ni de puta coña.

Pero la pregunta es simple. ¿Estoy dispuesta a vender mi futuro a cambio del de mis amigos, mi familia y la supervivencia del Círculo? ¿Del futuro de Hudson? ¿Del futuro de Jaxon?

—Sí —respondo, y la mujer empieza a sonreír—. Con varias condiciones.

—No estás en posición de negociar, Grace —dice con una calma deliberada, y es entonces cuando sé que tengo algo

que anhela. Mucho. Tanto que tal vez sí que esté en posición de negociar...

Me encojo de hombros.

—Bueno, siempre puedes declinar mi oferta, y podemos irnos por donde hemos venido y buscar otro modo de hacerlo.

Me mira con recelo de nuevo antes de añadir por fin:

—Muy bien. ¿Cuáles son tus términos?

—No haré nada que pueda herir a mis amigos, a mi familia o a nadie en todo el puto planeta, ni directa ni indirectamente.

—¿Son esas las palabras exactas de tus términos? —pregunta, y repaso lo que he dicho en mi cabeza varias veces. ¿Qué vacío legal puedo haber dejado que esta bruja pueda explotar?

No se me ocurre nada, así que asiento.

—Sí, esos son mis términos exactos.

—Acepto —dice, y se acerca a la cesta de flores que ha recogido esta mañana antes de nuestra llegada.

Las revisa durante unos cuantos segundos y, mientras las mueve, las flores inundan la habitación de una esencia increíblemente deliciosa. No tengo ni idea de qué está buscando, ni de por qué lo está haciendo ahora, pero al volverse lleva el brazo repleto de tallos verdes con grupos de minúsculas florecillas naranja.

—Esto es lo único que se me ocurre que os puede ayudar a liberaros de la prisión —explica—. Pero requiere un precio elevado. —Entonces sale de la habitación.

—Eh... ¿eso ha sido una invitación para que le paguemos? —indica Macy rebuscándose en los bolsillos—.

Porque creo que llevo veinte pavos encima.

—No creo que se esté refiriendo a esa clase de pago —contesta Hudson.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí y cruzamos los dedos? —quiero saber—. ¿O vamos a buscarla?

—¿A buscar a quién? —pregunta la Anciana, que entra por una puerta totalmente distinta de por la que ha salido y desde una dirección opuesta por completo.

—A ti —respondo omitiendo el «por supuesto».

Me mira perpleja con sus dos ojos superazules.

—Pero si ya estoy aquí, querida Grace. ¿Por qué ibais a buscarme?

No tengo ni idea de qué responderle, así que tan solo sonrío y asiento.

—Tienes razón.

Ha separado las flores de los tallos y las ha dispuesto en un pequeño cuenco de agua.

—Estas son para ti —me dice ofreciéndome el cuenco.

—Gracias —le contesto, aunque no sé por qué quiere darme un puñado de flores cortadas, y menos en mitad de una conversación.

No obstante, cuando me inclino hacia abajo para aspirar la fragancia, me detiene con una mano firme en el hombro.

—Yo que tú no haría eso.

Me quedo helada, porque si algo he aprendido de vivir en este mundo paranormal es que cuando un ser de poder te dice que no hagas algo, y más si lo hace en ese tono, es mejor que no lo hagas.

—De acuerdo —acepto, y levanto la cabeza.

—Es algodoncillo —me explica—. La única planta del mundo en la que las mariposas monarca ponen sus huevos. Es preciosa y huele muy bien, pero es muy muy tóxica.

—Ah, pues entonces... ¿gracias por el regalo? —le digo alejando el cuenco todo lo posible de mí pero sin querer ser maleducada.

Suspira.

—No es un regalo, querida. Es tu... ¿cómo la habías llamado? —le pregunta a Flint—. ¿Tu tarjeta de «queda libre de la cárcel»? Lo único que tienes que hacer para poder utilizarla es morir.

98

La flor de la esperanza

Dejo las flores en la mesa más cercana. Ya estoy a punto de morir yo solita y no necesito que ninguna flor me ayude.

La Anciana me sonríe con indulgencia, pero detecto cierta vigilancia en sus ojos que no encaja con el rollo de «azúcar, especias y muchas cosas bonitas» que tanto se esforzaba en aparentar.

—No vas a morir por tocarlas, Grace. Solo si te las comes —me explica.

—Vale, a ver si lo he entendido —interviene Luca—, porque me gusta que las cosas estén claras. Mis amigos te dicen que no quieren ir a la cárcel, y que desde luego no quieren permanecer allí por unos crímenes que no han cometido... ¿y tu sugerencia es el suicidio? —Parece tan horrorizado como suena.

—¿Qué? Pues ¡claro que no! El suicidio no ayuda a nadie, jovencito. —Suspira con pesadez y coge una de las flores

cortadas y usa el dedo índice de una mano para girarlo en la palma de la otra—. Esta variedad de algodoncillo la he creado yo especialmente. Tiene la mayoría de las propiedades del algodoncillo normal, incluidas las toxinas que provocan desde hinchazón y alucinaciones hasta la muerte.

—Suena divertido —le suelta Flint muy disgustado.

La mujer hace caso omiso de su comentario.

—Con algo extra que le he añadido yo.

—Y ¿qué es exactamente lo que le has añadido? —quiere saber Hudson, y si antes me parecía escéptico, ahora tiene pinta de que si la mujer le dice que hoy es lunes es capaz de llamarla «mentirosa», pese a que en efecto sea lunes.

—Solo un poco de… ingeniería genética mágica que hago con algunas de mis flores. Digamos que es un pasatiempo que tengo.

—¿Para hacerlas menos peligrosas? —pregunta Macy, e incluso ella suena cauta—. ¿O más peligrosas?

La Anciana sonríe de oreja a oreja.

—¿Tú qué crees, querida? —Añade la última palabra como si tuviera que recordarse a sí misma cómo pronunciarla.

—Creo que no deberíamos aceptar esas flores —responde Macy.

—Eso siempre es decisión vuestra. —La mujer vuelve a sentarse en su sillón—. Pero resolverán vuestro problema.

—¿Matándonos? —señala Hudson secamente—. Ya he estado ahí, y no me apetece repetir, gracias.

—Hará que parezca que estáis muertos el tiempo suficiente como para que la prisión os libere y los guardias

os saquen de allí.

—¿Es una forma bonita de decir que nos enterrarán vivos? —pregunto, y la sola idea me provoca sudores.

—No se entierra a nadie de esa cárcel cuando muere —dice con dulzura—. Menuda estupidez.

La cosa cada vez se vuelve más extravagante.

—Entonces ¿qué sugieres? ¿Que nos comamos las flores sabiendo que son venenosas y que nos matarán...? —Me interrumpo cuando veo que niega con la cabeza con vehemencia.

—Que harán que parezca que estáis muertos —me especifica—. No es lo mismo en absoluto.

—Ah, vale, perdón. Harán que parezca que estamos muertos. Entonces los guardias, por algún motivo que desconocemos, nos sacarán de la prisión y no nos enterrarán, ¿y entonces podremos huir?

Sonríe.

—Exacto. Suena fácil, ¿verdad?

—A mí me suena más a una versión mágica de *Romeo y Julieta* —responde Flint—. Y creo que todos sabemos cómo acabaron esos dos.

—Nunca lo he leído —le dice, pero su tono es diez grados más frío que antes.

—Bueno, pues lamento el *spoiler* —le espeta Flint—, pero ambos mueren al final. De verdad.

—Mmm. —Ahora es a Flint al que examina como si fuese un insecto, y no cualquier insecto. Se lo queda mirando como si fuese una cucaracha gigante que corretea por la alfombra mientras ella está descalza, justo antes de volverse de nuevo hacia mí—. Para que quede claro. Sois

libres de marcharos cuando queráis. Sois vosotros los que habéis venido a pedir ayuda, no al revés.

—Claro, tienes razón —afirmo, porque es verdad. Y también porque algo me dice que esta bruja no se altera, siempre se muestra tranquila..., en el peor sentido—. Hemos venido a pedirte ayuda, y te agradecemos todo lo que has hecho por nosotros. —Vuelvo a coger el cuenco de flores y hago todo lo posible por no derramar el agua por los bordes—. Si crees que estas flores son la solución, nos las llevaremos con nosotros si al final nos arrestan.

Hudson me mira como diciendo «y una mierda vamos a hacer eso», pero paso de él. Puede fingir que tenemos el control de lo que nos va a suceder todo lo que quiera, pero no es verdad. Al menos no ahora. Si esta trampa mortal floral nos ayuda a recuperar de alguna manera el control, yo digo que adelante.

—No, así no puede ser —me indica la Anciana.

—¿Perdón?

Niega con la cabeza.

—Es una cárcel, querida, y ni siquiera sabes cuándo vas a acabar allí, si es que sucede. Si las flores mueren antes de que os arresten, no te servirán para nada. Por no hablar de que jamás dejarían que entrases en la prisión con ellas.

—Ah, claro. —Me siento como una cría cuando miro las intensas flores naranja flotando en el agua—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Tú —responde mirándome concretamente a mí— tienes que meter la mano en el líquido.

—¿La mano? —pregunto desconcertada. Hay dos motivos por los que no quiero hacer lo que me dice. Uno, porque las

flores son venenosas y, dos, porque ha llamado al medio en el que flotan «líquido» y no «agua».

No debo de ser la última que se percata de ello, porque Flint me pone una mano en el antebrazo para evitar que lo haga y pregunta:

—¿De qué clase de líquido estamos hablando exactamente?

La mujer solo sonríe.

—No te hará daño, Grace.

—Yo lo haré —dice Hudson, y se coloca delante de mí para bloquear mi acceso al cuenco.

—No, no lo harás —responde la Anciana, y bajo esa dulzura hay acero puro.

—Y eso ¿por qué, si se puede saber? —pregunta.

—Porque lo digo yo —le espeta con los ojos encendidos—. Y también porque este paso no funcionará con un vampiro.

Mi compañero le muestra los dientes, y no puedo evitar preguntarme si todo esto está a punto de acabar de la peor manera posible. Una que incluye sacar a Hudson de aquí en una bolsa para transportar cadáveres... y después de que lo haya metido en el horno pizzero.

—Lo haré —le indico, y rodeo a Hudson.

—Grace... —me dice y me lanza una mirada de advertencia que decido ignorar.

Porque ya sé que es una mala idea. Pero las malas ideas son lo que te queda cuando ya has agotado todas las buenas.

¿Es este nuestro último recurso? Desde luego. Y no voy a desperdiciarlo. Pero si nos arrestan y nos quedamos encerrados en una prisión de la que es imposible escapar

con una maldición inquebrantable, estaremos jodidos de todas formas.

De modo que con unas opciones que son, básicamente, A, morir rápido, B, morir lento, o C, tal vez tener una posibilidad de salir de allí con la ayuda de estas flores...

Desde luego escojo la opción D. Pero algo me dice que Cyrus jamás lo permitiría, así que va a tener que ser la C.

Sin dar tiempo a más objeciones o a que Hudson intente detenerme, hundo la mano en el cuenco del líquido floral.

«*Romeo y Julieta*, allá voy.»

99

La sangre no tira

Varias horas más tarde, cuando por fin estamos de vuelta en el Katmere, todavía me duele la mano. Intento pasar por alto la quemazón que me radia desde las tres flores naranja que ahora tengo marcadas en la palma, pero es imposible.

«Paracetamol, ven a mí.»

—Esto es una mala idea —me dice Hudson mientras subimos las escaleras del Katmere.

Estamos todos agotados. Demasiado vuelo, demasiada fiesta y demasiadas negociaciones tensas en las últimas setenta y dos horas, y lo único que queremos hacer todos es dormir, a ser posible mucho, antes de la graduación de mañana. Jaxon y los demás regresaron antes que nosotros, así que lo más probable es que ya estén metidos en la cama. Qué envidia.

No me cabe duda de que vamos a necesitar estar frescos para cuando tengamos que enfrentarnos a Cyrus, que sé

que estará a la caza.

—Estoy de acuerdo —le digo—, pero sigo pensando que no podemos descartarlo.

—Venga ya —silba—. No me digas que confías en esa mujer.

—*Confiar* es una palabra con demasiado peso.

—*Confiar* es una auténtica insensatez. Vive en una puta casa de jengibre. No sé tú, pero yo me fío del envoltorio, y no tengo ninguna intención de convertirme en Hansel o en la puta Gretel.

Le pongo una mueca fea.

—No creo que la cosa vaya de canibalismo.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Has visto cómo miraba a Luca?

—Ya, bueno, no creo que eso tenga nada que ver con el canibalismo.

Ambos nos echamos a reír y... no sé. Hay algo en su aspecto, tan feliz pese a toda la mierda por la que aún tenemos que pasar, que me toca la fibra sensible, de modo que me entra la risa floja y sigo riéndome mucho después de que haya terminado el chiste.

—¿Estás bien? —pregunta cuando atravesamos la amplia puerta doble en lo alto de los escalones.

—Sí —asiento—. ¿Y tú?

Sus ojos se tornan de ese azul insondable que hace que me ponga alerta. Después se inclina un poco y susurra:

—Estaría mejor si decidieras dormir en mi habitación esta noche.

Pongo los ojos en blanco.

—Si decidiera dormir en tu habitación esta noche, creo que ambos pareceríamos unos zombis en la graduación.

—A mí no me importa —me dice. Enarca un poco las cejas en un gesto travieso que me lleva a pensar que tal vez dormir no sea en realidad una necesidad física.

—A lo mejor a mí tampoco —le contesto girando ociosamente mi anillo de compromiso alrededor del dedo, y sus ojos se abren como platos con una emoción que me hace reír sin parar.

—Te prometo que te dejaré dormir un poco —me dice—. Después.

Entonces extiende la mano y me aparta uno de mis rizos rebeldes de la cara. Cuando lo hace deja el dedo sobre mi mejilla durante un segundo o dos, pero con eso basta para que se me corte la respiración.

Con eso basta para sentir esa electricidad en todos mis nervios.

Y, definitivamente, basta para que empiece a pensar en lo agradable que es sentir su boca en la mía.

Él también lo está pensando. Lo sé y, por un momento, todo desaparece excepto Hudson y yo, y este calor que no cesa de arder y arder entre nosotros.

Y entonces se desata el infierno.

—¡No te atrevas a tocarla! —ruge Jaxon—. ¡Esto es todo culpa tuya! Tú y ese puto vínculo sois el motivo por el que puede que muera en esa cárcel, ¿y te crees con derecho a poner tus sucias manos sobre ella?

—¡Eh, Jaxon! —Mekhi pretende retenerlo poniéndole una mano en el hombro, pero Jaxon se lo quita de encima y se planta justo delante de la cara de Hudson.

Los ojos de Hudson se tornan glaciales como no los había visto en semanas.

—Bueno, al menos yo no soy el idiota que tiró su vínculo a la papelera, así que a lo mejor deberías pensártelo dos veces antes de venir a darme lecciones.

—¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! —le grita su hermano—. Eres un jodido hipócrita y no le gustas a nadie. ¿Qué cojones estás haciendo aquí?

—Al parecer, cabrearte, así que me lo apuntaré como un tanto. Y ahí va un consejito. Si sigues actuando como un puto gilipollas, tú tampoco vas a gustarle a nadie.

Hudson se dispone a pasar de largo, pero de repente Jaxon lo agarra y lo estampa contra la pared con tanta fuerza que su cabeza emite un crujido cuando conecta con la vieja piedra.

—¡Jaxon! —Lo agarro del brazo e intento contenerlo—. ¡Jaxon, para!

No se mueve. Ni siquiera pestañea. En serio, no creo ni que me oiga. Es como si fuera un extraño, alguien a quien no conozco en absoluto.

—¿Vas a quedarte ahí plantado como un inútil? —le suelta Hudson—. ¿O vas a hacer algo? No tengo todo el puto día para esperar a que te crezcan las pelotas.

—¡Hudson, para! —grito, pero es demasiado tarde. Puedo ver el momento en que Jaxon salta. Entonces agarra a Hudson de la garganta y empieza a apretar.

—¡Jaxon! ¡Jaxon, no! —Lo cojo de la mano e intento apartarlo, pero no cede. Y Hudson tampoco, que no para de mirarlo con desdén. Espero a que detenga esto, espero a que se quite de encima a su hermano, pero ni siquiera lo

intenta. No lo entiendo hasta que me doy cuenta de que Jaxon está usando su telequinesis para mantenerlo contra la pared. Y es en ese momento cuando paso de estar asustada a estar aterrada.

Si no detengo esto, Jaxon podría matar a Hudson, otra vez.

—Por favor. —Me cuelo entre ellos para que Jaxon no pueda seguir ignorándome y entonces lo agarro de la mano que está usando para mantener a Hudson contra la pared —. Venga, Jaxon —digo decidida a no dejar que siga pasando de mí—. No hagas esto.

Los ojos que me dirige son negros como el carbón, están completamente vacíos, y me dejan helada. Porque este no es mi Jaxon. Ni siquiera aquel primer día estaba así.

Los demás han entrado en escena y le están gritando a Jaxon, intentando apartarlo de su hermano, pero no funciona. Nada funciona.

Soy vagamente consciente de que Macy está llamando al tío Finn, pero si no hago algo ya, esto acabará antes de que él llegue aquí. Sí, Hudson podría usar su poder para derribar el techo, pero no lo va a hacer. No cuando los otros y yo estamos aquí.

Lo que significa que tengo que encontrar un modo de parar esto, de atravesar lo que sea que lo ha sumido en este trance y llegar hasta el Jaxon que espero que siga estando ahí.

Inspiro hondo para mantener el pánico a raya y exhalo despacio mientras acuno sus mejillas entre las palmas de mis manos.

—Jaxon —susurro—. Mírame.

Durante unos eternos segundos se niega a hacerlo. Pero entonces esa mirada vacía conecta con la mía y casi grito, aterrada al pensar que tal vez sea demasiado tarde.

Pero está ahí; sé que está ahí. Solo tengo que encontrarlo.

—Tranquilo —le digo suavemente—. Estoy aquí, Jaxon. Estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte. Sea lo que sea esto, sea lo que sea lo que está pasando. Te juro que puedes contar conmigo.

Empieza a temblar.

—Grace —murmura, y parece tan perdido que se me parte el corazón—. Algo va mal. Algo…

—Lo sé.

Toda la sala empieza a temblar ahora. Las cosas empiezan a desprenderse de las paredes, las piedras se agrietan y, detrás de mí, siento que Hudson empieza a decaer.

Nos estamos quedando sin tiempo; lo noto. El pánico lucha por apoderarse de mí, pero lo combato, me niego a permitírselo. Porque, si lo hago, todo habrá acabado. Y ¿qué haré entonces? ¿Qué haremos ninguno de nosotros?

Durante un segundo, solo un segundo, aparto la vista de él y la dirijo hacia las puertas, todavía abiertas… y veo la aurora boreal danzando en el cielo. Entonces se me ocurre una idea. Solo espero que sea buena, pues sé que es la última oportunidad que tengo.

—La aurora boreal acaba de salir, Jaxon. Está ahí fuera.

Nuestros amigos emiten sonidos de incredulidad, como si no pudieran dar crédito a lo que estoy diciendo. Pero lo

estoy apostando todo a mi fe en que el Jaxon al que amaba sigue ahí en alguna parte.

—¿Recuerdas esa noche? —susurro—. Yo estaba muy nerviosa, pero tú me cogiste de la mano y me hiciste saltar por el borde del parapeto.

Los temblores empeoran, tanto en él como en la sala. Pero ahora sé que está ahí. Siento cómo intenta encontrar la manera de regresar con nosotros.

—Bailamos por todo el cielo. ¿Lo recuerdas? Estuvimos horas ahí fuera. Yo me estaba congelando, pero no quería entrar. No quería perderme ni un segundo de estar ahí contigo.

—Grace. —Es un susurro agónico, pero entonces me mira y con eso basta.

Su poder vacila durante un ínfimo instante, y Hudson ataca.

100

Humpty Dumpty no tiene nada que ver con nosotros

Jaxon ruge cuando golpea la pared junto a la puerta con tanta fuerza como para dejar la marca de todo su cuerpo en piedra de siglos de antigüedad. Se recupera más rápido de lo que creía posible y carga contra Hudson de nuevo, que está en medio de la sala intentando recuperar el aliento, pero por su rostro está claro que ya ha tenido suficiente.

Jaxon le lanza un puñetazo, pero Hudson se agacha y consigue esquivarlo. Cuando Jaxon se vuelve e intenta usar su telequinesis de nuevo, Hudson gruñe.

—¡No te atrevas! —Segundos después el mármol por debajo de Jaxon estalla, y cae a un agujero de medio metro.

Pero, con un hábil movimiento, sale de él de un salto, con Hudson en su punto de mira. Su hermano, que hace ya rato que ha perdido la paciencia, le devuelve la mirada, y temo que puedan matarse el uno al otro si nadie hace nada.

No debo de ser la única, porque Mekhi, Luca, Eden y Flint literalmente saltan sobre Jaxon, mientras que yo corro hacia Hudson.

—¡Basta! —grito y se queda helado, con los ojos muy abiertos.

Y lo entiendo. Estoy segura de que no he sonado así en mi vida, pero, joder, no pienso dejar que estas dos personas a las que tanto quiero se destruyan la una a la otra en mi presencia. De eso nada.

—Tienes que dejarlo estar —le digo. Y sí, soy consciente de lo injusto que es que le pida eso a él cuando es Jaxon el que lo ha atacado primero, pero él es el que tiene la cabeza más despejada. No sé qué le está sucediendo a Jaxon, pero, sea lo que sea, algo no va bien—. Le está pasando algo muy malo.

Hudson exhala lentamente, pero asiente y da un paso atrás. Y yo... me vuelvo hacia Jaxon y hacia los destrozos que hemos ocasionado.

Ya está más calmado, de modo que Flint y Eden lo han soltado y han dado un paso atrás. Luca también lo suelta, pero se interpone entre ambos hermanos, y Mekhi sigue agarrándolo con fuerza.

—Yo me ocupo —le digo a Mekhi.

Pero me mira como diciendo «De eso nada», así que espero con paciencia mientras todo lo que ha sucedido en los últimos días se reproduce en mi mente como un vídeo en bucle. Al final Mekhi se aparta y me da algo de espacio. Me acerco a Jaxon y lo abrazo.

Al principio se resiste, con el cuerpo tieso e inmóvil. Pero no pienso soltarlo y, cuando por fin se da cuenta, apoya la

cabeza en mi hombro y entierra el rostro entre mi hombro y mi cuello.

No digo nada, y él tampoco. Simplemente nos abrazamos dejando que los segundos pasen. En un momento dado noto humedad en mi cuello y me doy cuenta de que está llorando. Y se me cae el alma a los pies al sentir su dolor.

Conforme los segundos se transforman en minutos, quiero apartarme para poder averiguar qué es lo que le pasa y cómo puedo ayudar. Pero mi madre me enseñó hace mucho tiempo a no ser jamás la primera que rompe un abrazo como este, porque nunca sabes por lo que está pasando la otra persona… ni lo que necesita.

Está claro que Jaxon está pasando por algo, y si esto es lo único que me permite hacer por él, esto es lo que haré durante el tiempo que me necesite.

Sin embargo, al final sus lágrimas mudas se secan y se aparta. Por segunda vez esta noche nuestras miradas se encuentran, y entonces musita:

—Estoy jodido, Grace.

Resulta tan evidente ahora, cuando lo miro… Ha perdido peso de nuevo y parece aún más delgado que cuando volví tras haber estado petrificada todos esos meses. Su cara está más afilada, sus ojeras son tan pronunciadas que parece que tiene los ojos morados. Y sigue habiendo algo muy muy extraño en su mirada.

—Cuéntamelo —susurro agarrándolo de las manos.

Pero niega con la cabeza.

—Yo ya no soy tu problema.

—Escúchame, Jaxon Vega —le ordeno, y esta vez ni siquiera intento mantener la voz baja—.

Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, tú siempre serás mi problema. Siempre me vas a importar. Y estoy asustada. Estoy muy asustada, y necesito que me digas qué es lo que te está pasando.

—Es... —Se interrumpe. Niega con la cabeza y se cierra en redondo.

Cosa que no hace sino asustarme más todavía. Jaxon suele ser bastante directo con lo que le pasa y, si está actuando de esta manera, la cosa debe de ser peor de lo que imaginaba.

Y entonces lo recuerdo.

—¿Por qué ha dicho eso hoy la Anciana? —susurro—. ¿Por qué ha dicho que no tienes alma?

Se pone a temblar como una hoja de nuevo.

—No quería que lo supieras. No quería que nadie lo supiera.

—¿Quieres decir que es verdad? —susurro mientras el horror me destroza por dentro—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

No me mira cuando responde, pero tampoco me suelta las manos, que me agarra con fuerza.

—Sabía que algo andaba mal. Llevaba mal varias semanas. De modo que cuando estuve en Londres esta última vez, fui a ver a un curandero.

—Y ¿qué dijo? —pregunto, y una parte de mí quiere gritarle por tomarse tanto tiempo, quiere gritarle que lo escupa ya para poder decidir hasta qué punto tengo que acojonarme. Porque ahora mismo tengo la sensación de que debería hacerlo, y mucho.

—Lo que dijo es que... —Su voz se quiebra, de modo que traga saliva un par de veces y empieza de nuevo—. Dijo que cuando el vínculo se rompe, nuestras almas también se rompen.

Por detrás de mí, Macy sofoca un grito, pero nadie emite sonido alguno. No sé siquiera si respiran. Juraría que yo no lo estoy haciendo a estas alturas.

—¿Qué significa eso? —pregunto cuando por fin logro insuflar algo de oxígeno a mis pulmones, pero esta vez es mi voz la que se quiebra—. ¿Cómo se puede romper el alma? ¿Cómo...? —Me obligo a callar y a esperar, a escuchar lo que tenga que decir. Está claro que él está en peor estado que yo, porque mi alma, y el resto de mi ser, parecen estar bien.

—Es porque sucedió en contra de nuestra voluntad y de una forma tan violenta que casi acaba con nosotros cuando pasó. ¿Lo recuerdas?

¿Que si lo recuerdo? ¿Me lo pregunta en serio? Jamás olvidaré la agonía de esos momentos o lo cerca que estuve de rendirme para siempre. Jamás olvidaré la expresión en el rostro de Jaxon ni lo que sentí cuando Hudson me convenció para que me apartara de la nieve.

—Por supuesto que lo recuerdo —susurro.

—Tú te vinculaste con Hudson justo después, de modo que el curandero está convencido de que su alma envolvió la tuya y la mantiene estable, por lo tanto tú estarás bien. Pero yo estoy...

—Solo. —Completo la frase por él y todo mi cuerpo se desmorona bajo el peso de mi propio temor, mi propia culpa y la pena.

—Sí. Y, sin nada a lo que aferrarse, los fragmentos de mi alma van muriendo uno a uno.

Flint emite un sonido terrible. Luca le chista, pero es demasiado tarde. El sonido hace que el dolor centellee en las profundidades de los ojos de Jaxon y me provoca escalofríos.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada —dice, y se encoge de hombros—. No hay nada que hacer, Grace. Solo esperar a que mi alma muera por completo.

—Y ¿qué sucede entonces? —susurro.

Su sonrisa es amarga.

—Entonces me convertiré en el monstruo que todo el mundo siempre ha esperado que sea.

101

Un-Break My Heart

Esto no puede estar pasando.

En serio, esto no puede estar pasando. He perdido la cuenta de cuántas veces he pensado eso desde que llegué al Katmere, pero esta vez es diferente. Esta vez lo digo de verdad, porque no puedo hacer esto.

En los últimos meses he aprendido que puedo con casi todo. Pero con esto no. No soy capaz de enfrentarme a lo que le está sucediendo a Jaxon. No ahora que tal vez estemos muy cerca de encontrar el modo de acabar con el terrible gobierno de Cyrus.

No ahora que estaba empezando a pensar que las cosas podrían ir bien de verdad.

No ahora, y no a Jaxon. Por favor, a Jaxon no. Él no merece esto. No merece nada de esto.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto.

—¿Para qué iba a hacerlo? —responde—. No puedes hacer nada, Grace. Nadie puede hacer nada.

—No me lo creo. —Miro a nuestros amigos y todos parecen tan horrorizados como yo—. Tiene que haber algo que podamos hacer.

Niega con la cabeza.

—No lo hay.

—No digas eso. No me lo creo. Siempre hay algo, siempre hay un vacío o algún tipo de magia. Alguien debe de saber algo que nosotros desconocemos. La Sangradora…

—Ella no tiene nada. Es a la primera a la que fui a ver cuando volví de la Corte. No tiene ninguna sugerencia ni sabe de nada que podamos intentar. Se puso a llorar, Grace. —Niega con la cabeza—. Supongo que si la Sangradora llora, está claro que todo se ha acabado para mí.

La ira estalla en mi interior ante la idea de que ese monstruo lo diera todo por perdido con él. Fue ella la que provocó todo esto y, luego, cuando la necesita, ¿no le ofrece una mano? ¿Se echa a llorar y dice «Vaya, qué lástima»?

Hay que tener valor.

—Eso no es suficiente —le digo.

—Grace…

—No, ni Grace ni hostias. ¿Sabes cuántas veces he logrado lo improbable desde que llegué a este instituto? ¿Cuántas veces debería haber muerto y no lo he hecho? Joder, en esta misma sala hay dos personas que han intentado matarme, y aquí sigo.

»Por no hablar de Lia, Cole y el puto Cyrus. Y los vencimos a todos. —Miro a mi alrededor, y señalo a

nuestros amigos—. Juntos los vencimos a todos, y si crees que ahora que nos necesitas vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo te sucede esto, estás muy equivocado. —Miro a Flint, a Mekhi y a Hudson—. ¿Verdad, chicos?

—Por supuesto. —Macy es la primera en contestar—. Encontraremos una solución.

—Y tanto —añade Mekhi—. No te ofendas, pero ya das bastante miedo así. No necesitamos una versión desalmada, gracias.

—Por no hablar de que ha pasado ya una semana desde la última vez que alguien intentó matarnos —bromea Flint —. Supongo que ya toca, ¿no?

Jaxon sonríe y por un instante veo de nuevo al antiguo Jaxon, al que me envió *Crepúsculo* y compartía conmigo chistes malos. El Jaxon al que amaba.

Mi corazón se parte de nuevo cuando caigo en esa realidad, en que lo amaba. Intento retirarlo, intento convencerme de que no ha sido más que un pensamiento errante. Que no significa nada.

Y entonces me doy cuenta de que realmente no tiene por qué significar nada. Puedo arreglar esto. Puedo arreglar a Jaxon. Lo único que tengo que hacer es empezar por reparar aquello que le rompió el alma.

Necesito encontrar la Corona, tal y como Hudson y yo habíamos planeado. Y cuando lo hagamos podemos usarla para romper nuestro vínculo, tal como pensábamos hacer semanas atrás.

Se me encoge el corazón al recordar los últimos días con Hudson, pero decido ignorarlo. Me digo a mí misma que no

importa, como tampoco importan las lágrimas que amenazan con humedecer mis ojos.

A lo mejor no hace falta llegar a eso. Tal vez si encontramos la Corona podamos usar su magia para reparar el alma de Jaxon sin más.

Pero si eso no funciona, si llega el momento de tomar la decisión de quedarme con el chico que me quiere pero que estará bien sin mí o con el chico que me necesita y que se volverá loco sin mí, en fin, lo cierto es que no hay opción. Ni para mí ni para Hudson, porque si algo he aprendido de él es que él haría exactamente lo mismo.

Jaxon es su hermano pequeño, el niño para el que talló aquel caballo. El niño al que tanto añoró toda su vida. Por nada del mundo dejaría que perdiera su alma si puede hacer algo para evitarlo.

Es ese pensamiento el que me lleva a volverme hacia Hudson y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo que está pensando lo mismo que yo. Ya ha aceptado la conclusión a la que acabo de llegar: que el universo nos está pidiendo que elijamos entre nuestro vínculo y el chico al que ambos queremos. El chico al que perderemos si tomamos la decisión errónea.

Eso en sí ya demuestra que no tenemos elección. Tal vez nunca la tuvimos.

«Lo siento», articulo.

Hudson no responde. Solo asiente antes de dar media vuelta e irse.

Mientras observo cómo se marcha, no puedo evitar recordar el día en que me dijo que jamás me haría elegir entre ellos, porque siempre sabía que no lo escogería a él.

No es hasta este preciso momento en el que la elección escapa de mis manos cuando me doy cuenta de que había empezado a esperar que tal vez podría demostrarle que se equivocaba. Que tal vez sí que lo escogería a él después de todo.

Y cuando Hudson desaparece por el pasillo que lleva a su habitación, la habitación en la que se suponía que íbamos a pasar la noche juntos, me digo que no importa. Que las grietas que empiezo a sentir en el fondo de mi ser no son más que imaginaciones mías.

102

El rosa eléctrico es hereditario después de todo

No pego ojo en toda la noche.

Estoy agotada física y emocionalmente por todo lo que ha pasado en los últimos días y, pese a ello, no puedo dormir. Me quedo despierta, mirando al techo y dándoles vueltas a todas las cosas que podrían salir mal en un momento dado durante las próximas veinticuatro horas.

Por si esto no fuera suficiente, cada vez que cierro los ojos veo los orbes sin alma de Jaxon mirándome mientras le arranca la garganta a alguna persona inocente. O a Macy. O a mí.

En su día me parecía horrible tener que revivir la muerte de Xavier una y otra vez, pero la ambigüedad de esto, el no saber qué va a pasar, ni cómo ni cuándo, es peor todavía.

De modo que no duermo nada pese a que nunca lo había necesitado tanto. Y en algún momento a lo largo del día de

hoy, Cyrus y Delilah van a aparecer, junto con Aiden y Nuri. Lo que suceda en ese momento será un auténtico espectáculo, de eso no me cabe duda.

Y flotando sobre todo esto está el espectro de la graduación, y lo que suceda una vez que tengamos los diplomas en la mano. ¿Cuánto tiempo podrá permanecer Hudson en el Katmere antes de que lo obliguen a marcharse a su guarida? ¿Y cuánto tiempo puede Cyrus permitirse permanecer en el Katmere con la esperanza de atraparlo?

Me temo que la respuesta a la última pregunta es «toda la vida», ya que Cyrus no necesita estar personalmente. Solo tiene que dejar a un par de guardias para arrestarlo.

Y ¿qué pasará entonces? ¿Qué nos pasará a los dos? Y si acabamos estando en la cárcel más tiempo del que pensamos antes de poder salir, ¿qué será de Jaxon?

No me extraña que no pueda dormir. Tengo el cerebro a punto de estallar.

Macy se levanta alrededor de las nueve (no ha parado de dar vueltas, pero al menos ha dormido) y dice:

—Voy a darme una ducha a ver si me despejo un poco.

Le deseo suerte y me quedo justo donde estoy, aunque sé que debería levantarme también y como mínimo hacer el intento de decidir qué voy a ponerme debajo del birrete y la toga. En vez de eso, me paso quince minutos intentando controlar la ansiedad y buscando la voluntad para moverme al mismo tiempo.

La lucha es muy real.

Estoy a punto de levantarme cuando oigo unos golpes en la puerta.

Se me encoge el estómago y me pregunto inmediatamente si será Hudson. Pero cuando por fin abro, después de tomarme mi tiempo para arreglarme el pelo en el espejo más cercano, resulta que es el tío Finn... con un ramo gigante de flores silvestres.

—¡Madre mía! ¡Son preciosas! —le digo acunándolas en los brazos.

—¿Verdad que sí? —afirma con una sonrisa, y me guiña el ojo.

—Muchísimas gracias —le digo—. Me...

—¡Ah, no, Grace! No son mías. Estaban en la puerta cuando he llegado. Supongo que cierto vampiro quería sorprenderte.

Se me inundan los ojos de lágrimas porque... Hudson. Después de todo lo que ha pasado, de todo lo que va a pasar, me regala flores.

¿Qué demonios? Llevo esperando graduarme en el instituto cuatro años y, ahora que ha llegado el momento, todo está tan desastroso que no lo soporto. Es un asco. Un auténtico asco.

—Ay, Grace. No llores —me pide mi tío, y me abraza—. Todo saldrá bien.

Yo no estoy tan segura de eso, pero me parece grosero contradecirlo.

—La verdad es que esperaba poder hablar contigo un poco hoy —le explico a mi tío, y me dirijo de nuevo hacia mi cama y me siento.

—¿Ah, sí? —Coge la silla de mi escritorio y la acerca para sentarse frente a mí—. ¿Sobre qué?

—Quería darte las gracias.

—¿A mí? —Parece genuinamente desconcertado, y esa es la razón por la que mi tío Finn siempre será el mejor guardián del mundo.

—Por acogerme cuando no tenías por qué hacerlo. Por remover cielo y tierra para ayudarme cuando me transformé en gárgola. Y, sobre todo, porque Macy y tú me habéis dado de nuevo una familia. Por eso siempre te estaré agradecida.

—Ay, Grace. —Ahora es el turno de mi tío de sorberse los mocos—. No tienes por qué darme las gracias. No por nada de eso. Desde el momento en que llegaste al Katmere has sido como una segunda hija para mí, una hija de la que me siento muy orgulloso. Eres una jovencita fuerte, inteligente, competente y hermosa, y estoy deseando ver hasta dónde eres capaz de volar, incluso sin tus alas.

Me echo a reír, porque no hay duda de que mi tío es el hombre más dulce del mundo entero.

—Sé que hablamos de que me quedaría aquí después de la graduación hasta que decidiese qué hacer. Solo quiero asegurarme de que sigue pareciéndote bien.

—¿Por qué no me lo iba a parecer? —Parece confundido —. Tu casa siempre estará con Macy y conmigo, ya sea aquí en el Katmere o en cualquier otra parte. No te librarás de nosotros, niña. ¿Entendido?

Sonrío a punto de echarme a llorar.

—Entendido.

—Bien. —Se lleva la mano al bolsillo de su *blazer* y saca una cajita envuelta en papel rosa eléctrico—. Macy eligió lo que me garantiza que es un regalo fantástico de graduación de nuestra parte, pero este es mío.

—Ay, no tenías por qué…

—Claro que sí. De hecho, hace tiempo que quería dártelo. —Señala la caja con la barbilla—. Venga, ábrelo.

Ahora le sonrío de oreja a oreja mientras desenvuelvo una cajita roja y retiro la tapa. En el interior hay una piedra rectangular. Es rosa eléctrico (menuda sorpresa); la atraviesan unas cuantas vetas de color blanco y granate, y en la parte superior lleva grabada una inscripción: dos V unidas por los lados.

No he tenido mucha experiencia con esto desde que llegué al Katmere, pero reconozco lo que es.

—¿Qué runa es esta? —pregunto.

Sonríe.

—La inscripción significa paz, felicidad, esperanza. La piedra en la que está grabada, una rodocrosita, significa lo mismo. Sanación emocional y alegría. —Su voz se quiebra un poco, aparta la vista y parpadea unas cuantas veces.

—¡Ay, tío Finn! —Lo rodeo con los brazos—. Gracias. Me encanta.

Me devuelve el abrazo y me propina un beso paternal en la coronilla.

—Tengo el juego completo para ti en mi cuarto, pero es bastante grande, y quería darte algo que pudieras llevar contigo.

Se me derrite el corazón y lo abrazo de nuevo.

—No te haces una idea de lo mucho que necesitaba esto hoy —susurro.

—Hay más, y espero que te haga feliz, y no te entristezca. —Vacila un segundo, y justo cuando me dispongo a averiguar qué quiere decir, continúa—: Eran de

tu padre, Grace. Las dejó a mi cargo cuando él y tu madre decidieron alejarse de esta vida. Siempre esperé que regresara a por ellas, pero cuando llegaste tú supe que siempre fueron para ti.

Sus palabras me pillan desprevenida y un sollozo sale de ninguna parte y se aloja en mi garganta.

—Lo siento. No...

—Chis, tranquila. —Me abraza de nuevo y me mece mientras lloro un poco en su hombro.

Porque es el día de mi graduación y mis padres no están aquí.

Porque por fin me había abierto a Hudson, y ahora tengo que perderlo antes de haberlo tenido de verdad.

Porque no tengo ni idea de cómo va a terminar este día, y me aterra que lo haga de una manera horrible.

—Ay, Grace, eres tan valiente... —me susurra el tío Finn —. Siento todo lo que has tenido que soportar este año. Ojalá pudiera habértelo evitado.

Me aparto y niego con la cabeza, secándome las lágrimas con las manos.

—Solo los echo de menos, ¿sabes?

—Lo sé —dice—. Yo también los echo de menos. A diario.

—Gracias por la runa —le digo, y la cojo y empiezo a girarla en la mano. Está sorprendentemente caliente para ser una piedra que nadie estaba tocando.

—Runas. Te traeré toda la bolsa después de la graduación. Pero, Grace... —Su voz se torna muy seria—. Pase lo que pase, estés donde estés en los próximos días o semanas, quiero que lleves esa runa contigo en todo momento.

—De acuerdo —le contesto, pero no puedo evitar estar un poco confundida—. ¿Hay algún motivo por...?

—Pronto sabrás por qué —me indica—. Y sabrás cuándo. Tú recuerda confiar en ti misma y en la gente que te quiere. Puedes contar con nosotros. —Parece querer decir más, pero Macy sale corriendo de la ducha envuelta en un largo albornoz y con una toalla en el pelo—. Confía en la gente que te quiere —repite el tío Finn antes de levantarse para acercarse a Macy—. Los necesitarás a todos antes de que acabe todo esto.

103

Con *mucha* ayuda de mis amigos

—¿Estás preparada para esto? —pregunta Flint varias horas más tarde mientras me levanta en el aire y me da una vuelta.

—Todo lo preparada que puedo estarlo —respondo cuando me deja de nuevo en el suelo. Lo miro de arriba abajo—. Pareces una berenjena gigante.

—Ya, bueno, mejor gigante que pequeña —dice y menea las cejas arriba y abajo—. ¿Quién ríe el último?

—Al parecer tú, pervertido.

—Oye, eres tú la que ha mencionado la verdura fálica. —Se queda mirando las gradas improvisadas, construidas a gran velocidad para la graduación por las brujas después de que Hudson destruyera el estadio del Katmere, y saluda a alguien—. Solo he venido a darte un abrazo y a charlar un poco.

—¿Han llegado tus padres? —pregunto intentando averiguar a quién está mirando, pero hay tanta gente allí que cuesta distinguir a nadie, ni siquiera a los reyes dragones.

—Ah, sí. Están ahí —dice, pero su sonrisa se atenúa ligeramente—. Y Cyrus y Delilah también.

—Cómo no. —Miro a mi alrededor—. ¿Están bien Jaxon y Hudson?

Me mira con los ojos muy abiertos.

—Después de lo de anoche no sé si ninguno de nosotros va a volver a estar bien.

—Eso es verdad —convengo, y siento cómo se me oprime el estómago.

—Grace... —Se dispone a decirme algo, pero se corta cuando aparecen Eden y Mekhi.

—Está el morado... y luego está el demasiado morado —indica Eden poniendo los ojos en blanco—. Esto —señala su propio birrete y su propia toga— es demasiado morado.

—A mí me parece que estás muy mona —le dice Mekhi, y debe de sentirse bastante osado hoy, porque incluso se atreve a darle un toquecito en la nariz.

Ella lo mira con los ojos entrecerrados.

—Y a mí me parece que tienes ganas de morir.

El vampiro se echa a reír.

—¿Dónde están los demás?

—Probablemente escondiéndose —responde Eden con sarcasmo—. ¿Te imaginas a Hudson con estas pintas?

—Ojalá no pudiera verme ni a mí mismo con estas pintas —afirma Luca mientras abraza a Flint por la cintura desde atrás.

—¡Madre mía! —exclama Macy, que llega corriendo con el móvil en la mano—. ¡Chicos, estáis fantásticos! Tengo que haceros una foto.

Todos protestamos, pero al final nos colocamos en una especie de formación para la foto, si dejamos a un lado el hecho de que Flint está poniendo caras o nos está poniendo «orejas de dragón» por encima de la cabeza.

Hudson se reúne con nosotros en medio de la sesión de fotos improvisada. Lleva puesto el birrete, pero tiene la toga doblada sobre el brazo.

—Se supone que tienes que ponértela, ¿sabes? —le explica Macy.

Él la mira espantado.

—Esto es un Armani —dice señalando el traje hecho a medida que lleva puesto.

—¿Y...? —pregunta Mekhi.

—Pues que no pienso cubrirlo con esa monstruosidad ni un segundo más de lo necesario.

Macy pone los ojos en blanco.

—Eres lo peor, lo sabes, ¿no?

—Y me lo dice justo la única persona que no lleva una toga morada —le responde.

—Solo porque no puedo ponérmela. —Le tiembla un poco la barbilla—. No me puedo creer que vaya a tener que estar aquí el año que viene sin vosotros. ¿Qué voy a hacer?

—Venir a visitarnos mucho —sugiere Eden, y rodea sus hombros con el brazo y le da un fuerte apretón—. Nos vendrá bien el punto de vista de una bruja en la Corte Dragontina.

—Entonces ¿ya te has decidido? —pregunta Macy con los ojos muy abiertos—. ¿Vas a formarte para la Guardia?

—Sí, creo que sí. —Mira a Flint—. Alguien tiene que mantener a este chico a raya.

—El resto de nosotros estaremos pronto en la Corte Vampírica también —informa Luca—. Esperamos volver a reconstruirla cuando expulsemos a Cyrus de una vez por todas. Así que siempre puedes venir a visitarnos allí también. Londres mola un montón.

—Y yo no voy a irme a ninguna parte en una temporada —le digo, y la abrazo desde el otro lado. Después pienso en la Corona que tengo que encontrar... y en lo que tengo que hacer para conseguirla—. Solo a la cárcel, pero eso no cuenta, ¿no?

Macy se ríe, pero antes de que pueda decir nada más, Jaxon aparece vestido con un par de vaqueros y una camiseta negra, sin birrete ni toga.

—¿Dónde están tus cosas? —pregunta Macy—. La ceremonia empieza en unos diez minutos.

—En mi habitación, donde tienen que estar.

—¿No te las vas a poner? —pregunto.

—¿Y parecer un pene gigante? —Mira a los otros chicos con un gesto vagamente divertido—. Me temo que no.

—Se acabó. —Macy alza las manos exasperada—. Voy a decirle a mi padre que cambie el color de las togas antes de la ceremonia del año que viene.

—Eso es un año demasiado tarde —masculla Luca.

Pero Macy solo pone los ojos en blanco.

—¡Para mí no! Además, más vale tarde que nunca. Y ahora, venga, chicos, juntaos. Quiero haceros una foto a

todos juntos.

Jaxon hace un gesto de hastío, pero no puedo evitar fijarme en que a la hora de hacer la foto, él está justo en medio del grupo, y nos está abrazando fuertemente a Hudson y a mí.

Veo que Hudson también se percata porque, a pesar de todo, él abraza a su hermano con la misma fuerza.

—Todo irá bien —susurro, y mientras pronuncio las palabras, no sé si las estoy dirigiendo a Jaxon, al universo o a mí misma. Solo sé que cuando el viento se levanta y se lleva mis palabras, pienso que tal vez, solo tal vez, podamos salir de esta si nos aferramos al hecho de que realmente nos queremos los unos a los otros. Y que las únicas personas contra las que tenemos que luchar están en el otro bando.

—¡Vale! ¡Tengo la foto! —grita Macy emocionada.

—No, no la tienes —le digo.

Mi prima parece confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no es «la foto» si no estás tú en ella. Así que ven aquí y hagámosla.

Macy se pone colorada y se esfuerza por contener las lágrimas. Y entonces todos nos apiñamos a su alrededor todo lo posible mientras ella sostiene la cámara.

—Cuando llegue a tres, tenéis que decir: «Que le den a Cyrus» lo más alto posible —nos dice—. Uno, dos, ¡tres!

—¡Que le den a Cyrus! —gritamos todos, y mi prima hace la foto.

Y cuando la abro un par de minutos después y miro nuestros ocho rostros sonrientes, ruego al universo con

todas mis fuerzas que, de alguna manera, todos podamos salir de lo que está por venir de una pieza... y juntos.

104

Carpe Seize-Em

La ceremonia de graduación es sorprendentemente... anticlimática. No sé qué me esperaba. Tal vez un saludo de los Dracos Dorados como el que vimos en la fiesta de los dragones. O las brujas iluminando el lugar.

En lugar de todo esto, es un acto serio, ordenado y en realidad como cualquier otra graduación del mundo. Y lo entiendo. ¿Cómo puedes hacer más emocionante una ceremonia que consiste en subirse a una plataforma para recoger un trozo de papel falso que después tendrás que entregar para recoger tu trozo de papel real? Sí, el nuestro está impreso en un papiro de doscientos años de antigüedad, pero aparte de eso supongo que se parece bastante a la ceremonia que habría tenido en San Diego. Solo que aquí tengo muchos más amigos... y muchos más enemigos también.

Tras otra ronda de fotos, esta vez con la mayoría de sus familias, mis amigos y yo regresamos al castillo. Puesto que la graduación tenía que celebrarse al anochecer por deferencia a los vampiros, el tío Finn ha planeado una cena familiar para Macy, él y yo; después de todo, esta noche es la noche de la graduación que todo el mundo dice que debería ser absolutamente fantástica..., por no hablar de que debe de estar repleta de todo el espectáculo paranormal ausente en la ceremonia.

Tengo intenciones de dejarme mis problemas en la puerta y de pasármelo de maravilla, teniendo en cuenta que ninguno sabemos qué nos deparará mañana. Y teniendo en cuenta también que por el momento Cyrus y Delilah se han comportado hoy.

Lo que significa que es solo cuestión de tiempo que pase algo.

Estoy a medio camino del castillo cuando Hudson me alcanza. Y, no voy a mentir, una parte de mí se emociona de que me haya venido a buscar... y la otra solo quiere salir corriendo lo más rápido posible. Después de lo de anoche, no sé qué decirle, ni si hay algo que decir. Sé que no quiero enamorarme de él más de lo que ya lo estoy... y no quiero que él se enamore más de mí tampoco. Bastante duro va a ser esto ya.

El calor provocado por el vínculo sigue estando ahí, combinado con la amistad y el respeto que hemos ido construyendo durante las últimas semanas... No sé... No sé cómo va a funcionar esto, cómo vamos a estar juntos sin estarlo.

Era más fácil antes de Nueva York, antes de que me besara y de que me tocara y de que... Era tan fácil entonces que casi desearía que no hubiera sucedido. Casi. Porque lo cierto es que, pase lo que pase ahora, no cambiaría esas horas en Nueva York por nada. Estar entre los brazos de Hudson, escuchándolo hablar de todo y de nada... y saber que nunca va a volver a pasar hace que se me haga aún más difícil mirarlo.

—Hola —dice cuando hemos recorrido varios metros juntos en un incómodo silencio.

—Hola —lo saludo—. Gracias por las flores. Eran preciosas.

—Me alegro de que te hayan gustado —responde mirándome con el rabillo del ojo.

—Me han encantado. —Me aclaro la garganta y busco las palabras adecuadas. Al final solo se me ocurre decir—: Lo siento.

—No tienes nada que sentir —contesta.

—Eso no es verdad —digo, y lo cojo de la mano. Y entonces deseo no haberlo hecho, ya que el calor se aviva entre nosotros de nuevo—. He estado fastidiando esto desde el principio. Primero no te recordaba. Después no te creía. Luego no te...

—¿No me querías? —pregunta con una sonrisa más de resignación que de tristeza.

Ese es el tema. No sé si lo quiero aún, pero sí me he dado cuenta de que podría llegar a quererlo... si las cosas fueran distintas. Si nosotros fuéramos distintos. Si este mundo retorcido fuera distinto.

—Lo siento —repito, pero Hudson niega con la cabeza.

—Yo también lo quiero, ¿sabes? —dice—, y necesito que esté bien tanto como tú, pese a su preocupante inclinación a quererme muerto y a querer ser quien me liquide en cualquier momento.

Me río solo porque la otra opción es llorar, y eso ya lo he hecho.

—¿Cómo llevas la garganta?

—Los vampiros sanan rápido —responde.

Lo miro mal.

—Eso no es una respuesta.

—Claro que sí. De hecho…

Deja la frase a medias cuando Nuri y varios de sus guardias se interponen en nuestro camino.

—Hudson Vega —dice—, quedas arrestado por órdenes del Círculo.

La sorpresa se refleja en el rostro de Hudson, pero desaparece en un instante.

—¿En serio, Nuri? ¿No hemos pasado por esto ya? —Finge bostezar.

—Así es —dice con una mirada severa—. Pero esta vez he venido preparada.

Cuatro de sus guardias corren hacia él y, segundos después, le colocan unas gruesas esposas y unos gruesos grilletes mágicos en las muñecas y los tobillos, unas esposas que hacen que los brazaletes que usa mi tío en el Katmere parezcan de juguete.

—¡Nuri! —El tío Finn llega corriendo—. Suéltalo inmediatamente.

—Esto no es asunto tuyo, Finn —le dice.

—¡Es uno de mis alumnos, así que sí que es asunto mío! —ruge mi tío con furia. He de admitir que no conocía esta faceta de mi tío, pero ahora mismo parece estar dispuesto a despedazar a alguien con sus propias manos.

—Antiguo alumno —le dice con un brillo en los ojos que indica que está disfrutando esto demasiado—. Desde hace media hora es un ciudadano cualquiera.

—Sí, pero no puedes arrestarlo en la propiedad del Katmere —le dice airado ante su traición... y ante su quebrantamiento de la ley.

Ella ni siquiera me mira cuando responde:

—El Círculo aprobó una nueva ley anoche a última hora. Los alumnos que infrinjan la ley estarán protegidos en la propiedad del Katmere mientras sigan matriculados. Pero en el momento en que esa matriculación venza (bien porque renuncie a ella o bien porque se gradúe), la protección del centro queda invalidada.

—Gilipolleces —suelta el tío Finn ahorrándome el tener que decirlo yo misma—. No podéis cambiar la ley y ejecutarla sin haber informado siquiera a la gente de que ha cambiado.

El tío Finn levanta su varita y la dirige hacia las cadenas de Hudson.

—No lo hagas, Finn —le advierte Nuri mirando por encima de su cabeza—. O te arrepentirás.

Sigo su mirada y veo que Cyrus está observando desde el extremo de la línea de árboles, como el buen cretino que es. Nuri nos dio una semana, pero aquí está, después de solo tres días, incumpliendo su palabra. Sé que lo hace por

el rey vampiro, lo que no sé es si la habrá amenazado o le habrá prometido algo.

Y, sinceramente, me da igual. Lo que está claro es que ha demostrado una vez más que no se puede confiar en ella.

—Eres patética —le espeto más furiosa que en toda mi vida.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que eres patética. O peor, eres una cobarde. Actúas como si fueras superpoderosa, como si pudieras enfrentarte a cualquiera, pero lo cierto es que no eres capaz de hacer una mierda. —Señalo a Cyrus con un gesto de la cabeza, cuyos ojos relucen mientras observa cómo se desarrolla la situación—. Has cedido ante un vampiro. Has cedido ante Cyrus, a quien detestas, porque eres tan débil y estás tan sedienta de poder como el resto de ellos.

—Grace, para —me dice el tío Finn, y detecto cierta advertencia en su voz, en sus ojos, de que estoy yendo demasiado lejos.

Pero me da igual. Estoy harta de esta mujer y de sus mentiras, harta de este puto mundo en el que a todos los poderosos solo les preocupa su propio beneficio, sin importarles a quién tengan que joder o a quién tengan que destruir para conseguirlo.

Nuri se vuelve hacia mí con ira en los ojos.

—Eres una niña muy muy ingenua.

—Y tú eres una mujer todavía más ingenua. —Estoy tan cabreada como ella, pero mi ira es un ser viviente dentro de mí, un ser que me golpea el pecho y ruega que lo libere. Un ser que suplica que le ceda el control. Y quiero hacerlo, más de lo que he querido nunca nada, pero sé que eso no

nos llevará a ninguna parte. De modo que inspiro hondo y digo con una frialdad mordaz—: Pero no pasa nada. Haz lo que quieras, Nuri. Protege a quien quieras proteger y sé tan corta de miras como quieras ser. Pero no vengas a llorarme cuando tu sucia alianza se vuelva en tu contra. Porque se volverá. Y puede que yo solo tenga dieciocho años y que sea medio humana, pero soy lo bastante lista como para saber que ya estás acabada. Solo que tú no lo sabes todavía.

—Has perdido cualquier apoyo que pudieras haber obtenido de mí —me silba.

—Ya, bueno, lo mismo te digo. Y algo me dice que tú vas a echar más de menos mi apoyo que yo el tuyo.

Por un segundo creo que va a explotar. Pero entonces inspira hondo y se vuelve hacia mi tío.

—¿Tienes algo que decir respecto a esto?

—¿Aparte de informarte de que el Círculo recibirá noticias de mi abogado en menos de una hora? —indica el tío Finn—. No, la verdad es que no.

—¿Y tú? —pregunta la reina dragón a Hudson—. ¿Hay algo que quieras decir antes de que te saquemos de aquí?

Finge pensar en ello y luego niega con la cabeza.

—No. Grace ya lo ha dicho todo y más. —Me sonríe—. Buen trabajo.

Nuri muestra los dientes y parece más dragona ahora que nunca.

—Lleváoslo —ordena a los guardias a media voz antes de volverse de nuevo hacia Hudson—. Morirás antes de salir de esa cárcel.

Hudson me mira entonces y, por un segundo, hay algo en sus ojos que me parte el corazón en mil pedazos. Pero luego se vuelve hacia ella con una sonrisa maliciosa y dice:

—Ya, bueno, no sería la primera vez.

El corazón se me acelera cuando los guardias empiezan a arrastrarlo porque, como sucedió en la Corte Dragontina, los grilletes no le permiten caminar. Le resulta casi imposible hacer nada.

Me vuelvo para seguirlo con la mirada y me doy cuenta de que el resto de mis amigos se han unido a la creciente multitud... y parecen tan furiosos como yo. Menos Jaxon, que solo parece vacío.

Y por más que quiera quedarme aquí, por más que no quiera hacer lo que estoy a punto de hacer, sé que ha llegado el momento. Es ahora o nunca.

—¡Espera! —le grito a Nuri.

La dragona vuelve a ignorarme, y se niega incluso a mirar en mi dirección. Y supongo que me lo merezco, pero eso no significa que vaya a dejar que se salga con la suya.

—¡Soy su compañera! —digo tan alto y tan claro que resuena en los árboles y reverbera en los prados—. Es mi derecho acompañarlo. Es mi derecho que no me separen de él.

Se vuelve para mirarme.

—¿Quieres ir a la cárcel? —Su tono implica que no estoy bien de la cabeza.

El terror me invade, y supongo que tiene razón. Pero ya no puedo echarme atrás, y tampoco cambiaría de idea de todos modos. Demasiadas cosas dependen de esto.

—Quiero estar con mi compañero —le indico.

—¡Grace, no! —El tío Finn da un paso adelante e intenta interponerse entre nosotros—. Hay otras maneras…

No de hacer lo que tengo que hacer. Pero no se lo digo, no puedo sin poner al tanto a Cyrus y al resto de esta asquerosa alianza.

—Todo irá bien —le digo, y me acerco para darle un abrazo rápido y colarle la runa de mi padre en el bolsillo. Entonces le susurro al oído—: Dale a Jaxon mi runa. Dile que aguante, que volveré a por él. Macy te lo explicará todo. Escúchala.

—Muy bien. —Nuri se vuelve hacia sus guardias—. Ya la habéis oído. Detened a la gárgola.

Y así, sin más, mi vida cambia. Otra vez.

105

El que se acuesta con gili...,
se levanta totalmente jodido

Los guardias de Nuri vienen hacia mí como locos. No sé si es porque creen que «la gárgola» es peligrosa o porque están cabreados conmigo por lo que le he dicho a su reina. Sea por el motivo que sea, tengo la sensación de que me van a arrancar los brazos de los hombros mientras me los colocan en la espalda y me ponen las gruesas esposas.

—¡Eh! —grita el tío Finn—. No la tratéis así. Ella no ha hecho nada malo.

—Es el procedimiento estándar a la hora de transportar a la gente a la Aethereum —le explica Nuri con voz neutra. Pero no me parece muy estándar cuando los guardias me aprietan tanto las muñecas que veo las estrellas.

Hudson, que ha permanecido sorprendentemente tranquilo durante todo esto, parece que está a punto de perder los papeles por primera vez.

—¡Soltadla! —ruge—. Ha cometido un error. No va a venir conmigo…

—Eso no lo decides tú —le dice Nuri—. De hecho, de aquí en adelante tú ya no decides nada. Piensa en ello mientras pasas la eternidad en prisión.

Los ojos de Hudson se vuelven letales, al igual que su voz.

—Pensaré en muchas cosas mientras esté en prisión —le asegura—. Y te prometo que no será una eternidad.

—¡Lleváoslos! —exclama Nuri por encima de los gritos y las protestas de nuestros amigos y de un puñado de alumnos más que se han reunido a nuestro alrededor.

Pero, una vez más, antes de que podamos siquiera abandonar el claro, los guardias se ven obligados a detenerse. Esta vez por órdenes del mismísimo rey vampiro.

—Siento interferir en la estricta administración de la justicia —dice Cyrus, y no puedo evitar disfrutar al ver lo mucho que parece cabrearle tener que hablarnos mientras está apoyado en un bastón, todavía recuperándose del ataque de Hudson, por más que sea un bastón impresionante, plateado y negro. Por lo demás tiene el mismo aspecto sofisticado de siempre, vestido con un traje estampado hecho a medida—. Pero el Círculo emitió otra orden de arresto durante nuestra reunión especial celebrada el pasado fin de semana.

—¿Una reunión especial? —pregunta Nuri recelosa—. No se me informó de ninguna actividad del Círculo programada para el pasado fin de semana.

—No nos parecía apropiado molestarte durante la fiesta dragontina más importante del año —explica Cyrus haciéndose el bondadoso pero con un tono dictatorial que dice «Tengo derecho a tomar este tipo de decisiones», y veo que Nuri recibe un golpe en su orgullo.

—La próxima vez, por favor, no tomes una decisión así por mí, Cyrus. —Se queda mirando la orden que el vampiro tiene en la mano—. ¿A quién más ha decidido arrestar el Círculo?

—¿Quién más es culpable de un crimen, quieres decir? —pregunta con voz sedosa.

—Sí, por supuesto. —Le lanza a mi tío una mirada de acero—. Al parecer el instituto Katmere se ha convertido en un hervidero de criminales en los últimos meses.

El tío Finn no reacciona, pero tiene pinta de querer transformarla en un renacuajo.

—La orden de arresto es para Flint Montgomery, y el cargo es intento de asesinato de la última gárgola en existir.

Durante un breve segundo nadie responde. Simplemente nos quedamos ahí, estupefactos ante el cargo y ante su osadía. Una parte de mí quiere gritarle que él mismo intentó matar a «la última gárgola», que sabe muy bien que no soy la última gárgola, y lo ha sabido desde hace mucho tiempo, así que... ¿por qué no hay una orden de arresto contra él también?

Pero antes de poder pensar en cómo voy a decirlo, o si debería mencionar siquiera a la Bestia Imbatible, Nuri pierde los papeles por completo. Carga directamente contra la garganta de Cyrus, y sus guardias la siguen.

Al principio estoy segura de que estamos a punto de ver quién vence en una pelea a muerte entre un vampiro y una dragona, pero mientras Cyrus se prepara para luchar (su bastón ahora convertido en un cuchillo increíble), el tío Finn usa la magia para crear un muro inquebrantable entre ellos.

Es la magia más impresionante que le he visto ejercer. A veces incluso se me olvida que es brujo, pero verlo hacer algo así es algo increíble. Supongo que siempre había pensado que no tenía demasiada magia porque parece tan… dulce, pero el hombre que tengo delante es realmente poderoso. Más que suficiente como para mantener a Nuri y a Cyrus justo donde quiere que estén.

—No puedes atacarlo, Nuri —le dice Finn con suavidad —. Es precisamente lo que quiere…, una oportunidad para echarte del Círculo y mandarte a la cárcel.

—Es mi hijo, Finn. —Parece devastada—. Le he dado a Cyrus todo lo que quiere. ¿Por qué hace esto?

Porque puede. Porque le has dado todo lo que quiere. Las respuestas están ahí, en la punta de mi lengua, pero este no es el momento de soltarlas. Nunca he sido una persona de «Te lo dije»… y no me gusta pisotear a la gente cuando está en el suelo.

Además, ella ya lo sabe. Se refleja claramente en su rostro. Así como la determinación de hacerlo pagar por esto de alguna manera.

Desde luego que podrían ser solo proyecciones mías. Dios sabe que nunca he querido darle una paliza a nadie tanto como a él. No a un grupo de esbirros que envíe, sino a él.

La reina dragón le hace un gesto a mi tío, indicándole sin palabras que baje el muro. Y aunque yo no estoy tan segura de que ya esté lo bastante tranquila para controlarse, está claro que él ve algo en su rostro que lo cree.

Elimina el muro y todos contenemos el aliento esperando a que Nuri se acerque al menos a Cyrus y le diga algo. En lugar de eso, decide ignorarlo a favor de su hijo, que se acerca.

Flint parece más sombrío que nunca, pero no asustado. Y tampoco parece desafiante. De hecho, aunque no sé si tiene mucho sentido, que no lo tiene, una parte de mí diría que parece casi... aliviado.

Nuri hace ademán de cogerlo de las manos, pero ya está esposado, de modo que le pone una mano en el hombro y espera a que él la mire.

—Tienes que expiar tu error —le dice.

—No sé... No puedo...

—Escúchame —le pide con voz grave y urgente mientras se inclina hacia delante—. No mataste a Grace, de modo que no tienes que pagar tu agravio con tu vida. La cárcel solo retiene al culpable hasta que considera que ha pagado su deuda. Si quieres salir, debes expiar tu falta.

Es la mayor información que alguien nos ha proporcionado sobre lo que sucede en la cárcel, y mi mente no para de darle vueltas mientras intento dilucidar qué significa. Entiendo el concepto de pagar tu deuda, pero ¿cómo decide una cárcel, que es un edificio inerte por muy encantado que esté, cuándo has pagado lo suficiente? O, peor aún, que no lo has hecho.

Sigo sin entenderlo mientras nos arrastran por el bosque y nos meten directamente en un portal que Cyrus ha abierto solo para esta ocasión. Aunque, bueno, supongo que no hace falta que me lo imagine. Pronto lo sabré de primera mano.

106

Nunca hay un par de chapines de rubíes cerca cuando los necesitas

Este portal no es como los del torneo Ludares. No hay estiramientos, no hay dolor, no hay caídas rápidas ni salidas aún más rápidas. No hay nada más que una caída libre a través de la oscuridad que no cesa nunca.

Aguzo mis oídos intentando orientarme, intentando encontrar a Hudson o a Flint en medio de esta negrura interminable, pero no lo consigo. Estoy completamente aislada, completamente sola, y estoy tan aterrada como desorientada.

Un grito se acumula en mi interior, y extiendo una mano, convencida de que si logro encontrar a Hudson o a Flint, si puedo aunque sea tocar a uno de los dos, esto se me hará más soportable. Pero no los alcanzo, no los toco. Es como si se hubiesen esfumado y de verdad estuviera sola en esto.

No sé cuánto tiempo dura el portal, es probable que un par de minutos, pero son los dos minutos más largos de mi vida, y solo quiero que termine.

Hasta que lo hace.

El portal me vomita en medio de una habitación exageradamente iluminada y la luz se me clava en los ojos como agujas gigantes después de haber pasado los últimos minutos en la más absoluta oscuridad. Estoy desorientada, apenas veo nada y tengo más miedo del que quiero admitir cuando aterrizo de rodillas con un golpe sordo que me provoca un intenso dolor.

Mi primer instinto es quedarme donde estoy hasta ubicarme, pero ellos sí pueden verme a mí. Además, estar medio ciega y arrodillada hace que me sienta demasiado vulnerable. Preferiría estar de pie para enfrentarme a lo que sea que venga después.

Y resulta que lo que sea que viene después es una mujer vestida con un traje formal negro y gafas de sol, con el pelo negro recogido en un moño perfecto. Está a unos metros de mí y, aunque no puedo verla, por la inclinación de su cabeza sé que me está observando como si fuera un animal enjaulado.

Aunque supongo que eso es justo lo que soy. Eso es justo en lo que nos ha convertido Cyrus.

Mi instinto me dice que agache la cabeza, que no la mire pese a que ella me esté analizando a mí. Pero eso se me antoja demasiado como una derrota, como si estuviera renunciando a mucho en un momento en el que voy a tener que luchar con más fuerzas que en toda mi vida. De modo que le devuelvo la mirada con la expresión más neutra que

soy capaz de poner. Después de todo, hará lo que tenga que hacer igualmente. Que me niegue a acobardarme no va a cambiar nada.

Me gustaría que se quitara las gafas, pero algo me dice que tal vez estén ahí por mi protección, no la suya. Siento la magia en ella, pero no tengo ni idea de qué es; definitivamente no es una vampira ni ninguna de los otros paranormales con los que estoy acostumbrada a encontrarme en el instituto Katmere. Pero sé que hay un montón de criaturas más en este mundo que no conozco todavía, y sin duda ella es una de ellas.

—Bienvenida a la Aethereum, señorita Foster —sisea exagerando las *s* mientras camina a mi alrededor en círculo, y me pone los pelos de la nuca de punta.

Me vuelvo hacia ella, porque todo en mi ser me advierte que no le dé la espalda a esta mujer. La fría sonrisa en su rostro me indica que le divierte mi reticencia, pero todo su lenguaje corporal expresa que no va a tolerarlo mucho más tiempo.

Incluso antes de que diga:

—Dese la vuelta, ¿quiere? —De nuevo marcando la *s*.

Me cuesta un mundo hacer lo que me ordena, pero lo consigo. Y entonces casi lloro de alivio cuando me suelta un poco las esposas. Al menos hasta que siento dos afilados pinchazos en las muñecas.

Empiezo a sacudirme para intentar apartar la mano, pero me lo impide.

—Ahora está en la cárcel, señorita Foster. Hace lo que se le dice y nada más.

—¿Qué me has hecho? —pregunto mientras siento que el pinchazo en la muñeca va a peor en vez de a mejor.

—Asegurarme de que sus poderes nos pertenecen ahora. Ni más, ni menos.

—¿Qué significa eso? —digo mientras busco en mi interior para encontrar a mi gárgola. No porque quiera transformarme, sino porque necesito esa reafirmación. Necesito saber que sigue ahí. Pero no está…, ni siquiera encuentro el hilo platino.

Compruebo rápidamente el resto de mis hilos, y me mareo un poco al ver que el vínculo con mi compañero sigue ahí, intacto y brillante. Pero el de mi gárgola… ha desaparecido.

El pánico me invade y quiero gritarle, quiero rogarle que me diga qué es lo que ha hecho. Pero sé que no lo hará: esto es la cárcel, después de todo, y no tiene por qué contestarme.

Y entonces siento que algo frío me rodea la misma muñeca en la que he notado el pinchazo, y también cómo se cierra un brazalete de metal ajustado.

—Dé la vuelta y acompáñame —dice. Sin las *s*, sus sílabas son cortantes y bruscas.

Hago lo que me ordena, frotándome las muñecas mientras abandonamos la sala iluminada y entramos en un pasillo sombrío. Intento ver qué es lo que me ha hecho, pero el brazalete lo cubre.

En cuanto al brazalete en sí, tiene unos grabados extraños que parecen runas, similares a la que mi tío me ha dado esta mañana, de hecho.

En el centro, directamente encima de los pinchazos que por fin están empezando a dejar de doler, hay un punto rojo brillante. Supongo que la luz roja tiene algo que ver con el hecho de que mi gárgola haya desaparecido, y todo en mi interior quiere deshacerse del artefacto. Arrancármelo de las muñecas, hacerlo añicos..., lo que sea con tal de recuperar mis poderes.

Sé que es absurdo que me enfade por esto, sobre todo teniendo en cuenta que hace unos meses ni siquiera sabía que mi gárgola existía. Y tampoco es que no supiera que socavarían mis poderes en prisión. Tienen que hacerlo si esperan controlar a la gente encerrada en ella.

Pero una cosa es saberlo y otra sentirlo, y sin mi gárgola me siento tan vacía... Como si me faltase una parte enorme de mí y nunca fuera a encontrarla.

Intelectualmente, sé que eso no es verdad. Sé que en cuanto Hudson, Flint y yo salgamos de aquí, mi gárgola regresará..., así como el resto de los hilos. Solo tengo que aferrarme a eso y recordar que no es para siempre.

Que todo va a salir bien.

Por supuesto, eso sería más fácil de recordar si no acabásemos de detenernos delante de un cubículo de plexiglás de metro y medio por metro y medio. La mujer abre la puerta y dice:

—Entre, por favor.

No quiero entrar, pero tampoco es que tenga elección. Y resistiéndome no voy a conseguir nada bueno. Así que inspiro hondo y finjo no estar muerta de miedo ante la idea de quedarme encerrada dentro de esa caja pequeña y transparente.

Durante un segundo pienso que tal vez sea una ducha, cosa que me parece horrible, aunque sé qué suele pasar en las cárceles humanas normales. Pero aquí no hay ninguna alcachofa de ducha, así que espero que eso sea algo bueno, aunque no pondría la mano en el fuego...

Entro e intento no encogerme al oír cómo se cierra la puerta con cerrojo detrás de mí.

—Colóquese en el centro, separe los brazos y no se mueva.

—¿Qué es este sitio? —Hago lo que me dice, pero no paro de mirar a mi alrededor intentando encontrar alguna pista de lo que está a punto de suceder.

—He dicho que no se mueva.

Me quedo petrificada en el sitio.

—Vale, pero ¿puedes al menos decirme...?

—Cierre la boca.

La cierro tan rápido que mis dientes chocan entre sí. Justo a tiempo, al parecer, ya que un fortísimo viento se levanta de la nada. Me abofetea por todos los costados y hace que me resulte casi imposible obedecer a su reiterada advertencia de permanecer quieta.

Justo cuando creo que estoy a punto de volar, el viento cesa y el fuego ocupa su lugar.

—No se salga de la X —ordena la mujer.

Hago lo que me dice y obligo a mis pies a permanecer en la X negra pintada mientras unas llamas sin humo danzan por el suelo justo fuera de mi alcance antes de ascender por las paredes hasta el techo. No se parece en nada a ningún fuego que haya visto antes. Las llamas individuales

tienen tanta temperatura que son azules, y sé que si hago un movimiento en falso acabaré incinerada.

Parece alargarse eternamente, hasta que me aterra pensar que voy a morir quemada solo por el calor que se concentra en el cubículo. Pero entonces, de repente, el calor desaparece.

—Sígame —me ordena de nuevo, y lo hago con las piernas temblorosas.

Sigo queriendo saber qué es lo que me acaba de pasar, pero, para ser sincera, me da demasiado miedo preguntar. Cada vez que abro la boca, algo peor ocurre.

En la siguiente estación tengo que cambiarme de ropa. Me quito el vestido de verano que llevaba para la graduación y me pongo el mono negro que será mi uniforme hasta que por fin consiga salir de aquí. También ella me quita el móvil y los pendientes, y los mete en una bolsa junto con mi vestido.

Creo que también va a sacarme el anillo de compromiso y se me encoge el pecho. Pero entonces se vuelve y me pregunta:

—¿Quiere conservar el anillo?

Sé que se supone que no debo hacer preguntas, pero no puedo evitarlo:

—¿Puedo conservar el anillo? Pensaba que no estaban permitidas las joyas.

Me mira con dureza y creo que no va a responder, pero entonces dice:

—Hacemos excepciones con los anillos de compromiso para evitar que la gente haga que se encarcele a alguien

con el fin de cancelar una promesa. La Aethereum no es una cláusula de rescisión personal.

El corazón se me va a salir del pecho. Me quedo mirando el anillo y empiezo a girarlo alrededor del dedo. Aún no sé cuál fue la promesa de Hudson al regalármelo. ¿Quiero aferrarme a su promesa? Y ¿qué pasará cuando escapemos y vuelva con Jaxon? ¿Es justo que tenga que cumplir su promesa en ese caso?

Lo giro, lo giro, lo giro.

—Decídase rápido, señorita Foster.

Inspiro hondo y me dispongo a quitármelo, pero... no puedo hacerlo. Quitármelo ahora sería como renunciar a Hudson. A nosotros. Y sé que al final tendré que hacerlo para salvar a Jaxon, pero no puedo hacerlo hoy. No estoy preparada para perderlo todavía.

—Prefiero conservarlo.

107

Aislamiento no solitario

Nos detenemos en dos estaciones más, y ambas dan tanto miedo a su manera como la primera, pero la mujer me guía por otro pasillo oscuro. Este es el más largo que hemos recorrido, y empiezo a pensar que los procedimientos de admisión han acabado por fin, pero entonces me lleva a una sala más.

Se me encoge el estómago cuando entro por la puerta tras ella, aterrada ante lo que pueda suceder.

Pero resulta que lo que sucede es que esta es la parte burocrática de la admisión. La estancia está repleta de mesas y de archivadores. Eso debería tranquilizarme, ya que al menos esta parte parece como cualquier otra sala burocrática gubernamental del mundo. Y lo haría, excepto por el hecho de que el espacio parece sacado de una película de terror de Transilvania... y las criaturas sentadas a las mesas dan muchísimo miedo.

Hay ocho mesas negras dispuestas en dos filas a lo largo de la sala. Los portátiles y los archivadores que hay sobre estas deberían conferirle un aire de normalidad al espacio, pero las pesadillescas sillas negras y puntiagudas que hay tras cada una de las mesas y sus ocupantes eliminan esa posibilidad.

Los guardias de admisión, o como quieran llamarse, son la gente más espeluznante que he visto jamás. ¿Zombis?, me pregunto mientras observo su piel grisácea, casi translúcida, y sus ojos amarillos. ¿O algo aún más amenazador?

Tienen las mejillas hundidas, el pelo largo y grasiento, y las puntas de sus dedos acaban en dos largas garras afiladas de cinco centímetros de longitud y chasquean cada vez que entran en contacto con los teclados.

—Siéntese.

El débil susurro está dirigido a mí, pero no estoy segura de dónde ha salido; al menos no hasta que la mujer que me ha acompañado hasta ahora ordena:

—Diríjase a la primera mesa a su derecha. Este es el último paso.

—¿El último paso de qué? —pregunto esperando atrasarlo un poco. Todo dentro de mí rechaza la idea de sentarse delante de una de esas criaturas, sean lo que sean.

—Del ingreso —responde con los ojos entornados, y es la primera pregunta mía que responde aparte de la del anillo. Y por su cara sé que va a ser la última.

Al ver que no empiezo a moverme de inmediato, se acerca hacia mí con ojos recelosos. Y esta vez cuando me

dice que me mueva, saca la lengua a modo de advertencia. Casi grito al darme cuenta de que la tiene bífida… y negra.

Me pongo en marcha, pues ya no sé qué es peor a estas alturas, el tipo con pinta de muerto de la mesa o la mujer serpiente, aunque mucho me temo que estoy a punto de averiguarlo.

Pero, apenas estoy a medio camino de la mesa asignada cuando la puerta se abre y Hudson entra por ella, acompañado de un hombre de traje negro y gafas de sol que se parece muchísimo a la mujer con la que he estado yo todo este tiempo.

—¡Grace! —exclama aliviado.

Lleva puesto el mismo mono negro que yo, y a él lo favorece mucho más, de eso estoy segura, pero su tupé normalmente perfecto está algo despeinado. También tiene una línea de hollín en la mejilla izquierda y todos los nudillos pelados.

—Estoy bien —le digo, y empiezo a acercarme a él de forma instintiva.

Pero la mujer se interpone entre nosotros sacando la lengua a modo de advertencia y me ordena que me «sssiente» en un tono que no admite desobediencia alguna.

De modo que le hago caso. Me dirijo corriendo a la primera mesa a la derecha y me siento frente al espeluznante hombre que la gestiona.

Hudson acaba sentado directamente enfrente de mí, y parece mucho más tranquilo que yo, pese al pelo revuelto. Cuando por fin me mira, me sonríe y asiente para infundirme seguridad, funciona… un poco. Y cuando Flint entra un par de minutos después, con su afro más

voluminoso que nunca por cortesía de la sala del viento y el fuego del infierno, ambos suspiramos muy aliviados.

La mujer, sea quien sea, desaparece en cuanto Flint se sienta, al igual que los dos hombres que han acompañado a Hudson y a Flint a través de sus propios procedimientos de admisión.

En cuanto se marchan, todos nos relajamos un poco, porque, aunque estos guardias dan mucho miedo, no parecen especialmente motivados a hacer nada más que no sea su trabajo.

—¿Estás bien? —le pregunta Hudson a Flint.

—Sí, ¿y tú? —Flint asiente.

—¿Qué acaba de pasarnos? —susurro—. Y, Hudson, ¿has podido…?, ya sabes…, ¿ocuparte de tus esposas?

Hudson niega con la cabeza y se mira las manos.

—Nunca había visto nada igual. No sabía qué runa eliminar.

—Este lugar es absurdo —añade Flint—. He estado pensando en ello. Estoy seguro de que las llamas eran una ilusión mágica para asegurarse de que el brazalete había conseguido neutralizar toda nuestra magia.

—Y el escáner de la última habitación era para poder identificarnos —dice Hudson—. Por si nos pasara algo.

—Sí, eso he pensado yo también —señala Flint después de aclararse la garganta varias veces—. No sé qué era el resto.

—Silencio, por favor —dice el oficial encargado del ingreso de Flint con una voz tan áspera que me entran escalofríos por todo el cuerpo.

Nos callamos durante unos minutos, pero sé que los chicos están preocupados por algo, porque no paran de intercambiar miradas. Lo que no hace sino asustarme más todavía, cosa que desde luego no necesito en este momento.

—¿Qué eran esas personas? —pregunto casi temiendo oír la respuesta—. Tenían la lengua...

—Basiliscos —responde Flint con aire adusto.

—¿Basiliscos? —repito horrorizada.

—¡Silencio! —ruge el segundo guardia de tal modo que incluso Flint cierra la boca.

Pasan largos minutos sin que se oiga más sonido que el espeluznante golpeteo de las uñas contra el teclado. El silencio no silencioso me pone de los nervios, y sé que no soy la única a juzgar por cómo Flint no deja de mover la pierna y cómo Hudson no para de golpetear el pulgar con el dedo corazón.

Por fin, cuando el silencio se ha alargado tanto como para que estemos a punto de estallar, Flint le pregunta a su oficial de admisión:

—Y ¿qué pasa ahora?

El hombre no aparta la vista de la pantalla de su portátil cuando responde ásperamente:

—Ahora os asignaremos una celda.

—¿Con Remy? —pregunta Flint.

Los oficiales intercambian una mirada, y a Hudson no le pasa desapercibido.

Se vuelve más atento aunque extiende las piernas por delante de él y se apoya en el respaldo de su silla.

—Yo también quiero compartir litera con Remy. Es más mi estilo, ¿no os parece?

Le lanzo a Flint una mirada de confusión, pero él simplemente se encoge de hombros, cosa que me parece extraña, ya que ha sido él el que ha sacado el tema de Remy, sea quien sea o lo que sea.

—Ah, y puesto que estáis en proceso de asignar una celda, esperábamos poder conseguir una junto al mar —bromea Hudson—. Así es como le gusta a Remy, ¿no?

—Vigila tu boca —susurra el oficial encargado de mi papeleo mientras sus largas uñas chirrían contra la mesa—. Remy tiene mal genio.

Hudson enarca las cejas ante la confirmación de que Remy existe. Y está claro que se trata de una persona que da mucho miedo si incluso los guardias sienten la necesidad de advertirnos contra él.

—Ha estado esperándola. —Resuena una voz ronca desde las sombras al fondo de la habitación.

Doy un respingo incluso antes de que salga a la luz, porque no tenía ni idea de que hubiese nadie ahí. Sin embargo, cuando avanza todo en mí se congela. Porque esta criatura hace que todas con las que me he encontrado antes que ella parezcan monstruos de pega de algún espectáculo de Halloween infantil.

Es absolutamente aterradora. Y no solo por las dos astas extrañas que tiene en la cabeza, ya que por lo general no tengo nada en contra de los alces. Es que su rostro está también repleto de toda clase de ángulos afilados que no son humanos y que tampoco son de alce, sino de algo intermedio que resulta vagamente demoniaco.

Es más, su piel grisácea es translúcida casi por completo y sus venas y arterias pueden verse mucho más que en una persona normal, o incluso que en el resto de las criaturas de esta habitación. Cuando ve que la estoy observando esboza una especie de sonrisa tremendamente desagradable que revela dos filas dobles de dientes muy afilados.

Avanza un par de pasos hacia mí y aparto de inmediato la mirada y la dirijo a Hudson, que parece estar a punto de saltar entre nosotros. Y aunque soy consciente de que Hudson es la persona más poderosa aquí, incluso sin sus poderes, también estoy bastante segura de que este tipo sería un serio rival.

De modo que esbozo una sonrisa que no siento en absoluto y articulo: «Estoy bien», aunque tampoco lo siento.

Hudson me observa durante varios segundos, pero al final se reclina de nuevo contra el respaldo de su silla y empieza a golpetearse el pulgar con el corazón de nuevo.

Unos minutos después terminan nuestro papeleo. Entonces escanean nuestros brazaletes y nos pasan un escáner por todo el cuerpo una vez más para comprobar que nos han quitado todas nuestras pertenencias. El guardia gigante del fondo de la habitación avanza y nos ordena que lo sigamos.

Salimos por la puerta de nuevo al pasillo oscuro hasta que llegamos a una especie de rastrillo de alta tecnología. La puerta de metal está enrejada, como las de los viejos castillos, pero, por lo que parece, cada tira de metal está repleta de sensores de movimiento y calor.

El rastrillo me recuerda al Katmere y, no por primera vez, me pregunto cómo les irá a mis amigos. Espero que el tío Finn no se haya metido en muchos problemas por enfrentarse así a Nuri y a Cyrus. Y espero de verdad que Jaxon recibiera la runa de mi padre, y que Macy y los demás no estén demasiado asustados. Solo confío en que podamos salir de aquí rápido. No sé cuánto tiempo le queda a Jaxon.

—¿Qué celda? —pregunta el guardia que trabaja en la puerta. Se parece muchísimo al que nos está guiando, solo que este tiene una de las astas medio rota.

—Están con Remy —responde el guardia que nos guía.

El otro asiente y conecta un montón de números en el sofisticado teclado electrónico que tiene detrás.

—Están aparcados en el módulo A, espacio sesenta y ocho hoy —le dice, y nuestro guardia también asiente.

Me intriga que las celdas se aparquen como los coches, pero ya me preocuparé por eso en otro momento. Ahora mismo tengo una pregunta más apremiante.

—¿Quién es Remy? ¿Y cómo sabías que debías mencionarlo? —le pregunto a Flint entre susurros cuando el rastrillo empieza a elevarse con un estruendoso ruido metálico.

—Mi madre me lo ha susurrado antes de que Cyrus me apresara. Me ha dicho que buscara a Remy. No sé por qué.

—Vamos —dice el guardia, y empieza a avanzar por este nuevo pasillo.

Lo seguimos, permaneciendo muy juntos ya que, conforme más nos adentramos en el corredor, más estrecho se vuelve.

Nos detenemos frente a otra puerta y los dos guardias tienen prácticamente la misma conversación que hace un momento. Pero, en lugar de hacer como si no existiéramos, este guardia nos mira mientras abre el rastrillo y dice:

—Más os vale que esté de buen humor. Remy odia las sorpresas.

—Sí, así es —dice el guardia que nos ha estado guiando hasta aquí—. ¿Cuántos guardias hicieron falta para recoger los pedazos de la última persona que preguntó por él?

—Cuatro —responde el guardia de la puerta—. Y tuvieron que hacer varios viajes.

De repente una celda sin vistas al mar y sin Remy me parece la mejor opción, me da igual lo que dijera Nuri.

Pero al tiempo que llego a esta conclusión, e imagino que Flint y Hudson también, el guardia aprieta una serie de números en su panel de control. No obstante, esta vez, en lugar de ascender el rastrillo, oigo el sonido del metal contra el metal, como si unos inmensos engranajes se pusieran en funcionamiento.

Conforme los engranajes se mueven, ambos guardias se acercan ligeramente a la puerta de metal. Estoy a punto de preguntar qué pasa cuando el suelo en el que estamos se convierte en una pendiente pronunciada.

—¿Qué cojones...? —grazna Flint intentando agarrarse a algo, pero es demasiado tarde. Ya estamos deslizándonos... y colándonos por el tubo de un tobogán gigante de metal. Yo soy la primera en entrar en el tobogán e intento por todos los medios aferrarme a algo. Pero es liso por completo, sin ningún borde, ni barandilla ni nada a lo que agarrarse. Lo cual podría ser una bendición, teniendo en

cuenta que oigo que Hudson y Flint me siguen de cerca y no quiero que me aplaste ninguno de los dos.

Tardo casi un minuto en llegar al otro lado y entonces hay una caída de metro y medio hasta un suelo de metal.

Esta vez caigo de culo porque, al parecer, aterrizar de pie con algo de dignidad es mucho pedir. Me hago daño, pero no tengo tiempo de recuperarme porque tengo que apartarme a gatas hacia atrás para evitar que Hudson caiga sobre mí, aunque, evidentemente, él se marca un aterrizaje digno de un gimnasta olímpico. Segundos después Flint hace lo mismo.

Qué cabrones.

—¿Dónde creéis que estamos? —pregunta Hudson cuando se inclina para ayudarme a levantarme. Acepto la ayuda porque ahora mismo me duelen el culo y las rodillas, y no llevamos ni dos horas en este lugar.

—¿En el módulo sesenta y ocho? —respondo mientras miro a mi alrededor, aunque está todo tan oscuro como el pasillo. Aun así, hay suficiente luz para ver que estamos en una celda de metal perfectamente liso y pulido. Es un metal viejo, algo desteñido en algunas zonas y algo apagado en otras, pero aun así metal.

Paso la mano por la pared, pero no hay aristas ni juntas. Por lo que parece, es todo una pieza continua, las paredes, el techo y el suelo. Nunca había visto nada igual, y la artista que hay en mí se queda fascinada, aunque al resto de mi ser le aterre que podamos haber aterrizado en un ataúd de metal perfecto.

Y eso es antes de que un gruñido grave y aterrador que parece no proceder de ninguna parte me ponga todos los

vellos de punta.

108

Mágicamente encarcelados

Me vuelvo bruscamente, intentando averiguar de dónde proviene el sonido, pero Hudson y Flint ya se han puesto delante de mí, protegiéndome de cualquier cosa que pueda atacarme, aunque también impidiéndome ver lo que quiera que sea.

Se oye otro gruñido, esta vez más grave, y no puedo evitar preguntarme si Remy no será un tiranousaurio rex, porque no se me ocurre qué otra cosa podría emitir un sonido como ese.

Intento apartar a Hudson un poco, pero no cede. Y cuando lo intento por segunda vez, lanza un gruñido de advertencia propio. Lo que no sé es si va dirigido a mí o a la aterradora criatura que ahora ha empezado a rugirnos básicamente sin parar.

Al final concluyo que si me agacho un poco puedo mirar entre Hudson y Flint para ver lo que ellos ven, que por el

momento parece que son un par de ojos rojos brillantes.

—Venga, Calder, contrólate —dice una voz grave y profunda que pica tanto como la cayena y es tan suave como los pralinés de nueces pecanas que tanto le gustaban a mi madre—. ¿Es que no reconoces la compañía cuando la ves?

Al parecer no, porque lo único que hace Calder es soltar otro largo y lento gruñido.

—¿Quién eres? —pregunta Hudson.

—Debería ser yo quien hiciera esa pregunta, ¿no crees? Ya que habéis venido a mi casa sin ser invitados y tal.

—¿Sin ser invitados? —grazno—. Tampoco es que tuviéramos mucha opción.

—Claro que la teníais, *cher*. —Ahora da un par de pasos adelante y, aunque no ha salido de las sombras todavía, está tan cerca de la luz que consigo atisbar su pelo oscuro y desaliñado, sus hombros anchos y su fuerte mandíbula.

—No exactamente —susurro. Vale, tal vez la teníamos, pero no pienso decirle eso. Al menos no hasta que averigüemos qué respuesta hará que nos coma la bestia que sigue gruñendo en el rincón.

—Mmm —responde—. En mi experiencia, «no exactamente» suena mucho a un «sí».

—No exactamente —repito, y esta vez se echa a reír; es una risa franca y sonora, pero no hace sino aumentar la tensión.

—Tienes agallas —dice con un deje lento de Nueva Orleans que envuelve cada palabra y la arrastra, y me pregunto si es ahí donde se encuentra la cárcel—. Eso tengo que concedértelo.

—Y tú tienes problemas, al menos según los guardias —le espeto—. ¿Sueles despedazar a todo el mundo o solo a los que no te tienen miedo?

Flint parece atragantarse y Hudson inhala un poco demasiado rápido, pero ninguno intenta convencerme de que deje de hablar. No obstante, sí se preparan para lo que sea que pueda hacer.

Pero no hace nada, solo niega con la cabeza cuando por fin, por fin, sale de entre las sombras. Y cuando por fin lo veo bien, me doy cuenta de que no tiene nada que ver con lo que yo esperaba.

Para empezar, es joven, más o menos de mi edad o un año menor. Es cierto que eso no tiene por qué significar nada en este mundo paranormal, ya que Hudson tiene más de doscientos años y aparenta diecinueve.

Pero este tipo no me da la impresión de que sea un vampiro, con su pelo desaliñado y sus ojos verde bosque, ni tampoco tengo la sensación de que lleve aquí mucho tiempo. Es grande y muy musculoso. Medirá algo más de metro noventa, y sus hombros son casi tan anchos como la puerta. Definitivamente sería un digno rival para Flint. Y, a diferencia del resto de nosotros, no lleva puesto el mono de la cárcel.

En su lugar viste un par de vaqueros muy gastados, rotos por las rodillas, y una camiseta blanca que hace que su cálida tez morena parezca aún más cálida y más lozana.

Estoy a punto de decidir que este chico no es tan malo…, pero entonces nuestras miradas se encuentran y un escalofrío de temor me recorre la espalda.

Puede que haya una bestia rabiosa en un rincón de esta celda, dispuesta a arrancarnos las extremidades de una en una, pero con solo una mirada de esos ojos sé que Remy es el verdadero peligro aquí.

No sé qué acto cometió para acabar en esta cárcel, pero de una cosa sí estoy segura: sí lo cometió. Y es probable que lo hiciera sin dejar de sonreír.

—Buena pregunta. ¿Tú qué crees? —dice, y se acerca a nosotros como si estuviera celebrando un pícnic dominical a orillas del Misisipi.

Cuesta saber si sus palabras contienen una amenaza implícita, ya que las pronuncia con total ligereza, pero Hudson debe de pensar que sí porque gruñe:

—Aléjate de ella —con una voz tan grave y controlada que me entran escalofríos de nuevo.

Remy, por el contrario, solo lo mira y levanta sus cejas oscuras.

—Bonito perro guardián, querida. Será mejor que le digas que se controle… si quieres que salga de aquí de una pieza.

Hudson da un paso adelante para hacerle frente, y eso me da justo la oportunidad que estaba esperando. Salgo corriendo de entre él y Flint, y me planto físicamente delante de él.

—Parad —les silbo a Hudson y Flint—. Esto no está ayudando.

—¿Y él sí? —pregunta Hudson ofendido.

—Aún no sé qué pretende, pero vamos a intentar averiguarlo al menos antes de que os arranquéis la cabeza el uno al otro.

—Aunque no creo que sea así como va a terminar esto —dice Remy—, me gustan los retos.

—¡Estaré encantado de mostrarte cómo va a terminar! —le ruge Hudson enseñando los colmillos.

—¡Vale, se acabó! —Ahora es mi turno de rugir—. ¿Podemos bajar el nivel de testosterona antes de que nos envenene a todos?

—No quisiera interrumpir lo que está claro que es un concurso para ver quién mea más lejos —dice Flint con su voz más pía—. Pero me gustaría destacar que mi testosterona está completamente bajo control.

Y en el intervalo de un segundo Remy y Hudson pasan de gruñirse entre sí como dos perros rabiosos a fulminar a Flint con la mirada por su intrusión.

A mí, en cambio, me dan ganas de besarlo. El encantador dragón siempre encontrando el modo de relajar la tensión cuando todo lo que yo hago solo parece aumentarla.

Tras examinar por un momento a Flint, Remy se vuelve hacia mí.

—Menudo par te acompaña, Grace.

Todo el mundo se queda de piedra.

—¿Cómo…? ¿Cómo sabes mi nombre?

Pero él solo me mantiene la mirada hasta que siento que una descarga eléctrica me atraviesa. No es la misma clase de calor que siento con Hudson, evidentemente. De hecho, no tiene nada de sexual. Pero es una descarga muy potente. Es casi como si estuviera mirando en mi interior, rebuscando entre mi sangre y mis órganos, entre mis células y mis moléculas, para encontrar quién soy en realidad bajo tanta capa.

Es una sensación extraña que no hace sino aumentar cuanto más tiempo permanecen conectadas nuestras miradas. Y entonces sus ojos se tornan oscuros y forman un remolino, como un cielo sacudido por la tormenta, y puedo sentir el poder en su interior, tirando de mí, intentando agarrarse a algo y atraerme hacia delante. Y casi me dejo llevar. Al menos hasta que Hudson me agarra de la cintura y me estrecha contra él, de manera que su parte delantera queda pegada a mi espalda.

—No lo mires a los ojos —susurra Hudson, y aunque ahora tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos, el calor de su aliento contra la parte sensible de mi oreja y mi cuello me provoca un leve cosquilleo y activa el calor en lo más profundo de mi ser.

Entonces mira directamente a Remy y le dice:

—Basta de trucos, brujo, o te las verás conmigo.

109

Un encanto, un chico malo y un alma perdida entran en una celda...

Se hace un tenso silencio mientras Remy nos examina como si fuésemos insectos bajo la lente de un microscopio.

—Todo a su debido tiempo, Grace —dice por fin respondiendo a mi pregunta sobre cómo sabe mi nombre. Después emite un chasquido con la boca—. ¿Por qué no te acercas, *cher*, y me hablas un poco sobre ti?

No sé si es una invitación o una orden. De hecho, me está costando mucho determinar de qué va Remy en general. Sí, da bastante miedo y resulta frío e intimidante, pero, en fin, estamos en una cárcel. Además, ¿cómo narices sabe mi nombre? Eso podría ser lo que más miedo me da de todo esto, pese a que algo dentro de mí me dice que no tengo por qué temer. Que me resulta familiar. Es más, me hace sentir segura.

Lo cual no tiene ningún puñetero sentido.

Todo en él genera miedo, menos sus ojos. Sus ojos son demasiado vigilantes. Demasiado cautos. Demasiado... necesitados.

Y es entonces cuando caigo en por qué me resulta tan familiar.

No es el primer chico que conozco que finge ser un psicópata para que nadie vea más allá y descubra su dolor... Esta situación ya la he vivido, y ahora soy su compañera.

Y ya está; no puedo evitarlo. Me empiezo a descojonar. Hombres. Qué simples pueden llegar a ser a veces.

—¿Por qué no vienes tú aquí y nos cuentas un poco sobre ti? —le espeto—. Empezando por cómo has conseguido quitarte el brazalete —añado mirando su muñeca desnuda.

Vacila un momento antes de decirme:

—Me gustas. —Y ahora veo que sus ojos danzan de júbilo. Todo esto no ha sido más que una broma para él.

—Ya, eso es evidente —masculla Hudson, pero Remy pasa de él y sigue mi mirada hacia su muñeca sin brazalete como si fuera a contestar.

Pero entonces se encoge de hombros y dice:

—Supongo que soy así de especial.

—«Especial» es una manera de expresarlo —se burla Hudson, y como me apriete más la cintura creo que me va a cortar la circulación—. «Narcisista» es otra. Pero bueno.

Remy parece tan sorprendido (y contrariado) ante esta respuesta que no puedo evitar que me entre la risa floja.

Y al parecer no soy la única, porque la bestia de entre las sombras se ríe también (un sonido grave y divertido que

inunda la celda de alegría). Y así, sin más, Remy se echa a reír también.

—Joder, Calder. Me has fastidiado todo el juego. Ya puedes dejar de esconderte.

—Me preguntaba cuándo me ibas a dejar salir a jugar —responde una voz de mujer desenfadada que provoca que Hudson, Flint y yo intercambiemos una mirada de «Pero ¿qué cojones…?».

Porque ¿cómo es posible que alguien que suena así sea capaz de emitir los gruñidos que acabamos de oír? Al menos hasta que Calder sale de entre las sombras y nos damos cuenta de que es una chica enorme. Una amazona tan alta como Flint y con unos bíceps tan grandes como los de Remy, y aparenta tener unos diecisiete años.

También es muy guapa, de eso no cabe duda. Tiene el pelo rojo, los ojos castaños, unos pechos que hacen que los míos parezcan pequeños y una sonrisa contagiosa que ilumina toda la celda, al igual que su risa.

Doy un paso hacia delante tendiéndole la mano para saludar, pero Hudson masculla:

—Joder. —Y me estrecha con más fuerza.

Mientras tanto Flint olfatea el aire y exclama con los ojos abiertos como platos:

—¡Hostia puta! ¿Eso es una mantícora?

—Pues sí, eso soy —responde Calder—. Y para que lo sepas, prefiero que los hombres me hablen a mí, no sobre mí.

—Sí, claro. Perdona. —Las mejillas de Flint se tornan rojizas.

Y no pretendo ser grosera, y menos teniendo en cuenta que esta chica tiene pinta de ser capaz de arrancarnos las extremidades de una en una con las manos desnudas, pero tampoco sé qué tiene de particular.

—Perdona —digo—. Soy relativamente nueva en el mundo paranormal. ¿Qué es una mantícora?

Remy se ríe de nuevo, pero Calder levanta la cabeza con orgullo dejando que el pelo le caiga por la espalda y anuncia:

—Una de las criaturas más feroces y más hermosas jamás creadas.

Eso no me dice gran cosa, pero basta con mirarla para saber que es una descripción bastante exacta.

110

Tómatelo con calma (si puedes)

—Las mantícoras son mitad humanos, mitad león, con alas de águila y colas de escorpión —me explica Hudson.

—¡Qué pasada! —exclamo.

—¿A que sí? —Calder sonríe mientras finge pulirse las uñas en la camiseta—. Somos los mejores.

—Y los más modestos —dice Hudson con tono seco.

Flint se atraganta al oír esto, pero Calder agita una mano en el aire restándole importancia.

—Tranquilo. No creo en la modestia. No veo qué sentido tiene ocultar tus propios talentos.

Me parece una respuesta perfecta, al menos por parte de esta gloriosa criatura, quizá por eso me echo a reír en cuanto la mirada de Remy se encuentra con la mía. Él también lo hace, pero Calder solo se atusa el pelo y lo menea de aquí para allá.

—Bueno, ¿por qué no os ponéis cómodos y me contáis por qué habéis preguntado por mí? —sugiere Remy.

—Querrás decir «por qué no os ponéis incómodos» —replica Flint mientras mira el suelo lleno de mellas y abolladuras. Me quedo examinándolo también y estoy bastante segura de que esas mellas son en realidad ¿marcas de garras? La idea me revuelve el estómago.

¿Qué pasa aquí para que alguien tenga que hacer algo así? Y ¿cómo podemos evitar que nos suceda a nosotros?

Remy sonríe.

—La comodidad es algo relativo tras toda una vida en la cárcel. Pero supongo que pronto lo averiguaréis.

—De hecho, esperábamos que nos ayudases con eso —le digo—. La madre de Flint es la reina dragón, y fue ella la que nos dijo que te buscásemos. Necesitamos encontrar a alguien en la cárcel para luego escapar, preferiblemente lo antes posible.

—¿En serio? —pregunta Remy con las cejas enarcadas—. Vais a fugaros cuatro personas de esta cárcel como si tal cosa, ¿eh? —Chasquea los dedos y unas chispas estallan en las puntas de sus dedos. Se quedan suspendidas en el aire entre nosotros por un par de instantes antes de desvanecerse poco a poco.

—Ese es el plan, sí —le dice Flint.

—Sabéis que hay una maldición inquebrantable que rige este lugar, ¿no?

—Lo sabemos —respondo.

—Y ¿qué? ¿Creéis que vosotros podéis ser quienes rompan esa maldición?

—Vamos a ser quienes rompan esa maldición —le espeta Hudson, y por un segundo suena tan arrogante como Calder. Y, al igual que ella, la seguridad le sienta bien.

Le sienta de maravilla, de hecho. Sus ojos azules brillan intensamente mientras se cuadra frente a Remy, con el pelo oscuro sobre la frente ya que la cosa esa del viento y el fuego ha arruinado su estilo habitual. Además, el mono de la cárcel que a mí me queda tan ridículo, a él le sienta absolutamente genial, sobre todo con el cuello abierto que deja ver su garganta besable al tiempo que moldea el resto de los músculos de su torso de maravilla.

Sé que estamos en la cárcel, como sé que las cosas no pueden ir mucho peor que esto.

También sé que si logramos nuestro objetivo y encontramos al herrero, vamos a usarlo para hallar la Corona, derrotar a Cyrus y romper nuestro vínculo para poder salvar el alma de Jaxon.

Pero ahora mismo, en este mismo momento, cuando mi compañero me rodea con los brazos y se está preparando para negociar con un brujo y una mantícora, me cuesta bastante recordar todo eso. Para ser sincera, cuesta bastante recordar nada que no sea eso. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, el universo ha convertido a este chico tan increíble, sexy y brillante en mi compañero.

Estoy intentando no atraer la atención hacia mí, pero algo de lo que estoy sintiendo se me debe de reflejar en la cara, porque Hudson no para de lanzarme miradas extrañas. Y cuando nuestros ojos se encuentran durante un par de segundos, se estremece algo incómodo y creo que hasta se le olvida respirar.

«Solo es la proximidad —me digo a mí misma—. Solo es biología.» Pero cuando Hudson alza una ceja sarcástica en respuesta al comentario de «nadie escapa de esta cárcel» de Remy, de repente ya no es él el que se estremece.

—Y ¿cómo salimos, entonces? —quiere saber Flint—. Porque vamos a salir.

No sé si Remy solo nos está siguiendo el rollo o si de verdad nos cree, pero después de analizar nuestro rostro por turnos, propone:

—Primero tenemos que negociar.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. ¿Crees que podemos comprar nuestra salida de la prisión?

—*Cher*. —Me mira como si lo hubiera decepcionado—. A estas alturas, ¿todavía no te has dado cuenta de que cualquier cosa se puede comprar por el precio adecuado?

—Vale, pues pon tu precio —le dice Hudson—. Te lo pagaremos.

—Vaya, vaya. ¿Tú no eres el hombre poderoso? —señala Calder, y no sé si lo aprueba o si está siendo sarcástica. Al menos hasta que mira a Hudson de la cabeza a los pies… y se lame los labios.

En fin…, fantástico. Al parecer, se supone que tenemos que poner nuestro destino en manos de una amazona depravada y de un brujo que se parece mucho a un timador. Qué fortuna la nuestra.

—No es tan simple —declara Remy, y juraría que su acento se vuelve aún más marcado.

—¿Qué significa eso? —responde Hudson.

—Significa que tenéis que ir más despacio. Llegar hasta el punto en el que tal vez podríais escapar de este lugar es

un proceso, y no importa lo impacientes que seáis; algunas cosas no se pueden precipitar.

—Eso lo entiendo —dice Hudson—. Pero ¿hay algún modo de acelerarlo un poco?

Remy niega con la cabeza, como si sintiera lástima de Hudson.

—Ahora estáis en Nueva Orleans, querido. Las cosas no funcionan así aquí.

Una prisión para criaturas paranormales en Nueva Orleans. Todo en esa frase tiene mucho sentido.

—Y ¿cómo funcionan entonces? —Hudson lo mira como si se estuviera preguntando qué tamaño de cubo necesitaría para Remy si decidiera desangrarlo al puro estilo Sangradora.

—De una manera más pausada. Como las mejores cosas de la vida —contesta, y me guiña el ojo en un gesto descarado.

Flint se echa a reír, y luego finge toser cuando Hudson se vuelve y lo fulmina con la mirada.

—Perdón —murmura.

Hudson suspira y se frota los ojos como si tuviera el dolor de cabeza más intenso del mundo... y lo entiendo, la verdad. Remy es... difícil de tratar.

—Y ¿qué tenemos que hacer? —pregunto confiando en darle una oportunidad de reorganizarnos.

—Llevo esperando este momento desde el día en que nací —responde Remy—. Así que... ¿qué es lo primero que tenéis que hacer? Escucharme.

—¿Recuerdas el día que naciste? —le digo, aunque admito que es la pregunta más tonta de todas las que me

rondan por la cabeza. Pero es la única que me sale, no sé por qué. Supongo que en parte porque es ridícula y en parte porque el mundo paranormal es tan extraño que igual sí que lo recuerda. Estoy acompañada de un dragón, un vampiro, un brujo y una mantícora. Cualquier cosa es posible.

Remy no contesta de inmediato y, al cabo de unos segundos, decido que no va a hacerlo. Pero entonces dice:

—Cuando naces en una cárcel, tiendes a recordarlo.

—¿Naciste aquí? —pregunta Flint—. Eso es…

—Lo que es —termina Remy lanzándole una mirada de advertencia. Está claro que no quiere nuestra compasión, pero eso es imposible; se me parte el corazón por él.

Pese a todo, me aclaro la garganta en un esfuerzo por sonar normal y que no se me note la emoción.

—¿Nunca has estado fuera de estas paredes?

—Tampoco es tan malo. —Se encoge de hombros—. Una vez que aprendes cómo funciona la cárcel, todo está bien. No me falta de nada.

Solo la libertad. El aire fresco. Y la opción de hacer lo que quiera con su vida.

Tiene razón. No es tan malo. Es peor. Es horrible. Sobre todo cuando pienso en que no ha hecho nada para estar aquí. Se ha pasado toda la vida encerrado en esta cárcel solo por haber cometido el crimen de haber nacido.

Es más que horrible.

—Yo… —No sé qué decir.

Pero Remy niega con la cabeza.

—Por favor, no me digas que lo sientes.

—Es difícil no hacerlo —afirmo.

—No debería serlo. No para ti.

No lo entiendo.

—¿Por qué no?

—Porque, *cher*, tú eres lo único por lo que he estado viviendo los últimos veinte años. Y oírte decir que lo sientes me partiría el corazón.

111

Nunca pedí ser tu salvadora..., pero alguien tiene que serlo

—¿Qué significa eso exactamente? —La voz de Hudson atraviesa el silencio como el cristal roto.

—Significa que he estado esperándola mucho tiempo. —Remy me sonríe—. Desapareciste durante un tiempo, pero regresaste hace unas semanas. Y yo, por mi parte, he de decir que estoy inmensamente agradecido a lo que sea que te pusiera de nuevo en el camino del caos y el desenfreno para que acabases en este magnífico lugar.

—No ha habido nada de caos ni de desenfreno —le digo.

Chasquea la lengua.

—Me cuesta creer eso, Grace. Llevo viéndote en mis sueños muchos años y, si algo sé, es que eres un espíritu salvaje.

—¿Qué acabas de decir sobre ella? —suelta Hudson.

—¿En tus sueños? —pregunto confundida—. Quieres decir que tus sueños...

—¿Se convierten en realidad? Sí. Mi madre era bruja, aunque no tenía mucha fuerza, ni siquiera antes de que le pusieran el brazalete. Murió cuando yo tenía cinco años. Mi padre, por otro lado... No sé nada sobre él, porque ella nunca me dijo ni una palabra, pero él me legó un pequeño presente. Puedo ver el futuro. Y he visto que tú eres mi llave para escapar de esta asquerosa prisión. —Sonríe—. Y, como he dicho, Grace, he sabido que vendrías desde hace mucho tiempo. Me alegro de que por fin estés aquí.

Extiende la mano y me da unas palmaditas en la rodilla, lo que hace que Hudson lo mire mal de nuevo.

Pero lo entiendo. No me puedo ni imaginar lo que se debe de sentir cuando ves que una persona que crees que va a jugar un papel importante en tu liberación desaparece de repente, justo cuando casi ha llegado la hora.

Sé a qué semanas se refiere, y veo que Hudson también lo sabe. Debe de ser el tiempo en el que he sido compañera de Jaxon. Vincularme con él debe de haberme alejado del camino de seguir a Hudson hasta la cárcel.

Lo miro con el rabillo del ojo y parece devastado. Sé que se culpa, sé que cree que es culpa suya que yo esté aquí. Pero si Remy me ha visto venir todo este tiempo, ¿no prueba eso que Hudson y yo siempre estuvimos predestinados?

Ese pensamiento me parte el corazón más de lo que jamás me lo podría partir el estar en esta cárcel. Porque esto es lo real. Hudson es el compañero que el universo me ha dado, y yo soy la compañera que el universo le ha dado a

él. Pero no podemos estar juntos... De hacerlo, perderemos a Jaxon. Y sé que ninguno de los dos podríamos vivir con eso.

Pese a todo, le cojo la mano y se la aprieto porque, pase lo que pase entre nosotros, tanto si encontramos la Corona y rompemos el vínculo como si no, una parte de mí nunca olvidará que Hudson me quiere, con lo bueno y con lo malo.

Remy nos observa detenidamente y hay algo en sus ojos que hace que se me encoja el corazón por él todavía más. Pero en cuanto se da cuenta de que lo estoy mirando, desaparece y vuelve a aparecer su sonrisa de listillo.

—No obstante, tengo una cosa que decir, Grace. Creo que deberías haber esperado un poco en lo que al tema compañero se refiere.

—¿Ah, sí? —pregunto, y continúo apretando la mano de Hudson al ver que saca los colmillos.

—Sí. —Mira a Hudson de arriba abajo de nuevo con una expresión engreída—. Podrías haber encontrado a alguien con una personalidad más alegre.

—¿Alguien como tú, quieres decir? —replico secamente.

—¿Yo? Me halagas. —Pone una expresión de sorpresa que ambos sabemos que no es real—. Pero ahora que lo preguntas, tengo una vacante.

—¿Estoy aquí ahora mismo o me he vuelto invisible? —suelta Hudson—. Para necesitar nuestra ayuda tienes mucha jeta.

Remy lo mira a los ojos.

—Llevo metido en este agujero toda mi vida. Jeta es lo único que tengo a mi nombre.

—A lo mejor eso es porque eres un gilipollas que ahuyenta a todo el mundo —le espeta Hudson.

—¡Eh! —Calder deja de trenzarse el pelo el tiempo suficiente para fulminar a Hudson con la mirada—. Eso no ha estado bien. Deberías disculparte. —Se atusa el flequillo —. Yo soy alguien y estoy aquí.

Durante un rato Hudson se la queda mirando alucinado, y me cuesta un mundo no echarme a reír. Porque lo cierto es que mi compañero es un montón de cosas: brillante, divertido, autocrítico y sexy de cojones, pero también está acostumbrado a ser la mayor diva del lugar. Y ahora tiene que vérselas con Remy, que usa su atractivo como un arma, y con Calder, que es tan rematadamente egocéntrica que no es capaz ni de captar los sarcasmos de mi vampiro.

La verdad es que me sorprende que no haya empezado a tirarse de los pelos todavía. Aunque, bueno, eso podría causarle una antiestética calva...

—¿De qué te ríes? —pregunta Hudson.

—No sé de qué me hablas. —Lo miro muy seria—. No me estoy riendo para nada.

Pone los ojos en blanco.

—Te estás riendo por dentro. Lo noto.

—Perdona, es que... —Bajo la voz y susurro—: Te estaba imaginando con una calva.

Me mira tan ofendido que Flint y Remy se empiezan a descojonar. Calder ni se entera.

—Los vampiros no se quedan calvos —silba.

—Por eso me hacía tanta gracia imaginármelo. —Abro mucho los ojos intentando hacerme la inocente, pero la

desventaja de haber tenido a Hudson en mi cabeza es que no cuela ni por un segundo.

—¿Podemos centrarnos, por favor? Cuanto antes zanjemos esta historia, mejor. Tenemos que volver a casa. —Se vuelve de nuevo hacia Remy—. ¿Cómo de rápido crees que podemos hacerlo?

—Eso depende de vosotros tres —responde—. Yo quiero salir de este agujero más que nadie, pero no hay manera de engañar al sistema.

—Sabemos que se supone que la maldición es inquebrantable —dice Flint—, pero tiene que haber algún vacío, algún punto débil, ¿no?

—No lo hay —dice Remy—, pero las flores…

—Espera. —Hudson lo mira con recelo—. ¿Sabes lo de las flores?

Remy suspira.

—¿Qué parte de que «veo el futuro» no has entendido?

—La parte en la que eres un capullo. Ay, espera, eso es el presente Y el futuro. Perdona.

Los dos parecen estar a punto de empezar otra pelea, pero, francamente, no tengo energía para ello. Además, tenemos un problema más grande.

—Tengo las flores, pero no tengo ni idea de cómo usarlas.

112

Los brujos lo llaman por su nombre

—Yo sí —dice Hudson.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —pregunto—. ¡Creía que pensabas que no iban a funcionar!

—No tengo ni idea de si funcionarán o no —me dice—. Pero he visto antes esta clase de magia. Solo tienes que presionar el tatuaje con los dedos como si estuvieras recogiendo las flores en el aire, y vendrán a ti. Es un hechizo de necesidad.

—Más bien de desesperación —dice Flint. Y no se equivoca. Aun así...

—¡Eres increíble! —le digo a Hudson. Y a la mierda con nuestro público y con el hecho de estar viviendo un auténtico culebrón. Me inclino hacia él y le doy un beso rápido pero perfecto.

Hudson enarca las cejas, pero no se queja en absoluto.

—Hay tres flores —murmura contra mis labios—. Por si quieres expresar tu gratitud por cada una de ellas.

Me río, pero le doy dos besos más, porque quiero hacerlo tanto como él recibirlos, al parecer.

—¡Esto es fantástico! —exclamo una vez sentada en un punto del suelo—. Me he pasado las últimas mil horas preocupada por si no conseguía averiguar la forma de usarlas.

—Ehhh… ¿Grace? —interrumpe Flint—. Siento mucho tener que reventar tu burbuja de felicidad, pero seguimos teniendo un problema.

—¿Cuál? —pregunto.

—Hay tres flores. Contando al herrero, somos cuatro…

—Cinco —declara Remy.

—Ehhh, seis —nos recuerda Calder dulcemente.

—Bueno, vale —dice Flint—. Contando al herrero somos seis personas que necesitan escapar y solo hay tres flores. ¿Crees que podríamos usar media flor por persona?

—Claro ¿y que parezca que estamos solo medio muertos? —dice Remy con escepticismo—. Así nos enviarían a la enfermería de Bianca, y nadie quiere ir ahí, os lo aseguro.

»Además, son flores muy pequeñas. —Se queda mirando mis tatuajes con aire dubitativo—. Y si es el mismo herrero del que yo creo que estáis hablando, es un tipo muy grande. Con media flor como mucho se le moriría la mano.

—¿Es Vander Bracka? ¿Un gigante que fabrica esposas y grilletes mágicos? —pregunto para dejar claro a qué herrero necesitamos, porque sería muy incómodo que acabásemos escapando con el hombre equivocado.

Remy asiente.

—Sí, es él.

—Bueno, entonces estamos de nuevo al principio —indico —. No tenemos nada.

—Eso no es verdad —me dice Hudson—. Flint y tú podéis encontrar al herrero y escapar.

—Yo no estoy de acuerdo con ese plan —le aseguro.

—Ehm... yo tampoco —opina Calder—. ¿Qué tiene ella de especial?

Hudson levanta ambas cejas.

—Ella ha traído las flores.

—Ya, pero nosotros llevamos esperando a la chica de las flores toda la vida. No me parece justo que no podamos ni siquiera escaparnos con ella, y menos cuando todos sabemos que a mí me quedarían mejor.

—¿A quién le importa a quién le quedarían mejor? —pregunta Flint—. Son para comérselas.

La mantícora se atusa el pelo de nuevo y se encoge de hombros.

—Solo digo que la estética es importante. Y está claro que la mía es la mejor.

Flint se la queda mirando un instante, perplejo, como si no fuera capaz de decidir si va en serio. Después sacude la cabeza para aclarársela y prosigue:

—Os propongo mi idea, dejando la estética de lado. ¿Qué os parece si ideamos un plan para que todos podamos salir? ¿Qué sentido tiene que seamos un grupo tan increíble si no somos capaces de dar con una solución?

—Ay, eres tan mono... —afirma Calder, y luego le susurra a Remy—: Flint ha dicho que soy «increíble».

Flint, Hudson y yo intercambiamos una mirada de incredulidad, pero Remy asiente como si hubiese dicho la cosa más lógica del mundo.

Después se vuelve hacia mí.

—Mira, por lo que a mí respecta, como si el resto de vosotros salís de aquí en un unicornio con la cola de arcoíris. Pero Grace me va a dar una de las flores. Lo he visto un millón de veces. Es mi única vía de escape.

—A los unicornios no les gustan las mantícoras —señala Calder con tono de estar citando un hecho—. Probablemente porque nuestras colas molan más. Además, tú nunca me dejarías aquí, así que otra de esas flores tiene que ser para mí también. —Se encoge de hombros como diciendo «Es lo más lógico».

Así que ahora ya tenemos dos flores menos y ni siquiera hemos encontrado al herrero todavía. Esto me está empezando a oler mal. Y a Hudson también se lo debe de parecer, porque formula la pregunta que yo tenía en la punta de la lengua desde que hemos llegado.

—¿De qué os conocéis?

La respuesta más obvia es de la cárcel, pero tiene que haber algo más. Es una amistad un tanto extraña. Está claro que se aprecian, pero no tiene nada que ver con una atracción sexual. Es más un cariño fraternal.

Lo que hace que me pregunte: ¿hasta dónde llegaría Remy para sacar a Calder de aquí? ¿Sería capaz de engañarnos para robarnos una flor?

—Calder y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿verdad? —Remy sonríe a la mantícora lentamente—. Y he

visto su fin, y no es en este agujero. En cuanto a cómo nos conocimos… Esa es su historia, no la mía.

—Algunas historias no están hechas para ser compartidas —responde ella, y se encoge de hombros—. Hace que pierdan la magia.

Esto no nos está llevando a ninguna parte, de modo que me vuelvo hacia Remy. Estoy empezando a pensar que necesito dejar una cosa clara.

—Nadie obtendrá una flor a menos que encontremos otro modo de salir, con el herrero.

Calder ladea la cabeza y me mira como si me estuviera estudiando.

—Creo que me gusta esta, Remy.

Remy sonríe.

—Estoy seguro de que podemos idear un plan para sacaros de aquí. Si tenéis suerte y sois capaces de sobrevivir el tiempo suficiente y hacéis justo lo que yo os diga. —Su sonrisa se torna un mohín—. En cuanto al herrero, en fin, es bastante importante aquí, y no es que sea precisamente pequeño como para ocultarlo si planeamos sacarlo a escondidas.

Entonces algo se le debe de ocurrir, porque entrecierra los ojos y nos mira a los tres uno por uno antes de preguntar:

—¿Qué hicisteis exactamente para acabar aquí?

—Yo tuve un desacuerdo con mi padre —dice Hudson como si tal cosa, como si hubiese sido una tontería. Pero sus ojos están vigilantes mientras espera a ver qué hacen.

—¿Acabaste aquí por un desacuerdo? —señala Calder con escepticismo—. ¿Qué hiciste? ¿Lo transformaste en un

pollo danzante?

—Transformé sus huesos en polvo —responde con franqueza y lanzando un evidente desafío.

—¿En polvo? —pregunta Calder—. ¿Como en «cenizas a las cenizas y polvo al polvo»? Eso es algo brutal. —Pero el hecho no parece causarle rechazo ni temor.

—No está muerto, si es lo que preguntas —contesta Hudson muy serio—. Solo le pulvericé los huesos.

Un brillo codicioso aparece en los ojos de Calder mientras lo mira de arriba abajo.

—Tú y yo vamos a ser muy buenos amigos.

Creo que ambos estamos de acuerdo con esa proclamación hasta que se lame los labios de nuevo y menea las cejas arriba y abajo.

Hudson se acerca un poco más a mí en el suelo, y no se lo reprocho. De modo que rodeo sus hombros con el brazo.

—Es mío —digo de forma simple, directa y sin dar pie a confusión.

Cómo no, Hudson se inclina y me pone una sonrisa de bobalicón absoluta, porque… uf. Hombres.

Calder pestañea inocentemente antes de volverse hacia Flint.

—Y ¿qué hay de ti, grandullón?

Flint parece un poco avergonzado cuando se vuelve hacia mí y admite:

—Yo intenté matar a Grace.

—¿Solo intentaste matarla? —Calder parece algo decepcionada («vaya, gracias»). Pero apenas tarda un segundo en animarse de nuevo—. ¿Sabes qué? —pregunta lanzando un grito de emoción—. La próxima vez que

intentes matarla, te daré algunos consejos. A mí se me da muy bien. Así me quedaré con Hudson, y los tres podremos ser los mejores amigos.

—¿Y a mí que me den? —pregunta Remy, e incluso yo pongo los ojos en blanco exageradamente.

—¿A alguien le interesa por qué estoy aquí? Porque la respuesta es que soy su compañera.

—Vaya, eso no tiene nada de divertido —dice la mantícora—. Por eso te va a matar el grandullón, tonta. Así todo cuadrará.

Remy se echa a reír y me guiña el ojo.

—No le hagas caso, *cher*. Solo está intentando ver de qué pasta estás hecha, pero es inofensiva.

Pienso en responder «de piedra, estoy hecha de roca maciza», pero entonces recuerdo que en esta prisión me han arrebatado a mi gárgola, y dejo caer los hombros un poco. ¿De qué estoy hecha sin mi gárgola? La verdad es que no lo sé.

—¿Puedo preguntaros qué tiene de importante ese herrero? —quiere saber Remy—. Como he dicho, es uno de los favoritos aquí dentro, así que sacarlo será algo complicado.

No respondemos de inmediato. Flint, Hudson y yo intercambiamos unas miradas. No tenemos claro cuánta información debemos compartir con nuestros compañeros de celda. ¿Y si Remy pretende usar lo que le decimos para salir de aquí?

Aunque, bueno, parece bastante seguro de que una de las flores será para él. Además, todavía no sabe la verdadera razón por la que estamos aquí, de modo que no

tiene motivos para mentir. Y Nuri concretamente le dijo a Flint que lo buscase. ¿Qué sabía de él que pudiera ayudarnos?

Mi estómago se llena de nudos cuando intento averiguar nuestro próximo movimiento, pero una cosa es segura: vamos a tener que confiar en alguien aquí si queremos salir con vida. Y ya que Remy es el único que se ha postulado para el trabajo, la elección es bastante sencilla.

Inspiro hondo y rezo para no estar equivocándome.

—Necesitamos al herrero para derrotar a Cyrus.

Remy y Calder enarcan las cejas tan rápido que resulta casi cómico. Casi. Tal vez lo sería si no estuviésemos sentados en el suelo de una cárcel intentando planear una huida.

—A ver si lo he entendido —dice Remy con su suave acento cajún—. ¿Vosotros tres estáis planeando un golpe para derrotar al rey vampiro… desde la cárcel?

Hudson se encoge de hombros.

—Es que no le gustó mucho que le pulverizara los huesos.

Remy tiene las cejas tan altas ahora que casi se confunden con la línea del cabello; bueno, o con lo que se aprecia de ella bajo su pelo largo y desaliñado.

—¿Tu padre es el rey vampiro?

—¿Qué pasa? —pregunta Hudson con tono irónico—. ¿Es que no lo has visto venir?

Remy niega con la cabeza.

—No, en absoluto.

—Uy, yo me apunto —dice Calder con el rostro iluminado de la emoción, y se vuelve hacia Hudson—. Me apunto al

mil por ciento. Yo lo sujeto mientras tú le das una paliza, guapo.

Flint suelta una carcajada con ronquido y Hudson lo fulmina con la mirada. En cuanto a mí, estoy sonriendo de oreja a oreja, porque los ojos de Calder no han brillado en ningún momento al flirtear con Hudson como lo están haciendo ahora al pensar en matar a Cyrus. Eso denota cuál es su interés real.

—¿Qué te hizo Cyrus exactamente? —le pregunta Flint a Calder, y veo que la mirada de Remy se suaviza al mirarla.

—Ah, a mí nada —contesta mientras señala con un gesto de la cabeza a Remy—. Pero Cyrus es el motivo de que aquí mi amigo haya estado toda la vida en la cárcel. Y eso no está bien.

Remy inclina la cabeza.

—La familia lo es todo para una mantícora. —Y es tanto una advertencia como una afirmación.

—No sabía que estuvieseis emparentados —respondo sorprendida.

—La familia no tiene por qué ser de sangre —afirma Calder como si fuera lo más obvio del mundo.

Entonces pienso en Xavier, en Flint, en Eden, en Jaxon y Hudson, en Mekhi y en Luca, y no podría estar más de acuerdo.

—¿Sabes qué, Calder? Creo que tú a mí también me gustas. Tanto que me parece que incluso dejaré que flirtees con mi compañero.

—Espera, ¿qué? —me susurra Hudson, y me lanza una mirada de desesperación.

Pero ahora estoy sonriendo con Calder.

—Pero nada de tocar.

—¿Lo ves? Sabía que seríamos amigos —indica Calder—. ¿A que te lo dije, Remy?

—¿Significa eso que nos ayudaréis? —le pregunto a Remy.

—Si eso significa hacer que Cyrus pague por lo que le hizo a mi madre, ay, *cher*, no necesitas ni preguntar —dice, y añade—: pero una de esas flores será para mí como pago.

113

Espósame, *baby, one more time*

—Asumamos que accedo a tus términos —empieza Hudson —. ¿Qué otra idea tienes para salir de aquí sin las flores? Y, lo que es más importante, ¿por qué no lo habéis puesto en práctica ya Calder y tú?

Remy se encoge de hombros.

—Poder ver el futuro no es para tanto. El futuro cambia constantemente. Que pueda ver un camino no significa que vaya a suceder. Como lo que pasó con Grace, que yo veía que me daba una de las flores, pero luego desapareció de mis sueños durante semanas.

No tengo ni idea de adónde quiere llegar con esto.

—¿Y...?

—Sabía que iba a salir de aquí con una flor. Y sabía más o menos cuándo saldría Calder —dice—. Al menos había esperanza para nosotros. Arriesgarnos a intentar salir de

otra manera podría haber sido un error y haber cambiado el futuro, lo que significa que tal vez jamás lo habríamos conseguido. —Debe de intuir que no estoy entendiendo nada, porque me mantiene la mirada y dice—: ¿Tú qué preferirías, *cher*? ¿Esperar a algo seguro que te ayudará a salir de este agujero algún día, aunque tengan que pasar años, o probar a liberarte y arriesgarte a no poder salir nunca? Yo me decidí por la opción segura.

Medito sus palabras. ¿Qué habría hecho yo? La verdad es que no lo sé. Me cuesta imaginar pasar un día más en la cárcel si había alguna posibilidad, por mínima que fuera, de salir, pero yo no me he pasado diecisiete años aquí. Todavía. De haberlo hecho tal vez también preferiría la opción segura.

—Pero ¿crees que podremos salir? —pregunta Flint.

Remy asiente.

—Como he dicho, hará falta mucha suerte e incluso más dinero... y eso solo si sobrevivimos al viaje. Pero hay una posibilidad. Ya ha pasado antes.

El último comentario despierta toda nuestra atención. Solo sabíamos del dragón que logró salir, y él hizo un trato con la Anciana para conseguir una flor. ¿Existía otra manera que no requería que firmase un pacto con el diablo de esa bruja y su horno pizzero? Vaya, qué bien que nos enteremos de eso «ahora».

—Bueno, y ¿cuál es ese magnífico plan de fuga? —quiero saber.

Pero antes de que pueda decir nada, se oye algo rascando el suelo al otro lado de la habitación.

—¿Qué es eso? —digo mientras Hudson se coloca de nuevo delante de mí.

—La cena —responde Calder, y aunque no suena muy emocionada tampoco parece traumatizada. Algo es algo, sobre todo ahora que mi estómago ha decidido informarme de que es perfectamente consciente de que llevo muchas horas sin comer.

—¿Nos alimentan a través de una ranura en el suelo? —Flint parece horrorizado.

—Ese panel es el único acceso a esta celda —explica Remy—. No hay puertas ni ventanas, nada. Solo el tubo por el que habéis caído y esta minúscula puerta que los guardias tienen que movernos para poder desbloquearla. Ah, y la escalera plegable justo debajo de ella que tienen que activar.

—¿Movernos? —pregunta Flint—. ¿Qué significa eso?

—Ya lo verás —contesta Remy.

Su tono casual debería transmitirme seguridad (después de todo se muestra bastante indiferente ante la situación) y, sin embargo, me acojona. Hasta ahora no se me ha dado nada mal mantener el pánico a raya, pero la idea de que literalmente no haya modo alguno de salir de este lugar excepto esperar a que los guardias no solo abran la celda, sino también desbloqueen la entrada por completo... Bueno, digamos que hace que quiera salir de aquí ahora mismo.

¿Acaso este lugar no responde ante una inspección contra incendios?

Calder se acerca al agujero ahora abierto en el suelo y saca una bandeja de tres pisos.

—Habéis venido en un buen día —nos dice—. Hoy toca pollo y puré de patatas.

No voy a mentir, el menú me deja de piedra. No sé qué esperaba comer en la cárcel más diabólica jamás creada, pero desde luego no era el plato favorito de mi madre.

Mientras nos pasa las bandejas cubiertas a Flint y a mí, y un vaso que imagino que es sangre para Hudson, nos sentamos en el suelo de nuevo y me dispongo a comer.

Después de que hayamos dado unos bocados Hudson deja a un lado su desconfianza hacia Remy el tiempo suficiente para preguntarle:

—¿Podrías hablarnos un poco más sobre cómo funciona este lugar? Parece que nos han arrebatado nuestros poderes.

—Eso es porque están bloqueados —explica Calder—. Totalmente bloqueados.

—¿Por los brazaletes? —pregunta Hudson—. He llevado este tipo de brazaletes antes, y nunca me han arrebatado mis poderes. No así.

—Porque no es esa clase de brazalete. —Remy da un bocado a un bollito de pan y señala con él al resto de la habitación—. Mira a tu alrededor. Los brazaletes bloquean toda tu magia, incluso la que te permite transformarte, pero digamos que si lográsemos quitárnoslos…

Calder niega con la cabeza.

—Seguiríais sin tener vuestras habilidades. La celda en sí actúa como un brazalete.

—Joder. Eso es muy inteligente —dice Flint, y en su rostro se refleja una mezcla de respeto y de terror mientras

echa un vistazo a su alrededor—. Por eso la celda es toda de metal.

—Toda la muralla exterior de la prisión es como un brazalete gigante —nos informa Remy—. Después, cada celda es como un brazalete en una larga cadena de brazaletes que al interconectarse conforman otro brazalete. Y luego están los brazaletes de vuestras muñecas.

—¿Cuatro brazaletes? —pregunta Flint y por primera vez parece totalmente horrorizado—. ¿Me separan cuatro brazaletes de mi magia? —Niega con la cabeza—. No me extraña que no pueda sentirla en absoluto.

Eso explica por qué el hilo de mi gárgola ha desaparecido por completo. Está bloqueado, oculto bajo capas y capas de metal hasta que no queda nada. Empiezo a juguetear con la comida en el plato. De repente he perdido el apetito.

Todo esto me parece de una crueldad inconmensurable. Entiendo que esto es una cárcel. Entiendo que se debe contener a los seres poderosos. Pero están usando salvaguarda tras salvaguarda tras salvaguarda para asegurarse de que la gente no pueda acceder a algo que es tan parte de su persona como su corazón o su sangre… Me parece absolutamente espantoso. Es una violación en toda regla.

—Y eso que nosotros somos afortunados —dice Remy con aire triste—. Al menos al no llevar el brazalete yo tengo acceso a parte de mi magia. No me puedo imaginar cómo os debéis de sentir vosotros sin la vuestra. Es una auténtica tragedia.

—¿Afortunados? —señalo—. ¿Y eso?

—Estamos en la rueda este, que es donde encierran a los presos políticos y a los de delitos menores. En la rueda oeste, donde están los auténticos criminales, hay todavía más capas de protección.

No quiero ni pensarlo. Pero entonces me doy cuenta de que no tengo elección. No pensamos en la distribución de la cárcel porque no la conocíamos, es un secreto muy bien guardado. Pero eso significa…

—¿Sabes dónde está el herrero? —quiero saber—. ¿En la rueda este o la oeste? Porque si está en la oeste…

—Estamos jodidos —termina Flint por mí.

—Y mucho —coincide Hudson.

—Está en otra parte completamente distinta —nos explica Remy, y me sentiría aliviada de no ser por la expresión de su rostro.

—Y ¿dónde está entonces? —pregunto con el estómago encogido de temor.

Remy y Calder intercambian una mirada.

—Está en la fosa, Grace —responde de mala gana.

114

De cómo la celda de una prisión se convirtió en la habitación en la que sucede

—¿La fosa? —Miro a Hudson y a Flint, pero ambos parecen tan perdidos como yo—. ¿Qué es eso?

Remy alza una ceja.

—¿Has leído alguna vez el *Infierno* de Dante? Creo que se inspiró en este lugar, porque a alguien le divirtió mucho la idea.

—No, no lo he leído.

—Yo sí —responde Hudson con aire sombrío, y rodea mi cintura de nuevo—. Y, sinceramente, preferiría no congelarme en el hielo..., ni todo lo demás.

No sé de qué está hablando, pero creo que estoy de acuerdo con él.

Calder se levanta y deja su bandeja de nuevo en el agujero del suelo. El resto hacemos lo mismo. Miro a mi

alrededor, preguntándome si vamos a tener que mear en un agujero diferente. Calder debe de haber adivinado lo que estoy pensando al verme la cara, porque sonríe y dice:

—El baño está en el otro extremo, entre las sombras, oculto tras una pared.

«Gracias», articulo, y archivo esa información para más adelante.

Remy se dirige al tubo por el que hemos caído y tira de la cadena que pende de él. La desliza por una polea instalada en el techo y, muy lentamente, unas camas empiezan a descender de las paredes a las doce, las dos, las cuatro las seis y las ocho en punto.

—Por si no queréis dormir en el suelo —dice, y me guiña el ojo—. La cama que está enfrente del tubo es la mía. Calder duerme en la que está justo a la derecha.

—Ay, menos mal —susurro, y me dejo caer en la cama junto a la de Calder. Hudson elige la que está a mi lado, de modo que a Flint le queda la última del círculo, pero de momento se queda sentado en la mía.

—Pero tenemos que ir a buscar al herrero —indica, y sé que está pensando que Luca es uno de los primogénitos del Katmere, y lo que podría pasar si Cyrus se sale con la suya —. De lo contrario todo esto no habrá servido para nada.

—Tienes razón —digo antes de volverme hacia Remy y Calder. No vamos a quedarnos en esta cárcel. Y no vamos a dejar que Jaxon pierda su alma. Como tampoco vamos a permitir que Cyrus lleve a cabo sus maléficos planes en el Katmere—. Bueno, y ¿cómo lo hacemos?

Remy y Calder intercambian la mirada más seria que les he visto poner hasta ahora a ninguno de los dos.

—Soportamos el calvario y llegamos a la fosa —responden ambos al unísono.

—¿Por qué lo tienen en la fosa? —pregunto, y decido ignorar completamente el comentario sobre el calvario por el momento—. Creía que estaba aquí como preso político, no por ser un criminal.

—No está en la fosa porque sea un mal tipo, *cher*. Está en la fosa porque ahí es donde está la forja.

—¿La forja? —pregunta Hudson—. ¿Sigue siendo herrero?

—Es el mejor herrero del mundo —contesta Calder mientras se deshace la trenza que se había hecho hace un rato—. ¿Crees que iban a dejarlo metido en una celda sin hacer nada todo el día?

—Es él quien hace los brazaletes —explica Remy mirando nuestras muñecas—. Por eso son tan eficaces.

—Y por eso has dicho que es tan importante aquí —dice Hudson—. Les es útil, lo que significa que no dejarán que se marche.

—Ya, bueno, ese es su problema. ¿Viste a esa pobre mujer y lo que esto ha hecho con ella? —Miro a Remy e inspiro hondo—. ¿A qué calvario te estabas refiriendo? ¿Y cuánto se tarda en llegar?

Me mira perplejo con esos ojos que han visto demasiado.

—He de decir, querida, que me encanta tu actitud decidida. Resulta refrescante.

—Me alegra oírlo. Pero, dime, ¿de verdad podemos intentar hacer esto?

—Por supuesto. —Mete la mano en un cajón que está debajo de su cama y saca un pequeño cuaderno y un

bolígrafo. Dibuja un par de cosas rápidas y luego se sienta a mi lado en la minúscula cama. Con él a mi izquierda y Flint a la derecha estamos un poco apretados, de modo que giro los hombros para hacer un poco más de espacio.

Hudson se sienta en la cama de Remy, justo enfrente de la mía, y le enseña al brujo disimuladamente el colmillo. Estoy segura de que eso es una advertencia de que no se pase conmigo, un rápido recordatorio de que soy su compañera, y no puedo evitarlo: me entra la risa, porque me parece todo tan ridículo... Entonces Hudson me sonríe con timidez un segundo antes de volver a fulminar a Remy con la mirada. Es un comportamiento completamente troglodita, pero no me molesta lo más mínimo. A ver, antes Calder se estaba lamiendo los labios y yo también he tenido que ponerla en su sitio. Al parecer somos los dos bastante posesivos.

—A ver, aquí está nuestro módulo, ¿vale? —dice señalando una serie de celdas que ha dibujado—. Y esto de aquí es algo que suelen llamar «la cámara». —Señala un óvalo que ha dibujado justo entre dos series de celdas.

—Y ¿para qué es la cámara? —pregunta Flint.

—Hace que desees no haber nacido —dice Calder, que ahora está tendida sobre su cama, con el pelo suelto formando un abanico alrededor de su cabeza como si fuera una corona. Y dice esto con un tono muy tranquilo, como si estuviera hablando de la comida o del tiempo o de un millón de cosas triviales más, solo que lo que ha dicho suena mucho peor.

—¿Podrías ser un poco más específica? —pide Flint, y parece bastante nervioso.

No se lo reprocho. Estoy segura de que yo también parezco nerviosa. Y el hecho de que el rostro de Hudson se haya vuelto del todo inexpresivo me indica que él también está estresado.

—La cámara se construyó con fines de rehabilitación —nos explica Remy.

—¿Rehabilitación en plan rehabilitación profesional o rehabilitación rollo la que llevaba a cabo la Inquisición española?

Remy se lo piensa un segundo.

—Yo diría que es un poco más doloroso que la Inquisición española.

—Por «un poco» quiere decir mucho más doloroso —traduce Calder—. Muchísimo más.

—Y ¿tenemos que entrar en la cámara para llegar a la fosa? —pregunto con el estómago revuelto.

Calder suspira.

—Es porque la cárcel es juez, jurado y verdugo a la vez. Imagino que sabrás lo difícil que es tener un juicio real en el mundo paranormal. La gente usa la magia para burlar el sistema o usa su poder para derogar a la Corte. Toda clase de cosas. Por eso esta cárcel se construyó con una maldición inquebrantable: aquí nadie puede engañar al sistema. Y, una vez dentro, la única manera de salir es demostrando que estás rehabilitado.

Remy se echa a reír, pero es un sonido carente de humor.

—Y eso significa que la propia cárcel juzga cuándo estás rehabilitado. Te va aumentando el castigo a través de la cámara y, cuando cree que ya has expiado tus faltas lo suficiente, decide dejarte ir.

Calder asiente.

—Y si tienes la mala suerte de haber nacido dentro, en fin, al parecer nacer es tu crimen, y no existe expiación posible para ese pecado.

Sofoco un grito y me quedo mirando a Remy. No me extraña que esté tan seguro de que la flor es su única salida.

—La cárcel decide —dice Hudson totalmente carente de expresión—. Y ¿quién la dirige?

—Eso es lo más gracioso —opina Remy—. Nadie. Representa que la prisión se rige por una magia antigua. Toma sus propias decisiones y hace lo que le parece, y como no posee emociones o impulsos humanos, no se la puede sobornar ni cabrear ni nada. Aunque yo tengo mis sospechas.

—Mi madre ha dicho algo cuando me estaban arrestando sobre la expiación —nos dice Flint—. En su momento no he entendido a qué se refería, pero debía de estar queriéndome decir que vaya a la cámara.

—Es imposible que supiera lo que te estaba pidiendo —asegura Calder—. Nadie le desearía algo así a alguien a quien quiere.

—Pero tú lo haces todos los meses para que yo pueda ir a la fosa —dice Remy sonriéndole.

Por primera vez desde que la conozco, Calder parece algo agitada, pero se recupera enseguida.

—Bueno, tengo que hacerlo igualmente para conseguir mi laca de uñas. La belleza tiene sus costes.

Flint mira sus uñas, luego a Remy y luego a mí, que me encojo de hombros. Yo sería la última persona en el mundo

en soportar una ligera tortura para conseguir un pintaúñas.

—Y ¿cómo llegamos a la cámara? —pregunto aterrorizada pero también decidida. Necesitamos llegar hasta el herrero y necesitamos salir de aquí. Si el único modo de hacerlo es pasando por la cámara, que así sea—. Y ¿cuánto se tarda en llegar desde donde estamos hasta la fosa?

—¿Sabes, Calder? —interviene Remy—. No recuerdo en qué ciclo estamos. Creo que estamos a seis o siete días...

—Seis —dice Calder mientras se incorpora para pintarse las uñas de los pies de negro. No tengo ni idea de dónde ha sacado el pintaúñas, pero he de decir que se le da de maravilla.

—Entonces ¿estaremos en la fosa dentro de seis días? —pregunta Hudson.

—Si te arriesgas a entrar en la cámara todas las noches.

—¿Qué significa eso de «si te arriesgas»? —quiere saber Flint, que también está observando cómo Calder se pinta las uñas.

—Es como jugar a la ruleta rusa —nos explica Remy, que se levanta y vuelve a su cama al tiempo que Hudson se desplaza hasta la mía—, y la cámara es la bala. Si decidimos que queremos jugar, esa noche nos uniremos a la rotación. Puede que aterricemos en la cámara; o puede que no. Si no lo hacemos, descendemos un nivel y podemos dormir tranquilamente esa noche y volver a jugar al día siguiente. Si aterrizamos ahí, sufrimos un infierno y, después, si estamos dispuestos a ello, jugamos de nuevo al día siguiente. Estar a seis días significa seis giros de la

cámara; seis posibles noches de tortura, pero luego llegamos a la fosa.

—Lo haremos —le garantiza Hudson—. ¿Cuánto daño puede hacernos en una noche?

—Ah, no es daño físico —dice Calder—. La cámara nunca te toca ni un pelo de la cabeza. Pero acabarás suplicando clemencia. —Guarda su laca de uñas, se lleva las rodillas al pecho y se mece un poco.

—¿Qué te hace? —pregunto temerosa de escuchar la respuesta.

—Hace que te enfrentes a las peores cosas que has hecho una y otra y otra vez, hasta que las has expiado todas. Días, semanas, años. —El rostro de Remy se pone serio—. La gente acaba volviéndose loca, a veces la primera noche, a veces pasados varios meses. Depende de la persona.

—Y de los crímenes —le recuerda Calder.

—Y de los crímenes —asiente Remy—. Así que supongo que tendréis que preguntaros: ¿qué es lo peor que habéis hecho en la vida?

115

¿Cómo puedes predecir el futuro, si no hay futuro que predecir?

La pregunta queda suspendida en el aire durante una eternidad después de que Remy la haya formulado, y se va haciendo más y más grande hasta que no puedo pensar en otra cosa. Y lo mismo les sucede a los demás.

Flint es el primero en moverse. Se levanta y empieza a pasearse. Por su rostro está claro que ya se encuentra en un lugar muy oscuro.

Hudson no reacciona en absoluto. Su cara permanece inexpresiva y no mueve ni un músculo. Pero lo estoy cogiendo de la mano y puedo sentir cómo tiembla.

Intento mirarlo a los ojos, pero tiene la mirada perdida en algún punto delante de él, y sé que está repasando una y otra vez aquellos últimos días y semanas en el Katmere antes de que Jaxon lo matara. Sé que en su momento creía que estaba haciendo lo correcto, pero también sé cuánto le

pesan ahora sus errores, al echar la vista atrás. La idea de que se los restrieguen por la cara toda la noche, cada noche, me parece extremadamente cruel.

—Y ¿si no quieres jugar? —pregunto con brusquedad—. Y ¿si no quieres arriesgarte a acabar en la cámara?

—La cárcel no es cruel del todo —responde Remy—. Simplemente no te postulas para el giro. Te quedas donde estás. Puedes tardar seis meses en llegar a la fosa. O un año. O toda la vida. Pero no expías tus faltas en la cámara…

—Y renuncias a tu posibilidad de salir de aquí —termino por él.

—Exacto.

—Genial —gruñe Flint, que continúa paseándose de un lado a otro todavía intranquilo.

—A ver, ya sabemos que no tenemos suficientes flores como para salir todos de aquí, y que estamos a seis días de llegar al herrero —digo recapitulando la información que tenemos en un intento de elaborar un plan y de evitar mi propio estrés sobre mis propios «crímenes». Puede que yo no haya usado mi mente para obligar a la gente a matarse, pero no haberme enfrentado más a Jaxon en relación con la Bestia Imbatible y que Xavier muriera en consecuencia no es algo en lo que me guste mucho pensar, y mucho menos algo que me apetezca revivir una y otra vez.

Pero si hacemos esto voy a tener que hacerlo. Hasta que la cárcel crea que he pagado lo suficiente y me libere… o hasta que encontremos algún otro modo de escapar

Como Flint ha dicho: fantástico.

—Por curiosidad… —digo mientras hago un repaso mental de todo lo que Remy y Calder me han dicho—. ¿Qué

probabilidades hay de que lleguemos a la fosa en seis días y de que la cárcel decida que ya hemos expiado lo suficiente y nos deje marchar?

—Ninguna —responden ambos a la vez.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Ni aunque fuésemos a la cámara todos los días nos dejaría ir?

—No podríamos ir a la cámara todas las noches —me explica Remy—. No funciona así. Una vez oí a un guardia decir que en su día todo el mundo tenía que elegir entre cámara o pausa. Pero con el paso de los siglos la cárcel empezó a masificarse, de modo que ahora va rotando quién puede acceder a la cámara cada noche. Y no sé si es eso o simplemente el modo en que esta puta cárcel fue construida, pero lo de la expiación es un cuento. En diecisiete años nunca he visto que nadie se haya rehabilitado gracias a la tortura.

Se me ponen los pelos de punta, y es evidente que todos estamos asimilando esas palabras.

Al final Calder rompe el silencio.

—Además, si acabásemos accediendo a la cámara todas las noches... Nadie soporta lo que allí sucede una y otra vez... y menos tan seguido.

—Entonces no podremos hacerlo seis veces —digo intentando sonar positiva—. Podemos hacerlo dos o tres veces, ¿no?

—Una vez ya es suficiente para toda una vida —me contesta Calder, y ya suena... vacía. Como si ella también se hubiese trasladado a un lugar oscuro y solo estuviese intentando averiguar cómo salir de él.

—Pero creía que Remy había dicho que tú lo haces una vez al mes —señalo.

—Así es —afirma Remy y le guiña el ojo a la mantícora—. A Calder le encanta la laca de uñas.

Quiero preguntarle si se la esnifa, porque ¿quién elegiría voluntariamente ser torturado antes que no torturado? Pero entonces se me encoge el estómago cuando otro motivo me viene a la cabeza. ¿Acaso lo que sucede durante la «pausa» es peor que la cámara?

Mi ansiedad se dispara. El pánico se acumula en mi interior. Me inclino hacia delante y empiezo a quitarme los zapatos, pero entonces me doy cuenta de que lo único que puedo sentir bajo mis pies es el frío metal, que no hará nada para calmarme.

No puedo respirar. No puedo pensar. Intento nombrar objetos de la habitación para relajarme, pero aquí no hay nada, y la celda en sí está construida para darme ansiedad. Me agarro a las sábanas, las aprieto con las manos e intento concentrarme en la sensación de las fibras. Pero son muy finas y solo me recuerdan dónde estamos.

Empiezo a contar hacia atrás mientras mi corazón parece estar a punto de estallar, pero Hudson ya está ahí, dejándome sentir la fuerza de su mano, el tacto de nuestros dedos rozándose, sirviéndome de bálsamo.

Lo paso mal un par de segundos, pero él parece saber de forma instintiva lo que tiene que hacer para que me sienta mejor. No me atosiga, no intenta hablarme, no hace nada más que estar ahí conmigo. Y al final logro respirar de nuevo.

—Lo siento —le digo cuando vuelvo a sentirme normal, o todo lo normal que me puedo sentir en esta situación.

Su risa es oscura y me duele escucharla.

—No te disculpes conmigo. No lo hagas por esto. Ni por nada. —Niega con la cabeza y aprieta la mandíbula—. No me puedo creer que te haya hecho esto.

—Tú no me has hecho nada —susurro con vehemencia—. Yo decidí venir. Tenemos un plan…

—Decidiste venir porque la alternativa era igual de mala. ¡Eso no es una elección!

—No hagas esto, Hudson. Hemos estado juntos en esto desde el principio. No lo cambies ahora. Decidí hacer esto por voluntad propia. Yo tomo las decisiones de mi vida, no tú. Ni nadie más.

Al principio no responde. Pero entonces me agarra y tira de mí hacia él hasta que nuestros cuerpos están a tan solo unos centímetros de distancia.

—No quiero que sufras más por mí —murmura—. No puedo… —Deja la frase a medias pues no puede hablar.

—Y yo no quiero que tú sufras por mi culpa —le respondo —. No quiero que nadie en esta celda sufra. Pero estamos en esto juntos, ¿vale? —Miro a mi alrededor, a todos los demás, que están intentando no escuchar, pero fracasan estrepitosamente—. Estamos en esto juntos, ¿verdad? —repito—. Pase lo que pase, encontraremos al herrero y conseguiremos salir de esta cárcel.

»Lo juro. —Me vuelvo hacia Remy—. Tú puedes ver el futuro, así que, dime, ¿qué ves? Tú usas la flor para salir, pero ¿qué hacemos el resto?

—No lo sé —admite.

—¿Cómo que no lo sabes? —pregunta Flint.

En sus ojos verdes se forman esos remolinos escalofriantes, pero entonces sacude la cabeza y vuelven a la normalidad.

—Significa que lo único que sé es que yo uso la flor. Así que o bien me la das, o te mato y la cojo, o encuentras otra manera de salir.

—¡Bueno, esas son muchas disyuntivas! —ruge Hudson, que de nuevo parece querer arrancarle todas las extremidades.

—No puedo ver el futuro a menos que esté decidido —responde Remy—. Y ahora mismo lo que os suceda a vosotros está completamente en el aire.

116

El precio susto

—¿Quién eres tú? ¿El portador de las buenas noticias? —pregunta Flint, y se deja caer sobre su cama.

—No es cosa mía haceros sentir mejor con vuestras decisiones en la vida —responde Remy y, aunque sigue arrastrando las sílabas al más puro estilo de Nueva Orleans, detecto cierto tonillo que no ha estado ahí desde el principio.

—Ya, bueno, voy a echarme una siesta. Despertadme cuando necesitéis hacer esto de la cámara. —Flint cierra los ojos y su respiración solo tarda un par de segundos en relajarse.

—Debe de ser agradable —murmura Hudson, y, no voy a mentir, yo también lo he pensado. Sí, Flint se ha estresado con lo que cree que la cámara le va a hacer revivir, pero al parecer se ha adueñado del miedo. Y me parece genial, pero ojalá yo pudiera vencer el miedo a la cámara tan

fácilmente. La idea de ver cómo Xavier pierde la vida una y otra y otra vez... Me cuesta resistirme a la necesidad de esconderme bajo las sábanas y no volver a salir jamás.

—Bueno, pues entonces supongo que vamos a jugar —dice Remy, y pulsa un gran botón que está cerca de las poleas de las camas.

—Faltan tres horas para el giro —informa Calder mientras también se tumba sobre su cama.

—¿Cómo lo sabes? —quiere saber Hudson.

Ella señala una serie de puntitos que hay en la pared tras el túnel. Tres de ellos están iluminados con una pálida luz azul fluorescente.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No saldréis si no lo hacemos, así que...

—Ya, pero no me parece que sea justo para ti —digo cuando caigo realmente en la cuenta de por lo que vamos a hacer pasar a Remy y a Calder.

Hace un sonido gutural como diciendo «Qué más da».

—En este lugar nada es justo, Grace. Cuanto antes llegues a esa conclusión, antes encontrarás la manera de aceptar tu tiempo aquí. —Se encoge de hombros—. Además, yo quiero salir tanto como el resto de vosotros. Y estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para conseguirlo. Matar a Cyrus una vez que hayamos salido..., eso será coser y cantar.

Es la vez que más en serio la he oído hablar desde que nos hemos conocido, lo que no hace sino preocuparme

todavía más por lo que está por venir. Si puede hacerle esto a Calder...

Hudson se levanta y me indica que haga lo mismo para que pueda retirar las sábanas.

Cuando las aparta, me meto en la cama y me coloco a un lado para dejarle sitio.

Al principio vacila, pero no pienso tolerarlo.

—Si todo acaba mal, quiero haber pasado estas últimas tres horas entre tus brazos —le digo suavemente.

Emite un sonido gutural agónico, pero luego se cuela en la cama conmigo. Desliza un brazo por debajo de mi cabeza para que lo use como almohada, rodea mi cintura con el otro y me estrecha contra su cuerpo para que pueda sentir cómo me envuelve por completo.

Es una sensación tan agradable que me pego más todavía a él para no sentir nada más.

—Nada de mordeduras —refunfuña Flint adormilado, lo cual probablemente signifique que no está dormido después de todo—. A menos que me dejéis mirar, claro. Entonces puedes morderla todo lo que quieras, Hudson.

—Eres un pervertido —bromeo.

—¿Es que se puede ser de otra manera? —responde—. Además, sé que te gusto así.

Hudson gruñe un poco, pero sin acritud, y a juzgar por la risita que suelta, Flint lo sabe.

—Vamos a salir de aquí —me susurra Hudson al oído, y por el modo de decirlo suena como un voto—. Y, cuando lo hagamos, voy a hacer mucho más que desintegrar los huesos de Cyrus.

No dice nada más después de eso, y yo tampoco. Solo me acurruco en él y por fin cedo ante el agotamiento que llevo días arrastrando.

No sé cuánto tiempo dormimos, pero sí sé que no me despierto hasta que me doy contra el suelo con fuerza.

«¿Un terremoto?» es lo primero que pienso, porque puedes sacar a una chica de California, pero no puedes sacar a California de la chica. Pero me doy cuenta de que los temblores son peores que los de un terremoto cuando oigo a Calder:

—¡Camas arriba! —grita como si le fuera la vida en ello.

—¡Nos hemos dormido! —exclama Remy mientras corre hacia la cadena tras el tubo y tira de ella con tanta fuerza que a Flint casi no le da tiempo de salir de la cama.

—¿Qué pasa? —pregunto poniéndome de rodillas. Pero el suelo sigue temblando violentamente y me resulta casi imposible ponerme de pie.

Las camas regresan a su sitio en la pared y Hudson me grita:

—¡Dame la mano!

Tiene un pie apoyado en la pared mientras extiende la mano hacia mí, pero antes de que lo alcance la celda empieza a girar. Durante unos tres segundos no es para tanto, y entonces es como si alguien pulsara un interruptor y la cosa pasara de cero a trescientos en un santiamén.

Salgo disparada y me estampo contra la pared como si estuviera en una de esas atracciones de feria. La fuerza centrífuga me mantiene pegada ahí mientras la habitación gira y gira sin parar. Cada vez lo hace más rápido, hasta

que el simple hecho de despegar la mano de la pared se convierte en misión imposible.

A mi lado Calder se ríe como si estuviera en una atracción de Disneylandia. Mi estómago, en cambio, no lo relaciona con eso y no para de revolverse mientras el pollo de hace un rato amenaza con regresar de una forma bastante desagradable.

Justo cuando estoy segura de que voy a convertirme en la versión encarnada del Vomitron, todo se detiene.

Desciendo por la pared, y nunca me había sentido tan agradecida de que mis pies tocasen suelo firme. Pero cuando la celda vuelve a estabilizarse, los veinticuatro puntos del contador se vuelven rojos al mismo tiempo, así como las luces instaladas en el techo.

Calder deja de reír y murmura:

—Ay, mierda.

Y entonces lo sé.

Estamos en la cámara.

117

No hay peor furia que la de una prisión despechada

Remy me agarra de la mano.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, pero obtengo mi respuesta antes de que pueda contestarme.

Frente a mí, a Hudson se le ponen los ojos en blanco y cae al suelo.

Grito, me libero fácilmente de Remy y corro hacia el otro lado de la celda.

—¡Dios mío, Hudson! ¡Hudson! —me vuelvo hacia Remy y empiezo a preguntar qué coño está pasando. Entonces me doy cuenta de que Calder y Flint también están inconscientes en el suelo.

Se me hiela la sangre.

—¿Es esto lo que hace la cámara? —susurro.

—Así es. —Se encoge de hombros—. Pero, tranquila. Están bien.

—Están inconscientes. ¿Cómo van a estar bien? —Compruebo el pulso de Hudson para asegurarme.

—Mejor dormidos que despiertos. —Se dirige de nuevo hacia la cadena y baja las camas de nuevo—. Nadie necesita vivir de forma consciente lo que les está pasando en estos momentos.

—¿De verdad es tan malo? —pregunto mientras le acaricio la cara a Hudson antes de comprobar el estado de Flint y de Calder.

Remy tiene razón. Todos respiran bien.

—Peor —responde mientras levanta a Calder y la lleva hasta su cama.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlos?

—No hay nada que hacer. Solo podemos esperar —contesta mientras arropa a Calder con la sábana y la manta —. La cámara los liberará… cuando esté lista.

Observo en silencio cómo traslada primero a Hudson y luego a Flint hasta sus camas también sin el menor esfuerzo. Después de comprobar por segunda vez que todo está bien, le hago a Remy la pregunta que me lleva rondando en la cabeza desde el instante en que me he dado cuenta de lo que les estaba pasando a los demás.

—No lo entiendo —digo mientras él se tumba en su cama con un libro muy gastado en la mano—. ¿Por qué la cámara no me ha reclamado a mí? —Pienso en lo mucho que deben de estar sufriendo los tres mientras yo estoy aquí, carcomida por la culpa. No es justo—. ¿Por qué Calder? ¿Por qué Flint? ¿Por qué…?

—¿Hudson? —Remy enarca una ceja—. Es él quien de verdad te preocupa, ¿no?

—Lo ha pasado muy mal —le explico—. A lo que tiene que enfrentarse es...

—Lo hará o no. Y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Pero tiene que haberlo —le digo—. Es obvio que tiene que haberlo. Por algún motivo la cámara me ha saltado, así que tal vez una noche podría saltárselos a ellos.

—No te ha saltado. Yo he evitado que entraras.

Abro mucho los ojos estupefacta.

—Si puedes evitar que la gente entre, ¿por qué no lo haces con los demás?

—Porque así son las cosas —me señala Remy negando con la cabeza—. No puedo evitar que entren los demás. Solo tú.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¿Por qué no?

—¿Crees que no he intentado evitar que Calder entrara antes? Todas las veces. No funciona. Pero en el instante en que nos conocimos supe que contigo sí que funcionaría, con solo tocarte la mano. No sé por qué. Pero lo vi, y lo he hecho cuando ha llegado el momento.

—¿Por qué no dijiste nada antes de que llegásemos a la cámara?

—No tenía sentido que todo el mundo se pasara la noche preocupado pensando en que hoy llegaríamos a la cámara. —Se encoge de hombros—. Y, antes de que me lo preguntes de nuevo, no tengo ni idea de por qué puedo evitar que entres tú, pero no puedo hacerlo con los demás. Hay algo en ti que permite que mi magia limitada funcione.

Lo que dice tiene muchísimo sentido. Probablemente sea por mi gárgola. Está oculta bajo capas de metal, pero sigue

siendo parte de mí. Y si algo se le da bien es canalizar la magia.

Pero eso no hace que me sienta menos culpable.

Hudson tenía mucho miedo a la cámara. No me ha dicho nada al respecto ni ha exteriorizado nada más que ese temblor que no puede ocultar. Pero sé que tenía miedo, sé que no soportaba la idea de tener que enfrentarse a lo que hizo en el pasado.

Ha de haber algo más que Remy pueda hacer, pero su rostro no me dice nada. Y sé que no voy a sacarle nada más ahora.

Pero eso no significa que no vaya a intentarlo más tarde, y tal vez incluso lo convenza de que trate de retener a Hudson con algo más de vehemencia si volvemos a la cámara.

No es que esté deseando precisamente que se repita lo que sea que esto les esté haciendo a dos de los tíos más fuertes que conozco. Si las cosas salen como espero con todas mis fuerzas que salgan, jamás regresaremos a la cámara. Pero si lo hacemos… si lo hacemos, lo más justo es que yo también pase por ese infierno.

Me siento en mi cama y me quedo mirando a Hudson a mi lado, preparada para acudir si me necesita. No sé cuánto tiempo me quedo así, observándolo. No tengo ni idea de qué hora es tampoco (me quitaron el móvil, y aquí no hay ningún reloj ni nada más que esos horribles puntos iluminados en la pared que cuentan hacia atrás cada hora), pero me muero por saber cuánto más va a durar esto. Tengo la impresión de que llevo una eternidad esperando a

que despierten. Pero las doce luces siguen encendidas, lo que significa que no debe de haber pasado ni una hora.

—¿Cuánto falta? —le pregunto a Remy, porque, si esto va a durar toda la noche, necesito prepararme.

Mira las luces en la pared y se encoge de hombros.

—Normalmente tarda una hora y media, más o menos, así que puede que falte una hora más.

—Una hora y media —repito aliviada—. Eso no está tan mal.

Remy suelta una risotada.

—Tal vez no para ti, *cher*, pero ¿para ellos? —Niega con la cabeza—. Es como un sueño. ¿Sabes? Cuando tienes un sueño con muchos detalles, una siesta de diez minutos puede parecerte un sueño de ocho horas. Eso es lo que están viviendo ellos en estos momentos. Esta mierda los está atacando desde todos los ángulos, y tienen la sensación de que están pasando horas.

—Estoy empezando a odiar con ganas este lugar —le digo apretando las manos a mis costados.

—Y no llevas aquí ni veinticuatro horas. Imagínate cómo nos sentimos los demás.

—Tengo curiosidad. Si has pasado toda la vida en la cárcel, ¿por qué tienes ese acento cajún como si fueras nativo de Nueva Orleans? —Me vuelvo para mirarlo. Está tumbado con una pierna cruzada sobre la rodilla y un libro apoyado contra ella—. ¿Nunca has salido?

Al principio no contesta, pero al final suspira y admite:

—Los guardias de la prisión y las criaturas de la fosa me criaron. La mayoría de ellos son de Nueva Orleans, por eso cogí su acento.

—No me lo puedo ni imaginar. Yo…

Ahora Hudson empieza a gritar una y otra vez. Es espantoso, porque en realidad no emite sonido alguno. Tiene la boca completamente abierta, y lo único que sale de ella es un susurro agónico tan horrible que se me hielan los huesos.

Me acerco a él. No puedo evitar hacerlo cuando suena así, cuando está así. Sigue dormido y totalmente inconsciente, pero cuando le acaricio el pelo me agarra la mano y la sostiene durante unos segundos mientras grita y grita.

Se me rompe algo por dentro al verlo así, y me postro de rodillas al tiempo que acuno su mejilla con la mano, le acaricio el pelo y le froto el brazo, el hombro y la espalda.

Al final los gritos cesan, pero nunca me suelta la mano. De modo que me quedo con él todo el tiempo, viendo cómo el horror se refleja en su rostro. Sintiendo cada sacudida de su cuerpo, oyendo cada grito y cada súplica silenciosos.

Son los noventa minutos más largos de toda mi vida, y lo dice alguien que ha estado atada a un altar como un sacrificio humano esperando la muerte. Pero estar aquí, siendo testigo del dolor y la vergüenza de Hudson, de Flint y de Calder, es de lejos lo peor que he experimentado jamás. Y lo único que hago es mirar. No me puedo ni imaginar lo que estarán sintiendo ellos.

Hudson gimotea de nuevo. Me inclino sobre él y le susurro que estoy aquí, que todo irá bien, pero no sé si es cierto. Ojalá pudiera cambiarme por él, ojalá pudiera ver cómo muere Xavier un millón de veces si con eso pudiera ahorrarle esto a Hudson. Pero no puedo hacerlo, así que

hago lo único que sí puedo hacer ahora mismo: sentarme aquí con él y rezar para que todo termine pronto.

Al final las luces rojas vuelven a la normalidad.

Los puntos de la pared cambian a verde.

Y los párpados de Hudson se abren por fin.

Nunca me había sentido tan aliviada de ver a alguien despertarse. Al menos hasta que me mira y susurra:

—No merezco salir de aquí jamás.

118

Hace tiempo que caí en desgracia

—Ay, Hudson. —Intento tocarlo, pero se da la vuelta y se hace un ovillo como si estuviera tratando de protegerse. «¿De qué? —me pregunto—. ¿De la cámara… o de mí?»

No tendría ningún sentido que fuera de mí, pero cada vez que intento tocarlo se estremece como si no pudiera soportarlo. Lo que acaba asustándome, porque ese nunca ha sido un problema entre nosotros. Normalmente está deseando que lo toque.

Ahora se echa a temblar, todo su cuerpo se sacude como si tuviera muchísimo frío. Quiero estar ahí, quiero abrazarlo hasta que entre en calor (otro problema que no suele tener), pero temo lo que pueda pasar si intento tocarlo. Porque cada vez que me acerco, se encoge.

Pero está tiritando tanto que no puedo quedarme de brazos cruzados, y menos cuando le empiezan a

castañetear los dientes.

Sin saber qué otra cosa hacer, vuelvo a mi cama y cojo la fina manta que hay sobre ella. No es mucho, pero es mejor que nada. Se la echo a Hudson por encima de la sábana y la manta que ya lo cubren. Estoy tentada de ceñírsela al cuerpo, pero me contengo. Bastante asustado está ya. No quiero hacer nada que pueda empeorar la cosa.

Tengo el estómago revuelto como si estuviésemos todavía dando vueltas, y por un segundo creo que voy a vomitar. Inspiro hondo un par de veces, respirando por la nariz para mantener la boca cerrada contra las náuseas. Pero cuando Flint lanza un grito y se incorpora con tanta brusquedad que se cae al suelo, sé que estoy perdiendo la pelea.

Corro al baño y vomito todo lo que tengo en el estómago. Después de echarlo todo me siguen viniendo varias arcadas. Sé que tanto Remy como Calder nos advirtieron de que la cámara era horrible, pero no esperaba algo así.

No cuando Hudson y Flint siempre han demostrado que están más que dispuestos a entrar en el infierno si es necesario y a salir de él haciendo bromas. ¿Qué habrán vivido para estar reaccionando así?

Me viene otra arcada.

Cuando por fin cesan las náuseas, me incorporo y me obligo a cepillarme los dientes con uno de los cepillos nuevos que nos proporcionaron anoche a través del agujero junto con la cena.

Me lavo también la cara e inspiro hondo varias veces para intentar calmarme.

Aquí no hay ningún espejo, pero no necesito ninguno para saber qué aspecto tengo en estos momentos. El pelo lacio, la piel cenicienta y los ojos muy abiertos y ojerosos.

Me siento como si me hubiese pasado una manada de elefantes salvajes por encima, seguida de media docena de autobuses y un par de camiones. Y ni siquiera he tenido que entrar en la cámara.

Salgo por la puerta del cuarto de baño cuando lo que quiero hacer en realidad es esconderme aquí para siempre y me acerco a Flint, que ahora está despierto, pero sigue tumbado en el suelo, acurrucado en posición fetal.

No sin dificultad, lo ayudo a volver a la cama aunque él también me rehúye. Y me mira con los ojos cargados de terror.

Tras encargarme de Flint, miro a Calder y veo que Remy debe de haberse ocupado de ella mientras yo estaba en el baño. Ella también está arropada bajo las mantas y, aunque no está hecha un ovillo como Hudson y Flint, sí que tiene los puños apretados y la boca abierta como si estuviera lanzando un grito silencioso.

Vuelvo a ver cómo está Hudson. A diferencia de Flint y Calder, él sigue despierto. Y, lo que es peor, se pega todo lo que puede a la cabecera de la cama cuando ve que me acerco a él, como si no pudiera alejarse lo suficiente de mí.

Me duele, pero no tengo ni idea de qué horrores habrá sufrido en la cámara. No puedo juzgarlo (ni sentirme dolida) por no querer tener nada que ver conmigo o por temerme.

Me quedo cerca de los pies de su cama durante un rato, intentando decidir qué hacer. Parece que necesita

consuelo, más consuelo del que sea posible darle, pero también ha dejado claro que no quiere que ese consuelo provenga de mí.

Al final vuelvo a mi cama y me siento en el centro. Después me llevo las rodillas al pecho y me preparo para una noche interminable.

Calder no tarda mucho en lanzar un grito gutural, y Flint se da la vuelta y se lleva las manos a los oídos.

—¿Está pasando otra vez? —le pregunto a Remy, y hasta yo puedo oír el miedo en mi voz.

Pero Remy niega con la cabeza.

—Suele ser así. Calder puede dormir hasta diez horas después de haber estado en la cámara.

—¿Diez horas? —pregunto espantada. No puedo estar diez horas más sin poder tocar a Hudson, sin poder hablar con él, sin poder mirarlo a los ojos, sin asegurarme de que está bien.

—En realidad es algo positivo. Las pesadillas solo duran unos minutos, luego se relajan.

Espero que tenga razón, pero por el modo en que se agitan y dan vueltas en la cama me parece una teoría bastante inverosímil.

—Esto es horrible.

Remy se encoge de hombros.

—Es lo que es —responde con tono insensible mientras se dispone a seguir leyendo el libro que supongo que habrá sacado del cajón de debajo de su cama, pero entonces me doy cuenta de dos cosas a la vez. La primera, que debe de haber pasado por esto a saber cuántas veces con Calder, y que el único modo que ha tenido de sobrevivir sin perder la

cabeza ha sido poniendo cierta distancia entre él y el proceso. Y, dos, el libro que está «leyendo», está boca abajo, lo que significa que esto no le afecta tan poco como quiere hacerme creer.

Pienso en hacerle algún comentario, pero antes de que pueda decir nada Flint se incorpora de la cama y lanza un grito desgarrador.

—Tranquilo —le digo, y corro a sentarme a su lado—. Estás bien.

Está temblando tanto que temo que se caiga de la cama otra vez. Lo cojo de la mano e intento tranquilizarlo. Al menos hasta que abre los ojos y ve que estoy sosteniendo su mano. Se encoge y, de forma instintiva, se protege el rostro con una mano como si pensara que voy a golpearle.

—Tranquilo, Flint —le digo con voz calmada—. Sea lo que sea lo que has soñado, no era real. Era...

—Era real —me dice con voz ronca mientras tira de las sábanas como si quisiera esconderse debajo de ellas.

Como si quisiera esconderse de mí.

Y me agobio tanto que me pongo de pie y levanto las manos para que vea que no voy a hacerle daño... ni a tocarlo. Pero no parece surtir ningún efecto contra el miedo, de modo que me alejo con lágrimas en los ojos.

Cuando Flint vuelve a dormirse de agotamiento, me vuelvo para mirar a Calder y veo que por fin se ha relajado también, aunque sus mejillas siguen húmedas por las lágrimas.

Que le den a esto. Que le den. La cámara y sus secuelas son lo más horrible que he visto jamás. Quienquiera que

ideara esta cárcel era un auténtico monstruo, como lo es cualquier persona que sentencie a alguien a venir aquí.

Que les den a todos.

Siete horas más tarde, al menos según los ridículos puntos de la pared que marcan la cuenta atrás para la cámara de esta noche, el desayuno aparece a través de la ranura del suelo. Remy y no ni siquiera lo miramos. Si intento comer ahora, seguro que vomito otra vez.

En lugar de eso, me acurruco detrás de Hudson en su cama y pego mi cuerpo al suyo. Sigue temblando muchísimo cuando rodeo su cintura con el brazo, pero al menos está dormido, así que no intenta alejarse de mí.

Pero mientras permanezco aquí tumbada, escuchando los latidos demasiado acelerados de su corazón, no puedo evitar pensar que tiene que haber otro modo.

No puedo evitar pensar que no podemos pasar por esto cinco o seis noches más.

Porque si lo hacemos... si lo hacemos, la cuestión ya no será cómo salir de aquí.

La cuestión será quiénes seremos cuando por fin lo hagamos.

119

Modo «un buen palo» *ON*

Hudson se despierta alrededor de una hora después, aunque parece que no haya dormido nada en absoluto. Tiene el pelo revuelto, eso sí, pero no del modo sexy al que estoy acostumbrada. Es más un look rollo «he estado en el infierno y sigo vivo». Y que Flint y Calder luzcan las versiones afro y reina del baile de su estilo desaliñado no hace sino que me sienta peor.

Se incorpora e intento tocarlo, pero esquiva mis manos, y acabo agarrando el aire.

Se va directo al baño y se mete en la ducha. El agua corre y corre durante lo que me parece una eternidad.

Remy, por el contrario, ha sacado un par de paquetes envueltos del cajón de debajo de su cama (al parecer tiene de todo ahí dentro).

—Prepárate —me dice por encima del hombro.

—¿Para qué?

Calder sonríe y se atusa el pelo rojo como si estuviera en el escenario de una película de los cincuenta y ella fuese la chica *pin up* principal. Solo el débil temblor de sus manos delata que está tan afectada como Hudson, a su manera.

—Para canalizar a tu tía dura interior, claro.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero miro a Flint para compartir una sonrisa. Y también porque espero que tenga toda clase de preguntas, ese tipo de enunciados suelen intrigarlo. Pero mi amigo solo está ahí sentado en la cama, cruzado de brazos mirando al vacío.

Me acerco a él con una idea vaga de reconfortarlo y susurro:

—Eh.

No me molesto en preguntarle si está bien. Es evidente que dista mucho de estarlo.

Pero Flint se aparta, y se abraza a sí mismo con más fuerza mirando a todas partes menos a mí. Cuando nuestras miradas se encuentran por puro azar, no puedo evitar fijarme en que en las bolsas que tiene debajo de los ojos podrían albergar la mitad de la carga de un 747.

Es algo aterrador, y hace que me pregunte qué pasara exactamente en la cámara para conseguir dejar en este estado a los dos chicos más fuertes que conozco. Quiero darle un abrazo a Flint. Quiero envolver a Hudson con mi cuerpo y aferrarme a él hasta que pueda volver a mirarme, pero ninguno de los dos parece querer que los toque... ni que les hable.

—No sé si ninguno de nuestros tíos duros interiores están activos hoy —le digo por fin a Calder, y vuelvo a

hundirme en mi cama mientras espero a que Hudson salga de la ducha.

—Bueno, pues será mejor que lo averigües, *cher* —me dice Remy—. Porque solo tenemos quince minutos antes de que empiece.

Esto me alarma.

—Antes de que empiece ¿qué? —pregunto asustada.

—La hora del hexágono de los maleficios —responde Calder—. Y, a menos que queráis que se os considere carne fresca, más os vale a tus amigos y a ti recobrar la compostura.

He visto bastantes películas sobre cárceles como para saber lo que significa *carne fresca*, y se me revuelven las tripas solo de pensarlo. No porque crea que no podemos defendernos en una situación como esta, sino porque no quiero estar en una situación como esta. No quiero tener que pelearme con nadie. ¿Es que tener que enfrentarse a la cámara no es ya lo bastante malo para Flint y Hudson? ¿De verdad han de enfrentarse a gente también? ¿Y durante algo que se conoce como «la hora del hexágono de los maleficios», ni más ni menos?

—Y ¿qué es eso exactamente? —quiere saber Flint. Y, aunque no suelta ninguna broma como haría en una situación normal, al menos hace preguntas. Algo es algo, ¿no?

—El tiempo que pasamos en el hexágono —contesta Calder..., cosa que no nos dice absolutamente nada.

—Y el hexágono es... —La miro como diciendo «No tengo ni idea de a lo que te refieres».

—Es el patio —termina Remy. Al ver que lo sigo mirando sin entender, pone los ojos en blanco y continúa—: Podemos salir dos horas al día de la celda. La mayor parte del tiempo lo pasamos en el hexágono, aunque cuando ya llevas aquí unas semanas vas obteniendo privilegios y puedes ir a la biblioteca y a algunas salas más.

—¿Cómo se obtienen los privilegios? —pregunto con recelo.

—Pues no peleándote con gente que quiere pelea contigo —me dice Remy como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pero tienes que pelearte —añade Calder—. Y ganar. O se te comerán viva.

—¿Yo? —grazno, porque una parte de mí todavía no puede creer que esto esté sucediendo. No me puedo creer que de verdad esté teniendo esta conversación. En la cárcel.

A ver, sí, todos hemos visto esas pelis en las que al nuevo le dicen: «Escoge al tipo más duro de la cárcel y no le dejes ver que tienes miedo», pero nunca había pensado que sería un consejo que tendría que aplicarme. Es muy divertido cuando Groot coge al tipo por la nariz en *Guardianes de la galaxia*. Aquí me parece una pesadilla.

—Y ¿no podemos quedarnos en la celda y no salir ahí? —sugiero nerviosa.

—Es obligatorio —indica Calder mientras Remy se acerca al baño y llama a la puerta para decirle a Hudson que se dé prisa—. Y si os escondéis aquí les estaréis dando a entender que sois presas fáciles.

Por supuesto.

—Vamos, que hagamos lo que hagamos salimos perdiendo.

—No estoy diciendo eso. —Calder se atusa el pelo de nuevo—. Lo que digo es que salgas ahí fuera y seas la tía dura que eres. Que pises el hexágono como si fueras el ama del lugar, y que lleves un buen palo contigo.

Reconozco la frase de Teddy Roosevelt, pero aun así no puedo evitar responder:

—No tengo ningún palo aquí.

Pone los ojos en blanco.

—Claro que sí. Nos tienes a Remy y a mí, que somos básicamente el palo más grande que hay en este lugar.

—Habla por ti —dice Remy con su acento lento—. Yo soy un pacifista, no un luchador.

Calder se echa a reír como si hubiese pronunciado la cosa más graciosa del mundo, y no puedo evitar pensar en lo que los guardias han dicho antes (en aquello de que a la última persona en caer en la celda de Remy tuvieron que sacarla en pedazos). Cuando conocimos a Calder, supuse que era por ella... A ver, después de oír ese gruñido habría sido capaz de autodespedazarme de forma preventiva con tal de evitar los suplicios a los que ella pudiera querer someterme.

Pero tal vez sí que fuera por Remy después de todo. Hay algo en él que denota que es muy capaz de encargarse de sí mismo y de todos los que se le acerquen. Un poco como Hudson, ahora que lo pienso. Pero en un envoltorio del todo diferente.

—Vale, entonces... —Me trago el último nudo que me quedaba en la garganta—. ¿Hay algo más que debamos

saber sobre cómo sobrevivir en este lugar?

—No dejar que ningún gilipollas nos vacile —dice Hudson mientras sale del baño. Tiene el pelo todavía mojado, de modo que le cae sobre la frente. Es la primera vez que lo veo así y, pese a la dureza de sus palabras, lo hace parecer vulnerable. Aunque, bueno, también podría ser por sus ojos: cautelosos, distantes, vacíos.

Pese a todo ello, sigue estando muy muy sexy. Evidentemente. Estamos hablando de Hudson Vega. Estoy segura de que el método para arrebatarle el *sex appeal* no se ha inventado todavía.

—Exacto —dice Calder poniéndole ojitos—. Hudson ve por dónde voy.

Miro a Hudson con la esperanza de que me devuelva el gesto y poder compartir una sonrisa sobre lo ridícula y tremendamente adorable que es Calder, pero evita mi mirada a toda costa, así que no puedo hacer nada más que sonreír a Remy, que niega con la cabeza como queriendo decir «Es imposible no quererla».

Me dispongo a añadir algo, pero entonces todas las luces de la celda se vuelven azules.

—¿La hora del hexágono? —pregunto nerviosa.

—La hora del hexágono —responde Remy justo antes de que se abra una pequeña trampilla en el suelo.

120

Nada de poner la otra mejilla

—¿Qué hacemos primero? —pregunta Flint mientras esperamos a que la escalera más empinada y estrecha del mundo descienda a un paso dolorosamente lento. Va tan despacio que estoy segura de que podría descender más rápido haciendo rápel, y eso que se me dan fatal todo ese tipo de deportes de montaña.

—Tengo algunas rondas que hacer, un par de paquetes que entregar —dice Remy—. Podéis acompañarme si queréis.

—O podéis venir conmigo —dice Calder—. Además, yo soy más divertida que Remy.

Remy no se lo discute, solo ladea la cabeza con aire triste como diciendo: «Sí, es verdad».

—¿Qué vas a hacer tú? —le pregunto a la mantícora, porque no estoy segura de que Calder y yo tengamos el

mismo concepto de «diversión» en absoluto.

Sus ojos brillan con la intensa luz de nuestra celda.

—Buscar un juego, claro.

—¿Un juego? —pregunta Flint como si fuera lo último que esperase oír.

—Estaremos en la fosa dentro de unos días —explica—, lo que significa que vamos a necesitar dinero. Lo que significa...

—Necesitamos encontrar un juego en el que apostar —termino por ella.

—Exacto —responde.

—¿De qué clase de juegos estamos hablando? —pregunta Hudson.

—Tranquilo, hay juegos para todos los gustos —le dice Calder mirándolo de arriba abajo como si fuese un caballo ganador... de la variedad de los sementales.

—Qué suerte la nuestra —responde mientras rodea mis hombros con el brazo. Estoy segura de que lo hace a modo de autodefensa (Calder se está poniendo cada vez más descarada), pero no pasa nada. Estoy más que feliz de poder servirle de interferencia.

Además, me encanta la sensación de tenerlo pegado a mí. Y el modo en que por fin me mira cuando me acurruco más contra él bajo su brazo. Como si yo fuese todo lo que podría desear en la vida.

Y sé, porque lo sé, que es una mala idea jugar a ser compañeros cuando ambos sabemos cómo tiene que acabar esto. Pero cuesta ignorar la atracción que existe entre nosotros ahora que estamos encerrados en un espacio tan reducido. Y cuesta más todavía ignorar lo que siente por mí

cuando lo lleva escrito en la cara... y también es difícil ignorar mis sospechas de que yo me estoy enamorando de él también. O, peor aún, ya lo he hecho. Y la idea de renunciar a él me duele más de lo que me gustaría... mucho más de lo que puedo soportar en estos momentos.

Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejar que Jaxon pierda su alma? ¿Dejar que se convierta en aquello que más teme cuando puedo evitarlo? No puedo hacerle eso. Es más, no lo haré. Pero el dolor está ahí, esperándome. Esperándonos. No creo que sea tan terrible fingir, aunque solo sea durante un tiempo, que Hudson es mío y dejar que él finja que yo soy suya.

—¡Ya era hora! —dice Flint, y veo que la escalera ha llegado al suelo—. Vamos.

—¿Preparada? —me pregunta Hudson con una ceja enarcada.

—Ni por asomo.

—Ay, ¡venga! Será divertido —me dice Calder con una enorme sonrisa—. Hay un montón de presos nuevos. Seguro que podemos echarles un pulso a algunos de ellos.

—Eh... —Me quedo mirando su bíceps gigante y luego miro el mío, no tan gigante, y sugiero—: Creo que yo debería descartar ese juego.

—Obviamente, rizos. —Pone los ojos en blanco de forma amistosa—. Le estaba hablando al vampiro.

—Perdona —digo y me río mientras me escabullo de debajo del brazo de Hudson—. Claro. Adelante.

—Eso haremos —dice, y menea las cejas arriba y abajo justo antes de darle una palmada en el culo a Hudson—. Muévete o atente a las consecuencias, compañero.

Y entonces empieza a descender los escalones.

—¿Acaba de...? —Hudson me mira perplejo.

—Pues sí. —Le digo—. Creo que era un rollo de compañeros de equipo. Ya sabes, como cuando los futbolistas se dan palmadas en el culo antes de entrar en acción.

—Ya. Pero creo que es la primera vez que alguien me da una palmada en el culo desde... —Hace una pausa para pensarlo y niega con la cabeza—. No. Es la primera vez que alguien me da una palmada en el culo.

Suena más contemplativo que molesto.

—Mírate —bromea Flint mientras sigue a Calder por las escaleras—, viviendo toda clase de experiencias nuevas en la cárcel.

—Si te hace sentir mejor, yo puedo darte en el otro cachete —dice Remy muy serio—. Para igualar la cosa.

Hudson pone los ojos en blanco.

—No, estoy bien. Pero gracias.

Remy se encoge de hombros con aire filosófico.

—Tú te lo pierdes, compañero de equipo. —Y entonces él también desaparece por las escaleras.

Me dispongo a ir tras él, pero Hudson me agarra de las manos y me estrecha de nuevo entre sus brazos.

—¡Anda! —digo con una sonrisa provocadora mientras me abrazo a su cintura—. ¿Quieres que te pegue yo en el culo en vez de Remy?

Finge pensarlo, entonces sonríe.

—Cuando quieras —dice justo antes de bajar su boca hasta la mía.

Es un beso dulce, un beso rápido, pero igualmente me derrito por dentro. Tal vez por eso deslizo un poco la mano hacia abajo y le doy una palmadita en la otra nalga, tal y como Remy acaba de sugerir.

Hudson se ríe a carcajadas y sé que lo he hecho porque nada del mundo me hace más feliz que verlo reír.

—Vamos —le digo dirigiéndome a las escaleras—. El último en bajar tiene que echarle un pulso a Calder.

El hecho de que ni siquiera intente vencerme demuestra lo caballeroso que es en realidad.

121

Solo es una pelea de comida si la comida contraataca

Parece que el hexágono de los maleficios hace honor a su nombre.

En parte porque es una sala enorme; medirá como dos campos de fútbol de ancho, con seis lados. Y en parte porque todos los que están en ella intentan utilizar algún tipo de magia para joder a otros, pero sin magia real, claro, gracias a los brazaletes.

La sala en sí está tan iluminada como Times Square un sábado por la noche, pero ahí es donde acaba toda la luz, porque todo en este lugar es oscuro.

Tenebroso, triste y terrible: así es básicamente como yo lo resumiría, y no solo porque me gusten las aliteraciones.

Hay un guardia cada tres metros a lo largo de las paredes manchadas y marcadas, y debo decir que, a la luz del día, esas extrañas criaturas con cuernos de alce y piel

translúcida dan mil veces más miedo que de noche. Y no creía que eso fuera posible.

—¿Qué son esas cosas? —le susurro a Hudson cuando pasamos por delante de la más grande de todas. Es la que protege la entrada principal y, aunque lleva puesto un uniforme verde oliva bastante simple, aún puedo verle las venas y los músculos y, en algunos casos, los huesos directamente bajo la piel. Si a eso le añadimos esos dientes espeluznantes y esas garras todavía más aterradoras, entiendo por qué no necesita un arma. Él es el arma.

—Windigos —responde Hudson en voz baja—. Es mejor no meterse con ellos.

—¡No jodas! —comento.

—En serio. Son muy violentos y comen humanos, así que no llames su atención.

—No son para tanto —dice Remy—. A ver, no hay que cabrearlos, pero mientras estés tranquilo, casi puedo garantizarte que no te comerán.

—Eso de «casi puedo garantizarte» es supereficaz a la hora de calmar los nervios de la gente —le contesta Flint mientras mira de reojo a otra guardia.

—Esa es Bertha —explica Remy—. Te aseguro que ella no te hará daño… a menos que te metas conmigo.

—Entonces ¿me estás diciendo que no debería darte ninguna palmada en el culo? —pregunta Hudson muy serio.

—Eso depende —señala Remy cuando para de reírse— de si quieres conservar la mano izquierda después de haberlo hecho. Le gustan sobre todo los dedos a la barbacoa.

—Todos tenemos un plato favorito —indica Flint, y veo que lo está pasando mal, pero se está esforzando—. El mío

es la tarta de chocolate, pero ¿quién soy yo para juzgar? A ver, la barbacoa también me gusta.

—Eres un idiota —le digo—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Cómo no iba a saberlo cuando no paras de decírmelo? —responde, y me guiña el ojo.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —quiere saber Hudson.

—Ahora buscamos a alguien a quien desplumar —le propone Calder mientras señala con la barbilla hacia un grupo de paranormales inadaptados que están sentados juntos a un par de mesas en el centro de la sala. A diferencia de la mayoría de los demás grupos del cavernoso hexágono, este no parece estar compuesto predominantemente por un solo tipo de paranormales. Es más bien una mezcla de especies: hadas, dragones, brujas, vampiros y un puñado de criaturas más que no logro identificar con su forma humana.

—¿En serio vas a retarlos a un pulso? —pregunta Remy lanzándole una mirada divertida mientras pasamos por delante de un grupo de brujos (creo) cubiertos de los pies a la cabeza de tatuajes rúnicos y de otros símbolos mágicos.

Delante de ellos, en el suelo, hay dibujado un pentagrama. Y dentro están lanzando unos dados. Los observo detenidamente, esperando ver símbolos mágicos grabados en ellos, pero no son más que unos dados normales y corrientes de seis lados, con puntos, como esos con los que juega todo el mundo.

—¿De qué va eso? —pregunto cuando una criatura paranormal que no reconozco lanza los dados dentro del pentagrama. Saca un uno y un dos. El brujo que dirige el juego se ríe y le tiende la mano. Ella pone los ojos en

blanco, pero deposita una moneda de oro en su palma antes de coger los dados de nuevo.

—Los dados mágicos no se pueden trucar —dice Calder—, así que, a menos que la persona que juega exija lo contrario, esos necrólitos usan dados normales y engañan a los ingenuos y a los incautos.

—¿Pide mucha gente lo contrario? —señalo.

—¿Estás de coña? Estamos en el hexágono. Aquí nadie confía en nadie —responde—. Ni siquiera en los buenos.

—¿Es que hay buenos? —añado mirando a un puñado de paranormales diferentes que no estoy preparada para identificar todavía.

—Nosotros estamos aquí, ¿no? —pregunta Remy.

—Sí, pero Calder pretende usar a Hudson para embaucar a nuevos apostantes —le recuerdo.

—Eso no me convierte en mala persona —contesta Calder con seguridad.

—¿Ah, no? ¿En qué te convierte entonces? —quiero saber.

—Oye, yo simplemente le saco partido al físico. Esos tíos hacen trampas..., no es lo mismo —señala, y entonces mira a Hudson y le dice—: Debes parecer más patético.

—¿Perdona? —suelta mi compañero enarcando una ceja.

—Recupera ese rollo de «acabo de salir de la cámara» que tenías hace un rato. Nadie va a creer que no seas capaz de darles una paliza si vas por ahí así. —Le pone ojitos—. En serio, ahora mismo tienes casi tan buen aspecto como yo.

—Y ¿por qué no haces tú lo mismo? Así tampoco van a creer que tú no puedes darles una paliza —replica Hudson,

y, aunque su expresión es seria, sé que se está divirtiendo.

La mantícora pone cara como diciendo «Es obvio» y suelta:

—Pero yo uso mis armas de mujer, nene. Mis armas de mujer.

—Grace también tiene armas de mujer —dice Flint y me da un golpecito con el hombro.

—Ya, pero eso es lo único que tiene. —Hace un «pfff»—. ¿Qué va a hacer? ¿Estrangularlos con sus rizos?

—No sabía que tuviese que estrangular a nadie —respondo suavemente.

—¡Exacto! —dice con aire triunfal, lo que hace que me pregunte cómo y por qué piensa estrangular a sus víctimas del pulso. Y por qué cree que haciéndolo ganará algo.

También hace que esté más decidida a demostrar mi valía de alguna manera, aunque no sea en el terreno de los pulsos. Si tuviera a mi gárgola conmigo, sería capaz de hacer un montón de cosas. Sin ella, no soy más que la Grace corriente de antes. Pero estas personas tampoco tienen sus poderes, lo que significa que al menos dispongo de una oportunidad.

Pasamos por delante de otro grupo de paranormales, hadas, creo, a juzgar por las alas pequeñas y el pelo multicolor. Están jugando al trile con una moneda de oro, y observo con interés cómo pagan por jugar más de lo que vale la moneda de oro que tienen que encontrar.

En un rincón hay un grupo de lobos dirigiendo una partida de blackjack y, aunque no quiero quedarme a ver lo que están haciendo, o cómo lo están haciendo, está claro que han intentado timar a alguien a juzgar por lo cabreado

que está el jugador. De hecho, está tan cabreado que corro a reunirme con mi grupo antes de que...

Una silla sale disparada e impacta contra el crupier mientras el jugador grita que ha hecho trampa. Sin embargo, apenas le da tiempo a decir algo más, ya que otro lobo se abalanza sobre él y lo agarra del cuello. Es entonces cuando se lía de verdad. Está claro que el jugador era un trol, porque de repente un montón de troles acuden a la zona del juego de los lobos en masa, lo que provoca que otro puñado de lobos haga lo mismo.

La sangre y los cuerpos saltan por los aires mientras Remy nos apremia para que continuemos, pero la conmoción no dura demasiado porque dos de los guardias llegan corriendo. El más grande atraviesa a un lobo en el hombro con una de sus largas uñas y lo levanta para que todo el mundo lo vea, mientras que el segundo agarra al trol que lo ha iniciado todo y le arranca la pierna de cuajo... justo antes de empezar a zampársela.

El trol no para de gritar, desangrándose, y los otros guardias lo rodean enseñando los dientes y con las garras preparadas. Se me revuelve el estómago y casi vomito, pero consigo contenerme. Hacerlo significaría mostrar demasiada debilidad en un lugar como este. Me aterra lo que pueda pasar a continuación, pero lo que más me aterra es que la mayoría de los presentes ni siquiera se ha percatado de la situación.

Remy y Calder apenas le echan un vistazo al trol antes de proseguir con lo suyo. Yo, por el contrario, no puedo dejar de ver cómo el windigo se come su pierna, aunque

Hudson me está abrazando y tengo la cara pegada a su pecho.

—Tenemos que salir de aquí —le susurro mientras el estómago se me revuelve y se contrae en un esfuerzo desesperado por vomitar el poco pollo que le pueda quedar.

—Solo son dos horas —me dice—. Pronto acabará…

—No, no me refiero al hexágono. Me refiero a esta cárcel. No podemos quedarnos aquí. No podemos…

—Baja la voz, rizos —me pide Calder a unos milímetros de mi oreja—. Lo último que quieres hacer es anunciar por todo lo alto nuestros planes en este lugar. Acabaríamos en aislamiento en tres minutos exactos… y probablemente perderíamos un par de extremidades en el proceso.

Después de ver lo que he visto, me lo creo. ¿Qué clase de cárcel contrata guardias que se comen a los presos? A ver, sí, es muy posible que eso acabe con el problema de la masificación, pero también es asesinato. ¿Por qué meter a la gente aquí para castigarlos por sus crímenes violentos si vas a acabar dejando que la gente que dirige este lugar cometa actos igual de violentos?

No tiene ningún sentido, pero es que además está mal. Muy mal.

—Seguid caminando —dice Remy, y por una vez detecto cierta urgencia en su voz que se niega a ser ignorada.

De modo que obedecemos, ponemos un pie detrás del otro, aunque los tres estamos impactados.

Hudson parece el menos afectado por lo que acabamos de presenciar, pero él se ha pasado una gran parte de su vida en la Corte de Cyrus y Delilah. A saber lo que vería allí.

No nos detenemos hasta que la conmoción cesa y nos encontramos justo en el centro del hexágono, frente a una mesa de infergins (o «pardillos», como Calder los llama).

Todos parecen algo perdidos, algo confundidos y algo asustados, pero ninguno de ellos sale corriendo cuando Calder se deja caer sobre el tablero alrededor del cual están todos sentados.

—¿Quién quiere jugar a un juego?

122

¿Cuestión de suerte?

—¿Nos comerás si lo hacemos? —pregunta el demonio solitario desde su sitio al otro extremo de la mesa.

Calder le lanza un beso.

—Solo si me lo pides con educación.

—Y ¿también funciona a la inversa? —pregunta uno de los dos vampiros que llevan echándole el ojo desde que hemos llegado aquí.

—Solo si me lo pides con educación —repite ella, y esta vez toda la mesa se echa a reír—. Pero os diré una cosa. El que gane se lo lleva todo. ¿Eh, Hudson?

Mi compañero no responde, mueve la cabeza como diciendo: «Lo que tú digas».

Pero está adorable cuando lo hace, cosa que no pasa desapercibida para gran parte de su público. Eso y el meneo de cejas que Calder le hace al grupo es todo lo que hace falta para provocar una estampida.

No sé si es porque uno de los presos regulares por fin ha reconocido su existencia o si es porque se han quedado prendados de Calder y Hudson, pero los infergins casi tropiezan unos con otros en su entusiasmo por ser los primeros de la fila. En un abrir y cerrar de ojos todos están dispuestos a apostar una moneda de oro por tener el privilegio de echarle un pulso a Calder o a Hudson.

Calder pone dinero por cada uno de ellos también, y me pregunto cuántas monedas llevará encima. Ambos tienen una larga cola de casi veinticinco personas, no creo que puedan vencerlos a todos. Algunos de sus rivales son enormes. También hay otros vampiros y, aunque estoy segura de que Hudson podrá con ellos, no albergo tantas esperanzas sobre Calder.

Sé que es muy fuerte, eso salta a la vista, pero ¿es lo bastante fuerte como para superar a un vampiro adulto en la flor de la vida sin acceso a su lado de mantícora?

Se me encoge el estómago de los nervios cuando las dos primeras personas se acercan para enfrentarse a ellos. Cada uno planta su moneda sobre la mesa junto a la de Hudson o Calder. Después se sientan en la silla y levantan el brazo.

Hudson y Calder se inclinan hacia delante al mismo tiempo y unen sus manos a las de su rival. Entonces Flint, que de alguna manera ha acabado actuando como el árbitro, anuncia las reglas.

—El culo en la silla en todo momento, solo un brazo, el vencedor se lleva la apuesta y es el árbitro quien decide los empates. Esas son las reglas. Al que no le gusten, ya se puede ir largando. —Nadie se mueve ni se queja, de modo

que Flint continúa—: Empezamos a la de tres. Uno, dos, ¡tres!

El pulso acaba antes de que termine la palabra. Tanto Calder como Hudson tumban los brazos de sus rivales contra la mesa con tanta fuerza que no puedo evitar preguntarme si habrán dejado marca.

No es así, pero estoy segura de que al menos uno de ellos tendrá un esguince de muñeca.

El segundo y tercer enfrentamiento se desarrollan exactamente de la misma manera, pero en el cuarto Hudson tiene que enfrentarse a un gigante de verdad. Calder gana su pulso contra el demonio, pero a Hudson el gigante le da una buena paliza.

Acepta la derrota con una sonrisa y una broma, y pronto la tensa atmósfera que rodeaba la competición desaparece y todo el mundo se lo está pasando en grande, a diferencia de lo que ocurre en los demás juegos de este lugar.

Poco después Remy se marcha con sus dos paquetes misteriosos, y yo decido darme una vuelta mientras los otros tres siguen centrados en sus pulsos. Normalmente me quedaría cerca, pero me escuece un poco el comentario de Calder de que el único valor que tengo son mis armas de mujer.

De todas formas tampoco voy demasiado lejos. No me parece buena idea después de lo que acaba de suceder con los lobos y el trol. Preferiría conservar mis extremidades y tal.

De modo que, en lugar de dirigirme hacia uno de los guardias, me quedo cerca de las mesas del centro del hexágono, buscando algo que capte mi interés.

Lo primero que me encuentro es un puñado de dragones con forma humana que dirigen una especie de juego de cartas. Están en mal estado, con la piel arañada y llena de heridas, y me siento fatal por ellos. ¿Se lo habrán hecho los de la cárcel o es resultado de haber pasado por la cámara?

Paso por delante de un grupo de paranormales pequeños con alas, el pelo multicolor y filas y filas de dientes afilados. ¿Serán hadas? ¿Duendes? ¿Algo completamente distinto? No lo sé, pero uno de ellos me sonríe e intenta convencerme para que les compre una especie de polvo iridiscente. Cerca de ellos hay unas selkies que venden ampollas de algún tipo de agua..., ¿tal vez agua de mar? Acabo viendo un juego de Razzle-Dazzle dirigido por dos brujas, de las cuales la más joven me recuerda muchísimo a mi amiga Gwen, con su liso pelo moreno y su sonrisa tímida.

Cuanto más tiempo paso aquí, más me doy cuenta de que usa esa sonrisa a su favor para convencer a la gente de que el juego no tiene nada de turbio. Pero he jugado a esto un montón de veces: el padre de Heather es profesor de matemáticas y nada le gustaba más que demostrarnos que todos estos juegos eran una estafa... y también cómo ganarlos.

Cuando el último jugador se rinde disgustado, pero afortunadamente sin montar ningún escándalo que pueda atraer la atención de los guardias, ocupo el asiento que queda libre.

—Tú eres nueva aquí —dice la vieja bruja que dirige el juego.

—Así es —contesto.

—¿Con quién estás?

No sé a qué se refiere, y se me debe de notar en la cara, porque se ríe y dice:

—¿Con quién has venido aquí?

—Ah, con Remy y Calder. Son...

—Todo el mundo conoce a Remy —me asegura, y hay una suavidad en su voz cuando habla de él que es inesperada... y que al mismo tiempo no lo es. Debe de ser una de las más veteranas, y debe de conocer a Remy desde que era muy pequeño—. Pero he de decir que me sorprende que te haya dejado sola.

—Está ocupado —le respondo, y me encojo de hombros —. Y vuestro juego me ha parecido divertido.

Las brujas intercambian una mirada.

—Uy, sí lo es —dice la más joven—. ¿Quieres jugar?

—Pues sí. —Miro el familiar tablero con su aparente distribución aleatoria de los números entre el uno y el seis e intento averiguar si sigue algún patrón. Como el padre de Heather enseña a sus alumnos de Matemáticas Avanzadas, este tiene muchos cuatros, muchos unos y no demasiados cincos y seises. Los números grandes están concentrados sobre todo en el centro del tablero, y muy poca gente se da cuenta de que está un poquito más alto que el resto, de modo que las canicas siempre caen lejos del centro—. Pero no tengo dinero con el que apostar.

—¿Nada? —pregunta la bruja claramente sorprendida.

—No —repito, y me siento fatal. El fin de estos juegos es ganar dinero. ¿Cómo se me ha ocurrido sentarme aquí si no tengo ni un dólar? Lo cierto es que estaba tan molesta por

el comentario de Calder que ni siquiera lo he pensado—. Lo siento, me voy.

—No tan rápido. —La arrugada zarpa de la bruja me agarra del brazo y me mantiene en el sitio—. ¿No llevas nada de valor encima?

Me dispongo a decir que no, pero entonces me meto la mano en los bolsillos y me encuentro una moneda de oro. No tengo ni idea de cómo ha llegado aquí, pero deben de habérmela metido Calder o Remy. Tendré que darles las gracias después.

—¿Cuántas partidas puedo jugar con esto?

Rápidamente la mujer extiende la mano y me la arrebata con la avaricia reflejada en sus ojos.

—Una —me dice—. Si ganas...

—¿Una? —pregunto con incredulidad—. No, gracias. —Me dispongo a recuperarla y me ruge (literalmente) mientras la aleja de mi alcance.

—¿Qué te parecen cinco partidas? —sugiere la bruja joven—. Puedes jugar cinco veces. Si en algún momento tus números suman lo suficiente como para ganar los premios —señala las distintas pilas de monedas tras las combinaciones ganadoras de veintiséis, dieciocho, cuarenta y uno, y treinta y dos—, te llevas la moneda y el premio. Si pierdes, la moneda es nuestra.

La vieja bruja sonríe y, aunque sé que el trato les favorece, o eso creen, decido arriesgarme. Repaso las instrucciones del padre de Heather en mi cabeza mientras cojo el puñado de canicas y las lanzo cerca de la parte inferior del tablero.

Aterrizan por todas partes, sumando diecinueve. No hay premio.

La vieja bruja silba encantada.

—Cuatro más —me dice la bruja joven mientras me devuelve las canicas para que las lance.

Las agito un poco más esta vez y las vuelvo a lanzar. Acaban sumando veintitrés. Sigo sin ganar nada.

La vieja bruja se inclina hacia delante con una sonrisa macabra en la cara.

—Tres turnos más, bonita.

Asiento y entonces me tomo mi tiempo para agitar las canicas mientras decido qué hacer. Ya he lanzado dos veces, ¿qué hago ahora? ¿Lanzo una tercera y fallo para darles una falsa sensación de complacencia? ¿O empiezo a ganar ahora para que no puedan decir que he tenido suerte en la última?

No hay una respuesta fácil, teniendo en cuenta que si les entra un ataque de rabia podría acabar como ese pobre trol, con una pierna menos. Considerando que aprecio mis brazos y mis piernas, es un auténtico dilema.

Lanzo las canicas una vez más y acaban sumando dieciocho.

Ambas brujas se echan hacia atrás, estupefactas, mientras yo sonrío y tiendo la mano para recibir mis dieciocho monedas de premio.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta la bruja joven con la mano encima de la bolsa de monedas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto a mi vez con los ojos abiertos como platos de fingida inocencia—. Creía que el objetivo era sacar uno de los números del tablero.

—Lo es. Lo has hecho bien —dice la vieja bruja mientras le pone la mano a la otra en el brazo—. Antes de que recibas tu premio, ¿qué te parece si jugamos a doble o nada?

—No tengo más monedas que apostar —le digo, aunque sé que ese no es el plan.

—Claro que no. Jugaremos por la misma moneda y doblaremos el dinero. Si ganas de nuevo, recuperarás la moneda y el doble de ganancias de las que te llevarías en un juego normal. Si pierdes, nos lo quedamos todo.

Finjo considerarlo.

—Supongo que suena bastante justo.

—Pues ¡claro que es justo! Todas esas monedas de oro son una riqueza en la fosa. —Sonríe arteramente—. Es ahí adonde vas, ¿no?

No le pregunto cómo lo sabe. En lugar de eso, le sonrío y lanzo las canicas... y suman treinta y dos. Ochenta y dos monedas (que estoy segura de que son muchas más de las que Calder ha ganado con los pulsos a estas alturas). Tampoco es que lleve la cuenta ni nada.

—¿Puedo recibir ahora mi premio, por favor? —pregunto poniendo la voz más agradable posible.

—¡Has hecho trampa! —me susurra la bruja joven con los ojos entornados y la voz furiosa.

—Solo he jugado a vuestro juego —le digo mientras les tiendo la mano para recoger mis ganancias.

—Es imposible que hayas ganado sin hacer trampa. Es imposible —me silba.

—¿Por qué no? —pregunto tranquilamente—. A menos que me estés diciendo que sois vosotras las que hacéis

trampa.

No responde, pero sus dedos se curvan como si estuviese deseando arañarme la cara. En lugar de hacerlo, niega con la cabeza.

—Ese no es el trato que habíamos hecho. No puedes recoger tu dinero hasta que no hayas gastado tu última partida.

—Pero ya estoy satisfecha. No quiero jugar más partidas.

Se inclina hacia delante y desliza una uña afilada por el lateral de mi rostro.

—Entonces pierdes tus ganancias, querida. Un trato es un trato, después de todo.

Me dispongo a rebatírselo: nuestro trato no decía nada sobre ganancias combinadas, así que técnicamente deberían pagarme por estas dos partidas y dejar que jugase la quinta si quiero. Pero uno de los guardias viene hacia aquí, y no pienso dejar que me pillen discutiendo. De modo que asiento.

—Doble o nada —dice de nuevo, y acepto las canicas que me entrega.

Entonces la joven bruja agita el tablero.

—Lo hago solo para darte suerte.

Pero veo que el tablero ha cambiado un poco y que ahora está un poco inclinado hacia un lado de manera que las canicas caerán lejos de los números altos. Heather y yo nos pasamos horas practicando cuando éramos niñas, decididas a lucirnos delante de su padre. Y después de literalmente decenas de miles de tiradas, sé que la clave está en lanzar la mitad desde la parte inferior y después girar la muñeca

para que la otra mitad caiga cerca de la parte superior, donde se agrupan los números más bajos.

Pero eso era en el viejo tablero de su padre, cuya inclinación era tan sutil que era imposible notarlo (más o menos como la de este antes de que lo sacudiera). No estoy segura de poder hacer que esa técnica funcione cuando el tablero no está recto, pero me digo a mí misma que no importa. He apostado la moneda al principio sabiendo que podía perderla. En el peor de los casos, saldré de esta con las manos vacías, pero con todas mis extremidades, porque no pienso pelearme con nadie.

Y ¿en el mejor de los casos? Calder descubrirá que mis armas de mujer no son mi única baza.

Con eso en mente y con cada vez más gente lanzando miradas codiciosas en mi dirección, me tomo mi tiempo para agitar las canicas en la mano antes de lanzarlas por fin.

123

De una pieza

Contengo el aliento mientras las canicas ruedan por el tablero, demasiado para mi gusto, y suplico para que aterricen a mi favor. Pensaba que las había tirado bien, pero al ver que rebotan de lado a lado sin parar me pregunto si no me habré equivocado y las habré lanzado con demasiada fuerza.

Al final las canicas empiezan a detenerse y las sumo: tres, nueve, quince, dieciocho, veintidós, veintitrés, veintisiete, treinta y dos.

Parpadeo y lo vuelvo a comprobar. El número sigue siendo el mismo. Treinta y dos. Es un número ganador.

Levanto la vista del tablero al mismo tiempo que las brujas y, de repente, la tengo en mi cara, con un *Athame* en la garganta. No sé cómo ha conseguido colarlo en la cárcel, y ahora mismo me da igual. Lo único que me importa es que no me rebane el cuello.

Y que los putos guardias no aparezcan y nos despedacen a todas.

—No creerás de verdad que voy a pagarte, ¿no?

—Vas a pagarle, Esmeralda —indica alguien con un acento lento y sureño detrás de mí—. Y vas a apartar ese cuchillo de su garganta o tendremos un serio problema, tú y yo.

Esmeralda le ruge a Remy, que no dice nada más mientras la mujer lo fulmina con la mirada por encima de mi cabeza. Pero la bruja debe de haber oído también lo de la última persona que acabó hecha pedazos en su celda, porque apenas tarda unos segundos en bajar el cuchillo, permitiéndome respirar de verdad por fin desde que me ha agarrado.

—Gracias —dice Remy con tono amable, pero cuando me vuelvo veo que en sus ojos se ha formado ese extraño remolino verde grisáceo. Y, no voy a mentir, aquí fuera, en medio de todo esto, da muchísimo miedo. Incluso antes de que me mire y me pregunte:

—¿Cuánto te debe?

—Ciento sesenta y cuatro monedas de oro —le contesto, y veo cómo abre los ojos sorprendido.

—¡Ha hecho trampa! —ruge Esmeralda—. No debería tener que pagarle.

A mi espalda oigo que la gente se mueve agitada, y no sé si es por la discusión o porque se acerca uno de los guardias. Pero si es lo último me da igual lo que Calder y Remy digan de la fosa. No necesito tanto el dinero como para arriesgarme a acabar en el estómago de ninguno de esos windigos.

—Podríamos olvidarnos del todo o nada —le sugiero—. Me pagas solo la mitad…

—Una apuesta es una apuesta —me contradice Remy—. Págale, Esmeralda, o lo haré yo, y entonces tú y yo tendremos unas palabras. Y no querrás eso, ¿verdad?

Al parecer no, porque inmediatamente coloca dos sacos de monedas de oro sobre la mesa.

—Gracias —digo mientras recojo el dinero.

—No me las des todavía —indica la bruja con la voz cargada de rabia… y me promete—: Volveré a buscarlo.

No sé qué responder a eso, así que no digo nada. Solo recojo mis ganancias y dejo que Remy me guíe lejos de allí, cosa que hace, y a paso ligero.

Resulta que Hudson está justo detrás de Remy, y él es el otro motivo por el que nadie ha intentado interrumpir el juego ni robar el oro que he ganado. La única vez que lo he visto con ese aspecto fue justo antes de desintegrar los huesos de Cyrus y, con brazaletes mágicos o sin ellos, no parece alguien con quien la gente quiera meterse en estos momentos. Y eso es antes de que intimide con la mirada a uno de los guardias, que se disponía a interceptarnos.

Después de eso la gente no solo se aparta a nuestro paso, sino que sale despavorida. Flint y Calder, que estaban recogiendo el puesto del pulso, se reúnen en el centro del hexágono. Y entonces me siento como si estuviese en una especie de jaula paranormal, con Remy delante de mí, Hudson detrás, y Calder y Flint a ambos lados.

—¿Adónde vamos? —susurro mientras corro para seguir las largas zancadas de Remy. Y he de decir que es un asco ser la única persona bajita en medio de un grupo de gente

alta totalmente resuelta a llegar a algún sitio a toda velocidad.

—Volvemos a la celda —me dice Hudson—. Entre lo que has ganado tú y lo del pulso, tenemos suficiente dinero como para que la mitad de los presos vengan a por nosotros.

Y, efectivamente, cuando echo un vistazo a mi alrededor veo que todo el mundo nos mira. Y lo que reflejan sus rostros no es nada bueno.

Miedo, avaricia, curiosidad, rabia. Está todo ahí, y no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo tendremos antes de que todo estalle.

Quedan cinco días más para llegar a la fosa, lo que supone cinco visitas más al hexágono. Creía que la cámara era lo peor a lo que tendríamos que enfrentarnos en este lugar, pero ahora ya no sé qué pensar, todo es horrible.

Llegamos a nuestra celda en un tiempo récord, pero ninguno de nosotros se relaja hasta que la escalera se repliega y la trampilla se cierra.

En cuanto lo hace, Calder lanza un grito de celebración.

—Lo retiro, Grace. Has estado increíble. Al parecer tienes mucho más que ofrecer de lo que pensaba.

Es el cumplido más ambiguo que me han hecho jamás, pero Calder parece sincera, así que sonrío y digo:

—¿Gracias? —Aunque no me parece muy justo aceptarlo teniendo en cuenta que Remy ha tenido que venir a mi rescate. De no haberlo hecho, estoy segura de que una de las brujas o yo habríamos acabado perdiendo una pierna (o algo peor) a manos de un windigo cabreado.

—Estoy de acuerdo, ha sido increíble —dice Remy.

—Sí, han estado genial, ¿verdad? —pregunto sonriendo a Hudson—. No me puedo creer lo mucho que has durado contra ese gigante.

—Me temo que no se estaba refiriendo a lo del pulso, Grace —me explica Hudson con una sonrisa de oreja a oreja—. Has estado espectacular.

—¿Yo? Lo único que he hecho ha sido lanzar unas cuantas canicas.

—Contra dos miembros del peor aquelarre del lugar —me dice Remy—. Y prácticamente estaban a punto de echarse a llorar.

—Lo único que he hecho ha sido jugar al juego…

—Nadie gana en ese juego. Nunca. —Remy niega con la cabeza, como si no pudiera creer que yo lo haya hecho—. Es algo que todo el mundo intenta sin éxito.

—¿Por qué lo has escogido? —pregunta Flint.

—Conozco el juego. El padre de mi amiga Heather tenía un tablero igual. Y solo quería ganar algo de dinero para ayudar. —Omito mi deseo de demostrarle a Calder que valgo para algo, pero por su mirada noto que Hudson ya lo sabe, y parece que le divierte bastante esta competición.

—Creo que has ganado casi tanto como Hudson y Calder juntos —afirma Remy, y está claro que a él también le divierte—. Parece que hoy eres la gran vencedora del día.

—Yo no estoy tan segura de eso —respondo—. Hudson ha intimidado a ese windigo con la mirada como si tal cosa.

—¿Qué puedo decir? —Me lanza una minúscula sonrisa que me provoca todo tipo de sensaciones por todas partes —. Me gustas de una pieza.

—Ya, a mí también —coincido fervientemente.

Sus ojos oscuros se oscurecen al escuchar mi tono y, de repente, mi mente regresa a la habitación del hotel de Nueva York donde rodeaba a Hudson con los brazos y las piernas mientras él le hacía todas esas cosas maravillosas a esas partes que tanto le gustan.

124

¿Sigue siendo la ruleta rusa si la pistola está totalmente cargada?

No sé cuánto tiempo permanecemos ahí mirándonos el uno al otro con demasiado calor en los ojos, pero es el suficiente como para que Calder empiece a abanicarse y Flint se dirija al baño comentando que de repente le han entrado ganas de darse una ducha fría.

Remy, por el contrario, simplemente se ríe y se dirige a su catre.

El resto no tardamos mucho en hacer lo mismo.

La comida llega a través de la trampilla (sándwiches de pavo esta vez) y me la zampo como si hiciera un año que no veía comida. ¿Quién iba a decir que haber estado a punto de ser asesinada daba tanta hambre?

Doy por hecho que después nos sentaremos a charlar, no hay mucho más que hacer, pero Calder, Flint y Hudson se

quedan dormidos bastante rápido. Cosa que me parece normal, al menos hasta que los tres empiezan a temblar o a lloriquear.

No me había sentido tan patética y tan inútil en toda mi vida.

Detesto que sufran, y detesto aún más no poder hacer nada para evitarlo. Aun así, Remy dice que esta noche también evitará que vaya a la cámara y, si no puede evitar que ninguno de los demás lo haga, se lo permitiré.

Solo espero por el resto que no nos toque la cámara también esta noche. Remy y Calder dicen que nunca pasa tan seguido. Que tal vez, solo tal vez, consigues ir a la cámara dos veces en tu camino a la fosa, si tienes mala suerte.

Cruzo los dedos de las manos, los dedos de los pies y todo lo que se pueda cruzar para que no tengan que pasar por eso de nuevo. Para que Hudson, Flint y Calder no deban enfrentarse a lo que los someta la cámara: sobre todo teniendo en cuenta que esta noche sería peor, ya que estamos un nivel más cerca de la fosa.

Ojalá hubiese leído el *Infierno* de Dante para entender cómo funcionan estos estratos del infierno/prisión. Pero, por otro lado, también me alegro de no saberlo. Hudson y Macy siempre me dicen que entierro demasiado la cabeza, y tienen razón. Lo hago. Pero en lo que respecta a esto, lo último que necesito son imágenes de lo que está por venir grabadas en mi cerebro.

Además, no va a venir si no volvemos a la cámara, me recuerdo. Y no vamos a ir a la cámara. No vamos a hacerlo. No es posible que tengamos tan mala suerte.

Pero sí la tenemos. Una y otra vez.

Cada noche la celda gira mientras esperamos a averiguar si caemos en la cámara. Y cada noche acabamos en el infierno.

—¡Esto no es justo! —le digo a Remy la tercera noche—. ¿Por qué les pasa esto?

—La vida no es justa, *cher* —responde lacónicamente. Pero tiene los nudillos blancos de la fuerza con la que agarra el libro.

—¡No pueden seguir pasando por esto! —grito cuando la historia se repite la cuarta noche. La culpa y la desesperación me consumen. Pero todo lo que puedo hacer es quedarme aquí sentada viéndolos pasar por ese infierno.

Esa noche los gritos se vuelven más intensos y más frecuentes. Y a la mañana siguiente ninguno de ellos intenta siquiera fingir que se ha recuperado.

Flint tiene un aspecto espantoso. Hace dos días que no veo su sonrisa; sus ojos son dos fosas hundidas por la falta de sueño a causa de las pesadillas y las manos le tiemblan ahora casi todo el tiempo.

La piel de Calder ha perdido su lustre, y tiene unas oscuras ojeras bajo los ojos. Incluso su gloriosa melena se ve apagada y al menos la mitad del tiempo está conteniendo las lágrimas.

En cuanto a Hudson... Hudson se está consumiendo ante mis ojos. No toca la sangre que le mandan con las comidas. De hecho, ni siquiera la mira. Apenas habla, apenas duerme, y cada día se aleja un poco más de mí.

—Todo irá bien —me asegura Remy, pero veo la duda en sus ojos.

El quinto día ni siquiera consumimos la mitad de nuestro tiempo en el hexágono. Todos los demás de nuestro nivel están de un humor excelente, ya que ninguno de ellos ha caído en la cámara ni una sola vez, excepto aquellos que se encuentran en nuestro mismo módulo (que tienen pinta de que nos darían una paliza si no estuviesen tan hechos polvo tras haber pasado por ese infierno). Los juegos de azar se vuelven cada vez más arriesgados, y Remy gana mucho dinero en un trile. Intenta convencer a los demás de que vuelvan a echar pulsos, pero pronto resulta evidente que ninguno de ellos está en buena forma para hacerlo.

Flint pierde sus primeros tres enfrentamientos y lo deja.

Calder no puede quedarse quieta el tiempo suficiente como para adoptar esa postura.

Y Hudson directamente se niega a tocar a nadie. Tampoco se para a echar un vistazo a uno de los puestos de trueque de libros, cosa que había hecho el resto de los días.

Acabamos regresando a la celda en menos de una hora.

Más tarde esa misma noche, después de que Calder se haya puesto a llorar histérica en cuanto las luces indican que queda solo una hora antes del giro para la cámara, le ruego a Remy que intente dejarme ocupar el lugar de uno de ellos.

—¡No puedo hacer esto! —le digo—. No puedo quedarme viendo cómo sufren una noche más sin intentar hacer algo para ayudarlos.

—No funcionará —responde con los dientes apretados.

—No lo sabrás hasta que no lo intentes.

La mirada que me lanza es tan triste y desesperada como yo me siento.

—¿Cómo sabes que no lo he intentado ya? Todas las noches. Incluso he intentado ocupar yo mismo el lugar de uno de ellos. No funciona, Grace. Por algún motivo, solo funciona contigo.

Para el sexto día, de nuestro antiguo yo no queda más que la cáscara. Flint también dejó de comer y de beber ayer. No habla, no se mueve, y cuando llegó la hora del hexágono, Remy tuvo que inventarse una excusa para los guardias porque no había manera de moverlo de su cama. Se ha pasado prácticamente cada hora de las últimas veinticuatro sentado en la cama, abrazado a las rodillas y meciéndose sin parar.

Intento hablar con él, consolarlo y hacerlo reír, pero cada vez que me acerco se pone como si le hubiese pegado. No sé qué estará viviendo en la cámara, pero sea lo que sea lo está matando. Y no lo soporto.

Hudson está casi en el mismo estado deplorable. Sus ojeras son tan oscuras que parece que le han dado varios puñetazos. No huye de mí, pero tampoco me habla mucho. Cada vez que me acerco demasiado se pone tenso, y cuando intento indagar sobre qué ha pasado en la cámara la noche anterior, me dice que no me preocupe. Que lo tiene controlado. Que merece lo que le está pasando, pero que hará falta mucho más que eso para acabar con un vampiro como él.

Ojalá yo pudiera tener su misma seguridad.

Sé que esto no los matará. Flint y Hudson son físicamente demasiado fuertes como para caer por una semana de no comer apenas. Pero el tema mental y el

emocional son harina de otro costal, y no sé cuánto más aguantarán.

Incluso Calder, que ha pasado por esto antes, parece estar a punto de romperse. Ha estado la mayor parte del día entre las sombras, y cada vez que Remy y yo hacemos algún ruido, se cubre y nos ruega que no le hagamos daño. Sus ojos, normalmente de un marrón brillante, están apagados y sin vida, y hoy ni siquiera se ha molestado en peinarse. Para lo obsesionada que suele estar con su aspecto, este cambio resulta de lo más alarmante.

Cuando se hace de noche y las luces de la pared se acercan cada vez más a la hora, la tensión aumenta en nuestra celda.

Flint por fin se ha movido y ahora está tumbado boca abajo, con la cabeza enterrada bajo la almohada y todo el cuerpo rígido.

Calder sigue entre las sombras, pero no para de hablar, cada vez más rápido, con una voz aguda y tensa.

Y Hudson… Hudson se pasa la mayor parte de la tarde en la ducha, y no sé si es porque quiere gritar sin que lo oigamos o si solo está intentando sentirse limpio.

Para cuando la última luz se apaga, apenas puedo respirar, apenas puedo pensar. Lo único que puedo hacer es cerrar los ojos y rezar mientras giramos y giramos sin parar.

125

Al final de mi hilo

En cuanto nos detenemos sé que estamos jodidos. Las luces se vuelven rojas y, una vez más, Hudson, Flint y Calder pierden el conocimiento.

Creo que grito; no estoy segura porque el terror me consume, el pánico se apodera de mí. Se me revuelve el estómago y tengo la sensación de que me va a estallar el corazón, y solo puedo pensar: «Otra vez no. Otra vez no. Otra vez no. Otra vez no».

—Es la última vez —dice Remy, pero suena tan agotado y derrotado como yo—. Lo superarán.

—¡No deberían tener que hacerlo! —le grito, y por primera vez me doy cuenta de que estoy de rodillas, aunque no recuerdo cómo he acabado aquí. Intento levantarme, pero me tiemblan tanto las piernas que apenas me sostienen. No puedo hacer esto. No puedo ver cómo pasan por ese calvario una vez más. No puedo.

Un grito resuena en la celda, y estoy segura de que es mío, pero no lo es. Es de Calder, que está chillando y suplicando a lo que sea que está sucediendo en su cabeza: «Para. Por favor. Para».

Flint está llorando. Las lágrimas descienden por su rostro mientras solloza como si se le estuviese partiendo el corazón.

Y Hudson... Hudson tiembla tanto que le castañetean los dientes y no para de golpearse la cabeza contra la pared junto a la que ha caído.

—Tenemos que llevarlos a sus camas antes de que se hagan daño —digo, y Remy asiente.

—Estarán bien —me dice por enésima vez.

Pero no parece tan seguro cuando los traslada a sus camas y los cubro con las sábanas. Parece que los están torturando a los tres, y estar aquí plantada sin poder hacer nada podría ser perfectamente la peor experiencia de mi vida.

Cuando Hudson empieza a gritar también, no puedo más. Me vuelvo hacia Remy y le suplico:

—Ayúdalo. Por favor, tienes que ayudarlo.

Remy niega con la cabeza, pero por primera vez desde que llegué aquí parece sentirse tan impotente y devastado como yo.

—No puedo, Grace. No funciona de esa manera.

—¡Me importa una mierda cómo funcione! ¡No lo soporta!

Pero Remy se mantiene firme.

—Va a tener que hacerlo. Los tres van a tener que hacerlo, porque tienen que encontrar su propia manera de

salir de aquí.

—Pero ¿y si no lo consiguen? —Señalo a Hudson, que está más acurrucado que los demás... y sigue temblando tanto que hace que la estructura metálica de su cama golpee contra la pared—. ¿Y si no puede superar lo que está en su mente? —Remy no responde, simplemente se dirige a su propia cama y saca un cuaderno de bocetos del cajón de debajo de su cama—. ¡Remy! —insisto, y al ver que no dice nada continúo—: ¿Qué crees que deberíamos...?

—¡No lo sé! —estalla—. No tengo ni puta idea de qué pasa ahora. No sé de nadie que haya pasado por la cámara seis días seguidos. Es algo que nunca ocurre.

—Y ¿eso no hace que te preguntes por qué está sucediendo ahora?

—Deben de haber hecho algo bastante horrible, y la cárcel exige su expiación —responde—. ¿Cómo, si no, va a asegurarse de que las personas han pagado por lo que han hecho?

—¡Esto no es expiación! —le grito—. Esto es venganza, pura y simple.

—No. —Su voz es firme—. La cárcel no siente. No puede querer venganza.

—Tal vez no. Pero la gente que la construyó sí. Y también aquellos que la llenan de prisioneros. —Me vuelvo de nuevo hacia Hudson y Flint—. ¿Sabes quiénes son?

—Un vampiro y un dragón —dice, y se encoge de hombros.

—No cualquier vampiro y cualquier dragón —le recuerdo —. Son los príncipes herederos de la Corte Vampírica y la Corte Dragontina. Sus padres pertenecen al Círculo.

Remy sabe quiénes son, ya lo hemos hablado antes, pero veo que ahora entiende por dónde iba.

—Y ¿qué hacen aquí?

—Intentaron cambiar las cosas, intentaron luchar contra un sistema injusto en el que el poder acaba en manos de los más crueles y los más ambiciosos. Se enfrentaron al rey vampiro y el sistema los ha jodido vivos.

—Sí, y tanto. —Su acento cobra fuerza de nuevo.

—¿Entiendes ahora por qué no creo que sea una casualidad que nos haya tocado la cámara todas las noches?

—No sé. —Deja el cuaderno de bocetos en la cama y ya no hace como que la cosa no le afecta—. He vivido aquí toda mi vida. Me conozco al dedillo esta cárcel. Y no tenía ni idea de que fuese posible controlar el giro de la cámara. —Se vuelve hacia donde Calder está acurrucada bajo su manta sollozando—. No está bien hacerle esto a la gente.

—Nada de esto está bien —le digo—. Es cruel y un auténtico abuso de poder. Tiene que parar. No solo lo de que la cámara suceda durante varias noches seguidas, sino toda la práctica en sí. Nadie debería pasar por esto solo para poder salir de una cárcel, y menos cuando no deberían haber entrado para empezar.

Remy asiente.

—Pero sigo sin poder ayudarlos. Lo haría si pudiera, Grace, pero no hay absolutamente nada que pueda hacer. Si lo hubiera, ya lo habría hecho.

No es la respuesta que quiero oír, pero ahora que lo miro y veo la indignación en su rostro, creo en lo que dice

cuando antes no lo hacía del todo. Es cierto que no puede hacer nada para salvarlos.

—No creo que... —Dejo la frase a medias cuando Hudson lanza un grito.

El poco control que tenía sobre mis emociones se viene abajo. Y se acabó. No lo soporto ni un segundo más. No puedo seguir aquí sentada viendo cómo sufre.

La ira me invade y, con ella, me viene una idea. Es algo bastante improbable, pero es lo único que tengo. Así que alcanzo lo más profundo de mi ser y empiezo a buscar un hilo en particular: aquel azul brillante que tanto me he esforzado por ignorar, y resplandece tanto como de costumbre. Lo agarro y cierro los ojos antes de apretarlo con todas mis fuerzas.

126

Te quiero a morir (quiera o no)

Cuando abro los ojos estoy de nuevo en el Katmere, en la habitación de Hudson. Veo la inmensa cama roja y negra con la que tanto he fantaseado y siento el calor del sol de la primavera filtrándose por las ventanas. También oigo *Grace*, de Lewis Capaldi, sonando a través de los altavoces.

Pero esas son las únicas cosas que me resultan familiares. Todo lo demás está mal.

Los muebles están hechos polvo, los vinilos están rotos y tirados por el suelo, y las estanterías han sido arrancadas de la pared. Los libros yacen destrozados bajo estas, y algunas páginas arrancadas flotan en el aire.

Y en el rincón, justo detrás del equipo de sonido, hay otra versión de mí. Llevo puesto el uniforme del Katmere, pero en lugar de estar sentada en la cama (como me había imaginado más veces de las que me gusta admitir, incluso

ante mí misma), estoy acurrucada en ese hueco, llorando y suplicando:

—¡Para! ¡Por favor! ¡Por favor, para!

Alguien ruge tan alto que se oye por encima de la música, y cuando me vuelvo para ver quién es y qué está pasando, veo que Hudson está justo ahí. Está mostrando los colmillos, que gotean sangre, y algo en sus ojos me advierte que mi tiempo se ha acabado. No hay ningún sitio adonde ir ni lugar al que escapar.

—¡No puedo parar, Grace! —me grita—. No puedo parar. No puedo parar. —Levanta la mano y se agarra el pelo con los puños—. Duele. Duele. Estoy intentando... —Deja la frase a medias y suelta un intenso gruñido. Entonces todo su cuerpo empieza a sufrir convulsiones mientras se enfrenta a la necesidad de atacarme.

—Por favor, no. Por favor, no me obligues a hacerlo. Por favor, por favor, por favor. —Parece estar suplicándole a alguien a quien no puedo ver—. No me obligues a hacerlo. No quiero hacerle daño. No quiero... —Se interrumpe de nuevo mientras le sobreviene otra sacudida. Y, entonces, grita—: ¡Corre, Grace, corre!

Y la otra Grace lo intenta. Lo hace. Entra en acción y corre hacia la puerta, pero sé que es demasiado tarde.

La alcanza en un segundo, recorriendo la distancia que los separa en la habitación de un salto. Ella grita durante un largo instante, y el sonido permanece en el aire mientras él le desgarra la garganta y empieza a beber.

En el momento en que ella muere la compulsión termina y Hudson se queda cubierto de sangre, de mi sangre, y se desmorona en el suelo. Me acuna contra su pecho mientras

la sangre continúa brotando de mi arteria carótida y, aunque unas lágrimas silenciosas descienden por sus mejillas, no emite sonido alguno. Solo me sostiene entre sus brazos y me mece sin parar mientras mi sangre se derrama sobre los dos y sobre el suelo que nos rodea.

Me pone la mano en el cuello en un intento de detener la hemorragia, pero nada puede detenerla. La sangre sigue brotando hasta que ambos acabamos empapados en ella, hasta que cubre el suelo y las páginas de sus libros favoritos; hasta que cubre toda su habitación. Es mucha más sangre de la que mi cuerpo jamás podría albergar.

Pero eso no importa en esta pesadilla.

Nada importa más que torturar, abatir y destruir a Hudson.

Y cuando echa la cabeza atrás y grita como si todo en su interior se estuviera rompiendo en mil pedazos, no puedo evitar pensar que lo ha conseguido.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la sangre ha desaparecido y Hudson está sentado en su sillón leyendo *El extranjero*, de Albert Camus (cómo no). *If the World Was Ending*, de JP Saxe y Julia Michaels, está sonando cuando se oyen unos golpes en la puerta, cosa que me parte el corazón de nuevo.

Es la otra Grace, que lo rodea con los brazos en cuanto él abre la puerta. Deja el libro y la levanta. Ella envuelve su cintura con las piernas como lo hicieron las mías aquella noche en Nueva York, y se están besando como si eso fuera lo único que importa en el mundo.

Al final ella aparta la boca para respirar.

Él sonríe y susurra:

—Hueles tan bien… —Y acaricia su garganta con la nariz.

—¿Ah, sí? —La otra Grace ladea la cabeza un poco y susurra—: A lo mejor deberías darme un mordisquito, para ver si mi sabor es tan bueno como mi olor.

Él emite un sonido gutural y desliza los colmillos por las vértebras de su garganta.

Ella se estremece y se aferra a su pelo mientras intenta atraerlo más cerca.

—Por favor, Hudson —susurra—. Te necesito.

Pero él niega con la cabeza y musita:

—No puedo. Si te muerdo ahora, no podré parar. Te beberé entera.

Es entonces cuando caigo en la cuenta. El crimen de Hudson, el pecado que tiene que expiar, implica todo lo que sucedió en el Katmere antes de que Jaxon lo matara. Da igual si fue por un bien mayor o no, da igual que se tratase de supremacistas secretos que colaboraban con Cyrus. Él les arrebató la libertad de elegir y los transformó en asesinos

Y ahora la cárcel le está haciendo lo mismo a él. Obligándolo a matar a su compañera una y otra y otra vez.

El Hudson de la visión debe de estar dándose cuenta al mismo tiempo que yo, porque la deja de nuevo en el suelo.

—Corre —susurra antes de que sus colmillos salgan con toda su fuerza.

La otra Grace obedece a la advertencia, pero él está bloqueando la puerta, de modo que corre hacia el interior de la habitación. Tropieza con una esquina de la alfombra y sale disparada, y así es como acaba agazapada cerca del equipo de música. Cuando él se acerca a ella y la canción

cambia a *Grace*, de Lewis Capaldi, sé que ya está. Ahora es cuando la mata. El horror se refleja en la cara de Hudson y sé que él también lo sabe.

También me doy cuenta en el mismo instante de que el Hudson real, el que está temblando y suplicando en la cama que se encuentra a mi lado, está tan deteriorado que pasarse otra hora matándome, aunque sea solo en sus pesadillas, podría acabar con él para siempre.

127

Si no soportas el calor, mantente alejada del infierno

No sé qué hacer por él. No sé cómo evitar que suceda, cómo evitar que nada de esto suceda.

Y, mientras estoy aquí plantada, viendo cómo la cárcel lo obliga a hacer esto, por fin entiendo de verdad a qué se refería cuando me dijo que su poder era la opción nuclear. Y por qué se negaba una y otra vez a obligar a nadie a hacer nada.

Pensé que lo haría en Firmamento cuando la Guardia nos rodeó. Después me pregunté por qué no lo había hecho en Nueva York cuando Nuri fue a arrestarlo. Pero no lo hizo, y ahora sé por qué. Nunca se ha perdonado por lo que hizo el año pasado; nunca se ha perdonado por lo que provocó. Lo hizo porque creía que no tenía elección, y esos chicos murieron. Fue una tragedia.

¿Planeaban hacer cosas horribles? Sí, desde luego.

¿Habrían matado a gente por su propia voluntad? Probablemente.

Pero nunca lo sabremos.

Y ahora, al ver esto, al verlo a él, me doy cuenta de que lo que lo carcome por dentro no es el hecho de que estén muertos. Sí, sus muertes le afectan, pero lo que lo está destrozando es haberles arrebatado su libre albedrío. Los obligó a hacer algo tan espantoso, tan desgarrador, que nunca se ha perdonado por ello. Desintegrarlos habría sido más humano, pero no podía dejar que su padre supiera que todavía tenía esa capacidad. De modo que, en lugar de eso, fue cruel y forzó a esos chicos a ser testigos de cómo sus propios cuerpos mataban a sus compañeros de clase, a sus amigos.

Y ahora él está sufriendo lo mismo una y otra vez.

No me extraña que tenga ese aspecto tan espantoso. No me extraña que apenas soporte estar cerca de mí. Cada vez que me mira, lo único que ve es lo que hizo. Y lo que es capaz de hacer.

Justo delante de mí, la otra Grace está buscando algún sitio al que huir. Algún sitio donde esconderse. Intenta regresar a la puerta, pero él la bloquea. Cuando corre hacia la biblioteca, él se inclina sobre ella y le clava los colmillos en el hombro. Y cuando ella corre hacia la cama, la sigue con los colmillos goteando sangre mientras le ruega que huya. Que se aleje. Que no deje que le haga daño.

Y ahora ahí está ella, acurrucada debajo del equipo de música, justo donde estaba cuando he llegado a esta pesadilla, y sé que se nos ha acabado el tiempo.

Desesperada por frenarlo, por ahorrarle el horror y la angustia de matarme de nuevo, grito:

—¡Hudson! ¡Hudson, para! Estoy aquí.

Durante un par de segundos se detiene con la cabeza ladeada como si pudiera oírme.

—¡Hudson, por favor! Hudson, tranquilo. ¡No tienes por qué hacerlo! Todo está bien. Estás...

Cierro la boca cuando me doy cuenta de que no solo no me está escuchando ya, sino que mis gritos están empeorando las cosas. Porque una parte de él puede oírme, y eso se suma a su desesperación por parar al tiempo que sigue sintiendo esa horrible compulsión que lo empuja adelante. Ahora no solo oye la compulsión en la cabeza, sino también a mí; y al ver cómo las lágrimas de angustia descienden por su rostro, no puedo evitar pensar que solo lo estoy torturando aún más.

La idea me traumatiza y, cuando agarra a la otra Grace de nuevo, cuando le desgarra una vez más la garganta, siento su terror tan claro como el mío propio. Y cuando se postra de rodillas con la otra Grace en sus brazos, siento que algo en lo más profundo de mi ser se rompe en un millón de pedazos. Porque la mirada de Hudson cuando inclina la cabeza hacia atrás, las lágrimas, la angustia, la culpa, son más de lo que puedo soportar.

Porque este chico, este chico tan maravilloso al que amo tanto, no se merece esto.

No se merece sufrir así.

No se merece estar tan destrozado.

Ya ha aprendido la lección; ya se ha arrepentido por las cosas que hizo. Ha cambiado. Ha cambiado de verdad, y

esta expiación forzada está destruyendo a la persona en la que tanto se ha esforzado por convertirse.

Tengo que detener esto. Tengo que arreglarlo.

Pero solo tengo una oportunidad.

Cuando la escena vuelve a comenzar y Hudson está leyendo en el sofá, inspiro hondo y me obligo a mí misma a soltar nuestro vínculo. Es más duro de lo que debería, pese a saber que es la única oportunidad que tengo de parar esto.

Regreso a la celda justo a tiempo para oír a Hudson gritar. Lo que hace que me pregunte si era más consciente de mi presencia a través del vínculo de lo que yo pensaba. Está en la primera parte de la pesadilla, antes de que nada malo suceda, de modo que no debería estar tan angustiado ya. Pero está sacudiéndose en la cama; todo su cuerpo tiembla y no para de gruñir.

Me arrodillo junto a la cama y lo rodeo con el brazo.

—Estoy contigo —le susurro al oído con la esperanza de que de alguna manera pueda oírme en medio de esa pesadilla—. Voy a sacarte de ahí. —Me vuelvo hacia Remy y le pregunto—: ¿Puedes ayudarme? Necesito que no se mueva.

—Por supuesto —responde, y salta de su cama y corre hacia nosotros—. ¿Qué ha pasado ahí? —pregunta mientras se arrodilla a mi lado.

No me tomo el tiempo de contestarle. Ahora no puedo; no sabiendo lo que le espera a Hudson. En lugar de eso coloco la mano en la muñeca de Remy y susurro:

—Lo siento.

Entonces, rezando para que esto funcione, cierro los ojos una vez más y uso la otra mano para agarrar el vínculo.

Tarda unos cuantos segundos más que la primera vez, pero, cuando abro los ojos, tanto Remy como yo estamos en la pesadilla de Hudson.

—¡¿Qué diablos has hecho?! —grita Remy. No parece enfadado, sino más pasmado que otra cosa. Y lo entiendo, a mí también me sorprende que haya funcionado.

—Uno de mis poderes es canalizar la magia —le digo—. Y aunque mis poderes están ahora mismo bloqueados, los tuyos no. De modo que me he echado la manta a la cabeza esperando que la magia usada para canalizar provenga de la fuente, tú, y no de mí, lo que la haría inmune a toda la situación de retención de la cárcel. —Sonrío ligeramente—. Al parecer ha funcionado.

—Al parecer —coincide—. Buen trabajo, increíble Grace.

—¿Qué te parece si dejamos los apodos superlativos a un lado hasta que sepamos si mi plan funciona o no? —Miro hacia abajo, donde sigo cogiéndolo de la muñeca—. ¿Te importa?

—¿Por ti, *cher*? —Me guiña el ojo—. Ni lo más mínimo.

Pongo los ojos en blanco, pero estoy demasiado ocupada empleando todas mis fuerzas en concentrarme en toda la magia que siento dentro de él. Hay más de la que creía, pero no tanta como esperaba, o al menos como creo que vamos a necesitar. Pero me da igual. Tengo que intentarlo.

Absorbo en mi interior toda la magia que puedo, me centro en Hudson, que ahora mismo está persiguiendo a la otra Grace por la habitación, y entonces...

—¡Para! —grito tan alto como puedo.

128

Ahora me matas, ahora no

Al principio creo que no me oye. No se mueve, no titubea, ni siquiera mira en mi dirección. Pero no pienso rendirme ahora. No cuando estoy tan cerca de llamar su atención... y él está tan cerca de autodestruirse.

—¡Hudson! ¡Para! —grito de nuevo.

Esta vez hace más que detenerse. Se vuelve hacia mí lentamente y poco a poco cae en la cuenta de que estoy dentro del sueño con él.

—¿Grace? —susurra—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tranquilo —le digo, dirigiéndome hacia él—. Lo tengo todo...

—¡No! —me grita, y extiende la mano para detenerme—. No te acerques.

Suena tan angustiado, tan asustado, que me quedo petrificada a medio camino.

—Hudson, por favor. Deja que te toque.

—No puedo. —Levanta las manos y sin embargo las tiene empapadas de sangre aunque ni siquiera ha tocado a la otra Grace—. Te haré daño.

—No. —Niego con la cabeza mientras avanzo otro paso hacia él—. No lo harás. Eso es solo una pesadilla. No es real.

—Sí es real —dice, y la voz le tiembla de un modo como muy pocas veces lo hace—. Le hago daño a todo el mundo. Es a lo que me dedico. Es lo único que sé hacer.

—¿De verdad piensas eso? ¿O es lo que este lugar te está diciendo?

—Es la verdad. Maté a esas personas. Peor aún, hice que se mataran.

—Sí —admito—. Y fue algo horrible. Pero no todo fue culpa tuya, Hudson. También fue culpa de ellos.

—Fue todo culpa mía. Yo les arrebaté la libertad de decisión. Yo los obligué a hacer lo que hicieron…

—Porque creías que no tenías elección —le recuerdo—. Estaban haciendo algo espantoso. Iban a hacer daño y tal vez matar a todos esos críos. A destruir a todas esas familias. No sabías en quién podías confiar, así que hiciste lo que creías que debías hacer para detenerlos.

—Los obligué a matar a sus amigos mientras ellos se gritaban a sí mismos en su cabeza que pararan —susurra, y entonces continúa entre sollozos—: Pero no podían parar. No podían parar. No podían.

Antes de que se me ocurra qué más decir, la Grace acurrucada en el suelo empieza a gritar.

—¡Para! Por favor, Hudson, para. Por favor, no me hagas daño. No...

Entonces, él se vuelve y avanza hacia ella y sé que va a matarla otra vez. Pero también sé que esta vez va a acabar con él, lo veo en sus ojos, lo oigo en esa angustia que ni siquiera se molesta en ocultar.

Lo siento en la tristeza que se extiende entre nosotros, como un vínculo a punto de deshilacharse.

Y sé que no puedo permitir que lo haga. Esta vez no. Nunca más.

De modo que hago lo único que se me ocurre, lo único que creo que podría llegar hasta él. Suelto la muñeca de Remy y dejo que salga de la pesadilla. No lo necesito ahora que Hudson sabe que estoy aquí. Después atravieso la habitación y me interpongo entre la otra Grace y él.

—¡Lárgate de aquí! —me grita de nuevo con sed de sangre en los ojos y la compulsión ardiendo en su interior como un bosque en llamas—. No puedo controlarlo más tiempo.

—Pues no lo controles —le digo, y pego mi cuerpo al suyo —. Haz lo que tengas que hacer, Hudson. Porque no pienso alejarme. Ni de esto, ni de ti.

—Grace —gruñe con fuego en los ojos—. Grace, no.

—Tranquilo, Hudson. —Entierro los dedos en su pelo y me pego más todavía a él.

—No puedo... —dice de nuevo, y veo cómo la luz se refleja en sus colmillos—. No voy a ser capaz de... —Se interrumpe y entierra el rostro en el espacio sensible donde mi cuello y mi hombro se encuentran. Siento cómo lucha contra sí mismo; siento cómo intenta apartarse, alejarse.

Pero también siento el calor en él, la necesidad... y la sed de sangre. Y sé que si me aparto ahora, irá a por la otra Grace, la Grace que esta pesadilla está usando como arma contra él, y sé que no sobrevivirá.

Ninguno de ellos sobrevivirá.

Y no pienso permitir que eso suceda. Este agujero me ha estado utilizando para hacerle daño desde el día en que llegamos...

Pero eso se termina aquí y ahora.

—Todo el mundo se arrepiente de algo, Hudson —digo mirándolo a los ojos—. Todo el mundo toma malas decisiones en un momento dado, decisiones difíciles, decisiones de las que se arrepentirá toda la vida. —Durante un segundo pienso en mis padres—. La clave no está en intentar vivir sin arrepentirse, sino en intentar tomar siempre la mejor decisión posible en ese momento, porque el arrepentimiento va a venir después, te guste o no.

»Pero, si intentaste hacer lo mejor, en fin, es todo lo que se te puede pedir. —Hago una pausa e inspiro hondo—. Tranquilo —le susurro de nuevo, e inclino la cabeza hacia atrás y hacia un lado—. Quiero que lo hagas.

Lo intenta una vez más.

—Grace...

—Tranquilo, Hudson. Tranquilo.

Emite un gruñido grave y, acto seguido, se abalanza sobre mí.

Me muerde justo donde se marca el pulso, en la base de la garganta. Sus colmillos atraviesan mi piel limpiamente y se clavan en mis venas.

Lanzo un grito por lo súbito del movimiento y el instante de dolor, pero desaparece tan rápido como ha empezado. Entonces empieza a beber, y todo desaparece menos Hudson y yo y este momento…

Se mueve contra mí, buscando más, e inclino la cabeza hacia atrás para proporcionarle mejor acceso. Me pego más contra él para poder sentir cada parte de su cuerpo contra cada parte del mío. Me deleito con el modo en que sus manos me aprietan las caderas, con el modo en que su boca se vuelve cada vez más lenta conforme bebe y bebe de mí.

Durante lo que me parece una eternidad, me olvido de dónde estamos. Me olvido de por qué estamos haciendo esto. Me olvido de todo y de todos, menos de Hudson y de cómo si no consigo sacarlo de esta es posible que nunca lo recupere.

Se mueve de nuevo, se aparta y gimo. Con voz entrecortada, susurro:

—Hudson, confío en ti.

Ataca de nuevo. Esta vez me clava los dientes más profundamente, y sofoco un grito. Me estremezco. Intento abrazarlo mientras continúa tomándome. Mientras toma lo que sea que tengo para darle, y entonces exige más. Lo exige todo hasta que me tiemblan las piernas, mi respiración se vuelve superficial y mis manos y mis pies se vuelven fríos como el hielo pese al calor que arde en mi interior.

Y aunque el placer me invade, me envuelve, una minúscula parte de mí es consciente: Hudson ha tomado demasiada sangre.

129

Algunos días la vida es una fuente de cerezas; otros, toca fosa

Por un breve instante pienso en protestar, en apartarme.

Pero tengo la mente tan nublada, el cuerpo demasiado débil y la voluntad de resistirme no existe. Porque es Hudson.

Mi compañero.

Mi mejor amigo.

Mi otra mitad.

Y precisamente porque es todas esas cosas, yo sé algo que él no sabe. Algo que este infierno no puede ni imaginar y algo que él jamás se permitirá creer. Tomó la mejor decisión posible con respecto a esos chicos... y jamás lo culparía por ello. ¿Arrepentimiento? Sí. Pero también perdón.

Y por eso repito con más energía esta vez:

—Confío en ti, Hudson.

Hudson se aparta con un gruñido ahogado, con la mirada confundida pero despejada mientras nos mira a mí y a la Grace del suelo y se da cuenta de que de verdad no es más que una pesadilla.

Ahora es su turno de enterrar las manos en mi pelo, y susurra:

—¿Te encuentras bien? ¿Te he hecho daño?

—Ese es el tema —murmuro girando la cabeza para poder besar la piel sensible del interior de su muñeca—. Lo que he sabido todo este tiempo y lo que necesito que tú creas también. Nunca me harás daño, Hudson. Al menos no así. Nunca harías daño a nadie si está en tu mano evitarlo.

Niega con la cabeza y se dispone a hablar, pero lo detengo poniéndole el dedo suavemente contra los labios.

—Nunca —repito.

Ambos miramos hacia abajo, hacia la otra Grace que debería estar acurrucada en el suelo cerca del escritorio. Pero ha desaparecido. Y cuando miro hacia la puerta veo cómo desaparece por ella, con la mochila en el hombro y sus rizos sobre su espalda.

—Estuvo mal —me dice, y veo que también está observando que la otra Grace se marcha—. Lo que les hice.

—Sí —admito, porque lo estuvo—. Pero, cariño, la guerra convierte a todos en villanos, y eso es un hecho.

No responde, solo cierra los ojos suspirando y asiente.

Y parece tan cansado, tan agotado, que rodeo su cintura con el brazo y dejo que se apoye en mí para poder ayudarlo a soportar su peso.

—¿Cuántas veces me has matado ya? —pregunto.

Traga saliva y aprieta los dientes.

—Demasiadas. Miles. —Suspira de nuevo—. Tal vez decenas de miles.

—Pues ya es suficiente —le digo—. Se acabó.

Puede que solo haya sufrido este castigo durante unos días, pero es un castigo terrible. Y lo ha tenido que vivir una y otra y otra vez. Ya está bien.

Niega con la cabeza.

—Solo han sido unos días.

—No —le digo, y ahora es mi turno de negar con la cabeza mientras cito una frase de su película favorita—: «No son los años, cariño. Es el rodaje».

Y por primera vez desde hace días sonríe. Porque por fin lo entiende.

—Ya es hora de que te perdones, Hudson. Es hora de dejarlo ir.

No dice nada y al principio creo que no está preparado para ello. Pero entonces sonríe y se inclina para besarme de nuevo.

Esta vez, cuando se aparta, estamos de vuelta en la celda.

—¿Qué demonios...? —Remy deja de pasearse en cuanto nos despertamos—. ¡No puedes hacerme esto, Grace! He estado volviéndome loco los últimos veinte minutos. ¡Creía que iba a matarte!

—¿Tanto tiempo hemos estado ahí? —pregunto—. Yo creía que solo habían pasado un par de minutos.

—Ya, bueno, te dije que el tiempo transcurre de manera distinta ahí dentro. A veces se hace más largo, y a veces más corto —dice, y gruñe. Es evidente que está muy cabreado—. La próxima vez que quieras tomar prestada la

magia de alguien, elige a otro, *cher*. Porque eso ha sido una putada.

—Perdona —le digo—. No pretendía asustarte. Agradezco tu ayuda. Más de lo que soy capaz de expresar.

—¿Así es como has conseguido entrar? —pregunta Hudson mirándonos a Remy y a mí.

—Sí. Aquí tu chica me ha arrastrado hasta esa pesadilla. —Remy pone los ojos en blanco—. Aunque tengo que decir que te respeto, tío. Yo no sé cuánto habría podido soportar lo que has soportado tú.

Hudson parece algo incómodo, como si no supiera cómo gestionar el hecho de que alguien más aparte de mí haya visto lo que le estaba pasando por la cabeza. Y lo entiendo. A mí también se me hacía raro saber que Hudson estaba en mi mente cuando no confiaba en él. Me imagino lo que debe de sentir al saber que un brujo al que apenas conoce ha tenido acceso a sus temores más profundos y a su mayor vergüenza.

Al principio creo que va a ocultarse bajo su cascarón y a soltar alguna bordería. Pero al final debe de decidir dejarse llevar, porque en lugar de ser un capullo le tiende la mano a Remy y le dice:

—Gracias por la ayuda.

Remy también parece sorprendido, pero acepta la mano y asiente.

Me tumbo en la cama, y Hudson se tiende a mi lado, con el brazo alrededor de mis hombros. Flint y Calder siguen inconscientes, y es horrible ver cómo se retuercen y tiemblan en sus camas, sobre todo ahora que me hago una idea de por lo que están pasando. Pero solo he podido

acceder a Hudson a través de nuestro vínculo. No tengo manera de llegar a ellos, y me duele en el alma.

—Ya está, ¿no? —pregunto conforme pasan los minutos —. Ya llegamos a la fosa.

—Sí —dice Remy—. Y si tenemos suerte, no tendremos que pasar por esto nunca más.

—Tengamos mucha suerte, entonces —dice Hudson con su marcado acento británico y una expresión muy seria.

—Toda la suerte del mundo —añado mientras intento imaginarme cómo será la fosa si esto no era más que el trayecto para llegar a ella.

A ver, Hudson ha bromeado antes con que, en el *Infierno* de Dante, la fosa era donde estaba el propio Satán. De modo que una parte de mí está totalmente aterrorizada por lo que pueda pasar cuando las puertas se abran por la mañana. Lo que hemos visto en los niveles normales durante la hora del hexágono ya ha sido bastante horrible. Si no fuera nuestra única posibilidad de encontrar al herrero para poder salir de aquí y salvar a nuestros amigos de Cyrus, estoy segura de que nada podría convencerme de abandonar esta celda.

Quiero preguntarle a Remy al respecto, pero si me confirma que la cosa es tan horrible como me imagino, solo conseguiré estar asustada hasta que llegue el momento. Además, él y yo no hemos hablado ninguna otra noche durante la cámara porque me parece una falta de respeto hacerlo mientras la gente que nos importa está sufriendo.

Esta noche no es diferente, pese a que Hudson haya conseguido por fin vencer su pesadilla. De modo que, en

lugar de hablar, Hudson y yo nos acurrucamos en mi cama y nos abrazamos en silencio.

Cuando los últimos minutos de la cámara se acercan a su fin, no puedo evitar pensar en Flint. En cuál será su castigo. Lo arrestaron por intentar matar a la última gárgola, lo que me lleva a pensar que debe de tener algo que ver conmigo, sobre todo teniendo en cuenta cómo ha estado actuando cada vez que he intentado hablar con él los últimos días.

Después de ver cómo se me ha utilizado contra Hudson en su castigo, y lo que el castigo ha conseguido hacer con él, me angustia pensar lo que le pueda estar sucediendo a Flint. Estoy harta de que este lugar se haya pasado la última semana utilizándome contra mi compañero y uno de mis mejores amigos.

Este sitio es malvado y, si tengo la ocasión, haré lo que esté en mi mano para echarlo abajo. Una cosa es la rehabilitación, y otra muy diferente la tortura. Y lo que hace la Aethereum es torturar, así de simple. Me da igual cuál sea su propósito, me da igual para qué se construyese. Eso no es lo que hace. Y lo que hace no está bien.

Los minutos pasan por fin, las luces rojas en lo alto se vuelven lentamente blancas de nuevo mientras Flint y Calder empiezan a despertar.

Él parece muy indefenso ahí tumbado, acurrucado en posición fetal, temblando bajo la manta que le he echado por encima hace una hora. Sé que lo ha pasado muy mal. He visto sus ojeras y sus temblores, y cómo ha dejado de sonreír y de comer. Pero supongo que estaba tan preocupada por Hudson cuando la cámara terminaba cada

noche que no me había dado cuenta del deplorable estado en el que se encuentra Flint cuando sale de su pesadilla.

O quizá sea que hoy ha sido el peor día de todos. No lo sé, y me da igual. En cuanto Flint se incorpora, me acerco a él y me arrodillo junto a su cama.

Pero me rehúye en cuanto intento cogerlo de la mano, y me planteo alejarme. No quiero hacerle esto más difícil cuando ya está sufriendo tanto. Pero, al mismo tiempo, si puedo encontrar el modo de ayudarlo, quiero hacerlo.

—Lo siento —le digo con voz suave, sabiendo que los demás probablemente me estarán escuchando, pero intentando mantenerlo como algo entre nosotros en la medida de lo posible—. Siento que estés pasando por esto.

Se encoge de hombros y se queda mirando la pared a mi espalda.

—Me lo merezco.

—Nadie se merece esto. —Intento cogerle la mano de nuevo, y esta vez me lo permite.

—Eso no es verdad —me dice—. Estuve a punto de matarte, Grace. Estuve a punto de matarte. Y ¿para qué? ¿Para evitar que Hudson volviera? —Mira a mi compañero y alza la voz deliberadamente cuando añade con un intento de acento británico—: Sigo pensando que es un poco gilipollas. —A lo que Hudson responde haciéndole una peineta sin molestarse en levantar la vista del libro que Remy le ha prestado—. Pero no debería haber muerto por ello. Y definitivamente tú no tendrías que haber estado a punto de morir. Estaba tan cegado por el miedo y la rabia y el odio que casi acabo con una de las mejores personas que he conocido jamás. —Se aclara la garganta y traga saliva—.

Lo cual no me hace mejor que el hermano al que pretendía vengar. Damien era un monstruo; es solo que yo no quería verlo. Y casi mato a una chica inocente por ello. Merezco cada día que tenga que pasar aquí y más.

—¿Por qué? ¿Porque tienes que sufrir? —Aparta la mirada y le aprieto la mano—. No. Ya has sufrido bastante, Flint. Ya va siendo hora de que te perdones.

—Yo no... —Se interrumpe y empieza de nuevo—. No sé si seré capaz de hacerlo.

—Yo te he perdonado. Sé que te lo eché en cara el otro día en Nueva York, pero te perdoné hace mucho tiempo. Y creo que, si quieres vencer a esta prisión, tienes que hacer lo que acabas de hacer. Tienes que reconocer tus actos y los motivos que te llevaron a cometerlos. Pero también tienes que perdonarte. Si lo haces, este agujero no podrá torturarte más.

Flint no dice nada, pero está escuchando. Lo sé. Y, por primera vez en casi una semana, consigue sonreírme. No es su encantadora sonrisa de siempre, pero algo es algo.

No sé qué decirle a Calder, que está abrazándose las rodillas y meciéndose, pero sé que ella también estaba escuchando lo que le decía a Flint. Y cuando se da cuenta de que ha sobrevivido, de que todos lo han hecho, veo que por fin empieza a respirar de verdad.

—Deberías pintarte las uñas otra vez, para la fosa —sugiero mirándola a los ojos. Sé que si Calder se acicala estará bien. De modo que espero. Y espero.

Parece llevarle toda la vida, pero al final asiente y rebusca bajo su cama el pintaúñas azul con purpurina. Entonces exhalo un suspiro de alivio. Calder estará bien.

Todos lo estarán. Hemos superado esto, algo hechos polvo, pero lo hemos logrado.

Al final todos nos acostamos para descansar un poco. Incluso Hudson, aunque primero se pasa lo que sinceramente espero que sea su última hora en una ducha intentando limpiar mi sangre imaginaria de su piel. Pero todos procuramos dormir aunque sea un poco. Porque sabemos lo que viene a continuación…

No puedo evitar el fuerte martilleo de mi corazón unas horas después cuando empezamos a movernos de nuevo, aunque me late a un ritmo mucho más pausado que con la ruleta de la cámara. Solo dura unos quince segundos, y entonces todas las luces de la celda se vuelven moradas.

—¿Qué está pasando? —pregunta Hudson mirando las luces moradas con divertida inquietud.

Remy sonríe mientras abre la puerta del suelo por la que normalmente llega nuestra comida.

—Aferraos a vuestro dinero y a vuestra magia, chicos y chicas, porque por fin hemos llegado. Bienvenidos a la fosa.

130

La suerte es para los troleados

Se me forman mil nudos en el estómago mientras nos disponemos a bajar por la escalera. Me había acostumbrado al hexágono. Lo odio, pero me había acostumbrado. No obstante, no me puedo ni imaginar cómo será la fosa. Sabía que teníamos que ir; sabía que teníamos que enfrentarnos a lo que sea que haya ahí, pero una parte de mí quiere quedarse aquí.

Miro a mi grupo y me doy cuenta, no por primera vez, de lo pequeña que soy en comparación con ellos.

Flint y Hudson no parecen tener tantas reservas sobre ir allí, a juzgar por cómo se agolpan alrededor de la abertura para intentar ver lo que sea que la fosa tenga que ofrecer.

Calder se dispone a bajar, pero Remy la detiene con una mano en el hombro.

—Si vas a querer algo de aquí, tienes que cogerlo ahora —le dice.

La mirada que le lanza da más miedo que ninguna que le haya visto poner antes y, por un segundo, creo que se lo va a quitar de encima. Pero entonces vuelve a su cama, y abre el cajón inferior. No sé qué coge, pero debe de ser algo pequeño, porque lo esconde en alguna parte en su persona.

—Recordad —dice Remy—. Tenemos doce horas para salir de esta cárcel. Si no escapamos para entonces, hemos de regresar a la celda e iniciar todo el proceso de nuevo. Solo que esta vez tendremos que pasar por los nueve giros de la cámara. —Nos mira—. Ninguno queremos eso. Pero si se agotan las doce horas y no estamos fuera... Debéis aseguraros de estar de vuelta aquí, aunque sea una mierda. Cualquier celda que vuelve tarde de la fosa tiene que pasar por la cámara durante un mes seguido. Y, evidentemente, nadie llega tarde nunca. No seamos los primeros.

—Vamos a encontrar una salida —dice Hudson, y ojalá yo me sintiera tan confiada. Quizá ahora que Hudson ha vencido su pesadilla no tenga que volver a pasar por ello, pero no confío en nada de este lugar, y no pienso dar nada por hecho.

—Espero de verdad que tengas razón —responde Remy. Entonces nos indica que le precedamos por las escaleras, y se me encoge el estómago.

No quiero ser la primera en bajar. ¿Y si alguien del hexágono nos está esperando? O, peor aún, alguien que vive en la fosa. Me estremezco y estoy a punto de sugerir bajar la última, pero entonces veo a Calder, que se está atusando el pelo; a Flint, que se está frotando las manos y

la sonrisa en los ojos de Hudson de verme por fin abandonando esta celda, y me doy cuenta de que no puedo dejar que nadie sepa lo asustada que estoy en realidad. Puede que sea el eslabón más débil del grupo, pero nadie tiene por qué saberlo.

Me acerco al agujero y veo a Calder bajar la primera. Yo voy después, con los chicos a la zaga. Pero en cuanto llego abajo del todo, me doy cuenta de que algo va muy muy mal.

Porque el lugar que estoy mirando no tiene nada que ver con lo que me había imaginado. De hecho, no se parece a nada que haya visto antes. Y aún no sé si eso es bueno o malo.

A nuestro alrededor otras personas bajan de sus celdas. Una vez que llegan al suelo, salen corriendo... y se dirigen al laberinto de comerciantes y puestos que hay a lo largo de la carretera sobre la que hemos descendido. Cientos de personas corriendo hacia decenas de puestecitos donde pueden comprar ropa, comida, cerveza y un montón de cosas más si los llamativos carteles sobre los tenderetes son algún indicativo de los bienes que ofrecen.

Es lo último que esperaba ver aquí, pero ahora sé por qué Remy estaba tan obsesionado con que ganásemos dinero cada vez que íbamos al hexágono los últimos días. Es imposible sobrevivir aquí abajo sin él.

Puede que no sepa mucho sobre este lugar, pero soy lo bastante lista como para saber eso. Y si queremos ayuda, vamos a tener que pagar por ella.

—¿Esto es la fosa? —pregunta Hudson, y parece tan pasmado como yo.

—Pensaba que sería… —Flint deja la frase a medias, y lo entiendo. Está intentando encontrar la forma menos ofensiva de decirlo. Lo sé, porque yo he estado haciendo lo mismo durante los últimos cinco minutos.

—¿Una versión compartida de tu infierno particular? —pregunta Remy.

Flint se encoge de hombros.

—Sí, algo así.

—¿Por qué iba a querer nadie intentar llegar a la fosa entonces? La idea es hacer que la gente expíe sus actos. Si te arriesgas a entrar en la cámara, y sobre todo si lo haces, esta es tu recompensa. —Calder extiende los brazos a los lados y empieza a girar como una de esas chicas de los antiguos concursos que mostraban los productos.

—¿Adónde vamos primero? —pregunto cuando empezamos a abrirnos paso entre la multitud de prisioneros. Todos los de nuestro nivel están aquí esta noche, lo que significa que son todo caras familiares del hexágono.

Un aquelarre de brujas pasa por delante y me mira tan mal que probablemente me haya lanzado un mal de ojo por primera vez en mi vida, pero paso de ellas. Cosa que me resulta bastante fácil cuando Hudson me pone la mano en la espalda para brindarme su claro apoyo.

—Tengo que recoger un par de paquetes —dice Remy—. Después podemos ir a buscar al herrero.

—Siempre con tus paquetes —bromeo.

Calder se atusa el pelo y agita la cabeza.

—¿Cómo crees que ha llegado a ser el chico más rico de la cárcel? A ver, si dependiera del físico, yo estaría forrada.

—Desde luego que sí —asiente Remy con una sonrisa, mientras Flint pone los ojos en blanco.

—Si eres el chico más rico de la cárcel —pienso en voz alta—. ¿Por qué necesitábamos más dinero para salir?

—*Cher*, si tuviera el dinero suficiente para salir, ¿no crees que ya lo habría hecho? —Me mira enarcando una ceja mientras se aparta a la izquierda para evitar un enorme contenedor de metal que hay a un lado de la carretera—. Y ahora necesitamos que salgan seis personas. Como he dicho, va a hacer falta aún más dinero y muchísima suerte.

Las calles continúan llenándose mientras las vamos recorriendo, la multitud se vuelve más densa y más bulliciosa conforme se vacían las últimas celdas. Para cuando llegamos a la esquina, los cinco estamos tan pegados los unos a los otros que acabo pisándole el pie a Hudson más de una vez. Al final nos detenemos en un puesto de cervezas y otras bebidas con un cartel que anuncia con orgullo PRADISO, y espero sinceramente que esta no sea la definición del propietario del paraíso, porque no.

Parece que un montón de elfos (orejas puntiagudas) y de duendes (huelgan las descripciones) van ya por su segunda o tercera ronda.

—¿Está lista la mercancía? —le pregunta Remy al espeluznante camarero de los ojos sin vida y la piel cetrina, que estoy segura de que es un tritón a juzgar por los tatuajes que lleva en su torso desnudo.

El camarero termina de servir una pinta de una especie de cerveza negra y la desliza por la barra de madera

contrachapada pulida hasta un elfo que está sentado en un taburete al otro extremo. Después se seca las manos con un trapo, rebusca bajo la barra y saca un paquete envuelto con papel marrón.

Remy lo coge, asiente y le choca el puño. Después se vuelve y se marcha.

La tercera vez que esto sucede, acabamos en un puesto de adivinación bastante sospechoso en el que hay unas cartas de tarot sucias y un viejo trol marchito vestido con un brillante *blazer* naranja y morado con lentejuelas en el cuello y los puños. Al parecer, nacer con magia no implica nacer con gusto.

Esperamos fuera mientras Remy entra y entrega uno de los paquetes que ha recogido antes y, mientras observamos cómo el tipo hace trucos de cartas con su tarot, Hudson le pregunta a Calder:

—¿Cómo puede adivinar el futuro si tiene la magia restringida?

—No está restringida —responde—. Las personas que trabajan en la fosa no son presos. Son comerciantes que vienen cada día a hacer su trabajo.

—Y ¿están de acuerdo con lo que sucede aquí? —pregunto horrorizada—. ¿Solo porque pueden sacar algo de pasta con ello?

—A lo mejor no lo saben —sugiere Flint—. Si esto es lo único que ven…

—A lo mejor no lo quieren saber —respondo—. A ver, mira a esta gente. Todo el mundo tiene la magia restringida; a varias personas les faltan partes del cuerpo por cortesía de esos guardias psicópatas y caníbales.

Muchos de los presos rozan los límites de la locura por el tiempo que han pasado en la cámara. ¿Cómo es posible que no se den cuenta?

—Ya, bueno, la gente tiende a pensar que las personas que están en la cárcel se merecen el castigo que se les haya impuesto —comenta Hudson—. Solo acabas en la cárcel si has hecho algo malo. Tú elegiste cometer un crimen. Pero, por supuesto, cuando ellos quebrantan la ley es circunstancial. No tenían elección. Fueron víctimas de las circunstancias.

Remy se encoge de hombros.

—Solo los criminales acaban entre rejas. Las víctimas no. Así es como se diferencian, supongo.

—Eso es horrible —respondo.

—Es lo que es.

Me cruzo de brazos y me apoyo en el poste que sostiene en pie este puesto destartalado.

—Ya, bueno, pues es una mierda.

—Si esta gente entra —dice Hudson—, tienen que salir por alguna parte.

Remy sonríe reuniéndose con nosotros de nuevo.

—Bingo.

Expulso por fin de mi pecho el aliento que no sabía que estaba conteniendo mientras miro a Flint y a Hudson, y todos estamos sonriendo. Esto es una oportunidad. Y Remy parece mantener una buena relación con los comerciantes, tal vez ese haya sido su plan desde el principio. Ver si podíamos escaparnos con ellos al final del día. No me extraña que le preocupase el tema de esconder al herrero.

Remy se vuelve para que nos marchemos, pero el trol nos sigue fuera con las cartas de tarot en la mano.

—Deja que te lea el futuro, guapa.

—Hoy no, Lester —le dice Calder—, tenemos cosas que hacer.

—No estaba hablando contigo —responde el trol mientras abre en abanico la baraja—. Elige una —me dice.

—Ah, no creo que…

—Corre por cuenta de la casa —insiste haciendo un gesto para que no me preocupe—. Te pareces mucho a mi nieta favorita.

No tengo ni idea de cómo tomarme eso, teniendo en cuenta que es un trol, pero sonrío y digo:

—Gracias, pero tenemos que irnos.

—¿A qué vienen tantas prisas? —Se mira el reloj—. Aún faltan once horas y media para tener que regresar a vuestra celda. Puedes concederle al viejo Lester tres minutos.

Empiezo a negarme de nuevo; con todo lo que estamos a punto de intentar, me parece bastante arriesgado dejar que un adivino me lea el futuro.

Pero Remy asiente, y está claro que siente debilidad por Lester. De modo que, aunque sé que me voy a arrepentir, cedo y escojo una carta. Entonces me asusto un poco al ver que todos a mi alrededor se tensan, incluido Lester.

—¿Qué significa? —pregunto, ya que no sé mucho de cartas del tarot.

—Problemas —responde Hudson mientras analiza la carta que parece una especie de torre golpeada por un rayo.

—Grandes problemas —me señala Lester mientras me coge la mano con su mano libre y se la lleva a los labios. Pero entonces me huele inspirando hondo y abre los ojos como platos—. No me habías dicho quién era —le reprocha a Remy.

Remy no contesta, solo sonríe un poco mientras yo me pregunto si será tan evidente que soy una gárgola.

Lester debe de imaginarse que Remy no va a responder, porque al final se vuelve hacia mí y dice:

—Solo hay un camino para ti, mi reina.

131

Seis paranormales y un destino

Aunque intento controlarlo, el corazón se me acelera y me inclino un poco hacia delante. Porque si este tipo puede decirme cuál es mi único y verdadero camino, soy toda oídos. Dios sabe que no he podido encontrarlo por mi cuenta.

Debe de advertir que cuenta con toda mi atención, porque se guarda las cartas en el bolsillo y entonces cubre nuestras manos unidas con la otra.

—Debes encontrar este camino y seguirlo, bonita, antes de que sea demasiado tarde.

Espero que me diga algo más, pero entonces retrocede y sonríe.

—¿Lo ves? Te he dicho que solo serían un par de minutos. —Me guiña el ojo—. Ve a buscar ese camino, niña.

Remy le lanza una moneda mientras nos despedimos y salimos, pero en cuanto giramos la esquina se echa a reír.

—Tu cara no tenía precio —me dice—. Merecía pagar cada centavo de esa moneda que le he dado.

—Bueno, ¿cómo iba saber que no era más que una sarta de mentiras? Estamos rodeados de paranormales.

—Uy, pues no sé —suelta Flint con una sonrisa—. A lo mejor porque, literalmente, era un trol.

—Tienes razón —admito mientras doblamos otra esquina y me viene un olor a comida increíble—. ¿Tacos? —pregunto, porque si hay algo que puedo reconocer a cien pasos es la esencia de los tacos—. No me habías dicho que había tacos en la fosa.

—Tacos y pizza —afirma Remy.

—Me importa un rábano la pizza, pero haría cualquier cosa por comerme unos tacos ahora mismo.

—¿Cualquier cosa? —pregunta Remy, y le guiña el ojo a Calder.

—Ya voy yo a por unos tacos, Grace. —Hudson se adelanta al resto del grupo—. ¿Cuántos quieres? ¿Cinco? ¿Diez?

Me río porque Hudson está siendo un idiota. No sé con qué piensa Remy que podría extorsionarme a cambio de unos tacos, pero está claro que Hudson no está muy por la labor.

—¿Qué tal tres? —le pido mientras corro para alcanzarlo.

Tardamos unos minutos. Al parecer, a los paranormales les encantan los tacos tanto como a las chicas de California del Sur, pero al final acabamos sentados a una mesa de pícnic devorando unos de los mejores tacos de carne asada

que he comido en mi vida. E incluso Hudson ha vuelto a comer; tiene un termo lleno de sangre que ha conseguido en un puesto cercano.

Sin embargo, en lugar de centrarse en su comida, me observa mientras como con una enorme sonrisa en la cara. Para ser una persona que no consume alimentos, es increíble lo mucho que disfruta alimentándome. Cuando la comida por fin se termina, se vuelve hacia Remy.

—Ya que tu amigo el trol no ha sido de mucha ayuda, tengo que preguntártelo. ¿Lo has visto ya?

Remy niega con la cabeza.

—Solo lo justo como para saber que todo gira en torno a Grace.

Me trago el miedo que bulle en mi pecho y que amenaza con hacerme perder los tacos. Si este plan contaba con que yo salvase a todo el mundo... estamos condenados.

—¿Qué es lo que ves? —pregunta Hudson entrelazando su mano con la mía.

Remy se inclina hacia atrás con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Como he dicho, que vamos a necesitar dinero y mucha suerte.

—Eso no es un plan que digamos —observa Calder, y por primera vez, suena como si realmente estuviera centrada en la conversación. Como si estuviera pensando en algo que no sea ella misma—. Teniendo en cuenta que somos seis personas las que tenemos que salir de aquí.

—Lo sé —conviene Remy negando con la cabeza—. Pero tenemos tres flores, lo que significa que solo tenemos que averiguar cómo sacar a tres de nosotros. El herrero

recibirá una de las flores, evidentemente. Es imposible que la cárcel lo deje ir a menos que no le quede otro remedio. Mis visiones no paran de decirme que la única manera que yo tengo de salir es con una flor. Pero debe de haber otro modo para todos los demás.

Sus ojos se vuelven dos remolinos de humo de nuevo.

—A veces veo que salís. Otras veces esa visión desaparece. —Sus ojos recuperan su tono verde bosque de nuevo mientras continúa—. Así que está claro que hay cosas que necesitamos hacer que todavía no se han decidido.

—A lo mejor ya han expiado sus faltas —dice Calder—. Tal vez sea así como salen Flint y Hudson. Y Grace usa la otra flor.

—Entonces quedas tú —le señalo.

—Quizá eso no sea más que una quimera. Tal vez la cárcel no pueda soportar que me vaya a ninguna parte. —Se obliga a sonreír, y entonces se atusa el pelo de un modo tan impresionante que incluso alguien desde la mesa de detrás de nosotros silba—. A ver, ¿quién iba a renunciar a esto?

—No vamos a marcharnos sin ti —le digo, algo que Remy secunda inmediatamente.

—Bueno, entonces, hagamos lo que podamos —sugiere Hudson—. Tenemos diez horas y media antes de que todo se vaya al infierno, así que solucionemos este problema. ¿Cuál es el paso siguiente?

—El herrero —responde Flint—. ¿No? Nuestras opciones cambian en función de si podemos convencerlo para que

escape con nosotros o no. Así que vamos a hablar con él antes de preocuparnos por el resto.

Tiene razón. Es el siguiente paso más evidente. Por eso, después de tirar nuestra basura al contenedor, seguimos a Remy de nuevo hacia la calle atestada.

No tarda mucho en desviarnos por un callejón estrecho y oscuro, y después pasamos por delante de un par de windigos gigantes. Espero que nos detengan, pero uno saluda mientras que el otro le da unas palmaditas a Remy en la cabeza. Entonces recuerdo, una vez más, que esta gente, estas criaturas, lo criaron tras la muerte de su madre cuando tenía cinco años. Que este lugar es su hogar tanto como su prisión.

No puedo evitar preguntarme qué debe de sentir al saber que, una vez que se marche, no volverá a ver a ninguna de estas personas jamás, pese a que algunas de ellas son lo más parecido a una familia que ha tenido nunca.

El otro día Calder mencionó algo que aprendí cuando llegué al Katmere: que no es solo la familia en la que naces la que te hace ser quien eres, sino también la familia que haces. A menudo es esta última la que te ayuda a refrescarte en los días calurosos y la que te ancla cuando el mar está agitado.

Debe de ser espantoso tener que renunciar a eso solo por disponer de la oportunidad de por fin poder vivir de verdad.

Giramos un par de veces más y oímos un fuerte estruendo. Quiero preguntarle a Remy qué lo provoca, pero avanza muy rápido y supongo que no debo distraerlo. Además, no estoy del todo segura de querer saberlo.

Tomamos un último desvío y acabamos en un camino repleto de edificios tan oscuro que tengo que agarrarme a Hudson para asegurarme de no tropezar en la más absoluta negrura. Y, para ser una criatura supuestamente «de la oscuridad», me parece una vergüenza no tener mejor visión nocturna.

Por el lado positivo, el camino se ilumina un poco conforme avanzamos por él, pero no me doy cuenta de por qué hasta que no llegamos casi al final.

La luz (y el calor) que estamos recibiendo procede del horno más grande que he visto jamás. Un horno en el que trabaja en estos momentos un gigante con una inmensa máscara de soldadura sobre la frente. Un gigante que, tras ver a Remy, se levanta la máscara...

Y sofoco un grito.

Su rostro está repleto de la frente a la barbilla de las cicatrices más horribles que he visto jamás.

132

Las cadenas no son lo único que se rompe

Fue cosa de Cyrus. Lo sé. Todo mi ser me lo grita. Él torturó a este hombre, de la misma manera que lleva torturando a la Bestia Imbatible desde hace un milenio, simplemente porque podía hacerlo.

Es asqueroso. Inconcebible. Y sin embargo aquí está, una prueba más de que Cyrus es vil, inhumano, cruel. Y de que debemos detenerlo, cueste lo que cueste. Porque cualquier persona capaz de hacer esto, cualquier persona que hace daño a otra de esta manera solo porque sí, cualquier persona que se pasa siglos usando y destruyendo a su propio hijo… es capaz de todo.

Cuando me paro a pensar en los motivos por los que nos ha enviado a la cárcel mientras él anda por ahí tan campante hace que esté todavía más decidida a detenerlo. Más decidida a asegurarme de que no vuelve a hacer daño

a nadie más. Me prometo a mí misma que, cuando salgamos y recupere a mi gárgola, Cyrus pagará por esto.

—¿Qué quieres, chico? —le pregunta a Remy el herrero con una voz tan grave y atronadora que hace temblar las ventanas del edificio a nuestro alrededor. Cosa que tiene sentido, teniendo en cuenta que es gigantesco. No gigantesco como la Bestia Imbatible, pero tampoco es del tamaño medio de los gigantes. Es grande, muy grande, pero no me doy cuenta de hasta qué punto hasta que Remy no se acerca a él. Nuestro amigo, que medirá algo más de metro noventa, apenas alcanza un tercio de la altura de este tipo, que debe de medir casi seis metros. Un gigante entre los gigantes.

No me extraña que su horno sea tan enorme.

—Tenemos una propuesta para ti —dice Remy en voz muy alta.

—No tengo tiempo para proposiciones. Tengo celdas que forjar. —Se vuelve y agarra un molde curvo inmenso de la pila que tiene detrás y lo coloca sobre su mesa de trabajo.

Reconozco la forma y la curva del material, he estado mirando una versión acabada de esto durante días en nuestra celda. Es parte de la pared que conforma la jaula en la que estamos encerrados, y la levanta como si no pesara nada.

«Celdas», articulo a Hudson, cuya expresión se ha tornado seria. El brazalete dentro de un brazalete dentro de un brazalete en el que estamos todos atrapados. No me extraña que esté prácticamente esclavizado aquí. La cárcel cesaría de existir sin él... cosa que, no voy a mentir, a mí me parece una doble victoria.

—¿Por qué estás fabricando celdas? —pregunta Remy—. Mavica dice que hay algunas vacías por primera vez en años.

—Es la calma antes de la tormenta —responde el herrero mientras vuelve a colocarse la visera y abre las enormes puertas del horno. La temperatura de la ola de calor que sale de él es tan alta que no sé cómo Remy puede permanecer tan cerca. Yo tengo la sensación de haberme medio derretido, y eso que estoy al menos a seis metros de distancia.

—¡¿Qué significa eso?! —grita Flint para que lo oiga por encima del rugido del gigante fuego.

—Significa que alguien está planeando enviar a un montón de prisioneros más aquí —responde Hudson con un tono adusto que sugiere que Cyrus es ese alguien en cuestión.

—¿Del Katmere? —pregunto asqueada.

—De cualquier parte, imagino —responde Remy cáusticamente.

El herrero rellena lentamente el molde con el metal fundido y, acto seguido, lo deja a un lado antes de colocar una inmensa pieza de metal incandescente sobre su mesa de trabajo y empezar a golpearla con una estruendosa almádena hasta que una curva muy distintiva y reconocible comienza a formarse.

Para cuando la curva aparece, el metal ya ha empezado a enfriarse, de modo que abre de nuevo el horno y vuelve a meterla dentro. Cosa que me alegra, porque el ruido de los golpes era tan fuerte que me resultaba casi imposible pensar.

—Tenéis que iros —nos dice el herrero cogiendo una jarra de unos cuatrocientos litros de agua y echando un trago rápido.

—Creo que querrás oír lo que tenemos que decir —afirma Remy.

El herrero parece que va a negarse, pero al final toma asiento en una roca inmensa y nos mira molesto.

—Bien, decidme lo que sea que tengáis que decirme para que pueda negarme y os vayáis de una vez.

No es la invitación más abierta que he oído, pero es más de lo que pensaba que íbamos a obtener de él, así que estoy intentando ser optimista.

—Necesitamos que nos hagas una llave —le expone Flint, empezando poco a poco, creo que para ver si despierta su interés.

Afortunadamente funciona.

—¿Qué clase de llave?

Hudson interviene y le explica lo de la Bestia Imbatible, que lleva encadenada mil años con unos grilletes que él mismo forjó.

Pero en cuanto el gigante oye hablar sobre la bestia (y sobre los grilletes), empieza a negar con la cabeza.

—No puedo hacer eso —nos dice—. Ni hablar.

—¿Por qué no? —pregunto—. ¿No crees que mil años es tiempo suficiente para que alguien permanezca encadenado? —Uso este argumento adrede, sabiendo que él lleva esclavizado el mismo tiempo.

—Mil segundos es demasiado tiempo para que alguien permanezca esclavizado —responde—, pero que yo crea eso no significa que pueda ayudaros.

—Pero es tu trabajo. Tú eres el herrero que forjó los grilletes para retenerla.

—Sí, y también soy el herrero que sirve sin recibir remuneración en esta cárcel. La mayor parte del tiempo me dejan en paz siempre y cuando haga las celdas y los brazaletes. Me gusta que así sea, y no pienso arriesgar la vida que tengo ahora para intentar mejorar la de una criatura que cabreó a Cyrus para toda la eternidad. Una criatura a la que ni siquiera conozco.

«Pero es que sí la conoces —quiero decirle—. En muchos sentidos, es igual que tú.» Aunque sé que no importará. Las personas que sufren rara vez sienten conmiseración por los demás.

—Si no lo haces por un desconocido —pregunto—, ¿qué te parece hacerlo por alguien a quien sí conoces, Vander? Alguien a quien quieres.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunta—. Nadie aquí sabe mi nombre.

—Porque conozco a Falia —le contesto—. Y quiere que vuelvas con ella.

—¡Mentira! —estalla—. ¿Qué clase de engaño es este? Mi Falia está a miles de kilómetros de aquí…

—En un bosque de secuoyas, lo sé. Estuve allí con ella hace unas semanas. —Señalo a Hudson y a Flint—. Los tres estuvimos.

—No te creo. ¿Por qué ibas a visitar a Falia? Y ¿cómo? —Su voz es desdeñosa—. Estás en la cárcel.

—Solo llevamos en la cárcel unos días —le explica Flint.

—Y en parte hemos venido por ti —añade Hudson—. Para convencerte de que nos hagas una llave y para ayudarte a

escapar de aquí y que puedas regresar con Falia.

—¡Mentira! —brama de nuevo, y se vuelve, agarra a Hudson con uno de sus carnosos puños y lo sacude—. Nadie sale nunca de este lugar. Nadie. Lo que significa que os lo haré pagar si me estáis mintiendo sobre mi Falia.

—¡No mentimos! —dice Hudson mientras se esfuerza por liberar sus brazos de la mano del gigante, pero está claro que no va a poder hacerlo. Corro a su lado y coloco una mano sobre el brazo libre del gigante.

—Te lo juro. Me pidió que te dijera: «Todavía lo recuerdo».

Suelta a Hudson tan rápido y con tanta fuerza que aterriza de cuclillas por poco.

—¿Qué has dicho? —susurra Vander, y sus ojos se inundan de lágrimas.

—Me aseguró que tú sabrías lo que significaba —le digo.

—Todavía recuerda el poema. —Su respiración se vuelve agitada—. ¿Todavía se acuerda de mí?

—Te quiere, Vander —afirma Hudson—. Nunca ha dejado de quererte. Y sufre por ello.

Esto último es como un golpe para el gigante que casi lo derriba de la roca. Entonces, con manos temblorosas, pregunta:

—¿Y nuestras niñas?

—No las conocimos —le explico con voz suave—. Solo a Falia, que llora tu ausencia. Que se aferra a la promesa que le hiciste... al anillo que le diste. —Sus ojos se llenan de angustia con un dolor tan descarnado que casi duele mirarlo. Pero insisto—: Le hiciste una promesa... y yo le prometí que te ayudaría a cumplirla.

»Que te liberaría y te enviaría a casa junto a ella. —Hago una pausa, pensando en que tal vez Vander necesite que lo convenza un poco más—. Y no se trata de una promesa cualquiera. Soy la futura reina gárgola, y mis promesas se transforman en ley. —Hago una pausa y analizo su rostro para ver si mi hipérbole ha hecho mella.

Sigue pareciendo escéptico.

—Tenemos un plan de fuga —dice Remy rápidamente.

—Pero necesitaremos esa llave primero —añade Hudson.

Al principio el herrero no dice nada. Solo se queda mirando al vacío, con unas lágrimas del tamaño de mi puño descendiendo por su rostro. Por fin, cuando estoy empezando a pensar que no hemos conseguido convencerlo y que no hay nada que hacer, susurra:

—Esta llave. ¿Para cuándo la necesitáis?

Los cinco intercambiamos una rápida mirada.

—Para esta noche —señala Remy—. Si crees que es posible.

El herrero mira las vigas de metal expuestas en el almacén. Después nos mira a nosotros.

—Necesito seis horas.

—¿Seis horas para hacerla? —pregunta Hudson para que quede claro—. Si volvemos dentro de seis horas, ¿tendrás la llave?

—Si volvéis dentro de seis horas, tendréis la llave. Y me tendréis a mí. —Barre con la mirada a todos los demás y la fija en mí—. ¿Me llevaréis con vosotros cuando os fuguéis?

—Te lo prometo —le digo—. Tenemos un modo de liberarte.

Asiente, y entonces añade:

—Seis horas. Estaré listo.

Le sonrío afablemente y contesto:

—Gracias.

Asiente.

—Gracias a ti.

Quiero regodearme en la victoria durante un minuto, y en el hecho de que es posible que de verdad salgamos de aquí y que encontremos el modo de liberar a la Bestia Imbatible, pero al parecer Remy tiene cosas más importantes que hacer.

Apenas me he alejado dos pasos del gigante cuando Remy da una palmada y dice:

—Si solo tenemos seis horas, más nos vale ponernos en marcha.

133

Todo el mundo se deja la piel

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Flint cuando regresamos por el callejón oscuro que nos ha llevado hasta el herrero, y por cómo camina dando saltitos está claro que está contento.

Y no me extraña. Yo estoy tan emocionada de que el herrero haya accedido a ayudarnos que siento ganas de gritar. Tenía tanto miedo a que dijera que no; tanto miedo a que se hubiera olvidado de su mujer y de sus hijas, y a que quisiera quedarse aquí, donde cree que pertenece.

Pero eso no ha sucedido. Está forjando la llave para liberar a la Bestia Imbatible, y va a venir con nosotros. Las cosas no podrían haber salido mejor.

—Necesito que Calder y tú encontréis a Bellamy. Está aquí en la fosa hoy, pero es difícil de encontrar. Decidle que necesito un número. Él es el único que sabe el correcto.

Flint parece confundido.

—¿Un número? ¿Rollo un número cualquiera? ¿O te refieres a uno en concreto? Porque yo puedo decirte un número ahora mismo. Puedo decirte un montón de números...

—Es un número específico, y él sabrá lo que necesito —le explica negando con la cabeza—. Y, antes de que me digas que no sabes quién es Bellamy...

—No lo sé.

—Calder sí. Por eso os he puesto juntos. —Mira a su amiga—. Buscad en los puestos de juegos primero. A ver si puedes seguirle la pista desde allí.

—Eso pensaba hacer. No es mi primer rodeo. —Entrelaza el brazo con el de Flint—. Vamos, grandullón.

Mientras los dos se alejan, con Calder intentando dirigir a Flint en una canción que ninguno de nosotros hemos oído antes, Remy se vuelve hacia mí.

—Necesito que tú vengas conmigo, Grace. Tenemos que ir a un sitio y no hay tiempo que perder.

—¿Adónde vamos? —pregunta Hudson.

—Tú no vienes —le responde Remy—. Solo iremos Grace y yo. Tenemos algo que hacer. Lo he visto. Pero tengo otra misión para ti.

—Pues mala suerte, porque no pienso apartarme del lado de Grace.

—Sé que solo soy humana, pero estaré bien —le garantizo. Intento centrarme en lo dulce que es que mi compañero quiera protegerme en lugar de pensar que cree que no puedo protegerme sola.

Enarca las cejas.

—Por supuesto que estarás bien, Grace. —Niega con la cabeza—. Tienes razón. Estarás bien sin mí. ¿Adónde quieres que vaya, Remy?

—A los cuadriláteros. Si queremos salir de aquí, necesitaremos mucho dinero. Y la única forma de ganar tanto dinero en tan poco tiempo es luchando por él. —Se encoge de hombros—. Eso si crees que puedes hacerlo, claro.

—¿Por dónde empiezo? —Hudson sonríe, me rodea la cintura con el brazo y me estrecha contra él.

—Hay cuatro cuadriláteros distintos dos calles más allá. Escoge uno por el que empezar. —Le lanza a Hudson un par de monedas de oro—. Con esto deberías poder acceder.

Hudson las atrapa con la mano libre y se las guarda en el bolsillo.

—Tengo las mías, pero gracias. —Entonces me da unos besitos en la mejilla y en la oreja—. Todo irá bien, nena.

—Vas a darle una paliza a esa gente y a dejar que te den una paliza a ti también. Suena delicioso. Más te vale volver de una pieza —insisto.

—Supongo que tendrás que esperar para verlo. —Me da otro beso (esta vez uno de verdad) y se aparta. Después le lanza a Remy una mirada de advertencia—. Quiero que vuelva de ese recado que tengas que hacer en las mismas condiciones en las que está ahora.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo mismo te digo.

Pero solo se ríe y me promete:

—Lo intentaré. —Y regresa por donde habíamos venido.

—¡Eso no me da mucha seguridad! —le grito, pero se echa a reír y se desvanece.

—Espero que no se haga daño —le digo a Remy mientras me guía en la otra dirección.

—Ya, bueno, date prisa. —Remy empieza a apresurarme —. O te perderás tu oportunidad de demostrar tus cualidades.

Entorno los ojos.

—No me gustan los clubs de lucha.

—Ni falta que hace. —Se ríe—. No es esa clase de lugar.

—Y ¿qué clase de lugar es? —pregunto.

—Uno mucho más emocionante.

134

Algo más que las emociones a flor de piel

Diez minutos después estoy mirando a través de la ventana de la tienda en la que Remy quiere que entre. No lo creo.

—Prefiero los clubs de la lucha —le digo con los ojos muy abiertos.

—Ya, bueno, esa es tarea de Hudson. Esta es la tuya.

Niego con la cabeza.

—Pues nos las cambiamos.

Se ríe, el muy capullo. Se parte de risa, incluso mientras intenta guiarme hacia la puerta.

—Me temo que las cosas no funcionan así.

—Tío, no pienso hacerme un tatuaje.

—Tienes que hacerlo.

—¿Perdona? —Lo fulmino con la mirada—. Esa decisión me corresponde a mí, no a ti.

Suspira.

—No estoy intentando obligarte a hacer nada. Pero, si quieres que salgamos todos de este lugar, este es el único modo que conozco de hacerlo.

—¿Con un tatuaje? —pregunto con escepticismo.

—Con uno de los tatuajes de Vikram —responde mientras me abre la puerta—. Tengo una teoría.

—Y ¿voy a tatuarme por una teoría?

—Te va a tatuar uno de los brujos más poderosos de la fosa por una teoría. —Me guiña el ojo—. No es lo mismo.

—¿Entonces…? —pregunto.

—Llevo pensando en esto desde que me metiste en la pesadilla de Hudson. Tú puedes canalizar la magia, ¿verdad?

—Ya sabes que sí. —Echo un vistazo al lugar, que parece más una peluquería exclusiva que un estudio de tatuajes corriente. Tampoco es que haya estado en muchos, pero, a menos que todas las películas mientan, por no hablar de todos los sitios de tatuajes por delante de los que he pasado con el coche, este en concreto es realmente cursi. Lo cual tampoco es que sea malo, decido cuando la recepcionista de pelo verde y dorado nos ofrece agua con pepino mientras esperamos—. Pero no puedo usar tu magia de la misma forma en que lo haces tú. Solo puedo canalizarla.

Asiente.

—Ya. Creo que es porque no estás hecha para albergar magia, de modo que te abandona en cuanto la recibes. Eres un conducto.

En fin, ¿a quién no le encanta que la comparen con un cable eléctrico? Aunque he de admitir que tengo curiosidad por saber adónde quiere ir a parar.

—Digamos que estoy de acuerdo con eso. ¿Qué pinta un tatuaje en todo esto?

—Los tatuajes de Vikram hacen toda clase de cosas. De modo que creo que con el tatuaje correcto puedes absorber mi magia, incluida aquella a la que nunca he podido acceder, y contenerla en el tatuaje. Entonces puedes volver a enviármela, libre de las restricciones mágicas de la prisión. —Hace una pausa mientras asimilo su idea. Después se inclina hacia delante y no sé si es a mí o a sí mismo a quien está intentando convencer cuando dice—: No sé quién era mi padre, pero mi madre solía contarme un cuento sobre que él me dio el suficiente poder como para abrir un agujero en esta cárcel. Para echarla abajo cuando estuviera preparado.

Me remonto a ese minuto en que lo agarré de la muñeca por primera vez. Tenía poder, pero no mucho. ¿Acaso simplemente estaba oculto para mí?

—¿Es así como salimos?

Niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero sé que, cuando me das la flor, tienes un tatuaje en el brazo. Y puesto que no tienes ninguno ahora, debes de hacértelo en la fosa. Y ¿para qué ibas a hacerte uno sino para liberar mi magia y que podamos salir?

—Entonces este tatuaje podría servirnos para salir de aquí o no. Lo único que sabes es que me lo hago. —Pienso en esto y suspiro. Quiero decirle que no voy a hacérmelo, pero ¿y si tiene razón y es nuestra única salida? Detestaría joderlo todo por no querer mantener la mente abierta—. ¿Puede ser pequeño al menos? ¿Y en algún sitio donde mi tío Finn no lo vea?

Se echa a reír.

—Puede ser donde quieras, Grace. No creo que importe dónde lo vi.

Pero resulta que eso no es cierto, porque cuando Remy le dice su nombre a la recepcionista, esta abre los ojos sorprendida. Se disculpa un momento y corre a la trastienda. Segundos después la tatuadora sale a recibirnos, y mola mogollón. Probablemente tenga unos cincuenta o sesenta años, y luce el pelo corto y cano con dos trencitas con las puntas teñidas de azul de manera que parecen dos carámbanos. Lleva una camiseta de tirantes negra que muestra sus dos mangas de tatuajes, una con motivos de agua y otra de tierra, y son absolutamente hermosas.

—¿Remy? —pregunta—. ¿Eres tú?

—¿Sí? —Parece confundido—. Disculpe, ¿nos conocemos?

—Tu madre te trajo aquí cuando eras muy pequeño, demasiado como para que puedas recordarlo, supongo. —Le tiende la mano—. Soy Eliza.

Él la acepta.

—Soy... —Se pone colorado cuando se da cuenta de que está a punto de presentarse de nuevo, y caigo en que es la primera vez que lo veo tan perturbado. Me pregunto si es porque la mujer conocía a su madre o si es porque, por primera vez desde que estoy aquí, alguien sabe más sobre una situación que él.

Me señala.

—Esta es Grace.

—¿Grace? —dice y abre mucho los ojos—. Entonces esta es la chica que se enfrentó al aquelarre Nightbloom... y

vivió para contarlo. He oído cosas buenas sobre ti, Grace.

Ahora es mi turno de sentirme incómoda.

—Ah... eh... gracias. Fue más suerte que otra cosa.

Se echa a reír.

—Tantas cosas en la vida lo son... —Nos indica que la acompañemos al fondo del establecimiento—. Venga, empecemos.

—Pero todavía no hemos elegido el diseño —protesto.

La mujer es muy guay y me encantan sus tatuajes, pero yo no quiero hacerme una manga entera que cubra toda la piel de mi brazo.

Al menos no en este momento.

Eliza parece confundida.

—Pero si ya he creado el diseño. La madre de Remy me pagó para que lo hiciera hace doce años, y dijo que tú aparecerías cuando fuera necesario. He dado por hecho al verte que...

—¿Mi madre hizo eso? —pregunta Remy, y suena pasmado..., pero también conmovido de un modo que no parece ser capaz de procesar.

—Creo que siempre supo que algún día necesitarías que hubiera hecho eso —dice Eliza, y le da un apretón en el hombro—. Conocía a tu madre... Le hice algunos tatuajes a lo largo de los años. Y si algo sé a ciencia cierta es que te quería, chico.

Remy traga saliva. Entonces susurra:

—Gracias.

—De nada. —Asiente bruscamente, como si hubiese agotado su cuota de sensiblería por hoy—. Bueno, ¿quién está lista para tatuarse?

—Yo —le digo, aunque estoy un poco nerviosa—. ¿Puedo al menos ver antes el diseño? —«Ya que soy la que va a llevarlo en la piel durante el resto de mi vida», implica mi tono.

—Pues... no. —Eliza sonríe—. Creo que debería ser una sorpresa.

135

Sonado

—¿Vas a quedarte mirándolo todo el día? —pregunta Remy divertido.

Estamos abriéndonos paso entre la gente para reunirnos con los demás en el puesto de tacos cercano a la forja del herrero, pero llegamos tarde porque hacerme el tatuaje ha costado casi las seis horas que el herrero nos ha concedido.

Y aunque me duele el brazo, no puedo dejar de mirarlo. Eliza sabe lo que se hace y, al parecer, la madre de Remy también lo sabía, porque es el tatuaje más bonito que he visto en mi vida. Lo cual es algo bueno, supongo, teniendo en cuenta que está en mi cuerpo.

El hecho de que Eliza me haya cortado la manga del mono me ha preocupado en su momento, pero ahora estoy entusiasmada. De lo contrario no podría ver el tatuaje y, sinceramente, no puedo apartar los ojos de él.

Empieza en el borde externo de mi muñeca izquierda y me rodea todo el brazo con un diseño ampliamente espaciado que asciende por mi brazo, hasta que el tatuaje termina en la parte interna de mi antebrazo, donde se une con mi cuerpo. Desde cierta distancia parece un dibujo de una delicada enredadera con unas flores y algunas gotas de rocío, pero al verlo de cerca no hay líneas reales en todo el tatuaje. Está compuesto de millones de minúsculos puntos de distintos colores tan cerca unos de otros que forman una imagen increíble, como los píxeles de una pantalla de televisión, si ese televisor centellease.

De lejos es bonito. De cerca es absolutamente impresionante y resulta imposible imaginar cómo ha podido formarse. Yo estaba ahí, viendo todo el proceso, y sigo sin tener ni idea de cómo o cuándo ha pasado de ser un puñado de puntos a convertirse en este tatuaje tan precioso, delicado y femenino que no puedo dejar de admirar.

Ahora lo único que me preocupa es saber si funciona. Es un tatuaje que luciré con orgullo toda mi vida, claro, pero sería mucho mejor si consiguiese hacer lo que necesito que haga. Lo cual me parece algo inverosímil, he de admitir, pero no más que cualquiera de las demás cosas que suceden en este lugar.

Pero cuando llegamos, me olvido del tatuaje porque Hudson está sentado a una mesa (aunque decir «sentado» es una descripción exagerada de lo que está haciendo en realidad), con pinta de que le haya pasado un camión por encima... o tres.

Hago inventario de sus heridas mientras corro sorteando las mesas para llegar hasta él.

Tiene los dos ojos morados, la nariz ligeramente torcida de un modo en que antes no lo estaba, la piel debajo del ojo izquierdo está un poco abierta, así como el labio inferior. Los nudillos en carne viva, varios arañazos en el cuello y en casi cada centímetro de su piel tiene un moratón. Aunque, a juzgar por el modo en que está tirado sobre la mesa que sostiene su costado, apuesto a que las lesiones que tiene debajo del mono son aún peores.

—Vaya —digo cuando me acerco y compruebo el estado tan deplorable en el que se encuentra. Me asusto un poco, pero no pienso demostrarlo aquí. No delante de Remy, y desde luego no delante del resto de los presos, que lo miran como si quisieran probar otra vez—. No me quiero ni imaginar cómo estará el otro tipo. ¿O debería decir «tipos»?

—Eres la mejor —me asegura con una sonrisa boba que me preocupa más que las magulladuras—. ¿Lo ves, Remy? ¡Por esto necesitas una compañera! Ni siquiera se te había pasado por la cabeza que podía perder, ¿verdad, cielo nena?

«¿Cielo nena?» ¿Cuántas veces lo habrán golpeado en la cabeza? Ahora me está sonriendo, su sonrisa está algo torcida e hinchada, pero parece contento.

—Ni por un segundo —le digo mientras intento verle los ojos para medir el tamaño de su pupila.

—¿Cuánto has ganado? —pregunta Remy, pero antes de que Hudson pueda responder, Calder llega corriendo entre las mesas con Flint encima del hombro. Está cantando *Bad*

Guy, de Billie Eilish, a pleno pulmón y parece estar completamente borracho.

»¿Qué diablos le has hecho? —espeta Remy exasperado mientras Calder lo deja caer sobre la mesa.

Flint simplemente se queda ahí tumbado hasta que llega al estribillo; entonces me sonríe con una sonrisa aún más boba que la de Hudson.

—Hola, guapetona —me suelta con la peor imitación de acento sureño que he oído en la vida.

—Hola, Flint.

—Tienes el pelo bonito. ¿Te he dicho alguna vez que tienes el pelo bonito? —Extiende la mano y coge uno de mis rizos.

—Pues no, no lo has hecho.

—Tiene el pelo bonito, ¿a que sí? —coincide Hudson mientras me coge un rizo del otro lado de mi cabeza.

—¿En serio está pasando esto? —pregunta Remy mirando a su alrededor como si esperase a que alguien le dijera que esto no es más que una broma del destino—. ¿Están dos de los cinco que somos completamente trastornados ahora mismo? ¿En el peor momento posible?

—Lo siento —dice Hudson—, pero los cíclopes golpean con fuerza.

Remy me mira como diciendo «¿Qué narices está pasando aquí?».

—¿Te has enfrentado a un cíclope?

—Quería pelear —contesta Hudson—. Tú me has dicho que tenía que pelear. Y eso he hecho.

—¡No te he dicho que te enfrentaras a un cíclope! —ruge Remy.

Flint termina con Billie Eilish y empieza con *Dynamite*, de BTS. Y, ay, madre mía. Al escuchar cómo canta a viva voz uno de los mayores éxitos de la *boy band* casi me ahogo intentando no reírme.

—¿Qué cojones le has hecho? —señala Remy a Calder con los dientes apretados.

—Nos has pedido que obtuviésemos un número de Bellamy. Tenemos el número. Pero hemos tenido que beber con él hasta que ha estado lo bastante borracho para soltarlo. —Sonríe a Flint con afecto—. Al parecer, aquí el amigo da la impresión de ser mucho más fuerte de lo que es.

Flint responde saludándola como un idiota y pasa a *Wrecking Ball* de Miley Cyrus.

—Al parecer —dice Remy, y se vuelve hacia mí—. ¿Puedes hacer algo para ayudarlos?

Miro a Flint, y luego a Hudson, que ahora está olfateando mi pelo y diciéndome lo bien que huelo, y pido:

—¿Qué sugieres que haga exactamente? Teniendo en cuenta que este desastre lo ha provocado tu gran idea.

Remy exhala un largo suspiro y se sienta en el banco frente a Hudson.

—¿Qué número os ha dado Bellamy?

La diversión de Calder desaparece tan rápido como había llegado.

—Ha dicho que necesitaban ser al menos cien mil.

—¿Por persona?

—Sí.

Remy se encoge de hombros, como diciendo «¿Por qué todo sale mal?». Después suspira y le pregunta a Hudson:

—Bueno, ¿cuánto has ganado?

Hudson deja de olisquearme el pelo el tiempo suficiente como para meter la mano debajo de la mesa y sacar un saco de dinero, que deja junto a la cabeza de Flint. Está repleto de monedas de oro, tantas que me entra hasta un mareo, pero Remy parece decepcionado.

—Si eso es todo, estamos jodidos —le dice.

Pero Hudson se echa a reír, y entonces gruñe y se sujeta las costillas.

—Duele —me dice con un resuello.

—Ay, cariño. —Le doy un besito en el hombro—. Lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer?

—No dejes que me haga reír —responde. Entonces se agacha un poco y saca otro saco de monedas. Y otro. Y otro.

¡Y otro!

—¡Joder! —exclama Calder con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Con cuánta gente has peleado?

—Con todos.

—¿Con todos? —quiere saber Remy—. ¿Con todos los que estaban en el cuadrilátero?

—Con todos los que estaban en todos los cuadriláteros —aclara Hudson—. No paraban de hacer cola, así que he seguido peleando. Me has dicho que necesitábamos mucho dinero.

—Es verdad. Joder, no me extraña que estés tan sonado. —Remy niega con la cabeza y me lanza una sonrisa de oreja a oreja—. Me he estado reservando mi juicio hasta este momento, *cher*, pero tu compañero es un tío de la hostia.

Hudson vuelve a olfatearme el pelo, de modo que me echo a reír y digo:

—Sí. Sí que lo es.

—Pero tengo una pregunta —añade Remy.

—¿Cuál?

—Si las cosas se van al traste en el próximo par de horas, ¿qué diablos se supone que vamos a hacer con estos dos?

136

Pataleta gigante

Solo tengo una respuesta para esa pregunta:

—Los vampiros se curan rápido.

—¿Tan rápido? —quiere saber Calder.

—No tengo ni idea.

Remy se levanta de nuevo.

—A ver si conseguimos que el dragón y aquí Guantes Dorados se tengan lo suficiente en pie para volver a la forja.

—¿Puedes andar, cariño? —le digo a Hudson.

—¿Por ti? —Suspira—. Lo que sea. —Y casi se cae de espaldas al levantarse. Lo agarro de la cintura rápidamente y dejo que se apoye en mí. Entierra la cara en mi pelo e inspira hondo—. Me encanta cómo hueles. —A ver, vale. Él también huele bastante bien. Pero entonces añade—: Pero sabes aún mejor. —Y me pongo colorada.

Miro a mi alrededor para ver si alguien lo ha oído, pero Calder está intentando convencer a Flint para que se beba un vaso de agua.

—Vamos, grandullón. Bébetela. Te cantaré *YMCA* si eres capaz de caminar por tu cuenta.

Flint se incorpora como si alguien le hubiese puesto un chute de cafeína en vena y sonríe a Calder con una sonrisa tonta.

—¿De verdad?

La mantícora pone los ojos en blanco.

—Si no me queda más remedio...

Flint se tambalea.

—Un trato es un trato. Pero tienes que hacer los movimientos de los brazos también. —Y entonces empieza a cantar a voz en grito la primera frase de la icónica canción.

—Tengo los fondos —dice Remy, y empieza a recoger los sacos de monedas de oro.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto, y miro a Hudson de nuevo, que sigue sin poder ponerse de pie del todo.

—No mucho, ¿por...?

—He pensado que a lo mejor podríamos alcanzarte dentro de un poco. —Intento sonar tranquila, pero hasta yo sé que no lo consigo, incluso antes de que me mire con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa, Grace? —me interroga Remy con tono de sospecha.

—Esperaba poder... —No sé por qué me avergüenza tanto admitir esto en voz alta. Es una función biológica normal.

—Poder ¿qué? —Ahora está empezando a parecer cabreado.

—Pensaba que podría darle a Hudson unos minutos para que beba de mí —suelto por fin—. La sangre le ayudará a recuperarse antes.

—¡Ah! —Remy pasa de suspicaz a divertido en dos segundos—. He de admitir, *cher*, que no te veía haciendo eso.

—¿Que no me veías? —Ahora me siento un poco insultada. ¿Acaso no parezco la clase de chica capaz de cuidar de su compañero?

—Tranquila —dice Hudson, y, aunque sigue arrastrando un poco las palabras, su mirada es sincera—. No es necesario que hagas eso.

—Ya, pero estás herido...

Me pasa el brazo alrededor del cuello y me atrae hacia él.

—Grace, no pienso beber de ti en medio de un puñado de criminales. A saber a qué clase de escoria atraería eso. —Me besa la nariz, cosa que me parecería rara de no ser porque creo que pretendía apuntar a mi boca—. Además —susurra más o menos cerca de mi oreja—, la próxima vez que te muerda, no creo que quiera parar en un plazo corto de tiempo.

Sus palabras me sonrojan de nuevo, pero antes de que pueda responderle con algo medianamente sexy, Calder nos grita que va a venir a hacernos el baile de *YMCA* en el culo como no nos movamos.

—No tenemos tiempo de todos modos —explica Remy, y se vuelve para alcanzar a Flint y a Calder.

Hudson me sonríe. Después se inclina para darme otro beso. Esta vez me alcanza la parte inferior de la barbilla.

—Te tomo la palabra para cuando salgamos de aquí —me dice algo grogui.

—Si es que salimos de aquí —respondo con tono adusto mientras nos reunimos con el resto y nos dirigimos de nuevo hacia el horno del herrero.

Solo tardamos unos minutos en llegar a la forja, aunque la mitad del grupo iba tambaleándose. En parte porque el metabolismo de dragón de Flint está recobrando la sobriedad en un tiempo récord, y en parte porque, cuando nadie miraba, he dejado que Hudson bebiera pequeños sorbos de mi muñeca. No soportaba verlo sufrir, aunque ya hubiese empezado a recuperarse. Todavía dista mucho de estar al cien por cien con esa pequeña cantidad de sangre, pero sus labios y sus ojos tienen mucho mejor aspecto y ya camina por su cuenta.

Cuando nos acercamos al herrero, Vander dice:

—Tengo la llave. —Entonces nos echa un vistazo y ve que nuestro aspecto ha empeorado mucho desde que nos hemos despedido hace unas horas. Después se da unas palmaditas en el enorme bolsillo de su camisa y continúa—: La guardaré a buen recaudo hasta que todos salgamos de aquí.

—Tengo que darte una flor que simulará tu muerte —le informo señalando una de las flores que llevo tatuadas—. Cuando crean que estás muerto, trasladarán tu cuerpo fuera de la cárcel y serás libre. Pero no tenemos flores suficientes para todos, así que necesitamos la llave para poder salir de otra manera.

—Dame una de las flores ahora —dice el gigante.

Miro a Hudson, que simplemente asiente, y pienso en lo mucho que necesito recuperar las flores. Después de eso me llevo la mano al tatuaje... y casi grito de sorpresa cuando una de las flores salta a mi mano como si estuviera esperando que la reclamara.

La Anciana me aseguró que funcionaría fuera como fuese. En su momento no estaba segura de por qué insistía tanto, pero ahora entiendo lo que quería decir. O al menos espero hacerlo. Insistía en que la magia de las flores funcionaría aquí pese a que no funciona la magia de nadie más.

Espero que tenga razón.

—¡Esa es mi chica! ¡Buen trabajo! —me susurra Hudson, y le sonrío porque su acento británico siempre me hace sonreír. Y también porque sus ojos parecen algo más despejados que hace un momento y eso me hace feliz.

—¡Dame eso! —gruñe el gigante, y agarra la flor y se la mete en la boca. Es tan pequeña que se la traga sin masticar y todos nos apartamos para evitar que un gigante de seis metros nos caiga encima.

Pero... no sucede nada.

No se desploma. No muere. Ni siquiera parece ligeramente adormilado. Solo cabreado.

—Me habéis engañado.

—¡No es verdad! —le digo—. Se suponía que las flores tenían que funcionar.

—Vas a pagar por esto —afirma Vander—. A mí nadie me engaña.

—No amenaces a mi compañera —ordena Hudson fríamente, y por primera vez desde que ha regresado de las peleas suena como el antiguo Hudson—. No te hemos mentido. Tal vez seas... no sé, inmune —le dice.

—¿Por qué iba a ser inmune?

—No lo sé. ¿A lo mejor porque mides seis metros, pesas media tonelada y es una flor pequeña? —le espeta Hudson —. O tal vez los gigantes no respondan ante este veneno. ¿Cómo vamos a saberlo?

Al principio parece que el gigante se lo está pensando. Pero entonces grita:

—¡Mentira! —Y levanta una mano como si estuviera a punto de golpearme.

Recurro de nuevo a mi tatuaje y extraigo una segunda flor. Tal vez, al ser tan grande, necesite más de una. No recuerdo haberle dicho a la Anciana que la persona que queríamos sacar de aquí era un gigante.

Los ojos de Hudson se vuelven de un fuego azul. Empieza a ponerse delante de mí, pero Calder entra en acción y llega primero. Aterriza justo delante de mí y me arrebata la flor de la mano.

—¿Quieres una prueba de que no te hemos engañado, viejo? —Se mete la flor en la boca y se la come.

—¡Calder! —grita Remy corriendo hacia ella—. ¿Qué has hecho?

—Lo que siempre hago —dice con una sonrisa altanera—. Salvarte el culo... con la gracia que me caracteriza.

—Sí, pero...

Deja la frase a medias cuando ella cierra los ojos y se precipita hacia delante.

La agarro en el aire y me tambaleo bajo su peso, pero me niego a dejarla caer al suelo. Hudson me toma el relevo, pero está tan magullado que silba en cuanto su peso aterriza contra su costado herido.

—Dejádmela a mí —dice Flint—. Yo la cojo.

—¡Tú estás borracho! —ruge Remy.

—No tanto —le asegura Flint—. Ya no.

La levanta y se la coloca sobre su hombro derecho, como había hecho ella con él antes.

—Vaya, eso ha sido... inesperado. —Hudson me mira como diciendo: «Pero ¿qué cojones...?», y me encojo de hombros.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto al grupo en general.

—¿Dejadla aquí para que los guardias la encuentren? —sugiere Vander.

—Ella irá a donde yo vaya —nos expone Remy con un tono que no admite discusión—. No vamos a abandonarla.

—Pues claro que no vamos a abandonarla —afirmo.

Hudson asiente, aunque le lanza una mirada de advertencia a Vander.

—Eso está fuera de cuestión.

—Ibais a dejarme a mí —dice Vander, y estoy casi segura de que hace pucheros.

—Tú mides seis metros y te ha dado una pataleta —le espeta Hudson—. Tú has provocado todo esto, así que deja de quejarte.

Vander se queda boquiabierto, y no me sorprende. Estoy segura de que nadie le ha hablado así jamás.

—Pese a todo, tenemos que ver qué hacemos —indica Flint.

—Yo sé lo que tenemos que hacer —exhala Remy.

—¿El qué? —pregunto.

—Recurrir al plan B. —Se vuelve hacia Flint—. Y pasadme un par de esos sacos de dinero. A estas alturas vamos a necesitar cada penique para que esto salga adelante.

—Y ¿qué hay de mí? —pregunta Vander—. ¿Voy con vosotros?

Remy lo mira. Entonces se vuelve hacia Hudson y dice:

—Bueno, mejor pasadme todos los sacos.

137

¿El río de la libertad?

Para mi sorpresa, Remy nos lleva de vuelta a los módulos de las celdas.

Creía que el objetivo era que nos lanzaran por encima de la alambrada de la cárcel, de modo que volver hacia atrás no me parece que tenga demasiado sentido. Aunque, bueno, somos cinco para salir y solo nos queda una flor, así que supongo que no es de extrañar que el plan B implique algo completamente distinto, después de todo.

No puedo evitar preguntarme si mi tatuaje forma parte de este nuevo plan, y me pregunto hasta qué punto.

—¿Vamos a intentar usar el tatuaje?

—Aún no, *cher* —responde Remy—. Lo haremos si no nos queda más remedio. Además, sigo viendo cómo salgo de este agujero usando una flor. Si derribo la cárcel con mi magia, ¿por qué iba a necesitar una para salir?

—Pero, no lo entiendo —digo—. ¿Qué más da cómo salgas mientras seas libre?

Remy hace una pausa lo bastante larga como para mantenerme la mirada y señala:

—Porque, como he dicho, no pienso arriesgarme a fastidiar algo que sé que es seguro. Yo salgo con una flor. De modo que así es como voy a salir. Y si tú no me das una flor a menos que tengáis otra manera de ser libres, está claro que debe de haber otra manera de que salgáis.

No espera a que responda a eso. Solo se vuelve y empieza a dirigirse hacia la carretera dando largas zancadas.

Vale. Puedo entender por qué no quiere arriesgarse a perder la oportunidad de salir de aquí. Si yo hubiese nacido en este lugar, me sentiría igual.

Solo espero que el plan B no implique adentrarnos en la zona más peligrosa de la fosa. Miro un momento a Hudson y, por el modo en que inspecciona el callejón, veo que debe de estar pensando lo mismo. Por no hablar de que evita por todos los medios mirarme a los ojos, como si no quisiera que viera lo preocupado que está.

—Ya casi hemos llegado —nos dice Remy por encima del hombro, y espero que sepa lo que se dice, porque yo no veo nada. La mayoría de las tiendas de la fosa han empezado a cerrar, y como el tiempo se agota para los presos, muchos de ellos regresan a sus celdas antes de tiempo, probablemente para no arriesgarse a llegar tarde y que les toque pasar por la cámara durante un mes entero. Si no estuviéramos decididos a llevar a cabo nuestro plan de fuga, sé que estaríamos haciendo lo mismo.

Las farolas no parecen llegar tan hasta el sur, e intento no acojonarme del todo. Me consuelo recordando que Hudson y Flint sí que ven, pero puesto que ninguno de los dos está en muy buena forma en estos momentos, espero de verdad que Remy sepa lo que se hace.

Cuando por fin llegamos al final del callejón, pulsa los botones de un panel de control, lo único iluminado en todo este lugar. Lo cual me parece raro de por sí, teniendo en cuenta que estamos delante de una pared de ladrillo. Sin puertas, sin ventanas... nada más que este extraño interfono colgado aquí en medio.

—Nombre y negocio —se oye a través del altavoz alto y claro.

—Ya sabes quiénes somos, y a menos que tu red se haya colapsado, estoy seguro de que sabes por qué estamos aquí.

Se oye una carcajada al otro lado.

—¿Tienes suficiente?

—¿Acaso no te has enterado de que nos ha caído dinero del cielo? —dice con tono burlón, pero el guardia (sea quien sea) que está al otro lado suelta unas risitas.

Lo que me recuerda de nuevo el trato tan distinto que recibe Remy aquí. He visto lo suficiente en los seis días que llevamos en esta cárcel para saber que cualquiera perdería la garganta, o al menos una pierna, por burlarse de uno de los windigos de esa manera. Pero Remy simplemente recibe unas risas. Se me hace raro pensar que lo quieren a su manera.

—Ahora está ocupado —le dice el guardia—. Volved después.

—Me quedan cuatro horas, y lo sabe. Después no puede ser. Tiene que ser ya. Así que abre la puerta y déjame ver a Caronte.

¿Caronte? Miro a Hudson para ver qué piensa del nombre y, pese a la escasa luz, parece tan desconcertado como yo.

—¿El Caronte del río Estigia? —pregunto. A ver, siempre he pensado que la mitología griega no eran más que cuentos, pero ahora mismo estoy en un callejón con un vampiro, un dragón, un brujo, un gigante y una mantícora. La realidad que conocía hace tiempo que dejó de existir.

—Joder, no —responde Remy, y se echa a reír—. Se puso a sí mismo ese nombre, lo que básicamente te dice todo lo que necesitas saber sobre él.

Vale. Si vas a ponerte tú mismo un apodo, ¿no debería ser algo menos macabro que el nombre del barquero del inframundo?

Durante varios segundos interminables no pasa nada. No recibimos respuesta. No se oyen ruidos en el interfono. Nada. Y, entonces, cuando menos me lo esperaba, un fuerte rumor inunda el aire.

—¿Qué es eso? —pregunto pegándome de forma instintiva un poco más a Hudson. Él me sonríe como si acabase de hacerle el mejor regalo de Navidad del mundo y me rodea los hombros con el brazo (en el que ya no carga varios sacos de dinero).

—Tranquila —me dice, y señala hacia delante con la barbilla—. Mira.

Sigo su mirada y veo, pasmada, cómo la pared de ladrillo que tenemos delante se separa por la mitad y revela un

largo pasillo bien iluminado patrullado por tres windigos enormes.

Remy se adelanta para hablar con los guardias, con los sacos de dinero en las manos. Tras de mí, el herrero emite un gruñido casi tan sonoro como los engranajes que desplazan el muro y, la verdad, no me extraña. Yo llevo solo seis días aquí y no quiero tener nada que ver con esas criaturas. Él lleva mil años aquí.

—Tranquilos —dice Flint—. Remy sabe lo que se hace.

—Es verdad —corrobora Hudson, y cuando los sacos de dinero cambian de manos noto cómo se relaja a mi lado.

Incluso se toma un momento para echarme un vistazo, a mí y a mi brazo descubierto.

—Me gusta lo que has hecho con el mono —bromea.

Normalmente le respondería con un codazo en las costillas, pero está tan hecho polvo que me da miedo hacerle daño, así que pongo los ojos en blanco.

Su sonrisa se suaviza, y entonces se inclina y me susurra al oído:

—Y el nuevo tatuaje me gusta más todavía.

Me estremezco al oír el susurro y sus palabras.

—¿En serio?

—Sí. —Su boca está aún más cerca de mi oreja esta vez, y sus labios acarician la piel sensible de mi lóbulo mientras su aliento ilumina todas mis terminaciones nerviosas—. Es muy sexy.

—Tú sí que eres sexy —le suelto antes de pensar siquiera que voy a decirlo.

Pero no me arrepiento, ni cuando su pobre rostro maltratado se ilumina como los fuegos artificiales del 4 de

Julio.

Desliza el brazo alrededor de mi cintura y entonces me mueve de manera que mi espalda quede pegada contra su parte delantera. Me encanta estar en sus brazos. Me transmite calidez y seguridad. Y es tremendamente sexy. Incluso antes de que su risa me haga cosquillas en la oreja y murmure:

—No te habrás hecho otros tatuajes de los que deba tener constancia, ¿verdad?

—¿Otros tatuajes? —Me vuelvo lo suficiente como para ver ese brillo travieso en sus ojos hinchados que ya están empezando a sanar—. ¿Como cuáles?

—No sé. Una flor en la cadera, ¿tal vez? —Su mano palpa esa parte de mi cuerpo en cuestión y me provoca una oleada de calor—. ¿Un par de alas en los hombros? —Desliza las manos hacia arriba, me frota esos músculos que no sabía que me dolían y me derrito contra él en respuesta —. ¿Un corazón con mi nombre en el culo? —dice con cierto tono de humor mientras desciende la mano por mi espalda hasta…

—Como me des una palmada en el culo —le advierto— te voy a hacer sufrir.

Se echa a reír. Entonces se agarra las costillas doloridas y suelta un gemido de dolor.

—Quizá merezca la pena. Sobre todo porque no has negado que te hayas hecho el corazón.

—¿Por qué iba a negarlo? ¿En qué otro lugar iba a poner el nombre de un tonto del culo como tú?

Hudson se ríe, pero Flint protesta.

—Joder. ¿Por qué no lo hacéis ya y acabamos con esto? Algunos estamos hartos de sufrir vuestra frustración sexual.

—Eso no es frustración, dragón —responde Hudson sin acritud—. Son preliminares. ¿Quieres que le dé algunos consejos a Luca en ese tema?

—A Luca se le dan de maravilla esos menesteres —le dice Flint—, pero gracias por el ofrecimiento.

Hudson se dispone a decir algo más, pero Remy nos indica que avancemos por el pasillo antes de que pueda seguir tocándole las pelotas a Flint.

—Nos ha concedido una audiencia.

—¿Caronte? —pregunta Vander asombrado.

—Caronte —confirma Remy.

—Espero que tengas una vía de escape.

Remy sonríe con aire adusto.

—Esta es mi vía de escape.

—Ya. —Vander suspira—. Me temía que fueras a decir eso.

138

Déjà condenados

Espero que los windigos nos guíen por el pasillo, pero dejan que Remy campe a sus anchas, como si fuese el amo del lugar o algo por el estilo. Aunque, bueno, tal vez sea así.

El caso es que avanzamos por un larguísimo pasillo hasta que llegamos frente a una puerta doble dorada. Al principio creo que simplemente están pintadas de ese color, pero cuando Remy la sujeta para que pasemos, veo que no es pintura. Es oro de verdad… cosa que me parece una locura.

Porque ¿quién tiene tanto dinero como para hacer eso? Y ¿quién decide gastarse su dinero en unas puertas de oro macizo dentro de una cárcel en lugar de ayudar a alguien con él?

Y la cosa empeora cuando entramos. La habitación en sí es de color púrpura imperial y de oro, repleta de muebles sofisticados, de los aparatos electrónicos más caros y de todo tipo de cachivaches imaginables.

Pero el elemento más importante, en el centro de la sala, es un trono de oro macizo cubierto de cojines morados. Y sentado en ese trono hay un niño de no más de diez u once años.

Va ataviado con un traje caro, con anillos en todos los dedos y con un Rolex gigante en la muñeca. Nunca había visto nada igual. Una parte de mí piensa que debe de tratarse de un preso como el resto de nosotros, un pobre niño encerrado en este agujero pese a no haber cometido ninguna falta propia.

Pero nada de lo que veo me indica que lo sea, ni siquiera los dos gigantes que lo custodian, que deben de ser sus guardias. Aun así, es un niño, y tengo que preguntar:

—¿Está bien?

—¿Que si estoy bien? —dice él con el acento preadolescente más petulante que he oído jamás.

—Os presento a Caronte —indica Remy con el tono más irónico que le he oído poner jamás—. Cuando la Aethereum por fin le concede la libertad a alguien, Caronte es el encargado de llevarlos al otro lado.

—Entonces ¿trabaja para la cárcel? —pregunta Flint, y no sé si de verdad piensa eso o si solo está intentando cabrear a este crío. Si es lo último, funciona.

—Te disculpo, dragón. Soy el propietario de esta cárcel, y nadie hace nada en ella sin que yo lo diga. Y por supuesto, nadie se marcha a menos que yo lo deje ir.

—Cosa que no haces —afirma Hudson, y tengo que admitirlo. Cuando pone esa voz de príncipe aburrido que tanto me saca de quicio, está al mismo nivel que este niño en cuanto a quién es más idiota.

—¿Por qué debería hacerlo? —quiere saber Caronte.

—¿Porque se supone que ese es el objetivo de esta prisión? —sugiero—. Sufrir tu castigo, expiar tus faltas y ser liberado.

—Ya, pero ¿cómo sabes que alguien ha sido castigado adecuadamente? ¿Que se arrepiente de verdad? —dice Caronte, y se encoge ligeramente de hombros en un gesto que queda especialmente espantoso en un niño de su edad —. Uno nunca es lo bastante cuidadoso en estos asuntos.

—Sobre todo si uno quiere dirigir su propio reino —comenta Hudson—. Las reglas son aburridas e innecesarias.

Caronte lo mira con recelo, como si estuviese intentando dilucidar si se está burlando de él o si ha encontrado un espíritu afín.

—¿Quién eras tú? —pregunta por fin.

—Es Hudson Vega, mi señor —le recuerda Remy con una falsa sumisión que prácticamente delata que ya no estamos en Kansas.

Caronte decide ignorar la impertinencia y se centra en mi compañero.

—Ah, sí. El príncipe vampiro que ha regresado de entre los muertos. Bienvenido a mi humilde morada.

Hudson echa un vistazo a su alrededor, y estoy segura de que está pensando lo mismo que yo: que este lugar no tiene nada de humilde (ni de buen gusto).

Caronte pausa la conversación, esperando a que él responda, pero Hudson no le da la satisfacción. Cuando transcurre otro minuto más de incómodo silencio, y con el

propietario de la cárcel cada vez más cabreado, Remy pregunta:

—¿Podemos hablar sobre el precio ahora, Charles?

—¡Caronte! —le regaña—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Mi nombre es Caronte! —Solo sonaría más impertinente si se tirase al suelo y empezase a patalear.

—Discúlpame. Caronte, ¿podemos hablar sobre el precio ahora?

—Podríamos —dice con un alegre bostezo—. Pero no tenéis suficiente.

—Bellamy ha establecido el previo hoy en cien mil por persona. Tenemos suficiente. —Señala los sacos llenos de monedas de oro que porta Hudson.

—Ese era el precio. El nuevo es mucho más alto. —Caronte lo mira como diciendo «ups».

—¿Desde cuándo? —insiste Remy—. Ese era el precio hace una hora.

Caronte se encoge de hombros.

—En una hora pueden pasar muchas cosas.

—¿Como por ejemplo...?

—Como que llegue una transferencia bancaria del rey vampiro para asegurarse de que su hijo permanezca en la cárcel. —Caronte se quita una mota de polvo imaginario del hombro—. Ya había pagado una fortuna para que entrase aquí. Pero el pago de hoy... Digamos que es suficiente como para tenerlo alojado durante al menos cien años... o trescientos.

Mira a Vander por primera vez.

—¿Y puedes imaginarte lo que sucedería si perdemos a su herrero favorito? ¿Y a nuestra pequeña reina gárgola? —

Finge estremecerse—. No habría gente suficiente en el mundo para que la matara si os escaparais de entre sus dedos.

—¿Tanto miedo le tienes? —pregunta Remy.

—¡Yo no le tengo miedo a nadie! —responde de inmediato—. ¡Soy un addonexus y no le temo a nadie!

—¿Un addonexus? —le susurro a Hudson.

—Un preadolescente inmortal con complejo de dios —me contesta por lo bajini.

Claro. Eso lo explica todo. ¿Podría alguien molestarse en explicarme si este niño es capaz de aniquilarnos a todos con un estornudo?

—Entonces ¿por qué estamos discutiendo? Todos sabemos que te encanta el dinero. Y tenemos un montón de dinero. —Remy le hace un gesto a Hudson, que vacía uno de los sacos en el suelo. Miles de monedas se amontonan a sus pies—. Hagamos un trato.

Los ojos de Caronte se iluminan con avaricia y, por un segundo, creo que va a funcionar. Pero entonces aparta los ojos del dinero y se encoge de hombros.

—Eso causaría un motín. Mis hombres llevan una hora quejándose de que el joven príncipe vampiro los ha desplumado.

—Todas las peleas que he librado esta noche han sido de forma justa —le dice Hudson con voz fría.

—Supongo que solo hay una manera de comprobarlo, ¿no? —Su sonrisa es maléfica—. Creo que lo más justo es que les des a mis hombres la posibilidad de recuperar lo que les has arrebatado. Doble o nada. Si vences a Mazur y

Ephes, te llevas el doble del dinero, el suficiente como para comprar vuestra libertad.

—Y ¿si no? —Hudson enarca una ceja.

—Me quedo con vosotros y con el dinero, obviamente.

—Obviamente —responde Hudson con los dientes apretados—. Estoy ob…

—Eso no es justo, y lo sabes —intervengo antes de que Hudson pueda hacer alguna estupidez, como acceder a este plan. Apenas puede mantenerse en pie, ¿y cree que va a poder luchar contra dos gigantes? De eso nada—. Míralo. No sería una pelea justa.

Caronte suspira.

—Ya está la gárgola causando problemas. Siempre habéis sido unas criaturas muy fastidiosas.

—A mí no me parece que dar la cara por alguien sea ser fastidioso —le digo.

—Ya, bueno, supongo que todo el mundo tiene derecho a tener su opinión. —Fija sus fríos ojos grises en Hudson de nuevo—. ¿Trato hecho?

Hudson se dispone a acceder, pero me adelanto. El vampiro no tiene ningún sentido de la autopreservación.

—De eso nada.

—¡Sigue así y te meto en la mazmorra! —me suelta.

—No sería la primera vez —le espeto.

—¡Vale! ¿Quieres que la pelea sea más justa? Muy bien, puedes luchar con él.

—¡¿Qué?! —exclama Hudson—. ¡No!

—Acabas de perder tu derecho a voto —le dice Caronte —. ¿Queréis la libertad? Pues tendréis que vencer a mis gigantes para conseguirla. De lo contrario, podéis dejar

aquí el dinero y volver a vuestras celdas de inmediato. Pero la discusión ha terminado.

Empieza a levantarse, pero Remy levanta una mano para detenerlo.

—Concédenos un segundo, por favor.

Remy nos aparta a un lado y Hudson y yo lo fulminamos con la mirada.

—Ni de coña va a luchar ella contra esos dos —le ruge Hudson.

—Ya, bueno, ni tú tampoco —le contesto—. Te matarán en dos minutos.

—Gracias por la confianza, compañera.

Pongo los ojos en blanco.

—Perdona, pero ¿te has mirado en algún espejo desde que te han reventado?

—Es la única manera —nos dice Remy—. No tendremos otra oportunidad como esta. Se asegurará de ello.

—Yo me ocupo —nos asegura Hudson—. El día en que dos gigantes puedan conmigo, me arrancaré los colmillos.

—Esto es mala idea —les digo.

—Una muy mala idea —interviene Flint por primera vez.

—Ya, bueno, a estas alturas, ninguna idea es buena, así que… —Remy se dirige de nuevo a Caronte—: Dame tu palabra y tendremos un trato.

A lo que Caronte responde:

—Mi palabra es sagrada.

Se estrechan la mano, y yo exhalo un largo suspiro mientras cierro los ojos. Solo necesito un minuto para recapitular, para intentar ordenar mis pensamientos y,

después, Hudson y yo podremos ponernos de acuerdo en qué hacer.

Solo que ahora puedo oír gente gritando y chillando, huelo a carne asada y a palomitas.

Y entonces algo tira de la parte trasera de mi uniforme de la cárcel. Cuando abro los ojos, estoy cayendo y cayendo hacia el centro de una arena gigante.

139

Nunca hay una honda a mano cuando la necesitas

Jamás había querido poder transformarme en gárgola tanto como ahora.

No solo porque sería genial poder hacerlo para ayudarme a salir de este lío, sino también porque las alas son básicamente una necesidad en este preciso momento, teniendo en cuenta que estoy a punto de partirme todos los putos huesos del cuerpo.

Y cuando digo «todos», quiero decir «todos».

Y no hay absolutamente nada que pueda hacer al respecto más que cerrar los ojos y prepararme para morir.

Recuerdo que una vez leí que no es la caída lo que te mata; es el rebote. Si te falla el paracaídas y acabas impactando contra el suelo, se supone que tienes que intentar aferrarte a él. Te lo romperás todo, pero si no rebotas es posible que sobrevivas.

No puedo creerme que vaya a morir por un rebote, y a manos de un mocoso inmortal de diez años, ni más ni menos. No es así como había esperado que acabasen estas vacaciones de siete días en la cárcel, pero así son las cosas.

Empiezo a cerrar los ojos y rezo para que sea rápido…

Pero Hudson se desvanece más deprisa que nunca y, antes de que esté a punto de golpear el suelo, me atrapa al vuelo.

—Los paracaídas están sobrevalorados —dice con una sonrisa arrogante. Pero noto que arrastra ligeramente las palabras, y tiembla mientras me deja en el suelo.

Para desvanecerse ha tenido que gastar mucha energía, pero se está recuperando rápido.

—Creo que te has roto el bazo con ese acto de Superman.

Rodeo su cintura con el brazo y dejo que apoye su cuerpo en mí mientras recobra el aliento. Sé que debería darle las gracias, pero estoy demasiado ocupada temblando por miedo a que haya gastado demasiada energía para salvarme.

—Los bazos también están sobrevalorados. —Me guiña el ojo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto.

Pero antes de que pueda responder, los dos gigantes, Mazur y Ephes, saltan por encima de la cerca. Cuando impactan contra el suelo tiembla toda la arena.

Y entonces… entonces pienso que ojalá Hudson me hubiese dejado caer. Habría sido una muerte dolorosa, pero al menos habría sido rápida. A estas alturas creo que es a

lo máximo a lo que podemos aspirar. Porque esto... esto va a acabar mal.

—¿Vamos a por la muerte rápida o a por la lenta y agónica? —le pregunto a Hudson, y por su sonrisa de «lo tenemos controlado» veo que cree que estaba bromeando. No es así.

—Tenemos que cansarlos —dice, y, vale, podría ser un plan. Si Hudson no hubiese combatido contra toda la población de la cárcel y yo no fuese una humana bajita.

Echo un vistazo alrededor de la arena, buscando algún sitio en el que escondernos hasta que demos con un plan mejor, y veo que no lo hay. Todo está abierto.

También me doy cuenta de que no estamos en una arena real. Sí, hay espectadores presenciando el espectáculo desde unas gradas acordonadas, con las palomitas y la cerveza preparadas, pero ahí es donde acaban todas las similitudes. Esta sala es una sala de fiestas, con sus cortinas adornadas, su alfombra barroca y sus sofisticadas lámparas de araña blancas recogidas para mantener el centro de la estancia despejado para las peleas de los gigantes.

No entiendo qué está pasando. ¿Cómo sabían estas personas que debían estar aquí? ¿Cómo sabía Caronte que debía tener esta sala preparada para una pelea que no tenía ni idea de que fuera a suceder?

¿O sí que lo sabía?

A lo mejor sí que sabía que iba a suceder después de todo. Pero, en tal caso, ¿cómo es posible?

Antes de que pueda encontrar la respuesta a esa pregunta, la voz de Caronte resuena sobre nosotros

dándole la bienvenida al público al episodio de hoy de la Lucha de Colosos.

Los gigantes están en medio de la sala, inclinándose ante la multitud y saludando mientras Caronte los presenta. Al parecer, Mazur mide seis metros setenta y pesa algo más de cuatrocientos cincuenta kilos, mientras que Ephes mide seis metros nueve y pesa tan solo trescientos cuarenta kilos.

—Es como si estuviésemos en un combate de boxeo —me dice Hudson por lo bajini.

—Esto no es un combate de boxeo —respondo cuando caigo en lo que realmente es—. Esto es el Coliseo, y nosotros somos los gladiadores con los que alimentan a los leones.

—Es imposible que esto sea una cosa puntual —dice con los dientes apretados, y veo la rabia ardiendo en lo más profundo de sus ojos.

Es un equivalente perfecto a la furia que me quema por dentro cuando me doy cuenta de que esto no es más que un fraude. Que nadie sale de aquí jamás. Todas esas personas que Remy creía que habían expiado sus faltas y se habían ganado su libertad, en realidad acabaron aquí, en la arena, víctimas de la Lucha de Colosos.

—¡Esto es una estafa! —ruge Hudson cuando llega a la misma conclusión que yo: que todas las promesas hechas a los prisioneros, todo el sufrimiento que han pasado para salvarse, no han servido para nada más que para enriquecer a Caronte.

El muy cabrón.

Quiero cavilar más sobre esto, ahondar en cómo es posible que un abuso de poder de esta magnitud siga teniendo lugar ante las narices de toda la comunidad paranormal. Pero eso no va a suceder ahora mismo. No cuando la gente se ha cansado de ver saludar a los gigantes y tiene ganas de acción. Y por *acción* me refiero a ver cómo nos arrancan las extremidades una por una a Hudson y a mí.

—¿Preparada? —pregunta Hudson.

Le lanzo una mirada como diciendo «¿Estás de coña?».

—Ni por asomo.

—Ya, yo tampoco. —Y entonces me mira directamente a los ojos y su pobre sonrisa ladeada ha empeorado todavía más ahora que se le ha hinchado—. Hagámoslo de todos modos.

—Lo dices como si tuviésemos elección —le digo mientras Caronte repasa una breve lista de las reglas del combate que, por cierto, todas favorecen a los gigantes. Menuda sorpresa.

Me inclino hacia delante un poco, equilibrando mi peso sobre los dedos de mis pies mientras me preparo para correr.

—Decidir si te compras una casa de verano en Tahití o en Bora Bora es una elección —me dice—. Esto…

—Es lo que tenemos que superar para poder hacer esa elección —termino por él.

—Muy bien —responde con una carcajada—. Para ti Tahití —señala a Ephes con la barbilla—, y para mí Bora Bora. —Señala de nuevo, esta vez a Mazur—. ¿Te parece bien?

—No —le digo.

Pero cuando suena el silbato, hago lo único que puedo hacer. Salgo corriendo y rezo al universo para que Tahití no me alcance.

140

Cuanto más altos son, más dura es la caída

¿Quién iba a decirlo? El universo es un puto veleta.

O simplemente me odia, lo cual me parece una explicación más razonable para la pesadilla actual.

Corro hacia Ephes, como Hudson y yo habíamos decidido, y solo tardo tres segundos en averiguar que su alcance es mayor de lo que pensaba. Por supuesto, para cuando me doy cuenta de esto ya estoy volando por los aires y me estampo de hombro contra la pared lateral.

Siento un dolor insoportable, pero me obligo a levantarme. Justo a tiempo para ver a Hudson salir disparado en la dirección contraria. Pero él da una voltereta en el aire, aterriza de cuclillas y evalúa la posición del gigante, y también la mía.

Aparto la vista de él cuando Ephes viene de nuevo a por mí con una mirada asesina en sus ojos disparejos. Me

quedo donde estoy, pero no por decisión propia. Me quedo helada. El miedo se ha apoderado de mí y ha tomado el control de mis piernas.

Ephes está completamente centrado en mi persona; echa el puño hacia atrás para coger impulso y golpea como un bateador. Yo soy la pobre bola.

De repente Hudson me agarra y nos desvanecemos por la sala, pero Ephes se vuelve al instante hacia nosotros. Maldita sea.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto enfadada. Los brillantes ojos azules de Hudson están algo apagados, pero sigue de pie—. ¡Deja de malgastar energía de esa manera!

Pero, antes de que termine la frase, corre todo lo rápido que puede hacia Ephes, justo cuando el gigante se dispone a golpearlo. Se desvanece hacia la izquierda. Luego hacia la izquierda de nuevo, y otra vez más hacia la izquierda. Hasta que el gigante acaba girando en círculos. Ha sido un buen plan, y habría funcionado si Mazur no se hubiese aprovechado de la distracción de Hudson para asestarle una buena patada en el costado.

Hudson sale disparado por la arena de nuevo, y yo lanzo un grito ensordecedor cuando su cuerpo impacta contra la pared y cae al suelo como si fuera una muñeca de trapo. La multitud se vuelve loca.

Ephes debe de haber oído mi grito, porque se vuelve hacia mí y sale corriendo de nuevo. Me planteo por un breve instante qué pasaría si corriese hacia él.

O me atraparía y esta pesadilla habría terminado... o, si tengo suerte, tendría demasiado impulso como para volverse rápidamente y yo podría llegar hacia el otro lado

de la arena antes de que me atrapase. Es un buen plan... si no fuera porque tengo las piernas más cortas del mundo.

Corro a toda velocidad, y Ephes se limita a reducir la suya y observa cómo paso corriendo. Me observa, y entonces extiende su enorme mano para recogerme.

Pero antes de que pueda cerrar el puño alrededor de mis hombros, Hudson se desvanece de la nada, me rescata y nos desvanecemos por la arena de nuevo. Aunque esta vez Hudson se inclina hacia delante, apoya las manos en sus rodillas y se esfuerza por respirar.

—Buen [respira, respira] intento. —Me aprieta la mano —. Solo [respira, respira] corre más cerca [respira, respira] de sus piernas.

Abro mucho los ojos. ¿Está de coña? Podría correr tan cerca como para poder cortarle las uñas de los pies y aun así seguiría sin tener ninguna oportunidad. Pero no tengo tiempo de explicarle la física de mis piernas cortas y humanas, porque los dos gigantes vienen directos hacia nosotros de nuevo, de modo que Hudson sale corriendo para alejarlos de mí.

¿Y si corro cerca de la pared? Tengo que ser al menos lo bastante rápida para escapar entonces, ya que el gigante tendrá menos espacio para maniobrar. Es un plan, así que salgo disparada hacia la pared más cercana. A Ephes parece gustarle también mi idea, a juzgar por la velocidad con la que me persigue.

El corazón se me va a salir del pecho mientras corro lo más rápido que puedo. Veo cómo su mano empieza a descender hacia mí y, en el último segundo, me aparto a un

lado, y falla. Pero no hay nada que celebrar porque me he olvidado de un detalle muy importante: tiene dos manos.

Me agarra de la cintura con la otra mano y me sacude hasta que mi cerebro parece rebotar dentro del cráneo. Después me lanza contra el suelo como si fuera un balón de fútbol y estuviese a punto de lanzar el gol de la victoria.

Duele. Mucho. Aunque, bueno, a estas alturas me duele ya todo el cuerpo. Incluso antes de que eleve su piel colosal y se disponga a pisotearme.

Consigo esquivarlo antes de que me haga papilla, pero ha faltado un pelo. Y entonces lo intenta con el otro pie. Este llega a rozarme el pelo. Ruedo de nuevo, pero he de admitir que mis días de rodar están limitados. Apenas puedo respirar ahora mismo, y es posible que acabe vomitando como ruede por el suelo una vez más.

Levanto la vista justo cuando el asqueroso pie de Ephes está a punto de machacarme, y esta vez no hay nada que pueda hacer. Cierro los ojos y me hago un ovillo, pero entonces siento como si una brisa me levantara y acabo acurrucada contra el firme pecho de Hudson mientras, una vez más, me aleja del peligro.

Antes de que mis pies lleguen a tocar el suelo, se desvanece de nuevo y atrae a los gigantes al centro de la arena. No entiendo por qué no los atrae hasta el otro extremo, donde tendríamos más espacio para volver a desvanecernos de nuevo, pero entonces me doy cuenta de que algo va muy mal. Se ha desvanecido hasta la mitad de la arena porque no ha podido hacerlo más lejos.

Solo tengo cosa de un segundo para procesar esa información antes de que Mazur golpee a Hudson en el

estómago con el puño y lo lance por los aires. Aterriza en el suelo de cara, y el hecho de que no se haya desvanecido para evitar la situación me dice todo lo que necesito saber sobre lo agotado que está.

Lo jodidos que estamos.

Estoy tan ocupada intentando animar a Hudson a levantarse que ni siquiera me doy cuenta de que Ephes está a tan solo seis metros de mí hasta que casi es demasiado tarde. Salgo corriendo, pero me lanza un revés y salgo despedida treinta metros por el aire y caigo al suelo con fuerza. Ni siquiera puedo fingir que tengo la energía de volver a levantarme.

Con la mente nublada, me doy cuenta de que he aterrizado a solo tres metros de donde Hudson yace tendido boca abajo. El suelo tiembla cuando uno de los gigantes corre hacia él, y me obligo a ponerme de rodillas. No sé qué pienso hacer. Apartar a Hudson a rastras es lo primero que se me ocurre, pero no puedo hacerlo. No tengo fuerzas ni para ponerme de pie, así que observo espantada cómo Mazur dirige su pie hacia el cuerpo maltrecho de Hudson.

Grito con todas mis fuerzas, que he de admitir que no es demasiado alto, dado que apenas puedo respirar sin desmayarme del dolor. Pero antes de que Mazur llegue a asestar su patada, Hudson se levanta en el último momento. Da un salto de seis metros en el aire y golpea a Mazur en toda la nariz.

El gigante ruge enfadado mientras la sangre chorrea por todas partes. Pero en lugar de agarrarse la nariz, atrapa a Hudson en el aire y lo lanza despedido hasta el otro

extremo de la sala. Otra vez. Hudson aterriza de cabeza sobre un montón de gente del público que no para de vitorear y que se van pasando su cuerpo flácido hasta devolverlo a la arena.

Me esfuerzo por ponerme de pie. No puedo dejarlo ahí tirado, pero Ephes me tiene en su punto de mira. Corro (lo de «correr» es un decir, teniendo en cuenta la escasa velocidad que soy capaz de alcanzar) en la dirección opuesta, intentando huir de él, pero acabo yendo directa hacia el aún sangrante y aún furioso Mazur, que me agarra del pelo. Ahora es mi turno de salir volando hasta el otro lado del salón.

No paro hasta que impacto contra la pared.

Hudson, quien mientras tanto ha conseguido ponerse de pie, se desvanece hasta mí e intenta ayudarme. Pero me late la cabeza, me resuenan los oídos y veo a tres Hudsons en lugar de uno. Además, estoy segura de que ya no es el único con una costilla rota. Me duele muchísimo el costado cada vez que intento respirar.

Y eso es antes de que Ephes nos lance una patada a ambos y nos envíe de nuevo al otro lado del salón, directos hacia Mazur.

Mazur lanza un grito y salta en el aire, estirándose en una extraña imitación de un movimiento de lucha libre profesional que no he visto en mi vida. Sobre todo cuando empieza a darnos panzazos.

Me quedo paralizada, gritando, pero Hudson me envuelve en sus brazos y nos apartamos rodando. Después, con las últimas fuerzas que le quedan, nos desplaza lo más lejos que puede de los gigantes.

Lamentablemente no es lo bastante lejos.

Si se hubiese desvanecido él solo, lo habría logrado. Pero con mi peso adicional ninguno de los dos va a conseguirlo.

Ephes se ríe y levanta a Hudson por un pie. Se vuelve, sosteniendo a mi compañero lejos de su cuerpo como si fuese un calcetín sucio mientras adquiere velocidad e impulso.

Cuando por fin lo suelta, Hudson impacta de hombro contra el muro de la parte inferior de las gradas.

Y así, sin más, me rindo. Simplemente me rindo.

Tampoco es que importe. No habría podido hacer nada para detener esto ni aunque no lo hiciera.

Sin mis poderes no soy nada. No sirvo para nada. No puedo volar. No puedo luchar. No puedo hacer nada más que sufrir una y otra vez. O, peor aún, ver cómo sufre Hudson, agotado hasta la extenuación por intentar salvarme.

Si sigue así también acabará muerto, y será culpa mía. Ya está bastante hecho polvo. No podrá enfrentarse a estos gigantes si además tiene que preocuparse por mí. No podrá encontrar la forma de derrotarlos si está demasiado ocupado intentando salvar a la pobre y patética humana.

Al otro lado del salón, Hudson se levanta con un gruñido. Los espectadores están de pie ahora, gritando y abucheando. Están lanzando palomitas y vasos al suelo del salón mientras yo me esfuerzo por levantarme y me golpea en la espalda una lata llena de cerveza.

Me empapo de cerveza, pero lo peor es que el suelo se vuelve tan resbaladizo que acabo cayéndome de culo de nuevo, justo cuando Mazur se vuelve para aplastarme.

—¡Levántate! —grita Hudson desde el otro lado del salón mientras se esfuerza también por ponerse de pie—. ¡Grace, levántate!

Al ver que no lo hago, se desvanece hasta mí, pero le supone tanto esfuerzo que acaba arrodillado junto a mi cabeza. Me preparo y espero a que Mazur y Ephes acaben con nosotros mientras tienen la oportunidad, o al menos conmigo, porque necesito que Hudson se aleje de mí. Necesito que siga con vida. Pero se detienen por un instante en medio del salón para lucirse ante la multitud, agitando los brazos y animando aún más a la gente.

Y tal vez debería sentirme insultada, ya que está claro que los gigantes no creen que supongamos ninguna amenaza o no estarían fanfarroneando de esa manera. Pero, siendo realista, agradezco la pequeña prórroga. Puede que no tema a la muerte después de todo lo que ha sucedido en los últimos seis meses, pero tampoco la deseo precisamente.

—Tenemos que movernos, Grace —me dice Hudson al oído con voz grave y tono urgente.

Pero niego con la cabeza.

—Vete tú.

—Lo haré. Solo necesitamos que te levantes.

—No —susurro.

—¿Cómo que no? —Suena totalmente confundido.

—No puedo hacerlo —le digo—. No puedo vencerlos, y te estoy causando más problemas que otra cosa. Déjame aquí.

—¿Que te deje? —Ahora suena insultado y absolutamente cabreado.

Suspiro, y las lágrimas tiemblan tras mis pestañas.

—Estoy cansada, Hudson, y me duele todo mucho. La única oportunidad que tenemos es que tú consigas salir de aquí y que detengas a Cyrus. Y no podrás hacerlo si intentas cuidar de mí. No tengo a mi gárgola. Solo soy una humana débil, y voy a conseguir que te maten. Así que déjame, por favor. Consigue la llave, libera a la bestia y acaba con Cyrus de una vez por todas. Sé que puedes hacerlo. Solo tienes que dejarme ir.

Me da todo tantas vueltas que me temo que voy a vomitar. Apoyo la cabeza en la rodilla de Hudson y espero que me bese, que me diga que me quiere y que se despida.

Por fin entiendo por qué Jaxon siempre intentaba protegerme. Debía de pasar cada día aterrado pensando en todas las formas distintas en que podría morir fácilmente. Y yo me enfadaba porque quería que me tratase de igual a igual. Nunca me paré a pensar que no era su igual. Como tampoco lo soy de Hudson. Qué broma tan macabra del destino el haberme emparejado con estos dos chicos tan increíbles y poderosos.

Al ser una gárgola, me creía lo más. En ningún momento me planteé que eso era lo único que me hacía digna de Jaxon... o de Hudson. Del hermoso, increíble y generoso Hudson. Estaría dispuesto a entregar su vida para salvar la mía sin vacilar ni un instante. Ya va siendo hora de que yo haga lo mismo por él. De modo que, con mis últimas fuerzas, lo miro a sus preciosos ojos azules y susurro:

—Sálvate.

Las lágrimas me nublan la visión por completo, de modo que no puedo ver su expresión, pero sé que esto va a ser duro para él. Me quiere tantísimo..., ahora lo sé. Pero sé

que también quiere a Jaxon y, si no libera al herrero y a la bestia, sin la Corona, el alma de Jaxon se perderá para siempre. Nuestros amigos estarán indefensos frente a Cyrus. Hudson me quiere, y sé que salvará a la gente a la que quiero por mí. Solo necesito sentir cómo sus labios acarician mi pelo una vez más. Oírlo decir que me quiere una vez más.

Cierro los ojos y espero.

Pero, en lugar de eso, se aparta de golpe y deja que mi cabeza rebote contra el frío suelo de madera maciza.

—Joder, ¡¿es que te has vuelto loca?! —me grita con su marcado acento británico.

141

Una Grace no tan *amazing*

En fin, no es el final que esperaba. Creía que tal vez me diría que me quiere, me daría un beso de despedida y me diría que me echará de menos. No me esperaba esto:

—Joder, ¿me estás tomando el pelo, Grace? ¿Estás de puta broma?

Tras nosotros, los gigantes siguen pavoneándose y se oye una música alta mientras hacen un bailecito para celebrar su inminente victoria.

Lo que solo consigue que Hudson me grite más alto cuando continúa:

—Estuve contigo cuando nos quedamos atrapados en piedra. Cuando perdiste a tu compañero. Cuando tuviste que ganar el campeonato Ludares tú sola y cuando sobreviviste a la puta mordedura eterna del hijo de puta de mi padre. ¿En serio?

Hace un gesto con el brazo englobando el salón antes de agacharse junto a mí de nuevo.

—¿En serio vas a dejar que sea esto lo que acabe contigo? ¿Dos gigantes que solo tienen las neuronas suficientes como para no babearse encima y un niño sociópata con complejo de dios?

Bueno, dicho así...

Suspiro. Dicho así, tampoco importa.

—Estoy cansada, Hudson. —Suspiro de nuevo—. Estoy cansada y solo voy a conseguir que te maten —le digo, y levanto una mano temblorosa hasta su mejilla—. No podría vivir conmigo misma si te pasara algo.

—Joder. ¡¿Tan fuerte te has golpeado la cabeza?! —ruge, y en todas nuestras discusiones, en todas nuestras peleas, jamás lo había visto tan cabreado. O tan decepcionado—. ¿Dónde está la chica que nunca se rinde? ¿La chica que siempre persiste cuando las cosas se ponen feas? ¿La chica que siempre me lo discute todo?

—No siempre...

—Eso es mentira, y lo sabes. —Me mira con recelo—. Desde el día en que nos conocimos, no has hecho nada más que discutírmelo todo, como que *El Imperio contraataca* no es la mejor película de la historia, lo de los autores existencialistas e incluso si puedo o no decirte que te quiero. Joder. Una vez discutimos hasta sobre el color negro.

—No es lo mismo... —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—Pues claro que no. Eres capaz de soltarme un puto sermón sobre el tapón de la pasta de dientes, sobre que no

ponerlo hace que malgastes el treinta por ciento del tubo, y de alguna manera eso se convierte en una disertación sobre el espacio personal. Pero luego llega esta situación ¿y me dices que te rajas?

—La pasta de dientes no importa —le explico—. No puede matarte.

—Tal vez no, pero la Bestia Imbatible podría hacerlo. ¿Dónde está la chica que se enfrentó a ella y consiguió apaciguarla al final? La chica que se acercó a Jaxon Vega cuando todo el mundo le tenía miedo. —Su voz se vuelve tierna—. La chica que me dio el valor de enfrentarme a mis propias pesadillas y vencer, incluso cuando la amenaza de que pudiera morir salvándome fuese muy muy real.

—Esa Grace ya no existe —aseguro—. La única Grace que queda ahora es una humana débil... ¡y voy a hacer que te maten!

Me observa durante largos segundos mientras sus ojos azules memorizan cada milímetro de mi rostro. Entonces se inclina hacia atrás y me grita:

—¡Levanta el culo de una vez!

—¿Perdona? —Me cuesta oírlo con la música tan fuerte y los golpes en el suelo que los gigantes están dando a modo de celebración, pero jamás me había hablado de esa manera, por muy acaloradas que se volvieran nuestras discusiones.

Alza la voz.

—Ya me has oído. Vas a levantarte ahora mismo y a usar ese cerebrito tuyo para encontrar la manera de que podamos vencer. ¿Me oyes? No puedo enfrentarme a dos

gigantes y cuidar de ti solo porque hayas escogido justo este momento para autocompadecerte.

Me duelen sus palabras, pero es que no lo entiende. Intento cogerle la mano y lo miro con ojos suplicantes.

—Puedes perfectamente con los dos si no tienes que preocuparte por mí.

Me mira con incredulidad.

—¿Crees que me preocupan dos puntos gigantes? No podrían importarme menos. Cuando recuperes la cordura, saldremos ahí y les daremos una paliza. De eso no me cabe duda. —Su voz se quiebra—. Pero ¿qué será de mí si te rindes, Grace? ¿Qué será de mí si pierdo a la compañera que llevo casi doscientos años esperando encontrar? ¿Crees que tú no podrás soportarlo si me pierdes? ¿Y qué coño crees que me pasará a mí si te pierdo a ti?

Todo dentro de mí se detiene ante la angustia que transmite su voz.

—Hudson.

—Ni Hudson ni hostias, Grace. He tenido que compartirte desde el primer día que entraste en mi vida. Y lo he hecho. Te he compartido con Jaxon y te he compartido con todo el puto mundo que te necesita. Y nunca me he quejado porque sé quién eres. Sé cómo es tu corazón. Sé de dónde vienes y por qué haces lo que haces, y me parece bien.

»Pero no me parece bien que te rindas, que lo des todo por perdido y me dejes aquí solo únicamente porque estás cansada. Porque estás asustada. Porque no quieres hacerle daño a nadie.

»Así no funcionan las cosas. Así no funciona el mundo y, desde luego, así no funcionamos tú y yo. Llevo esperándote cada miserable día de toda mi miserable y puta vida, y no vas a rendirte ahora.

Inspira de forma temblorosa, pero la furia que arde en sus ojos no disminuye.

—Escúchame bien, Grace Foster. Estoy enamorado de ti. No de una humana. No de una gárgola. De ti. Y estoy enamorado de la chica que tiene el corazón más grande del mundo entero y que tiene el puto valor de exigirle que se arrodille a sus pies si le hace daño a alguien a quien quiere.

Se ahoga un poco al final, y levanto la mano para limpiarme las lágrimas que descienden por mi rostro para poder mirarlo a sus ojos azules de nuevo, y me destroza lo que veo. Yo le he hecho esto. Le he roto el corazón, no por no quererlo de la misma manera que él a mí, como siempre he temido que pasara, sino por no quererme a mí misma tanto como él me quiere.

Pero entonces se pasa la mano por la cara, se limpia la humedad como si su dolor no fuera importante. Planta su rostro delante del mío y nunca había visto tanta rabia y tanto amor reflejados al mismo tiempo.

—Pero no puedo hacer esto solo. Te necesito más de lo que tú jamás me necesitarás a mí. Y te juro por Dios que como te rindas cuando conmigo nunca lo has hecho... te seguiré hasta la otra vida y arrastraré tu culo de piedra de vuelta durante los kilómetros que haga falta. Así que déjate de gilipolleces de una vez y ¡levántate!

142

Aún me queda algo de garra

Las palabras de Hudson reverberan en mí mientras sigo en el suelo, mirándolo, intentando decidir qué hacer.

En un momento dado me ha preguntado si me había vuelto loca y, aunque sus palabras eran duras y bastante groseras, una parte de mí se plantea si no tenía razón.

Si es posible que esté siendo cobarde.

Si es posible que esté cometiendo un error.

En algo sí que se equivoca: no tengo miedo de los gigantes ni de Caronte. No tengo miedo de morir en sus manos, y no tengo miedo de lo que ninguna criatura de todo este ridículo mundo paranormal pueda hacerme. Después de todo, solo se vive una vez (a menos que seas Hudson) y cómo suceda eso no importa.

Así que... no. No tengo miedo a morir. Pero sí tengo miedo a vivir... con o sin Hudson.

Me aterra ser la compañera de Hudson. De estar realmente emparejada con un hombre que me considera su igual en todos los sentidos y que está dispuesto a aceptarme tal y como soy. Pero me aterra de la misma manera vivir sin él.

Nadie en toda mi vida ha estado tan dispuesto a aceptarme como soy. Como soy de verdad.

Mis padres se pasaron la vida escondiéndose de lo que soy.

Heather se pasó años intentando que fuera más extrovertida, más atrevida, más como ella.

Jaxon quería que fuera esa chica a la que poder guardar en una vitrina y proteger.

Incluso Macy, aunque solo sea para ayudarme, quiere que sea la Grace que conoció en su día, la prima que se había creado en su cabeza, en lugar de la Grace en la que me he convertido.

Hudson es el único que me acepta tal cual soy.

Es el único que lo sabe absolutamente todo de mí, lo bueno y lo malo, y me quiere igual.

Es el único que no espera que sea otra persona.

El único que cree que Grace, la auténtica Grace, es más que suficiente.

¿Tan extraño resulta que tenga tanto miedo?

¿Cómo no iba a tenerlo? Casi acaba conmigo cuando Cole rompió mi vínculo con Jaxon, y eso que era un vínculo falso, un vínculo fabricado. ¿Qué será de mí si mi vínculo con Hudson se rompe? ¿Qué será de mí si lo pierdo?

No creo que sobreviva. Y, si lo hago..., ¿seré como Falia, una sombra de mi antiguo yo, que muere un poco más cada

día sin alcanzar el final que brinda la muerte?

No puedo hacer eso. No lo haré.

«Pero ¿cuál es la alternativa?», me pregunto mientras acepto la mano de Hudson. ¿Rendirme sin haberlo intentado siquiera? ¿Renunciar a él en lugar de luchar por la vida que podríamos tener juntos? ¿Privarnos a ambos de la felicidad que podríamos encontrar, solo porque tengo demasiado miedo por lo que pueda salir mal?

Eso es muchísimo peor.

Hudson ha estado en el infierno y ha vuelto. Ha vivido con dos padres que lo utilizaban como un peón, que lo aislaban y le hacían daño y solo lo querían para usarlo como un arma, contra ellos mismos y contra el resto del mundo. Perdió a su hermano y, después, cuando creía que lo había recuperado, volvió a perderlo. Murió literalmente para que Jaxon pudiera vivir.

Y, pese a todo, sigue dispuesto a intentarlo. Sigue ahí, delante de mí, queriéndome pese a todo lo que ha tenido que pasar y todo lo que le he hecho pasar.

No espera más de mí de lo que puedo dar.

Ni siquiera espera que luche contra estos gigantes tan bien como él.

Solo quiere que esté ahí, con él.

Solo quiere que crea en mí misma, en nosotros, casi tanto como él, independientemente de lo que nos depare el futuro.

Y, joder, tiene razón.

Acaricio con el pulgar el anillo que me regaló y de repente soy consciente de todo. He pasado mil vicisitudes desde que llegué al Katmere, y he conseguido salir de todo

ello con la ayuda de las personas a las que les importo. He hecho todo lo que tenía que hacer sin perderme a mí misma en el proceso, y no pienso rendirme ahora solo porque el hecho de que alguien me vea de verdad me haya asustado durante un tiempo.

Esos dos gigantes no me asustan, y Hudson tampoco ya. Es un tío de puta madre, y merece una chica tan fuerte como él. Ya va siendo hora de demostrar que yo soy esa chica.

—Te has olvidado del plan de sacrificio humano de tu exnovia —le digo cuando por fin logro levantarme.

Parece confundido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando enumerabas las cosas a las que he sobrevivido, te has olvidado de la tienda de los horrores de Lia. Y supongo que, si pude sobrevivir a eso, puedo sobrevivir a cualquier cosa. Incluso a ti.

—¿Ah, sí? —Alza una ceja, pero sus ojos brillan ahora con más intensidad que nunca.

—Sí. —Inspiro hondo—. Así que vamos a pegarles una paliza a esos dos gigantes, ¿te parece?

—Diría que eso es justo lo que te he estado diciendo todo este rato —responde—. Y ahora, agáchate.

Lo hago y esquivo a Mazur justo cuando se abalanza sobre mí.

Hudson se ríe y se desvanece a la derecha, justo detrás del gigante, una clara señal de que sus fuerzas están a punto de agotarse. Solo se desvanece distancias cortas ahora, porque la energía que le supone desplazarse de un extremo a otro del salón es demasiada para él.

Lo que significa que voy a tener que pensar en algo pronto. Porque no estoy dispuesta a decepcionar a Hudson ni a mí misma. Ni ahora ni nunca más.

Ephes corre hacia mí y, cuando me detengo, me agacho y me escurro entre sus piernas, veo algo que podría ayudarme a acabar con esta situación tan absurda de una vez por todas.

Que empiece el juego de una puta vez.

143

Hit them with my best shot

No hay armas en este maldito salón, nada que pueda usar para derribar a un gigante, imagino que precisamente por eso. Caronte ha eliminado de este lugar todo lo que pudiera sernos de ayuda Hudson y a mí… o eso creía.

Pero hay algo que se ha olvidado de quitar, algo que mis meses en el Katmere me han enseñado que puede convertirse en un arma letal. Las lámparas de araña. Y estas no son unas lámparas cualesquiera.

Al principio pensaba que estaban hechas de huesos, como las de los túneles del Katmere, pero al observarlas más detenidamente veo que están confeccionadas de dientes y colmillos de animales. Lo cual es espantoso (¿en qué cojones estaba pensando Caronte?), pero puede serme de utilidad en mi situación actual.

Porque hay un par de colmillos de narval que podrían servirme. Y, si no, bueno, provocarles una conmoción

cerebral tampoco estaría mal.

Mazur vuelve a la carga, y está cabreado, de modo que esquivo su pie gigante y salgo corriendo hacia el otro extremo del salón con él pisándome los talones.

Está más enfadado ahora que ha fallado, y empieza a golpear el suelo con los puños como si estuviese jugando a golpear al castor. No cuesta tanto esquivarlo cuando usa solo uno de los puños, pero cuando empieza a usar los dos acabo teniendo que saltar de aquí para allá como una rana a toda prisa para evitar que me aplaste.

Pero entonces Hudson se desvanece hasta mí, con Ephes a la zaga. Lo miro sin entender qué hace aquí. Estoy algo ocupada intentando no morir aplastada por un gigante ahora mismo. Pero entonces hace algo genial. Empieza a desvanecerse en pequeños movimientos hacia delante y hacia atrás entre los gigantes, al lado del pie de uno, luego del otro, zigzagueando. Entre eso y que yo no paro de saltar para evitar los golpes de puño, los gigantes no tardan mucho en acabar totalmente confundidos y comienzan a golpearse y a patearse el uno al otro en un intento de alcanzarnos.

Eso los cabrea, y hace que se cabreen entre ellos, y nos da a Hudson y a mí un poco de margen para llegar al otro extremo del salón sin tener que preocuparnos de morir aplastados.

Estoy sin aliento para cuando llegamos ahí; aunque no se desvanezca, me cuesta seguirle el ritmo a Hudson, así que apoyo las manos en los muslos y le indico que se acerque.

—Sé que te está costando desvanecerte, pero ¿crees que puedes hacerlo un par de veces más? —pregunto mientras

intento proveer de aire a mis pulmones, pese a que cada respiración me duele más que la anterior—. Tengo un plan.

—Haré cualquier cosa que necesites que haga. Ya lo sabes. —Se agacha un poco hasta que su cara está justo a la altura de la mía. Entonces me da un besito rápido antes de preguntar—: ¿Cuál es el plan?

La parte de la multitud que no está abucheando a los gigantes por pelearse entre sí se vuelve loca al ver el beso, pero paso de ellos. ¿Qué clase de gilipollas acuden a ver una lucha de gladiadores y encima quieren ver un poco de romance entre tanta sangre? Capullos.

—Voy a usarme como cebo —le digo— para atraerlos a los dos hasta el centro de la arena. Si consigo mantenerlos ahí unos segundos sin que me despedacen, ¿crees que podrías soltar la cuerda de una de las lámparas y desvanecerte hasta el otro extremo del salón para soltar la otra justo después?

Sus ojos se iluminan.

—¿Vas a intentar dejarlos inconscientes con las lámparas? Me encanta.

—Ya, bueno, no es precisamente una idea muy original —le indico haciendo una mueca—. Habías olvidado otra cosa a la que sobreviví en el Katmere: muerte por lámpara de araña. Pero, si tenemos suerte, tal vez funcione hoy.

—Avísame cuando estés preparada y me pondré con ello —señala, y suena como el Hudson gallito al que estoy acostumbrada. Pero sus ojos están ensombrecidos, y su respiración es un poco más superficial que de costumbre.

—¿Seguro que estás bien? —pregunto cuando los gigantes dejan de golpearse el uno al otro y empiezan a

golpear el suelo de nuevo porque, al parecer, todavía no se han dado cuenta de que nosotros ya estamos al otro lado.

Hudson tenía razón. No pienso dejarme morir a manos de este par de gigantes bobos.

Mi compañero me lanza una sonrisa arrogante porque puede que esté hecho polvo, pero Hudson Vega no conoce el significado de la derrota. Entonces dice:

—Tranquila. Estoy bien. Yo me encargo, amor.

Y hay algo en el modo en que lo dice, algo en su absoluta disposición a confiar en que sé lo que me hago, que me llega a lo más hondo. Bueno, y el hecho de que me haya llamado «amor», el modo en que ha salido de su boca con tanta naturalidad y que haya sonado tan perfecto también.

Y así, sin más, lo sé.

Quiero a Jaxon. Una parte de mí siempre lo querrá. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando he tenido esa suerte? Mi primer amor es un tío estupendo, y nos encontramos el uno al otro cuando me sentía perdida y sola y lo necesitaba más que nada.

Pero esa chica, la Grace que se enamoró locamente de él y a la que él amaba locamente, ya hace tiempo que desapareció. Esa chica estaba asustada y sola, y era una ingenua. Necesitaba protección. Es más, quería ser protegida tanto como él quería protegerla.

Pero así es como suelen ser los amores de juventud, ¿no? Idealistas, explosivos y perfectos... hasta que dejan de serlo. Hasta que la cosa estalla o va muriendo o simplemente evolucionas.

Yo evolucioné durante esos tres meses y medio que no recuerdo. Cambié, y Jaxon no. No es culpa de nadie, pero

es así.

Y sé que al final todo acabará bien. Que Jaxon y yo tendremos una maravillosa vida juntos cuando consigamos encontrar la Corona y reparar nuestro vínculo. Él estará bien, su alma dejará de hacerse pedazos y nos haremos bien el uno al otro. Aprenderá a respetarme como a una igual y yo aprenderé a dejar que se ocupe de esas pequeñas cosas que no importan tanto. Es un tío increíble, y seremos unos magníficos gobernantes juntos.

Inspiro hondo, y exhalo lo más lentamente que puedo. Porque no tiene sentido estar triste. No tiene sentido querer más cuando ya tengo tanto.

No tiene sentido lamentarse por lo que tiene que ser, sobre todo cuando lo que tiene que ser salva a alguien a quien quieres.

Pero la verdad es que quiero a Hudson. Amo a Hudson. Creo que ha sido así desde el momento en que entré en ese campo de prácticas del Ludares y lo vi leyendo *A puerta cerrada*. Estaba rabioso porque había ido a ver a Jaxon (entonces no sabía nada, claro), de modo que, cuando bromeó sobre mi ropa interior, fui presa fácil.

Pero desde el principio las cosas han sido distintas con Hudson. Él veía cada parte de mí, incluso aquellas de las que no estoy muy orgullosa. Me aceptaba en mis días buenos, me sacaba de mi mal humor en los malos y me quería en todos ellos. Creía en mí pese a todo. Él me protege, claro que lo hace, pero de una manera distinta. Me anima, cree en mí, quiere que sea todo lo fuerte que puedo ser, quiere que sea mi mejor versión.

Siempre está ahí (siempre lo estará), pero le gusta que yo también sea poderosa. Le gusta que me valga por mí misma. Le gusta la increíble gárgola tanto como la humana no tan increíble.

Es listo, divertido, sarcástico, dulce y fuerte, y también está muy bueno. Es todo lo que podría pedir en un chico, todo lo que jamás habría querido, y viene en un envoltorio increíblemente sexy.

Y nunca se lo he dicho. Ni siquiera cuando él me lo dijo a mí. Me lo guardé, me negaba a reconocerlo, no quería ni admitirlo ante mí misma. Y ahora estamos en esta arena y puedo burlarme de estos gigantes todo lo que quiera, pero ambos sabemos que un movimiento en falso, un fallo de un segundo, y estaremos totalmente jodidos. No habrá Corona ni declaraciones sentimentales. Solo dolor, muerte y pérdida.

Y eso no es justo para ninguno de los dos. No puedo dejar que continuemos con el resto de nuestra vida sin decirle lo que siento.

Empieza a alejarse, a prepararse para correr, pero lo agarro de la muñeca. Apoyo una mano temblorosa en su precioso y querido rostro y le digo lo único que merece la pena decir en un momento como este. Lo único que merece la pena decirle a un hombre como este.

—Te quiero.

Durante un segundo parece sorprendido, sus ojos azules se abren como platos y buscan algo en mi rostro, no sé qué. Pero entonces ese bonito hoyuelo hace acto de presencia mientras él sonríe de oreja a oreja. Y lo único que dice es:

—Lo sé.

—¿En serio? ¿Vas a hacerte el Han Solo en un momento como este? —pregunto, aunque tengo que morderme la mejilla por dentro para evitar reírme, porque, joder, cuánto le quiero.

—Perdona —enarca las cejas ante mi insulto—, pero nunca es mal momento para hacerse el Han Solo. Además —sonríe—, lo he sabido todo este tiempo. Solo esperaba a que te dieras cuenta tú.

—Ya, bueno, pues ya me he dado cuenta —le digo mientras me inclino y lo beso una vez más—. Y ahora vamos a hacer esto, ¿vale? Estoy más que preparada para largarme de este lugar.

Intenta alcanzarme, pero salgo corriendo, gritando, dando palmas y haciendo todo el ruido posible para asegurarme de que los dos gigantes me sigan.

Y funciona. Mazur viene corriendo hacia mí como si estuviese en llamas y yo fuese la única boca de incendios disponible. Lo saludo y le lanzo un beso para cabrearlo. Pero cuando me vuelvo para hacer lo mismo con Ephes, veo que tenemos un problema. Porque el segundo gigante va directo a por Hudson con una determinación que indica que nada ni nadie va a interponerse en su camino.

144

Entra por una oreja y sale por la otra

Hudson está ahora en el otro extremo del salón, con Ephes pisándole los talones. Si intento ayudarlo y Mazur me sigue, nada me garantiza que podré volver a atraerlos a ambos de nuevo al centro en breve. Al parecer los gigantes se distraen con bastante facilidad.

Afortunadamente Hudson se da cuenta de que hay un problema de inmediato y, mientras yo juego al corro de la patata con Mazur, él se desvanece de nuevo hasta el centro de la arena. Segundos después Ephes da media vuelta para perseguirlo.

—¿Sigue todo bien? —pregunto, porque sé que ese último desvanecimiento ha agotado gran parte de su energía y ahora tiene que repetir el movimiento para volver a donde había empezado.

Hudson respira con mucha dificultad, tal vez por primera vez en su vida, pero me sonríe con esa sonrisa estúpida que tiene que me hace sentir demasiadas cosas.

—Mi chica acaba de decirme que me quiere —explica—. Ahora mismo tengo suficiente energía como para desvanecerme hasta el instituto Katmere y volver. No te preocupes, Grace. Está todo controlado.

Es absurdo. Se está inclinando hacia un lado, por el amor de Dios. Pero sé que lo tiene controlado. En mi opinión, no hay nada que Hudson no pueda hacer si se empeña en ello, incluido esto.

De modo que asiento, le mantengo la mirada durante unos segundos más y digo:

—Vale, yo también.

—Nunca lo he dudado. ¿A la de tres?

Asiento de nuevo.

—Una, dos, ¡tres!

Hudson sale disparado hacia el extremo del salón, y yo lanzo un chillido lo bastante fuerte para que las personas que están en las gradas protesten.

Mazur grita en respuesta una octava más grave e intenta golpearme con el puño para hacerme callar. Pero ya estoy en movimiento, corriendo entre ellos lo más rápido que puedo, gruñendo por el dolor que me provocan las costillas y todo lo que tengo roto. Ephes se agacha y trata de agarrarme, pero me escurro entre sus piernas y lanzo un puñetazo hacia arriba con todas mis fuerzas.

Brama de rabia y procura atraparme de nuevo, pero falla.

Sin embargo, Mazur se acerca, y ha demostrado tener mejor puntería que Ephes, de modo que en lugar de intentar correr a su alrededor, me lanzo al suelo y ruedo para escapar de su alcance.

Pero Ephes ya se ha recuperado de mi golpe sorpresa y quiere sangre. Mientras ruedo, da una patada en el suelo con tanta fuerza que la madera se parte y salgo disparada, justo a su altura. Pero Mazur también me quiere, y se abalanza a por mí. Los gigantes chocan y yo me escabullo por un estrecho pasillo que han dejado sus pies en paralelo.

Mazur grita ante mi evasión, y yo grito en respuesta al darme cuenta de que una de las lámparas y luego la otra se balancean libremente a escasos segundos la una de la otra.

Ahí está. Es la única oportunidad que tenemos. La multitud, sorprendida, grita y el puto Mazur se vuelve para ver por qué están gritando...

—¡Eh, tú! —Lo llamo todo lo alto que puedo y me dejo caer a sus pies: la presa más fácil que ha tenido en toda la noche.

Y funciona. Se vuelve de nuevo, me levanta con la mano y... ¡pum!

Las lámparas se encuentran. El peso de ambas hace que los gigantes choquen entre sí y la física hace el resto.

Los colmillos de narval que sobresalen de las lámparas atraviesan las cabezas de los gigantes.

Uno le entra a Mazur por la oreja izquierda y le sale por la derecha, y el de la otra lámpara le atraviesa a Ephes el ojo derecho.

La sangre y otra sustancia que prefiero no saber qué es me salpican entera y entonces sus músculos se relajan y me

suelta. Hudson me atrapa al vuelo y ambos nos retiramos mientras los dos gigantes caen al suelo muertos.

La multitud se vuelve loca.

145

Nunca apuestes contra las ratas

—¡Joder! —exclama Hudson mientras me abraza con tanta fuerza que no puedo respirar—. ¡Lo hemos logrado!

Y ¡sí! Estoy deseando celebrar el no haber muerto a manos de los gigantes, pero tengo un problema más urgente.

—¡Quítamelo! ¡Quítamelo! ¡Quítamelo! —Me paso la manga del mono negro de la cárcel por la cara antes de empezar a bajarme la cremallera delantera. Que sea una tía dura no significa que me apetezca estar cubierta de sangre y fluidos de gigante, así que quiero quitarme esto de encima.

—Tranquila —me dice mientras intenta limpiarme todo lo que puede con las mangas de su uniforme. Por razones obvias, él no tiene los mismos reparos hacia la sangre que yo, aunque esté cubierto de ella en lugar de bebiéndosela.

Se arma un jaleo a nuestro alrededor, las luces de la casa se encienden, cae confeti del techo y la gente de las gradas intenta correr a la arena para saludarnos. Pero yo no quiero saludar a esta gente horrible y, desde luego, no quiero celebrar el hecho de tener mucho que ver con que dos personas hayan muerto.

Ya sé que ellos nos habrían matado a Hudson y a mí sin pensárselo dos veces, pero eso no significa que yo no sienta remordimientos porque estos seres hayan tenido que perecer de esta manera. En un mundo perfecto los cuatro habríamos salido caminando de este salón.

Pero, bueno, en un mundo perfecto no habríamos estado en este salón para empezar. Y desde luego no habría habido una multitud de espectadores ansiosos por ver cómo nos matábamos entre nosotros.

—¡Quítamelo! —le pido a Hudson de nuevo, pero me abraza y me susurra sonidos tranquilizadores al oído mientras me acaricia el pelo.

—Te prometo que te lavarás tan pronto como sea posible —me dice—. Pero ahora mismo no tengo nada para limpiarte y...

—Toma —dice Remy, que aparece por detrás de nosotros. Lleva una toalla húmeda en la mano—. Usa esto para limpiarte.

Hudson le lanza una mirada de agradecimiento, pero yo estoy demasiado ocupada chillando de júbilo como para decir nada. Extiendo la mano para coger la toalla, pero Hudson se me adelanta y empieza a limpiarme mientras Remy, Vander y Flint (que todavía lleva a Calder sobre el hombro) mantienen el caos alejado de nosotros.

Afortunadamente Hudson apenas tarda unos minutos en limpiarme lo mejor posible.

No es lo ideal, pero al menos mi pelo, mi cara y mis manos están limpios, y no noto nada pegajoso en el uniforme, así que con esto tendrá que bastar. Intento guardarme la imagen de mí misma cubierta de sangre por segunda vez este año en un cajón y no me arrepiento lo más mínimo. No tengo intenciones de volver a abrirlo jamás.

—Hemos de irnos —suelta Remy de repente y, así sin más, nos apremia a Hudson y a mí a movernos hacia las puertas laterales del salón, por las que no está saliendo ningún espectador. Flint y Vander nos siguen en la retaguardia.

—¿Adónde vamos? —pregunta Flint, pero Remy está demasiado ocupado moviendo el culo para responder.

Y, cuando atravesamos la puerta y llegamos a uno de los pasillos secundarios, entiendo por qué. Caronte está intentando escabullirse, el muy cabrón.

—¡Ya sé que ya ha pasado tu hora de irte a dormir —le grita Remy cuando lo alcanzamos—, pero tenemos algunos temas de los que ocuparnos!

Caronte se vuelve cabreado.

—He de decir que eso ha sido bastante inesperado.

—También lo ha sido que nos lanzaran a una arena con dos gigantes sedientos de sangre —le espeto—, pero supongo que todos tenemos que adaptarnos a las situaciones.

Me mira de la cabeza a los pies.

—Al parecer hay mucho más en ti de lo que parece a simple vista. —La evidente cara de asco con la que lo dice indica que no es algo bueno.

—Un trato es un trato —le dice Remy.

—Sí, ya sé que un trato es un trato —responde burlándose del acento de Remy—. Solo iba a mi despacho a prepararlo todo.

—¿Qué hay que preparar? —pregunta Vander, y su voz resuena por todo el pasillo—. Nuestra gente ha ganado limpiamente. Tienes que dejarnos ir.

—No tengo que hacer nada —le replica Caronte—. Yo dirijo esta cárcel, no tú. Yo decido quién se va y quién se queda, no tú.

—Pero ahí está la cosa, ¿verdad? —le digo cruzada de brazos—. Nadie consigue salir jamás, ¿no? Los haces pasar por la fachada de la cámara porque eso los mantiene dóciles durante mucho tiempo.

»Después, cuando por fin se dan cuenta de que nadie expía nunca sus faltas, tienen que ganar el suficiente dinero como para comprarte su libertad, cosa que me parece abominable, pero, ¡eh!, es tu cárcel. —Levanto las manos como si no fuera importante, como si toda la situación y su evidente explotación de las personas a su cargo no fuera una de las cosas más horribles que he visto u oído jamás—. Y luego, cuando recibes su dinero, los obligas a luchar a muerte con unos gigantes a los que no pueden vencer, al tiempo que aceptas el dinero de Cyrus y de Dios sabe quién más para mantener en la cárcel a gente que no debería estar aquí.

—¡¿Adónde quieres ir a parar?! —me ruge.

—Pues a que finges que tu palabra es sagrada, pero lo cierto es que tu palabra no significa una mierda.

—¡Eso no es verdad! —me asegura, y por un segundo creo que le va a dar una pataleta aquí en medio del pasillo. Incluso golpea el suelo con el pie—. ¡Mi palabra es sagrada! Siempre lo ha sido.

—¿Porque tú lo dices? —me burlo, y sé que debería callarme. Sé que probablemente solo estoy empeorándolo todo, pero me cabrea sobremanera que mi destino y el de mis amigos, que el destino de todas las personas de este lugar, esté en manos de este niñato sin conciencia y sin la más mínima decencia.

—¡Porque es verdad! —aúlla.

—Pues entonces cumple tu parte del trato —dice Hudson.

No quiere hacerlo. Lleva escrito en la cara que pensaba retenernos aquí para poder torturarnos un poco más y hacernos pagar por haber frustrado su plan minuciosamente estudiado. Porque si nos deja ir tendrá que enfrentarse a Cyrus y a saber a quién más.

—Eres consciente de que si nos retienes aquí no guardaremos silencio, ¿verdad? —añade Flint—. Pienso contarles a todos en el hexágono lo que hemos descubierto. ¿Qué vas a hacer? ¿Enviar a todos los windigos a por el príncipe dragón porque le está contando a todo el mundo que tus reglas no son más que chorradas? Buena suerte con eso.

Caronte nos mira a los ojos con un tic en la mandíbula.

—¡Vale! Os acompañaré. Dejad que les envíe un mensaje a mis guardias para informarlos de que vamos. Y entonces

saldremos.

La idea de salir por fin de este lugar me produce alivio. Sigo enfadada, estaré enfadada durante mucho tiempo, pero estoy lista para irme. Lista para encontrar la Corona y para acabar con Cyrus de una vez por todas.

Pensar en él y en la inevitable guerra que se avecina me hace desear salir de aquí cuanto antes. Pero también otra cosa.

—Tienes que quitarnos los brazaletes antes de que nos vayamos —le digo a Caronte tendiéndole la mano para proporcionarle mejor acceso. Y ya noto la alegría inundando el vacío que sentía en mi interior por la ausencia de mis poderes. Sabía que los echaba de menos; sabía que me faltaba una parte importante de mí, pero hasta que no me he abierto a la idea de recuperarlos, no me había percatado de cuánto añoraba en realidad ser una gárgola.

Pese a lo mucho que me traumatizaba la idea de serlo hace unos meses, ahora me he acostumbrado a poder volar y a acceder a los elementos y canalizar la magia. Estoy deseando sentir mis alas. Jamás volveré a quejarme de que me provocan dolor de espalda.

Caronte se echa a reír a carcajadas.

—Lo siento —responde con una voz que deja bastante patente que no lo siente para nada—. No habéis negociado nada de eso.

—¡Hemos negociado nuestra libertad! —exclama Flint.

—Sí, y os liberaré de la cárcel. —La sonrisa de Caronte se torna maléfica—. Pero eso es todo.

—Tú nos pusiste estos brazaletes —dice Hudson.

—No, os los puso un oficial de admisiones. Yo no tengo nada que ver con esa parte de la cárcel, así que, de nuevo, lo siento. Hemos negociado la libertad de cinco de vosotros, así que, vamos.

—¡No! —le digo—. El trato era para seis de nosotros. —Miro a mi alrededor y cuento mentalmente de nuevo por si me he vuelto loca. Flint, Calder, Remy, Vander, Hudson y yo. No, en efecto, somos seis.

—El trato era para cinco —me informa Caronte con los ojos entornados—. Si no te gusta, háblalo con tu amigo el mago. Ha sido él el que ha negociado.

—¿Remy? —pregunto volviéndome hacia él—. ¿Qué está pasando?

—¿Por qué cree que solo vamos a salir cinco? —pregunta Vander—. Como me hayas traicionado...

—Tú te vas —lo interrumpe Remy—. Os vais todos. Soy yo el que se queda.

146

Jugando al escondite con el poder

—Pero ¿qué demonios...? —grazna Flint—. ¿Por qué ibas a...?

Levanto una mano y, por una vez, Flint me hace caso y se calla.

—¿No te has incluido en el trato? —pregunto manteniendo la voz baja mientras me esfuerzo por comprender qué ha podido llevarle a hacerlo.

Él se encoge de hombros.

—Ya te lo he dicho, *cher*. Siempre he estado predestinado a ingerir la última flor.

—Ya, pero ¿no sería más fácil esto? Podrías venir con nosotros ahora... —Empiezo a volverme hacia Caronte para intentar negociar. Sé que es una causa perdida, pero tengo que hacer algo. No podemos dejarlo en este agujero.

—Sé lo que veo, Grace. Y no es así como salgo de aquí.

—Porque no quieres —le dice Hudson—. ¿Y si tus visiones se equivocan? Dijiste que a veces las cosas están algo borrosas…

—Esta no. Esta llevo viéndola clara como el agua desde hace años. —Me sonríe, e incluso me da una palmadita en la mejilla—. No estés triste, *cher*. Estaré bien. —Después mira hacia el brazalete en mi muñeca—. Además, no hemos terminado todavía.

—¿Qué significa eso? —quiere saber Caronte—. Tengo que irme a la cama. Necesito…

—¿Tu chupete? —pregunta Remy, y me guiña el ojo—. No te quites el pañal aún, Charles. Esto solo nos llevará un par de minutos.

La cara de Caronte pasa de un blanco pastoso a un rosa intenso, de rosa intenso a rojo y de rojo a un tono casi morado, lo cual es un espectáculo. Estoy casi convencida de que si sigue así va a explotar de rabia. Aunque tampoco sería algo demasiado malo.

Pero Remy pasa de él y se centra en mí.

—No he negociado la retirada de los brazaletes porque todavía necesito algo de vosotros.

—Vaya, pues menuda estrategia de mierda, ¿no? —refunfuña Hudson.

—Tenía que asegurarme de que todavía me necesitabais —explica Remy—. Y ha llegado el momento. Libera mi magia, y yo eliminaré vuestros brazaletes, y vuestra magia será libre también.

—No sé si puedo hacer eso…

—Querrás decir que no quieres —dice, y no suena enfadado. Solo decepcionado, consigo mismo, con la

situación y, sobre todo, conmigo.

—No, quiero decir que no sé si puedo. Sin mis poderes...

—Para eso es el tatuaje —me señala—. Tienes que confiar en él.

—¿Como tú has confiado en mí? —pregunto, porque su falta de confianza me escuece. Pensaba que éramos amigos.

—No es lo mismo en absoluto. —Suspira y se tamborilea el muslo con los dedos mientras busca la forma de expresar lo que quiere decir—. No podía permitirme confiar en vosotros y errar, Grace.

—Lo sé —le digo, porque es verdad.

Se ha pasado toda la vida en la cárcel; toda la vida bajo el control de gente como Caronte y los windigos, que tan pronto te hablan como te arrancan una pierna. No me extraña que tenga problemas a la hora de confiar en la gente. Tal vez en lugar de estar decepcionada porque no haya confiado en mí debería estar contenta de que haya confiado tanto como lo ha hecho.

—Bueno, y ¿qué quieres que hagamos? —pregunta Flint mientras se pasa el peso muerto de Calder de un hombro al otro. Debe de estar agotado después de haberla llevado encima tanto tiempo, pero no flaquea. No muestra ni la más mínima expresión de estar molesto, si es que lo está.

—Necesito a Grace —responde Remy—. Es la única que puede hacerlo.

Doy un paso atrás y le froto a Hudson la mano para infundirle seguridad. Sé que no lo necesita, pero quiero hacerlo de todos modos. Su sonrisa se torna suave, de modo que entiendo que agradece el gesto.

Me coge la mano y entrelaza nuestros dedos durante unos instantes antes de soltarme. Pero el calor de su tacto perdura en mí mucho más tiempo.

—Estoy lista —le digo a Remy cuando vuelvo a acercarme a él.

Me coge las manos y las sostiene con las palmas hacia arriba, con los brazos extendidos desde el codo. Después, con suavidad y con cuidado, pega sus palmas a las mías.

—Tienes que escarbar hondo, Grace. Llevo preso toda mi vida. Mi magia está enterrada muy por debajo de la superficie.

Asiento. Cierro los ojos. Inspiro hondo. Y rebusco en su interior desde lo más profundo de mi mente.

Al principio no siento nada, solo veo un lienzo en blanco frente a mí. Pero al cabo de un minuto sé que está ahí. Puedo sentirlo; pequeños fragmentos de Remy manifestándose a través de la pared.

Un guiño. Una risa. Una leve sonrisa.

Conocimiento. Muchísimo conocimiento.

Amabilidad.

Cautela.

Y entonces, cuando empezaba a pensar que nunca lo iba a encontrar, lo veo. Un fino y minúsculo zarcillo de poder.

Es esquivo, y sale corriendo de un lado para otro mientras yo corro tras él. Intento atraparlo, pero fallo una y otra vez.

Frustrada, abro los ojos e inspiro hondo. Me quema el brazo y, cuando bajo la mirada, veo que la parte inferior de mi tatuaje, la parte que se enrosca alrededor de mi

muñeca, brilla un poco. Lo miro más detenidamente, intentando alentar al calor para que se extienda.

Cuando vuelvo a entrar encuentro el escurridizo zarcillo de magia de nuevo, y esta vez intento agarrarlo con el brazo tatuado. Se me escapa dos veces, pero a la tercera va la vencida, y me aferro con fuerza a él.

Al hacerlo se enrosca en mis dedos y cobra vida dentro de mí, y se consume igual de rápido. Sigo escarbando, buscando otro zarcillo, un destello más grande de poder, pero no encuentro nada y se me cae el alma a los pies.

¿Cómo se lo digo? ¿Cómo le digo a este chico de ojos infinitos y de corazón aún más infinito que no hay nada ahí, que la magia que su madre le dijo que albergaba en realidad no es más que un pequeño charco?

Sé lo que se siente, sé lo vacío que te hace sentir saber que la gente en la que más confiabas en el mundo te traicionó. Que negoció tu libertad como si de un cromo se tratase.

Mis padres lo sabían; sabían que yo era una gárgola, y nunca me lo dijeron. Sabían que había magia en este mundo; una magia que mi propio padre tenía, y no me dijeron nada. Me mantuvieron en la ignorancia, hicieron todo lo posible por ocultármelo pese a que me sentía rara, fuera de lugar, como un pez fuera del agua en mi propio cuerpo... y en mi propia vida.

Tener que explicarle eso a Remy, a este chico que nació en una cárcel, que perdió a su madre con cinco años, que nunca conoció a su padre, que se crio entre los guardias y los presos que iban y venían... ¿cómo le digo que la única constante en su vida, la magia con la que tanto contaba, no

es más que algo efímero, una circunstancia de mierda más de la que jamás se recuperará?

Porque, por más que Remy quiera desear lo contrario, no tiene ningún pozo de poder escondido. Su madre le mintió.

147

Hasta que brille

Inspiro hondo e intento desesperadamente encontrar las palabras para no destruir su confianza y romperle el corazón, pero cuando abro los ojos Remy ya me está observando. La niebla en sus ojos verdes se arremolina mientras me mantiene la mirada y dice:

—Ya te he dicho que tenías que buscar profundamente, *cher*. Puede que no lo hayas encontrado todavía, pero está ahí.

—No estoy tan segura, Remy. No puedo...

—Mi madre no me habría mentido, no sobre algo así. Sabía que era mi única posibilidad de salir de aquí, y jamás me habría dado falsas esperanzas.

No sé si estoy de acuerdo con él, no cuando yo habría reaccionado igual hace un año. Me habría reído de cualquiera que me hubiese dicho que mis padres eran unos mentirosos. De cualquiera que me hubiese dicho que el

único motivo por el que yo existía era porque mis padres fueron a ver a la Sangradora y básicamente me vendieron a ella antes de existir siquiera.

—Está ahí, Grace —repite, y lo hace tan convencido que una parte de mí quiere gritarle, decirle que no lo sabe. Que los padres hacen cosas extrañas y terribles a diario, que cuentan mentiras extrañas y terribles. A veces no nos enteramos, pero a veces sí, y cuando eso sucede negarlo no va a cambiar nada. Pero su fe en su madre es absoluta—. Solo tienes que escarbar más hondo hasta que encuentres dónde lo dejó.

—¿Cómo sabes que no te mintió? —pregunto.

—Porque era mi madre —responde—. Puede que cometiera errores en su vida, pero jamás me habría dejado desprotegido, y así es como me protegió.

Y hay algo en sus palabras, tan sencillo y tan profundo, que me devuelve a los días previos a la muerte de mis padres. A las discusiones susurradas, a las comidas tensas, al modo en que se cerraban cada vez que yo entraba en alguna habitación.

«¿Cómo pude haberlo olvidado?», me pregunto mientras me dispongo a buscar la magia de Remy de nuevo. Tras su muerte, ¿cómo pude haber olvidado lo tensas que se habían puesto las cosas en casa? ¿Cómo pude haber olvidado que cada vez que me daba la vuelta mi madre me daba una taza de té para que me la bebiera y me insistía en que me la terminara cuando yo prefería tomarme un agua con gas o un Dr Pepper? ¿Cómo pude haber olvidado que mi padre no paraba de intentar hablar conmigo, pero mi madre lo interrumpía, con la cara lívida con un miedo que yo no

entendía? Y ¿cómo pude haber olvidado que me pidieron que pasara el domingo con ellos para poder hablar de cosas, pero les dije que no podía porque tenía que completar unas horas de voluntariado antes de rellenar mis solicitudes para las universidades?

Todo me parece tan absurdo ahora; que me perdiera mi última oportunidad de hablar con mis padres, de verlos con vida, por tener algo más que poner en mis solicitudes. Solicitudes que jamás llegué a rellenar. Qué tremendo desperdicio.

Ahora minúsculos destellos de la magia de Remy corren de aquí para allá mientras continúo rebuscando, y no puedo evitar preguntarme de qué querrían hablar conmigo y cómo pude haber olvidado que querían hacerlo.

¿Habían decidido que por fin ya era lo bastante mayor?

¿Iban a contarme lo que habían hecho?

¿Iban a contármelo todo?

Nunca lo sabré. Murieron antes de que pudiéramos tener esa conversación. Los frenos fallaron, el coche se despeñó por el acantilado y Lia se salió con la suya.

Así de simple.

Y ahora que tengo la ventaja del conocimiento, la ventaja de poder echar la vista atrás y muchos meses que repasar, me doy cuenta de que tal vez ya no pueda reprocharles el haberlo mantenido en secreto después de todo.

¿Es una mierda? Sí, desde luego.

Detesto no haber podido tener la ocasión de hablar con mi padre sobre sus runas o sobre mi gárgola o sobre este maldito lío de vínculos que ellos ayudaron a generar.

Detesto que mi madre nunca supiera lo divertido que me resulta volar y cuánto añoro sus tés o cuánto la echo de menos a ella.

Pero mientras estoy aquí de pie, peinando el alma de Remy en busca de su magia, no puedo evitar pensar que hicieron todo lo posible por protegerme. Como cuando yo decidí no contarle a Jaxon lo que la Sangradora nos había hecho; hacerlo solo provocaría más dolor, y ¿para qué hacerlo sufrir más sin necesidad? ¿Por qué contárselo a Flint si eso solo le haría revivir el dolor por el continuo rechazo de Jaxon?

Hay veces en la vida en las que no hay respuestas correctas o incorrectas. A veces te toca una mala mano y has de hacer lo que puedas con lo que tienes y rezar para que funcione (y para no herir a nadie por el camino).

A veces eso es todo lo que tienes.

Como Remy, que ha hecho todo lo posible para traernos hasta este punto, pese a que no confiaba en nosotros.

Como yo ahora mismo, intentando encontrar su magia, aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Es ese pensamiento el que me hace salir de ese estado y volver a centrarme en Remy, el que me hace creer que tiene razón. Su magia es demasiado importante para que su madre le mintiera al respecto si quería que su hijo tuviera alguna posibilidad de salir de la cárcel.

—Tienes razón —le digo—. Tu madre no te habría mentido.

De modo que me sumerjo en una nueva búsqueda, despliego mis sentidos al máximo e intento encontrar un rastro de su magia, un rastro de algo que lo salvará.

En sus ojos se forman de nuevo esos remolinos gris verdoso, y sé que voy por buen camino. Y de repente lo tengo delante de mí. No su magia, sino un muro gigante.

Todo dentro de mí me grita que está ahí, tras la pared, oculto de mí y de todo el mundo: una protección creada por su madre para todos esos años que debía pasar en prisión. Si escondía bien su magia, nadie podría arrebatársela, ni Caronte ni nadie.

Pero Remy ya no es un niño y su magia, esta magia, es lo único que puede salvarlo ahora.

De modo que inclino la cabeza y escarbo a través de la pared, cavando, cavando, cavando...

De repente en mi mano se prende un fuego.

—¡Dios mío! —exclamo al ver la llama que la rodea y que empieza a reptar por mi antebrazo con una fuerza que no sé ni cómo soportar.

Los zarcillos de su magia me rodean ahora por completo, se cuelan y se deslizan entre mis manos. Me envuelven, ascienden hasta mi cabeza y asoman entre mis dedos, jugando al escondite y a atrápame si puedes.

Ahora tengo el brazo entero en llamas. Miro un instante hacia abajo y veo que el tatuaje brilla intensamente con la magia que se vierte a través de mí, cada punto desde mi muñeca hasta el hombro están iluminados como si fuera el Mardi Gras, el carnaval de Nueva Orleans, hasta que todo el brazo está incandescente por el calor. Por el poder. Por la pura esencia de la magia de Remy.

Lo absorbo todo, cada gota que encuentro. Cada zarcillo. Cada hechizo. Hasta que la magia ondeante en sus ojos desaparece y parece completamente normal de nuevo.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando veo que se tambalea.

Se encoge de hombros y por un segundo creo que va a desplomarse. Sé lo que se siente. Sé lo raro y lo vacío que te sientes cuando alguien te arrebata la magia que antes tenías. Pese a que tan solo tenía acceso a una minúscula parte de ella, debe de sentirse fatal al no tenerla.

Miro el brazalete que está en mi muñeca con la misma intensidad de rabia y asco que suelo reservar para Cyrus y Cole. Cuando salgamos de aquí y consiga quitarme esta porquería, juro que despedazaré a cualquiera que intente volver a ponerme uno.

Remy se tambalea de nuevo y me dispongo a cogerlo, pero Hudson ya está en ello, sujetándolo, prestándole a Remy gran parte de las escasas fuerzas que le quedan.

—¿Estás preparado para esto? —pregunto, porque si perderla lo ha dejado hecho polvo, no me puedo ni imaginar lo que sentirá cuando se la devuelva toda de golpe, sobre todo cuando nunca ha sentido tanta magia antes.

Pero Remy simplemente me guiña el ojo y se prepara, con los pies bien firmes en el suelo y la barbilla metida hacia dentro, y dice:

—Ya me conoces, *cher*. Nací preparado.

148

Every Little Thing He Does Is Magic

—Sí, yo también —digo, y suelto una carcajada.

Remy me lanza esa sonrisa traviesa suya y me dice:

—Bien, pues vamos con ello, ¿te parece?

—Por supuesto.

Inspiro hondo para calmar a las aves rapaces que se han vuelto locas en mi estómago y busco de forma instintiva la mirada de Hudson con la mía.

Está justo ahí, al lado de Remy, con su propia sonrisa en la cara con hoyuelo incluido. Me centro en sus ojos, esos ojos oceánicos que tanto ven, que tanto abarcan y que prometen dármelo todo a mí.

—Puedes hacerlo —me asegura, y asiento. Porque sé que puedo. He nacido para esto.

Me aferro a ese pensamiento, me aferro al apoyo de Hudson, y me centro en el fuego de mi brazo. Contener la

magia de Remy es muy distinto a cuando contuve la de Hudson durante el Ludares. La de Hudson la sentía por todo el cuerpo, me calentaba cada rincón y cada grieta mientras encontraba el modo de utilizarla.

La de Remy solo está en mi brazo, atrapada por el tatuaje que brilla tanto ahora que casi me ciega mientras se enrosca y danza arriba y abajo por mi bíceps y mi antebrazo.

—Bien, vamos allá —digo.

Y entonces inspiro hondo. Contengo el aire durante varios segundos y, cuando exhalo, canalizo su magia hacia el exterior con el aire. La envío rodando por el espacio que nos separa, directa hacia él, como una flecha.

Debe de sentirla, porque su cabeza se inclina hacia delante y todo su cuerpo se curva mientras absorbe y absorbe.

Hay tanta magia, tanto poder, que me sorprende un poco que mi tatuaje pudiera contenerla toda. Que el cuerpo de Remy pudiera contenerla toda. Siento cómo se extiende, cómo inunda sus brazos y sus manos, sus piernas y su espalda, y me aseguro de mantenerla en este lado del muro esta vez para que pueda acceder a ella cuando quiera.

Casi he terminado, y ahora puedo ver el poder en él, en esos ojos salvajes que cada vez se vuelven más nublados y el humo en ellos empieza a arremolinarse cada vez más rápido. Ahora le tiembla todo el cuerpo. La intensidad de su poder liberado es tan enorme que amenaza con derribarnos a los dos, con quemarnos vivos a ambos.

Pero entonces lo agarro de la mano y nos aferramos con fuerza el uno al otro mientras la magia nos arrolla. Unos

rayos azotan el espacio que nos rodea y el suelo empieza a temblar, pero nos aferramos muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte y, de repente, a la velocidad de uno de los rayos, todo termina.

Mi tatuaje deja de brillar en mi brazo, las llamas dejan de danzar por mis terminaciones nerviosas y la fuerza abandona mis rodillas al instante, mientras siento que los últimos resquicios de magia me abandonan tras remendar mis costillas y sanar mi cuerpo maltrecho.

Lanzo un grito, segura de que voy a caerme al suelo, pero Hudson me atrapa, me abraza y murmura contra mi sien:

—Has estado increíble.

—¿Tú crees?

—Desde luego. —Sus labios rozan mi oreja cuando me susurra—: Y sexy de la hostia, así que puedes probar a hacerlo de nuevo cuando quieras. Tal vez con mi poder la próxima vez.

Me río y le doy una palmadita suave en el estómago, pero él se muerde el labio y me mira con las pupilas totalmente dilatadas. Y de repente estamos solos los dos. Sin Caronte. Sin Remy. Sin gigantes muertos en el salón de al lado. Sin una cárcel de la que escapar. Sin una Corona esperándonos.

Solo Hudson y yo y los sentimientos que fluyen entre nosotros como la magia más pura y más increíble.

Al menos hasta que Flint gruñe y dice:

—Venga ya. En serio, cuando volvamos al Katmere pienso pasarme semanas poniéndole ojitos a Luca delante de vosotros para compensar esto.

Me río, que es justo lo que pretendía, y no me molesto en mencionar que no queda ninguna semana. Nos hemos graduado. Ya no nos queda nada más por hacer en el Katmere, excepto salvarlo.

Hudson tampoco dice nada. Solo mira a Remy y pregunta:

—Y ¿ahora qué?

Remy sonríe.

—Una promesa es una promesa. —Extiende la mano y una bola roja de energía empieza a brillar en el centro de su palma. La lanza al aire justo antes de levantar el brazo por encima de su cabeza y de girar la mano.

La bola empieza a perder la forma y se transforma en una espiral cada vez más grande hasta que cubre todo el techo. Una vez que lo hace, Remy me mira y me guiña el ojo.

Entonces la espiral roja nos envuelve a Flint, a Calder, a Hudson y a mí girando como una peonza durante varios latidos. Y, así sin más, los brazaletes se desprenden de nuestras muñecas y aterrizan a nuestros pies. Flint empieza a gritar de alegría en cuanto se da cuenta de que es libre, y lanza un chorro de fuego por el pasillo.

—¡Eh! —protesta Caronte mientras se agacha para evitar acabar calcinado—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque puedo —responde Flint.

Y, joder, cómo lo entiendo. Una parte de mí quiere transformarse solo para comprobar que puedo hacerlo. Pero me conformo con buscar en mi interior y ver que mi hilo platino está justo donde tiene que estar, como si nunca hubiera desaparecido.

—¿Comprobando que tienes tus piernas de piedra? —pregunta Hudson, como si supiera exactamente lo que estoy haciendo.

—Pues sí. Ahí están —le digo con una sonrisa, y entonces agarro el hilo azul brillante y me deleito al ver que Hudson se queda helado, se le corta la respiración y todo su cuerpo se estremece—. ¿Qué tal tú?

—Bastante bien —contesta, y me rodea la cintura con el brazo—. Ahora, larguémonos de aquí antes de que eso cambie.

Vander, Flint y yo apoyamos la propuesta y empiezo a seguir a Caronte... al menos hasta que recuerdo que Remy no puede venir con nosotros. Hasta aquí ha llegado.

Me vuelvo, corro de nuevo hasta él y le doy un enorme abrazo. Al principio está completamente rígido, pero luego me devuelve el gesto con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

—Gracias —le digo con lágrimas en los ojos—. Por todo.

—Ha sido un placer. —Empieza a apartarse, pero lo retengo. Aún no estoy preparada para alejarme de este chico que ha conseguido hacerse un hueco en mi corazón tan grande como el de Flint, Macy y los demás.

—Estarás bien, ¿verdad? —le susurro al oído.

—Estaré genial —murmura—. Y tú también.

Ahora soy yo la que se aparta.

—¿Es un comentario amistoso o un comentario de vidente?

—Tal vez sean las dos cosas —responde antes de abrazarme con fuerza de nuevo—. Pero si quieres otra profecía, aquí tienes una. Esta no es la última vez que nos

veremos, Grace. Pero ambos recorreremos un camino pedregoso antes de volver a hacerlo.

Esta vez, cuando se aparta, retrocede unos pasos.

No puedo evitar esa sensación de preocupación por él que se instala en mi estómago.

—Remy…

—Marchaos —me dice con su sonrisa característica.

Al ver que no me muevo, agita la mano de nuevo y el humo inunda el espacio que nos separa. Cuando se disipa, ha desaparecido.

Cierro los ojos y susurro una rápida oración al universo por ese chico tan bueno y audaz. Después me vuelvo de nuevo hacia Hudson, que me sonríe y me tiende la mano. Le devuelvo la sonrisa y corro a cogérsela.

Y entonces corremos por el pasillo tras Caronte y sus guardias mientras por fin regresamos a la superficie… y a la luz.

149

Los frágiles y los dulces

Caronte nos guía por varios pasillos, todos empinados, hasta que por fin llegamos a una gran puerta de hierro circular.

—Aquí es —nos dice de mala gana.

—¿Cómo se abre? —pregunta Vander.

Caronte se acerca al muro a la derecha de la puerta y usa una llave para abrir una puerta pequeña. Dentro hay un teclado en el que pulsa varios números.

La puerta emite un fuerte chasquido y, acto seguido, Caronte introduce otra llave, esta en el propio teclado, y la puerta gira varias veces antes de que los ocho triángulos que componen el círculo empiecen a retraerse, dejando una abertura circular lo bastante ancha como para que incluso Vander pueda pasar por ella.

—¿Ya está? —indica Flint—. ¿Nada de magia? ¿Solo una llave y unos números?

Caronte lo mira con recelo.

—Si quieres, puedes quedarte en este lado de la puerta hasta que invente un modo de salir más complicado para ti.

—¿De verdad estaba esta cárcel bajo una maldición inquebrantable o simplemente es todo un fraude? —pregunto, porque no puedo evitarlo. No ha realizado ningún gran hechizo ni ha utilizado la magia para liberarnos.

Caronte levanta la barbilla.

—Oye, no me juzgues. Le doy a la gente lo que quiere. Un lugar en el que ocultar a sus monstruos y una idea de que es por su propio bien. —Nos fulmina con la mirada uno a uno—. A menos que creáis que tal vez no deberíais salir antes que otra gente que lleva aquí más tiempo...

—No, estamos bien —dice Hudson. Y entonces se vuelve hacia mí—. Las damas primero.

Me planteo discutírselo, pero... ¡a la mierda! Cuanto antes salga por esa puerta, antes lo harán todos los demás también. De modo que le aprieto la mano y, cuando baja la guardia, le envío una enorme oleada de energía.

—¡Grace!

—No sabemos qué hay ahí fuera, y lo más inteligente es que estés en buena forma.

Parece querer discutírmelo, pero yo no estoy por la labor, así que le lanzo un beso y desaparezco por la puerta. Vander viene detrás de mí, seguido de Flint y Calder y, por último, Hudson, que parece medio divertido medio queriendo pelear cuando me coge de nuevo de la mano.

Tras nosotros la puerta se cierra de golpe, y es entonces cuando de verdad somos conscientes de que somos libres.

Libres de verdad.

Me vuelvo hacia Vander y veo que está llorando mientras mira a su alrededor, hacia el alba que despunta sobre el césped y los árboles y los... ¿sepulcros que nos rodean?

—¿Estamos en un cementerio? —pregunta Flint, y suena tan confundido como yo me siento.

—Eso parece —respondo cuando veo filas y filas de lápidas.

—Es un cementerio —afirma Hudson.

Vander se aproxima a mí y saca una llave de su bolsillo.

—Lo has conseguido —me dice—. Nos has liberado.

—Lo hemos conseguido todos —contesto.

—Eres una digna portadora de la corona gargólica —me asegura, ignorando mis protestas mientras se postra de rodillas ante mí—. Jamás tendré palabras suficientes para agradecerte lo que has hecho, mi reina.

—Solo he cumplido mi parte del trato —le digo en voz baja, completamente abrumada y bastante traumatizada por tener a alguien arrodillado delante de mí llamándome «reina». Para ser sincera, no creo que nunca llegue a acostumbrarme. Por eso casi me tropiezo con las palabras cuando le digo—: Por favor, por favor, levántate. No tienes por qué hacer eso.

Pero Vander se niega a moverse mientras me ofrece la llave.

—Nunca debería haber forjado esos grilletes —me señala —. No sé cómo podré volver a mirar a mi Falia a los ojos de nuevo.

—Puedes mirarla a los ojos porque te quiere. Cualquier error que pudieras haber cometido hace mil años ya está

más que perdonado —le digo mientras me guardo la llave en el bolsillo.—. Regresa a casa con ella. Arregla tu jardín y disfruta de las galletas con pepitas de chocolate de tu hija, que, por cierto, están buenísimas; ¿verdad, Hudson?

—Desde luego. Están... deliciosas —me contesta, pero no se acerca. Se queda donde está y me observa con tanto orgullo que creo que voy a ponerme a llorar con Vander.

—Mis hijas —dice, y su rostro se contrae—. Gracias.

—De nada —le digo entonces—. Pero ¿cómo vas a volver a casa? —pregunto planteándome la logística. Nosotros podemos volar con Flint, pero Vander es más grande que un dragón. No podrá llevarlo.

—No os preocupéis por mí —afirma el gigante, y se acerca al árbol más cercano, una magnolia gigante, y coloca las manos sobre las raíces.

Justo delante de nosotros la tierra alrededor del árbol empieza a cambiar y a moverse mientras las raíces se elevan hacia la superficie.

—Magia de la tierra —declara Flint maravillado al ver que las raíces se enroscan alrededor de un Vander arrodillado, envolviéndolo por completo.

El proceso dura un minuto, tal vez un poco más, y entonces las raíces vuelven a hundirse en la tierra, regresando a su sitio.

Cuando todo ha terminado, está claro que Vander ha desaparecido.

—¡Eso ha sido...! —exclama Hudson—. He de decirte, Grace, que estando contigo nunca te aburres.

—¿A que no? —corrobora Flint, y se echa a reír—. Aunque tengo otra pregunta.

—¿Cuál? —quiero saber.

—¿Alguna idea de si la magia de la tierra funciona con las mantícoras también?

Y entonces caigo en la cuenta. Todavía lleva a Calder al hombro.

—Mierda, es verdad —dice Hudson, y los tres nos echamos a reír, porque ¿qué otra cosa podemos hacer?

Estamos a miles de kilómetros de casa, cargando una mantícora inconsciente y acabamos de ver cómo un árbol absorbe a un gigante. Y eso ni siquiera es lo más raro que ha pasado en la última hora…

De repente oímos un chillido detrás de nosotros, seguido de una voz familiar que grita:

—¡Ya te he dicho yo que sentía magia por aquí!

Me vuelvo justo a tiempo para atrapar a Macy, que se lanza directa a mis brazos.

150

Tengo amigos en lugares espeluznantes

—¡Grace! ¡Menos mal que te hemos encontrado! —exclama mi prima mientras me abraza con tanta fuerza que estoy convencida de que me deja moratones—. Llevamos días en este cementerio espeluznante esperando a que salierais.

—Y ¿cómo sabíais que la salida de la cárcel estaba aquí? —pregunto devolviéndole el abrazo.

—Nuri nos lo dijo cuando se os llevaron de la graduación —responde Luca; coge a Flint y a la todavía inconsciente Calder y los levanta a ambos del suelo con algo así como un enorme abrazo de oso.

—¿Lleváis aquí toda la semana? —exclamo estupefacta y conmovida.

—Por supuesto —dice Eden cuando Macy por fin me suelta el tiempo suficiente como para abalanzarse sobre Hudson—. No pensaríais que íbamos a dejaros aquí solos,

¿verdad? —Me da un abrazo muy poco típico de ella, que le devuelvo.

—Yo… No sé qué pensaba —le digo.

—Llevamos días intentando averiguar cómo colarnos dentro —nos confiesa Mekhi una vez que los abrazos y los choques de puño han terminado—. Pero este lugar está más protegido que la Corte Vampírica, cosa que no creía posible.

—¿Verdad? —Luca suelta una carcajada—. Así que al final decidimos esperar a que os fugarais.

—¿Y si no lo hubiéramos conseguido? —pregunta Flint mientras Luca lo ayuda a bajar a Calder para dejarla sobre un parche de hierba.

Los demás intercambian una mirada.

—Ya, bueno, todavía no estábamos preparados para hablar de esa eventualidad —responde Jaxon pronunciándose por primera vez. Se acerca un poco más, saliendo de la sombra proyectada por el sol de primera hora de la mañana y uno de los sepulcros, y no puedo evitar darme cuenta de que su aspecto es mucho más lamentable que en la graduación.

Ha perdido peso otra vez. Está tan consumido que sus pómulos parecen a punto de atravesarle la piel de un momento a otro. Sus ojeras se ven todavía más oscuras y marcadas, y la gelidez que llevaba semanas radiando de él ahora alcanza niveles árticos.

—Gracias por venir a por nosotros —le digo, y lo abrazo.

Me devuelve el gesto y, mientras lo hace, siento su desesperación y su miedo.

—Tranquilo —le susurro, y lo estrecho entre mis brazos —. Tengo la llave. Podemos salvarte.

Exhala un largo suspiro, entierra el rostro en mi cuello y mi corazón se abre en canal. Incluso antes de volerme y ver que Hudson nos está mirando con los ojos (y el corazón) destrozados.

Cuando Jaxon por fin se aparta, se tambalea un poco. Y Hudson ya está ahí para pasarle el brazo por los hombros y sostener a su hermano en pie pese a que su propio mundo se está desmoronando a su alrededor.

—Lo siento —musita Jaxon.

Hudson niega con la cabeza.

—No tienes nada por lo que disculparte.

Se hace un silencio incómodo mientras nuestros amigos miran a todas partes menos a nosotros tres. Al menos hasta que Calder empieza a gemir y a retorcerse en el suelo.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Macy con los ojos como platos al tiempo que se acerca y se agacha junto a la mantícora.

—Se ha tomado una de las flores de la Anciana — responde Flint, que estira la espalda—. Lleva horas inconsciente.

—Pero ella no es el herrero —dice Eden.

—No, el gigante se ha marchado antes de que aparecierais —explica Hudson—. Lo que Macy ha sentido era su magia.

—Y ¿qué pasa? ¿Que habéis decidido traeros a alguien más por el camino? —pregunta Mekhi con escepticismo.

—Es una larga historia —contesto—. Ya os la contaremos un día cuando no esté tan…

—Reciente —termina Hudson por mí—. Ha sido un día de locos.

—Eso parece —le dice Eden—. Estás... —Se interrumpe y niega con la cabeza—. No creo que haya una palabra que describa tu aspecto. —Lo señala de arriba abajo desde la cabeza hasta la cintura negando con cara de no podérselo creer.

—Tiene razón, tío —añade Luca—. Tienes un aspecto horrible.

—La verdad es que estoy hecho polvo —responde Hudson con una carcajada.

Calder gruñe de nuevo, pero esta vez sus brillantes ojos marrones se abren como platos.

—No estoy muerta —es lo primero que dice.

—Desde luego que no —le asegura Flint con una sonrisa de oreja a oreja—. Teniendo en cuenta que te he estado llevando a cuestas durante las últimas dos horas.

—Qué afortunado —ronronea ella.

Luca se queda de piedra, pero Flint se echa a reír y le tiende la mano para ayudarla a levantarse.

—Tienes razón. Lo soy. —Y entonces rodea la cintura de Luca y lo estrecha contra él mientras susurra algo que hace que su novio relaje la mandíbula.

Una vez de pie, Calder le da unas palmaditas en la cabeza y dice:

—Gracias por sacarme de aquí. —Después le lanza su sonrisa más sexy a Luca—. Te has buscado uno bueno.

Es el comentario más sincero que le he oído nunca, menos cuando habla sobre sí misma, claro, y Hudson y yo

intercambiamos una mirada de sorpresa. Pero entonces la mantícora ve a Mekhi y dice:

—Vaya, hola. —Se atusa el pelo y fija la mirada en él como si fuese un misil autodirigido—. ¿Qué tal te encuentras en esta mañana tan buena que ha quedado?

Mekhi parece completamente abrumado. Y no se lo reprocho. Calder es «demasiado» en modo normal. Ahora que ha detectado a un vampiro buenorro es algo digno de ver.

—Estoy bien, gracias —responde él después de aclararse la garganta unas cinco veces—. ¿Tú cómo estás?

—Yo, tremenda —le dice, y se cambia el pelo de lado de nuevo—. Pero supongo que eso ya lo sabes, ¿no?

—Yo, eh... —Nos mira buscando ayuda, pero estamos demasiado ocupados intentando no reírnos para prestarle ninguna.

Menos Macy, que entrelaza su brazo con el de Calder y la vuelve un poco, lo bastante como para romper su intenso contacto visual.

—Eres fabulosa —le dice Macy con una sonrisa alegre que no le alcanza los ojos del todo—. Y tienes el pelo muy bonito.

—Es uno de mis mejores rasgos —señala Calder—. Aunque, bueno, todos mis rasgos son mis mejores rasgos, ¿sabes?

Eden empieza a partirse el culo.

Me dispongo a interrumpir la letanía de Calder sobre su propia belleza. Después de seis días ya he aprendido a tratarla, pero antes de que pueda hacerlo echa un vistazo a su alrededor y pregunta:

—¿Dónde está Remy?

Mi expresión debe de decirlo todo, porque su rostro se ensombrece.

—¿No ha salido?

Niego con la cabeza.

—No. Está bien, pero se ha quedado atrás, al menos por el momento. Pero tiene una flor.

Aprieta los labios y, por un segundo, creo que va a echarse a llorar. Pero al final sonríe y dice:

—Bueno, eso me da algo que esperar con impaciencia, supongo.

Quiero decir algo más, algo que pueda hacerla sentir mejor, pero no se me ocurre nada y, de repente, Liam, Rafael y Byron aparecen desvaneciéndose por el cementerio como si todo estuviera en llamas.

—Tenemos un problema —explica Liam, y, a juzgar por la expresión de los tres, es el mayor eufemismo del mundo.

—¿Es Cyrus? —quiere saber Hudson.

—Parte hacia la Bestia Imbatible esta noche —responde Byron—. Con un batallón entero.

—Qué velocidad —susurra Mekhi—. ¿Cómo sabía que íbamos a buscar a la bestia?

—Caronte —contestamos Hudson y yo al unísono.

Ese pequeño cabrón se entera de todo lo que pasa en su cárcel, lo que significa que sabía por qué necesitábamos a Vander. No ha perdido ni un segundo en poner a Cyrus al tanto de nuestra liberación… y le ha informado de que tenemos una llave para liberar a la Bestia Imbatible.

—¿El tipo del río? —pregunta Eden confundida.

—Otro Caronte. Su nombre real es Charles —le aclaro antes de volverme hacia el resto del grupo—. Tenemos que irnos. Tenemos que llegar allí ya, lo que significa...

—Nada de montarnos a los dragones —termina Eden por mí.

—Exacto.

—Pues me alegra muchísimo oír eso —admite Flint—. Estoy cansado.

—Muy bien —dice Macy soltando a Calder del brazo y apartándose para rebuscar en su siempre presente mochila —. Pues vamos a crear el portal.

—¿Necesitas ayuda? —quiere saber Eden mientras sigue a Macy hasta un pequeño claro tras las magnolias.

—Nuri y Aiden han enviado ya a los dragones —continúa Byron—, pero les llevará tiempo llegar allí y organizar a sus tropas.

—Ya —asiente Hudson con aire adusto—. Necesitamos encontrar el modo de retener a Cyrus hasta que el ejército de los dragones llegue allí.

—Sí, pero ¿cómo? —pregunta Luca.

Empezamos a idear una estrategia, pero entonces me doy cuenta de que tenemos otro problema.

—¿Calder? —Me cojo de su brazo y la aparto un poco del grupo mientras Hudson y Liam empiezan a debatir el mejor modo de acercarse a la cueva de la Bestia Imbatible.

—¿Sí, Grace? ¿Qué pasa?

—Tenemos que irnos.

Asiente.

—Lo sé.

—Vamos a enfrentarnos a Cyrus. Sé que querías participar, pero creo que a Remy le decepcionaría mucho que no estuvieras aquí cuando salga.

Asiente de nuevo.

—Lo sé.

—Pero... me sabe mal dejarte aquí sola. ¿Estarás bien?

Se echa a reír.

—Ay, eres tan mona... Estaré bien. —Se atusa el pelo.

Vale. No es precisamente la respuesta que esperaba. Pero, bueno, a lo mejor tampoco llevaba tanto tiempo en la cárcel. A lo mejor tiene familia cerca.

—Bueno, y... ¿qué vas a hacer?

—No lo sé —responde—. Pero ya se me ocurrirá algo, como siempre.

Probablemente tenga razón. Pero sigo sin estar del todo convencida.

—¿Puedes esperar aquí un momento?

—Debería ir a despedirme de Hudson y de Flint y largarme...

—Solo dame un minuto, ¿de acuerdo?

Me da miedo haberla hecho sentir incómoda y que se largue a la menor oportunidad, de modo que corro hasta Jaxon y le susurro.

—¿Tienes algo de dinero?

—Sí, claro. —Enarca las cejas y se busca la cartera—. ¿Cuánto necesitas?

—Todo lo que tengas —le digo.

Dice mucho sobre su persona, y tal vez sobre la relación que mantenemos pese a todo, el que saque quinientos dólares de su cartera sin vacilar y me los entregue.

—¿Será suficiente?

Miro el dinero e intento pensar.

—La verdad es que no lo sé. —¿Cuánto tiempo durará si Calder necesita quedarse en un hotel o pagar por una nueva identidad o simplemente encontrar el modo de volver a casa?—. Es para Calder —le indico—. Creo que no tiene adónde ir.

Luca me oye y también saca su cartera, al igual que el resto de los miembros de la Orden. Cuando vuelvo junto a ella tengo unos mil doscientos dólares para darle.

—Ay, no. No puedo aceptarlo, Grace. —Intenta apartar mi mano.

—Por favor, no puedo dejarte aquí sin más. No después de todo lo que has hecho por nosotros.

—Pero no sé si volveré a verte alguna vez para devolvértelo.

—Es un regalo —le señalo—. Para que puedas quedarte en un hotel y comprar algo de comida durante unos días.

Sigue pareciendo querer rechazarlo, pero al final asiente y susurra:

—Gracias.

Le doy un abrazo enorme.

—Gracias a ti, por todo —le digo.

—Gracias por sacarme de ahí. Me has salvado la vida. —Me abraza de nuevo—. Adiós, Grace.

—Adiós, Calder.

—Vale, ya está —anuncia Macy—. ¡Vamos!

Calder retrocede, les lanza unos besos a Flint y a Hudson, e incluso unos pocos a Mekhi mientras Macy realiza el hechizo para abrir el portal. Lo último que veo

antes de colarnos por él es a Calder cogiendo una magnolia del árbol y poniéndosela en el pelo.

Me hace sonreír, pese a todo lo que nos espera. Tal vez sí que vaya a estar bien sola después de todo.

151

No todas las islas son una fantasía

Macy abre un portal hasta la misma playa desde la que partimos la ocasión anterior, y por la rigidez de sus hombros está claro que está pensando en lo que sucedió la última vez que estuvimos aquí. Creo que todos lo hacemos. Cuesta caminar sobre esta playa sin pensar en el cuerpo de Xavier yaciendo a solo unos metros de donde ahora nos encontramos; cuesta caminar hacia la cueva donde perdió la vida.

Pero es la única manera de liberar a la bestia. Es la única manera de conseguir la Corona antes que Cyrus. Es la única manera de salvar a Jaxon. Es la única manera de evitar que Cyrus ataque al Katmere. Y es la única manera de evitar la guerra que se avecina. De modo que vamos hacia el estómago de la bestia.

Aunque pronto nos damos cuenta de que Nuri y sus soldados ya están aquí. Están circunvolando la isla, protegiéndola y llevando a cabo una vigilancia aérea. Están alerta ante la llegada de Cyrus y su ejército, decididos a impedirle el paso antes de que tenga ocasión de acceder a la Bestia Imbatible... o a la Corona.

Sé que ya están vigilando ellos, pero estoy tan preocupada igualmente que miro a mi alrededor por si Cyrus hubiese logrado llegar antes que nosotros. Los vampiros también lo están. Hudson, Jaxon y el resto de la Orden se despliegan por toda la zona de la playa, buscando cualquier señal que los dragones puedan haber pasado por alto.

Pero no hay nada. La playa está despejada, no hay huellas sobre la arena. Sinceramente, parece que nadie haya estado aquí desde que lo hicimos nosotros todas esas semanas atrás.

Cuando Hudson está convencido de que lo ha revisado todo, se desvanece por la playa hasta mi lado.

—Hola —dice, y me rodea los hombros con el brazo mientras yo tirito por el frío aire ártico—. ¿Estás preparada para esto?

—Por supuesto —le aseguro, aunque en realidad no lo estoy en absoluto. Porque ahora que sabemos que la playa está despejada, ha llegado la hora de atravesar la formación rocosa que separa la cueva de la bestia del resto de la isla. Ha llegado la hora de liberarlo y de conseguir la Corona.

Y ha llegado la hora de cortar nuestro vínculo de una vez por todas.

—¿Y tú? —pregunto inclinándome tan cerca que ambos respiramos el mismo aire.

Me lanza esa sonrisa arrogante suya, la que antes odiaba pero que ahora tanto me gusta, y dice:

—Ni por asomo.

Esta vez, cuando exhalo, el aire está cargado de lágrimas.

—Eh, tranquila —me dice, como si su voz no sonara más grave que de costumbre—. Todo está bien.

—No está bien —le contesto—. Nada de esto está bien.

—Ay, Grace. —Me abraza y me acaricia la mejilla mientras me da un beso en la sien—. Ya te dije hace mucho tiempo que nunca te pediría que eligieses. Nada ha cambiado.

—¡Ha cambiado todo! —exclamo, y para ser alguien que nunca podía llorar delante de nadie, está claro que yo también he cambiado—. No me lo pedirías porque pensabas que no te elegiría a ti. Pero lo haría. Te elegiría a ti, Hudson. Si hubiese alguna otra manera de hacer esto, te elegiría a ti. Te quiero.

—Joder, Grace —dice, y aparta la mirada, pero no antes de que alcance a ver las lágrimas en sus mejillas—. Siempre supe que acabarías destrozándome algún día. Pero no sabía que...

—¿Que tú también me destrozarías a mí?

—No digas eso. —Niega con la cabeza, me abraza aún más fuerte y su voz casi se quiebra cuando dice—. Puedo dejarte ir. Puedo ver cómo construyes una vida con mi hermano. Incluso puedo pasarme de vez en cuando y ser el divertido tío Hudson. Pero no me digas que sufres igual que

yo, Grace. No me digas eso. Porque no le deseo esto a nadie, y jamás jamás te lo desearía a...

Se interrumpe cuando una explosión sacude la isla.

Y entonces el caos se desata.

152

Armagedonéame de aquí

Durante un par de segundos Hudson y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro en shock mientras intentamos averiguar qué está pasando.

Pero entonces empiezan los gritos y comenzamos a correr hacia la formación rocosa que lleva a la cueva. Salto sobre las rocas e intento atravesar directamente la abertura, pero Hudson me agarra por la cintura y me coloca tras una de las inmensas rocas justo cuando una ráfaga de rayos pasa disparada sobre nuestras cabezas.

—¡¿Qué está pasando?! —le grito—. ¿Cyrus?

—Y brujas —dice con tono adusto y señala con un gesto hacia un brujo que corre en lo alto de las rocas disparando rayos con su *Athame*.

Macy asoma la cabeza por detrás de una roca a varios metros de nosotros y le lanza una especie de hechizo directo al culo. El brujo cae a la fuente termal chillando.

Los vampiros y las brujas aparecen por todas partes a nuestro alrededor. Estaban en el agua, en los árboles, en lo alto de las mismas formaciones rocosas que hemos estado inspeccionando los últimos quince minutos. ¿Cómo es posible que los dragones no los hayan visto? ¿Cómo es posible que nosotros no los hayamos visto?

—Un hechizo de invisibilidad —dice Hudson, y entonces me doy cuenta de que he formulado la última pregunta en voz alta—. Estábamos buscando a los vampiros. No sabíamos que Cyrus contaba con brujas también. Caronte probablemente los ha puesto sobre aviso hace horas, en cuanto he empezado a ganar dinero en la fosa. Y sabía que íbamos a liberar al herrero. Han tenido mucho tiempo para explorar la isla en busca de las mejores posiciones y para lanzar hechizos para ocultarse. —Esto último lo dice prácticamente rugiendo.

—Y ¿qué hacemos? —pregunto mientras un dragón agarra a un vampiro con la boca y sale disparado hacia el cielo con él—. ¿Cómo podemos ayudar? ¿Y cómo…?

—¿Cómo llegamos hasta la Bestia Imbatible?

Me empuja hacia abajo con una mano, levanta la otra y tira de un vampiro convertido que está en la roca que tenemos justo encima. El vampiro cae mostrando los colmillos, y Hudson le parte el cuello sin pestañear. Después acerca la mano a su boca, le arranca uno de los colmillos y lo deja caer sobre la arena.

—Tenemos que movernos —le digo, y me preparo para correr hacia la cueva—. Otros lo habrán visto desaparecer. Es solo cuestión de tiempo que vengan todos hacia aquí.

Asiente y salimos disparados hacia la cueva intentando ocultarnos entre los distintos árboles y rocas que hay de camino.

A nuestro alrededor se está librando una guerra: dragones contra vampiros y brujas. Los paranormales mueren partidos por la mitad, carbonizados o atravesados por lanzas de hielo y gritando de dolor al tiempo que les arrancan del pecho el corazón todavía latente. Y en medio de todo esto están mis amigos. Algunos están intentando llegar hasta la cueva, mientras otros tratan de ayudar a los dragones que, aunque sean dignos rivales para los vampiros, son minoría ahora que las brujas también están participando.

Un hechizo sobrevuela nuestras cabezas y tiro de Hudson hacia el suelo. Nos arrastramos detrás de unos arbustos y mido la distancia entre nuestra posición y la boca de la cueva. Está a unos noventa metros, la longitud de un campo de fútbol, pero ahora mismo me parece mucho más largo.

E incluso si conseguimos llegar allí, no tenemos ni idea de qué nos espera en la propia cueva. Mi instinto me dice que Cyrus. Sabe que es ahí adonde Hudson, Jaxon y yo nos dirigimos, lo que significa que es su mejor baza para atacarnos. Sobre todo si ya lleva horas esperándonos ahí dentro.

Pero ¿qué alternativa tenemos? ¿Huir? ¿Largarnos de esta isla y volver adónde? ¿Al Katmere? Tal vez esa sea nuestra mejor opción, ahora que la pienso.

Sí, Cyrus está aquí con la Bestia Imbatible, lo cual supone una crisis importante en lo que a la seguridad de la

Corona se refiere. Pero él no tiene la llave. No puede abrir los grilletes. Y si no lo hace, la bestia nunca será lo suficientemente humana, lo suficientemente consciente, como para poder decirle dónde está la Corona.

No es un plan a largo plazo, al menos no con Vander y la llave en el mundo. Pero, si nos marchamos ahora, podemos evitar una carnicería. ¿Por qué luchar contra Cyrus aquí cuando está claro que juega con ventaja? ¿Por qué no marcharnos y hacer que venga a buscarnos?

—Tenemos que irnos —le digo a Hudson.

—¿Qué quieres decir? —Me mira como si hubiese dicho lo último que esperaba oír de mi boca—. ¿Irnos adónde?

—Tenemos la llave —le digo—. Si nos enfrentamos a él y gana, se quedará con ella. Conseguirá la Corona. Se saldrá con la suya. Pero sin ella...

—Tiene que currárselo mucho más. Tienes razón. Vamos...

Se interrumpe justo cuando otro grito atraviesa el aire, y este suena tan familiar que un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Flint? —Me vuelvo y ni siquiera me paro a pensar. Salgo disparada. Sorteo una roca y salto un árbol caído... y entonces lo veo, tumbado en la abertura que da a la cueva, a unos veintisiete metros de distancia. Ya no grita, e intento convencerme a mí misma de que eso es algo bueno.

Pero no lo es, porque basta con mirarlo para saber que algo no va nada bien.

Está completamente inerte, rodeado de un creciente charco de sangre.

No está muerto. Sé que no está muerto, o sus huesos habrían sido reclamados por el Cementerio de Dragones. Pero tampoco está bien. No es un arañazo del que vaya a recuperarse.

—Tenemos que ir ahí —le digo a Hudson, que me coge en brazos y se desvanece. No se detiene hasta que estamos junto a la cabeza de Flint y, cuando observo su cuerpo, me cuesta un mundo no ceder ante el terror que intenta abrirse paso a arañazos en mi pecho. Siento náuseas. Empiezo a marearme, me fallan las piernas y caigo de rodillas a su lado.

Atronadoras explosiones estallan a nuestro alrededor. Lo sé porque veo las rocas y los árboles y la tierra volando por los aires, pero no oigo nada por encima del sonido de mis propios gritos en mi cabeza. Porque lo que tengo delante es lo más horrible que he visto en mi vida. Y es Flint.

Tiene la pierna abierta hasta el hueso desde el tobillo hasta más arriba de la rodilla. El pie apenas sigue unido a su pierna, y la sangre brota de una arteria a tanta velocidad que ni siquiera la arena tiene tiempo de absorberla, de modo que se acumula en un charco a su alrededor formando una masa pegajosa de arena y sangre y sé, sé, que no puedo salvarlo. Nadie puede.

Puedo sanar, pero esto no. Nunca nada como esto. Es demasiado. Es demasiado.

Me vuelvo hacia Hudson, que parece tan destrozado como yo, pero me coge del brazo y dice:

—Toma todo lo que necesites.

No sé qué necesito. No sé cuánto poder más tendría que encontrar para contrarrestar esto. Pero se me agota el

tiempo de pensar. Tengo que hacer algo o Flint morirá. El corazón se me va a salir del pecho y me tiemblan tanto las manos que no puedo ni aferrarme a Hudson. Pero lo hago. Por Flint.

Cierro los ojos, rebusco en lo más profundo de Hudson y absorbo tanta parte de su poder como puedo. Sigue débil tras la fosa, pero le he trasladado suficiente energía antes como para que iniciara el proceso de sanación, y está mucho mejor que hace unas horas.

Me quema el tatuaje conforme la magia ilumina cada puntito con luz incandescente, empezando por mi muñeca y enroscándose alrededor de mi brazo. Para cuando se ha encendido la mitad, decido que ya he absorbido suficiente.

—¡Vamos! —le grito a Hudson mientras me vuelvo hacia Flint y me pongo a trabajar en intentar salvarlo a toda velocidad.

A nuestro alrededor, brujas y vampiros atacan con colmillos, hechizos y poderes paranormales. Pero no presto atención a nada de eso. No puedo. Flint ha perdido tanta sangre y está en tal mal estado que la mínima falta de concentración podría causarle un daño irreparable.

No soy una experta en estas lides, y no sé lo que estoy haciendo. Como aquel día con Mekhi, aquel día antes de venir aquí por primera vez. Simplemente sigo el dolor, sigo la lesión y hago lo que puedo por unir lo que se ha roto de nuevo.

Además, cuento con el apoyo de Hudson. Oigo cómo aleja a los vampiros y a las brujas de Flint y de mí. Sé que se está desvaneciendo de aquí para allá para mantenernos a

salvo, y nunca me había sentido tan agradecida de contar con un compañero tan increíble.

Puede que no tenga la suficiente confianza para confiar en nadie de esta manera, para dejar mi vida y la de Flint en manos de alguien de forma tan despreocupada. Pero estamos hablando de Hudson y, si algo sé, es que mientras le quede aliento en el cuerpo nada nos volverá a tocar.

De modo que me concentro en Flint y empiezo por la arteria, porque si no detengo la hemorragia reparar el resto no servirá para nada. Ya ha perdido demasiada sangre. Su respiración es superficial, su latido demasiado lento, y sé que no vivirá para contarlo si no me doy prisa.

No tengo ninguna carrera en biología precisamente, pero voy a dar por hecho que esa cosa pequeña y resbaladiza que expulsa sangre es la arteria. La agarro y, por suerte, no se le mete hacia el interior de la pierna como he visto que sucede en algunas películas de guerra, y me pongo a trabajar en repararla.

Es más complicado de lo que esperaba, y no sé si es porque nunca había tenido que curar algo tan grave o si es porque Flint está ya más allá que aquí.

No me gusta la idea de que sea lo segundo, de modo que bloqueo el miedo y me concentro solo en lo que sé, en lo que puedo solucionar.

—No te me mueras, Flint —le ordeno mientras aprieto la arteria e intento repararla visualizando cientos y cientos de minúsculos puntos cosiendo los trozos abiertos del tejido y manteniéndolos unidos.

No sé si es lo correcto. No sé si nada de lo que hago lo es, pero cuanto más me aferro a la arteria y a los puntos,

menos sangre fluye. Y, en medio de todo este desastre épico, voy a considerarlo una victoria.

Siento un calor intenso en la mano y en el brazo, y casi lloro de alivio al ver que mis poderes de sanación por fin se han activado y son capaces de extraer la energía de mi tatuaje. De modo que sigo con lo que estoy haciendo, imaginando los puntos, imaginando cómo la arteria se repara muy poco a poco.

Pero el calor no tarda mucho en desaparecer, y sé que es señal de que me estoy quedando sin poder. Abro los ojos y miro a mi alrededor por primera vez en varios minutos. Entonces me doy cuenta de que Hudson no se anda con rodeos. Se está desvaneciendo por todo nuestro alrededor y el cuerpo de más de un vampiro cae al suelo en los siguientes segundos.

Quiero llamarlo, decirle que necesito más, pero no quiero distraerlo. No cuando la gente está muriendo ahí fuera y una distracción podría costarle la vida también.

Pero debe de notar que lo estoy mirando, porque en menos de un minuto regresa con nosotros y se sienta a mi lado. Tiene la cara y las manos cubiertas de sangre y le cuesta respirar, un claro signo de que sus reservas energéticas están tan bajas como las mías. Pero sus ojos color cobalto brillan tanto como de costumbre cuando me ofrece la mano.

—Lo siento —le digo, porque odio lo que tengo que hacer, pero no me queda elección.

Pero Hudson niega con la cabeza como preguntando: «¿El qué?», e incluso consigue sonreír y me dice:

—Toma todo lo que necesites, nena. Estaré bien.

153

Un gran poder acarrea grandes responsabilidades

Tomo lo menos posible de Hudson. Sé que no es suficiente ni para empezar a reparar el daño de Flint, pero también sé que no hay nada que pueda decir para evitar que Hudson vuelva ahí fuera. No puedo dejar que lo haga sin nada, diga lo que diga.

—¿Seguro que es todo lo que necesitas? —pregunta cuando me vuelvo de nuevo hacia Flint, y asiento, asegurándome de que no pueda verme la cara mientras lo hago.

—Bien —dice, y me acaricia el pelo con cariño—. Buena suerte. —Y entonces desaparece de nuevo, desvaneciéndose una vez más hacia la refriega.

Sé que las cosas están mal ahí fuera. Oigo los gritos y los gruñidos, el sonido de los cuerpos chocando entre sí y golpeando el suelo o el agua. Pero continúo sin mirar. No

quiero saber; no cuando Flint sigue tan cerca de la muerte y está en mi mano intentar salvarlo.

Para mi satisfacción, la arteria por fin se ha cerrado, pero aún queda mucho por reparar. Para empezar, si no consigo unir el músculo de alguna manera, temo que la arteria vaya a subírsele por la pierna. Además, si no reparo la arteria de su gemelo, perderá la pierna, y eso si consigo que sobreviva.

Rebusco en mi interior intentando encontrar más energía para realizar este segundo paso, pero no queda casi nada. Estoy exhausta y mi poder se ha agotado por completo; pero, si no encuentro algo pronto, perderé a Flint, y no puedo permitir que eso suceda.

De modo que recurro a la magia de la tierra. Dejo que fluya por mis piernas hasta mi tatuaje, pero no sucede nada. Miro el delicado patrón de flores y hojas, pero no consigo almacenar la magia de la tierra en el tatuaje. Solo dedico un instante a preguntarme si será porque la tinta no funciona con la magia elemental antes de decidir que esa es una cuestión para otro día y entonces intento simplemente canalizar la magia de la tierra para sanar a Flint.

Pero mientras que la magia de Hudson en mi tatuaje era fuerte y me ha permitido cerrar una arteria con rapidez, está claro que la magia de la tierra solo sirve para sanar lesiones más leves. Tardo más en extraer la energía de lo que Flint tarda en perder sangre. Estoy a punto de rendirme y de llamar a Hudson para que me dé un poco más cuando me vuelvo a la izquierda y veo que Jaxon está a

tres metros de distancia, mirando el cuerpo destrozado de Flint.

—Estoy aquí —dice Jaxon, y se desvanece hasta la boca de la cueva y... joder. Antes ya tenía mal aspecto, pero ahora que es testigo del estado de Flint, la angustia en sus rasgos consumidos aumenta exponencialmente. Me tiende el brazo con brusquedad, hecho polvo, sin apartar la vista de la pierna de Flint.

»Toma lo que necesites.

No me lo pienso dos veces. Me aferro a él y canalizo y canalizo y canalizo, mientras mantengo la otra mano sobre la pierna de Flint y le envío una parte a él al tiempo que lleno mi tatuaje con el resto.

—¿Es demasiado? —pregunto al cabo de un minuto, porque Jaxon está empezando a ponerse gris.

Pero simplemente niega con la cabeza.

—Haz lo que tengas que hacer.

De modo que sigo extrayendo energía de Jaxon con una mano, transformándola en poder dentro de mí y usando ese poder para empezar a reparar poco a poco la pierna de Flint lo suficiente como para unir las dos piezas de la siguiente sección de la arteria cortada.

Pero he de decir que antes de volver a intentar hacer nada así necesito algo de formación, porque el instinto, la biología del instituto y las series de urgencias no bastan. No me enseñan lo que tengo que saber para hacer las cosas bien. Y estoy muy asustada. Tengo las manos cubiertas de sangre y, por más prisa que me doy, siento que su corazón se ralentiza, que la vida se le escapa.

Levanto la mano del brazo de Jaxon, porque no tiene sentido dejar que mueran los dos, pero él me pone la otra mano sobre la mía:

—No te rindas —me ruega—. Por favor. Todavía tengo más.

No sé si es verdad o no, pero decido tomarle la palabra. Porque no puedo renunciar a Flint. Sería como renunciar a Jaxon también. De modo que me agarro a su brazo de nuevo y atraigo su poder hacia mí, buscando más desgarros en los vasos sanguíneos de Flint y cosiéndolos.

Trabajo todo lo rápido que puedo. El sudor me empapa el rostro mientras desvío mi atención de una zona dañada de su cuerpo a otra, procurando absorber parte del poder de Jaxon y almacenándolo en mi tatuaje para después, al tiempo que voy curándolo y, por primera vez, creo que podría estar haciendo progresos. El latido de Flint sigue peligrosamente débil, pero casi he conseguido detener la hemorragia. Necesito un poco más y...

Luca se desvanece hasta nosotros.

—Hudson dice... —Se interrumpe al ver a Flint por primera vez—. ¿Qué es lo que...? —Su voz se quiebra—. ¿Cómo...? ¿Qué podemos...?

—Ya está en ello —le dice Jaxon con voz inexpresiva pero con los ojos completamente rojos.

Luca se postra de rodillas junto a Flint, le coge la mano y se la lleva a la cara.

—Por favor —me susurra—. Por favor.

—Tranquilo —le digo, aunque ni yo misma lo estoy—. No pienso dejarlo marchar.

Asiente y mira a Jaxon.

—¿Qué hago?

—Úsalo —ruge Jaxon, y Luca asiente.

Segundos después desaparece y los gritos inundan el cielo mientras una bruja y un vampiro caen sobre las rocas que están por debajo de nosotros al mismo tiempo.

No me molesto en preguntar si ha sido cosa de Luca. Sé que sí.

—Ve —le digo a Jaxon, y sale despedido, y yo me vuelvo hacia Flint y continúo con el proceso de sanación. Me planteo transformarme en gárgola; coger un fragmento de mí misma y usarlo para sanar a Flint como lo hice con Mekhi. Pero todos mis instintos me dicen que siga haciendo lo que estoy haciendo, me gritan que no ha llegado el momento de hacer eso todavía, que esta es la única manera de salvar a mi amigo.

De modo que lo hago. Vierto todo lo que tengo dentro de mí en él hasta que mi tatuaje se apaga de nuevo. Cada vez que esto sucede me encuentro más débil, más cansada, pero tiene sentido. El poder es un don y una responsabilidad, pero, por mucho que tengas, o por mucho que puedas tomar prestado, siempre hay un precio que pagar por burlar a la muerte.

Lo he aprendido de Jaxon, de Hudson, de Mekhi e incluso de Xavier a su manera. El poder sirve hasta cierto punto, pero aquí y ahora, por Flint, estoy decidida a hacer lo que sea. Lo que haga falta.

Hudson y Jaxon aparecen de nuevo. Están más cubiertos de sangre y más hechos polvo todavía, pero pese a todo me tienden la muñeca, y yo me agarro a ambos sin vacilar.

Absorbo la energía suficiente para la siguiente ronda de sanación, y entonces se desvanecen y vuelven a lo suyo.

Luca se pasa un par de minutos después para comprobar el estado de Flint. Está temblando y apenas se tiene en pie, pero insiste en que canalice también su energía. En cuanto lo toco, veo que no tiene ni por asomo tanto poder como Hudson o Jaxon, pero algo hay, y hago todo lo posible por acceder a él. Me cuesta mucho más con él que con los otros dos, y no sé si es porque no tiene la misma fuerza o si es porque mi vida se ha visto irrevocablemente conectada a los hermanos Vega.

Supongo que a la larga da igual, sobre todo cuando Luca se aparta enseguida en cuanto una bruja aparece a nuestro lado. La muy pérfida lanza un rayo directo hacia Flint, pero falla, y Luca sale tras ella. Casi la atrapa, pero en el último segundo la bruja se vuelve y le lanza un hechizo.

Intenta esquivarlo, pero es demasiado tarde. El rayo lo golpea en el centro del pecho.

154

Hasta que la muerte nos separe

Lanzo un grito cuando el nauseabundo olor a carne quemada inunda el aire. Me entran arcadas y casi vomito, pero me trago la bilis... hasta que el cuerpo sin vida de Luca aterriza a unos centímetros de donde estoy arrodillada.

Sabía que estaba muerto antes de que impactase contra el suelo, pero eso no evita que me acerque a él, que me diga que no es verdad. Que intente repararlo.

Pero es demasiado tarde. No hay nada que pueda hacer por él. No puedo salvarlo. Se ha ido. Se ha ido de verdad.

Y Flint está a punto de acompañarlo.

El dolor, el miedo y la rabia me consumen. ¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Nos envía a la cárcel para intentar evitar una guerra y ahora inicia una? Está matando gente, destruyendo vidas, por avaricia y porque puede..., ¿y nosotros somos los criminales?

Echo un vistazo a lo que en su día fue uno de los lugares más tranquilos y hermosos que he visto jamás. Las fuentes termales y los árboles y, al fondo, las montañas y el mar Ártico. Ahora está repleto de cuerpos, de sangre, de vísceras y de corazones rotos, y quiero estar ahí. Necesito estar ahí.

Los lobos han llegado ahora también, y luchan en el bando de los vampiros y las brujas. Son demasiados. Demasiados. Es imposible que la Guardia dragón pueda con todos ellos, ni siquiera cuando muchos de mis amigos están luchando a su lado.

Me planteo transformarme. Me planteo salir ahí a luchar junto con Hudson, Jaxon, Macy y Mekhi. Pero si lo hago Flint morirá. Es verdad que necesitan más luchadores, pero tengo que confiar en que ellos pueden con esto. Tengo que confiar en ellos como ellos confían en que yo cuide de Flint.

Es una situación en la que todos pierden, pero tal vez, solo tal vez, pueda salvar a Flint. Tal vez. Y si lo hago, quizá ellos puedan encontrar la manera de salvarnos al resto de nosotros.

Gateo de nuevo junto a Flint, deseando tener algo con lo que cubrir a Luca como señal de respeto. Pero no hay nada, de modo que me vacío en un intento por salvar al chico por el que Luca dio la vida. El chico al que Luca amaba.

Las lágrimas descienden por mi rostro, empiezo a sollozar y sé que necesito parar. Necesito tomarme un minuto para recomponerme. Pero puedo sentir el espíritu de Flint parpadeando en su interior, y sé que ha llegado el momento. Ahora es cuando las cosas o salen bien o salen muy muy mal.

De modo que mantengo las manos donde están y deposito hasta la última mota de poder que hay en mí en su interior. Un lobo salta entre las rocas hacia nosotros y me preparo para el ataque. Estoy a su merced. Me he agotado hasta tal punto que ni siquiera tengo la suficiente energía como para transformarme.

Pero en el último instante Macy salta delante de mí y le lanza un hechizo al lobo que lo deja petrificado y su cuerpo cae por el precipicio rocoso hasta las fuentes termales.

—Jaxon me ha contado lo que ha pasado —dice—. Estoy aquí. —Y entonces realiza otro hechizo, uno que levanta una barrera mágica que nos separa del resto del mundo.

Hudson básicamente se cuela justo antes de que la barrera se cierre. Me echa un vistazo y me tiende la mano para que pueda extraerle más energía, pero entonces repara en el cuerpo de Luca y todo en su interior se marchita ante mis ojos.

—Estaba intentando proteger a Flint —le digo mientras acepto su mano y canalizo más poder. No demasiado, porque sé a qué ha venido en esta ocasión y no tiene nada que ver con darme energía, sino con ponerle un punto final a esto de una vez por todas.

—¿Quién? —pregunta Macy volviéndose por primera vez.

Sofoca un grito al ver el cuerpo de Luca y sus ojos se inundan de lágrimas mientras traslada la mirada de su cadáver a la lesión de Flint.

—Ay, no —susurra, y sé que una parte de su ser está pensando en Xavier.

Me preparo, esperando que su barrera flaquee (cuesta controlar la magia cuando tus emociones están a flor de

piel, lo he aprendido a las malas), pero la magia de Macy nunca decae. En lugar de eso aprieta la mandíbula, mantiene la varita en dirección a la barrera y me tiende la otra mano.

—Úsame a mí esta vez —dice—. Hudson necesita su energía más que yo.

Lo que significa que ella también sabe por qué está aquí.

Cambio la mano de sitio y empiezo a canalizar su energía. Es tan distinta de la de Hudson, de la de Jaxon y de la de Remy que al principio ni siquiera sé si estoy haciendo algo. Pero entonces siento a mi prima, siento su energía ligera, femenina y poderosa de una manera muy diferente y empiezo a absorber tanta como creo que puede soportar.

Más gritos resuenan fuera de nuestra barrera, y Hudson parece derrumbarse justo delante de mí.

—Grace —susurra, y asiento. Porque sé lo que ha venido a preguntar. Sé lo que necesita que diga.

Él es el único que puede salvarnos. Es el único que puede acabar con todo esto. Pero ¿a qué precio?

Todo el mundo le teme; temen lo que puede hacer. Pero es solo porque no saben cuánto odia sus poderes. No saben que renunciaría a ellos al instante.

Lo vi en sus ojos en la cámara; vi lo mucho que sufría por lo que había hecho y lo que era capaz de hacer. Desde que lo conozco, solo ha usado sus poderes una vez: el día del Ludares. E incluso entonces, pese a lo furioso que estaba con su padre y lo consumido que estaba por la ira de pensar que iba a morir, se aseguró de que todo el mundo

estuviera a salvo. Se aseguró de que cuando derribase el estadio no hubiese nadie dentro.

Pero aquí, ahora, es lo contrario. Si usa sus poderes, si retira la cadena con la que los retiene, será la opción nuclear.

No dice ni una palabra, pero me mira con esos ojos que han visto demasiado y con un corazón que se ha roto demasiadas veces como para soportarlo. Al principio creo que va a pedirme permiso, pero cuanto más lo miro, más sé que no es eso en absoluto. Está buscando mi perdón. No por lo del pasado, sino por lo que ya ha decidido hacer.

No porque sea un asesino como su padre o un oportunista como su madre, sino porque quiere a las personas que podrían morir en esta lucha si no la detiene. A Jaxon. A Macy. Al resto de nuestros amigos.

A mí.

Ese es su verdadero problema, lo único que no podría soportar. Lo tiene escrito en la cara. Sería capaz de desintegrar a cualquiera, a todo el mundo, si con eso logra salvarme. Sería capaz de incendiar el mundo entero si hiciera falta.

La chica que solía ser, la chica que en su día lo juzgó tan duramente, estaría horrorizada en estos momentos. Pero la mujer en la que me he convertido, la mujer que ha luchado a su lado por sus amigos, por su familia y por los hombres a los que ama lo entiende mejor de lo que él jamás podría imaginar.

Porque yo también sería capaz de hacer arder el mundo entero por él, si tuviera que hacerlo.

De modo que hago lo único que puedo por él en estos momentos y asiento.

Cierra los ojos y exhala un suspiro. Los abre de nuevo y me deja paralizada. Entonces murmura:

—Te quiero.

Sonrío, porque sé lo que quiere decir. Sé que me quiere, no porque lo haya perdonado, sino porque le he dado permiso para perdonarse a sí mismo. Para ser alguien que se ha pasado dos siglos torturándose por las cosas que ha hecho y que no ha hecho, es un regalo muy poderoso.

—Lo sé —le susurro, y sus ojos sonríen un poco ante nuestra broma interna.

Después, los cierra… y me deja ir.

Cuadra los hombros y se prepara para lo que tiene que hacer. Y, aunque sabe que hacerlo podría perfectamente acabar con su alma, va a salvarnos a todos. Va a salir ahí y a ser la persona que tiene que ser. No por mí. Debido a mí. Del mismo modo que hace que yo quiera ser la mejor versión de mí misma debido a él.

Y por eso sé lo que tengo que hacer.

No puedo romper nuestro vínculo solo porque Jaxon me necesite. Sí, detesto la idea de que sufra por algo que no fue culpa suya, por perder su alma por algo sobre lo que jamás tuvo ningún tipo de control. Pero encontraremos otra manera.

Porque este ser tan maravilloso que tengo delante nunca me ha pedido nada para sí mismo. Y se merece lo mejor de mí ahora. Al igual que yo merezco tener al chico al que amo.

Accedo a mi interior y agarro nuestro hilo azul. Lo aprieto con todas mis fuerzas, observo cómo Hudson abre mucho los ojos y digo:

—Te elijo a ti.

Puedo ver la indecisión en su rostro, puedo leerla en cada exhalación suya. Una hermosa sinfonía de dolor y de éxtasis se dibuja en sus rasgos. Me quiere, pero no a costa de la vida de su hermano. Y yo lo quiero aún más por ello.

—Tranquilo. —Le sonrío ligeramente—. He elegido yo para que tú no tengas que hacerlo. Ahora sal ahí y dales una paliza para que pueda concentrarme en Flint y regresa a mi lado, donde tienes que estar. Encontraremos otro modo de salvar el alma de Jaxon. Si Cyrus ansía tanto la Corona, apuesto a que reparar un alma es lo menos que es capaz de hacer.

El rostro de Hudson se vuelve inexpresivo durante un par de segundos. Me dispongo a preguntarle qué le pasa, pero entonces veo que no es inexpresivo en absoluto. Tiene lágrimas en los ojos y está intentando no dejarlas caer antes de salir ahí y darles a Cyrus y a sus aliados la paliza que merecen.

Antes de dar media vuelta también aprieta el vínculo y, por fin, se abre a mí. Y, ay, lo que veo cuando por fin me revela lo que realmente tiene dentro. Descubro algo que no sabía. Descubro que mis miedos no tenían ningún fundamento.

Porque el amor de Hudson es infinito.

155

Nunca te prometí la eternidad

Hudson se dispone a atravesar la barrera, pero antes de que pueda hacerlo, Jaxon aterriza en el precipicio justo fuera de la entrada de la cueva. Se agarra a la pared y Macy interrumpe su magia el tiempo suficiente para dejarlo entrar.

—¡Jaxon! —exclama, y va hacia él.

Pero Hudson llega primero y lo coge de la cintura justo cuando las piernas de su hermano fallan. Con una voz desalentadora, masculla:

—Puto Cyrus...

—¿Qué pasa? —pregunto asomándome para mirar..., pero ojalá no lo hubiese hecho porque tiene dos enormes mordeduras en un lado del cuello.

—No —gimoteo mirando a Hudson—. No me digas eso. Por favor, no me digas que le ha mordido.

Pero lo ha hecho, y todo en Hudson lo indica: la mordedura eterna.

—¿Qué hacemos? —pregunta Macy mirándonos a los tres —. ¿Cómo lo solucionamos?

—¡No podemos! —ruge Hudson y está temblando casi tanto como Jaxon ahora—. Voy a matarlo. Juro por Dios que voy a matar a ese hijo de puta.

—A lo mejor yo puedo... —Me detengo. Miro a Jaxon y miro a Flint mientras mi peor pesadilla se vuelve realidad.

—Sálvalo a él —me dice Jaxon con la voz ya rota y cargada de dolor.

Recuerdo ese dolor. Recuerdo cada segundo de angustia que sentí cuando el veneno de Cyrus se extendía por mi cuerpo. Quiero abrazar a Jaxon. Quiero rodearlo con los brazos y eliminar su dolor, pero ni siquiera puedo hacer eso. No puedo hacer nada más que verlo morir.

—¿Me has oído, Grace? —Jaxon me agarra la mano—. Toma mi poder. Toma todo lo que quede dentro de mí y salva a Flint.

—No. —Niego con la cabeza mientras unas lágrimas que no sabía que tenía empiezan a precipitarse por mis mejillas —. No, Jaxon. No. No me pidas que haga eso. No puedo. No...

—Escúchame —dice con los dientes apretados—. Ambos sabemos que ya estoy muerto. Pero todavía estoy aquí. Toma lo que quede en mí, lo que puedas extraer y úsalo para salvar a Flint.

—Jaxon, yo...

—Por favor, Grace. —Me aprieta la mano con toda la fuerza que es capaz de reunir—. Te lo ruego. Haz esto por

mí. Por favor.

Se me revuelve el estómago y por un segundo creo que voy a vomitar.

¿Cuántas veces se puede romper en mil pedazos un corazón?

¿Cuántas veces puedo abrirme en canal?

Haría cualquier cosa que Jaxon me pidiese, pero esto no. No puedo matarlo. A Jaxon no. Por favor, no. A Jaxon no.

Debe de vérmelo en la cara, debe de saber que voy a negarme, porque también hay lágrimas en sus ojos. Hudson se dispone a tumbarlo en el suelo, pero entonces se aferra a mí con la mano izquierda.

—Grace —dice, y durante ese instante su voz es tan clara y firme como de costumbre—. Si alguna vez he significado algo para ti, si alguna vez me has querido, harás esta última cosa por mí.

Miro a Hudson, pero él está tan hecho polvo como yo, tan derrotado como yo me siento. Sin embargo, cuando nuestras miradas se encuentran, asiente.

Y sé que es lo correcto, pero, aun así. Estoy tan enfadada..., con él, con Jaxon, con todo el puto universo..., porque ellos no son los que tienen que hacerlo. Ellos no son los que van a tener que vivir con ello durante el resto de su vida.

—De acuerdo —susurro, y me tomo un segundo, solo un precioso segundo, para apartarle el pelo a Jaxon de la cara —. Lo haré.

—Gracias —musita, y deja caer las manos.

—Túmbalo al lado de Flint —le digo a Hudson mientras me arrodillo entre ellos.

Una vez colocado, rodeo su muñeca con la mano y le pregunto:

—¿Estás listo?

Asiente, aunque me mira con ojos suplicantes.

—No me dejes, ¿vale?

—¿Qué?

—Cuando esto acabe, cuando Flint haya sanado... Sé que no tengo derecho a pedirte nada de esto, Grace. Pero, por favor, no quiero... —Cierra los ojos, como si estuviera avergonzado—. No quiero morir solo.

Pensaba que el corazón se me había roto hace un momento, pero al parecer me equivocaba porque, de repente, se me parte justo por el centro.

—No te preocupes por eso —le prometo—. No pienso irme a ninguna parte.

Detrás de mí, Macy está llorando a moco tendido y Hudson tiene pinta de estar preparado para despedazar a su padre extremidad por extremidad, un plan que secundo totalmente.

Cierro los ojos, inspiro hondo y me preparo para matar al primer chico al que he amado jamás.

156

Hablando de pelea

Su energía solo tarda un segundo en empezar a verterse en mí. Su poder ilumina mi tatuaje con tanta intensidad que apenas puedo mirarlo. Hay tanto poder, tanto amor dentro de él, que mi tatuaje solo tarda unos segundos en empezar a ondular en mi brazo, a serpentear arriba y abajo y a su alrededor mientras brilla cada vez más.

Tengo la otra mano sobre Flint, y vierto en él la energía desmedida de Jaxon de un modo en que no podía hacerlo antes. Por lo general, cuando canalizo la energía de Hudson o de Jaxon solo accedo a la superficie, solo tomo lo que está en la capa superior. Pero ahora, con Jaxon, hurgo más profundamente de manera que la energía que extraigo de él y vierto en Flint es más poderosa que nada que haya intentado canalizar antes. Excepto tal vez la de Remy.

Siento cómo Jaxon se debilita, siento cómo la chispa en su interior empieza a apagarse y tengo ganas de gritar.

Tengo ganas de destruir el puto mundo. Pero una promesa es una promesa, de modo que persisto en mi intento.

Las heridas de Flint empiezan a mejorar por fin. Los músculos se están recomponiendo de tal manera que es posible que pueda intentar repararle la pierna.

Jaxon debe de sentir cómo se apaga también, porque mira a Hudson y dice:

—Más te vale cuidar bien de ella, o te perseguiré toda la eternidad.

Los ojos de Hudson me dicen que está gritando por dentro conmigo, pero su voz es jocosa cuando responde:

—No creo que los fantasmas vampiro existan.

Jaxon se ríe.

—Ya, bueno. Ya me conoces. Siempre intentando ser exclusivo.

—Eso desde luego —le contesto, mientras asimilo las palabras que le ha dedicado a Hudson. ¿Es por eso por lo que ha ido a por Cyrus solo? ¿Porque ha oído lo que le he dicho a Hudson?—. Lo siento —susurro y esta vez no puedo evitar sollozar—. Lo siento tanto…

—No tienes nada que sentir —me asegura—. Te quiero, Grace. Te quiero demasiado como para dejar que me eligieras a mí. —Me aprieta la mano—. Las cosas son como siempre debieron ser.

—Jaxon… —Mi voz se quiebra.

—Basta —me dice, y sus ojos brillan con un millón de emociones diferentes—. Date prisa y termina. Extrae todo lo que puedas antes de que la mordedura de ese cabrón se lo lleve todo.

Hudson le pone la mano en el hombro a Jaxon.

—Te quiero, hermano —murmura, pero Jaxon ya está demasiado ido para responder.

Después, con la furia de mil soles ardiendo en sus ojos, se levanta y se dirige al precipicio de la formación rocosa sobre la que nos encontramos.

—Retira la protección —le pide a Macy, y hay algo en su voz, en su postura, que hace que interrumpa el hechizo sin protestar.

Se dirige hasta el saliente, con las manos a los costados mientras inspecciona el caos y los daños que su padre continúa sembrando.

Una bruja llega volando hacia él varita en mano. Pero justo cuando está a punto de lanzarle un hechizo, Hudson la mira y la mujer se transforma en polvo al instante.

Se vuelve en otra dirección y detecta a una pequeña manada de lobos que están trepando por una roca para tenderle una emboscada a Mekhi por la espalda. Con un giro de muñeca, no solo desaparecen los lobos, sino también la roca gigante en la que estaba Mekhi. El polvo inunda el aire a su alrededor cuando cae ileso a la arena.

Un grupo de vampiros convertidos, seguramente bajo las órdenes de Cyrus, van directos a por él, y Hudson desintegra el grupo entero en un abrir y cerrar de ojos, y el polvo de lo que solían ser perdura en el aire como un sueño.

Y sigue escaneando la zona, deslizando la mirada de árbol en árbol, de roca en roca, en busca de enemigos, en busca de su padre.

Está aquí; sé que está aquí. Siento su maldad. Siento su malevolencia infectando la zona, y sé que Hudson lo siente

también.

Mientras tanto, Jaxon ya no puede ni mantener los ojos abiertos, le queda tan poca energía que sé que no podré retenerlo mucho más tiempo. Y aunque no lo dejara ir, aunque intentase retenerlo, la mordedura eterna se está apoderando de él, colapsando sus órganos y sus sistemas. Transformándolo en una roca petrificada desde el interior.

La muerte no es suficiente castigo para Cyrus, pero mejor eso que nada. Cualquier cosa con tal de que ese cabrón salga de nuestras vidas para siempre.

Jaxon gruñe, se sacude, y sé que el dolor tiene que ser insoportable a estas alturas.

—Tranquilo —le susurro, y le acaricio el pelo—. Estoy aquí.

Está demasiado deteriorado para responder, pero sigo acariciándolo mientras dreno su energía.

En el exterior, Hudson sigue aniquilando al enemigo. Un dragón del bando de Cyrus le lanza una daga de hielo, pero con solo chasquear los dedos la daga se desintegra, al igual que las alas de los dragones.

En un abrir y cerrar de ojos, entre diez y doce vampiros lo rodean, y los reduce a la nada con solo mirarlos. Estamos hablando de Hudson Vega, el vampiro más poderoso que jamás haya existido, y está más que furioso.

Ahora está recorriendo el borde de los acantilados, fulminando a cualquiera que ose cruzarse en su camino. Dos lobos rabiosos se abalanzan sobre él mostrando los dientes, pero los transforma en polvo, al igual que a una bruja que tiene la suerte de lanzarle un hechizo al hombro.

Hudson se tambalea cuando el rayo le atraviesa los músculos, pero la bruja no tiene la ocasión de tocarlo de nuevo. Ni nadie más, porque él ya ha tenido suficiente. Ha llegado al borde de la formación rocosa, con las manos levantadas por encima de su cabeza.

Me preparo, esperando cualquier cosa, esperándolo todo; y cuando las baja con un poderoso zumbido, no me decepciona. Porque de repente todo desaparece. Los manantiales, los acantilados que nos rodean, las decenas y decenas de árboles..., todo se esfuma.

Durante varios latidos todo se detiene. La lucha, las emboscadas, los hechizos voladores... Todo se detiene mientras todos los presentes en la zona se centran en mi compañero. En Hudson.

Está agotado. Sé que ese último movimiento ha acabado con sus fuerzas. La energía que me ha dado, los desvanecimientos, la lucha en la fosa... es demasiado, y este último golpe ha agotado sus reservas. A través del vínculo puedo sentir que no le queda nada.

Y, aun sabiéndolo, es el camino que ha elegido. Podría haber matado a todos con esa onda expansiva. Podría haberles fundido los huesos y haberlos transformado a todos en polvo si hubiese querido.

Pero ha elegido la clemencia, aunque ahora él haya quedado en una posición vulnerable.

Una parte de mí admira el movimiento y sabe que no necesita perdón para lo que acaba de hacer. Pero el resto de mí, la parte de la compañera que lo ama más que a su propia vida, está furiosa. Porque se ha expuesto a los

ataques en un momento en que necesita ser lo menos vulnerable posible.

Pero así es Hudson, y si algo se le da mejor que reducir cosas a la nada es aparentar. Y se queda ahí plantado, observando a todos los que han luchado con él y contra él, y levanta las manos de nuevo y brama:

—¡Solo tendré clemencia una vez! ¡Marchaos ahora o seréis los siguientes!

Nadie se mueve y siento cómo se me encoge el estómago al darme cuenta de que el farol no ha funcionado. Van a ir a por él. Pero entonces me doy cuenta de que las brujas están abriendo portales a toda velocidad y colándose por ellos igual de rápido.

Y, mientras huyen, con Cyrus a la vanguardia, probablemente, no puedo evitar recordar el mensaje que Delilah le envió a su hijo: «Aparenta ser débil cuando eres fuerte». Y la segunda mitad que no dijo: «Aparenta ser fuerte cuando eres débil».

Se ha marcado un farol y, al hacerlo, nos ha salvado a todos.

157

All the Broken Pieces

Mientras Hudson observa cómo los aliados de Cyrus se marchan con el rabo entre las piernas, yo me centro en Jaxon y veo que ya he extraído todo lo que tenía para dar. No queda nada para él, y apenas queda nada de él tampoco.

Sigo sosteniéndole la mano, pero dejo de extraer energía de su cuerpo y dirijo la poca que me queda alojada en el tatuaje hacia Flint. Después, acaricio el rostro ceniciento de Jaxon. Su respiración se ha vuelto superficial y su cuerpo tiembla tanto que Macy se ha quitado su sudadera y lo ha cubierto con ella. Pero sigue sin ser suficiente para detener las fuertes sacudidas, y al mismo tiempo su cuerpo se prepara para dar sus últimos estertores.

—¿Ha sido suficiente? —Jaxon parece reunir nuevas reservas de energía, lo bastante como para exhalar estas palabras mientras yo continúo acariciándole la cara.

Porque no pienso dejar que muera solo como había temido. No pienso dejar que muera de ninguna otra manera que no sea rodeado de amor. Nos tiene a Flint y a mí a un lado, y a Macy al otro.

Le debemos mucho más que eso, pero aquí y ahora es todo lo que puedo darle.

—Más que suficiente —le digo; sonríe y sus ojos se cierran por última vez.

—Joder, qué dolor de cabeza —gruñe Flint desde mi otro lado mientras intenta levantarse—. ¿Qué cojones ha pasado? ¿Qué ha hecho Jaxon? ¿Me he perdido toda la pelea?

Jaxon gruñe, aunque ya no tiene fuerzas para abrir los ojos.

—Ya sabía yo que acabaría teniendo que salvarte el culo —dice con una voz tan baja que tengo que esforzarme para oírlo.

—El día en que tú me salves a mí la vida... —empieza Flint bromeando, pero entonces se queda de piedra al ver por primera vez a Jaxon—. ¿Qué...? —Su voz se quiebra—. ¿Qué le pasa, Grace?

—Cyrus le ha mordido —respondo con voz suave—. Y tú estabas muy malherido. No quería morir con todo su poder dentro de él si podía salvarte, así que he... —Dejo que las palabras se pierdan, incapaz de pensarlas, y mucho menos de transmitírselas a Flint.

—No me digas eso. —Los ojos del dragón se inundan de lágrimas—. Joder, no me digas eso, Grace.

Se incorpora e intenta llegar hasta él.

—Tranquilo, Jaxon. Vas a ponerte bien.

Jaxon se ríe un poco al oír eso, lo que le provoca un ataque de tos.

—Me temo... —empieza cuando por fin puede volver a respirar, y entonces se interrumpe porque está sin aliento y apenas tiene fuerzas para hablar—. Me temo que te has quedado sin tiempo para hacer esa predicción —logra decir por fin—. Hasta aquí he llegado.

—No —salta Flint, y en sus ojos detecto una angustia que no le deseo a nadie. Aunque, bueno, es la misma que me mata por dentro en este mismo momento—. No hagas esto, tío. —Se vuelve hacia mí—. No dejes que lo haga.

—No puedo evitarlo —susurro, y no me había sentido tan fracasada en toda mi vida.

—Todo irá bien —exhala Jaxon.

Es lo último que dice mientras Hudson, Mekhi y el resto de la Orden llegan corriendo por la cornisa acompañados del ejército dragón. Una vez que llegan a nuestra posición, todos los que caben se agolpan a nuestro alrededor en la entrada de la cueva. Hudson y la Orden están tan devastados como yo. Incluso Eden está hecha polvo.

Flint los mira desesperado y al principio no sé qué es lo que espera ver, hasta que caigo en la cuenta.

—¿Y Luca? —susurra encorvándose sobre sí mismo como si no pudiera soportar oír la respuesta.

Niego con la cabeza y murmuro:

—Lo siento.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta casi gritando—. ¿Qué cojones ha pasado aquí?

Nadie responde mientras en el pecho de Jaxon empiezan a oírse los primeros estertores y su respiración se vuelve

cada vez más superficial.

Hudson se postra de rodillas junto a su hermano pequeño, apoya la cabeza en su hombro y lo coge de la mano.

—Que alguien me cuente qué cojones me he perdido —suplica Flint, y Jaxon exhala de nuevo. Pasan varios segundos hasta que inhala.

Y esperamos. Esperamos. Esperamos.

Pero nunca llega.

—Se ha ido —señala Macy con un hilo de voz, y cubre con su sudadera el rostro de Jaxon—. ¿Cómo es posible que se haya ido? —Ahora no llora. Solo suena... confundida.

—¿Cómo hemos podido dejar que esto suceda? —susurra Mekhi, que se quita su propia sudadera para hacer lo mismo con el cuerpo de Luca.

—Ha pasado porque te he fallado —dice Nuri postrándose de rodillas junto a su hijo y estrechándolo en un abrazo—. Esto es culpa mía. Desde el momento en que me alié con Cyrus supe que esto podría pasar... y aun así no hice nada. Dejé que pisoteara todas nuestras leyes. Y aquí estamos ahora.

—Se han ido, mamá —musita Flint con lágrimas en la cara, y suena más roto que nunca.

—Lo sé, mi amor. Lo sé. —Aparta la vista de su rostro y observa la terrible herida que tiene en la parte inferior de la pierna derecha y, cuando se vuelve hacia mí, su voz es de acero—. ¿No había otra opción? Solo...

—Lo he intentado —le contesto, aunque la vergüenza me quema por dentro—. Pero o no soy lo bastante fuerte o no podía sanarse. No, si quería salvarle la vida.

Por primera vez Flint parece darse cuenta de que el dolor que siente no proviene solo de una lesión. Es porque le falta la pierna derecha desde la rodilla.

—Lo siento —le digo—. Lo siento mucho.

Pero simplemente niega con la cabeza.

—He perdido a Luca y a Jaxon —me indica con la voz cargada de miedo—. ¿Qué cojones me importa la puta pierna cuando los he perdido a los dos?

—No, hijo —responde Nuri negando con la cabeza—. No lo has hecho. No permitiré que eso suceda.

—Ya está hecho —afirma Mekhi—. Ya no hay nada que detener.

Pero Nuri cuadra los hombros.

—Todo esto es culpa mía, y pienso enmendarlo. —Se dirige a su marido—: Aiden, querido…

—Estoy aquí —le dice, y rodea su cintura con el brazo como si tuviera que sostenerla—. Y estaré aquí pase lo que pase.

Ella asiente con aire regio y da un paso atrás.

158

Cross My Heart de piedra

Se me pone el corazón en la garganta al ver cómo Nuri se desplaza hasta la entrada de la cueva. No sé qué va a hacer, pero sé que será algo espectacular. Lo sé porque Aiden la está mirando como si fuera la mujer más valiente y más maravillosa del mundo.

Flint no mira. Tiene la cabeza entre las manos, llorando, y su dolor es tan intenso que nos desgarra a todos, pese a nuestro propio estado lamentable.

Nuri levanta una mano enjoyada y se transforma en el dragón color tostado más bonito y elegante que he visto en mi vida. Su porte es orgulloso, enorme y tremendamente regio cuando mira a su hijo.

Flint es testigo del cambio y abre los ojos sorprendido mientras su rostro se queda sin color.

—¡No! —grita—. ¡Mamá, no!

Intenta levantarse y llegar hasta ella, pero continúa estando débil por todo lo que ha perdido y una de sus piernas sigue inservible.

En lo que dura un precioso latido, Nuri usa una garra para rajarse el pecho. Después, busca en su interior y saca una joya roja y brillante tan grande que apenas le cabe en la mano.

Su dragón emite un largo y grave grito de lamento, tan intenso y profundo que nos postra a todos de rodillas ante esta mujer y su sacrificio.

En un instante vuelve a ser humana de nuevo.

Las lágrimas descienden por las mejillas de Aiden y Flint, e incluso las de Eden mientras observan cómo camina hacia Jaxon. Aparta de un manotazo la sudadera de Macy y coloca la joya justo en el centro del pecho de Jaxon.

En cuanto lo toca empieza a pulsar, y la luz que emite inunda todo el espacio hasta tocarnos a todos. Solo entonces comienza a girar. Al principio lo hace lentamente, pero luego va adquiriendo cada vez más velocidad mientras parece estar clavándose en el pecho pálido e inerte de Jaxon.

—Dios mío —exhala Hudson, y jamás le había oído poner un tono tan reverente—. Le ha dado su corazón de dragón.

Cuando la piedra preciosa deja de hundirse en su pecho, aguardamos. Un latido. Dos. Y entonces Jaxon inhala. Se incorpora del suelo donde estaba tumbado mientras intenta proveer de aire a sus pulmones.

Menos mal que estoy arrodillada, porque todos los huesos de mi cuerpo se han vuelto de gelatina. Hudson me agarra y me sostiene erguida, pero está temblando tanto

que no sé si es porque quiere apoyarme o porque necesita que yo lo sostenga a él.

Sea como fuere, ahora ambos nos estamos abrazando, y supongo que es como tiene que ser.

—Tu corazón de dragón —exhalo. Recuerdo la historia que me contó del precio que un dragón le pagó a la Anciana para poder salir de la Aethereum: su corazón de dragón. «Un destino peor que la muerte», dijo.

—Había oído rumores —dice Hudson mientras la Guardia dragón de Nuri la rodea—. Pero no creía que fuera posible.

La reina emerge envuelta en una de las capas de la Guardia y mira a Hudson.

—Sí, podemos entregar nuestro corazón de dragón si se dan las circunstancias adecuadas.

—Pero pasa muy pocas veces —murmura Eden—. Porque una vez que lo entregas... —Se interrumpe para aclararse la garganta mientras las lágrimas continúan descendiendo por sus mejillas.

—Una vez que lo entregas, pierdes a tu dragón para siempre —termina Flint—. No puedes volver a transformarte jamás.

Me llevo las manos a la boca mientras la dimensión de su sacrificio reverbera en mi interior. Yo he perdido a mi gárgola una semana y apenas podía soportarlo. Nuri acaba de entregarle su corazón y su dragón a Jaxon para el resto de su vida.

Es un sacrificio inimaginable.

—Nuri. —La llamo por su nombre porque este es el acto de amor más valiente y hermoso que he presenciado jamás.

Ella me sonríe. Es una sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Lo que haga falta —susurra, y me retrotrae a ese momento en su despacho y a lo que nos prometimos a nosotras mismas y la una a la otra.

Lo que haga falta para derrotar a Cyrus. Lo que haga falta para mantener a salvo a las personas a las que queremos.

Asiento, y entonces dirige la mirada a Jaxon, que nos observa a todos con los ojos muy abiertos y confundidos.

—Tienes una deuda de vida conmigo, vampiro. Y voy a reclamarla aquí y ahora. Protege a mi hijo.

Jaxon asiente, y poco a poco su expresión pasa de la sorpresa a la comprensión.

—Gracias —murmura.

Ella inclina la cabeza y se vuelve hacia su marido, que sigue llorando.

—Es hora de regresar a casa, mi amor.

Él asiente y se transforma en un dragón verde vivo que se asemeja mucho a Flint, y se me encoge el corazón. Nuri se sube como si hubiese nacido para montar un dragón (nada que ver con mi desastroso ascenso al lomo de Flint de hace semanas).

Todos observamos en silencio, abrumados, cómo Aiden asciende a los cielos con el ejército dragón a la zaga, transportando a sus heridos entre las garras.

Mientras ellos estiran las alas y vuelan en dirección al mar, los cuerpos de los dragones caídos se elevan lentamente del suelo a nuestros pies, y los últimos resquicios de su magia los transportan a través del océano

hasta el cementerio, donde descansarán durante una eternidad.

Y, conforme los veo partir, pienso de nuevo en la promesa que Nuri y yo nos hicimos.

Todavía es pronto. La guerra se avecina. El mundo en el que vivimos cambia tan incesantemente como las estaciones por las que marcamos nuestras vidas. Pero aquí y ahora, rodeada de la gente a la que más quiero del mundo, por fin entiendo lo que significa gobernar con compasión. Con dignidad. Con amor.

159

A duras penas

El silencio impera tras la desaparición de los dragones por el horizonte. Hasta que Macy susurra:

—¿Qué coño acaba de pasar?

Las palabras abren una compuerta de emociones: asombro, alegría, desesperación, ira, miedo, determinación. Creo que todos cubrimos todo el espectro mientras nos miramos los unos a los otros con los ojos desorbitados.

Hudson cae al suelo junto a su hermano, abrazado al hombro de Jaxon, y continúa mirándolo como si no pudiera creérselo.

Jaxon lo mira perplejo.

—Mi alma. Puedo sentir mi alma de nuevo.

Observo cómo Hudson estrecha a su hermano en un fuerte abrazo, y minúsculos fragmentos de mi corazón roto empiezan a remendarse. Porque así es como debería haber sido siempre la relación entre ellos, así es como habría sido

si sus padres y una promesa grotesca no los hubieran separado hace tantos años.

Con la ayuda de Mekhi, Flint consigue ponerse de pie y se acerca cojeando hasta el cuerpo sin vida de Luca.

Macy y Eden se miran la una a la otra, pálidas por el calvario que todos hemos sufrido, mientras que Liam, Rafael y Byron no parecen saber cómo sentirse ni qué hacer. Acaban yendo y viniendo entre Jaxon, que está vivo de nuevo, y Luca, a quien ni siquiera he podido intentar salvar.

En cuanto a mí, me quedo justo donde estoy: en el suelo, entre todos ellos, al tiempo que la conversación y las emociones fluyen a mi alrededor.

—¿Qué significa que un vampiro tenga el corazón de un dragón? —le susurra Macy a Eden.

Eden la mira como diciendo «No tengo ni idea», y murmura:

—¿Qué significa tener una reina dragón que ha renunciado a su dragón?

Macy niega con la cabeza.

Flint se arrodilla junto a Luca, apretando la mandíbula y con la mirada rota, y retira la sudadera de Mekhi lo suficiente para ver el rostro de su novio.

—Lo siento —musita—. Lo siento muchísimo.

Me duele todavía más cuando recuerdo cómo Hudson y él bromeaban el otro día y las promesas que él hacía sobre lo que pasaría cuando volviera a ver a Luca.

—Tenemos que llevarlo a casa —dice Jaxon con voz ronca mientras se levanta. Sigue un poco débil, pero Hudson lo sujeta para estabilizarlo.

Jaxon se acerca, se agacha al lado de Flint. Coloca una mano firme sobre la espalda del dragón y estrecha la de Luca por última vez. Murmura algo sobre el vampiro muerto y entonces se vuelve hacia Flint, que sigue agarrando el cuerpo de Luca con fuerza.

—Ha llegado la hora de dejarlo ir —le indica Jaxon a Flint en voz baja—. Tienes que dejarlo ir.

Flint asiente, pero sus hombros empiezan a agitarse. Cuando suelta a Luca, parece desmoronarse, pero Jaxon está justo ahí, sosteniéndolo. Flint lo abraza, entierra la cabeza en su hombro y solloza.

Jaxon también lo abraza con fuerza, y está claro que también está sufriendo, por Flint y por Luca.

Las lágrimas descienden por mis mejillas (no sabía que podía llorar tanto) y Hudson me encuentra. Claro que lo hace. Me levanta del suelo, me rodea con los brazos y me sostiene mientras intento encontrar la energía para seguir adelante.

Está agotado. Todas sus fuerzas se han quedado en el campo de batalla. Pero, de alguna manera, el hecho de abrazarnos (mis brazos alrededor de su cintura y sus labios acariciándome el pelo) hace que ambos nos sintamos un poco mejor.

—Tenemos que trasladarlo a casa —repite Jaxon con la voz cargada de dolor cuando Flint deja de llorar.

El dragón asiente. No puede hablar, pero sus ojos se secan por fin. La Orden asiente y recogen su cuerpo. Segundos después se han desvanecido.

Solo entonces Flint nos abraza a Jaxon y a mí y susurra:

—Gracias. Desde lo más profundo de mi corazón. Gracias.

No respondo nada; no hay nada que decir en un momento como este que no se haya dicho ya, de modo que los abrazo a ambos con todas mis fuerzas.

Entonces Jaxon y yo nos apartamos mientras Flint se transforma. Su forma de dragón se sostiene mucho mejor sin una pierna de lo que su forma humana lo hace todavía. Y entonces sale disparado hacia el cielo para ayudar a la Orden a llevar a Luca a casa.

Cuando se marchan, los cinco que quedamos (Jaxon, Hudson, Macy, Eden y yo) nos derrumbamos y dejamos que las emociones de las últimas horas nos invadan.

No sé cuánto tiempo permanecemos ahí.

El tiempo suficiente para que me dejen de temblar las manos.

El tiempo suficiente para que mis hombros y mi alma por fin se relajen un poco.

El tiempo más que suficiente para que Hudson me coloque sobre su regazo y me abrace como si fuera la cosa más valiosa del mundo.

Pero al final estoy preparada para hacer lo que hemos venido a hacer, y me obligo a levantarme.

—Creo que ya ha llegado el momento —digo, y alzo la llave a la que he conseguido aferrarme pese a todo lo sucedido.

—¡Y tanto! —exclama Eden, que también se pone de pie inmediatamente—. Vamos a conseguir esa Corona y a metérsela a Cyrus por el culo.

—Apoyo la moción —dice Macy tendiéndome la mano para que la ayude a levantarse.

Jaxon y Hudson asienten también, y los cinco recorremos el saliente rocoso hasta que llegamos a la entrada que nos llevará hasta la Bestia Imbatible.

160

Cadenas ilícitas

La cueva está justo como la recordaba, una forma circular con un muro gigante de roca al fondo. Cuando nos acercamos, la pared empieza a moverse como lo hizo la vez anterior, y la bestia poco a poco se agacha.

Es más grande que la última vez, con los hombros más anchos y el pecho más amplio, pero su rostro tiene el mismo aspecto: triste y algo macabro al mismo tiempo.

«Por favor, no —dice, y lo oigo en mi cabeza como lo he hecho durante tantos meses—. Vete. Tienes que irte.»

«Tranquila —le digo mientras me acerco con paso lento pero firme hacia ella—. He venido para hacerte libre, como te prometí.»

«¿Libre?», pregunta.

Saco la llave del bolsillo y se la muestro, y entonces se convierte en una especie de mantra en su cabeza... y en la mía. «Libre. Libre. Libre. Libre. Libre», una y otra vez.

—Ten cuidado —me dice Jaxon, con el cuerpo preparado para intervenir.

—Lo tiene controlado —le dice Hudson mientras me sonríe.

Y yo les sonrío a ambos, porque algunas cosas nunca cambiarán.

Hay cuatro grilletes, dos para las muñecas y dos para los tobillos; tras abrir los dos inferiores, agarro mi hilo platino, me transformo y vuelo para abrir los que también retienen sus brazos.

Cuando el último de ellos cae al suelo, la bestia inclina la cabeza hacia atrás y brama como si le fuera la vida en ello. El rugido rebota en las paredes rocosas y en los techos y resuena por toda la caverna durante varios segundos.

Entonces se transforma y ante mí aparece un hombre ataviado con una túnica azul real atada sobre un hombro y sujeta con un gran broche de zafiro.

Es alto, con los ojos grises y el pelo rubio recogido en una trenza. También tiene una perilla corta y puntiaguda y aparenta treinta y pico largos.

Me transformo de nuevo, pero no intento acercarme a él.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a este hombre que tanto ha sufrido y que, a su manera, tanto me ha ayudado con mis muchos problemas.

Me mira como si no entendiera lo que le digo, pero al final parece asimilar mis palabras porque asiente.

—Gr-gr-gracias —logra decir por fin.

Me acerco a él lentamente, pero él se encoge y se aparta. Y lo entiendo. Han pasado mil años desde que fue humano por última vez, y la última persona a la que vio le hizo esto.

La sola idea me llena de ira. Otra atrocidad más por la que Cyrus tendrá que responder.

—Tranquilo —le susurro, en voz alta y en mi mente—. Soy una amiga. —Se detiene, ladea la cabeza como si la última palabra hiciera mella en él—. Amiga —repito, y me pongo la mano en el pecho—. Amiga. Soy una amiga.

Me observa durante un rato. Después se lleva la mano al pecho.

—Amigo —dice también.

Le sonrío, y entonces miro a Macy, para preguntarle si ha traído alguna barrita de muesli, que son básicamente mi alimento cuando nos embarcamos en excursiones como esta. Pero ella ya se ha adelantado y tiene una botella en la mano y un paquete de galletas en la otra.

No las toca cuando ella se las ofrece, de modo que las cojo yo y lo intento. Incluso abro la botella de agua y bebo un sorbo para demostrarle que no pasa nada. Sus ojos siguen la botella como un hombre hambriento y, esta vez, cuando se la tiendo, prácticamente me la arrebata.

Se la bebe entera en unos largos tragos. Para cuando termina, Macy ya tiene otra preparada para él. Esta segunda se la bebe mucho más despacio, y yo abro el paquete de galletas para él mientras Macy guarda la botella vacía en su mochila.

Cuando ya está saciado, inclina la cabeza hacia Macy y hacia mí y dice:

—Gracias. —Esta vez su voz es algo más fuerte, más segura.

Lo que significa que ha llegado el momento de preguntarle por la otra cosa que nos ha traído hasta aquí.

—¿Corona? —pregunto.

Parece confundido, este pobre hombre que es más instinto que humano a estas alturas. Que entiende las necesidades básicas como comida y agua más que cualquier otra cosa.

—¿Sabes cómo encontrar la Corona? —pregunto, y esta vez me llevo las manos a la cabeza e imito el acto de ponerse una corona.

La confusión solo aumenta y empieza a balbucear:

—No corona. No corona. No corona.

No es la respuesta que esperaba; no es la respuesta que ninguno esperábamos. Me vuelvo y veo la preocupación en los rostros de Hudson y Jaxon. Porque, si él no tiene la Corona, ¿dónde está? Y ¿significa eso que Cyrus puede encontrarla primero?

Pero antes de que pueda preguntarle por la Corona una vez más, solo para estar segura, empieza a balbucear de nuevo.

—Ella corona. Ella corona. Ella. Debo dar Corona a ella. Debo protegerla. Debo proteger Corona. Ella.

Ahora retrocedo pasmada porque, ¿quién es ella? ¿Y por qué necesita protección si ya tiene la Corona?

161

Corona tus penas

—Tranquilo —le digo, y me acerco un poco más para poder ponerle la mano en el hombro. Se queda helado al sentir mi tacto, y entonces me doy cuenta, como con el agua, de que este es el primer contacto humano real que este pobre hombre ha tenido en más de un milenio.

Me siento fatal por él y me dan ganas de abrazarlo y de golpear a Cyrus al mismo tiempo. Me conformo con darle unas palmaditas en el hombro y le indico:

—Yo la protegeré. Si me dices quién es, la protegeré.

Entrecierra los ojos y me mira, medio esperanzado medio receloso.

—¿Tú la protegerás?

—Lo haré. Si me dices cómo llegar hasta la Corona, se la entregaré tan pronto como salve a mis amigos.

Otra vez esa mirada, como si estuviese intentando evaluarme a través de su lío mental.

—¿Tú le das la Corona? —pregunta.

—Tras salvar a mis amigos, sí —le explico—. Pero ¿sabes dónde está?

Asiente rápidamente.

—Tú prometes. Dar Corona a ella. Proteger a ella. ¿Sí?

No tengo ni idea de quién es «ella», pero si eso me lleva a la Corona, estoy totalmente dispuesta a averiguarlo. No quiero la Corona para mí, solo quiero derrotar a Cyrus.

Pero antes de acceder, Hudson se acerca.

—Cuidado con lo que prometes, Grace. No es igual en nuestro mundo. ¿Y si «ella» es Delilah? ¿O alguien peor?

Asiento, porque sé que tiene razón. Mira Caronte, que nos ha dejado salir de esa cárcel contra todos sus instintos y sus deseos solo porque había hecho una promesa. ¿Y si le prometo esta Corona a la reina vampiro o a la Anciana o a alguien igual de horrible que todavía no sé que existe?

De modo que me vuelvo de nuevo hacia el hombre/gárgola y le pregunto de nuevo:

—¿Quién es ella?

Pero él solo niega con la cabeza y repite una y otra vez:

—Corona dar a ella.

No sé qué hacer, no sé qué decir para conseguir que me confíe el paradero de la Corona o la identidad de esa mujer.

Se está empezando a frustrar tanto como yo, tal vez más, y, esta vez, cuando empieza a balbucear, señala algo más. Algo más importante:

—Dar Corona a compañera.

Me vuelvo para mirar a Hudson, y él parece tan atónito como yo me siento.

—¿Ella es tu compañera? —pregunto—. ¿Quieres que tu compañera tenga la Corona?

Asiente.

—¿Quieres proteger a tu compañera?

Asiente de nuevo. Y entonces recuerdo a Falia y a Vander, quienes han tenido que pasar mil años sin su compañero. Eso los destrozó, casi acaba con ellos, y me pregunto qué habrá sido de la compañera de este pobre hombre todos estos años. Él estaba atrapado en piedra, pero si ella sigue viva habrá sufrido el insoportable dolor de no tener a su compañero, completamente sola, incapaz de comunicarle ni siquiera las cosas más básicas.

Miro a Hudson de nuevo, y entonces se me ocurre una idea. Si tiene una compañera, ¿significa eso que hay otra gárgola ahí fuera en alguna parte? ¿Que tal vez nosotros dos no seamos las únicas en existir? A ver, sí, podría estar emparejado con otro ser que no sea una gárgola, mira Hudson y yo, pero existe la posibilidad de que sí lo sea. Y eso es lo más maravilloso y lo más increíble que he oído en mucho tiempo.

Hudson debe de sentir mi emoción, porque me mira, asiente e incluso sonríe un poco. Me encanta que me lea con tanta facilidad y que, a pesar de nuestras discusiones, estemos tan a menudo en la misma onda cuando realmente importa.

De modo que me vuelvo y digo con voz alta y clara:

—Sí. Si tú me das la Corona para salvar a mis amigos, después prometo buscar a tu compañera y entregársela.

Durante un buen rato la gárgola no se mueve. Solo me estudia con unos ojos que envejecen a cada segundo que

pasa, unos ojos que parecen albergar la eternidad en sus profundidades plateadas.

Estoy a punto de repetirlo, de preguntarle si está bien, pero entonces, tan rápido como el ataque de una serpiente, me agarra las manos y dice:

—Hecho.

Desliza su palma contra la mía y acto seguido sale disparado hacia la entrada de la cueva.

—¿Qué coño...? —Jaxon intenta correr tras él, pero lo detengo.

—¡Espera! Deja que se vaya. Está bien. No tiene adónde huir, y podemos alcanzarlo en un minuto.

—Pero la Corona... —dice Macy.

—Me ha dado algo —respondo, y me rasco la palma de la mano porque de repente me quema y me pica.

Me la miro y, tatuados justo en el centro, ocupando casi toda la superficie, hay una serie de siete círculos concéntricos con la forma de una guirnalda... o una corona.

Levanto la mano para que mis amigos lo vean cuando se arremolinan a mi alrededor y no puedo evitar preguntar:

—Y ¿ahora qué?

0

No puedes volver a casa (Hudson)

—¿Lista para volver a casa? —le pregunto a Grace mientras Macy se prepara para abrir un último portal.

Se vuelve hacia mí y el viento mece sus rizos y hace que cubran su rostro, de modo que tardo unos segundos en darme cuenta de que está llorando.

—¡Eh! —Tiro de ella contra mi pecho, y se deja, cosa que me parece un milagro en sí mismo en una mañana que ha estado repleta de ellos—. ¿Estás bien?

Asiente, pero entierra la cabeza de nuevo contra mí.

—¿Todavía te duele? —Cojo su mano y la giro para ver la Corona que tiene grabada en ella. Tiene un brillo espeluznante, algo que el otro tatuaje solo hace cuando está canalizando la magia de forma activa, lo que me obliga a preguntarme toda clase de cosas sobre este, y ninguna de ellas es buena.

—No es para tanto —responde—. Es más molesto que otra cosa. No...

—¿No como el resto del día, que ha sido un infierno? —termino por ella.

Asiente.

—Algo así, sí.

—Macy ya casi tiene el portal listo —le digo, y señalo con la barbilla hacia donde su prima y Eden están colocando unas piedras sobre la playa.

—Perfecto. Estoy deseando perder de vista este lugar para siempre.

La entiendo perfectamente. Primero Xavier, después Luca. Sí, al final hemos logrado no perder a Jaxon y a Flint, pero solo gracias a los milagros que he mencionado antes.

—Estoy empezando a pensar que esta isla está maldita.

—O nosotros lo estamos. —Ahora es Grace quien se mira la palma de la mano—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Ya lo averiguaremos —le prometo—. Tal vez Foster o Amka sepan algo al respecto. Y, si no, encontraremos a alguien que lo haga.

—¿A alguien que no me corte la mano para intentar poseerlo? —dice, y enarca una ceja.

—Bien pensado. Seguro que alguien puede... —Dejo la frase a medias cuando ella se vuelve hacia la zona donde solían estar las aguas termales y los árboles y las hermosas formaciones rocosas; una zona donde ahora no hay más que polvo.

Por obra mía.

Intento no entrar en pánico mientras se queda mirándola durante varios segundos en silencio. Me he pasado la última hora esperando el golpe, esperando a que se dé cuenta de que no me quiere después de todo. O, peor aún, que no me quiere lo suficiente como para renunciar a sus sentimientos por Jaxon, sentimientos que no ha podido evitar revivir cuando yacía muerto delante de ella.

Y ni siquiera se lo reprocharía. Esos momentos en los que Jaxon estaba muerto… Yo habría dado lo que fuera por ocupar su lugar. Lo que fuera con tal de que mi hermano no estuviera ahí tumbado, frío y sin vida.

Lo que fuera, excepto renunciar a Grace. Tal vez ella ha pensado lo mismo, pero sin esa excepción.

Pero entonces se vuelve hacia mí, me sonríe y me roba la respiración de nuevo. Y, cuando une su mano no tatuada a la mía, la esperanza tiembla dentro de mí como un pájaro que apenas está empezando a estirar las alas.

Incluso antes de que susurre:

—Te quiero. Creo que siempre te he querido.

Y así, sin más, el pájaro alza el vuelo.

Pese a todo, no me lanzo a sus pies y me echo a llorar de emoción como me gustaría hacer (un hombre necesita mantener algo de dignidad, después de todo). En lugar de eso, sonrío.

—Lo sé —susurro justo antes de tomar su boca con la mía.

Es un beso breve, suave, dulce y perfecto, pero ella se aparta riéndose al cabo de tan solo unos segundos.

—¿Siempre vas a decir eso?

—Si es lo bastante bueno para Han Solo y la princesa Leia…

Sonríe.

—Entonces ¿es lo bastante bueno para nosotros?

—Algo así. —La estrecho en mis brazos una vez más solo porque puedo. Se derrite contra mí, y le susurro eso que lleva casi seis meses quemándome por dentro: «Te quiero. Te quiero, te quiero, te quiero».

El beso que me da después no tiene nada de breve. No nos apartamos hasta que nos quedamos sin aire, con los labios hinchados y jadeando.

—Te quiero —declaro una vez más. Cuando lo hago, deslizo un dedo sobre su anillo, sobre la promesa que le hice antes de saber siquiera que acabaríamos aquí.

—Lo sé. —Sonríe antes de levantar la mano entre los dos —. ¿Alguna vez vas a decirme qué promesa me hiciste al regalarme este precioso anillo que jamás pienso quitarme?

Me invade una emoción enorme ante la idea de que Grace lleve mi anillo durante toda una eternidad.

Me planteo decírselo. No es que me preocupe que vaya a asustarse ni nada. Sé que me quiere y que no piensa irse a ninguna parte. Pero, aun así, le regalé este anillo antes de decirle que la quería. Antes de haberla besado. Tal vez ella necesite un poco más de tiempo para acostumbrarse a nosotros antes de que le confiese lo que le prometí antes incluso de que fuésemos pareja de forma oficial.

—Te lo diré —contesto por fin mientras beso una vez más esos labios demasiado sexis para mi propio bien—, si eres capaz de adivinarlo.

Me mira con recelo.

—No me parece muy justo.

—Pensaba que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de que yo no soy justo.

Pone los ojos en blanco.

—Ah, claro, lo olvidaba. Que eres el gran villano Hudson Vega.

—Villano no sé —respondo—. Pero lo de grande...

Finge pensarlo durante un segundo y dice:

—Creo que prometiste no dejar nunca que tu ego se interpusiera entre nosotros. —Me mira con fingida inocencia—. Ay, espera, que ya es demasiado tarde para eso.

—¿Quieres intentarlo otra vez? —pregunto sonriendo con ella.

—Mmm, a lo mejor prometiste no dejar nunca la tapa del váter levantada, cosa que agradecería mucho, por cierto.

Si hay algo que puedo afirmar sobre Grace es que la eternidad nunca será aburrida con ella. Qué afortunado soy.

—Vamos a vivir mucho tiempo, Grace. No puedo hacer promesas impulsivas como esa.

—Vale, entonces... ¿qué tal...? —Se interrumpe cuando Eden nos grita que nos demos prisa, que tiene sitios a los que ir.

Grace pone los ojos en blanco.

—Los dragones siempre pensando que el mundo gira en torno a ellos —dice de broma mientras empieza a arrastrarme por la playa hasta donde nos esperan Macy y su portal.

De camino, nos reunimos con la otra gárgola, que no ha dicho nada más desde que le ha dado a Grace la Corona. Una parte de mí creía que saldría huyendo y que jamás daríamos con ella después de liberarla. Pero lleva mil años encadenado. Cuesta imaginar que haya algún sitio al que quiera ir.

Y, puesto que Grace no consentiría en dejarlo en esta isla solo de ninguna de las maneras (no está en su naturaleza abandonar a nadie), va a venir al Katmere con nosotros. Al menos eso creo. No ha dicho nada, pero ha asentido cuando ella le ha preguntado si quería acompañarnos.

Macy nos sonríe de oreja a oreja cuando nos acercamos al portal, y Jaxon también, aunque dice:

—Por nosotros no corráis, ¿eh?

—Tranquilo, no lo haremos —le suelto, pero le sonrío con la misma intensidad. Porque no está muerto, y su alma tampoco, gracias a Nuri. Pese a todo, tengo una deuda con ella que jamás podré pagarle.

—Las damas primero —dice Jaxon, e invita a Grace a entrar en el portal. Ella le da un codazo de camino, pero después se vuelve y me lanza un beso antes de tirarse de cabeza.

Y luego se pregunta por qué nunca aterriza de pie en el otro lado...

Tomo nota mental de comentarle cuál es el problema mientras espero a que Eden, la gárgola y Jaxon atraviesen el portal. Después, tras comprobar que Macy tiene todo lo que necesita para seguirnos, entro en el portal y caigo y caigo a través de él.

He de decir que los portales de Macy son mucho mejores que la media. Esta chica tiene un don.

Al cabo de cosa de un minuto el portal termina y salgo por el otro lado, esperando encontrarme a Grace y a los demás aguardándome. Sin embargo, están corriendo hacia el instituto como si los persiguiesen los perros del infierno. Y tal vez así sea, teniendo en cuenta que el bosque a mi alrededor está ardiendo.

Macy cae al suelo detrás de mí y lanza un grito al ver el fuego que nos rodea.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—No tengo ni puta idea. —La levanto y me la coloco sobre la espalda antes de desvanecerme directo hacia las puertas del Katmere.

Jaxon ya está dentro, pero yo llego justo cuando Grace y Eden aterrizan.

—¿Qué está pasando? —repito cuando Eden desliza a la otra gárgola al suelo y vuelve a recuperar su forma humana.

—No lo sé —responde Grace mientras la gárgola se sienta en los escalones de la entrada y nosotros cuatro corremos por las escaleras.

Macy lanza otro gritito cuando entramos en el edificio y descubrimos que la sala común de la primera planta está completamente devastada. Los sofás están destrozados; las sillas y las mesas, hechas añicos. Los dos televisores están rotos y todo está hecho pedazos. Incluso la mesa de ajedrez que había junto a las escaleras.

Jaxon regresa corriendo con los ojos desorbitados.

—¡¿Dónde está mi padre?! —grita Macy con voz aguda.

—Ha desaparecido —responde él con voz ronca—. Todo el mundo ha desaparecido.

—¿Te refieres a los alumnos? —pregunta Grace—. A lo mejor se han ido a casa por...

—Nunca se van a casa —asegura Macy mientras empieza a correr por el pasillo llamando a Foster—. No en masa. Solo los de último curso se marchan.

Grace corre tras su prima, pero Jaxon y yo intercambiamos una mirada antes de desvanecernos por las escaleras a toda velocidad. Llegamos al cuarto piso a la vez. Él gira a la izquierda y yo a la derecha, pero tardo menos de un minuto en llegar hasta el pasillo de los dormitorios y volver. Las puertas están todas rotas, colgando de las bisagras, y no hay ni un alma. Nadie.

—Se han ido —dice Jaxon con tono adusto—. Se han ido todos.

—Sí.

Se lleva la mano al pelo.

—¿Qué cojones ha pasado? Macy ha hablado con su padre hace unas horas y todo estaba bien.

Pero mi mente ya está en marcha, reproduciendo un aterrador escenario en mi cabeza.

—¿Y si todo lo que ha ocurrido no ha sido más que una distracción?

Jaxon mira a su alrededor con recelo y levanta los brazos.

—Pero ¿de qué se supone que tiene que distraernos esto?

—No, esto no. Me refiero a lo de la isla, con la Corona. Me preguntaba por qué los lobos no se han unido a la lucha hasta el final y creo que ya lo sabemos. ¿Y si lo de la isla

era la distracción, y esto...? —Miro a nuestro alrededor, a las marcas de arañazos en las paredes, las luces rotas y las barandillas destrozadas.

—¿Era el acto principal? —pregunta horrorizado.

Sé lo que está sintiendo, lo que está pensando. Ha muerto gente en esa isla hoy. Mucha gente. El propio Jaxon solo está vivo ahora porque Nuri ha sacrificado a su dragón por él. Toda esa carnicería, todas esas vidas perdidas, ¿para distraernos?

Eden llega corriendo por las escaleras.

—Hemos encontrado a Marise.

—¿Qué?

—Grace y Macy están con ella en la enfermería. Es la única que hemos encontrado hasta ahora.

Salgo disparado, salto por las escaleras y aterrizo en el suelo del vestíbulo. Estoy a punto de desvanecerme hasta la enfermería cuando la puerta principal se abre de golpe.

Me vuelvo preparado para luchar, pero solo es la Orden con Flint, que acaban de llegar.

—Pero ¿qué cojones ha pasado aquí? —quiere saber Mekhi mientras depositan el cuerpo de Luca en el suelo y lo cubren con una manta que encuentran por ahí.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta Byron.

—Estamos a punto de averiguarlo. Marise está en la enfermería.

Nos desvanecemos hasta la enfermería, donde encontramos más destrucción. Grace y Macy le han dado la vuelta de nuevo a una de las camas y han tumbado a Marise en ella, pero la vampira parece más débil de lo que la he visto jamás.

—Ha sido vuestro padre —nos dice a Jaxon y a mí.

—Eso es imposible —le contesta Jaxon—. Estábamos luchando contra él...

—Sus soldados con un ejército de lobos —explica Grace —. Han atacado el instituto y se han llevado a todos los alumnos y profesores. Como nos temíamos.

—¿A todos? —señala Byron mirando a su alrededor como si esperase que un puñado de estudiantes fuesen a surgir de la puta nada.

—Sí, a todos —afirma Jaxon con los dientes apretados—. Arriba no hay nadie, y todo está destrozado de la hostia.

—¿Quieres decir que nosotros somos los únicos que quedamos? —susurra Macy mirándonos a todos uno por uno.

Y sé lo que está pensando. Somos diez. Once, si contamos a Marise. Contra las considerables fuerzas de Cyrus. Sí, tenemos la Corona, pero eso es lo único que tenemos.

¿Cómo cojones vamos a arreglar esto?

—Esto es un acto de guerra —dice Flint, que tiene un aspecto horrible. Mekhi lo ha traído desvaneciéndose hasta aquí, pero ahora está apoyado en la pared con el peso sobre su única pierna buena.

—El segundo acto de guerra del día —añade Byron muy serio.

Tiene razón. Lo es. La ira me invade, pero intento controlarla. Intento pensar entre todo este desastre. No me extraña que nos quisiera a Grace, a Flint y a mí en la cárcel. No me extraña que hiciera que todo el mundo se enfrentase a nosotros durante las últimas semanas, que nos

dieran todas esas palizas, que nos arrebatasen nuestros poderes.

Este había sido su objetivo todo el tiempo, tal como nos temíamos. Secuestrar a los hijos de los miembros más notables del Círculo. Retenerlos hasta conseguir lo que quería: tener el control total y absoluto de todo. Y ¿quién va a enfrentarse a él? ¿Los padres a cuyos hijos tiene como rehenes?

Difícilmente.

—Si quiere guerra —digo mirando a todos nuestros amigos, que tienen pinta de acabar de volver del infierno—, le daremos guerra.

—¿Nosotros once? —pregunta Liam con incredulidad.

—Sí, nosotros once —le contesto.

—Hemos sobrevivido contra todo pronóstico otras veces —indica Mekhi.

—Ya, pero una cosa es tener pocas probabilidades de sobrevivir y otra muy distinta que las probabilidades sean que vamos a morir todos. —Rafael se pronuncia por primera vez.

—Quizá tengas razón. Pero mi querido padre ha calculado mal esta vez —digo.

—¿Y eso? —quiere saber Macy.

—No nos ha matado en esa isla —termina Jaxon por mí mientras él también mira a todo el mundo a los ojos individualmente—. Y ahora vamos a ir a por él.

—Y ¿qué? —suelta Eden—. ¿Vamos a llamar a la puerta de su casa y a pelear contra él?

—Exacto. Llevaremos la guerra hasta su puta puerta —responde Jaxon—, y lo reduciremos todo a cenizas.

—La necesitáis.

Me vuelvo al oír una voz trémula y me encuentro con el tipo que solía ser la Bestia Imbatible mirándonos con ojos ansiosos.

—Ella puede salvarnos. La necesitáis.

—¿A quién? —pregunta Macy acercándose a él muy despacio para no asustarlo.

—Ella puede salvarnos —repite.

—¿Quién? —pregunta Macy de nuevo.

Él señala a Grace o, más concretamente, su mano.

—Ella. Ella. Ella. —Y entonces se transforma en piedra. Y, no voy a mentir, eso no me lo esperaba. Genial.

Mientras todo el mundo intenta averiguar quién es «ella» y si existe otra gárgola en el mundo, no puedo evitar pensar que necesito hablar con Grace. Porque si esto va a ir por el camino por el que creo que va a ir (que es directo al infierno), probablemente ya va siendo hora de que le cuente lo que vi aquella noche en la lavandería hace todas esas semanas.

Creo que ya va siendo hora de que le hable de su hilo esmeralda.

Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
Sigue leyendo para disfrutar en exclusiva de dos capítulos desde el punto de vista de Hudson.
Nada es lo que parece...

La sangre realmente es máss espesa que el agua
(Hudson)

Grace parece tan agotada cuando regresamos al Katmere tras la visita de la Anciana que quiero rodearla con los brazos y llevarla a mi habitación, pero no sé si dejará que lo haga o no. O en qué incómoda posición la pondrá con Jaxon si lo hace.

Aunque, para ser sincero, ya estoy un poco harto de preocuparme por cómo se pueda sentir Jaxon con respecto a lo nuestro.

¿Siento que la Sangradora le haya jodido la vida? Pues sí, claro.

¿Siento que haya perdido a su compañera? En teoría, por supuesto. En la práctica, no tanto, teniendo en cuenta cómo se han desarrollado los acontecimientos.

Y, por último, ¿siento haber acabado de alguna manera con la compañera más buena, más guapa y más discutidora que un tío pueda soñar? Joder, ni por asomo.

Grace es un puto regalo, un regalo que agradeceré durante el resto de mis días.

Aun así, mientras subimos las escaleras de regreso al instituto, no puedo evitar decir una cosa más sobre todo este plan de mierda:

—Esto es una mala idea.

—Estoy de acuerdo —contesta, y me lanza una mirada como diciendo «obviamente»—. Pero sigo pensando que no podemos descartarlo.

—Venga ya —suelto con incredulidad—. No me digas que confías en esa mujer.

—*Confiar* es una palabra con demasiado peso. —La quiero. De verdad. Pero está demasiado tranquila con toda esta situación.

—*Confiar* es una auténtica insensatez —le aseguro—. Vive en una puta casa de jengibre. No sé tú, pero yo me fío del envoltorio, y no tengo ninguna intención de convertirme en Hansel o en la puta Gretel. —Ni en Blancanieves. Ni en ninguno de los demás personajes epónimos de los cuentos de hadas donde aparecen brujas horribles. Está claro que esa mujer tiene muchos problemas mentales.

Pero Grace se limita a ponerme una cara fea.

—No creo que la cosa vaya de canibalismo.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Has visto cómo miraba a Luca? —Alzo una ceja.

—Ya, bueno, no creo que eso tenga nada que ver con el canibalismo.

Ambos nos echamos a reír, y sé que ahora mismo estoy sonriendo como un auténtico idiota, pero me da absolutamente igual. Estar con ella, hacerla reír... me recuerda a cómo eran las cosas entre nosotros. Sabía que lo echaba de menos, pero no me había percatado de cuánto hasta este momento.

—¿Estás bien? —pregunto al cabo de un segundo, solo para asegurarme.

—Sí —asiente—. ¿Y tú?

Sé que es ridículo que me ponga tan tonto por una pregunta tan casual, pero cuando Grace me la formula no me lo parece. Sobre todo porque ella es la única que se ha molestado en preguntarme jamás y que ha esperado a escuchar la respuesta.

Tal vez por eso decido decir lo que tengo en mente para variar, en lugar de sopesar mis opciones.

—Estaría mejor si decidieras dormir en mi habitación esta noche —digo, y luego finjo que no estoy conteniendo el aliento como un pardillo ante su primer amor mientras espero una respuesta.

Ella pone sus cálidos ojos marrones en blanco.

—Si decidiera dormir en tu habitación esta noche, creo que ambos pareceríamos unos zombis en la graduación.

—A mí no me importa —respondo enarcando las cejas para que sepa lo poco que significa dormir para mí. Sobre todo si tengo que elegir entre hacerlo y tenerla a ella en mi cama.

Ladea la cabeza y sus maravillosos rizos cubren su rostro. Pero entonces sonríe y me lanza una mirada sexy y pícara al tiempo que dice:

—A lo mejor a mí tampoco.

El hecho de que esté dándole vueltas al anillo de compromiso que tiene en el dedo mientras lo dice solo hace que sus palabras suenen todavía más dulces. Ha dicho que sí. Las palabras reverberan en mi cabeza. «Ha dicho que sí.»

Extiendo la mano, le aparto uno de sus bonitos rizos de la cara y dejo que mis dedos se deleiten sobre su mejilla un par de segundos. Su piel es tan suave y cálida y es tan agradable tocarla que me planteo abrazarla aquí y ahora y a la mierda con lo que puedan pensar los demás. Pero en vez de eso me aparto y susurro:

—Te prometo que te dejaré dormir un poco. Después.

Y entonces se desata el infierno.

—¡No te atrevas a tocarla! —exclama el capullo de mi hermano—. ¡Esto es todo culpa tuya! Tú y ese puto vínculo sois el motivo por el que puede que muera en esa cárcel, ¿y te crees con derecho a poner tus sucias manos sobre ella?

—¡Eh, Jaxon! —Mekhi se desvanece hasta él e intenta agarrarlo del hombro, pero él no cede.

Menuda sorpresa. A este chico siempre le ha gustado mucho el drama.

Pero entonces viene a por mí, se me planta delante y lo tengo tan cerca que incluso puedo oler la sangre que se ha tomado para cenar. Me dan ganas de darle un puñetazo en la garganta, pero me conformo con lanzarle una mirada feroz como respuesta.

—Bueno, al menos yo no soy el idiota que tiró su vínculo a la papelera, así que a lo mejor deberías pensártelo dos veces antes de venir a darme lecciones.

—¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! —me ruge—. Eres un jodido hipócrita y no le gustas a nadie. ¿Qué cojones estás haciendo aquí?

Sus palabras son un golpe directo, pero no pienso ponerme a llorar por ello. Dos Vegas comportándose como bebés sería demasiado. En lugar de eso, le suelto:

—Al parecer, cabrearte, así que me lo apuntaré como un tanto. Y ahí va un consejito. Si sigues actuando como un puto gilipollas, tú tampoco vas a gustarle a nadie.

Paso rozándolo, decidido a largarme. Me jode sobremanera que sea tan crío. Pero entonces me agarra y me estampa contra la pared con tanta fuerza que mi cabeza rebota en la piedra. Y empiezo a perder la paciencia.

—¡Jaxon! —Grace intenta cogerlo y no tengo palabras para describir cuánto me enerva ver su pequeña mano en su brazo—. ¡Jaxon, para!

—¿Vas a quedarte ahí plantado como un inútil? —le suelto cuando veo que no le hace ni caso. Yo daría lo que fuera por que ella me mirase como lo mira a él, y él se permite ignorarla—. ¿O vas a hacer algo? No tengo todo el puto día para esperar a que te crezcan las pelotas.

—¡Hudson, para! —me grita Grace, como si esto fuera culpa mía. Él es el capullo que no sabe controlarse.

Pero es demasiado tarde. Don Rabioso ya ha perdido la cabeza y, de repente, estalla. Me aferra la garganta y empieza a apretar.

—¡Jaxon! ¡Jaxon, no! —Grace lo agarra de la mano, y yo intento captar su atención, decirle que se aparte porque mi hermanito ha perdido la razón y no quiero que le haga daño. Pero ni siquiera me mira (menuda sorpresa) porque

está demasiado ocupada intentando calmar al bebé. Me gustaría sugerirle que pruebe con un chupete la próxima vez, pero ahora me aprieta con tanta fuerza que no puedo hablar.

Estoy tan cabreado con el muy gilipollas que una parte de mí quiere soltarle un bofetón, pero la otra parte quiere ver hasta dónde es capaz de llegar. Al menos hasta que empieza a usar su telequinesis para mantenerme pegado a la pared.

El muy cabrón.

—Por favor. —Grace se cuela entre los dos e intenta colocarse delante de Jaxon con sus grandes ojos marrones y su dulce sonrisa, aunque soy yo el que está asfixiándose.

Por un segundo me planteo estallar y usar mi poder para convencerlo de que se aparte de mí, pero no quiero hacerle eso a él a menos que de verdad crea que va a matarme. Y si llegamos a ese extremo, estamos todos jodidos. Pero, por ahora, está más concentrado en causarme dolor y en humillarme que en matarme, así que voy a esperar.

Sin embargo, Grace no parece saber esto, teniendo en cuenta que está intentando despegar sus dedos de mi cuello. Diría algo, pero me está aplastando la tráquea, así que no puedo.

—Venga, Jaxon —dice decidida a no seguir siendo ignorada—. No hagas esto.

Apenas la mira. Pero los demás ya han empezado a intervenir y le gritan a mi hermano e intentan separarlo de mí, aunque no funciona. Creo que voy a tener que hacer algo pronto, o todo el mundo va a entrar en pánico. Al

parecer la rivalidad entre hermanos no es igual aquí en Estados Unidos que en Gran Bretaña.

Y entonces Grace hace algo que me invita a plantearme dejar que Jaxon se salga con la suya. Mi compañera levanta las manos y las coloca en sus mejillas. Luego susurra:

—Jaxon. Mírame.

Me sienta como un puto puñetazo en el estómago después de que se pasara el fin de semana en la Corte Dragontina mirándome de esa misma manera. Cogiéndome la cara de esa misma manera.

Por fin la mira, claro que lo hace. Estamos hablando de Grace. ¿Cómo no va a hacerlo? Yo haría cualquier cosa, lo que fuera, con tal de que me mirase así solo un instante.

—Tranquilo —le susurra—. Estoy aquí, Jaxon. Estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte. Sea lo que sea esto, sea lo que sea lo que está pasando. Te juro que puedes contar conmigo.

Las palabras me sacan de quicio, pero cuando veo que Jaxon empieza a temblar, me pregunto si no le estará pasando algo más que haga que se comporte de esta manera. Y entonces mi hermano musita:

—Grace. Algo va mal. Algo… —Y no puedo evitar preocuparme más todavía.

—Lo sé —responde ella mientras toda la sala empieza a temblar. Los objetos se caen de las paredes, las piedras se agrietan y Jaxon me aprieta la garganta con tanta fuerza que empiezo a marearme. Todo me da vueltas y se me nubla la vista.

«Treinta segundos», me digo a mí mismo. Treinta segundos más y haré algo para acabar con esto. Pero si lo

hago, si irrumpo en su mente, será un movimiento que ya no tendrá vuelta atrás.

—La aurora boreal acaba de salir, Jaxon —le murmura Grace con una voz dulce y desenfadada—. Está ahí fuera.

A nuestro alrededor, sus amigos emiten sonidos de incredulidad como si no pudieran dar crédito a lo que está diciendo. Pero yo viví en su cabeza el tiempo suficiente para saber perfectamente adónde quiere ir a parar con esto. Y, aunque me duele mucho pensar en ella de esa manera, pensar en los dos de esa manera, hago de tripas corazón. Puedo soportar el dolor. No estoy tan seguro de que Jaxon sea capaz de hacerlo.

—¿Recuerdas esa noche? —le pregunta—. Yo estaba muy nerviosa, pero tú me cogiste de la mano y me hiciste saltar por el borde del parapeto.

La sala sigue temblando como si una explosión interminable estuviese sacudiendo sus cimientos. Pero Grace no se rinde.

—Bailamos por todo el cielo. ¿Lo recuerdas? Estuvimos horas ahí fuera. Yo me estaba congelando, pero no quería entrar. No quería perderme ni un segundo de estar ahí contigo.

—Grace. —Su voz es agónica, y entonces fija su mirada rota en ella completamente por primera vez. Es la oportunidad que estaba esperando, la ocasión de resolver esto sin cruzar más líneas, pero mientras Grace continúa abriéndose paso hacia su interior, ataco con tal vez una pizca de fuerza de más y Jaxon sale volando.

Mi hermano pequeño ruge al impactar contra la pared junto a la puerta con tanta fuerza que su cuerpo entero se

queda marcado en la piedra de siglos de antigüedad. Pero se recupera rápido, y entonces viene a por mí y yo me agacho e intento inspirar hondo por primera vez en varios minutos.

Jaxon intenta golpearme (menuda sorpresa), y lo esquivo. Pero cuando se vuelve e intenta usar su telequinesis de nuevo conmigo, mi paciencia se agota por completo.

—¡No te atrevas! —le grito y dirijo el poder justo hacia él como para hacer que el mármol bajo sus pies estalle, abriendo un agujero en el que cae.

Apenas tarda un segundo en salir de un salto de él y volver a por mí. Y me parece genial. Bastantes cosas le he aguantado ya a este gilipollas las últimas semanas. Ya he tenido suficiente.

Todo el mundo debe de saberlo también, porque los demás agarran a Jaxon con todas sus fuerzas mientras Grace se vuelve hacia mí.

—¡Basta! —grita, y me quedo helado incluso antes de que continúe—: Tienes que dejarlo estar. Le está pasando algo muy malo.

Tiene razón. Sé que la tiene, yo mismo se lo noto. Pero no puedo evitar que me cabree que se ponga de su parte otra vez.

Aun así, no hay nada que pueda hacer que no implique que me comporte como un capullo yo también, de modo que asiento y doy un paso atrás. Justo a tiempo para ver cómo se vuelve de nuevo hacia Jaxon…, como siempre.

Jaxon se ha calmado lo suficiente como para que Flint y Eden decidan soltarlo. Luca se interpone entre él y yo. Me

da un poco de risa que crea que va a poder detener otra confrontación, pero no digo nada.

Sobre todo cuando Grace convence a Mekhi de que suelte a mi hermano susurrándole:

—Yo me ocupo.

Y entonces va directa a él (¡a él!) y lo abraza.

Me duele más de lo que creía que fuera posible, pero lo entiendo. A mi hermano le pasa algo terrible, y Grace es la única en la que confía para enfrentarse a ello.

Pero, en fin. Saberlo no hace que me resulte más fácil ver cómo lo abraza, ver cómo él entierra el rostro en su cuello y cómo sus cuerpos se curvan unidos.

Y, joder, no quiero hacer esto. No quiero seguir haciendo esto. Estoy hasta los huevos de seguir siendo un segundón para mi compañera una y otra vez.

Lo entiendo. De verdad. Tienen un pasado. Se quieren. Y yo los quiero a ambos. Si algo le sucede a mi hermano, por supuesto que deseo que obtenga la ayuda que necesita. Pero ojalá esa ayuda no tuviera que provenir siempre de Grace.

Susurran algo entre ellos durante un par de minutos, y ni siquiera me molesto en intentar oírlo. Sea lo que sea, es cosa suya. Y, una vez convencido de que ella está a salvo, de que Jaxon no va a cargar contra nadie más, me marcho para dejarles el espacio que necesitan.

Y también para darme a mí mismo el espacio que yo necesito. Porque cuesta no necesitar espacio cuando Grace empieza a hablar, esta vez lo bastante alto como para que todos lo oigamos.

—Escúchame, Jaxon Vega —le ordena—. Independientemente de lo que haya pasado entre nosotros, tú siempre serás mi problema. Siempre me vas a importar. Y estoy asustada. Estoy muy asustada, y necesito que me digas qué es lo que te está pasando. —Él empieza a hablar, pero entonces niega con la cabeza hasta que ella susurra—: ¿Por qué ha dicho eso hoy la Anciana? ¿Por qué ha dicho que no tienes alma?

Todo dentro de mí se congela, incluso antes de que Jaxon responda:

—No quería que lo supieras. No quería que nadie lo supiera.

—¿Quieres decir que es verdad? —pregunta ella—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Como todos los demás presentes en la sala, me inclino hacia delante para escuchar su respuesta mientras el terror me invade. Porque, por muy cabreado que pueda estar con él y esta situación ahora mismo, sigue siendo aquel niño al que protegía de Cyrus. Sigue siendo aquel niño al que me esforzaba por ocultar de la ira de Delilah. Sigue siendo aquel niño por el que decidí morir cuando la única alternativa era matarlo.

—Sabía que algo andaba mal. Llevaba mal varias semanas. De modo que cuando estuve en Londres esta última vez, fui a ver a un curandero.

—Y ¿qué dijo? —añade Grace.

—Dijo que... —Su voz se quiebra—. Dijo que cuando el vínculo se rompe, nuestras almas también se rompen.

Y... joder. Joder. Quiero aullar mientras la rabia, el espanto y el miedo se apoderan de mí a partes iguales.

—¿Qué significa eso? —pregunta ella—. ¿Cómo se puede romper el alma? ¿Cómo...? —Su voz se quiebra también.

—Es porque sucedió en contra de nuestra voluntad y de una forma tan violenta que casi acaba con nosotros cuando pasó. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo —susurra.

—Tú te vinculaste con Hudson justo después, de modo que el curandero está convencido de que su alma envolvió la tuya y la mantiene estable, por lo tanto tú estarás bien. Pero yo estoy...

—Solo —termina ella.

—Sí. Y sin nada a lo que aferrarse, los fragmentos de mi alma van muriendo uno a uno.

—¿Qué significa eso? —quiere saber—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada —responde él encogiéndose de hombros—. No hay nada que hacer, Grace. Solo esperar a que mi alma muera por completo.

—Y ¿qué sucede entonces? —musita Grace.

Él sonríe con amargura.

—Entonces me convertiré en el monstruo que todo el mundo siempre ha esperado que sea.

Se dicen muchas más cosas, se anuncian muchas noticias horribles más, pero ya apenas escucho nada, porque no hay nada más que decir que importe. Nada más que decir que pueda cambiar lo más mínimo.

Si dejamos que Jaxon pierda su alma, Grace y yo nunca nos lo perdonaremos. No podemos estar juntos sabiendo que eso destruiría a Jaxon para siempre. Ambos lo

queremos demasiado, y ambos hemos sacrificado mucho ya por él.

Grace se vuelve para mirarme, pero yo ya lo sé. Lo he sabido desde el momento en que las palabras de Jaxon han salido de su boca. De modo que cuando articula: «Lo siento», ni siquiera me afecta.

¿Cómo podría afectarme después del golpe que acabo de recibir hace cinco minutos?

Por ello hago lo único que puedo hacer: marcharme.

No tengo ningún sitio adonde ir, nadie a quien acudir. Lo más parecido que tengo a unos amigos están en el vestíbulo consolando a mi hermano. Como tiene que ser.

Pero mi noche ha dado un giro bastante grande que no me esperaba, y ahora no tengo nada con lo que mantener la mente ocupada mientras desciendo las escaleras hasta mi habitación.

Le he pedido a Grace que viniese aquí conmigo hace un rato porque quería estar con ella. Pero también lo he hecho porque quería ver qué decía. Quería saber si lo que pasó en Nueva York tenía tanta importancia para ella como para mí, o si no fue más que algo que se quedaría allí.

Cuando ha dicho que sí… cuando ha dicho que sí… creo que no he sido más feliz en toda mi vida. Y ahora, media hora más tarde, mi vida es un auténtico infierno. Y lo único que me queda es una garganta magullada y una larga existencia sin una compañera.

El destino es caprichoso.

Pero ¿qué alternativa tengo?

Lo cierto es que ninguna. Y nunca la he tenido, pese a la esperanza que llevaba meses albergando en mi interior.

Grace y Jaxon están hechos para estar juntos. Incluso si el universo no lo ha decretado así, la Sangradora y alguna magia oscura sí. Y ya no hay nada que hacer. Tal vez nunca lo hubo. Solo era demasiado ingenuo como para darme cuenta.

Cuando vuelvo a mi habitación no tengo nada que hacer. La graduación es mañana, de modo que no tengo deberes ni nada que estudiar. Ni nadie con quien hablar.

Y, aunque me he pasado la vida solo, después de estas semanas con Grace y los demás la soledad de repente se me antoja un castigo.

El silencio me hace sentir de los nervios (sé que es absurdo, pero es la verdad), de modo que pongo algo de Dermot Kennedy solo para que haya un poco de ruido. Después me doy una ducha rápida.

Cuando salgo resisto la necesidad de mirar el móvil para ver si Grace me ha escrito. Me cuesta más de lo que debería.

«No pasa nada», me digo mientras me bebo una botella entera de agua en unos pocos tragos.

«Todo está bien», me aseguro mientras me dirijo a la chimenea y enciendo el fuego.

«No habría funcionado de todos modos», me garantizo mientras me siento en el sofá.

«Estoy bien. Todo está bien», repito como un mantra hasta que me lo creo. Lo repito hasta que por fin puedo coger el móvil y le escribo a Grace en respuesta a lo que resultan ser media docena de mensajes que me ha enviado:

Oye.
¿Estás bien?
Lo siento.

No sé qué otra cosa hacer.
¿Estás ahí? Ojalá fuera
todo distinto.

Estoy bien. Espero que
tú también lo estés.

Hudson, por favor.

Buenas noches.

Dejo el teléfono en la mesita que está junto al sofá.

¿Lo ves? No ha sido para tanto.

En realidad nada de esto es bueno o malo.

Simplemente es lo que es.

No hay nada más que decir.

Convencido de que lo tengo todo controlado, cojo el libro junto a mí, el que estaba leyendo antes de ir a la Corte Dragontina. Lo abro por la página que tengo señalada y empiezo a leer. He de leer dos páginas para darme cuenta de qué estoy leyendo.

Cuando Dermot Kennedy termina y empieza a sonar *If the World Was Ending*, de JP Saxe y Julia Michaels, por fin empiezo a asimilar las palabras que nadan ante mis ojos.

Y es entonces cuando hago lo único que otro capullo que tira su vínculo por la borda puede hacer: voy a la portada del libro y arranco la primera página de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda, el mismo libro que le regalé a Grace por su cumpleaños, y la tiro al fuego.

Hago lo mismo con la segunda página. Y con la tercera. Y con la cuarta, la quinta y la sexta.

Antes de darme cuenta, he quemado el libro entero.

Y sigo sin estar bien. Es más, estoy seguro de que jamás volveré a estarlo.

Hermanos de sangre
(Hudson)

Esto es mala idea.

Muy mala idea. Pero puesto que la alternativa es quedarme mirando el techo de mi cuarto y fingir que estoy dormido mientras el reloj avanza a paso de caracol, supongo que una mala idea es mejor que ninguna.

Me pongo un par de deportivas, cojo una sudadera y me dirijo a las escaleras.

Subo los escalones de tres en tres hasta la torre de mi hermano menor... porque al parecer necesita una para sentirse como un príncipe.

Imagino que estará dormido, pero cogerlo con las defensas bajas podría ser algo positivo.

No obstante, Jaxon debe de estar durmiendo tan poco como yo últimamente, porque cuando llego a su cuarto no está en la cama. Está tumbado sobre un banco de pesas en

el centro de la habitación, levantando una cantidad de peso impresionante, y Linkin Park suena muy alto a través de los altavoces de su teléfono.

—¿Qué quieres? —pregunta en cuanto me ve alzando la voz para que pueda oírlo por encima de la música.

—Pasar tiempo de calidad contigo —le digo muy serio. Pone los ojos en blanco como única respuesta mientras sube y baja las pesas—. Bueno, pues si no quieres que pasemos tiempo de calidad juntos, ¿te apetece salir a correr conmigo?

Sé que es una invitación extraña (nuestra relación en sí lo es, y lo lleva siendo desde hace mucho tiempo), pero supongo que, si ninguno de los dos da ningún paso, esta mierda que hay entre nosotros seguirá así durante otro siglo o diez, y yo no quiero que eso suceda. No con lo que se nos viene encima en un futuro no tan lejano. Y menos cuando Jaxon se ha estado comportando de una forma tan decente con Grace desde hace un tiempo, algo que es difícil de creer pero que agradezco por mi parte.

A mi invitación le sigue un largo silencio. Demasiado largo para mi gusto. Pero al final Jaxon levanta una ceja en un gesto sarcástico y pregunta:

—¿Qué? ¿Ahora vamos a estrechar lazos?

—Yo no diría tanto como eso. He pensado que podríamos empezar hablando y corriendo. Preferiblemente al mismo tiempo, si crees que puedes soportarlo. —Es una provocación deliberada, que debe de causar efecto porque Jaxon se levanta del banco.

—Voy a por mis zapatillas —dice por encima del hombro mientras se dirige a su cuarto—. Después puedes

explicarme de qué va esta visita en realidad.

Uy, no sé. ¿Qué tal sobre el hecho de que llevamos peleándonos más de un siglo y ni siquiera sé por qué? Aparte de todo ese horrible malentendido de la supremacía de los vampiros de nacimiento y lo de que me matara. Y lo de que nos hayamos vinculado y enamorado de la misma chica…

Joder. No me extraña que nuestra relación esté tan jodida. Las cartas han jugado en nuestra contra desde el principio.

Pero recuerdo cuando no era así, probablemente mucho mejor que Jaxon.

Recuerdo cuando éramos pequeños y jugábamos al escondite por toda la Corte Vampírica. Cyrus se cabreaba mucho, sobre todo cuando Jaxon usaba sus poderes para sacarme de mi escondite. Al menos una cuarta parte de la diversión del juego era ver cuánto se enfadaba nuestro padre cuando los terremotos de mi hermano interrumpían sus reuniones. Pero para entonces ya estaba encerrándome, obligándome a perder los papeles para poder poner a prueba mis poderes, y cualquier revancha por mi parte me merecía la pena.

Excepto cuando se llevaron a Jaxon.

Estuve más de cien años sin verlo, por más que rogué o por más que mi padre lo usara como una zanahoria que colgaba en mi cabeza para obligarme a hacer cosas que no quería hacer. Al menos no tardé en darme cuenta de que daba igual lo bien que controlase mis poderes o lo bien que hiciese cualquier tarea destructiva que me pusiera, nunca conseguiría ver a Jaxon.

No quiero que eso vuelva a suceder. Y, con la graduación a la vuelta de la esquina, no quiero que pasen otros cien años sin ver a mi hermano menor.

Mientras se ata los cordones de las zapatillas, me paseo por su cuarto e intento encontrar algo que pueda «fingir» que miro para mantenerme ocupado. La verdad es que no hay mucho. Ha vaciado la sala de estar desde la última vez que estuve aquí arriba, y ahora solo queda la máquina de ejercicios y un par de libros sueltos apilados en el alféizar. Al lado de un caballito tallado.

Ni siquiera me sorprende. Ya lo vi la vez anterior que vine, pero me pongo algo rígido igualmente, porque no sé cómo me siento respecto al hecho de que todavía lo conserve. Y es probable que él no tenga ni idea de por qué importa.

Me dispongo a darme la vuelta, pero al final no puedo evitar cogerlo. Me pasé días tallándolo para él cuando éramos niños y, aunque no es una réplica perfecta de su propio caballo, no está nada mal. Incluso las crines y la cola están bastante bien. Estoy impresionado con las habilidades del joven Hudson.

Lo levanto para poder ver mejor los definidos remolinos de la melena y de la cola. Sí, no está nada mal.

Pero cuando Jaxon sale de su dormitorio tiene el ceño más fruncido que de costumbre.

—¿Por qué tocas eso? —me pregunta y viene hacia mí.

—¿Qué más te da? —le digo, aunque dejo el caballo en su sitio con cuidado.

No responde. Solo sale por la puerta.

—¿Adónde quieres ir a correr? —señala Jaxon mientras descendemos las escaleras hasta la puerta principal.

—¿Al otro lado del Denali? —pregunto—. ¿Cerca de los complejos turísticos?

—Bien.

Una vez fuera se desvanece a toda velocidad. No es precisamente lo que tenía en mente. Lo alcanzo y nos desvanecemos juntos durante un rato, pero esto no propicia una conversación. Por fin reduce el ritmo un segundo a los pies de la montaña y yo me detengo, decidido a decirle lo que tengo que decirle antes de que salga corriendo de nuevo.

—Oye. —Lo agarro del brazo.

Jaxon se vuelve con el puño apretado y, por un instante, creo que va a golpearme. En lugar de responderle, decido dejar que haga lo que quiera.

Pero el golpe nunca llega.

Baja el puño. Niega con la cabeza y pregunta:

—¿Qué estamos haciendo aquí, Hudson?

Me pongo algo tenso.

—Creía que estábamos corriendo —digo con el tono más informal posible.

—No me refería a eso, y lo sabes. —Se aleja un poco y apoya la espalda en el tronco de uno de los inmensos árboles que nos rodean.

Lo sé. Me aclaro la garganta. Cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a otra y viceversa. Me quedo mirando a lo lejos y por fin consigo decir:

—Quería darte las gracias.

—¿Por Grace? —indica con voz áspera—. No me las des. Lo del vínculo fue cosa...

—No te estoy agradeciendo que sea mi compañera —le explico—. Te estoy agradeciendo...

—¿Qué? —quiere saber, y de repente mi hermano menor parece cansado. Muy muy cansado.

Exhalo un largo suspiro.

—Lo que hiciste la otra noche —termino por fin.

Se encoge de hombros y aprieta la mandíbula.

—No significó nada.

—Lo significó todo para mí, y creo que para ella también. No tenías por qué hacerlo...

—Claro que sí —me dice—. Puede que a ti no te importase ver a Grace de acá para allá como un cachorrito maltratado, pero yo no podía soportarlo más.

Es una provocación, no me cabe duda, y sé que la ha lanzado para ver si pico. Pero, aun sabiéndolo, cuesta no reaccionar cuando yo me he pasado semanas intentando apartarme de en medio, pese al vínculo que existe entre Grace y yo.

Pese a todo, lo consigo. Asiento y añado con los dientes apretados:

—Me parece justo.

—¿Justo? —se mofa, y entrecierra los ojos negros peligrosamente—. Nada de esto es justo, Hudson. Lo sabrías si no estuvieras tan ocupado siendo tan magnánimo.

—¿Eso crees que estoy haciendo? —pregunto.

—¿Acaso me equivoco? —me espeta.

—Pues sí. Estoy intentando... —Una vez más, dejo la frase a medias, porque resulta muy difícil hablar con él de forma normal, y ahora mismo está decidido a hacérmelo imposible.

—¡¿Qué?! —ruge. Pero no le respondo. No puedo. En vez de eso, niego con la cabeza y doy media vuelta para regresar al instituto. Sabía que esto era una mala idea, pero no sabía hasta qué punto—. ¿Te vas a largar sin más? ¿Me obligas a venir aquí y ahora te largas sin decirme lo que quieres? Muy maduro, Hudson...

Algo salta en mi interior.

—¡Quiero recuperar a mi hermano! —Le lanzo las palabras como si fueran cuchillos.

Se queda helado.

—¿Qué has dicho? —señala por fin con voz áspera al cabo de unos segundos.

—Me has preguntado qué quería —observo con rabia—. Eso es lo que quiero. Quiero recuperar a mi hermano. Lo echo de menos. —Trago saliva—. Te echo de menos.

—Es difícil echar de menos algo que nunca has tenido —dice con dificultad.

—¿Eso es lo que crees? —susurro—. ¿Que nunca tuvimos una relación?

—No la tuvimos. —Suena convencido—. Me enviaron con la Sangradora siendo muy pequeño. Tú te quedaste en casa con tus queridos mamá y papá y ya está. Solo somos dos desconocidos que comparten la misma sangre. No significa una mierda.

—No puedes pensar eso de verdad —le suelto, y algo se rompe dentro de mí, algo que ni siquiera sabía que estaba

ahí.

—Claro que sí. No es culpa nuestra. Es lo que es. Intentar cambiarlo después de casi dos siglos... —Niega con la cabeza—. No tiene sentido. Y menos ahora.

—Eres mi hermano.

—¿Y...? —Se encoge de hombros—. Tampoco es que nuestro árbol genealógico signifique mucho para ninguno de los dos. No hay nada de ninguno de ellos, de ninguno de vosotros, que quiera conservar.

Sus palabras son como puñetazos y, antes de poder evitarlo, le espeto:

—Entonces ¿por qué lo conservas? Si no quieres tener nada que ver con nosotros, ¿por qué lo conservas?

—¿El qué? —pregunta con impaciencia.

—El caballo. Lo tallé para ti hace más de ciento cincuenta años y te lo di el día en que Delilah se te llevó. Si solo somos dos personas que comparten la misma sangre, si la familia no significa nada, ¿por qué lo tienes todavía?

—¿Tú lo tallaste? —susurra.

—Sí. Todavía tengo la cicatriz que lo demuestra. —Es un pequeño corte con forma de anzuelo en el dedo índice izquierdo—. ¿De dónde creías que había salido?

—No lo sé. Siempre ha estado ahí... —Deja la frase a medias al darse cuenta de lo que está diciendo.

—Estabas llorando el día que te llevaron. Lo único que hizo que dejaras de llorar fue ese puto caballo. Thunder...

—Thunder —decimos los dos al mismo tiempo.

—Lo siento —le digo—. Nunca pretendí hacerte daño. Nunca pretendí que esto sucediera.

—Lo sé. —Mira al suelo y arrastra los pies—. Y yo siento... haberte matado. No estuvo bien.

Durante un rato ninguno de los dos se mueve mientras las palabras penden en el aire. Y entonces los dos nos echamos a reír a carcajadas. Porque, en serio, disculparse con alguien por haberlo matado tiene guasa.

—¿Crees que Hallmark tendrá tarjetas para eso? —pregunto cuando por fin dejamos de reírnos. Pero de solo imaginarlo nos partimos el culo otra vez, y durante largos minutos no hacemos nada más que estar ahí, en medio de la naturaleza desternillándonos.

No paramos hasta que suena la alarma del móvil de Jaxon.

—Tengo que irme —dice—. Tengo que ayudar a Grace a estudiar Historia en media hora.

Esas palabras me habrían escocido hace una hora. Joder, me habrían escocido hace quince minutos. Pero ahora, aunque no me sientan del todo bien, tampoco me sientan mal.

Es un poco como la relación que hay ahora entre Jaxon y yo.

No estamos bien todavía. Tal vez nunca lo estemos. Pero estamos mejor que estábamos, y tal vez eso sea suficiente por ahora.

Tal vez sea un comienzo.

Sonrío al pensarlo. Entonces Jaxon entorna los ojos y me dice:

—¿Una carrera a ver quién llega antes?

Y, mientras nos desvanecemos por el Denali, no puedo evitar pensar que a veces tienes suerte. A veces la familia

en la que naces y la familia que haces coinciden. Y eso marca una gran diferencia.

Agradecimientos

Para escribir un libro con tantas partes conmovedoras como este, hace falta un pueblo entero, así que tengo que empezar por dar las gracias a las dos mujeres que lo hicieron posible: Liz Pelletier y Emily Sylvan Kim.

Liz, sé que este ha sido el más difícil hasta la fecha, pero me ha encantado (casi) cada segundo. Gracias por seguir empujándome más allá de lo que creo que puedo hacer como escritora, por sacarme a rastras de mi zona de confort y por ayudarme a crear una historia de la que estaré orgullosa durante el resto de mi vida. Eres una editora magnífica, y como persona y amiga eres aún más increíble. Estoy deseando embarcarme en nuestra próxima aventura.

Emily, contigo como agente me ha tocado la lotería. En serio. Llevamos sesenta y seis libros, y no podría estar más agradecida de tenerte a mi lado. Tu apoyo, tus ánimos, tu amistad y tu entusiasmo por esta serie me han ayudado a seguir adelante cuando no estaba segura de poder hacerlo. Gracias por todo lo que haces por mí. Me siento inmensamente afortunada de que decidieras apostar por mí hace todos esos años.

Stacy Cantor Abrams, es un placer trabajar contigo en la serie juvenil más importante de mi carrera. Tú me ayudaste a dar el salto a la literatura juvenil hace varios años, y el hecho de que sigamos trabajando juntas supone un aliciente importantísimo para mí y para mi carrera. Gracias por todo lo que me has enseñado a lo largo de los años y por tu entusiasmo y tu ayuda a altas horas de la noche con la serie *Crave*. Me siento muy afortunada de tenerte en mi vida.

Jessica Turner, muchísimas gracias por hacer que la magia suceda. Eres la mejor asistente editorial con la que he tenido el placer de trabajar. Gracias, de corazón, por todo lo que haces por esta serie. Es una bendición tenerte a mi lado.

Al resto del equipo de Entangled que han participado en el éxito de la serie *Crave*: gracias, gracias, gracias de corazón. A Bree Archer, por hacerme las portadas más bonitas del mundo y por ser siempre tan increíble cuando necesito ayuda con algo. A Meredith Johnson, por tu ayuda con este libro en distintos aspectos y por estar ahí cuando me colapsaba. ¡Eres la mejor! Al fantástico equipo de revisión, Judi, Jessica y Greta, ¡gracias por hacer que mis palabras brillen! A Toni Kerr, por el enorme cariño con el que has tratado a mi bebé. ¡¡¡Ha quedado perfecto!!! A Curtis Svehlak, por hacer que los milagros sucedan en lo que respecta al proceso de producción con tanta gracia y sentido del humor y por soportar que (aún) llegue tarde a todo: ¡eres un regalo del cielo! A Katie Clapsadl, por aguantar todas mis preguntas mientras voy aprendiendo en este mundo feliz. A Riki Cleveland, por ser siempre tan

encantadora. A Heather Riccio, por tu atención a los detalles y tu ayuda a la hora de coordinar el millón de cosas diferentes que suceden en el aspecto comercial de la publicación de libros.

A Eden Kim, por ser la mejor lectora que un escritor pueda desear. Y por aguantar que tu madre y yo te molestemos TODO el tiempo. 😊

A In Koo, Avery y Phoebe Kim: gracias por prestarme a vuestra esposa y madre para todas esas conversaciones a altas horas de la noche, primera hora de la mañana, y durante los desayunos, comidas y cenas que hicieron posible este libro.

A Emily McKay, por todos esos años de amistad y por el apoyo y la seguridad que siempre me has ofrecido. Eres una de las mejores cosas que esta carrera me ha dado. Te quiero mucho.

A Megan Beatie, por tu ayuda y entusiasmo para hacer que esta serie saliera al mundo. ¡¡¡Muchísimas gracias por todo!!!

Stephanie Marquez: eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Muchas gracias por el entusiasmo, el cariño, la amabilidad, el apoyo y la ayuda que me das cada día. Y, sobre todo, gracias por encontrarme.

A mis tres chicos, a quienes amo con todo mi corazón y mi alma. Gracias por entender todas las tardes que he tenido que encerrarme en mi habitación a trabajar en lugar de estar con vosotros, por colaborar cuando más os necesitaba, por seguir a mi lado pese a los años difíciles y por ser los mejores hijos que una madre pueda desear.

Y, por último, a los fans de Jaxon, Grace, Hudson y demás. Gracias, gracias, gracias por vuestro apoyo incondicional y vuestro entusiasmo por la serie *Crave*. No tengo palabras para expresar cuánto significan para mí vuestros correos y mensajes privados. Me siento muy agradecida de que nos hayáis hecho un hueco en vuestros corazones y hayáis decidido emprender esta aventura conmigo. Espero que disfrutéis *Ansia* tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Os quiero y agradezco inmensamente el apoyo de cada uno de vosotros.

Besos y abrazos.

Ansia (Serie Crave 3)
Tracy Wolff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Covet*

Diseño de la portada: Bree Archer y Liz Pelletier
Adaptación de la portada: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la portada: © Allanswart / GettyImages, Nadezhda Kharitonova / GettyImages, Larisa Bozhikova / GettyImages

© Tracy Wolff, 2021
Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Covet: Crave series #3*.
Traducción publicada por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Vicky Charques (Traducciones Imposibles, S.L.), 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-08-24729-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


image/9788408247296_epub_cover.jpg